



Prismas

Revista de historia intelectual

10₂₀₀₆ Artículos, lecturas y reseñas. Argumentos: Debate sobre historia intelectual y sociología del conocimiento, por Charles Lemert, Martin Jay y Fritz Ringer. Dossier: La ciudad letrada: hacia una historia de las élites intelectuales en América Latina.

Prismas

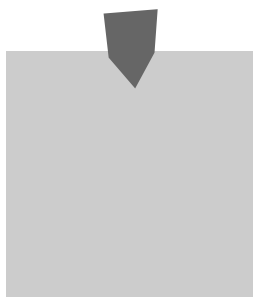
Revista de historia intelectual

10

2006



Anuario del grupo Prismas
Programa de Historia Intelectual
Centro de Estudios e Investigaciones
Universidad Nacional de Quilmes



Prismas

Revista de historia intelectual
N° 10 / 2006

Universidad Nacional de Quilmes

Rector: Daniel Gomez

Vicerrector: Jorge Flores

Centro de Estudios e Investigaciones

Director: Carlos Altamirano

Programa de Historia Intelectual

Director: Oscar Terán

Prismas

Revista de historia intelectual

Buenos Aires, año 10, N° 10, 2006

Consejo de dirección

Carlos Altamirano

Adrián Gorelik

Jorge Myers

Eliás Palti

Oscar Terán

Editor: Adrián Gorelik

Secretario de redacción: Alejandro Blanco

Editores de Reseñas y Fichas: Martín Bergel y Ricardo Martínez Mazzola

Comité Asesor

José Emilio Burucúa, Universidad Nacional de San Martín

Roger Chartier, École de Hautes Études en Sciences Sociales

François-Xavier Guerra (1942-2002)

Charles Hale, Iowa University

Tulio Halperin Donghi, University of California at Berkeley

Martin Jay, University of California at Berkeley

Sergio Miceli, Universidade de São Paulo

José Murilo de Carvalho, Universidade Federal do Rio de Janeiro

Adolfo Prieto, Universidad Nacional de Rosario/University of Florida

José Szabón, Universidad de Buenos Aires

Gregorio Weinberg (1919-2006)

En 2004 *Prismas* ha obtenido una Mención en el Concurso “Revistas de investigación en Historia y Ciencias Sociales”, Ford Foundation y Fundación Compromiso.

Diseño original: Pablo Barragán

Realización de interiores y tapa: Silvana Ferraro

A los colaboradores: los artículos recibidos que no hayan sido encargados serán considerados por el Consejo de dirección y por evaluadores externos.

La revista *Prismas* recibe la correspondencia,

las propuestas de artículos y los pedidos de suscripción en:

Roque Sáenz Peña 180 (1876) Bernal, Provincia de Buenos Aires.

Tel.: (01) 365 7100 int. 155. Fax: (01) 365 7101

Correo electrónico: historia@unq.edu.ar

Índice

Artículos

- 11 Circulación internacional y formación de una “escuela de pensamiento” latinoamericana (1945-2000), *Afrânio Garcia*
- 37 El caso Real: alternativas críticas americanas, *Pablo Rocca*
- 55 Estado y política en el pensamiento terrateniente argentino de fines del siglo XIX: las ideas de la Liga Agraria, *Roy Hora*
- 79 Córdoba en el imaginario de lo nacional. La ciudad pensada por Domingo F. Sarmiento, Joaquín V. González y Juan Bialet-Massé, *Ana Clarisa Agüero*
- 99 Un caso de orientalismo invertido: *La Revista de Oriente* (1925-1926) y los modelos de relevo de la civilización occidental, *Martín Bergel*

Argumentos

- 121 Los hábitos de los intelectuales: respuesta a Ringer, *Charles Lemert*
- 135 Trabajo de campo y teorización en la historia intelectual: una réplica a Fritz Ringer, *Martin Jay*
- 145 Contrarréplica a Charles Lemert y Martin Jay, *Fritz Ringer*

Dossier

La ciudad letrada: hacia una historia de las élites intelectuales en América Latina

- 157 América Latina, ciudad, voz y letra, *Claudia Gilman*
- 163 Intelectuales y ciudad en América Latina, *Adrián Gorelik*
- 173 Las costuras de la letra, *Gonzalo Aguilar*
- 177 La lección de escritura, *Carlos Altamirano*
- 181 Una gesta antiépica, *Beatriz Colombi*
- 185 La provocación de *La ciudad letrada*, *Álvaro Fernández Bravo*
- 191 Reproches y anhelos del antiintelectualismo, *Flavia Fiorucci e Inés Rojkind*
- 195 El árbol y el bosque: *La ciudad letrada* y su concepto de poder, *Florencia Garramuño*

- 199 Desdoblamientos especulares, *Alejandra Mailhe*
 205 Las letras del poder: apogeo y catástrofe, *Jorge E. Myers*
 209 Intelectuales en América Latina, *Mariano Ben Plotkin*

Lecturas

- 215 El historicismo como idea y como lenguaje, *Elías J. Palti*
 223 Lecturas sobre Paul Groussac, *Alejandro Eujanian*

Reseñas

- 231 Alberto Mario Damiani, *Domesticar a los gigantes. Sentido y praxis en Vico*, por Andrés Crelier
 234 Gabriela Siracusano, *El poder de los colores. De lo material a lo simbólico en las prácticas culturales andinas. Siglos XVI-XVIII*, por Diego H. de Mendoza
 238 Eduardo Jardim de Moraes, *Mário de Andrade. A morte do poeta*, por Karina Vasquez
 241 Eduardo Romano, *Revolución en la lectura. El discurso periodístico-literario de las primeras revistas ilustradas rioplatenses*, por Sylvia Saïtta
 243 José Nun (comp.), *Debates de Mayo. Nación, cultura y política*, por Inés Rojkind
 247 Graciela Batticuore, Klaus Gallo y Jorge Myers (comps.), *Resonancias románticas. Ensayos sobre historia de la cultura argentina (1820-1890)*, por Fernando Rocchi
 253 Vanni Blengino, *La zanja de la Patagonia. Los nuevos conquistadores: militares, científicos, sacerdotes y escritores*, por Graciela Silvestri
 257 Hernán Camarero y Carlos M. Herrera (comps.), *El Partido Socialista en Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo*, por Gerardo Scherlis
 262 Tulio Halperin Donghi, *El revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional*, por Fernando J. Devoto
 266 Sylvia Saïtta (estudio preliminar), *Contra. La revista de los franco-tiradores*, por Fernando Diego Rodríguez
 270 Anahí Ballent, *Las huellas de la política. Vivienda, ciudad y peronismo en Buenos Aires, 1943-1955*, por Luis Alberto Romero
 272 Marcela García Sebastiani, *Los antiperonistas en la Argentina Peronista, Radicales y Socialistas en la Política Argentina entre 1943 y 1951*, por Flavia Fiorucci
 274 Mirta Varela, *La televisión criolla (Desde sus inicios hasta la llegada del hombre a la Luna, 1951-1969)*, por Gonzalo Aguilar
 277 Sabina Frederic y Germán Soprano (comps.), *Cultura y política en etnografías sobre la Argentina*, por Eduardo Rinesi

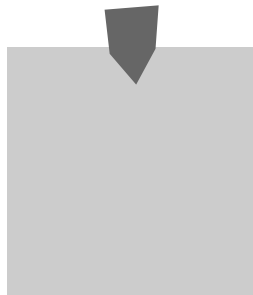
Fichas

- 283 Libros fichados: J. Locke, *Ensayo sobre el Gobierno civil* / C. Hilb, *Leo Strauss: el arte de leer. Una lectura de la interpretación straussiana de Maquiavelo, Hobbes, Locke y Spinoza* / C. Altamirano, *Para un programa de historia intelectual y otros ensayos* / E. J. Palti, *Verdades y saberes del marxismo. Reacciones de una tradición política ante su "crisis"* / B. Sarlo, *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión* / M. E. Casás Arzú y M. Pérez Ledesma (eds.), *Redes intelectuales y formación de naciones en España y América Latina 1890-1940* / E. Pani y A. Salmerón (coordinadoras), *Conceptualizar lo que se ve. François-Xavier Guerra Historiador. Homenaje* / E. J. Palti, *La invención de una legitimidad. Razón y retórica en el pensamiento mexicano del siglo XIX (Un estudio sobre las formas del discurso político)* / J. Pakkasvirta, *¿Un continente, una nación? Intelectuales latinoamericanos, comunidad política y las revistas culturales en Costa Rica y el Perú (1919-1930)* / A. Gorelik, *Das vanguardas a Brasília. Cultura urbana e arquitetura na América Latina* / F. Aliata, *La ciudad regular. Arquitectura, programas e instituciones en el Buenos Aires posrevolucionario, 1821-1835* / R. Madero, *La historiografía entre la república y la nación. El caso de Vicente Fidel López* / D. Roldán (comp.), *Crear la democracia. La Revista Argentina de Ciencias Políticas y el debate en torno de la República Verdadera* / M. Pía López, *Lugones: entre la aventura y la cruzada* / A. Bisso, *Acción Argentina. Un antifascismo nacional en tiempos de guerra mundial* / O. Acha, *La trama profunda. Historia y vida en José Luis Romero*

Obituarios

- 297 Gregorio Weinberg, 1919-2006, *Luis Alberto Romero*
299 Reinhart Koselleck, 1923-2006, *Javier Fernández Sebastián*

Artículos



Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 10 / 2006

*Circulación internacional y formación de una “escuela de pensamiento” latinoamericana (1945-2000)**

Afrânio Garcia

École des Hautes Études en Sciences Sociales, París

Desde hace mucho las estadías en el extranjero han constituido una de las principales estrategias adoptadas por las capas dirigentes latinoamericanas para obtener “títulos de nobleza intelectual” o competencias susceptibles de asegurarles un lugar destacado entre las élites políticas, intelectuales o económicas de sus países de origen. Uno podía viajar de joven, de adulto o ya viejo, en función de los capitales económicos, los conocimientos lingüísticos y los lazos sociales heredados de las generaciones anteriores, pero esta experiencia gozaba de particular aprecio para considerar que un individuo tenía una “mente abierta” y de “amplios horizontes”. Los estudios superiores en el exterior eran una referencia privilegiada, pues exponían a las personas a una lenta familiarización con otros estilos de vida, exigían la inversión de energías en los conocimientos acumulados dentro de las instituciones metropolitanas en competencia con los individuos originarios del lugar y a veces también demandaban el dominio de lenguas no maternas. Pero las estadías más breves, para reciclarse y “enterarse de las novedades”, no eran despreciadas. La internacionalización de los procesos económicos, políticos y culturales vivida desde el final de la Segunda Guerra Mundial, así como la popularidad más reciente del tema de la “globalización”, no hicieron sino acentuar el valor de las estancias en el extranjero para acelerar o hacer posible la reconversión de las carreras económicas, científicas, artísticas o políticas. A lo largo de los últimos quince años, los estudios en el exterior han llegado a ser incluso una suerte de testimonio de la aptitud para la movilidad internacional, atributo considerado necesario en una época en que la “deslocalización” se ha convertido en una moda. El estudio de la circulación internacional de los universitarios constituye, entonces, un punto de vista privilegiado para comprender las transformaciones sociales y culturales, sobre todo las mutaciones ocurridas en los diferentes dominios científicos.

Este artículo se propone analizar la importancia relativa de la circulación internacional de los universitarios dentro o fuera del espacio latinoamericano. En efecto, la investigación realizada con los doctorandos brasileños en el exterior¹ muestra que la elección de otros paí-

* Versión original en francés: “Circulation internationale et formation d’une «école de pensée» latino-américaine (1945-2000)”. Traducción Horacio Pons.

¹ Este trabajo es el fruto de las investigaciones realizadas desde hace cinco años en el marco de una red internacional que incluye el Centre de Recherches sur le Brésil Contemporain (CRBC), el Centre de Sociologie Européenne (CSE) y

ses latinoamericanos es casi insignificante en comparación con otros destinos, dato que se verifica en las ciencias sociales. Ahora bien, si sólo se tienen en cuenta estas cifras, parece difícil imaginar el lugar ocupado por Santiago de Chile entre las décadas de 1950 y 1970 –hasta 1973, año del golpe de Estado de Pinochet–, y atestiguado, sin embargo, en el análisis de las carreras emblemáticas de dos de los académicos brasileños más reconocidos en el plano internacional, el economista Celso Furtado y el sociólogo Fernando Henrique Cardoso. Así, comenzaremos por analizar las cifras de las dos últimas décadas correspondientes a los becarios brasileños que prosiguieron su formación en instituciones extranjeras. En una segunda parte examinaremos el papel decisivo cumplido por la estadía en Santiago de Chile en las carreras y las innovaciones teóricas propuestas por Furtado y Cardoso. El examen de su inscripción institucional en Chile –ambos disfrutaron de la jerarquía de funcionarios internacionales al servicio de organismos ligados a la ONU– nos permitirá indagar en los efectos de las reestructuraciones del campo político promovidas por los regímenes militares sobre el espacio de producción y transmisión de los conocimientos de las ciencias sociales en América Latina.

1. Destino de los doctorandos brasileños en el plano internacional

La internacionalización creciente de las economías latinoamericanas –Brasil no fue una excepción– se aceleró desde el final de la Guerra Fría, con la caída del muro de Berlín en 1989, pero este último movimiento prolonga en ciertos aspectos los objetivos proclamados y promovidos por los gobiernos impuestos por los militares desde mediados de la década de 1960. La liberalización del espacio público en la década de 1980 no estuvo acompañada por el fortalecimiento de los centros de decisión sobre los caminos futuros, ni en el plano nacional ni en el plano regional, como lo muestra el estancamiento del Mercosur. Todas las tendencias parecen contribuir a convalidar la idea de que los procesos designados con el término “globalización”² son inevitables, lo cual no puede sino legitimar las estrategias familiares orientadas a dotar a las nuevas generaciones de títulos, diplomas y aptitudes, percibidos como indispensables para afrontar la competencia profesional en los más variados ámbitos, desde el medio empresarial o financiero hasta las carreras intelectuales y políticas. Efectivamente, en el caso brasileño –el único que profundizaremos aquí– las migraciones temporales ligadas con una formación doctoral o de especialista crecieron de manera considerable desde principios de la década de 1950, pues a los deseos de las familias movilizadas por las inversiones

el Centre d'Études des Mouvements Sociaux (CEMS), todos pertenecientes a la École des Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS), por un lado, e investigadores asociados a la Universidad de Campinas (UNICAMP), la Universidad Federal de São Carlos (UFSCAR), la Universidad Federal de Rio Grande do Sul (UFRGS) y la Universidad Federal de Minas Gerais (UFMG), por otro. La red se materializó en un proyecto de cooperación contemplado en el marco de los acuerdos CAPES-COFECUB, coordinados por Letícia Canêdo (UNICAMP) y Afrânio Garcia (CRBC/EHESS). Los primeros resultados de los trabajos colectivos acaban de aparecer en A. M. Almeida, L. Canêdo, A. Garcia y A. Bittencourt (comps.), *Circulação internacional e formação intelectual das elites brasileiras*, Campinas-San Pablo, Editora UNICAMP, 2004. Las series estadísticas analizadas aquí exigieron una gran tenacidad y un trabajo arduo bajo la dirección de Letícia Canêdo.

² Dezalay y Garth (2002) estudiaron las batallas entre los diferentes componentes de las élites norteamericanas por la supremacía en las instituciones de formación universitaria de sus homólogos latinoamericanos: se trata de una competencia fundamental para comprender los modos de socialización de los agentes de los llamados procesos de “globalización”, sus categorías de pensamiento y sus acciones.

escolares de su descendencia se agregaron políticas nacionales, e incluso de algunos estados federados, como San Pablo, de creación de agencias públicas destinadas a sostener la estancia de becarios en el extranjero. Esa acción del Estado como promotor de la formación de alto nivel de los académicos brasileños, puesta en marcha hace ya más de medio siglo, parece otorgar a este caso una configuración particular, cuyo conocimiento no puede generalizarse a los otros países de América Latina. Como por el momento no disponemos de datos equivalentes para los otros países estudiados en el marco del Programme International d'Études Avancées (PIEA) de la Maison des Sciences de l'Homme, nos limitaremos a realizar nuestro análisis sobre la base exclusiva del caso brasileño.

Todo induce a creer que la morfología social de los estudiantes que viajaban al extranjero sufrió un cambio considerable luego de la creación de las agencias estatales. Entre el siglo XIX y el final de la Segunda Guerra Mundial, los estudios superiores en el exterior eran un virtual monopolio de las grandes familias –propietarios de plantaciones de posición acomodada, grandes comerciantes dedicados a la importación y exportación, políticos importantes o altos funcionarios–, porque los costos económicos de la operación eran incomparables con los ingresos de más del 95% de la población, a lo cual se agregaba la prolongada inversión en el aprendizaje precoz de idiomas extranjeros y un mínimo de familiaridad con los estilos de vida de los centros cosmopolitas. Los miembros del clero católico constituían una excepción, pues los postulantes a los altos cargos eclesiásticos debían realizar sus estudios en Roma, donde la Iglesia se ocupaba de mantenerlos. El mecenazgo privado o público también permitió a contados artistas o científicos noveles completar su formación en Europa, como puede constatarse en el caso de Cândido Portinari.³ El libro *Minha formação* (1998), del político y escritor Joaquim Nabuco (1849-1910), uno de los nombres más significativos de la campaña por la abolición de la esclavitud (decretada en 1888), es una ilustración ejemplar de esa relación de las grandes familias con los centros políticos internacionales, sobre todo Francia, Inglaterra y los Estados Unidos. El propio autor señala que eran pocos los miembros del parlamento imperial brasileño (1824-1889) que podían invocar su pertenencia a la cuarta generación de elegidos; su socialización infantil en un molino azucarero de Pernambuco nunca constituyó un obstáculo a su trayectoria internacional ulterior y a los usos diplomáticos a los que la consagró.⁴ Los estudios realizados por Gilberto Freyre en los Estados Unidos durante la

³ La carrera artística del pintor Cândido Portinari, reconocido en la década de 1930 como paradigma de lo auténticamente nacional, fue analizada por Sérgio Miceli (2002). El autor muestra que los retratos de familia de integrantes de las élites permitieron a este descendiente de inmigrantes italianos hacerse de los capitales sociales necesarios para encontrar personas que lo apoyaran durante su estadía en Francia.

⁴ La relación entre la concepción aristocrática de la política, asociada con la función intelectual –asunto de hombres de Estado, opuesto a la política de los profesionales representantes de los intereses locales– y el cosmopolitismo, se enuncia con claridad en ese libro del parlamentario monárquico, convertido en diplomático durante la primera república brasileña: “Esto significa que mi ambición, en política, ha sido siempre de orden puramente intelectual, como la del orador, el poeta, el escritor, el reformador. No hay, sin duda, ambición más alta que la del hombre de Estado, y ni se me ocurriría reducir a los hombres eminentes que merecen ese nombre en nuestro universo político al papel de políticos profesionales; sin embargo, para ser un hombre de gobierno es indispensable fijar, limitar, restringir la propia imaginación a las cosas del país, y ser capaz de compartir, a falta de las mismas pasiones, al menos los prejuicios de los partidos, y hacer comulgar con ellos, de la manera más perfecta, la propia existencia, *individuae vitae consuetudinam*. Así, aun cuando hubiera tenido las cualidades necesarias –y no las tenía–, mi interés humano sin fronteras me prohibía la política. Políticamente, temo haber nacido cosmopolita. No me sería posible reducir mis facultades al servicio de una religión local, renunciar a la capacidad que ellas poseen de volcarse de manera espontánea hacia el mundo externo” (Nabuco, 1998, pp. 54-55).

década de 1920, seguidos por estadías en Inglaterra, Francia y Portugal luego de su tesis de maestría, se inscriben en esa tradición de las élites políticas e intelectuales del Nordeste. No obstante, la riqueza procurada por el cultivo del café fue aun más grande que las fortunas amasadas por los propietarios de molinos de esa misma región, y las trayectorias internacionales de los linajes de los “barones del café”, como el de Eduardo Prado o su sobrino Paulo Prado, el mecenas de la semana de arte moderno de 1922, son características de las apropiaciones de las estadías internacionales para “modernizar” el espacio intelectual y político nacional.⁵

La Segunda Guerra Mundial actuó como revelador de los lazos entre la supremacía militar y la investigación científica de larga data y provista, asimismo, de los dispositivos para transformar los descubrimientos de la ciencia en innovaciones tecnológicas, aplicables a los más variados dominios de la vida económica y cultural. No debe sorprendernos que la física atómica y la biología se hayan adelantado a los otros ámbitos del saber. En el Brasil fueron sobre todo los científicos pertenecientes a ambos sectores, aliados a algunos círculos de militares de alto rango, preocupados por los nuevos campos de la competencia internacional donde se jugaban los destinos de la soberanía nacional, quienes tomaron la iniciativa de proponer la creación de agencias nacionales para apoyar la formación de nuevas generaciones en los centros científicos de mayor prestigio mundial. El establecimiento del CNPq (Conselho Nacional de Pesquisa) y de la CAPES (Coordenação de Aperfeiçoamento de Pessoal de Nível Superior) en 1951, así como de la FAPESP (Fundação de Amparo à Pesquisa do Estado de São Paulo), aseguró un flujo constante de estudiantes de doctorado hacia el extranjero, con prescindencia de las restricciones iniciales del patrimonio económico de sus familias de origen.⁶ Luego de esta época, el acceso a los estudios internacionales se amplió a todos aquellos que, terminado el segundo ciclo en el Brasil, podían presentarse a un concurso para obtener becas de tercer ciclo. Los menos dotados en recursos económicos podían hacer de los estudios científicos o de la formación artística un medio de incrementar sus posibilidades de éxito en carreras sustitutas, para no quedar prisioneros de los puestos subalternos de la función pública o los cargos inferiores de las empresas privadas. Puede plantearse la hipótesis⁷ de que esa apertura del acceso a los centros internacionales de excelencia científica y artística a nuevas capas sociales, por lo general urbanas y ocupantes de posiciones intermedias en el espacio social, contribuyó a formar la primera generación de especialistas cosmopolitas. A largo plazo, ese proceso podría dar origen a una especie de fracción completamente nueva de la élite dirigente, obligada a fundar todas sus estrategias individuales en el capital intelectual y sólo en él, pues las familias que la componían disfrutaban al principio de un patrimonio económico y un

⁵ El análisis de Levi (1977) sobre la familia de los Prado en San Pablo es ilustrativo de la relación entre enriquecimiento material, formación intelectual de los jóvenes aspirantes a la gloria política e intelectual en la Facultad de Derecho, actividades políticas, promoción de la emigración europea y usos del cosmopolitismo como instrumento de revalorización de una capital percibida como un pequeño burgo provinciano.

⁶ La creación de la CAPES en julio de 1951 apuntaba a promover la especialización de los docentes universitarios y su formación permanente. El organismo se contaba entre las nuevas instituciones dirigidas por Anísio Teixeira –uno de los más grandes reformadores de la enseñanza brasileña– desde la década de 1930, destinadas a modernizar el sistema educativo del país a partir de la escuela primaria. El establecimiento del CNPq en enero de 1951 estaba directamente ligado al esfuerzo preparatorio para la instalación de la Comisión Nacional de Energía Atómica, instancia de regulación de los estudios para determinar las reservas de materiales como el uranio, el torio, el cadmio, el litio, el berilio, el bario y el grafito, así como las condiciones de exportación (véase Abreu *et al.*, 2001). En un comienzo, la formación de científicos constituía un objetivo secundario del CNPq.

⁷ Se trata de una hipótesis central del trabajo realizado por la red de investigadores mencionada en la nota 1.

capital heredado de relaciones sociales bastante más reducidos que la élite tradicional. No es sorprendente que el papel del Estado en la construcción del futuro de la colectividad haya sido el motivo de ásperos debates, porque este instrumento de gestión de los destinos colectivos podía abrir otros tantos nuevos horizontes para profesiones basadas en los usos del capital intelectual reconocido en el escenario internacional.

De todos modos, debemos matizar esta hipótesis, en función de las divisiones disciplinarias del saber y sus consecuencias institucionales y profesionales. En la década de 1950, sólo los estudiantes de ciencias exactas podían obtener becas doctorales o de especialización. Ese monopolio casi exclusivo se tradujo en una gran mayoría de estudiantes de física, biología y química. Los interesados en las ciencias sociales recién fueron incluidos en los programas de apoyo de las agencias luego de 1966; paradójicamente, durante el gobierno de la dictadura militar. En un comienzo, los científicos vinculados a los dominios de las ciencias exactas y las autoridades de los organismos de financiamiento parecían considerar la práctica de las ciencias sociales –en particular la sociología– como patrimonio de pensadores ensayistas que se expresaban por medio de una retórica característica de la verbosidad de los juristas, sin inclinación alguna por la reflexión acumulativa fundada en pruebas empíricas, en la cual el esfuerzo de constitución del material –de una base de datos, diríamos hoy– tenía tanta importancia como la redacción de los resultados de la investigación, si no más. Prejuicios al margen, cuando las autoridades militares quisieron llevar a cabo una reforma en gran escala, con la creación de las formaciones doctorales de excelencia para favorecer el crecimiento económico, las becas se ampliaron a las ciencias sociales. En apariencia, también había motivos de orden político: asesores norteamericanos de las reformas afirmaban que la primacía del marxismo y de las corrientes nacionalistas no podría mantenerse frente a la competencia internacional en los Estados Unidos y Europa.

Dos cambios institucionales cronológicamente coincidentes crearon condiciones materiales favorables a la diversificación de los perfiles disciplinarios dentro de las ciencias sociales brasileñas. También facilitaron la profesionalización de los especialistas y su inscripción en el campo internacional. Por un lado, el otorgamiento de becas favoreció el traslado masivo de los doctorandos al extranjero, mientras que la creación de nuevas formaciones doctorales en todo el país, a veces asociada con el establecimiento de centros de investigación, permitió la profesionalización de los docentes e investigadores, que en lo sucesivo podían dedicarse con exclusividad y de manera permanente a su trabajo. Así, la internacionalización de la investigación se vinculó con la expansión y la diversificación de las instituciones consagradas a los estudios de punta y con el crecimiento de la cantidad de cargos, que hacía posible la absorción de los nuevos postulantes.

Es preciso señalar que las maestrías y los doctorados quedaron sometidos a una evaluación periódica de su enseñanza y su producción científica, a cargo de la CAPES desde la década de 1970; la opinión emitida por una comisión independiente de expertos se convirtió en un criterio necesario para la asignación de becas a los doctorandos de todas las instituciones y la obtención de una serie de subsidios a la investigación.⁸ El control de calidad de los centros de formación e investigación, desde las ciencias exactas hasta las ciencias humanas y sociales, de acuerdo con un mismo patrón básico, marcó la vigorosa expansión de los estudios de doc-

⁸ Para el estudio del proceso de institucionalización de las formaciones doctorales en el Brasil, véase Cury (2004).

torado y contribuyó a difundir nuevos cánones e imperativos de la producción científica. Hubo una verdadera mutación de las condiciones de existencia de las ciencias sociales, porque el aumento en el número de cargos para profesores e investigadores se asoció con la revalorización de la profesión gracias a la adopción de los principios rectores de la competencia científica internacional. El crecimiento de la circulación internacional de estudiantes brasileños derivó concretamente en la ampliación de los horizontes profesionales de quienes obtenían sus doctorados en el exterior.⁹

El Cuadro 1 muestra la cantidad de cursos dedicados a las maestrías, doctorados y maestrías profesionales (enseñanzas equivalentes a los DESS franceses)* actualmente en funcionamiento: se enumeran 1.944 centros de formación, casi un millar de los cuales cuentan con estudios de doctorado. Las cifras presentadas aquí se relacionan exclusivamente con los programas admitidos por la CAPES; su número ascendería a 2.999 si se tomaran en cuenta todas las instituciones que afirman haber establecido cursos de tercer ciclo. Como hecho notable, podemos comprobar que del total de 1.944 centros, 506 (26%) corresponden a las “ciencias humanas” y las “ciencias sociales aplicadas”; el desfase histórico entre las ciencias exactas, apoyadas desde hace medio siglo, y las ciencias sociales, incorporadas a los programas oficiales en épocas más recientes, se redujo en gran medida por el auge de las últimas en el pasado cercano.

Los cuadros 2 y 3 detallan las disciplinas incluidas en cada ámbito de conocimiento de las ciencias sociales o de las disciplinas asimiladas a ellas, para mostrar la diversidad de campos de

Cuadro 1: Formaciones doctorales

Disciplinas	Número de cursos y formaciones							Total
	M	D	P	M/D	M/P	D/P	M/D/P	
Ciencias agrarias	89	3	0	117	0	0	1	210
Ciencias biológicas	47	1	2	126	0	0	4	180
Ciencias de la salud	125	14	15	211	2	0	10	377
Ciencias exactas y de la tierra	82	3	1	115	1	0	6	202
Ciencias humanas	133	3	4	139	0	0	1	280
Ciencias sociales aplicadas	123	1	21	69	0	0	12	226
Formación en ingeniería	97	1	14	96	0	0	10	218
Lingüística, letras y artes	49	0	0	59	0	0	1	109
Otras	77	8	24	21	3	0	3	136
Brasil	822	34	81	953	6	0	48	1.944

Fuente: CAPES (actualización: 6 de agosto de 2004).

Referencias: M – maestría; D – doctorado; P – formación profesional (DESS); M/D – maestría/doctorado; M/P – maestría/formación profesional; D/P – doctorado/formación profesional; M/D/P – maestría/doctorado/formación profesional.

⁹ Sería interesante consultar los balances de los conocimientos en ciencias sociales, organizados en el marco de la Asociación Nacional para los Estudios y las Investigaciones de Posgrado en Ciencias Sociales (ANPOCS), para tener una imagen más precisa de la ruptura generada por la creación de las formaciones doctorales a mediados de la década de 1960. Véase Miceli (comp.) (2000, 2002).

* Sigla del *diplôme d'études supérieures spécialisées*, título profesional que se obtiene después de realizar una pasantía de un año de duración en una empresa. [N. del T.]

investigación y enseñanza antes analizados. Los datos correspondientes a 1996 indican que el conjunto de los programas de doctorado en “ciencias humanas” y “ciencias sociales aplicadas” empleaba a 2.472 docentes investigadores. Si tenemos en cuenta que a comienzos de la década de 1960 las formaciones doctorales en esas disciplinas sólo se dictaban en la Universidad de San Pablo (USP) o en la Escuela de Sociología y Política del mismo estado, podemos hacernos una idea de la velocidad de implantación de la enseñanza de tercer ciclo en el Brasil.

Cuadro 2. Maestrías y doctorados reconocidos por la CAPES (ciencias humanas)

Número de cursos y formaciones								
Ciencias humanas	M	D	P	M/D	M/P	D/P	M/D/P	Total
Antropología	2	0	1	9	0	0	0	12
Arqueología	0	0	0	1	0	0	0	1
Ciencias políticas	6	0	1	6	0	0	0	13
Educación	45	0	0	28	0	0	0	73
Filosofía	16	0	0	11	0	0	0	27
Geografía	15	0	0	14	0	0	0	29
Historia	12	0	1	21	0	0	0	34
Psicología	21	1	0	24	0	0	0	46
Sociología	12	2	1	20	0	0	0	35
Teología	4	0	0	5	0	0	1	10
Total	133	3	4	139	0	0	1	280

Fuente: CAPES (actualización: 6 de agosto de 2004).

Referencias: M – maestría; D – doctorado; P – formación profesional (DESS); M/D – maestría/doctorado; M/P – maestría/formación profesional; D/P – doctorado/formación profesional; M/D/P – maestría/doctorado/formación profesional.

Cuadro 3. Maestrías y doctorados reconocidos por la CAPES (ciencias sociales aplicadas)

Número de cursos y formaciones								
Ciencias sociales aplicadas	M	D	P	M/D	M/P	D/P	M/D/P	Total
Gestión/turismo	30	0	17	9	0	0	5	61
Arquitectura y urbanismo	7	0	0	7	0	0	0	14
Ciencias de la información	4	0	0	4	0	0	0	8
Periodismo	7	0	0	12	0	0	0	19
Demografía	0	0	0	2	0	0	0	2
Diseño industrial	2	0	0	1	0	0	0	3
Derecho	37	0	0	15	0	0	0	52
Economía	16	1	3	8	0	0	7	35
Planificación urbana y regional	5	0	1	3	0	0	0	9
Trabajo social	11	0	0	8	0	0	0	19
Turismo	4	0	0	0	0	0	0	4
Total	123	1	21	69	0	0	12	226

Fuente: CAPES (actualización: 6 de agosto de 2004).

Referencias: M – maestría; D – doctorado; P – formación profesional (DESS); M/D – maestría/doctorado; M/P – maestría/formación profesional; D/P – doctorado/formación profesional; M/D/P – maestría/doctorado/formación profesional.

Cuadro 4. País de destino de los becarios por disciplina (ciencias humanas)

Ciencias humanas	Estados Unidos	Francia	Gran Bretaña	Alemania	Portugal	España	Canadá	América Latina	Otros países de Europa	Asia	África	Oceanía	Sin información	Total
Filosofía	24	102	16	42	3	6	4	0	25	0	0	1	5	228
Sociología	59	147	35	10	5	15	12	11	27	3	0	0	7	331
Antropología	45	60	26	3	4	4	9	3	3	2	0	0	4	163
Arqueología	8	13	0	2	1	3	0	0	3	0	0	0	3	33
Historia	44	80	24	16	44	18	3	9	19	1	0	0	2	260
Geografía	8	39	9	4	3	13	2	1	4	0	1	0	4	88
Psicología	94	105	58	12	3	28	11	4	31	2	0	1	5	354
Educación	74	112	75	19	17	53	26	9	30	3	1	1	19	439
Ciencias políticas	70	40	36	3	2	7	2	4	12	0	0	0	6	182
Teología	0	1	1	1	0	1	0	0	9	1	0	0	0	14
Otras	0	0	0	1	0	0	0	0	0	1	0	0	0	2
Total	426	699	280	113	82	148	69	41	163	13	2	3	55	2.094

Fuente: Investigación circulatoria internacional de los universitarios.

Cuadro 5. País de destino de los becarios por disciplina (ciencias sociales aplicadas)

Ciencias sociales aplicadas	Estados Unidos	Francia	Gran Bretaña	Alemania	Portugal	España	Canadá	América Latina	Otros países de Europa	Asia	África	Oceanía	Sin información	Total
Derecho	20	51	17	21	11	42	0	6	20	0	0	0	4	192
Gestión	78	53	62	6	1	18	21	2	7	1	0	1	5	255
Economía	249	96	107	8	3	11	7	3	14	1	1	3	19	522
Arquitectura y urbanismo	23	28	50	5	8	44	2	1	24	1	0	3	4	193
Planificación urbana	17	35	25	5	0	8	1	1	3	0	0	0	16	111
Demografía	15	4	7	0	0	1	0	1	3	0	0	0	0	31
Ciencias de la información	11	14	17	1	1	11	5	1	1	0	0	0	4	66
Museología	4	2	1	0	1	1	0	0	0	0	0	0	0	9
Periodismo	45	46	23	7	10	26	5	4	9	2	0	1	2	180
Trabajo social	2	12	6	1	1	3	2	0	2	1	0	0	1	31
Economía doméstica	1	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	1
Diseño industrial	10	4	17	1	0	2	2	0	9	1	0	0	3	49
Turismo	0	1	0	0	0	0	0	0	1	1	0	0	0	3
Otras	0	0	1	0	1	0	0	0	0	1	0	0	0	2
Total	475	346	333	55	37	167	45	19	93	8	1	8	58	1.645

Fuente: Investigación circulatoria internacional de los universitarios.

La creación de las agencias de apoyo a la investigación constituyó uno de los pilares de ese cambio de escala de la comunidad científica brasileña; no obstante, no se señala con tanta frecuencia que el hecho de que las becas dependan únicamente de los organismos brasileños, con prescindencia de los lugares de destino, hace que el flujo de estudiantes sea menos sensible a las estrategias de los países de mayor avance científico que compiten por la supremacía intelectual. La generosidad de fundaciones internacionales como la Ford y la Rockefeller, entre muchas otras, así como los programas establecidos por los países europeos, como Francia, el Reino Unido o Alemania –o la URSS en el pasado–, siempre tuvieron como requisito la obligación del estudiante de elegir una institución de la misma nacionalidad que la agencia filantrópica. Cuando el becario depende de un organismo de su país de origen, debe justificar la excelencia científica del laboratorio de su elección, pero la competencia ya no se segmenta según el país de recepción, pues todos los destinos son teóricamente posibles. Si bien el país de recepción sigue siendo un elemento decisivo, aunque sólo sea debido a las afinidades lingüísticas, de estilos de vida y hasta de religión, ya no es necesariamente el único elemento por considerar. En síntesis, la institucionalización de las agencias de financiamiento de los becarios desde hace más de medio siglo permitió el surgimiento en el Brasil de un sistema de cursos de doctorado dotado de mecanismos de control de la calidad de la enseñanza, así como el intento de ampliar las modalidades de su inscripción en la competencia científica internacional.

El estudio de los destinos de los becarios brasileños sirve para revelar las jerarquías y las escalas de valor vigentes en el punto de partida, en las que se privilegian los polos de excelencia reales o presuntos, pues todos los continentes están representados en el Cuadro 4. Como la selección de los becarios se hace por medio de un expediente sometido al examen de un investigador acreditado, sin vínculos con el postulante, esas cifras objetivan tanto la jerarquía percibida por las nuevas generaciones como la de los directores de investigación. Hasta hoy, la investigación sobre la “circulación internacional de los universitarios” sólo pudo establecer la lista completa de los becarios de la CAPES, el CNPq y la FAPESP para el período 1987-1999 y, por lo tanto, el momento posterior al alejamiento de los militares del poder. Entre las 15.645 becas otorgadas para estudios en el extranjero, 3.739 estudiantes estaban inscritos en “ciencias humanas” (2.094) y “ciencias sociales aplicadas” (1.645), es decir un 24% del total (véanse los cuadros 4 y 5). Ahora bien, es sorprendente comprobar que sólo sesenta becarios fueron a países de América Latina, lo cual representa apenas el 1,6% de los estudiantes beneficiarios del apoyo brasileño a la circulación internacional. A título de comparación, Portugal recibió por sí solo a 119 estudiantes y España acogió un número cinco veces más alto que toda América Latina (315); Canadá, destino reciente de los estudiantes brasileños y en fuerte avance a lo largo de los últimos años, tuvo una cantidad equivalente a Portugal (114). La mayoría de los estudiantes se dirigieron a Francia (1.045), los Estados Unidos (901) y Gran Bretaña (613); estos destinos mayoritarios concentran el 68% del total.

La discriminación por disciplinas permite ver en la práctica la diferente valoración atribuida a los países de destino: en economía, los Estados Unidos y Gran Bretaña superan a Francia, como una afirmación del predominio de los anglosajones en ese campo; el hecho también se verifica en ciencias políticas, mientras que en derecho, sociología y antropología Francia está a la cabeza. Así se explica que en el caso de las “ciencias sociales aplicadas” los Estados Unidos sean el destino principal y que Gran Bretaña pise los talones a Francia, en tanto que este último país muestra una notoria supremacía en las “ciencias humanas”. La fuerte variación comprobable por disciplina –en derecho, España ocupa la segunda posición (véase

el Cuadro 5), mientras que Alemania se ubica en ese mismo puesto en lo concerniente a la filosofía (véase el Cuadro 4)– demuestra que la elección del establecimiento o el laboratorio de destino, y por consiguiente del país de residencia, es relativamente independiente de su peso económico o geopolítico. No por ello deja de ser cierto que, frente a estas cifras comparativas, que objetivan las estrategias educativas de los doctorandos brasileños, los otros países de América Latina sólo ocupan un lugar muy marginal como destino elegido: en economía, 3 de 522 (0,6%); en sociología, 11 de 331 (3,3%); en ciencias políticas, 4 de 182 (2,2%); en antropología, 3 de 163 (1,8%), y en historia, 9 de 260 (3,5%).

Si sólo nos atenemos a las tendencias actuales, podemos perder de vista que algunas de las teorías y las obras que constituyen referencias fundamentales de las hipótesis discutidas en las tesis brasileñas de doctorado en ciencias sociales de los últimos cuarenta años, fueron concebidas, debatidas y publicadas en otros países de América Latina, sobre todo en Chile, pero también en México. Así sucedió, sin duda, en el caso de los conceptos de “desarrollo” e “industrialización por sustitución de importaciones” en el campo de la economía, forjados en el marco de los trabajos de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL/ONU); otro tanto ocurrió con el concepto de “dependencia” en sociología y ciencias políticas. El examen de las trayectorias intelectuales de Celso Furtado, que escribió toda la primera parte de su obra en Chile (entre 1948 y 1957), y Fernando Henrique Cardoso, al proponer en este mismo país la categoría de “dependencia” para estudiar las sociedades y los estados latinoamericanos (entre 1964 y 1968), debe ayudarnos a comprender por qué un destino tan apreciado en la década de 1950, al extremo de atraer a la mayoría de los exiliados intelectuales brasileños, fue abandonado más adelante hasta ser casi olvidado en nuestros días.

¿Cómo explicar que Santiago de Chile, que aparecía como uno de los más grandes centros cosmopolitas de América del Sur a mediados del siglo XX, haya perdido su jerarquía de capital de una producción original en ciencias sociales, que le confería prestigio mundial? Para tratar de responder este interrogante, nos aventuraremos a seguir una de las reglas del método sociológico enunciadas por Émile Durkheim (1967, p. 109): los hechos sociales sólo pueden explicarse a través de hechos sociales.

2. La CEPAL y la construcción económica de las naciones latinoamericanas

La trayectoria intelectual y social del economista Celso Furtado es sumamente interesante por más de un motivo; ni sus orígenes geográficos y sociales ni sus estudios de derecho durante la dictadura de Vargas lo predestinaban a desempeñar un papel de primer plano en el escenario continental y en la política brasileña antes de los cuarenta años. Ya he examinado en otra parte (García, 1997) su carrera intelectual de fundador de la agencia de desarrollo de su Nordeste natal, por lo cual me limitaré aquí a recordar ciertos momentos significativos de su trayectoria y me concentraré en el período 1948-1958, cuando participó activamente en la construcción de las herramientas mentales –para utilizar la célebre expresión de Lucien Febvre– y el prestigio intelectual y político de la Comisión Económica para América Latina. Sin lugar a dudas, junto al argentino Raúl Prebisch (cf. Love, 1998) y los chilenos Jorge Ahumada, Aníbal Pinto y Oswaldo Sunkel, así como muchos otros, Furtado fue uno de los autores más fecundos en la elaboración de nuevas pistas y de hipótesis para pensar los obstáculos al crecimiento económico de América Latina. Para emanciparse era preciso armarse

de un parque industrial integrado y competitivo en escala internacional, que pudiera conjugarse con una distribución menos inequitativa de la riqueza y el ingreso nacional y allanara el camino a la democratización del espacio público. Las apuestas del concepto de “desarrollo” eran muy grandes (cf. Sachs y García, 1997).

Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto presentaron el abordaje sociológico de la “dependencia” como un intento de superar los límites de los conceptos de “subdesarrollo” y “centro-periferia”, en momentos en que los generales brasileños se habían arrogado el privilegio de ser los únicos facultados para hablar en nombre de la “soberanía nacional”; pero la evolución del Chile democrático alimentaba además la esperanza de un crecimiento económico beneficioso para los estratos populares. La sociología del espacio político debía permitir estudiar a los agentes sociales capaces de controlar el Estado e imprimir una orientación precisa a su acción de promotor del desarrollo. La industrialización podía ser fomentada por estados autoritarios o estados democráticos, ser benéfica para los sectores desaventajados o los industriales asociados con empresas internacionales, favorecer la modernización de las grandes fincas o admitir reformas agrarias limitadas; en suma, diferentes vías de “desarrollo” eran posibles, y las luchas políticas (a través de elecciones o por otros medios) parecían decisivas para identificar a los grupos aliados susceptibles de “tomar el poder” y los usos que podían hacer de éste. Como no todos los grupos y clases sociales tenían un peso equivalente, la dominación de unos sobre otros se presentaba en primer plano; el concepto de “dependencia” apuntaba a explicar de manera simultánea la subordinación entre las naciones y las relaciones de dominación dentro de cada una de ellas.

2.1. Fluctuaciones del comercio internacional y el manifiesto por la industrialización de América Latina: la respuesta de Celso Furtado al enigma del atraso latinoamericano

Nacido en 1920 en una ciudad mediana de la zona semiárida del Nordeste brasileño, hijo de un padre magistrado y una madre perteneciente a una familia de grandes terratenientes, Celso Furtado cursó sus estudios primarios y secundarios en las capitales de los estados de Paraíba y Pernambuco. A los 19 años ingresó a la Facultad de Derecho de la Universidad del Brasil, en Río de Janeiro, durante la época del régimen autoritario de Getúlio Vargas, el “Estado Nuevo”, inspirado en la constitución polaca de Pilsudski y en el cual no había lugar para los debates intelectuales. En 1943, al terminar los estudios superiores, Furtado obtuvo por concurso un puesto bastante modesto en la burocracia federal y comenzó a desempeñarse de manera paralela como periodista independiente.

Ese mismo año el Brasil entró a la guerra junto a los Aliados y Celso Furtado se presentó como voluntario; trasladado a Europa, combatió sobre todo en Italia. Esa experiencia modificó profundamente su trayectoria social e intelectual: su participación en la ofensiva final, como oficial de las tropas brasileñas, le hizo tomar conciencia de la amplitud de la reconstrucción europea y, por lo tanto, de toda la economía mundial (cf. Furtado, 1985, pp. 13-38). El “panorama desolador” que tenía ante sus ojos imponía la movilización de los esfuerzos colectivos en una escala sin precedentes; la reconstrucción de Europa sólo podía producirse gracias al Plan Marshall, concebido por los Estados Unidos para enfrentar la expansión de la URSS y reiniciar los intercambios económicos internacionales, “poniendo a disposición de los países de Europa occidental el complemento de poder adquisitivo internacional y ahorro que

necesitan para recuperarse” (*ibid.*, p. 27). Los desafíos eran tan grandes que Furtado decidió volver a Europa para hacer un doctorado en economía: “el mundo de mi generación sería modelado por las fuerzas que pudieran imponerse en el proceso de reconstrucción de Europa, y sobre todo de Europa occidental” (*ibid.*, p. 14).

En diciembre de 1946 se inscribió en el doctorado bajo la dirección de Maurice Byé, un especialista en economía internacional refugiado en el Brasil durante el régimen de Vichy. Su tesis se ocupó de la economía colonial brasileña, y en particular de los movimientos de la economía azucarera enfrentados a la expansión del mismo cultivo en las posesiones caribeñas francesas. Es preciso señalar, de paso, que la mayoría de los economistas brasileños de la época eran autodidactas; habían salido de la escuela politécnica o las facultades de derecho y se formaron sobre la marcha como miembros de las innumerables comisiones de especialistas (cf. Loureiro, 1997) creadas durante el gobierno de Vargas (1930-1945) para hacer frente a los problemas del comercio exterior, el tipo de cambio, las inversiones en materia de energía y transporte, la política monetaria y fiscal, etc. En agosto de 1948, ya de regreso en el Brasil, Furtado retomó sus funciones en la burocracia federal y se incorporó a la Fundação Getúlio Vargas, la institución responsable de la introducción de la contabilidad nacional (cálculo del producto bruto interno, componentes sectoriales, etc.) y del cálculo del índice de precios, que junto con otros datos estadísticos se publicaban en la revista *Conjuntura Econômica*, aún hoy en circulación, y cuyos trabajos se realizaban bajo la dirección del Ministerio de Hacienda. Los inicios de su carrera como economista se produjeron en los círculos dirigidos por dos de los principales representantes de la economía neoclásica, Eugênio Gudín y Octávio Gouveia de Bulhões. En 1948, este último estaba a la cabeza de la División de Estudios Económicos y Financieros del ministerio y era presidente de la delegación brasileña de enlace con la “misión Abbink”, enviada por el gobierno norteamericano para conocer la situación general de la economía del país. La presencia de esa misión suscitó la esperanza de que el Brasil fuera incluido en los programas de ayuda estadounidense, para participar en la recuperación de la economía mundial promovida en Europa y Asia; en realidad, su meta se limitaba a estimar la capacidad de reembolso de las deudas contraídas con financistas norteamericanos, preocupados por sus préstamos en peligro. Los debates locales, marcados en parte por la ortodoxia de los partidarios de la “división internacional del trabajo”, que asignaba a países como el Brasil la eterna función de productores de bienes agrícolas para la exportación, y en parte por el marxismo dogmático impuesto por el control estalinista de la Internacional Comunista, parecían muy pobres al joven Furtado. Sobre todo porque a lo largo de la década de 1940 había podido comprobar en Europa la enormidad de los desafíos generados por la reestructuración de la economía mundial y la obsolescencia de los paradigmas teóricos de la preguerra para pensarlos.

La Organización de las Naciones Unidas se aprestaba entonces a poner en marcha una Comisión Económica para América Latina con sede en Santiago y había solicitado al gobierno brasileño que propusiera el nombre de un economista; la designación quedó en manos de Octávio Bulhões. Celso Furtado se presentó como candidato, pese a la desconfianza y hasta la incredulidad de sus superiores:

Al enterarse de la noticia, Lewinshon [director de *Conjuntura Econômica*] juzgó con mucha severidad las nuevas organizaciones especializadas que proliferaban alrededor de las Naciones Unidas. En efecto, ¿cómo desconocer la insignificancia del Banco Internacional de Reconstrucción y Desarrollo (BIRD) y del Fondo Monetario Internacional (FMI) frente a la amplitud

de los problemas padecidos por Europa? El Plan Marshall constituía el certificado de defunción de esas instituciones [...]. Cuando hablé con el doctor Bulhões, éste se mostró sorprendido. La fundación Getúlio Vargas ofrecía enormes oportunidades, me hizo notar. Los economistas brasileños ya éramos muy pocos y en el país todo estaba por hacer [...]. En ese momento, el economista José de Campos Mello, que trabajaba en la oficina de las Naciones Unidas en Nueva York, se presentó en la sede de la revista *Conjuntura Econômica*; había vivido un tiempo en Santiago, donde colaboró en el proceso de instalación de la CEPAL. Mello me hizo comprender que el proyecto no era viable, porque la Comisión había nacido en medio de fuertes antagonismos. El gobierno norteamericano se había opuesto a su creación. Su mandato era temporario y nadie suponía que pudiera sobrevivir (Furtado, 1985, pp. 50-51).

Además, el secretario ejecutivo de la comisión, el mexicano Martínez Cabañas, luego de haberle dirigido una carta de invitación a solicitud de Bulhões, se mostró hostil al extremo de no enviarle el pasaje de avión con tiempo suficiente para presentarse. El joven economista tuvo que poner dinero de su bolsillo para solventar su misión al servicio de las Naciones Unidas. Aun cuando maticemos las palabras de Celso Furtado en sus memorias, debemos constatar por fuerza que la misión que él mismo se había impuesto se fundaba en la motivación de invertir sus energías en nuevas alternativas de trabajo relacionadas con la economía internacional.¹⁰ Señalemos de paso que su tesis de doctorado, ya mencionada, se basaba en el estudio comparativo de la evolución de las plantaciones azucareras del Nordeste brasileño y las Antillas francesas, pero que los estudios de la CEPAL lo obligaron a analizar las economías latinoamericanas, sobre las cuales no tenía anteriormente ninguna experiencia. Lo indudable es que Furtado no se lanzó a recorrer un camino previsto de antemano, como muchos grandes herederos;¹¹ por el contrario, hizo apuestas arriesgadas que sólo rindieron frutos gracias a constantes esfuerzos por darles coherencia. Vista de cerca, su trayectoria tiene más bien la apariencia de un itinerario en zigzag, que oscila entre el mundo internacional y el universo nacional pero permite, no obstante, la acumulación de prestigio intelectual y notoriedad como experto innovador en ambos planos.

En rigor, los inicios de la CEPAL parecen muy poco prometedores. Ante todo, por la ausencia de un experto intelectual reconocido en el escenario internacional:

pero no fue fácil encontrar a alguien que estuviera a la altura de la tarea de dirección de la secretaría ejecutiva. Las informaciones corrientes hacían circular el rumor de que la comisión tendría una vida breve; la disponibilidad limitada de economistas latinoamericanos reconocidos por sus aptitudes conspiró para que el cargo permaneciese vacante durante los meses decisivos de su instalación (*ibid.*, 1985, p. 53).

El argentino Raúl Prebisch y el mexicano Víctor Urquidi, el delegado más joven entre los asistentes a la conferencia de Bretton Woods, habían declinado la invitación:

¹⁰ Tal vez su casamiento en 1948 con Lucía Tosi, química de origen argentino, constituyó una razón adicional para instalarse en Santiago de Chile en febrero de 1949.

¹¹ La oposición entre herederos y aspirantes permite comprender la evolución de muchos campos políticos de las naciones modernas; cf. Bourdieu (1979, 1989). De acuerdo con el sistema conceptual propuesto por Elias y Scotson (1997), que opone los *outsiders* a los *established*, la trayectoria de Furtado es bastante característica de los primeros, tanto en el espacio internacional como en la escena política nacional.

finalmente apareció el nombre de Martínez Cabañas, sobre cuya actividad de economista no se sabía gran cosa. El estado de ánimo de los colegas latinoamericanos reclutados no era muy diferente: el cuerpo técnico de la CEPAL no superaba las diez personas [...]. Yo me preguntaba cómo era posible que esos jóvenes, formados en las universidades norteamericanas, pudieran tener un horizonte de preocupaciones tan limitado. La mayoría pensaba buscar trabajo en los Estados Unidos, si la CEPAL no duraba (Furtado, 1985, p. 55).

Para rematar la lista de decepciones iniciales, la comparación de los índices estadísticos del Brasil con los de otros países de América Latina generaba sentimientos de repulsa y humillación:

Para mí fue una verdadera sorpresa comprobar el atraso brasileño en América Latina [...] todo lo que descubría me escandalizaba, pero apenas parecía sorprender a mis colegas; recién entonces me di cuenta de la lamentable imagen de mi país en el extranjero. Trataba de contenerme para no traslucir mis sentimientos de humillación y repulsa. Era como si me hubiese descubierto víctima de una trampa, y una pregunta me atormentaba: ¿cuáles son las razones de ese atraso? (*ibid.*, p. 57).

La llegada del economista Raúl Prebisch transformó el juego de arriba abajo. Miembro de la generación anterior —había nacido en 1901 y pertenecía a una familia de propietarios de tierras de posición acomodada—, gozaba de un gran prestigio internacional, pues luego de organizar los servicios estadísticos de la poderosa Sociedad Rural Argentina, destinados a defender los intereses de los criadores volcados al comercio exterior de la carne, creó en 1935 el Banco Central de la República Argentina, que dirigió hasta el golpe de Estado de junio de 1943 (véase Love, 1998, pp. 295-303); a fines de la década de 1920 también había participado en arduas negociaciones con Gran Bretaña en torno del mercado mundial de la carne, y representado a su país en conversaciones mantenidas con los Estados Unidos, Canadá y Australia acerca de la posibilidad de controlar la oferta de trigo. Esta experiencia internacional lo había llevado a demostrar que la evolución de los precios agrícolas, en comparación con los productos industriales exportados por Europa y los Estados Unidos, era desfavorable a los países periféricos (*ibid.*, p. 301). Apartado por Perón de su cargo de alto funcionario, había vuelto a la Universidad de Buenos Aires y actuado como asesor de varios países latinoamericanos. Llegado a Santiago también como asesor de la CEPAL, había preparado un estudio para la conferencia de La Habana; Celso Furtado calificó ese documento como un “manifiesto para la industrialización de América Latina”. La crítica se centraba en la “división internacional del trabajo” como perpetuadora de una evolución de los términos del intercambio que iba en desmedro de los países exportadores de productos agrícolas. Para escapar a las restricciones de una posición subordinada, “los países periféricos debían adoptar el camino de la industrialización”, única vía de acceso a los beneficios del progreso técnico (Furtado, 1985, p. 62). Una vez leída esa comunicación, el entusiasmo de Furtado fue tan grande que solicitó a Prebisch permiso para traducirla al portugués; de su publicación se encargaría la fundación Getúlio Vargas. Así, el “manifiesto” fundador de lo que llegaría a conocerse como una escuela de pensamiento latinoamericano apareció por primera vez en Río de Janeiro, obra de un autor y un traductor que acababan de conocerse en Santiago de Chile. Ese reputado economista argentino, cuya carrera, a los 47 años, había quedado interrumpida en su país de origen por el ascenso del peronismo, se convertía entonces en un líder intelectual que permitía al

joven Furtado, de menos de treinta años, lanzarse a la teorización del “subdesarrollo”. Todas esas proclamas de intenciones se hicieron a una “proximidad distante” de los gobiernos latinoamericanos sometidos a la hegemonía de los Estados Unidos en pleno progreso de la Guerra Fría.

La gran repercusión del texto de Prebisch en la conferencia de las Naciones Unidas celebrada en La Habana lo convenció de prolongar su actividad en la CEPAL, donde se puso a la cabeza de un centro de investigación con mucha autonomía y compuesto por cuatro economistas, entre ellos Furtado. Este grupo fue responsable de las monografías sobre la Argentina, el Brasil, México y Chile, que constituyeron la base del famoso informe de la CEPAL de 1949, presentado en la conferencia de Montevideo de mayo de 1950 (Naciones Unidas, 1951). Los cinco capítulos iniciales, redactados por Prebisch, exponían las ideas teóricas centrales del aporte de la comisión: el deterioro de los términos del intercambio a largo plazo demostraba que el modelo del comercio internacional, centrado en las ventajas comparativas, era elegante desde el punto de vista formal, pero pecaba por sus hipótesis demasiado simplistas, que no tomaban en cuenta las débiles elasticidades de precios e ingresos de los bienes agrícolas. Para que el progreso técnico beneficiara a todos los países, era preciso que los latinoamericanos se embarcaran en un proceso de industrialización por sustitución de importaciones. Luego de un nuevo éxito en Montevideo, Raúl Prebisch asumió el cargo de secretario ejecutivo de la CEPAL, en reemplazo de Martínez Cabañas. Su prestigio no dejó de aumentar, pero las tesis sobre la participación activa del Estado en el proceso industrializador chocaron con la creciente oposición de las delegaciones de los Estados Unidos y Gran Bretaña, fieles al credo liberal de un poder público autorizado, a lo sumo, a “crear un clima favorable a las inversiones internacionales”.

En la conferencia de México de 1951 se jugó la supervivencia de la comisión establecida tres años antes. Los Estados Unidos propusieron su absorción en el marco de la Organización de los Estados Americanos (OEA), más dócil a sus pretensiones hegemónicas. Esos proyectos de liquidación de la autonomía de la CEPAL sólo fracasaron gracias al respaldo dado a ésta por el Brasil, seguido por Chile. Prebisch consideró tan decisivo el enfrentamiento que encargó a Furtado la organización de una visita al presidente Getúlio Vargas, otra vez en el poder en el Brasil desde 1950 por obra de las urnas. El encuentro fue un éxito: Vargas veía con muy buenos ojos un movimiento de ideas en América Latina que era susceptible de significar un aval a su nueva política favorable a la industrialización. Prebisch, siempre juzgado como un hombre hostil por Perón y demasiado heterodoxo a juicio de Washington, podía contar con el apoyo de un Brasil emergente; a los 31 años, Celso Furtado se convertía, gracias a sus esfuerzos intelectuales y políticos, en un importante mediador entre el espacio internacional y el universo político brasileño. La sociedad política e intelectual entre los dos economistas había consolidado un camino original para la CEPAL, y la había dotado de firmes cimientos diplomáticos. De vuelta en Santiago, Prebisch creó la División de Desarrollo Económico de la comisión, bajo la dirección de Furtado. Debemos aclarar que el viaje a México le había permitido, además, establecer vínculos con José Medina Echavarría, sociólogo de origen español exiliado al final de la Guerra Civil; la incorporación de este último encauzaría la reflexión de la CEPAL hacia las ciencias sociales. En efecto, la autonomización de una corriente de pensamiento atribuida a la comisión supuso un prolongado y paciente trabajo de construcción institucional asociado con la elaboración científica innovadora; poco a poco, la libertad de pensamiento echó raíces en una construcción política en escala internacional.

No podemos hacer en este artículo una retrospectiva amplia de todos los trabajos realizados por Celso Furtado en Santiago de Chile como funcionario de las Naciones Unidas. Se trata, antes bien, de mostrar que esa estadía contribuyó a la creación de una institución internacional capaz de reflexionar sobre otros destinos para los países de América Latina, en relación con una nueva visión de la historia de la región y su posición subordinada con respecto a la evolución económica europea.¹² La CEPAL no fue jamás el producto del mero voluntarismo de los gobiernos latinoamericanos deseosos de legitimar estados que actuaran como amos todopoderosos de las economías nacionales; pero tampoco fue un artefacto creado de pies a cabeza por el genio de sus responsables, con prescindencia de las restricciones internacionales impuestas por la Guerra Fría. El estudio del encuentro de Raúl Prebisch y Celso Furtado,¹³ en momentos precisos de sus trayectorias sociales, permite dar razón de los capitales sociales invertidos en esa empresa colectiva y las profundas motivaciones que la empujaban al éxito.

La incorporación a un equipo latinoamericano dio a Furtado los medios de ver que el establecimiento de un parque industrial integrado proporcionaba a los distintos países un futuro colectivo independiente de los meros azares del comercio internacional; el Estado debía coordinar las inversiones en industria pesada para evitar cuellos de botella paralizantes. Es notable ver que a lo largo de ese decenio (1948-1958) las obras publicadas por Furtado bosquejan una interpretación absolutamente original de la historia de su país,¹⁴ cuyo punto culminante es *Formação econômica do Brasil*, de 1959. El modelo explicativo de la historia de su país de origen sólo fue posible gracias a las cuestiones, métodos y conceptos adquiridos durante su circulación internacional.¹⁵ Por otra parte, la CEPAL de la época de Prebisch y Furtado no era en absoluto un gabinete de investigación replegado sobre sí mismo: en la pri-

¹² En la introducción de los dos volúmenes de una antología de los textos más significativos del pensamiento de la CEPAL, Bielschowsky (1998) atribuye a esta institución la supremacía absoluta en la reflexión sobre la región: “La CEPAL conmemora en 1998 cincuenta años de actividad. Durante todo este período, constituyó la principal fuente de información y análisis sobre la realidad económica y social latinoamericana. Y, aun más importante, fue el único centro intelectual de toda la región capaz de generar su propio enfoque analítico, vigente durante medio siglo” (p. 15).

¹³ Una de las características centrales para comprender el éxito de esa sociedad es, por un lado, la condición de heredero de Raúl Prebisch, con su carrera bloqueada por el ascenso del peronismo, y por otro la búsqueda de reconocimiento internacional del joven Celso Furtado.

¹⁴ La publicación en el Brasil de obras sucesivas escritas en portugués permitía a Celso Furtado firmar textos que contenían una interpretación original, sin el anonimato característico de los informes internacionales de la ONU. Así, mataba dos pájaros de un tiro; en otras palabras, el reconocimiento internacional de sus ideas se conjugaba con la acumulación de renombre nacional (cf. Furtado, 1954, 1956, 1957).

¹⁵ Es menester señalar que en su primer libro Furtado estudia la dinámica de la economía colonial y los problemas ligados con la transición hacia una economía industrial, y concluye con un alegato por la superación de las teorías de los autores clásicos, neoclásicos y keynesianos: “Las observaciones precedentes ponen en evidencia que la cuestión del desarrollo siempre ocupó un lugar subalterno en la ciencia económica. [...] Según la escuela clásica, el estancamiento no constituye más que una *reductio ad absurdum* de los argumentos polémicos de Ricardo, ingenuamente llevada a cabo por John Stuart Mill. En los neoclásicos, el estancamiento es una consecuencia de su incapacidad de formular una teoría realista de las ganancias. Por último, en los keynesianos está ligado a su negativa a reconocer la necesidad de las modificaciones institucionales debido a la escasa sensibilidad de los mecanismos de precios. [...] El gran esfuerzo actual para llenar esa enorme laguna podrá abrir perspectivas completamente nuevas a la ciencia económica” (Furtado, 1954, pp. 245-246).

Este debate con el corpus teórico de la economía se inscribe como prolongación de la tradición iniciada por Raúl Prebisch en 1949, año del primer *Estudio económico de América Latina* (Naciones Unidas, 1951). Los cinco primeros capítulos escritos por Prebisch (*ibid.*, pp. 3-89) anteceden a los estudios empíricos de las economías argentina, brasileña, chilena y mexicana, y proponen una reflexión sobre “el crecimiento, el desequilibrio y las disparidades: una interpretación del proceso de desarrollo económico”.

mavera de 1951 el segundo viajó a los Estados Unidos para visitar las principales universidades –Harvard, MIT, Northwestern, Chicago– y cotejar sus problemáticas y sus herramientas de análisis con el modelo de los polos dominantes de la disciplina. En 1958, antes de decidir su regreso al Brasil para asumir un cargo de director en el poderoso Banco Nacional de Desarrollo Económico (BNDE), Furtado residió durante bastante tiempo en la Universidad de Cambridge, Gran Bretaña, invitado por Nicholas Kaldor.

Ese templo del keynesianismo mostraba una especial fecundidad en aquellos años; las obras recientes de John Robinson y el propio Kaldor sobre la acumulación del capital suscitaban ardorosos debates, en los cuales participaban profesores como Piero Sraffa y Amartya Sen. Las teorías de John Maynard Keynes suministraron las hipótesis fundamentales de *Formação econômica do Brasil*, al dilucidar sobre todo los efectos de la política de defensa del ingreso de los propietarios de plantaciones frente a la crisis de los mercados cafetaleros en 1930; esta política económica, destinada a preservar la hegemonía de los productores, resultó ser, sin intención explícita de los responsables de su implementación, un formidable mecanismo de promoción de la industrialización por sustitución de importaciones. Según Celso Furtado, los ciclos de cultivos de exportación no habían generado vínculos entre las distintas partes del territorio; la industrialización era “el instrumento que representa el cemento de la nacionalidad” (Furtado, 1985, p. 70). Para el autor, la construcción de los engranajes de la economía brasileña y la construcción de la nación son las dos caras de una misma moneda. La respuesta a la antaño incómoda pregunta –¿cuáles son las razones del atraso económico?– se hace evidente: la lejanía de los brasileños del centro de las decisiones en materia de inversiones productivas en el territorio nacional y su exposición a los caprichos del comercio internacional. A juicio de Furtado, un experto en economía internacional, no se trataba de provocar una ruptura de los lazos con la economía mundial,¹⁶ sino de utilizar los flujos comerciales internacionales para fortalecer la interdependencia de las empresas en el marco de la nación. ¿Dónde se tomarían las decisiones cruciales para el porvenir de todos? La respuesta es aun más contundente: en el Estado democrático, única instancia con mandato de la voluntad colectiva.¹⁷

La caída de Perón en la Argentina motiva el regreso de Prebisch a la escena política de su país natal; aparecen entonces las primeras divergencias públicas con Furtado, sobre todo en lo concerniente a los instrumentos apropiados para combatir la inflación (Furtado, 1985, pp. 181-182). Tras el suicidio de Vargas en 1954, seguido por la elección de Juscelino Kubitschek ese mismo año, con un programa económico que retoma las propuestas del grupo CEPAL BNDE creado en 1953, Furtado prepara su vuelta al Brasil luego de una estadía de un año en la Universidad de Cambridge.¹⁸ Desde su retorno en 1958 y hasta el golpe de

¹⁶ Es asombroso que quienes hablan sin cesar de apertura de la economía brasileña al mercado mundial olviden considerar que dicha “economía” nació orientada justamente hacia ese mercado.

¹⁷ En *La gran transformación*, Polanyi (1983) señala que los mercados locales y los mercados distantes existieron en diferentes épocas y diferentes sociedades, pero la creación de los mercados nacionales, correlativa del establecimiento de los estados modernos, fue el origen de la interdependencia de los actos mercantiles realizados en distintos lugares y distintos momentos. La interdependencia de las negociaciones funda la idea de un “sistema de mercados autorreguladores”. A criterio de Celso Furtado, la construcción de una economía nacional en el Brasil, en la cual está implícita otra relación con la economía mundial, es una obra consumada en el siglo XX, sobre todo después de 1930.

¹⁸ Ricardo Bielschowsky (1988) estudió en profundidad los debates sobre el desarrollo económico entablados entre 1945 y 1964.

Estado de 1964, Furtado se convierte en uno de los principales personajes del espacio público brasileño, en especial gracias a la creación de la agencia de desarrollo del Nordeste, la Superintendência do Desenvolvimento do Nordeste (SUDENE), y más adelante el Ministerio de Planificación, como lo analizamos en otra parte (García, 1997). El regreso de Raúl Prebisch y de Celso Furtado a la escena política de sus países no debilitó la influencia de la CEPAL,¹⁹ ya enraizada en Santiago, donde había contribuido a formar una nueva generación de economistas, entre ellos el chileno Oswaldo Sunkel. Seguramente no fue una casualidad que en la década de 1960 tantos intelectuales argentinos y brasileños, obligados a exiliarse a causa de unos golpes de estado militares que gozaban del amplio respaldo de Washington, eligieran como lugar de residencia la capital chilena.

2.2. *El exilio político de los brasileños y la génesis de la teoría de la dependencia*

Si Celso Furtado, Fernando Henrique Cardoso, Maria da Conceição Tavares, Francisco Weffort y muchos otros, entre ellos los actuales alcaldes de San Pablo, José Serra, y Río de Janeiro, César Maia, se marcharon a Chile luego de 1964, no fue sin duda por falta de alternativas en Europa y los Estados Unidos, como lo demuestra su carrera ulterior. La expansión de la red de instituciones internacionales con sede en Santiago –durante la década de 1960 la ciudad albergaba delegaciones de la OIT, la UNESCO y la FAO, así como la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO– y el avance de las fuerzas políticas partidarias de trasladar a las clases populares los beneficios del desarrollo económico, ante todo con Eduardo Frei, de la Democracia Cristiana, y luego con la Unidad Popular formada en torno de Salvador Allende, atrajeron a Chile a un número creciente de investigadores y estudiantes de ciencias sociales de origen brasileño. Esa afluencia recién se interrumpió luego del 11 de septiembre de 1973; entonces, los brasileños acompañaron a los demócratas chilenos al camino del exilio.

Como lo hemos analizado en un artículo reciente (García, 2004), Fernando Henrique Cardoso participaba de prestigiosos círculos internacionales de ciencias sociales mucho antes de tomar la decisión de exiliarse en abril de 1964. Nacido en Río de Janeiro en 1931 y perteneciente a una familia de oficiales militares de alto rango –su abuelo fue edecán del segundo presidente de la república y terminó su carrera como mariscal; su padre fue general y dos de sus parientes se desempeñaron como ministros de guerra en las dos presidencias de Getúlio Vargas–, en 1949 ingresó a la Facultad de Filosofía, Ciencias y Letras de la Universidad de San Pablo, donde trabajó sobre todo bajo la dirección de Florestan Fernandes y Roger Bastide. Sus dos primeros libros se ocupan de la herencia de la esclavitud en el sur del Brasil, cuestión central en los debates del campo intelectual brasileño desde *Casa Grande e Senzala*, de Gilberto Freyre (1933). El resurgimiento del interés por esta problemática, luego de 1945, se debía a que la UNESCO había elegido al Brasil como un laboratorio de tolerancia racial, una especie de antídoto a catástrofes mundiales como la Shoah (cf. Chor Maio, 1997). Si Cardoso

¹⁹ Prebisch permaneció en la secretaría ejecutiva de la CEPAL hasta 1963; a partir de entonces fue miembro del Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social (ILPES), destinado a formar personal administrativo de alto rango de los estados latinoamericanos. En 1964 presidió la primera conferencia de la United Nations Commission for Trade and Development (UNCTAD) en Ginebra.

no hizo estudios doctorales en el extranjero –su segundo libro, *Capitalismo e escravidão no Brasil meridional*, retoma la tesis de doctorado defendida en la Universidad de San Pablo–, fue sin duda porque pudo formarse con algunos sociólogos franceses que se contaban entre los más prestigiosos de las décadas de 1950 y 1960: en primer lugar Roger Bastide y luego Alain Touraine, a raíz de sus estudios sobre los obreros chilenos y de la creación de un centro de sociología en San Pablo, dirigido desde el inicio por el joven Cardoso. Como consecuencia de la visita de Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir al Brasil, en septiembre de 1960, luego de su apoyo al cariz adoptado por la Revolución Cubana, Cardoso se convirtió en el traductor oficial del filósofo francés. Por lo tanto, no le fue necesario hacer largas estancias en el extranjero para estar al corriente de los debates intelectuales que movilizaban a los principales pensadores del escenario mundial.²⁰ Por otro lado, las numerosas invitaciones a ocupar cargos políticos importantes reservados para la “joven esperanza”, hijo del militar nacionalista, elegido diputado en 1954 en representación de una alianza entre los laboristas de Vargas y el Partido Comunista de San Pablo, constituyen otras tantas demostraciones de que ya en esa época tenía abiertas de par en par las puertas de una carrera política. Sus energías personales, sin embargo, se invirtieron en el ámbito universitario: cuando Roger Bastide volvió a Francia, Florestan Fernandes, su director de tesis, asumió la titularidad de la cátedra de sociología de la Universidad de San Pablo, y Cardoso, por entonces de 24 años, fue designado profesor adjunto en esa misma materia. A continuación, este último privilegió como objeto de investigación un tema de gran resonancia política: ¿los empresarios –o la burguesía nacional, en la jerga de la izquierda marxista– serían capaces de dar al país un proyecto nacional de desarrollo? Esta investigación, llevada a cabo por medio de cuestionarios, sobre las actitudes y modos de pensamiento de los industriales brasileños le permitió redactar su tesis de habilitación, terminada en París gracias a la invitación de Alain Touraine (invierno de 1962-1963), pero defendida en la USP en 1963. Los fulgurantes inicios de su carrera tropezaron con el golpe de Estado militar de abril de 1964; su renombre internacional le aseguró la invitación de José Medina Echavarría para desempeñarse como titular de la cátedra de sociología del desarrollo en el Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social (ILPES), vinculado con la CEPAL. Cardoso viajó a Santiago el 1º de mayo de 1964, luego de un breve paso por la Argentina como huésped de los sociólogos Gino Germani y Torcuato di Tella.

En Santiago de Chile se encontró con un ambiente de trabajo muy favorable; asumió el cargo de director adjunto del ILPES, mientras su esposa y ex colega en la USP, Ruth Leite Cardoso, era designada profesora invitada de antropología en una de las universidades del país. Junto con Furtado, obligado como él a exiliarse, dictó un seminario con el fin de explicar el fracaso brasileño: “el objetivo era hacer una revisión de la teoría de la CEPAL [...] lo cual dio lugar a una experiencia muy rica; comprobamos que nuestros problemas no eran brasileños sino que afectaban a toda América Latina, y a continuación verificamos que se trataba de problemas estructurales” (Cardoso, citado por Leoni, 1997, p. 124).

²⁰ La condición de heredero de Fernando Henrique Cardoso, en comparación con las características sociales de aspirante de Celso Furtado, se manifiesta en dos relaciones diferentes con el mundo internacional y nos ayudará a comprender las convergencias de sus trayectorias durante el exilio chileno; también podría contribuir a explicar sus divergencias, cuando Cardoso fue elegido presidente de la república en 1994, gracias a la alianza con las élites tradicionales del Nordeste.

En sus recuerdos autobiográficos, Celso Furtado se refiere a ese seminario en forma menos sumaria:²¹

En realidad, desde fines de la década de 1950 la CEPAL había entrado en una fase de pronunciada autocrítica. Las ideas sobre el desarrollo elaboradas durante los momentos de intensa creatividad (1949-1954) seguían siendo valederas, pero eran insuficientes para abordar una nueva problemática ahora visible en los países cuyos esfuerzos industrializadores habían tenido más éxito [...]. Propuse al ILPES la organización de un seminario para hacer una lectura crítica de los textos “clásicos” de la CEPAL. Me tocó la tarea de presentar esos textos como un aporte al debate. Desde Ginebra, Prebisch acompañaba con atención nuestros pasos [...]. Por primera vez, un grupo de economistas y sociólogos se reunían para discutir la problemática del desarrollo y el subdesarrollo a partir de los textos teóricos producidos en América Latina, y los cotejaba con la experiencia vivida por la mayoría de los participantes [...].

Hice notar las nuevas formas de concentración del poder económico, que generaban diferencias entre los conglomerados funcionales y geográficos. Estos últimos, conocidos anteriormente como empresas transnacionales, tenían un peso creciente en los nuevos sistemas productivos de América Latina. Como disponían de tecnología ya amortizada y, en algunos casos, de viejos equipos recuperados, las grandes empresas norteamericanas y europeas, protegidas por las tarifas aduaneras, se beneficiaban con la rentabilidad de sus inversiones industriales pese al reducido tamaño de los mercados locales [...]. Por la misma época Fernando Henrique Cardoso llegó a una conclusión similar al plantear el concepto de “internacionalización del mercado interno” [...]. Por consiguiente, la industrialización no conduce a la autonomía de decisión y el desarrollo duradero, como el modelo de la CEPAL suponía de manera implícita. (Furtado, 1991, pp. 27-39.)

Si el Estado se convertía en un agente central de la promoción del desarrollo económico, el golpe militar brasileño ponía de manifiesto que la competencia por el poder estatal no se limitaba al juego de las preferencias electorales. Una fracción de las más altas autoridades militares podía valerse del espíritu de cuerpo y de disciplina exigido por la profesión para arrogarse el monopolio de las decisiones concernientes a la “soberanía nacional”, intentando legitimar su poder exclusivo por medio de la promoción del crecimiento económico. Luego de un breve período en que el estancamiento cumplió el papel de tesis central de la crítica a los golpistas, se impuso la evidencia de un rápido crecimiento aun más desigual, que profundizaba la jerarquía social ancestral del continente. Había llegado la hora de los debates sobre las estructuras del Estado y las alianzas de clase susceptibles de imprimir una orientación al Estado promotor del desarrollo. La “teoría de la dependencia” es un producto de los debates sobre las transformaciones políticas y el perfil de las clases y grupos sociales participantes en el proceso de industrialización de América Latina; se prestaba entonces una atención particular a las tensiones y los conflictos sociales e ideológicos suscitados por ese proceso. El prefacio del libro *Dependência e desenvolvimento na América Latina*, la obra más conocida de Cardoso (Cardoso y Faletto, 1970), explicita con claridad el lugar de la sociología frente a una problemática originada en los cuestionamientos planteados por los economistas.

²¹ En Furtado (1991, p. 31) se presenta la lista de participantes en el seminario, dictado los miércoles a partir del 3 de junio de 1964.

El trabajo aspira a establecer el diálogo con los economistas sobre el desarrollo en América Latina, para destacar la naturaleza social y política de ese proceso. Sin duda, nadie se opone a esta tesis. El problema consistía exactamente en mostrar de dos maneras más directas y específicas *cómo* se produce esa relación, y cuáles son las consecuencias de las combinaciones entre economía, sociedad y política en momentos históricos y situaciones estructurales diferentes (Cardoso y Faletto, 1970, p. 7).

Esa obra estudia los múltiples caminos de la industrialización en América Latina, cada uno sostenido por clases y grupos sociales diferentes y con un papel variable del Estado según los casos. La crítica de todo determinismo económico es radical; los autores destacan el papel del juego complejo de alianzas y divisiones políticas entre los grupos sociales, así como del espacio público, en especial la variación entre regímenes abiertos o autoritarios. La novedad radica en el intento de incluir en un solo modelo explicativo la dominación a escala internacional y la configuración de intereses de las clases hegemónicas, que manejan las palancas del Estado para asegurar la promoción del camino deseado dentro de cada país. El discurso sobre los diferentes intereses de clase en el plano nacional no puede hacer olvidar la posición subordinada de la nación en la economía mundial, así como la diferencia de poderes entre las naciones no puede ocultar la diversidad de grupos y clases sociales víctimas (o beneficiarios) de un tipo determinado de desarrollo económico. En resumen, ¿desarrollo económico para quién? Los autores tienen la palabra:

No hay relación metafísica de dependencia entre una nación y otra, un Estado y cualquier otro. Esas relaciones son concretamente posibles en virtud de una red de intereses y restricciones que ligan entre sí a grupos y clases sociales. Por eso es preciso determinar a través de la interpretación la forma asumida por esas relaciones en cada situación de dependencia, y mostrar los lazos entre Estado, clase y producción (Cardoso y Faletto, 1970, p. 140).

El libro señalaba además la posibilidad de un desarrollo del mercado interno que favoreciera a las empresas multinacionales, situación paralela a una distribución del ingreso nacional aun más inequitativa; prolongaba de ese modo los análisis realizados por los economistas Maria da Conceição Tavares y José Serra en Santiago, sobre la complementariedad de las inversiones propiciadas por los militares y efectuadas ya fuera por las empresas públicas o por las empresas multinacionales y brasileñas. La noción de *dependencia* permitía hacer hincapié en la multiplicidad de formas de dominación, tanto en escala internacional como en el plano nacional, y destacaba el papel decisivo de la competencia política para introducir o mantener cualquier forma de desarrollo económico:

La especificidad de la situación actual de la dependencia estriba en el hecho de que los “intereses externos” penetran cada día más en los sectores que producen para el mercado interno (sin anular las formas previas de dominación) y, por lo tanto, se apoyan en alianzas políticas sostenidas por poblaciones urbanas (Cardoso y Faletto, 1970, p. 142).²²

²² Barrington Moore demuestra en *Social origins of dictatorship and democracy* (1967) que aun los “países centrales” (Inglaterra, Francia, Estados Unidos, Alemania, Japón) pueden atravesar transiciones democráticas o autoritarias, según las alianzas de clases hegemónicas concertadas a lo largo del proceso de transformación de las sociedades tradicionales. El autor se aventura con prudencia a comparar las transiciones de Alemania y el Japón con las

Las transiciones históricas de las economías de plantación a las economías industrializadas no recorren un único camino ni se asocian forzosamente con una distribución más equitativa de los frutos del crecimiento o con una igualdad más marcada en el escenario internacional.²³ El concepto de dependencia permitiría, por lo tanto, integrar los hallazgos de los trabajos relacionados con las nociones de *periferia* y *subdesarrollo* y profundizar la reflexión, con el acento puesto en los procesos de dominación en diferentes escalas:

El reconocimiento de esas diferencias nos ha llevado a la crítica de los conceptos de subdesarrollo y periferia económica y a valorar el concepto de dependencia como instrumento teórico apto para destacar tanto los aspectos económicos del subdesarrollo como el proceso político de dominación de unos países por otros y unas clases por otras, en un contexto de dependencia nacional (Cardoso y Faletto, 1970, p. 138).

Más que ninguna otra, esta obra aseguró la notoriedad de Fernando Henrique Cardoso en el plano internacional, sobre todo en el universo anglosajón. Su estadía en Chile le permitió además terminar una investigación sobre los industriales argentinos, fundamento de su tesis en ciencias políticas presentada en la USP en 1968. El 13 de diciembre de este último año, el golpe de Estado dentro del golpe de Estado –con la proclamación del acta institucional N° 5, que suprimía los derechos cívicos más elementales, como el *habeas corpus*, y allanaba el camino a la tortura como técnica de neutralización de los adversarios– lo apartó de la cátedra de ciencias políticas ganada por concurso. Si no volvió a exiliarse fue porque pudo crear un nuevo centro de investigación en ciencias sociales, el CEBRAP (Centro Brasileiro de Análise e Planejamento), con el apoyo financiero de la Fundación Ford. No nos ocuparemos aquí de sus actividades intelectuales a su regreso al Brasil ni de su reconversión a la política en la década de 1970 (García, 2004);²⁴ nos limitaremos a señalar su estadía chilena como etapa crucial de su reconocimiento internacional como sociólogo, así como de la elaboración de una nueva problemática sobre

transiciones de los países latinoamericanos: “Sobre la base de un conocimiento insuficiente, que admito sin reservas, me atrevería a sugerir que la mayor parte de América Latina permanece en la etapa del gobierno autoritario semiparlamentario” (Moore, 1967, p. 438).

²³ Forzado a exiliarse en 1964, Celso Furtado se sentía desorientado y decidió aceptar la invitación de la Universidad de Yale, en los Estados Unidos, para “profundizar el conocimiento del proceso dominación-dependencia en el momento de la Guerra Fría, un proceso que había cambiado la historia del Brasil y marginado a quienes creían en el desarrollo autónomo del país” (Furtado, 1991, p. 67). Esa estadía norteamericana fue de corta duración, pues los servicios diplomáticos de la gran potencia unieron fuerzas con las autoridades militares brasileñas para limitar la circulación internacional de Furtado (1991, pp. 131-139), que viajó entonces a Francia para desempeñarse como profesor en la Universidad de París: “En Francia, las posibilidades de acción eran más grandes; no existía la separación entre vida intelectual y actividad política característica de los Estados Unidos. Por otra parte, en esa época, bajo la dirección de De Gaulle, los franceses procuraban recuperar influencia en la arena internacional” (Furtado, 1991, p. 143).

El exilio lo obligó a abandonar el papel de experto internacional y a concentrarse en las actividades universitarias. Su llegada a Francia coincidió con un prestigio creciente de la economía del desarrollo y cierta difusión del Tercer Mundo.

²⁴ Tampoco nos referiremos a la ruptura de las trayectorias convergentes de Celso Furtado y Fernando Henrique Cardoso entre las décadas de 1950 y 1980, ya evidente en 1994, cuando el segundo se alió a las oligarquías del Nordeste para acceder a la presidencia de la república, en nombre de un programa neoliberal que otorgaba preponderancia a los capitales internacionales y a los mercados financieros en la coordinación de las inversiones de la economía brasileña. La justificación de su adhesión a la “globalización” según el G7, presentada como “*aggiornamento* de la teoría de la dependencia” para lectores carentes de memoria y de sentido crítico se encontrará en Cardoso y Toledo (1998) y Cardoso y Soares (1998).

la relación entre Estado y economía. Sin ninguna duda, los debates en torno de la *dependencia* no hicieron sino reforzar la afluencia a Santiago de Chile de doctorandos e investigadores acreditados, que procuraban trabajar en la CEPAL o en instituciones próximas a ella.

3. Espacio público democrático y conocimientos acumulativos en ciencias sociales

El 11 de septiembre de 1973, el flagelo de los golpes de Estado latinoamericanos también llegó a Chile; el *putsch* del general Pinochet, apoyado por Washington, interrumpió el vigoroso debate latinoamericano y obligó a la mayor parte de los investigadores en ciencias sociales, nacionales o extranjeros, a abandonar ese país. En lo sucesivo, los investigadores latinoamericanos deseosos de proseguir sus reflexiones se instalaron sobre todo en Europa y, en menor medida, en los Estados Unidos y en Canadá. Dentro de la “división internacional del trabajo intelectual”, la arriesgada apuesta sobre “América Latina”, hecha por jóvenes investigadores como Celso Furtado en 1948, resultaba cada día más costosa y las posibilidades de beneficios culturales se reducían. ¿Cómo asombrarse de la decisión de las jóvenes generaciones de becarios de volver a los senderos ya transitados? Las condiciones sociales e intelectuales de la libertad de pensamiento, lentamente acumuladas gracias a un esfuerzo tenaz, se evaporaron de la noche a la mañana.²⁵ ¿Habrá prueba más convincente de que la fecundidad de las ciencias sociales depende de un espacio público organizado sobre bases democráticas? □

²⁵ El lector podrá consultar con provecho el libro de Bielschowsky (1998), donde encontrará un estudio minucioso de la evolución del discurso de la CEPAL luego del alejamiento de Raúl Prebisch, Celso Furtado, Fernando Henrique Cardoso y muchos otros.

Bibliografía

- Abreu, A. *et al.* (comps.) (2001), *Dicionário histórico-biográfico brasileiro pós-1930*, Río de Janeiro, Fundação Getúlio Vargas.
- Almeida, A. M., Canêdo, L. B., Garcia, A. y Bittencourt, A. (comps.) (2004), *Circulação internacional e formação intelectual das elites brasileiras*, Campinas, San Pablo, Editora UNICAMP.
- Bielschowsky, R. (1988), *Pensamento econômico brasileiro. O ciclo ideológico do desenvolvimento*, Río de Janeiro, IPEA/INPES.
- Bielschowsky, R. (comp.) (2000), *Cinquenta anos de pensamento na CEPAL*, dos vols., Río de Janeiro-San Pablo, Record.
- Bourdieu, P. (1979), *La Distinction*, París, Minuit (traducción castellana: *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*, Madrid, Taurus, 1991).
- — — (1989), *La Noblesse d'État*, París, Minuit.
- Cardoso, F. H. (1962), *Capitalismo e escravidão no Brasil meridional*, San Pablo, Difel.
- — — (1962), *Empresário industrial e desenvolvimento econômico no Brasil*, San Pablo, Difel.
- Cardoso, F. H. y Faletto, E. (1970), *Dependência e desenvolvimento no América Latina: ensaio de interpretação sociológica*, Río de Janeiro, Zahar [traducción castellana: *Dependencia y desarrollo en América Latina. Ensayo de interpretación sociológica*, México, Siglo XXI, 1971].
- Cardoso F. H. y Ianni, O. (1960), *Cor e mobilidade social em Florianópolis*, San Pablo, Ed. Nacional.
- Cardoso, F. H. y Soares, M. (1998), *O mundo em português: um diálogo*, San Pablo, Paz e Terra [traducción castellana: *El mundo en portugués: un diálogo*, México, Fondo de Cultura Económica, 2001].
- Cardoso, F. H. y Toledo, R. P. (1998), *O presidente segundo o sociólogo*, San Pablo, Companhia das Letras.
- Chor Maio, M. (1997), “A história do projeto UNESCO: estudos raciais e ciências no Brasil”, tesis de doctorado, Río de Janeiro, Instituto Universitario de Pesquisa do Rio de Janeiro.
- Cury, C. (2004), “Qualificação pos-graduada no exterior”, en A. M. Almeida *et al.* (comps.), *Circulação internacional e formação intelectual das elites brasileiras*, Campinas, San Pablo, Editora UNICAMP, pp. 107-142.
- Dezalay, Y. y Garth, B. (2002), *La mondialisation des guerres de palais*, París, Seuil.
- Durkheim, É. (1967), *Les règles de la méthode sociologique*, París, Presses Universitaires de France [traducción castellana: *Las reglas del método sociológico*, Madrid, Akal, 1991].
- Elias, N. y Scotson, J. (1997) *Logiques de l'exclusion*, París, Fayard.
- Freyre, G. (1933), *Casa Grande e Senzala*, Río de Janeiro, Maria Schmidt [traducción castellana: *Introducción a la historia de la sociedad patriarcal en el Brasil: Casa-Grande y Senzala*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977].
- Furtado, C. (1954), *A economia brasileira*, Río de Janeiro, Editora A Noite.
- — — (1956), *Uma economia dependente*, Río de Janeiro, Editora A Noite.
- — — (1957), *Perspectivas da economia brasileira*, Río de Janeiro, Editora A Noite.
- — — (1959), *Formação econômica do Brasil*, Río de Janeiro, Fundo de Cultura [traducción castellana: *Formación económica del Brasil*, México, Fondo de Cultura Económica, 1974].
- — — (1985), *Fantasia organizada*, Río de Janeiro, Paz e Terra [traducción castellana: *La fantasía organizada*, Bogotá, Tercer Mundo, 1991].
- — — (1989), *Fantasia desfeita*, Río de Janeiro, Paz e Terra.
- — — (1991), *Os ares do mundo*, Río de Janeiro, Paz e Terra.
- Garcia, A. (hijo) (1998), “Celso Furtado, la guerre froide et le développement du Nordeste”, *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 121(2), marzo, pp. 52-61.

- — — (2004), “Une noblesse républicaine: Fernando Henrique Cardoso et la sociologie au Brésil”, en J. Heilbron, R. Lenoir y G. Sapiro (comps.), *Pour une histoire des sciences sociales*, París, Fayard, pp. 305-319.
- Leoni, B. H. (1997), *Fernando Henrique Cardoso, o Brasil do possível*, Río de Janeiro, Nova Fronteira.
- Levi, D. (1977), *A família Prado*, San Pablo, Brasiliense.
- Loureiro, M. R. (1997), *Os economistas no governo*, San Pablo, Fundação Getúlio Vargas.
- Love, J. (1998), *A construção do terceiro mundo*, San Pablo, Paz e Terra.
- Miceli, S. (2002), *Imagens negociadas*, San Pablo, Companhia das Letras.
- Miceli, S. (comp.) (2000), *O que ler em ciências sociais*, tres vols., San Pablo, ANPOCS/Vértice.
- — — (2002), *O que ler em ciências sociais*, San Pablo, ANPOCS/Vértice, vol. 4.
- Moore, B., Jr. (1967), *Social origins of dictatorship and democracy*, Harmondsworth, Penguin [traducción castellana: *Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia*, Barcelona, Ediciones 62, 1991].
- Nabuco, J. (1998), *Minha formação*, Brasilia, Ed. Senado Federal.
- Naciones Unidas, *Estudio económico de América Latina*, Nueva York, Departamento de Asuntos Económicos, 1951 (elaborado por la Secretaría de la Comisión Económica para América Latina, informe de Raúl Prebisch).
- Polanyi, K. (1983), *La grande transformation*, París, Gallimard [traducción castellana: *La gran transformación*, Madrid, Endymion, 1989].
- Sachs, I. y Garcia, A. (hijo) (1999), “Les inégalités socio-économiques au Brésil: cartographie de quelques indicateurs”, en *Cahiers du Brésil Contemporain*, 37.

*El caso Real: alternativas críticas americanas**

Pablo Rocca

Universidad de la República, Montevideo

1. Formaciones singulares

Cuando hacia 1940 el mundo parece derrumbarse, cuando parece que va a caer –de un momento a otro– en manos del Eje, en el Uruguay se está procesando la salida que desmontará la dictadura inaugurada el 31 de marzo de 1933, nacida en ese contexto de crisis del capitalismo y de creciente ola autoritaria. Aun a pesar de la represión del régimen encabezado por el doctor Gabriel Terra, en lo económico claramente satelital de los intereses de los Estados Unidos y con simpatías por el fascismo, pudo subsistir un amplio margen para la circulación de ideas. Es más, los efectos de ese régimen, rechazado por la mayoría de la *intelligentsia*, a larga distancia fueron contraproducentes para la ideología y los intereses que lo inspiraron. De hecho, su comparecencia va a impulsar en el marco internacional la revisión crítica de la situación uruguaya por parte de una izquierda que ultrapasaba, entonces, los márgenes de los partidos ortodoxos y que, tal vez, no hubiera alcanzado los niveles de debate que alcanzó de no haber existido esa patología institucional. Dos publicaciones semanales dirigidas por Carlos Quijano (Montevideo, 1900-México, 1984), *Acción* y, a partir de junio de 1939, *Marcha*, empezaron a insistir con algunas ideas directrices: antifascismo, antiimperialismo, Tercera Posición, antimilitarismo, socialismo nacional sin renunciar a las prácticas democráticas. Para que esta propuesta tuviera cierto éxito hubo que esperar algunas décadas pero, por lo pronto, un grupo de jóvenes luego muy influyentes se iba formando en torno de este breviarío en expansión, en el “taller” de ese periódico.

Pese al traumático golpe del '33, pronto el país pudo reacomodarse en varias direcciones. Mientras tanto, Europa se inmolaba en una guerra terrible, con la obvia y subsiguiente paralización de su poderosa industria cultural; España, destruida por la guerra civil, yacía en manos del franquismo; el Brasil atravesaba la experiencia autoritaria del Estado Novo; la Argentina iba a los tropiezos con los cuartelazos y las consecuentes censuras y persecuciones a sus intelectuales, situación esta última que se ahondó durante el peronismo. En el Uruguay

* Corresponde agradecer a los profesores Raúl Antelo y María Lúcia Barros Camargo, de la Universidade Federal de Santa Catarina (Florianópolis), quienes me encomendaron la escritura de una primera versión de este ensayo como prólogo para una antología de textos de Real de Azúa, en vías de publicación, quienes gentilmente autorizaron la publicación en español.

se restableció la normalidad institucional en 1942, cuando se produjo el que irónicamente se llamó “*golpe bueno*” de Alfredo Baldomir, quien, proveniente del gobierno terrista, se alió con sus enemigos políticos más moderados (y con el apoyo del Partido Comunista) para desmontar el aparato legal de la dictadura. El pequeño país de economía agroexportadora se recuperó con las ventas de sus materias primas y de alimentos procesados al ejército aliado durante la guerra mundial, lo cual dio un nuevo empuje al modelo distributivo en lo social, inaugurado con las ideas y las prácticas de José Batlle y Ordóñez, sobre todo en su segunda presidencia (1911-1914). Así, la estabilidad general se prolongaría hasta mediados de la década de 1950, con un creciente apoyo del proyecto urbano con asiento en el sur del país.

Con todo, alrededor de 1940 la relación entre modernidad cultural y modernización capitalista era asimétrica. En Montevideo había pocas librerías y aun muchas menos en las pequeñas ciudades del interior; contadas casas editoriales publicaban libros fuera de los de uso estrictamente escolar; la educación media aún era privilegio de un porcentaje estrecho de la población urbana del país; la concentración de las crecientes –bien que selectas– actividades culturales capitalinas se focalizaba en pocas manzanas céntricas. A lo largo del siglo XIX, la “ciudad letrada”, de la que hablará Ángel Rama varias décadas más tarde, había montado un verdadero sistema (museos, salas de conciertos, cenáculos, teatros, periódicos) fundado en las apetencias y los gustos de los sectores oligárquicos, de los cuales se alimentaba. Paulatinamente, la cultura de masas –el tango, la radio, el cine, la prensa de actualidades, las ediciones baratas– había cambiado este panorama, modificaciones que venían preparándose desde la reforma educativa del último tramo del siglo XIX, y el replanteo y la expansión de la educación secundaria durante el primer batllismo en firme alianza con el ascenso de otras capas sociales urbanas. Estos procesos provocaron, no sólo “una integración sólida y mejor enmarcada ideológicamente, sino también el ingreso de los sectores sociales emergentes, los grupos medios que empiezan entonces su gesta política” (Rama, 1984, p. 159).

El semanario *Marcha* se benefició de algunas transformaciones fuertes en el campo intelectual uruguayo o, mejor, montevideano. Y acompañó críticamente este proceso con el mismo espíritu vigilante, y a menudo acrimonioso, con que se expresó la zona política del periódico, cuyos redactores principales eran Quijano, Arturo Ardao y Julio Castro. Un país armónico y fuertemente estatista pudo fundar o relanzar instituciones culturales oficiales,¹ crear órganos educativos que tendieran a la profesionalización de los estudios culturales y artísticos: en 1946, la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad de la República,² en 1949, el Instituto de Profesores “Artigas”. Entonces se hizo posible adiestrar y captar un público de clases medias, entre otras actividades y estructuras, con compañías de teatro independientes u oficiales, con la multiplicación de los ciclos de conferencias o de las exposiciones de pintura en salones municipales o en el Taller Torres García, discutiendo en los cafés, creando revistas y –más tarde– casas editoriales que respondieron a facciones homogéneas en diálogo y, en consecuencia, también en debate con otros grupos articulados en otras revistas.³ Nada o casi nada

¹ El Museo Histórico Nacional, la Biblioteca Nacional –con edificio nuevo y mejores dotaciones económicas–, la Colección de “Clásicos Uruguayos”, el Instituto Nacional de Investigaciones Literarias, el “Archivo Artigas”, la Comedia Nacional.

² Facultad que pertenece a la Universidad de la República, la única que existió hasta 1984, y que se encuentra en la órbita del Estado. Real de Azúa nunca trabajó en ella.

³ Como, entre tantas otras, *Clinamen* (1947-1948), *Escritura* (1947-1950), *Asir* (1948-1959), *Número* (1949-1955 y 1962-1964), *Film* (1953-1957), *Deslinde* (1956-1960). Para un panorama de esta época véase Pablo Rocca, *35 años*

de esto escapó a la recepción de los que hicieron *Marcha*, que fue una pieza clave para tramar una red de vínculos estables que sólo fueron posibles por afirmación de la especificidad de lo artístico, por la continuidad de una crítica independiente fomentada desde sus propias páginas culturales y con el crecimiento de otras, muchas veces como respuesta a su hegemonía. Al mismo tiempo, todo o casi todo este cuadro de relaciones de campo formaron a quienes *se hicieron* en el semanario, que supo acompañar esa metamorfosis profunda de la vida social y cultural, al tiempo que su estrategia supuso la inteligente capitalización de una coyuntura favorable en aquel país (en aquella capital que ya concentraba casi la mitad de la magra población total), que podía jactarse de estar *á la page*, atento a la modernización de la industria cultural en la que el cine fue una de sus llaves maestras, y que empezaba a producir sus propios mecanismos activos.⁴

La mayoría de los jóvenes intelectuales uruguayos nacidos al filo de 1920 se formaron en la solidaridad con la España republicana, en la repulsa de los fascismos y, una vez que se estabilizó el mundo “central” y el “periférico”, en la progresiva búsqueda de una profundización del “primado de lo estético”, como dirá Bourdieu. No fue ésa la situación de Carlos Real de Azúa. Nacido en 1916 en una familia tradicional, su primera actividad pública se desarrolló, con vehemencia y convicción, en las filas del mínimo grupo falangista de Montevideo. No sólo manifestó su adhesión al bando fascista en la guerra de España, sino que cuando ésta había concluido participó en una serie de celebraciones de la victoria del ejército rebelde. En ese plan, dictó una conferencia en homenaje al fusilado fundador de la Falange Española, José Antonio Primo de Rivera, en la que predicó la necesidad de extender el catolicismo como norma salvadora para la civilización occidental, fustigó al liberalismo, la masonería y el comunismo como tres caras del mismo fenómeno, disolventes de las raíces de la sociedad cristiana. Con este grupo de certezas-lugares comunes de todo el pensamiento fascista, a pocos meses de alcanzar la victoria, no es raro que exaltara a Francisco Franco como “caudillo cristiano sin apetitos bastardos y sólo una ansia quemante de servicio y grandeza” (Real de Azúa, 1939, p. 18). Opiniones de este tipo, nada ocasionales sino fundadas en lecturas ya abundantes, condenaron al joven estudiante de derecho a la soledad en aquel Montevideo de casi masivas simpatías republicanas. O lo hicieron rodearse de pocos y nada ilustres integrantes de su pequeño grupo. Pero esto tampoco duró mucho.

En medio del apogeo totalitario, en 1942 Real de Azúa fue invitado por el gobierno de Franco a un congreso sobre la hispanidad. Unos meses después, a su regreso de España, la decepción sobre lo vivido fue tan grande que, sin demoras, publicó un libro, el primero de los

en *Marcha (Crítica y literatura en el semanario Marcha y en el Uruguay, 1939-1974)*, Montevideo, División Cultura I.M.M., 1992; Pablo Rocca, “*Marcha*, las revistas y las páginas literarias”, en *Historia de la literatura uruguaya contemporánea*, 1997, t. II.

⁴ No puede descartarse, por cierto, la enorme contribución de los exiliados, algunos notables como Margarita Xirgu y José Bergamín o, por temporadas, el poeta Rafael Alberti; las visitas de europeos de primera fila, como Albert Camus, Juan Ramón Jiménez, Jean-Louis Barrault, Marcel Marceau, junto a otros no menos notables americanos (como Pablo Neruda o Cecilia Meireles), y en particular argentinos que buscaban un espacio que la censura peronista les bloqueaba. Por eso en Montevideo se pudo escuchar –y publicar en *Marcha* y en otros medios– a Jorge Luis Borges, Adolfo Bioy Casares, Rodolfo Mondolfo, José Luis Romero, Jorge Romero Brest. Los tres últimos dictaron numerosos cursos en la Facultad de Humanidades y Ciencias. Menos advertidos, o menos celebrados entonces, fueron dos brasileños: Jorge Amado, quien pasó largas temporadas desde mediados de la década de 1930, Gilberto Freyre, quien visitó Montevideo en 1944 (Freyre, 2003).

suyos: *España de cerca y de lejos* (1943). En ese texto empieza la rotación. En él se define como “un demócrata social y americano”, abjurando, en consecuencia, de su cercana devoción antidemocrática; reivindica a cada paso su catolicismo, pero ahora lo irrita ver a la Iglesia al servicio de una función represiva casi indiferenciada del Estado totalitario; reafirma su anticomunismo –sin la furia de poco atrás– y su anticapitalismo de otrora, que había creído humanizable y aun superable desde el catolicismo integrista y corporativo. Se decepciona, también en este punto, porque no pudo ver en Franco la grandeza que le atribuyera en el 1939, a quien advierte luego de ver y vivir de cerca la experiencia dictatorial sin la menor voluntad para quebrar el capitalismo sino, más bien, con toda la intención de profundizarlo. *España de cerca y de lejos* rebasa la condición de ajuste de cuentas personales. Se trata de un extenso análisis del país arrasado de posguerra, “uno de los primeros”, se jactó su autor en 1966 en una polémica que mantuvo con Ardao, en la que no vaciló en reconocer –sin orgullo pero sin dobleces– sus primeros pasos vinculados al falangismo (Real de Azúa, 1997, 3, pp. 950-954).

Si se observa su trayectoria posterior, pueden extraerse algunas enseñanzas de esta etapa primera, sorprendente en cualquier intelectual uruguayo de entonces. Para empezar, justamente, eso: la actitud vital de colocarse a contracorriente de la general sensibilidad, para el caso de radicalismo liberal o socialista y, siempre, antifascista. De la actitud reactiva –elemento de gran significación psicológica que no puede descartarse– es posible pasar a las notas ideológicas que le son permanentes: una conciencia americana que hacia 1940 se entronca con la estrategia del “hispanismo” –en una línea que bien pudo fecundar el pensamiento de Rodó– en conflicto con la sajonización creciente de la vida y la política y, sobre todo, como respuesta a la gravitación cada vez mayor de los Estados Unidos. En otras palabras, Real de Azúa busca una “tercera vía” que rechace, simultáneamente, la deshumanización capitalista que tiene en los Estados Unidos la mayor amenaza para América Latina y el materialismo ateo soviético.⁵ En esa formación se encuentra el fundamento de su profunda antipatía por el movimiento inspirado en las ideas y la praxis de Batlle y Ordóñez, ya no sólo contra la perversión o la burocratización del proyecto político originario, sino incluso en las fuertes críticas al primer paso de esa aventura política socialdemocrática *avant la lettre*, que en tanto liberal y anticlerical abría el paso –en la interpretación de Real de Azúa– a formas de la dependencia y a una concepción basta de la vida, ajena a toda trascendencia. A partir de *España de cerca y de lejos*, Real de Azúa no deja de pensar *al margen* de toda argumentación global y totalitaria, *contra* la rigidez y el esquematismo de cualquier ideología y de todo sistema, *contra* quienes sólo ven, como dirá en 1966, “las líneas gruesas”, quienes carecen del “sentido del matiz” y no comprenden, así, “la función insustituible de lo complementario” (Real de Azúa, 1997, 3, p. 948). En este sentido, fue un libro capital que aún no ha sido estudiado en su contexto y en sus proyecciones americanas con la atención que merece.

Marcha pudo ser una puerta de entrada, o de reingreso, en la vida pública, una vez que se desembarazó de su fervor “nacional-sindicalista”. De hecho, eso ocurrió a su debido tiempo, después de que se descontaminara de toda adherencia fascista para encauzarse, de modo incómodo, en las páginas de un semanario en que se fomentaba un “nacionalismo más amplio que el de la estricta área uruguayaya [...] nacionalismo rioplatense y aun latinoamericano”,

⁵ El ejemplo argentino, en particular el del peronismo, tiene un especial interés para el posicionamiento de *Marcha* y para las reflexiones de Real de Azúa sobre el tercerismo. Véase, al respecto, Halperin (1987), Vior (2003).

como caracterizó Real de Azúa las ideas de Quijano (Real de Azúa, 1964, t. II, p. 323). Un nacionalismo que, sin recetas fáciles pero sin genuflexiones, lo llevó a pensar, también al intelectual que entraba en la madurez, en la necesidad de una alternativa *otra* a los hechos y los dichos del imperialismo norteamericano.

2. De ciclos y yuxtaposiciones

Hasta 1947 Real de Azúa es casi invisible en la vida cultural uruguaya. Para esa fecha había obtenido su título de abogado en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de la República –donde debió conocer a Quijano, quien era profesor de Derecho Tributario–, y ya tenía una década de ejercicio de la enseñanza de la literatura, en educación secundaria, en los prestigiosos y selectos cursos preuniversitarios del Instituto “Alfredo Vásquez Acevedo”. De modo que el ingreso de Real de Azúa al campo cultural se produjo cuando tenía 30 años cumplidos,⁶ edad elevada para la precoz generación uruguaya del “45”, como la bautizó Emir Rodríguez Monegal (1966). Una larga reseña del libro de Ezequiel Martínez Estrada sobre Sarmiento y un comentario crítico al plan editorial de obras americanas diseñado por Pedro Henríquez Ureña para el Fondo de Cultura Económica de México son los dos textos en los que hay pistas de interés, como para leerlos en cuanto puentes o páginas de transición. En el primero, define su estrategia de entender la historia y la tarea crítica a través del pensamiento de Croce, que propone seguir sin ortodoxias:

Hay maneras un poco torcidas de interpretar la valiente consigna crociana de hacer historia “desde” el presente, iluminando e interpretando con nuestro “hoy” el curso humano. Pero por un cambio de signo, al principio invisible, los hombres llevamos el presente a la historia [...] (Real de Azúa, 1947, t. I, p. 119).

En el segundo, reclama enfáticamente la participación en el plan editorial de textos de autores del siglo XIX que pertenecen a las distintas modalidades del pensamiento, incluyendo el católico –un reclamo nada usual entre sus compañeros de generación, quienes en su mayoría no participaban de esa confesión–, y que lo hace sugerir la necesidad de recoger los escritos de los personajes canónicos del dogma de la anterior centuria: los del arzobispo Mariano Soler (a quien llama, en forma casi vergonzante, “Soler”), los de “nuestro Larrañaga” y las prosas de Zorrilla de San Martín (Real de Azúa, 1947, t. II, p. 121). Durante toda su vida, Real de Azúa llevó el presente a la historia y lo tiñó de sus convicciones más profundas que, en sustancia, nunca se desdibujaron. La experiencia del fascismo integrista y católico le dejó un verdadero horror a los dogmas, pero no por eso dejó de ser católico ni nacionalista latinoamericano y tercerista, incorporando a su pensamiento sólo algunos elementos del marxismo que, en todo caso, se potenciaron durante la década de 1960. Un pensamiento que sufrió, entonces, variaciones dentro de una suerte de cañamazo fundamental, pero que se fue alterando ante las circunstancias concretas de la vida cultural, en la que se sintió comprometido

⁶ En verdad, había participado antes en periódicos falangistas de Montevideo, producción aún no relevada ni siquiera en la pionera y muy completa bibliografía de Sabelli y Rodríguez (1987, pp. 129-138).

siempre, tanto que si en 1947 podía reclamar la representación uruguaya en un plan americano fundándose, así sea indirectamente, en una idea de tradición nacional, una década más tarde y con un estilo mucho más suelto negaría expresamente tal cosa, “porque no hay magisterios en el Uruguay ni opera en nuestra cultura una efectiva dialéctica”, a la par que reivindicaría de un modo también más laxo aunque con filiaciones inequívocas, los fueros del espíritu frente a “la laicización, [que] provoca inevitablemente la destrucción del sentido de trascendencia y la ruina de toda vivencia incondicionada de valor” (Real de Azúa, 1957, t. II, p. 21).

En “Ambiente espiritual del Novecientos”, de 1950, declaró un poco al pasar algo que bien puede servir de autodefinición o, mejor, de programa a ejecutar en un futuro que por primera vez se le abría con sensatas posibilidades de realización: “quisiera ser aguja de navegar diversidades y no la artificiosa construcción de un corte realizado en la historia” (Real de Azúa, 1950, p. 15). Estas “diversidades” no encontraron, en efecto, un límite estricto en las diferentes disciplinas humanísticas. Se movió, más bien, en un campo intermedio entre la crítica literaria y cultural, la historia política, la historia de las ideas, las ciencias sociales y las ciencias políticas. Pero, en rigor, no hay trabajo suyo que no se intercale o no se interpenetre con una u otra disciplina.

Si hubiera que esquematizar su trayectoria, parece bastante evidente que empezó a preocuparse por los estudios literarios y concluyó con una dedicación más exclusiva a las ciencias políticas.⁷ Pueden identificarse cuatro etapas en el conjunto de una obra que se hizo, sobre todo, sobre la base de colaboraciones en publicaciones periódicas (*Marcha* principalmente) y que prefirió retrasar su aparición en libros, la *mayoría* de los cuales salieron póstumamente:

1) Crítica literaria y cultural (de 1947 a 1960), con retornos entre los años 1965 y 1968, especialmente en el análisis de los observadores extranjeros del Uruguay. Para esta antología corresponderían a este grupo el citado “Ambiente espiritual del Novecientos” (1950) y “La novela hispanoamericana, un problema de caracterización” (1960).

2) Escritos sobre historia uruguaya y, en ocasiones, americana, sobre todo rioplatense (1960-1969).

3) Ensayos de tipo sociológico (1969-1972), como “Élites y desarrollo en América Latina” (1969), comprendido en esta recopilación.

4) Escritos de ciencias políticas (1971-1977), la mayor parte de ellos en libro, sobre todo en *un* libro, también póstumo: *El poder* (1990).

Estas zonas no son más que una posibilidad de recorte, nada taxativo sino más bien inadecuado, porque no respeta algo cada vez más pronunciado en los escritos de Real de Azúa: el espacio “híbrido” que problematiza los lugares de los géneros y de los discursos, como lo muestra el caso de “Los males de América Latina y sus claves: etapas de una reflexión”. Eso, *mucho* antes de que en América Latina se empezara a hablar del “cambio en la noción de literatura”, para emplear la fórmula de Carlos Rincón, quien propuso reflexionar sobre las posibilidades de la integración del discurso literario a otras tipologías discursivas, y de éstas hacia aquél. O, mejor, propuso investigar con cuidado la posibilidad de disolver las fronteras estrictas entre ficción y no ficción, entre “realidad producida y realidad relatada”.⁸ Formas que

⁷ En rigor, en los primitivos escritos falangistas hay una preocupación obvia por la historia política y las ideas.

⁸ “Al convertirse ahora la relación entre la narración no ficticia y la narración ficticia en un momento de la práctica y en un problema para la teoría y la investigación literarias en Latinoamérica, el cambio de terreno que tiene así

estaban modificándose sustancialmente no sólo por obra de las prácticas nuevas (el discurso testimonial que se desató con fuerza después de la Revolución Cubana, las voces de los “otros”), y por la incidencia de las lecturas de un giro teórico (Bajtín y el dialoguismo, desconocido en Occidente durante décadas, los posteriores escritos de Raymond Williams), sino por efecto de las grandes transformaciones que en América Latina se habían operado entre el ingreso a La Habana de Fidel Castro el 1° de enero de 1959 y la mitad de los años 1970, cuando las dictaduras militares arrasaron con toda expectativa de cambio social y, desde luego, con toda estructura cultural crítica. En todo caso, quedó un resquicio para las modalidades más ahistóricas del estructuralismo, a las que Real de Azúa se acercó con la curiosidad intelectual de siempre, pero con una radical distancia teórica.

El paso de la modernidad a la posmodernidad no fue previsto ni, menos, profetizado por la obra de Real de Azúa. Nada hay en sus páginas que tenga relación con la indagación de las minorías étnicas o sexuales, aunque algo se puede vislumbrar en sus trabajos sobre la “microhistoria” y las mentalidades que la Escuela de los *Annales* colocaría en la agenda desde fines de la década de 1950. En este último punto sintoniza con algunas líneas de trabajo de Gilberto Freyre –a quien tanto admiró–: la jerarquización de las costumbres y las prácticas domésticas de la vida cotidiana;⁹ la puesta en crisis de la idea cultural homogeneizante y eurocéntrica que durante toda la modernidad cimentó los procesos nacional-estatales y que, entonces, compartía la mayoría de la clase letrada. Un viaje de Freyre por el sur de América (Río de la Plata y Paraguay) no le hizo tambalear el concepto de Estado-nación brasileño sobre el que ya había aportado sus interpretaciones mayores y revulsivas, pero sí le permitió ver otras zonas de América en las que lo europeo le forzaba la mano a lo “criollo”, aunque no creyó que ese difícil encuentro violentara las raíces “indo-americanas”, porque lejos de formar una unidad racial, biológica o geográfica, *esta* América se le aparecía como un “archipiélago sociológico de proporciones continentales” (Freyre, 2003, pp. 48-49). Real de Azúa casi no se movió de Montevideo, después de su pasaje por la España franquista. Viajó a través de los textos; con ellos muy pronto descubrió que era menester lograr un destino común más allá de las imposiciones de la modernidad capitalista e imperial, y que ese destino sobrepasaba los límites nacionales.¹⁰ Si creyó en esa alternativa y en el cumplimiento último de una “autono-

lugar nos obliga a partir de la anulación de cualquier separación tajante entre el campo de la ficción y el de la no ficción, entre la realidad producida y la realidad relatada, concomitantes con una transformación de la noción de la literatura” (Rincón, 1978, p. 409). Corresponde aclarar que el señalamiento de este texto de Rincón –quien, por su lado, evidentemente desconoce por completo las reflexiones de Real de Azúa–, fue indicado por la profesora Mónica Buscarons. El señalamiento fue anotado en oportunidad de un curso en la Maestría de Literatura Latinoamericana (“Historiografía y crítica literarias uruguayas, 1886-1969”) que dicté en 2003 en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (Universidad de la República). Habría que agregar que la posición de Rincón entra en contacto con anteriores proposiciones similares en la obra crítica de Antonio Candido y al mismo tiempo de Ángel Rama, de Antonio Cornejo Polar y de Roberto Fernández Retamar, y, un poco después, de Alejandro Losada, Ana Pizarro y Beatriz Sarlo, entre otros.

⁹ No tiene punto de comparación la labor de Real de Azúa con la de Freyre en este plano, desde luego. Pero cabe consignar que aun en breves textos, como el prólogo a la antología de artículos de Isidoro de María (*Montevideo antiguo*, Buenos Aires, Eudeba, 1965), o en sus numerosos trabajos –también escuetos– sobre los viajeros, rescató más lo “privado” que lo “público” para el análisis de la vida social general, a la que nunca perdió de vista como objetivo epistemológico clave.

¹⁰ Y, por cierto, a él corresponde la crítica –en ocasiones violenta– contra la que califica como la “tesis independentista clásica”, que no se resigna a admitir la dependencia e interdependencia del Uruguay y que aun defiende su autonomía total, contra la que Real de Azúa se insurge en su libro póstumo *Los orígenes de la nacionalidad uruguaya*, Montevideo, Arca, 1990.

mía sin atrasos”, no la vio tan cerca ni tan segura como esquemáticamente cree Neil Larsen, quien postula que, en bloque, reformistas y revolucionarios latinoamericanos pensaron de esa manera la historia y sus relaciones con el objeto literario/cultural (Larsen, 1999, p. 88). Como sea, el *lugar* de los objetos literario/culturales –robémosle a Larsen el sintagma– es imprescindible para entender la relación que Real de Azúa tuvo con las formas y con la manera de ver la realidad, de concebirla y definirla, en suma, al tiempo que proponía una lectura yuxtapuesta de las textualidades.

Desde un punto de vista algo convencional podría clasificarse dentro de la crítica literaria su “Introducción y Advertencia a la *Antología del ensayo uruguayo contemporáneo*” (1964), o “El problema de la valoración de Rodó” (1967), o los prólogos a *Ariel* y *Motivos de Proteo* del mismo autor (1977), o el ensayo sobre “El modernismo y las ideologías” (1977), todos estos textos que integran la presente antología. Desde otra mirada, hoy quizá se los podría ubicar dentro del más cómodo rótulo de “estudios culturales”, si bien el primero de todos, en verdad, es un aporte teórico sobre el ensayo que no reconoce precedentes, por su exhaustividad, actualidad y rigor, en toda América. Desde una perspectiva todavía algo más amplia, se los podría situar en ese fértil margen común junto a las ciencias sociales y políticas y la historia de las ideas en América. Taxonomías a un lado, está claro que *nunca* dejó de pensar el objeto o el problema que fuese sino bien adentro de categorías históricas. O, mejor, en un ajuste complementario a la idea crociana, llevando la historia al presente y el presente a la historia. El sitio que ocupa su paciente labor sobre los viajeros que se sintetiza en la detallada panorámica *Viajeros observadores extranjeros del Uruguay: juicios e impresiones (1889-1964)*, de 1968, dice mucho sobre su manera *fronteriza* de concebir la escritura y la realidad. Las “visiones”, los relatos de viaje y las memorias de los extranjeros sobre el Uruguay o sobre América –la lista incluye numerosas reseñas y extensos artículos desperdigados a lo largo de años– le permitió encontrar un punto de articulación entre historia y literatura. Bastante tiempo antes de que Hayden White machacara sobre la naturaleza indistinguible del discurso histórico respecto del literario (1973; 2003), Real de Azúa estaba pensando no en que la escritura del historiador fuera un “artefacto literario”, pero sí en las posibilidades de mirar entre los intersticios de la maciza historiografía positivista, confiada ciegamente a la “verdad” de los hechos incontrovertibles y, sobre todo, a la exclusiva narración de los hechos políticos, militares o, si acaso, sociales. Por eso su resistencia a la erudición entendida como una escritura que no vibra con la materia que narra y por lo tanto no sabe narrarla; no se trata, desde luego, de una diatriba contra la acumulación de información de la que da abrumadoras pruebas (“Una de las trampas de la erudición es perder de vista la relación de fines y medios, el alimentarse narcisísticamente de su propia eficacia y su propia lucidez”, Real de Azúa, 1967, p. 72). Otra dimensión le mostraron los textos de los viajeros: le permitieron superar la óptica exclusivamente nacional, le permitieron conseguir nuevas voces, testimonios y notas desasidas de las pasiones nativas. Y, también, productos estéticos que

sin querer hacer literatura, hoy están a cien codos más arriba que muchos que se creían escritores y fueron festejados por tales y que, en ciertos géneros (a veces) lo eran. [...] El escritor escribe para su tiempo [...] pero los viajeros escribieron mucho menos para los contemporáneos ingleses que para lejanas y posteriores generaciones de Sudamérica (Real de Azúa, 1956, p. 31).

Los viajeros epitomizan, así, una triple e intercalada pertinencia: histórica, testimonial, literaria. Un trípode que abre horizontes epistemológicos, como sólo en el correr de los últimos años lo han visto –de esa manera– Mary Louise Pratt y Adolfo Prieto en sus respectivos y fundamentales estudios sobre América y el Río de la Plata (Pratt, 1992; Prieto, 1996). Quienes, no obstante, ignoran la contribución de Real de Azúa.

En un trabajo del que sólo se han publicado algunos fragmentos, *La respuesta estética: saber y placer del texto literario*, Real de Azúa establece que “el crítico cabal es un creador [...] que ejerce una facultad casi inevitable en la vida espiritual: el juicio”. Aun más: el crítico “orienta” y “dirige” al lector.¹¹ Esta visión nació hacia 1960 o 1961, es decir, antes de conocerse por estas latitudes los textos de Barthes, de Foucault, de Derrida, de Bajtin, antes (por supuesto) de toda traza directa de posmodernidad, lo que explica su resistencia a publicar el libro o el abandono del proyecto. Como fuere, esa idea del crítico se conecta con su extenso ejercicio vocacional de la enseñanza de la literatura en los niveles medio y, luego, superior. A esta pedagogía se puede sumar otra no menos eficaz y ampliamente comunicativa: la que ensayó en el periodismo que hoy llamaríamos cultural, pero que en su época nadie se hubiera animado a llamar ni siquiera “periodismo” –sobre todo en relación con los escritos de Real de Azúa– sino “crítica”. Es decir, un discurso que se desprende de lo puramente circunstancial en procura de una escala superior de contacto con un lector cómplice y, desde luego, preparado, con el que se pretende entrar en diálogo sin olvidar los encuadres informativos que activan la función fática. Dependiente de esta pedagogía mixta fue su constante preocupación por los planes, programas y métodos de la enseñanza de la literatura en educación secundaria y universitaria, así como las más generales políticas públicas relacionadas con el libro y la cultura, tópicos sobre los que escribió abundantes artículos no sólo en *Marcha* sino, también, en publicaciones académicas como los *Anales del Instituto de Profesores “Artigas”*.

Toda esta labor obedece en buena medida a que nunca creyó en la autonomía de la obra literaria. Sobran las pistas acerca de esta convicción en la sucesión continua pero esporádica que fue entregando desde 1947. Él mismo lo confesó, casi como en un manifiesto, en un momento crucial para el desarrollo de las alternativas de su pensamiento, en 1967, y nada menos que al repasar los aportes sobre la obra de Rodó:

tengo que declararme militante contra el simplismo y la petulancia de circuir en la obra misma, avara, redondamente, en el estricto pasivo texto y texto sin operar, el área de un valor presunta y exclusivamente estético. Y decirme adverso igualmente a la inevitable consecuencia de lo anterior, que es el confinar a un extramuros de toda plenitud y toda fruición cualquier aprecio que se origine de la incidencia de unos libros y de su autor en los hombres, en el mundo, y en un lector determinado (Real de Azúa, 1967, p. 73).

¹¹ Conozco una versión completa de este texto casi totalmente inédito, depositado en fotocopias en el Programa de Documentación en Literaturas Uruguayas y Latinoamericanas (PRODLUL, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República). Algunos fragmentos de este texto han sido divulgados en *Cuadernos del CLAEH*, Montevideo, N° 42, 1987, con nota preliminar de Lisa Block de Behar, y en *Brecha*, Montevideo, N° 292, 5 de junio de 1991, con presentación de Óscar Brando. Asimismo, la precaria edición que divulgó apuntes de su curso de Teoría Literaria, editada por el Instituto de Profesores “Artigas” en 1998, y con noticia de Roberto Appratto, incluye muchas observaciones de carácter teórico en relación con este campo específico (Real de Azúa, 1998).

“Aguja de navegar diversidades”: ni una exclusividad que implica exclusión ni la otra. Esa lista de reparos y matizaciones no significa, por un lado, la negación de la preeminencia del lenguaje en la composición y en la posterior fruición lectora del texto. Al contrario, en una ocasión cercana, y a propósito del comentario de unos ensayos sobre literatura latinoamericana muy anclados en las nuevas líneas de la lingüística, recordó su molestia ante quienes despachan “al lenguaje de un escritor con uno de los muchos párrafos en que se desglosan analíticamente”. Aunque eso no lo inclina, sin vacilar, hacia la exploración semiótica o las tendencias formalistas de la crítica, en cuanto concluye que trabajos del tipo que prologa servirán “a la postre para una faena de esclarecimiento al mismo tiempo perentoria y delicada” (Real de Azúa, 1969, pp. 9-10). Tampoco esa apreciación de la forma (del lenguaje) lo lleva a cargar el otro plato de la balanza, al punto de confiar en el sentido o en el poder de las ideas, consciente como era “del muy limitado ámbito en que los libros –cualquier libro– influyen en la historia mayor de los hombres más allá de sugestionar a algunas cabezas de filo que es probable que después no los recuerden...” (Real de Azúa, 1962, p. 26).

3. Cuestión de estilo

Algo está fuera de discusión: en los no muy numerosos estudios sobre literatura de Real de Azúa domina más el *criticism* que la actitud de *review*, para apelar al distingo esclarecedor en lengua inglesa. Si se omite su breve pasaje por la fugaz revista *Escritura*, desde 1947 a 1949, nunca le interesó ocupar el sitio de crítico “militante”, que sí ocuparon en distintos momentos sus colegas Emir Rodríguez Monegal o Ángel Rama o Carlos Martínez Moreno. Sus “juicios”, su vocación para “orientar”, se movieron, prioritariamente, entre los escritores que expresaron su gusto o su placer estético, pero mucho más entre aquellos que fueron afines a su pensamiento.

Un caso singular en esa tarea no tan prolífica y hartamente diversa significa su larga afición-devoción por la obra de José Enrique Rodó, acerca de la que reflexionó en una docena de textos a lo largo de cuatro décadas, es decir, de *toda* su vida intelectual. En Rodó pudo encontrar la punta de una madeja de diversas tensiones que lo agobiaron desde el principio: lo político, lo social, lo estético y lo filosófico, en una América –en un Uruguay– nada generoso con este tipo de especímenes de “varia elección”. Le interesa el fenómeno de un Rodó elevado, poco después de su muerte ocurrida en 1917, a mito nacional y americano, como el arquetipo del estilista a la usanza clásica que América quiso oponer a Europa para vencerla, mimetizándose con ella y tratando de mantenerse aparte, de construir otra formación; le interesa el político antibatllista en el que –tal vez– se vea identificado; le importa como un ejemplo vivo del drama de pensar en un país que parece proteger la alta cultura pero termina por condenar a su primera inteligencia a la modestísima tarea de corresponsal de guerra de una revista de actualidades editada en la otra orilla del Plata; lo atrae la posibilidad de desentrañar los alcances de una fuerza que se hizo lugar común: el antimperialismo de *Ariel* (1900), el libro-emblema de un escritor de ideas hartamente conservadoras, su condena del utilitarismo yanqui pero en privilegio de un ideal ateniense en la América mestiza, justamente un libro emanado en el país menos mestizo (menos americano, por tanto) de toda América Latina; lo atrae la hazaña de desenmascarar la operación con que el oficialismo batllista, que le había negado el pan y el agua, lo convirtió, en rápido gesto, en un icono local, en una estampa de bronce repetida por todo rincón de la República.

Si Rodó es indicio y síntoma de tantos problemas que, en casi todos los campos, abordó su crítico, en su vocación americana hay una serie de obras y de textos que vistos en forma particular o en una perspectiva panorámica se puede focalizar en algunos casos ejemplares. Por ejemplo, en José Vasconcelos, reivindicado en su ferviente mensaje americanista y antinorteamericano de *La raza cósmica* (1925) y no –por cierto– en su ulterior acercamiento al nazismo (Real de Azúa, 1966). O el nacionalista Manuel Gálvez, católico y conservador, de multiformes opciones pero –en la lectura de Real de Azúa– uno de los pocos argentinos que en la década de 1920 puede ostentar una “*ejemplar conducta americana*”, tanto como una obra irregularísima pero atada a su mundo, frente a, por ejemplo, “*las edulcoradas trascendentalizaciones de un Eduardo Mallea*” (Real de Azúa, 1962, p. 26), a quien también dedicó un largo ensayo (Real de Azúa, 1955), o frente a un Jorge Luis Borges, de quien pudo aquilatar su perfección verbal pero al que resistió por su falta de tensión vital, por su extrañamiento del mundo “*a su propia trayectoria histórica y personal*” (Real de Azúa, Rama, Rodríguez Monegal, 1960, p. 17). Repasada esta serie, no es casual que le atrajera discutir a su complejo contemporáneo Ezequiel Martínez Estrada o estimar la labor del refinado (y americanista) intelectual chileno Ricardo Latcham, a quien frecuentó en Montevideo. Sus pocas incursiones en la cultura letrada brasileña, como un temprano artículo sobre Lins do Rego, lo juntan, asimismo, con el desvelo por *divulgar* una literatura poco conocida en el Río de la Plata (de eso se trata la mentada “función pedagógica”) con la tarea de encontrar una común raíz americana “*en el rico conjunto de la novela popular y campesina de Brasil*” (Real de Azúa, 1950, p. 22), aspecto similar que contempla, al pasar, en las primeras novelas realistas de Ciro Alegría (Real de Azúa, 1967).

Por esa búsqueda de la ambigüedad en la contingencia de la historia y de las ideas –nociones que tomó de Merleau Ponty y su “*admirable libro*” *Humanismo y terror* (Real de Azúa, 1997, 3, p. 955)– no es extraño que en sus lecturas literarias haya incursionado más en la prosa que en la poesía,¹² y más en el ensayo que en la narrativa, y en esta última –sobre todo– cuando mucho tuviera que ver con las alternativas históricas locales o americanas. Eso explica su indiferencia –que no es igual a incompreensión– por las formas de discurso más elusivos de la representación o de la *mimesis* referencial; esto explica, también, su silencio sobre la literatura del *boom* latinoamericano –estudiado y disputado por sus compatriotas Rama y Monegal desde distintos sitios–, al punto que el único y preliminar panorama sobre la narrativa latinoamericana de 1960 se detenga en el umbral de este “estallido”.¹³

Una obra de tan vastas ramificaciones y de preocupaciones intercomunicadas, un tipo de pensamiento como el suyo, necesitó del ensayo como vehículo expresivo. Y puesto que encontró ambigüedades y espacios en blanco en la teorización del género que empleó, y en el

¹² Por lo demás, sus ideas sobre poesía contemporánea fueron, a juzgar por las poquísimas notas o menciones intercaladas en artículos generales, las habituales entre los integrantes de la “generación del 45”: devoción por T. S. Eliot, respeto por el modernismo hispanoamericano, rechazo de las “varias clases de subpoesía [que] se refugian en instituciones neutras y gremializadas, presionando en masa al Estado por la publicación o el premio de sus poemarios (es el cursi término en boga) [...]” (Real de Azúa, 1958, p. 30).

¹³ Las profesoras Margarita Carriquiry y Graciela Franco, quienes fueran alumnas de Real de Azúa en el Instituto de Profesores “Artigas” en la especialidad literatura, refirieron en 2003 –en el mencionado curso de la Maestría de Literatura Latinoamericana de la FHCE– que Real de Azúa había comentado que prefería destinar sus energías al examen de otras producciones escritas. El aluvión de novelas del llamado, por algunos, “*boom*” de la literatura latinoamericana superaba sus posibilidades de lectura cuidadosa.

que se transformó en *único* –hasta ahora– colector local (*Antología del ensayo uruguayo contemporáneo*, 1964), se encargó de elaborar una serie de hipótesis sobre el ensayo, de las más completas por lo menos en lengua española, que carecía de aportes mayores en el rubro.¹⁴ El primer campo de prueba personal sobre el ensayo, en verdad, lo trazó en la polémica tormentosa que mantuvo con Alberto Zum Felde en *Marcha* (a lo largo de varios números de 1955) y en un largo estudio que dio a conocer dos años después en la revista porteña *Ficción* (Real de Azúa, 1957). Sus conclusiones, que bien pueden ser definitivas (por lo menos no volvió a insistir en el punto desde un ángulo teórico) sitúan el género en “el filo de lo literario”, por frontera de “la Ciencia, la literatura y la filosofía”, cuyo hilo conductor es el pensamiento “especulativo, teórico y expositivo” en tanto se trata de una “reacción contra lo dogmático, pesado, riguroso, completo, final, excesivamente deliberado, [ya que] opta por el fragmentarismo, la libertad, la opinabilidad, la improvisación, la mera tentativa”. Sin violencia, todas y cada una de esas observaciones pueden trasladarse al discurso de Real de Azúa.

Con sus imprevisibles cambios de frente y su predisposición al diálogo con los nuevos campos disciplinarios, Real de Azúa dejó ideas en germen en conversaciones personales o en las aulas. De eso dan testimonio muchos de los que fueron o se dicen sus discípulos. *Imprevisibilidad* de la que no podría hablarse en el trabajo de sus contemporáneos, como el historiador de las ideas Arturo Ardao, o como el musicólogo Lauro Ayestarán, o los mencionados críticos literarios que siempre siguieron líneas más o menos coherentes en su trabajo, por lo menos en las épocas en que coinciden con Real de Azúa en la escena cultural uruguaya, antes del golpe de Estado reaccionario de 1973. *Dialoguismo* de corto y largo alcance.

Digresivo y arborescente en la oralidad, han escrito y siguen repitiendo sus amigos o alumnos. Algo semejante puede encontrarse en su escritura, aunque sólo sea una cuestión de estilo. Se sabe que cada objeto textual busca y construye a su lector, pues hay un sistema de escritura y un consiguiente sistema de lectura Real de Azúa. Una vez que se lo incorpora o que se agrega al mismo, se acorta la distancia, se establece un contacto que elimina las dificultades de arranque. La arborescencia que puede sorprender, distraer o dispersar al lector no entrenado puede, tal vez, producir el resultado contrario: abrir caminos, aun en medio de las enormes notas al pie que se escapan hacia destinos que no estaban prometidos al comienzo, como ocurre con el prólogo a la edición oficial de *El mirador de Próspero*, de Rodó, en que a poco andar introduce en las páginas X y XI dos notas (la 4 y la 5), que cubren nada menos que tres páginas, más de lo que se llevaba escrito de texto en cuerpo central. Sus artículos para los periódicos pocas veces se mantuvieron ajenos a este crecimiento. Sólo se abstuvo cuando tuvo que escribir algunos artículos en forma de fascículos para las colecciones populares de fines de los años 1960, que tanto en la Argentina como en el Uruguay alcanzaron excepcionales niveles de público de capas medias, y una de las cuales codirigió (*Capítulo Oriental. La historia de la literatura uruguaya*, 1968-1969). Pronto la abstinencia generó arrepentimiento y furia:

creo haber sufrido más que nadie ese tasajeo impío –me parece el término mejor– que desgarrara un planteo que, bueno o malo, tiene alguna coherencia, en una serie de tiras abrevia-

¹⁴ Véase este texto en la presente compilación. Nótese, de paso, la actualización teórica que Real de Azúa tiene en 1964, cuando ya ha tomado contacto, por ejemplo, con los aportes de Theodor Adorno, tempranamente traducidos y publicados por editorial Ariel de Barcelona.

das, de esquema tusado de todo pensamiento. [...] Todo esto me ha dejado un verdadero odio por toda escritura con espacio tasado y la decisión de no consentir a ella por todo el resto de mi vida.¹⁵

El estilo de Real de Azúa se despliega en frases extensas, con escasas pausas intermedias; una curiosa mezcla del tono academicista que incluye variados arcaísmos y se alterna con la imaginación verbal más chispeante. Tanto puede crear vocablos o apropiarse de coloquialismos –habitualmente expulsados de la prosa “seria”– como refundar significados propios de disciplinas científicas diversas, y todo esto en medio de una general dicción clásica. Si estas estructuras lingüísticas, ofrecidas en una sintaxis que ni lejanamente se atiene a la norma, obturan la placidez serena del proceso de la lectura u obligan al receptor a repasar fragmentos que pueden parecer oscuros, muestran al fin al escritor que con inventiva verbal explora los caminos del neologismo, que construye imágenes de filosa ironía ubicada en el adverbio o en un adjetivo hiperbólico. Recursos como éste son típicos de su “antisoledad”, rasgo que Real de Azúa había estimado efectivo en la comunicación oral del caudillo blanco conservador Luis Alberto de Herrera; una marca que, por su lado, era extraña a Rodó, a quien pueden corresponder muchas de las observaciones precedentes. Otras veces, sus giros verbales o una sola palabra resultan poderosamente connotativos, al punto que aprovechan situaciones circunstanciales –que necesitan, por lo tanto, de un saber previo– para poner en práctica sutiles formas del humor.

Seguro de que la prosperidad uruguaya era un espejismo que, al retirarse, dejaría al desnudo situaciones dramáticas, y que, en consecuencia, la única posibilidad era reencontrar un destino americano, por 1957 se acercó a una experiencia política que luego estimó decepcionante, pues se transformó en un populismo ultraconservador de la peor especie. Pero en aquel momento de balance crítico y de soterrada fe, pensó que la uruguaya era una “cultura de repetidores, de consumidores y de espectadores, [lo cual] significa que muchas veces no llegue siquiera a la conciencia de disyuntivas y de fatalidades” (Real de Azúa, 1957, t. I, p. 23).

4. ¿Cuál poder?

¿Cuáles eran esas “disyuntivas”, esas “fatalidades”? A responder esa pregunta dedicó toda su obra, especialmente su obra última, contigua a su progresivo acercamiento a la izquierda sin perder su matriz cristiana, después de una prolongada militancia en filas conservadoras o en opciones políticas más cercanas a la irracionalidad populista que a la racionalidad liberal o materialista. En 1961 dio a conocer *El patriciado uruguayo*, un texto que, como ha notado Tulio Halperin Donghi (1987), es capital para la historiografía latinoamericana aunque aborde específicamente el caso uruguayo, en la medida en que para examinar los mecanismos de poder logra desprenderse de toda categoría analítica romántica, así como de la aplicación ortodoxa de la teoría clasista. Con ese libro se aparta de los supuestos habituales de trabajo

¹⁵ Carta datada en Montevideo el 18 de abril de 1968, remitida al ensayista Washington Lockhart (Montevideo, 1914-Mercedes, 2001), a la ciudad de Mercedes (Uruguay). Una fotocopia del texto me fue proporcionada por el profesor Lockhart, en 1987, en la litoraleña ciudad donde residía desde 1934.

de la historiografía americana para “navegar diversidades” ahora en aguas de la sociología histórica, pero poniendo especial énfasis en el estudio del poder y en la persistencia o la gravitación del pasado en el presente. Tres años después, en su ensayo sobre el batllismo, sin ostentar las renovaciones teóricas de su libro anterior, consigue una intervención más directa en el campo político en momentos en que se precipita la crisis del orden liberal. Más que un estudio detallado sobre las tres décadas en que se desarrolló en el Uruguay la experiencia del batllismo, a Real de Azúa le interesa “su dinámica política”, esto es, la ideología de ese fenómeno particular lado a lado con la práctica y sus metamorfosis en el tiempo (Real de Azúa, 1964, p. 7).

En *El poder* llegará a la culminación de sus reflexiones políticas. Ya no tanto en una relación tan estrecha con la *contingencia*, sino en un intento de reflexión mayor sobre el problema, a la vez que pensando sobre la política latinoamericana lejos de todo deduccionismo europeísta o yanqui. En rigor, un largo texto como éste fue pensado como manual auxiliar para su curso de Ciencias Políticas que impartía en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de la República, pero quiso que fuera un texto de ciencia política *latinoamericana*, lo cual lo llevó a integrar, o refundir, en el volumen varios ensayos que había dado a conocer en revistas desde mediados de la década de 1960. La más importante de todas estas fuentes, “Élites y desarrollo en América Latina”, viene a ser su interpretación más vasta y meditada del problema cuando apenas está rompiéndose la ola del desarrollismo y cuando no se han apagado los ecos de la “Alianza para el Progreso”. En el caso Real el motor de todo estudio sobre el poder se afina en la “verificación empírica de ingredientes doctrinales e ideológicos”, y aunque en sus enfoques puede advertirse escasa dedicación a las variables económicas, siempre subordinadas en su consideración a la fuerza motriz de las ideas y los procesos sociales y culturales, en su libro último empiezan a conquistar más terreno.

Es posible que el informe de 1971 redactado ante la inminencia de las elecciones nacionales hasta entonces más delicadas de la historia del siglo XX, con el título “Política, poder y partidos en el Uruguay de hoy”, sea el más rico insumo para una reflexión entre teórica y práctica. Con torrencialidad, amargura e ironía, situado ante el descalabro del Uruguay democrático que, mal que bien, se ha mantenido erguido durante casi siete décadas –restando el particular quinquenio autoritario terrista–, constituye un desafío para Real de Azúa, quien de golpe se planta ante un

ejercicio de la crítica sin el menor espacio disponible para hacer distancia entre la vida y el pensamiento, entre el deber de la militancia cívica y la voluntad de lucidez y objetividad, los peligros de confundir la realidad y el deseo, el pronóstico y la esperanza son descomunales. ¿Cómo negarlo? (Real de Azúa, 1988).

Si un artículo denso y extenso como éste fue un acto y un ejercicio ante la candente realidad, *El poder* vino a representar en sus procesos de escritura –ya que no en su recepción inmediata, porque el libro se publicó doce años después de la muerte del autor– “la mutación en el vínculo entre el autor y el público” (Halperin Donghi, 1990, p. 14). Para decirlo con sus propias, y agudas, palabras introductorias al primero de esos dos trabajos: entre uno y otro vive el tránsito de la “tentación de la especificidad” a la “tentación de la generalidad” (Real de Azúa, 1988, p. 9). Escritos a principios de la década de 1970, en medio de la escalada autoritaria que encuentra su ápice en la dictadura que se asentó en junio de 1973 y ante el fenó-

meno de la masiva movilización obrera y estudiantil y la emergencia del fenómeno guerrillero, con esos trabajos Real de Azúa vivió otro pasaje del hacer crítico y de *hacer crítica* en América: del periodismo cultural uruguayo en el alto y libre ejercicio de las ideas hasta el acoso de la censura, del ruidoso clima de la polémica al silencio del retiro forzoso.

Carlos Real de Azúa murió en su plenitud intelectual, en 1977, y en medio de la más cruda época de represión dictatorial, cuando por todo el contexto regional corría un idéntico aire denso e irrespirable. La mayor parte de su obra se conoció unos años después de la recuperación democrática, ocurrida en 1985. Se trata de la amplia antología *Escritos* (1987) preparada por Halperin Donghi, del referido libro *El poder* (1990), del vasto trabajo que los editores titularon *Los orígenes de la nacionalidad uruguaya* (1990),¹⁶ del libro sobre la Universidad (1992), del enorme manuscrito redactado a principios de la década de 1960 titulado *Tercera Posición, Nacionalismo revolucionario y Tercer Mundo* (1997), de un par de compilaciones de trabajos sobre historia política uruguaya (*Herrera, la construcción de un caudillo y de un partido*, 1994; *Historia y política en el Uruguay*, 1997), y aun de algunos materiales más “secretos” como las notas para un curso sobre política exterior uruguaya (1987), o para un curso de Estética (1998), o su juvenil y exhumada obra sobre *Ariel* (2001). Juntas, todas estas páginas que se han dado a conocer en poco más de una década por lo menos triplican las que el crítico publicó en un puñado de editoriales montevideanas y en un conjunto igualmente reducido de publicaciones periódicas, en general uruguayas, a lo largo de tres décadas.

Desde fines de la década de 1950 Real de Azúa fue un “intelectual faro” dentro de Uruguay, por la condición proteica de su pensamiento, por su magisterio en las aulas, por su proverbial cordialidad de la que dan testimonio muchos de sus amigos y alumnos, por su cadena de saberes que pocos –si acaso alguno– pudo emparejar. En cambio, fuera de su país ha sido y continúa siendo un completo desconocido. Aun para los más enterados que, en todo caso, saben de algún solitario artículo como el que dedicó al “Modernismo y las ideologías”, publicado en *Escritura*, de Caracas, y vuelto a divulgar en Buenos Aires por *Punto de Vista*. Su fortuna parece estar condenada, por ahora, a las fronteras uruguayas o, mejor, a su ciudad de Montevideo, a la que llamó “la capital cada vez más grande de un país cada vez más pequeño” (Real de Azúa, 1987, p. 52). □

¹⁶ Doy fe de este título asignado por los responsables de la editorial Arca, entonces dirigida por el inolvidable Alberto Oreggioni (1939-2001), donde yo trabajaba en tareas técnicas en la editorial y tuve ocasión de examinar el caótico y casi informe manuscrito de este libro. Debo aclarar, además, que no fui amigo ni alumno de Real de Azúa, a quien ni siquiera pude conocer.

Bibliografía

- Freyre, Gilberto (2003), "Interamericanismo", en *Americanidade e Latinidade da América Latina e outros textos afins*, San Pablo, Impresora Oficial do Estado/Universidade de Brasília, (organização e notas de Edson Nery da Fonseca. Prefácio de Enrique Rodríguez Larreta e Guillermo Giucci). [Originalmente los textos fueron publicados a comienzos de la década de 1940].
- Halperin Donghi, Tulio (1987), "Prólogo" a *Escritos*, de Carlos Real de Azúa, Montevideo, Arca, pp. 6-47.
- Larsen, Neil (1999), "¿Fin de la historia, o una historia sin fines? Hacia un 'segundo historicismo' en la crítica latinoamericana[ist]a", en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, N° 50, Lima-Hanover, 2° Semestre, pp. 87-90.
- Pratt, Mary Louise (1992), *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation*, Londres/Nueva York, Routledge [traducción castellana: *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*, Buenos Aires, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 1992].
- Prieto, Adolfo (1996), *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina, 1820-1850*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Rama, Ángel (1984), *La ciudad letrada*. Montevideo, FIAR/Arca (prólogo de Hugo Achugar).
- Real de Azúa, Carlos (1939), en *Evocación y recuerdo de José Antonio*, Montevideo, s/e, pp. 15-35.
- — — (1943), *España de cerca y de lejos*, Montevideo, Ceibo.
- — — (1947), "Sarmiento insepulto", en *Escritura*, N° 1, Montevideo, octubre, pp. 112-120 [reseña de *Sarmiento*, de Ezequiel Martínez Estrada. Recogida en *Escritos, op. cit.*, 1987].
- — — (1947), "La «Biblioteca Americana» y los autores uruguayos", en *Escritura*, N° 1, Montevideo, octubre, pp. 120-121.
- — — (1950), "La novela de José Lins do Rego", en *Marcha*, N° 545, Montevideo, 23 de septiembre, p. 22.
- — — (1950), *Ambiente espiritual del Novecientos*, Montevideo, Número, pp. 15-36 [separata de la revista *Número*, Montevideo, Nos. 6-7-8, 1950. Recogido en *Escritos, op. cit.*, 1987].
- — — (1955), "Una carrera literaria" [Sobre Eduardo Mallea], en *Entregas de la Licorne*, Nos. 5-6, Montevideo, [Recogido en *Escritos, op. cit.*, 1987].
- — — (1956), "Sobre Hinchliff, el valor de los viajeros ingleses", en *Marcha*, N° 811, Montevideo, 4 de mayo, p. 31.
- — — (1957), "Uruguay, el ensayo y las ideas en 1957", en *Ficción*, N° 5, Buenos Aires, enero-febrero, pp. 72-98.
- — — (1957), "¿Adónde va la cultura uruguaya? [I]", en *Marcha*, N° 885, Montevideo, 25 de octubre, pp. 22-23.
- — — (1957), "¿Adónde va la cultura uruguaya? [II]", en *Marcha*, N° 886, Montevideo, 1° de noviembre, pp. 21-23.
- — — (1958), "El último libro de Leopoldo Zea: Filosofía de la historia e imperialismo", en *Marcha*, N° 904, 21 de marzo, pp. 20-23 [recogido en *Escritos, op. cit.*, 1987].
- — — (1958), *Un siglo y medio de cultura uruguaya. La literatura*, Montevideo, Universidad de la República.
- — — (1961), *El patriciado uruguayo*, Montevideo, Cooperativa Editorial Asir.
- — — (1966), *José Vasconcelos: la revolución y sus bemoles*, Montevideo, Facultad de Humanidades y Ciencias [originalmente en dos entregas de *Marcha*, 1959].
- — — (1962), "Un fundador: Manuel Gálvez", en *Marcha*, 2ª Sección, N° 1134, Montevideo, 23 de noviembre, pp. 26-28.
- — — (1964), *El impulso y su freno. Tres décadas de ballismo*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental.
- — — (1964), "Carlos Quijano", en *Antología del ensayo uruguayo contemporáneo*, t. II, Montevideo, Universidad de la República.
- — — (1967), "Ciro Alegría (1909-1967)", en *Marcha*, N° 1342, Montevideo, 24 de febrero, p. 28.
- — — (1967), "El problema de la valoración de Rodó", en *Rodó, Cuadernos de Marcha*, N° 1, pp. 69-78 [recogido, en versión corregida, en *Historia visible e historia esotérica*, Montevideo, Arca, 1975, pp. 137-156].

— — — (1969), Prólogo a *Análisis de un lenguaje en crisis*, de Lisa Block de Behar, Montevideo, Nuestra Tierra, pp. 7-9.

— — — (1987), *Montevideo, el peso de un destino*, Montevideo, Ediciones del Nuevo Mundo (prólogo de Aníbal Barrios Pintos).

— — — (1988), *Partidos, política y poder en el Uruguay (1971, coyuntura y pronóstico)*, Montevideo, Universidad de la República/Facultad de Humanidades y Ciencias (prólogo de Carlos Zubillaga) [originalmente en *Uruguay hoy*, AA.VV, Buenos Aires, Siglo XXI, 1971].

— — — (1996-1997), *Tercera Posición, Nacionalismo revolucionario y Tercer Mundo*, Montevideo, Cámara de Representantes, 3 vols. (prólogo de Ágapo Palomeque. Estudio preliminar y presentación de Ruben Coteló). [El tomo 3 recoge la polémica mantenida en *Marcha* en 1966, entre Real de Azúa y Arturo Ardao. Falta una pieza, excluida por error, que habrá que ubicar en *Marcha*, N° 1290, 28 de enero de 1966, p. 8, “Segunda respuesta a un tercero”, de A. Ardao.]

— — — (1990), *El poder*, Montevideo, CELADU (prólogo de Tulio Halperin Donghi. Aclaración de Carlos Pellegrino).

— — — (1998), *Curso de Estética Literaria*. Montevideo, Dirección de Formación y Perfeccionamiento Docente/Subdirección del Área de Educación Media y Técnica (prólogo de Roberto Appratto).

— — — (2001), *Medio siglo de Ariel (Su significación y trascendencia literario-filosófica)*, Montevideo, Academia Nacional de Letras (presentación de Wilfredo Penco).

Real de Azúa, Carlos, Rama, Ángel y Rodríguez Monegal, Emir (1960), *Evasión y arraigo de Borges y Neruda* (diálogo), Montevideo, Imprenta LIGU (recogido en Pablo Rocca (ed.), *El Uruguay de Borges. Borges y los uruguayos*, Montevideo, Universidad de la República/Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación/Linardi y Risso, 2002, pp. 147-160).

Rodríguez Monegal, Emir (1966), *Literatura uruguaya del medio siglo*, Montevideo, Alfa.

Rincón, Carlos (1978), “El cambio actual de la noción de la literatura en Latinoamérica”, en *Eco*, N° 196, Bogotá, febrero, pp. 385-421.

Sabelli de Louzão, Martha y Rodríguez Pereira, Ricardo (1987), “Bibliografía de Carlos Real de Azúa”, en *Cuadernos del CLAEH*, Segunda Serie, Año 12, N° 42, Montevideo, pp. 129-138.

Vior, Eduardo J. (2003), “Perder los amigos, pero no la conducta. Tercerismo, nacionalismo y antimperialismo: *Marcha* entre la revolución y la contrarrevolución (1958-1974)”, en Mabel Moraña y Horacio Machín (eds.), *Marcha y América Latina*, Pittsburgh, Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana/Universidad de Pittsburgh, pp. 79-121.

White, Hayden (1973), *Metahistory. The historical imagination in the nineteenth-century Europe*, Baltimore, John Hopkins University Press.

— — — (2003), *El texto histórico como artefacto literario*, Barcelona, Paidós/ICE/UAB (introducción de Verónica Tozzi. Traducción de Verónica Tozzi y Nicolás Lavagnino).

Estado y política en el pensamiento terrateniente argentino de fines del siglo XIX: las ideas de la Liga Agraria

Roy Hora

Universidad de San Andrés / CONICET

Este artículo examina algunos aspectos del ideario político de los grandes estancieros de la pampa de fines del siglo XIX. El análisis de las ideas que animaron a los fundadores de la Liga Agraria constituye el punto de mira a partir del cual abordaremos este objeto de estudio. Esta asociación convocó a los dueños de las mayores fortunas territoriales de la nación a hacer sentir su presencia organizada en la arena política. El ruralismo político que la Liga Agraria propugnaba nació en el enrarecido clima que sucedió a la crisis del Noventa, cuando las impugnaciones a la hegemonía del Partido Autonomista Nacional, sumadas a una crisis económica de inusitada profundidad, instaron a los liguistas a lanzar una campaña de agitación entre sus pares en la que una y otra vez insistieron en la necesidad de que los grandes propietarios rurales dejaran de lado su habitual apatía política e hicieran suyo el lugar central que, según creían, les correspondía en el gobierno de la nación. Y si bien es cierto que, luego de un comienzo por demás auspicioso, los liguistas sólo intermitentemente alcanzaron apoyos verdaderamente amplios entre los miembros del grupo al que aspiraban a movilizar (y que cuando lograron hacerlo, fue sólo para conducirlos por caminos que habitualmente terminaron en callejones sin salida), las ideas que los inspiraban merecen ser analizadas con atención. En efecto, su estudio permite avanzar en la reconstrucción del ideario político del segmento central de la élite socioeconómica argentina en un momento en el cual su prestigio e influencia se hallaba en su punto más alto. No menos importante, el análisis de las ideas de la Liga Agraria, así como del eco que éstas encontraron entre los estancieros pampeanos, ofrece un excelente punto de partida para estudiar la relación entre la élite terrateniente, la política y el Estado oligárquico.

En la campaña en la que convocaron a los estancieros a la acción, la Liga Agraria dio forma a un conjunto de argumentos destinados a legitimar la posición de preeminencia que, según afirmaban, los mayores productores de la riqueza argentina estaban llamados a ocupar en el gobierno de la república. En los escritos dados a conocer en su órgano de difusión, el *Boletín de la Liga Agraria*, así como en sus demás intervenciones en la escena pública, estos agitadores del mundo terrateniente nos han dejado valiosos testimonios a partir de los cuales es posible reconstruir sus percepciones sobre el lugar preciso que los grandes capitalistas rurales ocupaban en la sociedad y la política del cambio de siglo, sobre cuáles eran los dilemas que enfrentaban, sobre qué senderos debían recorrer para darles solución. La imagen que sur-

ge de estos textos, de cuya densidad conceptual y analítica no debe esperarse demasiado, es, sin embargo, mucho más rica que la que puede encontrarse en otras publicaciones rurales de esos años, y permite reconstruir aspectos decisivos del mundo de representaciones de la élite terrateniente durante el momento dorado de la Argentina agroexportadora. En este sentido, no es exagerado afirmar que no hay mejor manera de aproximarnos a la forma mentis de los estancieros pampeanos que a través de un estudio de las ideas y las iniciativas de la Liga Agraria y del eco que éstas encontraron en el grupo social al que esta asociación se propuso interpelar.

La Liga Agraria representa un capítulo decisivo de la historia de la élite terrateniente argentina. El hecho de que la Liga haya mantenido una activa presencia en la vida pública por más de tres décadas –de la que los varios miles de páginas de su revista dan testimonio elocuente– ofrece un primer indicio de la importancia de una institución que el diario *La Nación* calificó como representativa de “lo más importante que tiene Buenos Aires en hacendados, comerciantes, industriales y agricultores”, y en cuyas filas, según observaba el vocero roquista *Tribuna*, se contaban muchos de “los principales terratenientes de la provincia de Buenos Aires”.¹ Por otra parte, la Liga Agraria fue un activo participante en el proceso de discusión y elaboración de la política agropecuaria, y las autoridades del área repetidamente reconocieron la competencia de sus directivos en los temas de su especialidad. Teniendo en cuenta estos antecedentes, resulta sintomático que esta asociación no haya sido motivo de un estudio detallado. Y aunque las referencias a la Liga Agraria no faltan en la bibliografía especializada, éstas se limitan a menciones puntuales que no permiten forjarse una idea precisa acerca de la especificidad de esta institución y del proyecto que la animaba.

No resulta sencillo ofrecer una explicación convincente de los motivos que dan cuenta de este injustificado olvido. Aun cuando las tendencias hoy dominantes en la historia intelectual y de las ideas se han mostrado relativamente indiferentes al estudio de las representaciones de los sectores que coronaban la pirámide económica y social argentina, una explicación que se detenga en esta dimensión analítica es, a todas luces, insuficiente para dar cuenta de este vacío historiográfico. No se trata, tampoco, de que la élite rural del cambio de siglo careciera de ideas dignas de ser analizadas; aun cuando la inmensa mayoría de sus integrantes fuese poco propensa a dar publicidad a sus pensamientos –lo que convierte a las figuras que aquí analizamos en personajes algo atípicos dentro del grupo al que pertenecían y al que aspiraban a representar–, en las páginas que siguen tendremos oportunidad de observar que sus opiniones merecen tratarse con cierto cuidado. Considerando estas circunstancias, es posible afirmar que la renuencia a explorar la historia de la Liga Agraria no puede desvincularse del hecho de que esta asociación se resiste a ser entendida en el marco de las hipótesis con las que los investigadores suelen aproximarse al estudio de las élites sociales y económicas de la Argentina preperonista. Para muchos autores, la unidad entre Estado y las clases económicamente preponderantes resulta la clave de bóveda para entender los rasgos principales del sistema de poder de ese período fundacional de la Argentina moderna. Sistematizada por primera vez por intelectuales socialistas de comienzos del siglo XX, esta visión alcanzó su cenit durante el período de apogeo de la historiografía revisionista, que interpretó el período que aquí analizamos a partir de una clave que enfatizaba la creciente divergencia de destinos entre una élite gobernante tan poderosa como egoísta y un conjunto muy amplio de actores populares que representaban a las fuerzas positivas de la nación. Esta imagen, que afirma la exis-

¹ *Tribuna*, 26 de julio de 1898, p. 2; *La Nación*, 8 de enero de 1893, p. 1.

tencia de un régimen excluyente erigido a espaldas y en contra de las masas, ganó espacio en el ámbito académico desde las décadas de 1950 y 1960, y en la actualidad todavía goza de algún predicamento.²

Aspectos centrales de la trayectoria histórica argentina no pueden ser abordados de forma satisfactoria sin reconsiderar las hipótesis que vertebran esta interpretación. En las últimas dos décadas, diversos estudios de historia política han sentado algunas bases para esta tarea, poniendo en entredicho las visiones que partían de la premisa de que la disputa por el poder en el siglo XIX se encontraba circunscripta al universo de las élites. Escritos bajo el influjo de nuevas propuestas historiográficas que colocan el acento en la especificidad de las prácticas del campo político, pero también de un clima signado por los procesos de democratización que América Latina experimentó tras la crisis de los regímenes autoritarios que asolaron la región en la década de 1970, estos estudios han revelado que la vida pública era más compleja e inclusiva de lo que las antiguas interpretaciones sugerían. Gracias a estos trabajos, hoy poseemos una mejor comprensión del funcionamiento del campo del poder (las formas de participación pública, los partidos, sus dirigentes y militantes, la prensa política, etcétera).³

Hay que señalar, sin embargo, que este nuevo énfasis en la autonomía propia de las prácticas del campo político ha desplazado a un segundo plano la exploración de las relaciones entre sociedad (y en particular grupos sociales) y poder político. Y en aquellos casos en los que las vinculaciones entre la sociedad civil y la esfera del poder siguió constituyendo un objeto de indagación, fue sobre todo desde la perspectiva que ofrecen, no las élites económicas y sociales, sino los sectores medios de las grandes metrópolis. En consecuencia, el lugar de las clases propietarias en el sistema de poder se ha visto algo desdibujado. Lo que es quizás más importante, estos estudios suelen dejar al Estado en un cono de sombra, en primer lugar porque le atribuyen un papel derivativo, y no pocas veces meramente represivo, en el proceso histórico. Este énfasis societalista es problemático. En efecto, algunos trabajos muy relevantes indican que el Estado desempeñó muy temprano un papel decisivo en la trayectoria histórica de nuestro país, que desde la década de 1880 no hizo sino crecer en relevancia.⁴ Para alcanzar una mejor comprensión de nuestra historia política es conveniente, pues, relativizar la premisa que sugiere que el estudio de la esfera del poder debe colocar el acento en

² Una evaluación de esta producción en Ezequiel Gallo, "Historiografía política: 1880-1900", en AA.VV., *Historiografía argentina (1958-1988). Una evaluación crítica de la producción histórica argentina*, Buenos Aires, 1990, pp. 327-338.

³ Entre los trabajos más conocidos se cuentan Hilda Sabato, *La política en las calles. Entre el voto y la movilización ciudadana*, Buenos Aires, Sudamericana, 1997, y Paula Alonso, *Entre la revolución y las urnas. Los orígenes de la Unión Cívica Radical y la política argentina de los años noventa*, Buenos Aires, Sudamericana, 2000. Para un análisis, Paula Alonso, "La reciente historia política de la Argentina del ochenta al centenario", *Anuario IEHS*, 13, Buenos Aires, Tandil, 1998, pp. 393-418.

⁴ El autor que más ha insistido en este punto es Tulio Halperin Donghi. Véase, por ejemplo, sus trabajos "Backward Looks and Forward Glimpses from a Quincentennial Vantage Point", *Journal of Latin American Studies, Quincentennial Supplement*, 1992; *Guerra y finanzas en los orígenes del Estado argentino*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1982; y *Una nación para el desierto argentino*, Buenos Aires, Prometeo, 2005. El hecho de que el costo de la reproducción institucional del Estado a lo largo de esa centuria no fuese inferior en términos per cápita al de Gran Bretaña y otras grandes potencias económicas y militares del mundo constituye, sin duda, una evidencia significativa en este sentido. Al respecto, véase Tulio Halperin Donghi, *Guerra y finanzas*, p. 12; Gonzalo Ramírez, *La tasa del impuesto en la Argentina y pueblos de Europa*, Montevideo, La Razón, 1901, p. 301.

las agrupaciones partidarias y en la sociedad civil y sus instituciones. En una sociedad en la que la presencia del Estado ha sido (y continúa siendo) tan central en la configuración del campo del poder, profundizar nuestro conocimiento de los rasgos del Estado y de las vinculaciones entre éste y la sociedad civil constituye una tarea tanto o más relevante.

El análisis de la Liga Agraria ofrece un buen punto de partida para avanzar por este camino. Como veremos en las páginas que siguen, el mirador que nos ofrece el proyecto político que esta asociación bosquejó en la década de 1890, a cuyo análisis se aboca este texto, pone de manifiesto que las interpretaciones que enfatizan la unidad entre las élites económicas y la clase gobernante es producto de una construcción retrospectiva, que resulta incapaz de captar aspectos decisivos tanto de la relación entre Estado y sociedad como de la experiencia política de los actores que se ubicaban en la cúspide de la pirámide social. Al mismo tiempo, y pese a las limitaciones de una perspectiva interesada, en primer lugar, en movilizar voluntades, estos voceros del ruralismo político advirtieron bien que el Estado constituía un actor central del campo del poder, cuya estructura, personal y orientaciones políticas reflejaban la incidencia de una gama de fuerzas y factores que excedían la esfera de acción de la élite propietaria. Las ideas que articularon el proyecto de la Liga Agraria enfatizan todo un arco de tensiones que hicieron que el vínculo entre el Estado y la clase propietaria rural se revelara problemático y ocasionalmente conflictivo. Y ello a punto tal que estos agitadores del mundo terrateniente denunciaron al Estado oligárquico como el único gran problema que enfrentaba una Argentina que en otros aspectos, como la organización socioeconómica, juzgaban saludable y vigorosa, y para nada dispuesta a poner en cuestión las prerrogativas de la riqueza y la gran propiedad.

El programa de la Liga Agraria

El año 1880 constituye un verdadero parteaguas en la historia política argentina. Durante la década que se inauguró con el triunfo de Roca, la consolidación del Estado federal y la formación de una poderosa fuerza cuyos principales bastiones se hallaban localizados en el interior de la república definieron los contornos de un nuevo escenario político. Todos los actores del campo del poder debieron acomodarse a este cambio, y redefinir sus relaciones con un Estado central que había crecido en poder y autonomía. En esos años, el proyecto que animó a la Sociedad Rural, la institución que hablaba en nombre de los grandes propietarios rurales de Buenos Aires, se vio radicalmente modificado. El énfasis en la necesidad de que los terratenientes actuaran como líderes sociopolíticos del mundo rural, que había constituido una de las marcas distintivas del discurso ruralista desde la creación de la Sociedad Rural en 1866, gradualmente perdió relevancia, y fue progresivamente reemplazado por un acuerdo pragmático con una nueva élite gobernante que, aun si tomaba distancia de los intereses más inmediatos de las clases propietarias porteñas, de todas maneras les aseguraba a éstas mejores condiciones para el desarrollo de sus negocios privados que las vigentes en cualquier otro momento del pasado. Este arreglo, que reflejaba el avance un Estado más independiente pero también mejor preparado para apoyar el proceso de acumulación de capital, comenzó a perder vigencia a fines de la década de 1880. Los agitados años que sucedieron a la caída de Juárez, caracterizados por una crisis tanto del sistema de poder como del escenario más amplio en el que tuvo lugar el formidable crecimiento económico de la década de 1880, ofre-

cieron un suelo fértil para la experimentación política. De allí surgió el programa de activismo terrateniente que caracterizó a la Liga Agraria.⁵

Fundada en el invierno de 1892 por “hacendados influyentes de Buenos Aires, miembros los más conspicuos de la Sociedad Rural y de un gremio que ha elaborado una parte cuantiosa de la riqueza y del poderío del país”,⁶ tres años más tarde la Liga Agraria inició la publicación regular de un *Boletín* a través del cual comenzó a difundir sistemáticamente un programa de acción que se fundaba a su vez sobre un diagnóstico de los problemas que afectaban la producción agropecuaria y a la élite rural. Este proyecto aspiraba a enraizar los reclamos de la élite propietaria en los dilemas de un escenario histórico cuyo arranque se fijaba en Caseros. Los liguistas (y el uso del plural se justifica en tanto no siempre resulta sencillo determinar quiénes eran los autores de las colaboraciones, que muchas veces no llevan firma) propusieron una visión de esa etapa fundacional de la Argentina liberal que importaba una restauración parcial del programa de ruralismo político que la Sociedad Rural en su momento había hecho suyo. Esta recreación era claramente selectiva. Antes que una visión comprensiva del pasado, se trataba de una “tradición inventada” a partir de la cual deducir ciertas conclusiones sociales y políticas de relevancia para ese presente. Los liguistas describieron el período que precedió a la consolidación de estructuras políticas nacionales, y en particular el momento previo a 1880, como una suerte de edad dorada. La Arcadia a la que los hacendados de la Liga Agraria deseaban regresar excluía toda referencia a los desafíos y los fracasos que sus predecesores habían enfrentado en ese período. Así, por ejemplo, la presencia amenazante de la frontera indígena, la arbitrariedad de la administración local, el carácter endémico y escasamente institucionalizado del conflicto político, las dificultades de los primeros ruralistas para constituirse en representantes del interés terrateniente, los muy modestos progresos que por entonces podía exhibir el proceso de modernización ganadera, junto a otros temas que habían causado honda preocupación entre los voceros terratenientes de la etapa de la Organización Nacional, habían sido borrados del relato de estos estancieros. En cambio, ponían énfasis en aquello que veían como la principal virtud de ese tiempo añorado: una masiva presencia de los terratenientes en la conducción de los asuntos públicos de Buenos Aires.

Los liguistas consideraban el triunfo de Roca como el momento en el que el lazo orgánico entre el Estado y la clase propietaria rural se había fracturado. Al igual que en los relatos de otros actores que se identificaban con la causa de Buenos Aires, los liguistas argumentaban que la victoria del PAN había puesto fin a un régimen representativo dominado por patricios de “proverbial honradez”, que habían constituido las figuras rectoras de una cultura cívica a la vez intensa y distinguida. Pero señalaban, además, que ese cambio había sido acompañado por una profunda redistribución de poder. Tras la victoria del PAN, una nueva clase política había desplazado a “la clase holgada” del gobierno de la Primera Provincia argentina. Federalizada la ciudad y colocada bajo la égida del poder central, la influencia de las clases propietarias en la política de la metrópolis se había poco menos que evaporado. Todavía más les preocupaba lo sucedido en la nueva provincia creada en 1880, donde se loca-

⁵ Para el análisis de este proceso, remito a mi *Los terratenientes de la pampa argentina. Una historia social y política, 1866-1945*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005, pp. 46-60, y 129-140.

⁶ Charles Leonardi, “La Liga Agraria”, *Tribuna*, 23 de septiembre de 1892, p. 1. Véase también *Review of the River Plate*, 3 de septiembre de 1892, p. 5.

lizaban sus imperios territoriales. Desde el triunfo de Roca, sus cámaras se habían convertido en “legislaturas híbridas y exclusivamente politiqueras, sin representación ni vinculación a los intereses del país”.⁷ De acuerdo con esta visión, el elenco político que desde entonces controlaba la provincia estaba compuesto mayoritariamente por parásitos y arribistas que se ganaban la vida a costa del esfuerzo de los productores rurales, el verdadero basamento de la comunidad. Esta impugnación apuntaba en primer lugar a los hombres que habían dominado Buenos Aires durante la década de hegemonía del PAN, pero también comprendía a las fuerzas mitristas y radicales que desde 1890 se habían sumado a la competencia por el poder, sin mayor beneficio aparente para la calidad de las instituciones. Ante este escenario caracterizado por la consolidación de una clase política a la que le negaba todo carácter representativo, la Liga Agraria deseaba retornar a una Legislatura otra vez dominada por los mayores hacendados, los dueños de “tres cuartas partes de la Provincia” pero que “carecen de voz y voto en el recinto donde se discuten y dictan las leyes que deben dirigir sus intereses y fomentar sus industrias”.⁸

Los debates sobre la reforma de la Constitución de Buenos Aires que se desarrollaron a lo largo de la década de 1890 ofrecieron la oportunidad para que la Liga Agraria hiciera conocer sus puntos de vista sobre cómo retomar la senda virtuosa de la que la Gran Provincia nunca debía haberse apartado. En primer lugar, los liguistas solicitaron una reforma de las leyes que regulaban el sufragio, señalando la necesidad de volver más estricta las exigencias de propiedad y domicilio que debían cumplir aquellos que deseaban candidatearse a puestos electivos. Otro de sus reclamos se refería a la eliminación de las dietas parlamentarias, que en su momento apoyaron sobre el prestigio de *On representative government* de John Stuart Mill. Esta demanda ya había sido formulada por Carlos Guerrero, una de las figuras más activas de la Liga Agraria, en una entrevista aparecida en el diario *La Prensa* a comienzos de 1893. En esa ocasión, Guerrero expresó que “en la Liga domina la idea de que los puestos de diputados y senadores sean honoríficos, como en los buenos tiempos de nuestros padres, para terminar con el mercantilismo político”.⁹ Algunos años más tarde, la Liga Agraria confirmaba esta perspectiva cuando señalaba que “el sistema de legisladores rentados se sigue practicando entre nosotros, con una experiencia desastrosa para las instituciones libres y buena administración [...] si el pueblo quiere que vuelvan a su Legislatura los patricios de otros tiempos se impone la supresión de la dieta”.¹⁰

En la Argentina, las dietas u otras formas de retribución a los parlamentarios provinciales se volvieron corrientes en el último cuarto del siglo XIX, en particular en los estados más modernos del país en términos políticos y sociales (que a su vez solían ser aquellos que contaban con finanzas más prósperas). Para la década de 1890, Buenos Aires, Santa Fe, Entre Ríos, Corrientes y Córdoba remuneraban el tiempo y el esfuerzo de sus legisladores. La Legislatura de la primera de estas provincias era, por lejos, la más cara de la nación. En 1895, Buenos Aires destinaba más de un millón de pesos moneda nacional a afrontar las erogaciones de su Poder Legislativo, de los cuales \$ 684.000 se imputaban al pago de las dietas de sus 114 legisladores, y otros \$ 353.000 a sueldos de empleados y gastos de funcionamiento. Las

⁷ *Boletín de la Liga Agraria* (en adelante *BLA*), 1:3, 1896, p. 33.

⁸ *BLA*, 1:9, 1897, p. 176, y pp. 208 y 209.

⁹ *La Prensa*, 12 de enero de 1893, p. 5.

¹⁰ *BLA*, 1:3, 1896, p. 37.

restantes cuatro provincias erogaban cifras comparativamente más modestas, que en promedio no superaban los \$ 215.000.¹¹ En el interior del país, en cambio, donde el dominio de las oligarquías tradicionales estaba mejor implantado tanto en la sociedad como en la política, los representantes no solían recibir emolumentos por sus servicios (en estas provincias, además, los gastos totales del Poder Legislativo eran poco menos que insignificantes: oscilaban entre el 2,4 % (Tucumán) y el 0,14 % (La Rioja) de los que afrontaba Buenos Aires). Esta distinción entre legislaturas rentadas y legislaturas honoríficas reproducía, de alguna manera, la que se daba en las sociedades del hemisferio norte, pues las dietas legislativas en el nivel provincial o local eran comunes en la social y políticamente más democrática Norte América, pero seguían siendo infrecuentes en la más jerárquica Europa.¹² Teniendo en cuenta este panorama, parece tentador concluir que las propuestas de la Liga, que apuntaban a aumentar las restricciones a la participación de los no propietarios y a eliminar las remuneraciones en los cargos legislativos, tenían por objeto obstaculizar la inclusión de voceros de los sectores medios y subalternos en las instituciones de la república.

Esta manera de ver el problema —que coincide con la perspectiva dominante en la literatura sobre la relación entre élites socioeconómicas y Estado en el período— no sólo resulta errónea sino que también impide captar rasgos centrales de aquel orden político, y de la posición que en él ocupaban los grandes terratenientes. En rigor, hasta después de la reforma electoral de 1912, los liguistas (así como en general el grueso de los grandes terratenientes pampeanos) nunca temieron que sus posiciones y privilegios estuviesen sometidos a amenazas desde abajo, a las que fuese necesario oponerse mediante la limitación, de *iure* o de facto, de los derechos políticos de los más desfavorecidos. Por el contrario, la Liga veía a los grupos subalternos como observadores pasivos de los choques entre las clases propietarias y los grupos gobernantes y sus clientelas electorales. Para estos estancieros, la memoria de las décadas revolucionarias y del rosismo, cuando las clases populares se habían constituido en interlocutores necesarios de todo proyecto de construcción del orden político, ya había caído completamente fuera de su horizonte. Los liguistas hacían suya una visión de la sociedad civil en la que ésta aparecía no como una esfera de competencia y antagonismo entre clases o grupos de interés, sino como un bloque sin mayores líneas de fisura, que en conjunto debía soportar el peso de una clase política a la vez cara, ilegítima e ineficiente.

Este diagnóstico los instaba a solicitar, como el Sarmiento de la década de 1880, “que el extranjero tenga mayor intervención en nuestra vida pública, especialmente en el orden municipal”, seguros de que de esta manera un elemento de orden y progreso se incorporaría de modo más pleno a la comunidad política.¹³ También les permitía tender una mirada confiada sobre el lugar que las clases subalternas estaban llamadas a ocupar en la escena políti-

¹¹ La Legislatura de Santa Fe invertía \$ 264.000 m/n en dietas para sus 62 integrantes, y otros \$ 62.600 m/n en gastos generales. Entre Ríos pagaba dietas por \$ 181.440 m/n a sus 56 legisladores y afrontaba gastos de funcionamiento por \$ 19.440 m/n. Córdoba abonaba \$ 136.800 m/n en dietas a sus 71 representantes y gastaba \$ 40.000 m/n en otras erogaciones. Finalmente, Corrientes destinaba \$ 126.400 m/n a las dietas de sus 48 legisladores y unos \$ 13.000 a gastos de la Legislatura. Véase Arturo B. Carranza, *Presupuestos provinciales. Recursos y gastos. Presupuestos municipales*, Buenos Aires, 1899, pp. 9, 14.

¹² Carranza, *Presupuestos provinciales...*, pp. 9, 87; Goran Therborn, “The rule of capital and the rise of democracy”, *New Left Review*, 103, 1977, pp. 2-42.

¹³ *BLA*, I:1, 1895, p. 1.

ca. Significativamente, en el texto con el que inauguraban su *Boletín*, los liguistas se referían a organizaciones de trabajadores y productores agrarios del hemisferio norte de composición social muy diferente, pero en los que la presencia de las clases populares era muy visible (entre los que mencionaban a “los millares de ‘caballeros del trabajo’, y de miembros de la liga agraria de los Estados Unidos de América”, así como también a “los agricultores coaligados en Francia, Bélgica y Alemania para la defensa de sus intereses”), como valiosos ejemplos de una predisposición para la organización y la reivindicación colectivas por parte de grupos de productores de la que los hacendados de la pampa tenían mucho que aprender y nada que temer.¹⁴ Esta perspectiva, poco interesada en explorar los programas o las bases sociales de las agrupaciones agraristas que en esos años se disponían a ingresar en la arena política en los Estados Unidos y en Europa continental, cobraba sentido puesto que la sociedad argentina era, para ellos, esencialmente armónica, y ninguno de los sectores que la componían exhibía disposición alguna para cuestionar la preeminencia social y económica de los grandes propietarios, ni los fundamentos sobre los que reposaba el orden social. De hecho, en una fecha tan tardía como 1898 señalaban que “la idea socialista no ha traspasado aún los dinteles de algún reducido saquizami de los suburbios donde se reúnen sus secuaces”, lo que sugiere que cuando el siglo se cerraba no veían que la sociedad incubara fuerza alguna capaz de poner en entredicho los derechos y las prerrogativas de las clases propietarias.¹⁵

Incluso su visión de los empresarios industriales, que algunos autores a veces señalan como impugnadores de la hegemonía terrateniente, encajaba bien en esta descripción de una sociedad sin fracturas, presidida por los mayores detentadores del suelo argentino, sobre la que pesaba un orden político corrupto e ineficiente. Aun cuando en esos años de acelerado desarrollo manufacturero la industria se tornó una presencia más visible en el escenario urbano, los liguistas no formularon objeciones de consideración contra el crecimiento del sector de transformación. Es cierto, sí, que estos estancieros en repetidas ocasiones levantaron sus voces para denunciar el proteccionismo aduanero. De todas formas, sus reclamos contra los privilegios que la política comercial concedía a algunas industrias que competían con la producción importada (y a veces, también contra las concesiones de que gozaban las empresas ferroviarias) nunca fueron tan airados como sus ataques contra el gobierno que los autorizaba. En general, sus denuncias se centraban en la legislación creada para promover “industrias artificiales y embrionarias que jamás harán la riqueza del país, en contraposición de las verdaderas y espontáneas del país, la ganadería y la labranza”.¹⁶ En repetidas oportunidades, los liguistas describieron los emprendimientos que surgían al amparo del proteccionismo aduanero como producto de ventajas obtenidas gracias a presiones políticas, que premiaban a empresarios ineficientes pero con influencia sobre los grupos gobernantes.¹⁷ En este sentido, argumentaban que “el campo de la producción debe ser pues tan libre como el de las instituciones para que el triunfador sea la expresión de la inteligencia, de la labor, atributos que solo deben ser discernidos á estas, como fruto de la imposición natural que ellas ejercen en la libre

¹⁴ *BLA*, I:1, 1895, p. 1.

¹⁵ *BLA*, II:15, 1898, p. 336.

¹⁶ *Ibid.*

¹⁷ Véase, por ejemplo, *BLA*, I:9, 1897, pp. 172-174. *La Semana Rural*, 30 de octubre de 1894, p. 170; *BLA*, I:12, 1897, pp. 231-238.

e igual lucha por la existencia”.¹⁸ Como se advierte, en estas intervenciones que evocan temas del liberalismo clásico resuenan también las referencias a Herbert Spencer —entonces quizás la principal guía intelectual para las clases propietarias del hemisferio norte—,¹⁹ cuya poderosa autoridad abonaba los razonamientos que enfatizaban que, en aras del bien común y en homenaje a la evolución y al progreso, el Estado no debía apartarse de su papel de guardián de las leyes del intercambio mercantil.

Vistas en conjunto, las denuncias de la Liga contra las industrias “artificiales” confluían en una denuncia más amplia de las élites políticas que protegían empresas antieconómicas, impedían el juego irrestricto de las leyes del mercado y entorpecían el desarrollo de las actividades más dinámicas del país. Y es que, tanto por razones económicas como políticas, el principal blanco de crítica de este discurso de fuertes resonancias liberales no era la sociedad sino el Estado, al que consideraba prisionero de una clase política cuyo carácter representativo impugnaba severamente. Para los liguistas, “el incentivo de la dieta excita á los más audaces y ambiciosos que no son siempre los de mayor representación, ni los más preparados á escalar esos puestos preocupándoles poco la naturaleza de los medios empleados, y aleja el elemento serio y representativo, por no poder competir su propia condición con semejantes intrigas y manipulaciones afectándose, por consiguiente, la respetabilidad é importancia de esos cuerpos” parlamentarios.²⁰ Para recrear una mejor administración, pues, “las ambiciones de los politiqueros” debían ser contenidas, y para ello era necesario suprimir los puestos rentados que funcionaban como “la moneda electoral de los partidos, el vehículo de soborno y remuneración de los caudillos políticos”.²¹ En síntesis, los reclamos destinados a implementar un sistema que restringiese la condición de elegible (esto es, el voto pasivo) estaban dirigidos no a detener el avance de una sociedad en transformación sino a erradicar las prebendas y limitar la autonomía de una clase política que percibían a la vez como socialmente inferior, moralmente irresponsable y políticamente peligrosa e ilegítima.

Hay que señalar, por cierto, que los propietarios rurales tenían algunos motivos valederos para considerar que sus puntos de vista e intereses (que en muchos casos se identificaban con los de los productores agrarios en su conjunto) no encontraban oídos lo suficientemente atentos en la clase gobernante. En numerosas ocasiones a lo largo de esos años, los liguistas alzaron sus voces contra las finanzas del Estado central. El volumen del gasto público, y el elevado nivel de endeudamiento externo (que se encontraban entre los más altos del mundo en términos per cápita), concitaron algunas de sus críticas. Éstas se hicieron especialmente agudas en la primera mitad de la década de 1890, cuando la interrupción del crédito externo que sucedió a la crisis del Noventa se acompañó por un período de dificultades para la ganadería. De todas maneras, y al igual que a la Sociedad Rural, a la Liga Agraria le resultaba aun más preocupante el proteccionismo aduanero que la élite gobernante promovió con fuerza creciente desde fines de la década de 1870, al que acusaban de sembrar de nubes el horizonte de la economía de exportación. Esta inquietud no es sorprendente puesto que para la década

¹⁸ *BLA*, I:9, 1897, p. 173.

¹⁹ David Nasaw, “Gilded Age Gospels”, en Steve Fraser y Gary Gerstle (eds.), *Ruling America. A history of wealth and power in a democracy*, Cambridge, MA, y Londres, Harvard University Press, 2005, pp. 124-131.

²⁰ *BLA*, I:3, 1896, p. 37.

²¹ *Ibid.*

de 1890 la política comercial argentina se contaba entre las más proteccionistas del globo.²² A este respecto, el principal temor de los voceros terratenientes se refería a la posibilidad de que las elevadas tarifas arancelarias y la protección concedida a la industria nativa concitaran represalias entre los socios comerciales del país, cerrando mercados para las exportaciones agropecuarias argentinas. El hecho de que un país que poseía una economía de exportación tan dinámica contase a la vez con un régimen de política comercial proteccionista revela bien la complejidad de los intereses que incidían sobre la formulación de la política económica. Para los terratenientes, era claro que el origen del proteccionismo se vinculaba con el peso político del interior mediterráneo y de intereses industriales que, aunque no siempre contrarios a la economía de exportación, de todas maneras incidían negativamente sobre las posibilidades de desarrollo de esta última.²³

Los propietarios rurales también formularon críticas recurrentes contra las finanzas del Estado provincial y municipal. En este punto poco estudiado, es preciso formular algunas breves aclaraciones, referidas tanto al peso relativo de las obligaciones tributarias como a su orientación. En primer lugar, hay que señalar que la administración de Buenos Aires no era nada austera. De hecho, el Estado bonaerense contaba con un presupuesto que oscilaba entre el 10 % y el 15 % del total de las erogaciones del Estado central, que era similar al de todas las demás provincias reunidas. El notable tamaño del presupuesto bonaerense no resultaba sólo de repartir el impuesto sobre una mayor población, o sobre una población más rica. La presión fiscal era, proporcionalmente, más alta. Así, por ejemplo, a comienzos de la década de 1890, la presión fiscal per cápita triplicaba la vigente en Santa Fe o Entre Ríos, cuando nada sugiere que las diferencias de riqueza por habitante entre estas provincias fuesen tan grandes.²⁴

¿Quién afrontaba el costo de ese Estado proporcionalmente más caro? En 1914, el senador conservador Pedro Pagés afirmaba que “el régimen impositivo de la provincia de Buenos Aires es uno de los que está más en armonía con los anhelos de las clases necesitadas, pues él gravita casi en absoluto sobre la tierra, el capital y la industria”.²⁵ Los dichos del caudillo ugartista de Chascomús no eran mera retórica. Como las administraciones provinciales no participaban de las rentas federales ni estaban autorizadas a gravar el movimiento de mercancías por sucesivos fallos judiciales que declararon ilegales las contribuciones levantadas sobre el tránsito de bienes (conocidos habitualmente como impuestos de guías), los presupuestos locales tendieron a descansar sobre las contribuciones a la propiedad inmueble. En Buenos Aires (aun más que en otras provincias), el gravamen sobre la tierra constituía el principal ítem de los ingresos del fisco, pues aportaba entre un tercio y la mitad de los ingresos totales. No debe pasarse por alto que los gobiernos del orden oligárquico bonaerense tendieron a imponer a la tierra gravámenes más pesados que los que caracterizarían a las administraciones radicales que los sucedieron, que avanzaron por la senda de los impuestos al con-

²² John Coatsworth y Jeffrey Williamson, “Always protectionist? Latin American tariffs from independence to Great Depression”, *Journal of Latin American Studies*, 2004, 36:2.

²³ Roy Hora, “Terratenientes, empresarios industriales y crecimiento industrial en la Argentina: los estancieros y el debate sobre el proteccionismo (1890-1914)”, *Desarrollo Económico*, 2000, 40:159.

²⁴ Gabriel Carrasco, *Intereses nacionales de la República Argentina*, Buenos Aires, J. Peuser, 1895, p. 596.

²⁵ *Diario de Sesiones, Cámara de Senadores, Provincia de Buenos Aires*, 15 de diciembre de 1914, p. 862.

sumo y a la herencia (así, por ejemplo, en 1910 la tierra contribuía con el 56,6 % de los ingresos provinciales, contra un 32,9 % en 1925).²⁶

Lo que es igualmente importante, estos ingresos solían destinarse en su mayor parte a afrontar gastos en rubros que interesaban poco a los terratenientes (y sobre los que además no tenían mayor control), que revelan que los legisladores y la burocracia provincial no siempre los tenían al tope de sus prioridades. Los estancieros repetidamente se quejaron del costo de la Legislatura provincial que, con erogaciones que hacia mediados de la década de 1890 estaban por encima del millón de pesos, equivalía a dos tercios del presupuesto del dispendioso Congreso Nacional. Ese parlamento caro y poco respetado, repetidamente calificado como un reducto dominado por caudillos electorales y politiqueros de segunda categoría, elaboraba un presupuesto en cuyas partidas tenían primacía, además de los gastos en sueldos y salarios, las partidas destinadas a mejorar la calidad de vida de los habitantes de los pueblos y ciudades de la provincia. Así, por ejemplo, Buenos Aires gastaba proporcionalmente bastante más en educación y bastante menos en policía que otros estados provinciales.²⁷

Este tipo de erogaciones indudablemente tenía un impacto muy reducido sobre las necesidades de la élite terrateniente o de sus empresas rurales. Residentes habituales de la Capital Federal, los grandes hacendados tenían lazos tenues con el mundo urbano bonaerense, y no resulta sorprendente que les resultase desagradable financiar sus administraciones o pagar por sus progresos. Cuando se encontraban en la provincia, la sociabilidad de los señores de la pampa solía transcurrir dentro de los límites de sus estancias, que habían sido construidas para generar ingresos y muchas veces para ofrecer solaz a sus dueños, pero nunca para funcionar como escenarios de la vida social o política de la comunidad. Como productores, sus principales reclamos no se dirigían hacia el medio circundante sino hacia el Estado federal (la política comercial, por ejemplo) o a las grandes compañías de transportes (en primer lugar, ferrocarriles); localmente, sus demandas básicas se referían a fuerza de trabajo y a una oferta de servicios que era atendida no por el poder público sino por la sociedad. Su gran reclamo sobre el Estado estaba referido al robo de ganado y, si atendemos a las quejas de los estancieros y al presupuesto relativamente reducido de la policía bonaerense, es posible concluir que las más de las veces éste no fue considerado con la atención que los terratenientes consideraban necesaria. Por todos estos motivos, los grandes propietarios veían los impuestos provinciales y locales como una contribución sin mayores contraprestaciones. Su pago se volvía más irritante por la extendida convicción de que sus contribuciones no sólo eran malgastadas sino que también servían para fines tan poco edificantes como fomentar “la empleomanía alimentando una porción de parásitos que se encargan de complicar las tramitaciones” o financiar las maquinarias políticas que dominaban la escena provincial.²⁸

Para la Liga Agraria, entonces, la cuestión fiscal, tanto en el ámbito provincial como en la esfera federal, no era sino parte de un problema político mayor: la clase terrateniente había hecho deserción de su derecho a regir los destinos colectivos, y con ello había permitido la

²⁶ Dirección General de Estadística de la Nación, *Los impuestos y otros recursos fiscales de la nación y las provincias en los años 1910 y 1924-1925*, Buenos Aires, 1926.

²⁷ A mediados de la década de 1890, Buenos Aires destinaba unos \$ 4.400.000 m/n a educación y \$ 3.100.000 m/n a policía; por su parte, Santa Fe destinaba \$ 670.000 m/n a educación y \$ 1.700.000 m/n a policía, y Entre Ríos \$ 570.000 m/n a educación y \$ 890.000 m/n a policía. Carranza, *Presupuestos provinciales...*, pp. 11 y 12.

²⁸ *BLA*, II:15, 1898, p. 327.

consolidación de un sistema de poder que se hallaba a merced de una clase política de la que no podía esperarse nada bueno. Este diagnóstico se prestaba a imaginar soluciones optimistas que no siempre tomaban en cuenta la fortaleza política del orden oligárquico, que en momentos más reflexivos incluso los propios liguistas solían señalar. Así, por ejemplo, la lamentable ausencia de espíritu público entre los propietarios y el dominio de la escena por vulgares arribistas, antes que producto de la existencia de un complejo sistema de poder, eran percibidos como resultado de circunstancias “más accidentales que de carácter permanente”.²⁹ Y por razones similares, atribuían la timidez política de los hacendados a que “los gremios [rurales] no se dan cuenta de la eficacia de sus propias fuerzas en las luchas electorales, ni en la conveniencia que habría en unirlos”, por lo que “el país aún no ha podido emanciparse de la influencia de los caudillos políticos que lo gobiernan”.³⁰ Para estos agitadores del mundo terrateniente, pues, la forma degradada que adoptaba la competencia electoral era consecuencia del hecho de que “los espíritus más experimentados, elevados y cultos” se mantenían alejados del gobierno de los destinos colectivos “por no competir su condición con las intrigas y manipulaciones de los comités”, de los caciques y de las corruptas prácticas electorales que signaban a la república oligárquica.³¹ En tanto esta “falta de espíritu de asociación” implicaba una suerte de renunciamiento voluntario, para los liguistas era claro que el mismo podía ser revertido. Y era ello lo que autorizaba un optimismo que se asentaba sobre la premisa de que el tiempo en el que los mejores miembros de la sociedad finalmente se decidirían a ocupar las posiciones de liderazgo, que les estaban reservadas por derecho propio, estaba cercano.

Esta perspectiva puede sonar extraña a quienes están acostumbrados a considerar que el orden político oligárquico se encontraba férreamente dominado por la clase propietaria. Esta afirmación merece analizarse con más atención de la que aquí podemos prestarle. Hay que señalar, sin embargo, que gran parte de los líderes políticos del período pertenecían a los mejores círculos sociales, y de hecho los liguistas nunca dudaron de que personalidades como Carlos Pellegrini o Bartolomé Mitre, o gobernadores como Guillermo Udaondo o Bernardo de Irigoyen, merecieran el trato de iguales. Cuando consideramos las colectividades políticas que estos dirigentes presidían y frente a las que debían construir o validar sus liderazgos en lugares tales como la provincia de Buenos Aires o la Capital Federal, se advierte un panorama más complejo, en el que figuras provenientes de los sectores medios y subalternos ocupaban posiciones muy visibles no sólo como espectadores sino también como parte integrante de las fuerzas que disputaban el control del Estado. Y eran estas maquinarias políticas, cuya presencia se actualizaba en cada contienda electoral, las que proveían muchos de los liderazgos en los niveles inferiores y medios de las estructuras partidarias y las que le otorgaban a la competencia por el poder el tono violento y plebeyo que las élites sociales de ese tiempo repetidamente denunciaron. Esta denuncia era relevante puesto que se refería no sólo al deplorable espectáculo que ofrecían muchas jornadas electorales sino también al hecho de que esos mecanismos de competencia interpartidaria tenían consecuencias negativas sobre la calidad y la legitimidad de los que eran elegidos a través de ellos.

²⁹ *BLA*, I:1, 1895, p. 3.

³⁰ *BLA*, I:1, 1895, p. 2.

³¹ *BLA*, I:11, 1897, p. 208; *BLA*, I:1, 1895, p. 3.

Niveles particularmente elevados de participación popular habían marcado la historia de la Argentina desde sus primeros pasos como nación independiente. Quizás convenga bosquejar, en relación a este punto, tres momentos en su desarrollo, pues este ejercicio nos ayudará a entender cómo se conformó el escenario que se desplegaba ante los ojos de los terratenientes del fin de siglo. Desde la Revolución de Mayo, las clases altas se habían revelado incapaces de contener la disputa por el poder dentro de su propio mundo. Las guerras de independencia y luego las civiles politizaron y movilizaron a las masas, sobre todo en Buenos Aires y las provincias litorales, resintiendo la disciplina del trabajo y erosionando la influencia y el prestigio de las jerarquías sociales nacidas durante la era colonial. De la crisis de independencia emergió un orden cuyas relaciones sociales y políticas acusaban una tonalidad plebeya que contrastaba con la que por entonces caracterizaba la vida pública de países vecinos como el Brasil o Chile, que experimentaron transiciones más apacibles entre la monarquía y la república. En esos años, el discurso republicano ofreció un instrumento mediante el cual las clases subalternas legitimaron su presencia en el escenario político de la nueva nación; de ese período data la sanción de un amplio régimen de sufragio masculino, que confería estatuto de ciudadanía a gran parte de los hombres adultos, con independencia de su patrimonio o sus calificaciones, y que constituyó un legado decisivo de la etapa revolucionaria a todo el siglo XIX. La vasta movilización popular que caracterizó a esas décadas colocó la disputa por el poder en un terreno que desbordaba ampliamente las fronteras de las clases propietarias. Desde entonces, éstas debieron establecer relaciones con una dirigencia política cuya legitimidad y modo de funcionamiento no estaban definidos por un debate interno a la élite.³²

A lo largo de sus dos décadas de gobierno, Juan Manuel de Rosas realizó esfuerzos sistemáticos para orientar y luego privar de autonomía a la vasta movilización plebeya que lo había llevado al gobierno de Buenos Aires en 1829. Gracias al empeño y el talento que el Restaurador puso en ese proyecto, las élites liberales que lo derrocaron en 1852 se encontraron con mayores márgenes de maniobra para impulsar los ambiciosos proyectos de reforma social e institucional de signo constitucionalista y liberal que caracterizaron el período de la así llamada Organización Nacional. Como consecuencia de ese proceso de disciplinamiento que constituyó uno de los legados más perdurables del rosismo, así como de la mayor unidad de orientaciones que los grupos gobernantes exhibieron en esas décadas, desde Caseros la importancia de la participación popular en la esfera política disminuyó. Y si bien en esos años adquirieron mayor relevancia nuevas formas de acción política en las que la presencia popular se convirtió en un ingrediente muy visible, en particular en la ciudad de Buenos Aires, ésta solía transcurrir por carriles que no afectaban la orientación de un proyecto de poder cuyos rasgos básicos se habían definido en una discusión de la que sólo los integrantes de los sectores dominantes habían participado, y de la que todo lo que sugiriera la divergencia de intereses u opiniones entre los de arriba y los de abajo se hallaba ausente.³³

Este cuadro sufrió una nueva torsión luego de 1880. Desde entonces, la importancia de las figuras del interior en la vida pública nacional se incrementó abruptamente, y gracias a

³² Tulio Halperin Donghi, *De la revolución de independencia a la Confederación rosista*, Buenos Aires, Paidós, 1972; Ricardo Salvatore, *Wandering paysanos: State order and subaltern experience in Buenos Aires during the Rosas era (1820-1860)*, Durham, Duke University Press, 2003.

³³ Hilda Sabato, *La política en las calles. Entre el voto y la movilización ciudadana*, cit.; Halperin Donghi, *Una nación para el desierto argentino*, citado.

ello el nuevo Estado que entonces cobró forma amplió significativamente sus bases políticas. Aunque herederos de una tradición señorial y jerárquica que hundía sus raíces en los tiempos coloniales, y que mantendría plena vigencia en muchas regiones del interior hasta mediados del siglo XX, los hombres que descendieron de las provincias del oeste y del norte a ocupar puestos de responsabilidad en el gobierno nacional provenían de hogares que, en comparación con los de una élite social porteña que en esas décadas había comenzado a gozar de una prosperidad cada vez más evidente, eran extremadamente humildes. La velocidad con la que se enriquecieron algunos de los recién llegados a la Capital Federal no hizo sino confirmar, a los ojos de la opinión de Buenos Aires, que la actividad política era una ocupación especialmente atractiva para los menos prósperos, capaz de ofrecer buenas oportunidades de hacer fortuna a los que poco tenían que perder. No sorprende, pues, que en esos años adquirieran mayor eco opiniones como la de Emilio Daireaux, que a mediados de la década de 1880 insistía en que “estando permitida la elevación (social) al mayor número no son los ricos ni los que tienen una profesión que los pueda enriquecer, los que piden algo a la política o se dedican a ella por medio del ejercicio de las funciones públicas; la política, a decir verdad, es la carrera de los espíritus inquietos, turbulentos y ambiciosos”.³⁴

La emergencia de una nueva fuerza política nacional y de un Estado que en esos años creció en poder y recursos institucionales trajo como consecuencia una pérdida de peso político de la élite socioeconómica porteña. Ésta, a su vez, se tornó más acusada como resultado de los cambios políticos e institucionales que desde 1880 reorganizaron el sistema de poder de Buenos Aires. La consolidación del PAN y la federalización de la capital aceleraron el proceso de formación de una dirigencia provincial de base más decididamente local, cuyos lazos con las élites sociales y económicas capitalinas se volvió más tenue que en décadas pasadas, y que de modo comprensible, a la vez que acumulaba mayor poder institucional, también supo sacar provecho del proceso de enriquecimiento general que la economía agraria bonaerense experimentó en esos años. Desde la primera mitad de la década de 1890, cuando el PAN debió ceder su predominio ante el avance de radicales y cívicos, que pasaron a controlar importantes porciones de las cámaras provinciales, el proceso de descentralización del poder político se acentuó. Denuncias como las de *La Nación*, que afirmaba en 1896 que “los señores que constituyen la Cámara de Diputados de la Provincia de Buenos Aires [...] en su mayor parte no poseen un metro de tierra”, reflejan algunas consecuencias de este proceso de creciente autonomía de la política local respecto de la élite económica y social porteña.³⁵ Y aunque indudablemente interesadas, no puede negarse que esas acusaciones tenían cierto asidero en la realidad: en 1900, por ejemplo, el diario *La Prensa* sostenía que la mitad de los candidatos a la Cámara de Diputados por la facción radical “bernardista”, que entonces ocupaba el gobierno de la provincia, eran miembros de la policía y empleados públicos, directamente dependientes del empleo estatal para ganarse el sustento.³⁶

³⁴ Emilio Daireaux, *Vida y costumbres en el Plata*, tomo 1: *La sociedad argentina*, Buenos Aires, 1888, vol. 1, p. 353. También *La Prensa*, 9 de agosto de 1892, p. 3.

³⁵ *La Nación*, 10 de octubre de 1896, p. 5. Argumentos similares en Ruy-Blas, “Combinaciones electorales. Políticos y no administradores”, *El Economista Argentino*, 30 de enero de 1892, p. 5; Melchor G. Rom, “Los sueldos de los legisladores”, *La Semana Rural*, 1 de enero de 1905, p. 1418.

³⁶ *La Prensa*, 20 de marzo de 1900, p. 6; *La Prensa*, 26 de marzo de 1900, p. 5.

Este escenario, caracterizado por la profundización del hiato entre la clase propietaria porteña y las estructuras de poder que gobernaban el territorio donde se hallaban radicadas las primeras fortunas del país, a la vez que por un mundo popular que había sido llamado al orden, constituía el horizonte a partir del cual se organizaba la reflexión de los hombres de la Liga. Los liguistas suscribían la posición que afirmaba que los intereses comunes debían ser custodiados por aquellos sujetos que estaban en condiciones de exhibir trayectorias de éxito social y económico, y por tanto afirmaban que la eliminación de las dietas legislativas tendría un efecto saludable sobre la calidad de la vida pública. Estos voceros terratenientes no eran los únicos que participaban de esta convicción. *La Prensa* (cuya simpatía por el radicalismo por entonces era abierta) sostenía que una reforma que eliminase las dietas era “indispensable”, y la *Review of the River Plate* juzgaba, con la superioridad que era habitual en la prensa de habla inglesa, que las remuneraciones a los parlamentarios constituían “una tentación irresistible para la peor clase de hombres. Si éstas fuesen abolidas, quizás podamos tener gobernantes más responsables”.³⁷ Figuras políticas de primera línea coincidían en aspectos sustantivos con este diagnóstico. Julio A. Roca, que hablaba con conocimiento de causa, pues su riqueza no era independiente de los éxitos de su carrera política (al punto de que el término “atalivar”, inspirado en el nombre de su hermano Ataliva, se convirtió en la década de 1880 en sinónimo de negocios turbios con el Estado), se hizo eco de estas interpretaciones en diversas ocasiones. En 1898, por ejemplo, en una carta al banquero Ernesto Tornquist le señalaba que “es un gran mal que tengamos un congreso tan bien rentado. Es la principal causa de los desórdenes y anarquías en las Provincias. Por algo es que las naciones más ricas y poderosas de la tierra y que están mejor constituidas, tienen gratis o muy escasamente remunerados sus parlamentos. Los representantes nuestros ó de los gefes de parroquias, tienen doble sueldo que los de los Estados Unidos!”³⁸ Roca no parece haber hecho esfuerzo alguno para eliminar las dietas legislativas. Y ello no sólo porque esto quizá habría sido visto como un retroceso en el camino hacia una democracia más plena; también porque hubiese debilitado las bases sobre las que se asentaban las maquinarias electorales sobre las que se apoyaba el orden político.

Dada la preferencia del liberalismo europeo y latinoamericano del siglo XIX por formas restrictivas de representación, estos llamados a limitar la condición de elegible no deberían verse como un hecho especialmente relevante. Al considerar la posición de los liguistas, sin embargo, conviene atender al conjunto de su planteo. Esta asociación (y más generalmente la clase terrateniente pampeana) no puede describirse simplemente como una fuerza contraria al desarrollo de la participación popular en la escena política. En verdad, y pese a todo lo que se ha dicho sobre el carácter antidemocrático de los grandes propietarios, la evidencia histórica para este período sugiere algo bien distinto: antes que enemigos de la expansión del sufragio, los liguistas se contaban entre los que proponían su extensión. El contraste con otras clases terratenientes del siglo XIX ofrece una guía posible para comprender los motivos que explican esta posición. Aun a riesgo de volver sobre perspectivas analíticas hoy consideradas pasadas de moda, conviene señalar que el trabajo de Barrington Moore ofrece algunas sugerencias de utilidad para entender la posición de los grandes hacendados argentinos en el sis-

³⁷ *La Prensa*, 24 de marzo de 1899, p. 3; *Review of the River Plate*, 6 de mayo de 1899, p. 9.

³⁸ Julio A. Roca a Ernesto Tornquist, 8 de abril de 1898, en Archivo Tornquist, Biblioteca Tornquist, Banco Central de la República Argentina.

tema de poder. A diferencia, por ejemplo, de los terratenientes del este del Elba, los estancieros de la pampa no dependían de acceso directo al poder político para extraer excedente, ya que se apropiaban de rentas y ganancias mediante puros mecanismos de mercado. En este sentido, se asemejaban más a los terratenientes británicos que a los alemanes.³⁹ Su posición respecto del poder político, sin embargo, era distinta de la de estos últimos. A diferencia de la poderosa élite británica decimonónica, los estancieros pampeanos carecían de mayor control sobre el Estado, y percibían sus relaciones con el orden oligárquico como marcadas por la distancia, y algunas veces por el conflicto. Entre los estancieros argentinos predominaba la idea de que, mientras que sus lazos con el orden político eran débiles y no siempre armoniosos, su posición en la sociedad no estaba sometida a cuestionamiento alguno. De estas premisas algunos de ellos concluían que el prestigio social de que gozaban podía servir, en un sistema electoral más limpio, como la principal base política de un proyecto de poder que los tuviera como protagonistas. Teniendo en cuenta este contexto, no debería sorprender que sus sentimientos respecto de la democratización política fuesen menos hostiles de lo que habitualmente se supone.

La posición de la Liga Agraria frente al problema del sufragio ofrece una prueba palpable de esta afirmación. De hecho, los liguistas se adelantaron por más de una década a las propuestas reformistas e inclusivas de Roque Sáenz Peña. En un artículo de 1899 firmado por Lauro M. Castro, entonces editor del *Boletín de la Liga Agraria*, esta asociación hizo pública una propuesta para instaurar un régimen de sufragio secreto y obligatorio, y también para conceder derechos políticos a los extranjeros. En una época como la actual, en la que cierta nostalgia por la Argentina del ganado y de las mieses suele inspirar evaluaciones más positivas sobre sus grupos dirigentes que las que eran corrientes algunas décadas atrás, conviene advertir que los liguistas estaban lejos de conformar una élite progresista que se disponía alegremente a renunciar a los privilegios que les aseguraba un orden tan favorable a la gran propiedad como el entonces vigente. En todo caso, su adhesión a los principios democráticos no hace más que confirmar hasta qué punto confiaban en que las clases subalternas, incluso si ingresaban más plenamente en la escena política, seguirían careciendo de la capacidad para organizarse de modo independiente y, mucho menos, para proponer un proyecto de reforma social que afectase los intereses del gran capital territorial. En rigor, los liguistas no ocultaban que la opción de restringir el derecho al sufragio les resultaba más atractiva. De todas maneras, nunca perdieron de vista que la nave del Estado argentino ya llevaba suficiente lastre democrático como para tornar inviable cualquier propuesta que apuntase a restringir los derechos políticos. Por ello sostenían que “si este mal [el sufragio universal] no puede curarse radicalmente puede por lo menos atenuarse”. Criaturas de una era de progreso, los liguistas expresaban una confianza no menor que la de los hombres del Partido Socialista en que la “educación práctica obligatoria que transforma al ciudadano en elemento consciente e independiente” lentamente colaboraría en este proceso de reforma. A corto plazo, sin embargo, lo verdaderamente decisivo era sentar las bases de un sistema electoral que garantizase “el ejercicio del sufragio en una forma que asegure su tranquila y perfecta practicidad”.⁴⁰

³⁹ Barrington Moore, *Social origins of dictatorship and democracy*, Boston, 1966.

⁴⁰ *BLA*, III:6, 1899, pp. 143.

La transparencia electoral constituía, pues, el punto clave de esta propuesta. Los hombres de la Liga confiaban en que un régimen de sufragio que garantizase elecciones honestas estaba destinado no a debilitar sino a reforzar el poder de aquellos que se ubicaban en la cumbre de la pirámide social, y a protegerlos mejor de las acechanzas provenientes de los que, gracias a medios fraudulentos, dominaban el Estado. En sus propias palabras, “la verdad del sufragio es el anhelo constante de los elementos representativos, de todas las fuerzas activas y productores del país”. Para llevar este programa a la práctica, era necesario “constituir el sufragio en un deber, el cual, ningún ciudadano pueda evadirlo”, y asegurar a la vez “todo género de libertad y garantía para que vaya a depositar su voto, en la seguridad de que ninguna presión se ejercerá sobre él, que su vida y la integridad de su persona no corren peligro alguno y que nadie sabrá jamás por quien ha votado”; de esta manera, sería posible limitar el poder de “bandos o camarillas (llamados abusivamente partidos)”, que manipulaban a las “turbas irresponsables y analfabetas” para saldar sus diferencias.⁴¹ De modo similar a la reforma electoral que en 1874 incorporó masivamente a los votantes rurales en Chile, la propuesta democrática e inclusiva de la Liga Agraria apuntaba a erosionar los lazos entre las élites políticas y sus clientes electorales, en beneficio de las élites social y económicamente dominantes.⁴² En síntesis, este proyecto de ampliación política, que anticipaba en sus puntos nodales el que triunfaría en 1912, no tenía por fin abrir paso a formas más populares de gobierno. Por el contrario, apuntaba a conferirle a las clases propietarias una posición política más sólida.

Esta confianza en el papel rector que la clase propietaria rural estaba en condiciones de ocupar en la política argentina podía reafirmarse al observar el lugar que los grupos socialmente predominantes, en particular los vinculados con la producción agropecuaria, desempeñaban en aquellas sociedades que solían ofrecer inspiración política a los hombres del Río de la Plata. En los Estados Unidos, esos años asistieron, tras más de dos décadas de ascenso, a las etapas finales de una poderosa agitación de signo agrarista. El momento culminante de este movimiento se vivió en 1896, cuando la candidatura presidencial de William Jennings Bryans amenazó trazar una línea de conflicto entre la población agricultora de los estados del centro y del oeste y las élites urbanas del este.⁴³ El escenario europeo, aunque en muchos aspectos distinto, no era sin embargo menos estimulante para estos ruralistas. No es necesario suscribir todos los argumentos del conocido trabajo de Arno Mayer sobre la persistencia del Antiguo Régimen para aceptar que, al volver su mirada sobre Europa, el panorama que los terratenientes argentinos tenían ante sus ojos contribuía a reafirmar sus convicciones sobre el lugar de primacía que debían detentar las élites agrarias.⁴⁴ En efecto, cerrado el ciclo revolucionario inaugurado por la Revolución Francesa, las estructuras jerárquicas heredadas del siglo XVIII, si bien debieron adaptarse a convivir con regímenes parlamentarios, de todas maneras se mostraron capaces de encauzar el avance muy perceptible pero de todas maneras poco relevante de la política democrática, a la que en muchos casos subsumieron bajo distintos sistemas de democracia deferencial.⁴⁵ En rigor, quizás el rasgo más notable de la evolución políti-

⁴¹ *BLA*, III:6, 1899, pp. 143-144.

⁴² José Samuel Valenzuela, *Democratización vía reforma: la expansión del sufragio en Chile*, Buenos Aires, IDES, 1985, pp. 12-19, 106-121.

⁴³ Nasaw, “Gilded Age Gospels...”, cit., pp. 143-146.

⁴⁴ Arno Mayer, *The persistence of the Old Regime: Europe to the Great War*, Londres, Pantheon Books, 1981.

⁴⁵ Antonio Aninno y Rafaella Romanelli, “Nota preliminar”, *Quaderni Storici*, 69, 1988.

ca del siglo XIX no fue tanto el avance de las formas populares de gobierno o el triunfo político de la burguesía como clase sino el proceso de reconstrucción de la primacía política de las clases propietarias (y en una Europa todavía predominantemente rural, ello significaba la supervivencia de las élites agrarias), que se extendió sin grandes sobresaltos hasta 1914. Gran Bretaña, a la que algunos observadores argentinos solían mirar como modelo de orden político, ofrece un ejemplo particularmente ilustrativo de este cuadro. En los años de 1890, luego de las reformas electorales de las décadas de 1860 y 1880, que ampliaron significativamente el número de votantes, la política británica aún se hallaba dominada por una figura como lord Salisbury, cuya familia ya figuraba entre las poderosas del reino en el siglo XVI. Salisbury era la cabeza visible de un gobierno en el cual ocupaban posiciones muy visibles los miembros de un reducido grupo de propietarios territoriales que podían movilizar en su favor los sentimientos de deferencia social de una parte significativa de sus votantes. En la Europa que miraban los hombres de la Liga Agraria, la victoria de un orden político fundado sobre la primacía del hombre común, o de las clases medias, todavía estaba fuera del horizonte, y en rigor sólo se abriría paso como consecuencia de la derrota militar en la Primera Guerra Mundial o del esfuerzo bélico destinado a impedirlo.⁴⁶

Este contexto internacional signado por la vitalidad política de las fuerzas rurales sin duda le otorgaba mayor credibilidad a las propuestas de activismo terrateniente que la Liga Agraria hacía suyas. Un elemento que singularizaba su programa es, como ya hemos señalado, su énfasis en el período previo a 1880 como una suerte de paraíso perdido de la clase terrateniente. Esta imagen se apoyaba, sin duda, sobre algunos aspectos que ningún relato de la política de ese período puede ignorar. En aquel año memorable algunos estancieros que habían tenido actuación pública en las décadas previas al triunfo del PAN debieron dar un paso al costado, arrastrados por el derrumbe de las formaciones partidarias porteñas que hasta entonces había ocupado un lugar central en la política nacional. Otros, entre los que se contaban muchos vástagos de las familias de la élite porteña, se sumaron a la guardia nacional que recibió su bautismo de fuego (y conoció el amargo sabor de la derrota) en los Corrales y en Puente Alsina.⁴⁷ De todas formas, el relato que ponía énfasis en la caída de una antigua élite terrateniente, a la que describía como una víctima del avance de un nuevo grupo gobernante, hacía poca justicia al hecho de que los cambios que el triunfo de Roca precipitó no sólo eran más complejos sino que también afectaron, además del terreno político, a otras esferas de la práctica social. En particular, las transformaciones económicas y sociales que tuvieron lugar en esos años de veloz desarrollo agrario, que terminaron de dar forma a una élite terrateniente más poderosa y más consciente de sí misma, se revelaron de especial relevancia para entender por qué fue precisamente en la década de 1890 que los liguistas pudieron imaginar su propuesta de activismo terrateniente. Un artículo publicado por Charles Leonardi en 1892 en el diario *Tribuna* ofrece indicios sugerentes al respecto. Este colaborador habitual de los *Anales de la Sociedad Argentina* saludaba la constitución de la Liga Agraria afirmando que “es necesario que no permanezcan por más tiempo alejados de la dirección administrativa de inmensos intereses rurales los hombres que los han llevado a su apogeo actual”.⁴⁸ En su tex-

⁴⁶ C. A. Bayly, *The birth of the modern world, 1780-1914*, Oxford y Massachussets, Blackwell, 2004, pp. 396-397.

⁴⁷ *BLA*, IX:9-12, 1906, p. 160; Ricardo Hogg, *Yerba vieja*, Buenos Aires, 1945, vol. II, p. 45.

⁴⁸ Charles Leonardi, “La Liga Agraria”, *Tribuna*, 23 de septiembre de 1892, p. 1.

to, Leonardi captaba bien que el ímpetu adquirido por la economía rural en la década de 1880 constituía un ingrediente esencial en el proceso de consolidación que los sectores propietarios rurales habían experimentado en los años de afiebrada prosperidad que siguieron a la victoria de Roca, y que este elemento estaba en la base del proyecto de ruralismo político que comenzó a bosquejarse cuando el horizonte de estabilidad y conformismo que había signado esa década terminó por quebrarse.

Este panorama sugiere que aun si las invocaciones liguistas invitaban a recuperar la situación previa al Ochenta, no parece del todo apropiado retratar a sus miembros como conservadores decididos a colocar ese novedoso instrumento político que era el sufragio secreto y obligatorio al servicio de un proyecto que miraba hacia el pasado. Y ello no sólo porque, como señalamos al principio, los principales rasgos de aquel tiempo dorado habían sido objeto de una fuerte estilización. Lo que no es menos importante, el contexto presente a partir del cual se definía ese pasado como un paraíso perdido también había sido hondamente recreado. Y ello al punto de que muchos de los terratenientes que hacían suyo este programa de ruralismo político como una suerte de regreso a las fuentes no tenían nada que conservar o que restaurar. De hecho, en más de un caso su inclusión en la categoría de grandes estancieros, y a veces también su integración en los estratos superiores de la clase propietaria porteña, era tan reciente que vista a la distancia resulta sorprendente cómo en apenas un par de décadas cobraron forma los rasgos básicos de ese nuevo estereotipo que, desplazando aquel que concebía a los grandes propietarios como una suerte de encarnación de la barbarie rosista, ahora describía a los estancieros más dinámicos como empresarios modernizadores dignos de respeto y emulación, a la vez que como figuras prestigiosas que contaban con antiguas y poderosas raíces en el campo.⁴⁹

Un ejemplo notable de este veloz proceso de construcción de un nuevo tipo social –el estanciero modernizador– lo ofrece el propio Carlos Guerrero. A menos de medios siglo de su muerte algunos académicos ya calificaban a Guerrero como integrante de una de las “familias más tradicionales” del país.⁵⁰ El hecho es, sin duda, tan sorprendente como revelador. Miembro activo de la Sociedad Rural y presidente de la Liga Agraria, una de las personalidades más destacadas del asociacionismo terrateniente desde la década de 1890 hasta su muerte en 1923, Carlos Guerrero había tenido un origen muy humilde, cuyo recuerdo no debe haberse borrado del todo de la memoria de sus contemporáneos. Todavía en los años de su adolescencia, que transcurrieron durante la presidencia de Sarmiento, su padre había sido retratado, con malicia pero sin faltar a la verdad, como “un extranjero pobre (ciudadano español) [...] dependiente y agente [...] para negocios menores”.⁵¹ El ascenso de esta familia, a la vez económico y social, sólo había comenzado a cobrar impulso en la década de 1870, cuando los Guerrero entroncaron con los Álzaga y, tras de un muchas veces evocado crimen pasional, pasaron a heredar la inmensa fortuna territorial de uno de los miembros más prominentes de este clan. De esa fecha tan tardía data el ingreso pleno de la familia Guerrero en los negocios rurales. Entre todos los hermanos Guerrero, Carlos se había destacado desde muy joven por su vocación por la innovación ganadera y por su espíritu emprendedor (fue el introductor de la raza Angus en el país), y ello le había asegurado un prestigio que excedía el

⁴⁹ He analizado este proceso en *Los terratenientes de la pampa argentina, cit.*, pp. 22-46 y 61-127.

⁵⁰ José Luis de Imaz, *Los que mandan*, Buenos Aires, Eudeba, 1964, p. 87.

⁵¹ Sucesión Martín de Álzaga, AGN, f. 8.

campo de los expertos en la producción agropecuaria; ello se refleja, por ejemplo, en el tono severo de un artículo de *La Prensa* aparecido en 1892 en el que se lo describía como “un hacendado conocido, de elevada posición social”.⁵² Los términos conceptuosos con los que el periódico más importante del país se refería a Guerrero no pueden hacernos olvidar que para cuando la Liga Agraria apareció en el escenario porteño, esta figura señera del ruralismo argentino contaba con raíces en el campo y en la cúspide de la sociedad argentina que no se remontaban más allá de un cuarto de siglo. En este caso (que no era por cierto el único), una aplicación estricta de las ideas que el propio Guerrero gustaba pregonar, que expresaban añoranza por “los buenos tiempos de nuestros padres” y que hablaban de la necesidad de que retornaran al gobierno “los patricios de otros tiempos”, hubiese encontrado a este gran terrateniente modernizador ubicado por fuera del círculo de los beneficiarios de este programa.

Este ejemplo pone de manifiesto cuán recientes eran las credenciales de algunos grandes propietarios rurales y, al mismo tiempo, cuán poco importaba este hecho en una sociedad en la que la movilidad económica y social impactaba tanto a sus estratos superiores como a sus clases trabajadoras. Sugiere, también, cuán distinta era la posición que ocupaban los voces del ruralismo argentino del cambio de siglo respecto de la de las fuerzas agraristas que surgieron en Europa en esos mismos años. Así, por ejemplo, la retórica de la poderosa *Bund der Landwirte*, la Liga Agraria alemana, hablaba de la agonía de la agricultura cerealera europea y del temor despertado entre sus principales protagonistas por el despliegue de las fuerzas que en esos años terminaban de dar forma a un mercado mundial de alimentos de clima templado.⁵³ Este proceso, que marcó el inicio de un tiempo de grandes dificultades económicas para las clases terratenientes europeas que no contaban con recursos minerales o rentas urbanas, o que no dieron el salto a la actividad industrial, encontraba a los estancieros argentinos en una posición no declinante sino ascendente. Sin duda, los reclamos de restauración voceados por estos últimos eran producto de la misma dinámica que estaba sometiendo a enormes presiones al orden rural europeo en todos aquellos lugares en los que éste no se cobijaba tras las barreras del proteccionismo agrícola, pero mostraban el reverso de la moneda. Los mismos impulsos que del otro lado del Atlántico colocaban una inédita presión sobre la economía rural (señorial y campesina) permitían que los terratenientes de la pampa alcanzaran niveles de prestigio y riqueza que les hubiesen resultado inimaginables a sus antecesores de medio siglo atrás. Todo ello contribuye a reafirmar la idea de que, antes que evidencia de la resistencia de los grandes propietarios rurales a aceptar las consecuencias del cambio socio-económico, la imagen de una Arcadia a recuperar con la que los hombres de la Liga Agraria intentaban seducir a sus congéneres e impactar a la opinión pública refleja su capacidad para adaptarse a un nuevo escenario. Como toda Arcadia soñada en los tiempos modernos, el paraíso que los estancieros de la Liga anhelaban reconquistar nunca había sido suyo. Pero el hecho mismo de que precisamente en ese momento de su historia les fuera posible imaginar un camino para recuperarlo –bajo la forma de una campaña destinada a colocar en su lugar a una oligarquía política advenediza– revelaba la importancia de sus conquistas recientes, que colocaron a los estancieros entre las élites rurales más ricas del hemisferio occidental.

⁵² *La Prensa*, 18 de junio de 1892, p. 3.

⁵³ Gavin Lewis, “The peasantry, rural change and conservative agrarism: Lower Austria at the turn of the century”, *Past and Present*, 81, 1978, pp. 138-143; David Blackbourn, “Peasants and politics in Germany, 1871-1914”, *European History Quarterly*, 14, 1984, pp. 44-75.

Conclusiones

Cuando el siglo XIX se cerraba, algunas figuras destacadas del mundo intelectual porteño comenzaron a llamar la atención sobre las amenazas que pendían sobre aspectos centrales del programa modernizador que las élites de la Organización Nacional habían impulsado a partir de Caseros. La crisis del Noventa, que sacudió al edificio social argentino hasta sus cimientos, otorgó una nueva hondura a las meditaciones de estas voces de acusadas inflexiones pesimistas. Las advertencias se referían, en primer lugar, a las dificultades de los grupos dirigentes para contener y encauzar las fuerzas modernizadoras que acompañaban el crecimiento económico y la inmigración, cuyo despliegue traía como consecuencia fenómenos tales como la pérdida de deferencia social, el avance del igualitarismo y la erosión de los sentimientos de pertenencia a la comunidad nacional. De esta manera, se planteaba un conflicto que colocaba en veredas opuestas a la élite tradicional y a una sociedad que se movía al compás de los acelerados cambios sociales que signaron el ingreso de la Argentina en el siglo XX.⁵⁴

Considerando el clima de acusado optimismo en el destino de grandeza que el país tenía por delante, que constituye una de las marcas distintivas del ideario de ese tiempo, la pregunta por el eco que estos augurios de tiempos oscuros alcanzaron entre los grupos política, económica y socialmente predominantes merece explorarse con más atención de la que hasta ahora le ha sido prestada. En este trabajo hemos colocado el acento sobre estos dos últimos sectores, a los que (a la luz de las dificultades para establecer diferenciaciones demasiado nítidas entre ellos en esa etapa de vertiginosas transformaciones), hemos tratado como un único universo. Considerando el lugar que ocupaban en la jerarquía social, todo sugiere que estos actores deberían haber sido particularmente propensos a considerar con gran seriedad las palabras de quienes alertaban sobre las amenazas provenientes desde abajo. Vista desde la perspectiva que ofrecen las figuras que aquí hemos analizado, que alzaban su voz en nombre de la fracción más poderosa de la clase propietaria, la relevancia de los dilemas que inquietaban a intelectuales como Miguel Cané o a José María Ramos Mexía se revela, a todas luces, secundaria. En efecto, los grandes estancieros de ese tiempo y los que hablaban en su nombre rara vez formularon juicios que supusieran algún tipo de impugnación del formidable proceso de transformación económica y social que la Argentina experimentó en las cuatro décadas que precedieron a los festejos del Centenario. Como lo sugieren las intervenciones de ese vocero de los intereses y los puntos de vista de los mayores propietarios del país que fue la Liga Agraria, a la hora de reflexionar sobre los problemas de la Argentina estos activistas del mundo rural elegían posar su mirada sobre el Estado antes que sobre la sociedad civil.

Los grandes temas que inquietaban a los liguistas se referían a la falta de representación de las clases productoras en las instituciones republicanas, y al divorcio entre una comunidad de productores –presidida por los grandes terratenientes– y un elenco político autoritario y corrupto, que se servía de un poderoso Estado en su propio beneficio. Desde su punto de vista, los obstáculos que enfrentaba la producción rural eran, en gran medida, producto de falencias que se alojaban en la esfera del poder. Sin duda, importantes diferencias de tono y de énfasis distinguían al estridente discurso de estos agitadores terratenientes de otros provenientes del

⁵⁴ Para una elaborada presentación de esta perspectiva, véase Oscar Terán, *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la "cultura científica"*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000.

mismo espectro de la vida económica y social argentina, en general menos propensos a cuestionar abiertamente a los poderosos de turno. Todos coincidían, sin embargo, en hacer suya una visión que contraponía un tejido social vital y dinámico con un universo político donde se concentraban los grandes males que aquejaban a la república. Para darle forma a esta premisa, el discurso de la Liga Agraria hacía uso de argumentos de una antigua tradición occidental que colocaba en el centro de sus preocupaciones la corrupción del cuerpo político, cuyos ecos locales habían alcanzado singular vitalidad en los círculos políticos porteños en la década de 1880. La manera en que estos terratenientes encararon el problema de la ausencia de virtud republicana reflejaba, sin duda, la posición privilegiada que ocupaban en la esfera económica y social. A diferencia de otras vertientes de este discurso crítico, que explicaban el fenómeno de la corrupción de los círculos gobernantes como resultado del materialismo que acompañaba al progreso argentino, los hombres de la Liga Agraria ubicaron los motivos de esta caída en el “mercantilismo político” que campeaba en la esfera del poder, y lo formularon como una condena explícita del mecanismo político de la república oligárquica.

Lejos de solicitar el auxilio del poder público para encuadrar a una sociedad que requería de programas de normalización impulsados desde el Estado, el discurso de la Liga Agraria invitaba a los ciudadanos a encolumnarse tras la guía de las clases propietarias rurales con el fin de iniciar una cruzada destinada a recuperar derechos políticos conculcados por una clase gobernante que fundaba su derecho a mandar sobre premisas y procedimientos ilegítimos. Al adoptar este punto de vista, los liguistas hicieron suyo un conjunto de argumentos que ya en la década de 1880 había señalado que la emergencia de un poderoso Estado, que había cobrado autonomía de las élites económicas y sociales, constituía el desarrollo político más importante de la era que se inauguró con el triunfo de Roca.⁵⁵ De hecho, los liguistas encontraron en los temas del liberalismo clásico, con su preocupación por la limitación del poder, valiosos argumentos con los que librar un combate de ideas con los grupos gobernantes de la república oligárquica. Pero también fueron más allá, puesto que se revelaron capaces de invocar temas del discurso democrático, en tanto éste les ofrecía la posibilidad de reflexionar sobre el problema de la formación del poder en términos que les resultaban atractivos. Confiados en la compatibilidad entre la extensión de los derechos ciudadanos y los sistemas de derechos de propiedad entonces vigentes, a la vez que convencidos de que contaban con un prestigio social que podía traducirse en capital político, los terratenientes de la Liga Agraria formularon reclamos públicos en favor de la instauración de formas más honestas de participación popular en la competencia electoral, que incluyeron una propuesta de sufragio secreto y obligatorio. Su proyecto de reforma electoral, que anticipó el de Roque Sáenz Peña, estaba orientado a quebrar el lazo entre las élites políticas y sus clientelas electorales, y a conferir a las clases propietarias una posición política más sólida y a la vez menos dependiente del capricho de los grupos gobernantes.

Promotores de un programa que bien puede calificarse como afín a la idea de democracia deferencial, los liguistas se veían a sí mismos como una élite prestigiosa en lucha contra un sistema de poder que favorecía el ascenso de figuras aventureras y escasamente representativas. Bien mirado, se advierte que eran ellos, quizás más que los políticos del orden oligárquico, quienes merecen estos calificativos. Pues si la visión de la Argentina promovida por

⁵⁵ Tulio Halperin Donghi, *Una nación para el desierto argentino*, cit., pp. 143-151.

estos agitadores terratenientes no parece haber sido tan distinta de otras que eran propias de ese grupo social, es claro que muy pocos miembros de la élite propietaria estaban dispuestos a acompañarlos en una tarea cuyos beneficios no eran tan obvios, y que además parecía cualquier cosa menos sencilla. Algunos años más tarde, un observador señalaba que, sumidas en sus asuntos privados, las personas de bien “no tienen tiempo para ocuparse de una actividad tan difícil y riesgosa como destronar a los políticos profesionales”.⁵⁶ Ciertamente, en una cultura pública en la que la política, y particularmente la política electoral, gozaba de un prestigio muy relativo, no sorprende que el grueso de los terratenientes de ese período no sintiese que cometía claudicación alguna cuando dedicaba el grueso de su tiempo y su esfuerzo a alcanzar otros objetivos, como la adquisición de riqueza y prestigio social, o el mero disfrute del ocio. Pasada la difícil coyuntura que sucedió a la crisis del Noventa, la inédita prosperidad que bendijo a este grupo sin duda contribuyó a reforzar esa actitud. Hacia los años del centenario, James Bryce advertía que, a diferencia de Chile, donde la actividad política era parte integral del estilo de vida de la clase alta, en la Argentina “la política sólo interesa a los políticos [...] la estancia, con su ganado y sus granos, y las carreras, con sus apuestas, son las actividades que están siempre en la cabeza y en las conversaciones, y las que están moldeando el carácter de la clase adinerada”.⁵⁷

Sin duda, este renunciamiento era posible puesto que a lo largo de esos años los terratenientes confirmaron que una participación más activa en la vida pública no era sólo un proyecto difícil de llevar a cabo sino que además tenía poco que ofrecerles como clase. En efecto, los liguistas no parecen haberse equivocado cuando argumentaban que no existía grupo social alguno capaz de amenazar la supremacía económica y social de la clase propietaria rural. Por tanto, la actividad política sólo podía resultarles atractiva a aquellos miembros de la élite económica y social que, además de una auténtica vocación por el poder, se hallaban dispuestos a ingresar en un terreno plagado de obstáculos, y en el que debían codearse cotidianamente con figuras de inferior condición. Ello resultó decisivo para determinar la suerte del programa de la Liga Agraria, que nunca lograría éxitos duraderos aun si no muchos estancieros pueden haber sentido algo de la aprehensión hacia las prácticas políticas de la república oligárquica que caracterizó el proyecto de esta asociación. El paso de la Liga Agraria por el escenario público argentino no fue, sin embargo, irrelevante. Y ello no sólo porque, aunque frustrados sus proyectos más ambiciosos, de todas maneras los liguistas se adjudicaron una serie de triunfos en temas específicos de la política agropecuaria de gran importancia para los empresarios rurales, y por los cuales fueron debidamente reconocidos sus congéneres que carecían de vocación pública. También porque, a su manera, estos terratenientes contribuyeron a dar fuerza al ideario antipolítico –crítico de las fuerzas partidarias y receloso del poder y la autoridad del Estado– que, ya sea con inflexiones populistas o elitistas, constituye una de las corrientes más caudalosas que forman el río de la ideología argentina. □

⁵⁶ Gordon Ross, *Argentina and Uruguay, South America. Observations and impressions*, Londres, 1912, pp. 221, 345.

⁵⁷ James Bryce, *South America. Observations and impressions*, Londres, 1912, pp. 221, 345.

Córdoba en el imaginario de lo nacional

La ciudad pensada por Domingo F. Sarmiento,
Joaquín V. González y Juan Bialet Massé

Ana Clarisa Agüero

Universidad Nacional de Córdoba

[...] cuando Sarmiento describía en su libro una ciudad detenida en el tiempo expresaba una opinión compartida por muchos. Cristalizado con la fuerza del sentido común un esquema interpretativo que acentuaba la bipolaridad entre la ciudad excéntrica y la ciudad mediterránea –laica una, clerical la otra– acabaron por ser los tipos ideales de una contradicción que recorre desde la noche de los tiempos nuestra identidad nacional.

José Aricó

En 1989 José Aricó publicaba un texto llamado a reverberar en muchos de los intentos sucesivos de pensar la especificidad sociocultural de Córdoba.¹ Su fuerza, en parte, reposaba en la suerte de final de ciclo sugerido respecto de las representaciones hegemónicas de la ciudad urdidas por el siglo XIX. La noción de “ciudad de frontera” parecía capaz de alojar tanto el pasado que aquellas representaciones habían identificado con la colonia y la fortaleza clerical, como un cierto optimismo ante la capacidad transformadora, *modernizadora*, que Aricó consideraba un dato firme de la ciudad del siglo XX.² Sobre un primer *territorio* modelado por

¹ Se trata de “Tradición y modernidad en la cultura cordobesa”, intervención publicada en la revista *Plural*, N° 13, Buenos Aires, 1989. El texto dialoga con otro de Antonio Marimón incluido en el mismo número bajo el título “La cultura de lo imposible”, texto en el cual jalones intelectuales y editoriales de esa experiencia cultural local son señalados o sugeridos a partir de la preocupación por rastrear homologías entre agitación política y cultural.

² Es conveniente señalar que, para Aricó, la Córdoba *moderna* es una realidad del siglo XX. Difiere, en este sentido, de las sucesivas consideraciones mediante las cuales la historiografía local ha intentado asir un proceso –el de *modernización*– sobre cuyos indicadores no hay consenso pero sobre cuya temporalidad las diferencias son menores: se trataría, en cualquier caso, de un fenómeno iniciado en la segunda mitad del siglo XIX. Aunque no es estrictamente este problema conceptual (en absoluto específico del caso cordobés) el que nos convoca, parece necesario señalar que el derrotero historiográfico local de nociones como *modernidad* o *modernización* ha prolongado bastante fluidamente ciertas representaciones decimonónicas de la ciudad no orientadas en un sentido histórico-crítico. Algunas de ellas serán consideradas aquí, aunque debe quedar claro que su carácter de imágenes de combate, representaciones más o menos subjetivadas, o meramente imágenes producto de un afán proyectivo que debe pensarse como *presente*, no aconseja convertirlas en presupuestos del análisis histórico. Cf. Ana Clarisa Agüero, “La ciudad y su relato. Córdoba como unidad de análisis y de producción histórico-cultural”, *IV Jornadas de Historia Moderna y Contemporánea*, Resistencia, 2004 (CD).

Horacio Crespo, por su parte, retoma la noción de “ciudad de frontera” y sugiere la problemática conceptual e historiográfica involucrada en el uso de las nociones de tradición y modernidad. A su juicio, parte de la especificidad local estaría dada por la marca barroca de la ciudad y por lo que ésta representa en tanto proyecto de una modernidad específica, no capitalista y doblemente reprimida (en su derrota por una modernidad atlántica más tardía y en

el eje andino colonial, que había vinculado a Córdoba con la complejidad americana, otro territorio en expansión –porteño, atlántico y europeo– parecía haberla empujado al tiempo de Occidente. Producto de esta interpenetración de formas, modelos y tradiciones culturales diversos, la ciudad emergía como arena de convivencia y de combate entre elementos de *pasado* y de *futuro*, tensados ya en forma constitutiva.

Claro que esta mirada dislocada tenía antecedentes, especialmente entre aquellos reformistas que habían intentado torcer tanto unas imágenes ajenas como un estado de cosas de cuyo carácter colonial habían llegado a convencerse. Respecto del repertorio imaginario disponible, la Reforma introdujo una alteración significativa al consolidar y nacionalizar una serie de representaciones conflictivas de la ciudad, representaciones que integraban el pasado rechazado a la vez que subrayaban la seriedad de los agentes de cambio. Adicionalmente, este ciclo de imágenes, a diferencia del anterior, resultaba inaugural en la medida en que reconocía sobresalientes artífices locales. Si la Reforma erosiona sensiblemente la sinonimia entre Córdoba y *tradicición* (se entienda esto como residuo o como reserva), introduce también otras imágenes, no necesariamente más justas. Imágenes que resaltan la autenticidad de esa ciudad respecto de Buenos Aires y su sincronía con la historia mundial; imágenes que subrayan su costado americano, universal y *moderno* en la medida misma en que presumen la muerte de Europa y señalan a América como su relevo.³

La noción de “ciudad de frontera” de Aricó se inscribe en esa tradición reformista que confía en la productividad cultural del conflicto entre lo viejo y lo nuevo y, como ella, elude ponderar antecedentes de otro cuño para esa Córdoba “docta”, “civil” y “laica” que habría corroído los *tipos ideales* decimonónicos.⁴ En rigor, aun cuando careciera del sentido socialmente progresivo de la línea reformista, es claro que el propio juarismo representó, a su modo, un factor erosivo de la identificación entre Córdoba, Iglesia y colonia. Siendo un producto endógeno, no logró contrarrestar el tono general que habían impuesto las miradas externas, pero sí condicionó la ocurrencia y singularidad de algunas de ellas –Bialet Massé– es un ejemplo muy sensible de esto.⁵

su borramiento desde el positivismo reformista). La presencia fantasmática de ese reprimido jesuita, acaso hallado desmesuradamente nutritivo por Crespo, parece exigir una lectura atenta de los retornos a lo largo de un ciclo moderno *tout court* que, tanto Aricó como él mismo en textos anteriores, encuentran especialmente realizados en la segunda mitad del siglo XX. Horacio Crespo, “Identidades/diferencias/divergencias: Córdoba como ‘ciudad de frontera’. Ensayo acerca de una singularidad histórica”, en Carlos Altamirano (ed.), *La Argentina en el siglo XX*, Buenos Aires, Ariel, 1999.

³ El rescate reformista de la ciudad se opera a partir de énfasis diversos y a lo largo de varias décadas: Saúl Taborda certificando la muerte de Europa, Raúl Orgaz señalando la *bifacialidad* de Córdoba –que mira hacia ambos lados de la *frontera* de Aricó–, Deodoro Roca asumiendo la fractura respecto de Buenos Aires y defendiendo que “*La Argentina está en las provincias*, en el resto de candor, de hospitalidad y lirismo que aun no ha podido sucumbir”. Deodoro Roca [1936], “Apuntes de un observador”, en *Prohibido Prohibir*, Buenos Aires, La Bastilla, 1972, pp. 21 y 22.

⁴ José Aricó, *op. cit.*, pp. 10 y 11.

⁵ La vinculación entre juarismo y reformismo es subrayada incluso por alguien que, como Ramón J. Cárcano, no celebra en perspectiva el evento reformista. A su juicio, la juventud liberal que, en los ochenta, constituía “el núcleo de vanguardia, extremista y ardiente, activo y violento” es la que impulsa un creciente movimiento “innovador”. Luego, “se dividen las opiniones, aparecen las facciones, y se sostiene una lucha sorda, intransigente y reversiva, hasta culminar con el ruidoso y estéril estallido de 1918”. Ramón J. Cárcano [1943], *Mis primeros ochenta años*, Buenos Aires, Ediciones Pampa y Cielo, 1963, pp. 54 y 195, respectivamente. En otro registro, un trabajo central y ampliamente documentado sobre el giro de siglo cordobés como el de Waldo Ansaldi permite ponderar el vigor del grupo de hombres que, incluso enfrentado en el seno del orden conservador, conducía la vida política e inte-

Como puede advertirse, la elaboración imaginaria de Córdoba reconoce múltiples sustratos cuya complejidad ha resultado parcialmente absorbida por ciertos sentidos hegemónicos. El más poderoso de estos sentidos tiene su génesis en el siglo XIX, es producto de miradas ajenas a la ciudad y, virtualmente, encuentra su actualización arquetípica en Sarmiento. Conforme ese sentido hegemónico, la ciudad expresaría una persistente *premodernidad* en clave colonial, monárquica y monástica, y representaría, por ende, la exacta contrafigura de una Buenos Aires abierta, dinámica y moderna. Frente a esta imagen de sencillos fundamentos, la Reforma procura instalar un nuevo ciclo, insinuándose como sofisticación (al integrar *lo viejo* a un conflicto con fuerzas nuevas) o como relevo (al reemplazar estática por dinámica social). Sucede que, más allá de la aparente simplicidad del esquema, hay subterránea una cuestión de proporciones. En efecto, la imagen decimonónica no parece tan elemental ni sus formulaciones arquetípicas tan unívocas; por su parte, la propia contestación reformista, siéndolo, parece haber requerido cierto empobrecimiento de la idea contrincante.

Considerando, entonces, que aquel primer ciclo de imágenes *fuertes* de la ciudad reconoce demiurgos externos a ella, aquí nos proponemos avanzar sobre algunas de esas representaciones *étrangeres* que en parte urdieron, en su formulación o en sus reapropiaciones, la imaginación pre-reformista de la ciudad. Intentaremos inventariar los rasgos y los desplazamientos más notables de esa elaboración y cuestionar la univocidad de ciertas formulaciones que resultarían clave en la producción de un *sentido común* sobre la ciudad; sentido común que extrema sus elementos de antiguo régimen bastante más acá de la efectiva presencia de unos discursos, unos grupos y sucesos significativos en otra dirección. Puede ensayarse un repertorio de esas representaciones que vaya desde aquéllas virtualmente más revulsivas y distanciadas hasta otras más vivenciadas y, consecuentemente, más vacilantes. Los diagnósticos, diversamente sombríos, reposan en la común presunción de que existe un tránsito deseable –aunque doloroso– para la ciudad, tránsito que iría de lo viejo a lo nuevo, de lo tradicional a un moderno desigualmente definido. La propia tematización de Córdoba sugiere su singular protagonismo en las querellas relativas al territorio y su destino. Al menos, sólo un protagonismo tal pudo haber provocado ciertas imágenes (en este caso simultáneamente mentales y literarias) como las que acusaron en ella, primero, una estacionaria *Roma argentina* y, luego, una gramsciana *Turín argentina*.

Hemos escogido tres figuras –Domingo Faustino Sarmiento, Joaquín V. González y Juan Bialet Massé– y una porción de su *obra* para leer la cuestión. La elección puede, a nuestro criterio, ampararse en una serie de consideraciones. En primer término, todas son figuras no locales pero especialmente estimuladas por Córdoba, aun cuando entablaran con ella relaciones muy diversas.⁶ Si las menciones del *Facundo* deben leerse a la luz de los *Recuerdos* –en

lectual de la ciudad en los ochenta. Waldo Ansaldi, *Industria y urbanización, Córdoba, 1880-1914*, tesis doctoral presentada a la FFyH – UNC, Córdoba, 1991. Las dos primeras partes de esta tesis han sido publicadas como *Una industrialización fallida. Córdoba, 1880-1914*, Córdoba, Ferreyra Editor, 2000.

⁶ Sarmiento (1811-1888) es uno de los primeros en incluir en sus cartografías esta ciudad a la que, básicamente, lo unen la fascinación y el desprecio. Sus imágenes (como representaciones de lo real y representaciones de *posibles*, como proyecto) expresan esa ambivalencia y logran imponer, en parte, un relato crucial en la geografía cultural de la nación. Joaquín V. González (1863-1923), riojano, llega a Córdoba hacia mediados de los años 1870 por lo que ésta tenía de Meca cultural para el eje norteño. Monserratense y posterior alumno de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, vive su juventud en una ciudad de la que tendrá impresiones diversas conforme pasa el tiempo y aparece con mediana claridad el lugar que la historia le asigna en la vida pública argentina. Córdoba se presenta

que se evoca el viaje de niñez que constituye la única experiencia sarmientina de Córdoba hasta ese momento— la relación de González y Bialek con la ciudad es radicalmente alterada por su asentamiento en ella, temporario en el primer caso, definitivo en el segundo. Mientras que la ciudad de Sarmiento es una ciudad nunca habitada, sometida a una distante memoria de infancia y a valoraciones siempre muy actuales, la ciudad de González da lugar a representaciones marcadamente cambiantes conforme se aleja de ella. La Córdoba revulsiva de 1883, cuando el riojano estudia en su Universidad, puede ser objeto de nostalgia desde el ejercicio de funciones nacionales y aun celebrada en virtud del mismo fondo colonial maldecido en los ochenta. En el caso de Bialek Massé, la ejecución del encargo estatal se sobreimprime a su mirada etnográfica y su pasión por la provincia. El mismo ánimo “fáustico” que impulsará al juarismo a una obra pionera en el país como la del dique San Roque, tiñe toda su mirada respecto de la potencialidad de una transformación local que considera en curso.⁷ Como hemos sugerido, esa transformación parece deber operarse contra la tradición pero, también, contra las imágenes sarmientinas. Y esto por el segundo elemento fuerte para nuestra elección: hay una red textual subtendida entre nuestros personajes, red que entrelaza el *Facundo* con la imaginación de dos de sus lectores. La intertextualidad, expresada en González, es apenas solapada en las imágenes visuales que de la ciudad propone Bialek, casi tan vívidas como las sarmientinas, aunque los campanarios muten en chimeneas para mejor marcar que el sitio de la tradición cede, está cediendo, al de la modernidad. Aricó acierta al considerar el *Facundo* un emergente discursivo de un consenso más amplio sobre Córdoba. Su mayor interés, sin embargo, tiene relación con su repercusión efectiva en los prolegómenos de una cultura nacional y, por ende, con su carácter de excepcional vehículo de ciertas ideas compartidas a la vez que de otras muy personales. *Facundo* dice al promediar el siglo lo que muchos piensan pero, también, diseña la imaginación de sus lectores.

Hay un último elemento que alienta el recorrido. El conjunto de textos analizados (más o menos polémicos, públicos o articulados con el poder estatal) corresponde a momentos diversos en los cuales no sólo la fisonomía de la ciudad *real* se altera sino, también, la evolución de la cuestión estatal y el equilibrio de las cuestiones relativas al espacio nacional. Intervenciones de mediados del siglo XIX, de los años ochenta y de comienzos del siglo XX constituyen el corpus principal de este trabajo. Al afán polémico del *Facundo* y a los matices de los *Recuerdos*, sucede una escritura más íntima que pública de González; luego su palabra oficial. Finalmente, la escritura tan administrativa como etnográfica de Bialek Massé.

en su intensa biografía, su profusa bibliografía y su casi inimitable carrera política. Finalmente Bialek Massé (1846-1907), catalán llegado a Córdoba en 1877, afincado en ella y rápidamente vinculado con su transformación urbana y con su sociabilidad político-cultural. Acaso en virtud de estas redes es convocado en 1904 por Joaquín V. González (entonces ministro del Interior) para realizar una de las expediciones arquetípicas de reconocimiento del país. De ella surge el *Informe sobre el estado de las clases obreras argentinas*, en el cual la descripción sarmientina de la ciudad, intertexto fundamental, es sometida a una singular relectura.

⁷ Y se trató de un expediente desolador para Bialek quien, involucrado en la ejecución del proyecto, se convirtió junto al ingeniero Cassafousth en blanco de una oposición que lo envió a la cárcel arguyendo deficiencias técnicas —luego desmentidas— en el dique. Es Waldo Ansaldi quien retoma de Berman la idea de ánimo “fáustico” para caracterizar al juarismo y su denodada voluntad de vencer la naturaleza por la técnica. Véase, Waldo Ansaldi, *op. cit.*

Sarmiento y la ciudad como recinto

[...] he sido el intérprete de los deseos de la parte pensadora de mi país.

Domingo Faustino Sarmiento

Toda clasificación es superior al caos; y aun una clasificación al nivel de las propiedades sensibles es una etapa hacia un orden racional.

Claude Lévi-Strauss

Hasta donde sabemos por el propio Sarmiento, su primer contacto con Córdoba –y el único hasta la escritura del *Facundo*– se remonta al año 1821 o 1822, cuando llega a la ciudad para ingresar al Seminario de Loreto, proyecto frustrado por motivos que Sarmiento no explicita aunque algunos de sus biógrafos adjudican a una súbita enfermedad. En ocasión de ese viaje, presencia la misa en la Catedral referida en los *Recuerdos*, misa en la cual el cura jesuita no omite provocaciones al general Bustos, quien se encontraba en el templo. “Tengo presente la estructura del trozo oratorio a que aludo”⁸ dice Sarmiento en el texto publicado en 1850, refiriéndose a una escena contemplada a los 10 u 11 años. Como muchas de las sarmientinas, las imágenes son vívidas y, más que determinar su justeza –cuestionable por muy buenas razones–, interesa atender al hecho mismo de que también en ese fondo vivencial distorsionado, incompleto y enormemente actualizado se apoyen muchas de las imágenes “fuertes” de Córdoba que, plasmadas en el *Facundo*, devuelven a la ciudad una mirada nada complaciente y, ciertamente, tampoco aislada.

Todo *Facundo* está atravesado por pares de oposiciones que (como las establecidas entre ciudad-campaña, cultura-naturaleza, organización nacional-caudillismo) tienden a polarizar las posibilidades de clasificación de lo real y se condensan en el binomio “civilización-barbarie”. Dichas categorías funcionan como “tipos ideales”, como modelos y expectativas que sacrifican en gran medida los desplazamientos y las mixturas de lo real. Como forma dual y, en ese sentido, algo *salvaje* de razonamiento, esas categorías ideales *fracasan* en la historia aunque sirvan a su análisis y expresen un horizonte proyectivo.⁹ En todo caso, Sarmiento no elige la

⁸ Domingo F. Sarmiento, *Recuerdos de Provincia* [1850], Buenos Aires, Eudeba, 1960, p. 105.

⁹ Ambas aproximaciones sarmientinas al artefacto ciudad han sido señaladas por Adrián Gorelik. Es en un “doble sentido, analítico y programático, en el que la ciudad entra, casi como tópico, en el horizonte de sus intereses: para Sarmiento, una ciudad materializa el completo sistema en el que una sociedad y un estado se organizan, y una ciudad moldea –y por lo tanto puede cambiarla– a la sociedad que la habita”. Adrián Gorelik, *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*, Buenos Aires, UNQ, 1998, p. 51.

En lo que hace a las categorías (cuyo carácter típico ideal ya ha sido señalado por Aricó), las distorsiones introducidas por lo real contribuyen, sin duda, a la corrosión de su significado en el uso. En Sarmiento conviven, por ejemplo, un uso acotado y otro amplio del término *civilización*: el uno en identidad con Europa y la modernidad, es decir, con un tipo de civilización; el otro, alusivo a cualquier formación cultural particular (cf. Carlos Altamirano, “Introducción” a *Facundo o civilización y barbarie*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1993, p. 29). Este uso genérico parece claro en un pasaje que, en sentido contrario, intenta precisar hasta el estereotipo las diferencias entre ciudad y campaña: “En la República Argentina se ven a un mismo tiempo *dos civilizaciones distintas* en el mismo suelo; una naciente que, sin conocimiento de lo que tiene sobre su cabeza está remedando los esfuerzos ingenuos y populares de la Edad Media, otra que, sin cuidarse de lo que tiene a sus pies, intenta realizar los últimos resultados de la civilización europea. El siglo XIX y el siglo XII viven juntos: el uno dentro de las ciudades, el otro en las campañas”. Domingo F. Sarmiento, *Facundo. Civilización y barbarie* [1845], Buenos Aires, Eudeba, 1961, p. 49 (las cursivas son nuestras).

binarización más simple sino que, caracterizado lo civilizado y lo bárbaro, admite una serie de combinaciones cuya dominante en un espacio social determinado parece recomendar el uso de uno u otro término. Precisamente, el drama de la pampa reside en la imposibilidad de disolver la dicotomía mediante la definitiva absorción de la barbarie por la civilización. La tendencia inversa le parece patente en el avance de la campaña sobre la ciudad, corporizado en las figuras de Bustos, Quiroga o Rosas. Así, en *Facundo* Sarmiento vacila entre la caracterización de esas ciudades típico-ideales (identificadas con la civilización en su sentido más estrecho) y las descripciones particulares que acentúan lo que de barbarie hay en ellas. Los mismos centros de los que se postula su carácter civilizado¹⁰ son objeto de *primitivas* descripciones (Córdoba y su Universidad produciendo al salvaje-“sabio”-tirano Francia; Buenos Aires llamando a Rosas, “más hostil, si se puede, a las ideas, costumbres y civilización de los pueblos europeos”).¹¹ A juicio de Sarmiento, ésta es una conjunción propiamente argentina de los términos y para que Europa pueda comprenderla cree necesario (formidable autoinclusión en *esa* civilización, en su doble carácter de nativo y traductor) atender a la excepcional geografía local, determinante de unas personalidades individuales y colectivas, de unos caracteres particulares.

Córdoba se le antoja una interrupción en el paisaje nacional. Depresión en el desierto, su terreno y su crecimiento parecen naturalmente limitados por las barrancas que la enmarcan: “sita en una hondonada [...] se ha visto obligada a replegarse sobre sí misma” siendo “edificada en corto y limitado recinto”.¹² Esa *geografía* organiza una *personalidad* local,¹³ una cultura (cerrada y sombría) que, a su vez, se expresa en intervenciones urbanas que la emulan. La ciudad entera es un recinto en el que las formas y las conciencias citan al paisaje.

[...] el habitante de Córdoba tiende los ojos en torno suyo y no ve el espacio; el horizonte está a cuatro cuadras de la plaza; sale por las tardes a pasearse, y en lugar de ir y venir por una calle de álamos, espaciosa y larga como la cañada de Santiago, que ensancha el ánimo y lo vivifica, da vueltas en torno de un lago artificial de agua sin movimiento, sin vida, en cuyo centro está un cenador de formas majestuosas, pero inmóvil, estacionario. La ciudad es un claustro encerrado entre barrancas; el paseo es un claustro con verjas de hierro, cada manzana tiene un claustro de monjas o frailes, los colegios son claustros; la legislación que se enseña, la Teología, toda la ciencia escolástica de la Edad Media, es un claustro en que se encierra y parapeta la inteligencia contra todo lo que salga del texto y del comentario. Córdoba no sabe que existe en la tierra otra cosa que Córdoba; ha oído, es verdad, decir que Buenos Aires está por ahí, pero, si lo cree, lo que no sucede siempre, pregunta: “¿Tiene Universidad? Pero será de ayer. Veamos: ¿cuántos conventos tiene? ¿Tiene paseo como éste? Entonces eso no es nada” [...].¹⁴

¹⁰ “La ciudad es el centro de la civilización argentina, española europea; allí están los talleres de las artes, las tiendas del comercio, las escuelas y colegios, los juzgados, todo lo que caracteriza, en fin, a los pueblos cultos. La elegancia en los modales, las comodidades del lujo, los vestidos europeos, el frac y la levita tienen allí su teatro y su lugar conveniente”, *Facundo*, cit., p. 29.

¹¹ *Ibid.*, p. 14. Para Ana María Barrenechea, en Sarmiento hay siempre la idea de que el interior y Buenos Aires pueden ser alternativamente *buenos* o *malos* con vistas a la civilización. Ana María Barrenechea, “Sarmiento and the ‘Buenos Aires/Córdoba duality’”, en Halperin Donghi-Jaksic-Kirkpatrick-Masiello (eds.), *Sarmiento author of a nation*, California, University of California Press, 1994, p. 68.

¹² Domingo F. Sarmiento [1845], *Facundo*, cit., pp. 101 y 29, respectivamente.

¹³ “Los accidentes de la naturaleza producen costumbres y usos peculiares a estos accidentes, haciendo que donde estos accidentes se repiten, vuelvan a encontrarse los mismos medios de parar a ellos, inventados por pueblos distintos”, *ibid.*, p. 38.

¹⁴ *Ibid.*, p. 103.

El pasaje, célebre por la fuerza de sus recursos, instala una de las imágenes más duraderas de Córdoba y de su lugar en la cultura nacional. La hondonada, los claustros, el parque enrejado con sus aguas quietas, resaltan la circularidad entre espacio físico y social. Si en el orden proyectivo se verá que la cultura puede y debe vencer al entorno, en el diagnóstico y en el juego literario los términos parecen intercambiables: tanto puede leerse que Córdoba deriva su clausura cultural de su ubicación entre barrancas como que su “parque” es cerrado *porque* así es su sociedad. En todo caso, la reproducción de la naturaleza –señalada respecto de la Universidad y del paseo– expresan la provisoria victoria de ésta. El texto condensa bien los elementos estructurantes de esa imagen fuerte sarmientina, elementos que organizan tanto la percepción de las propiedades sensibles como la intuición cultural y que redundan en una serie de conceptos que entrarían en identidad con Córdoba: deprimida, cerrada, conservadora, clerical, jerárquica, contrarrevolucionaria. La ciudad expresa en grado sumo, *por* su geografía y *en* sus formas urbanas, el modelo de civilización (en su sentido más amplio) “hispanico-argentino” al que Sarmiento contrapone un programa modernizador que encuentra físicamente compatible con Buenos Aires. Esta oposición es medular porque, más allá de su justeza analítica, instala una dicotomía durable entre la abierta ciudad-puerto, apta para la modernización, y la hundida ciudad enclaustrada que no puede –que no podría– ver más allá espacial ni temporalmente.¹⁵ La historia viene en auxilio del topos del encierro permitiendo contraponer una ilustrada y revolucionaria Buenos Aires a una conservadora y contrarrevolucionaria Córdoba; se trata de un desplazamiento de la “pelea” entre civilización y barbarie en el interior de la civilización.¹⁶ Dentro de esa construcción quisiéramos señalar someramente tres aspectos relevantes: la diversa relación con el pasado leída en una y otra ciudad, la disímil ubicación de una y otra respecto de la Ilustración y la revolución de mayo y la inversión operada por Sarmiento del tópico “docta” con el que Córdoba gusta identificarse.

Respecto del primer punto, Buenos Aires parece tener el privilegio de carecer de pasado. Su historia colonial es la de su conversión en sede administrativa del Virreinato, consecuencia a la vez de un crecimiento y unas condiciones naturales que Inglaterra aprecia –desde la orilla y en las invasiones– mejor que una embrutecida España. Entre la llanura y el río, “sin conciencia de sus tradiciones, sin tenerlas en realidad [es un] pueblo nuevo improvisado, y que desde la cuna se oye saludar pueblo grande”.¹⁷ Córdoba, por el contrario, tiene un pasado colonial, monástico, clerical, es decir, coherente con su paisaje. Es *ese modo de ser de la civilización*, esa cultura, lo que se impugna en bloque porque instala las trabas más severas para vencer la naturaleza y ver más allá de las barrancas. Y aunque ese pasado es objeto de valoraciones no exentas de contradicciones, Sarmiento exhibe una constante irritación ante su herencia y por ella declina toda nostalgia.

En lo que hace al segundo punto, Buenos Aires es señalada como una ciudad rápidamente ilustrada y liberalizada –“la *desespañolización* y la *europificación* se efectúan en diez

¹⁵ Cf. Adrián Gorelik, *La grilla...*, cit. La condena al pasado es muy significativa dado el supuesto de que en el pasado colonial no hay nada que buscar. A diferencia de Norteamérica “*Nosotros, al día siguiente de la revolución, debíamos volver los ojos a todas partes buscando con qué llenar el vacío que debían dejar la inquisición destruida, el poder absoluto vencido, la exclusión religiosa ensanchada*”. Sarmiento, *Recuerdos de provincia*, cit., p. 122 (las cursivas son nuestras).

¹⁶ Cf. Tulio Halperin Donghi, “Facundo y el historicismo romántico”, en *Ensayos de historiografía*, Buenos Aires, El cielo por asalto, 1996, p. 26.

¹⁷ Domingo F. Sarmiento, *Facundo*, cit., p. 108.

años de un modo radical, sólo en Buenos Aires, se entiende”¹⁸ y esto al calor del comercio ilegal y las invasiones, punto de inflexión de la nueva conciencia. En sentido inverso, para Sarmiento Córdoba es parejamente *contrarrevolucionaria*, animosidad que puede, como lo ha hecho, tomar las formas del realismo o las del caudillismo.¹⁹ Hay, entre el *Facundo* y los *Recuerdos*, ciertos cambios de énfasis respecto de las notas distintivas de la ciudad. Por la vía biográfica, Sarmiento encuentra en el Deán Funes una figura singularísima de transición. Es, como todos los hombres notables de la época revolucionaria, “el término medio entre la colonia y la República”.²⁰ El retorno de su periplo europeo, cargado de una biblioteca “cual no la había soñado la Universidad de Córdoba”, introduce “el siglo XVIII entero [...] al corazón mismo de las colonias” e inaugura, con ello, una suerte de época dorada de la Universidad:

Era Córdoba, entonces, el centro de luces y de las bellas artes coloniales. Brillaban su Universidad y sus aulas; estaban poblados de centenares de monjes sus varios conventos; las pompas religiosas daban animado espectáculo a la ciudad, brillo al culto, autoridad al clero, y prestigio y poder a sus obispos.²¹

Funes, el individuo-bisagra que vuelve en el momento adecuado, articula un pasado colonial y un presente de orientación atlántica; puede así, especialmente desde sus cargos de rector del Colegio de Monserrat y de canciller de la Universidad (1807), ser el artífice de una reforma, de un clima intelectual y de una generación a la cual Sarmiento pasa revista en tanto víctima del realismo o de las luchas civiles.²² Y es este último marco el que, arrastrado definitivamente al pasado, Funes ya no ilumina porque no comprende; porque su época ha quedado atrás y “hacía tiempo que había muerto en la opinión de sus contemporáneos”.²³ Su decadencia vital expresa, a los ojos de Sarmiento, la decadencia de la propia revolución.²⁴ Es la consideración de dos segmentos temporales diversos, antes que un cambio en la valoración de la ciudad, lo que explica la distancia entre las versiones del *Facundo* y los *Recuerdos*.

¹⁸ *Facundo*, cit., pp. 106 y 107.

¹⁹ Durante la Revolución “Córdoba ha sido el asilo de los españoles, en todas las demás partes maltratados”; en lo que hace al caudillismo, Bustos “crea un gobierno español sin responsabilidad; introduce [...] el quietismo secular de la España...”, *ibid.*, pp. 104 y 105.

²⁰ Domingo F. Sarmiento, *Recuerdos de provincia*, cit., p. 102.

²¹ *Ibid.*

²² *Ibid.*, pp. 111, 114. La Reforma propuesta por Funes en los estudios de derecho fue aprobada recién en 1814. La misma resultaba inusitada porque planteaba desde el comienzo la fusión de las formaciones en derecho civil y derecho canónico –dando una doble acreditación a los egresados– a la vez que incorporaba como materia común derecho natural y de gentes, materia que había sido borrada de los programas españoles y del limeño como autodefensa absolutista. Cf. Raúl Orgaz, *Para la historia de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de Córdoba*, Córdoba, Editorial Assandri, 1950.

²³ Domingo F. Sarmiento, *Recuerdos de provincia*, cit., p. 125. Dice Sarmiento, con análogo dramatismo: “[...] hay hombres a quienes nada puede salvar de la muerte porque se ha modificado la atmósfera en la que se habían desenvuelto”, *ibid.*, pp. 120-121.

²⁴ Años después, en sus *Comprobaciones históricas*, Mitre (re)introduce análogamente su *Historia de Belgrano...*: “Este libro es al mismo tiempo la vida de un hombre y la historia de una época. [...] Combinando la historia con la biografía, vamos a presentar, bajo un plan lógico y sencillo, los antecedentes coloniales de la sociabilidad argentina, la transición de dos épocas, las causas eficientes de la revolución argentina...”, Bartolomé Mitre, “La sociabilidad argentina. 1770-1794” [1876], en *Obras Completas de Bartolomé Mitre*, vol. IV, Buenos Aires, edición ordenada por el Congreso de la Nación, 1940, p. 1. El texto fue incluido como Introducción a la *Historia de Belgrano y la Independencia argentina* desde su tercera edición, en 1876.

Dispuestos conjuntamente, la mirada sarmientina gana profundidad histórica: con Funes y sus discípulos la ciudad ha perdido una chance ilustrada y revolucionaria a manos de la reacción promonárquica, primero, federal, luego. Insistir en estas variaciones parece relevante sobre todo porque desestabiliza en algo esa imagen “fuerte” del *Facundo* –tampoco meramente negativa– devolviéndola a un pensamiento que es, en sí, más dinámico. Vista desde su ansiedad proyectiva, Córdoba es tan impugnable en la contrarrevolución como con Bustos, pero puede ser rehabilitada en el momento–Funes o en la victoria de Paz en La Tablada. Con Funes, la Universidad brilla y “Muchos hilos de la trama, si no todos, [pasan] por Córdoba bajo la mano suave y entendida del doctor y deán [...] *centro natural de todos los movimientos preparatorios para la revolución de la independencia*”. Contra Funes, la contrarrevolución, que era “La Edad Media [parapetada en los] numerosos claustros”,²⁵ tuerce una situación alentadora e inicia un retroceso cuya actualidad Sarmiento exagera en el *Facundo*. Así, “La lucha de ideas entre [Córdoba y Buenos Aires pasa] de la ciudad a la campaña, y el último representante del orgullo doctoral de Córdoba es hoy un pastor de ganado, gobernador federal” (p. 118).

Si la sede de esa chance perdida y principal víctima de su estrépito había sido la Universidad (al igual que el Colegio de Monserrat, institución muy relevante en la constitución de una identidad local), es su estado *actual* lo que convierte a ambos en centro, en tercer término, de una radical inversión valorativa. Las instituciones de saber que Córdoba tiene para mostrar (por tradicionales, por clásicas, por primeras) son equiparadas a un orden anterior de la cultura, casi bárbaro, que se impugna en conjunto. Sarmiento combina los términos y pone de relieve lo primitivo en lo docto, lo popular en lo culto, lo bárbaro en lo civilizado:²⁶

Esta ciudad docta no ha tenido hasta hoy teatro público, no conoció la ópera, no tiene aún diarios y la imprenta es una industria que no ha podido arraigarse allí. El espíritu de Córdoba hasta 1829 es monacal y escolástico; la conversación de los estrados rueda siempre sobre las procesiones, las fiestas de los santos, sobre exámenes universitarios, profesión de monjas, recepción de las borlas de doctor.²⁷

[...] el pueblo de la ciudad, compuesto de artesanos, participa del espíritu de las clases altas; el maestro zapatero se daba los aires de doctor en zapatería y os enderezaba un texto latino al tomaros gravemente la medida; el *ergo* andaba por las cocinas, en boca de los mendigos y locos de la ciudad, y toda disputa entre ganapanes tomaba el tono y forma de las conclusiones.²⁸

A pesar de lo provocativo de estos pasajes del *Facundo*, los *Recuerdos* ayudan a atenuar la originalidad de la mirada. En efecto, allí Sarmiento cita un manuscrito –cuyo autor y data omite– pleno en señalamientos de esa barbarie-culta que, desde la Universidad, parece exten-

²⁵ Domingo F. Sarmiento, *Recuerdos de provincia*, cit., pp. 111-113 (las cursivas son nuestras).

²⁶ El acento puesto en los movimientos tanto progresivos como regresivos del proceso civilizatorio constituye una regularidad fuerte en Sarmiento. Rosas está en Buenos Aires para decir lo propio y la decadencia de las élites sanjuaninas marca homología: “Bárbaros! Os estáis suicidando; dentro de diez años, vuestros hijos serán mendigos o salteadores de caminos”. Santa Fe le parece, asimismo, una aldea donde antes hubo una ciudad. Domingo F. Sarmiento, *ibid.*, pp. 52 y 110, respectivamente.

²⁷ Domingo F. Sarmiento, *Facundo*, cit., p. 103.

²⁸ *Ibid.*, p. 104.

derse hacia las capas populares como signo de distinción expansiva pero irreparablemente falaz.²⁹ Más allá de la constatación de que hay una imagen de Córdoba que, insistentemente, flota en el discurso social decimonónico, lo relevante es que Sarmiento se sirva de ella –dándole un alcance inédito– para marcar un contrapunto respecto de Buenos Aires y sugerir los lugares de ambas ciudades dentro de un espacio imaginado nacional. La diversidad del paisaje y de las formas culturales parecen coagular en “partidos” que dividen la porción civilizada (urbanizada) del país:

Córdoba, española por educación literaria y religiosa, estacionaria y hostil a las innovaciones revolucionarias, y Buenos Aires, todo novedad, todo revolución y movimiento, son las dos fases prominentes de los partidos que dividían las ciudades todas [...] No sé si en América se presenta un fenómeno igual a éste; es decir los dos partidos, retrógrado y revolucionario, conservador y progresista, representados altamente cada uno por una ciudad civilizada de diverso modo, alimentándose cada una de ideas extraídas de fuentes distintas: Córdoba, de la España, los concilios, los comentadores, el Digesto; Buenos Aires, de Bentham, Rousseau, Montesquieu y la literatura francesa entera.³⁰

Estas imágenes son significativas porque estabilizan una topografía simbólica en la que Córdoba es definitivamente despojada de su antigua centralidad colonial. Ellas tienen la fuerza de volver natural algo históricamente complejo y de larga duración. Si Córdoba ya no tiene la exclusividad universitaria en el Río de la Plata, si los circuitos económicos que la tenían por centro han sido desarticulados y reorientados, si ya parece evidente –y el fracaso de la Confederación vendrá a confirmarlo– que no habrá Estado durable sin la preeminencia porteña; bueno, en tal caso, aquí están estas imágenes que disuelven esa antigua centralidad aunque permitan imaginar otras. Parte de esa naturalización es la idea sarmientina de que hay entre Córdoba y Buenos Aires “una antigua ojeriza” puesto que, a la segunda, “disputaba la supremacía la docta ciudad central”.³¹ Pero, en el marco del *Facundo*, son también imágenes significativas porque expresan el especial interés de Sarmiento por esta ciudad, revelador más que sus descripciones de la importancia otorgada a ella en el diseño material e imaginario de la futura nación. En efecto, sólo excepcionalmente la rehabilitación se hace expresa y ello sucede siempre de manera parcial: “[...] hay una circunstancia que la recomienda poderosamente para el porvenir, la ciencia es el mayor título para el cordobés, dos siglos de universidad han dejado en las conciencias esta civilizadora preocupación, que no existe tan hondamente arraigada en otras provincias del interior”.³² Conviene no sobrestimar la fuerza de un rescate que alude a una *cultura de universidad* local antes que a la ciudad o a la institución en sí. Pero conviene también no eludir una formulación que abre una cesura respecto de otras ciudades argentinas, a la vez que el propio topos sobre el cual ésta y todas las menciones sarmientinas de Córdoba reposan: la ciudad *debe ser considerada*, sea en tanto facticidad, frus-

²⁹ “El espíritu monástico –dice un manuscrito que consulto–, el aristotelismo y las distinciones *virtuales* y *formales* de Santo Tomás y de Scott, habían invadido los tribunales, las tertulias de señoras y hasta los talleres de los artesanos. Con pocas excepciones, los clérigos eran frailes, los jóvenes coristas y la sociedad toda un convento”. Sarmiento, *Recuerdos de provincia*, cit., p. 106.

³⁰ Domingo F. Sarmiento, *Facundo*, cit., p. 111.

³¹ Domingo F. Sarmiento, *Recuerdos de provincia*, cit., p. 117.

³² Domingo F. Sarmiento, *Facundo*, cit., pp. 139-140.

tración o posibilidad. El contraste con San Juan, respecto de la cual se reiteran en otra escala irritaciones semejantes, es absoluto; y esto sin contar con el borramiento de Salta. Lo claro es que Córdoba le parece un artefacto adecuado para desmontar tanto el pasado colonial como el presente federal que rechaza, *a la vez que* un parámetro ajustado para juzgar la cultura y la barbarie de Buenos Aires.

Córdoba adquiere así una centralidad específica,³³ aunque a la par se señale crudamente que el cambio no puede librarse a ella misma (precisa de reformas inducidas y de agentes ilustrados). Mucho de esta idea puede leerse en las intervenciones posteriores de Sarmiento desde la función pública. La creación de la Academia de Ciencias y del Observatorio Astronómico, la realización en Córdoba de la Exposición Industrial de 1871, la dotación de científicos y docentes extranjeros por él promovida sugieren que el vehemente desprecio por el sesgo que el paisaje y la colonia habían impuesto a la ciudad se funde con la centralidad otorgada a la misma en un proyecto que admitía más de un centro. Esta centralidad reviste un orden diverso a la de Buenos Aires y está inevitablemente unida a su carácter de encrucijada geográfica pero también cultural; semeja la punta de lanza para la modernización societal del antiguo eje centro-norte.

Joaquín V. González. La ciudad entre la tragedia del origen y el optimismo del pasado

Joaquín V. González realiza sus estudios preparatorios y universitarios en Córdoba, ciudad a la que esa experiencia lo une con extraña hostilidad. Si esa hostilidad es expresa en un texto muy temprano, no más fluida parece su partida de la institución a la que reclama sus títulos recién en 1890, cuatro años después de graduarse como licenciado y doctor en Derecho.³⁴ Incluso cuando las representaciones de la ciudad producidas por el riojano admiten desplazamientos notables a lo largo de los treinta años en que se despliegan las intervenciones aquí consideradas, el carácter universitario de Córdoba emerge como marca recurrente de la ciudad, hasta identificarse por completo con ella.³⁵ Esa ciudad-universidad se despliega en un

³³ Para aceptar esta perspectiva no es necesario admitir con Barrenechea que Córdoba haya sido el “verdadero centro” de interés de Sarmiento.

³⁴ González adquiere ambos grados simultáneamente en 1886 (3/5/86) pero, aparentemente, no participa de la colación, motivo por el cual en 1890 –y no sin la consulta respectiva sobre la veracidad de los grados– se revalidan y conceden los títulos con fecha 26 de marzo. *Documentos de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la UNC*, años de 1886 y 1890, folios 179 y 69, respectivamente.

³⁵ Conviene apuntar algunas de las particularidades de las fuentes principales de este apartado. Consideramos un escrito temprano, de 1883, inédito hasta la publicación de las *Obras Completas*, que pone formas académicas a su revulsión ante la ciudad y que expresa la posición aun muy marginal de quien lo escribe (estudiante de menos de 20 años aun no “establecido” ni profesional ni socialmente en Córdoba). Los textos de 1903, 1904, 1913 y 1916 constituyen todas manifestaciones públicas y en ejercicio de la función pública. Los tres primeros son discursos redactados para ser pronunciados en la Universidad Nacional de Córdoba en ocasiones diversas (la inauguración de la estatua al fundador de la misma, una colación de grados, su designación como miembro académico honorario de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales) mientras que el último es una carta personal-pública en la que responde a su designación como miembro honorario de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba. Se consideran también un prólogo de 1910 y un capítulo de *Hombres e ideas educadores* (1912), dedicado a los colegios de Monserrat y San Carlos. En los últimos casos González es ya una personalidad consagrada como funcionario, político y académico que *vuelve* a la ciudad de su juventud acreditado, entre otras cosas, por el ejercicio de los ministerios del Interior y de Justicia e Instrucción Pública de la Nación y la presidencia de la Universidad de la

terreno respecto del cual tenues variaciones literarias traducen valoraciones cambiantes. Puede ser sucesivamente un “pozo” o un “valle”, según quiera subrayarse su naturaleza cerrada (en homología con la ciudad-claustro) o dulcificar su recuerdo apelando vagamente a su fertilidad y a la suavidad de sus contornos. En el primer caso la referencia al terreno, más peyorativa que topográfica, es una variación de aquella idea “fuerte” sarmientina que asimilaba barrancas a claustro, esto es, de la idea según la cual la cultura cita al entorno porque no puede vencerlo. En el segundo, una alusión más estrictamente topográfica viene a sugerir precisamente la más fluida relación entre naturaleza y cultura. Las figuras corresponden a distintos momentos de escritura y se enlazan con visiones alteradas del espacio local y nacional. Si la Universidad funciona como metáfora durable de la ciudad y su comportamiento frente a la naturaleza es porque permite, en un caso, jugar con la idea de la sujeción de la cultura a la naturaleza y, en el otro, con la de la alteración de la naturaleza por la cultura, lo que es también su conversión en paisaje. En términos estrictamente sociales –aunque también desigualmente valorados– la Universidad parece *buena* para decir la ciudad porque siempre es capaz de expresar dos clases, unas “superiores” y otras “ignorantes”,³⁶ ordenadas según una distinción espacial entre un “adentro” y un “afuera” y articuladas según una jerarquía de saber que asigna a cada una de ellas una misión histórica: a las primeras la dirección política, cultural y moral, a las segundas un proceso continuo de ilustración dependiente. Se juzgue como se juzgue a las élites locales, la idea de que su sede está en los claustros y que desde ellos empapan la ciudad de universidad –por épocas de manera despreciable, por épocas saludable– reitera también un tópico sarmientino.

Se ha hecho referencia a un escrito temprano (1883) en el cual González establece una completa identidad entre Córdoba y *jesuitismo* (anacronismo deliberado que insiste en la homología entre la ciudad y el pasado de su Universidad), subrayando la marca de la Orden que se habría desplegado casi naturalmente en una topografía desgraciada que la favorecía. Prolongando el malestar y casi la fórmula sarmientinos, sugiere que los jesuitas “encuentran que la ciudad de Córdoba es completamente adecuada para establecerse, tal vez porque su configuración topográfica tiene mucha semejanza con la naturaleza de la dominación que traían consigo, *sombria y estrecha*”.³⁷ Terreno y dominación reverberan en los claustros en que los jesuitas desplegaran su acción hasta lograr “someter espiritual y materialmente a toda la ciudad y gran parte de la campaña” (p. 400).

La *tragedia del origen* se manifiesta en su actualidad: al influjo de la Compañía obedece “el sello de lentitud, de oscurantismo y enervamiento, que ha caracterizado [la] historia local por espacio de tres siglos” (p. 397), “el sello imborrable de sumisión intelectual, que distingue en la historia las sociedades que [como Córdoba] han recibido su espíritu” (p. 402). Como para Sarmiento, la expulsión de los jesuitas habría abierto un fugaz *intermezzo* para el surgimiento de algunas vocaciones revolucionarias capaces de sobreponerse a la pesada herencia y contrarrestar una reacción que, guiada por “ese espíritu falsamente religioso estuvo

Plata por él creada. Algunas de las sugerencias centrales de este apartado han sido exploradas en Ana Clarisa Agüero, “Nación, historia nacional y continuo histórico en Joaquín V. González”, *Cuadernos de Historia*, N° 6, Córdoba, CIFYH-UNC, 2004.

³⁶ Joaquín V. González, “La Universidad de Córdoba en la cultura argentina” [1903], en *Obras Completas*, vol. XIII, Buenos Aires, Universidad Nacional de La Plata, 1935, p. 206.

³⁷ Joaquín V. González, “Córdoba religiosa” [1883], en *Obras Completas*, cit., vol. I, p. 398 (las cursivas son nuestras).

a punto de hacer fracasar la revolución de mayo”.³⁸ Jesuitismo y barbarie ya no son en González el contraste entre un tipo de civilización y su ausencia, sino que funcionan como sinónimos resistentes dentro de una lectura según la cual la Orden dio “al salvaje las ideas más absurdas de religión y de gobierno” a la vez que instaló “en el corazón de la *virgen América* todos los vicios de que se hallaba infecta la Iglesia Católica” (p. 393). La descripción de González, que reitera y extrema años después muchos de los motivos de aquella imagen más fuerte y explícita en Sarmiento, intenta explicar el presente por el pasado, presumiendo su identidad. En el carácter tradicional –esto es, clerical y monárquico–, “estrecho”, “sombrio” de la ciudad colonial residen su premodernidad estructural y su destino. Córdoba es la edad media, es la Contrarreforma y es lo culturalmente reactivo porque tiende siempre, como los jesuitas, a “oponer Aristóteles a Descartes” (p. 408). Impugnada desde la celebración del *progreso*, la ciudad es objeto de una suerte de pesimismo cultural ante su inmanencia histórica.³⁹

Esas imágenes de Córdoba, singularmente resistentes en la imaginación general del cambio de siglo y aun en la historiografía del siglo XX, parecen sustancialmente alteradas en los textos posteriores de González. O mejor, no son tanto las imágenes las que se alteran sino

³⁸ Esta etapa es, de manera genérica, identificada con la coyuntura de emergencia de Funes y su grupo. Cf. Joaquín V. González, “Córdoba religiosa”, cit., p. 397.

³⁹ Idéntica relación con aquella imagen “fuerte” sarmientina de la ciudad guarda, aún en 1894, un texto publicado en dos ocasiones por Lucio V. López. Aunque no es centro de nuestro trabajo, incluimos aquí un pasaje muy significativo en la medida en que ayuda a completar una secuencia de usos de esa imagen, en este caso ya muy advertida respecto de las variaciones literarias que podían justificarla. El texto es publicado en 1894 en *La Nación* (2/11/1894) e incluido –dado el mérito literario de este “cuadro de costumbres, lleno de vida y colorido” – en 1896 en el segundo tomo de *La Biblioteca*. López procura narrar una anécdota vivida en Córdoba por su padre durante su exilio de 1839 y que le fuera por él relatada; se trata de la hazaña de un bandido rural que, viéndose cercado por las milicias, se lanza junto a su caballo a un precipicio en cuyo fondo corría un río y huye nadando. El episodio, presuntamente visto y silenciado por Vicente F. López, le parece a Lucio apto para la romantización de las figuras fuera del orden ensayada “por Byron, por Hugo, por Dumas, por Merimée, más tarde por Sarmiento entre nosotros” (p. 491). Así, claramente avisado sobre el vigor literario de ciertas escenas, Lucio López decide incluir, de manera absolutamente innecesaria a la economía del relato, una larga descripción sobre la ciudad de Córdoba que su padre había abandonado cuando se dirigía a Ascochinga, destinado a presenciar la anécdota. La intertextualidad con el Facundo es deliberada y, por encima de ella, hay sólo el denodado intento de ganar en vivacidad y lujo de descripciones: “[mi padre] huía frecuentemente de la ciudad, inundada por su río desbordado, caldeada por el sol africano al que le sirve de lente, *enclavada en aquel hoyo en que Sarmiento la encontró* [...]. Probablemente, ya había registrado todo *aquel vasto monasterio*, especie de Escorial indígena, mezcla informe, pero intensamente característica, de todos los estilos de las villas y ciudades de la América española [*bastardeados* tanto el gótico como el morisco] peculiarmente en los pueblos del Alto Perú, en los mismos de Chile, *por el artífice quichua*, que ha puesto en todos estos frentes de iglesias y casas del otro siglo algo de la ingenua y rudimentaria inspiración de aquellos tenaces y anónimos constructores.

Córdoba, en el año 39, era una agrupación de iglesias, como lo seguirá siendo mientras el cosmopolitismo no la haga rebalsar en el Alto, con las construcciones *barrocas* y profanas que la individualizan. En el centro, la catedral, con sus lomos de rinoceronte fabuloso y el cabildo insípido, que parece, como todos sus congéneres, la decoración obligada de la Plaza Mayor, destinada a las ejecuciones capitales. Dos cuadras más lejos, la Compañía con sus torres pardas, admirable como curiosidad sudamericana, en cuyos muros la cal mordiente de Malagueño ha unido lozas, ladrillos, bloques de granito y hasta enormes piedras, lamidas y redondeadas por la corriente secular del río. *Al oeste, el paseo Sobremonte con su inmenso estanque y su isla central de mampostería greco-romana, con que el virrey quiso remedar, tan luego en la ciudad graduada in ultroque, las maravillas de la Corte de Versalles*. Alrededor, en fin, de toda la población, el suburbio, con sus habitantes pobres y sucios, sus casuchas de adobe o de piedra, y sus techos de paja; cavadas algunas en la greda viva del cerro, como las que se suelen ver todavía en Aragón: la familia harapienta que se reproduce allí en el hacinamiento bohemio en el que vive...” (las cursivas son nuestras). Lucio V. López, “El salto de Ascochinga”, en *La Biblioteca. Revista mensual dirigida por P. Groussac*, año I, t. II, Buenos Aires, pp. 483 y 484.

la manera en que son articuladas con el proceso de transformación económico-social en general y con el de construcción de la nación, en particular. Las intervenciones consideradas a partir de 1903 presentan ciertos rasgos recurrentes que pueden sintetizarse como sigue: a) expresan una visión de la modernización que acentúa sus aspectos problemáticos, con lo cual la idea de *progreso* se debilita como valor en sí mismo; b) exhiben una aguda preocupación por estabilizar una imagen de la nación y sus componentes así como por forjar una unidad imaginaria entre ellos; c) reconocen en el devenir histórico un elemento fundamental para la construcción (material y simbólica) de esa unidad y reclaman, en esa medida, tanto una síntesis sociohistórica como una narrativa capaz de expresarla; d) finalmente, y como resultado de esos desplazamientos, conllevan una revalorización del espacio Córdoba en tanto complejo material y cultural.

En lo que hace al primer punto, el debilitamiento de la identidad entre progreso y felicidad general (presupuesto del texto de 1883) es definitivo. En él incide la percepción del carácter contradictorio de la inmigración y de la técnica que alimenta en González una especie de desencanto social (ante la conflictividad que es su correlato) y cultural (ante la constatación del desajuste entre confort material y desarrollo espiritual). Consecuentemente, el recurso al tópico “progreso” se ve sensiblemente disminuido en estos textos.

Atenuado el progreso como factor de elevación pública, resulta inminente la búsqueda de otros elementos cohesivos de una realidad cuya amenaza más sensible parece la “disolución” de la sociedad en una miríada de clases y nacionalidades diversas y aun enfrentadas. Este sedimento es el que se busca en la *nacionalidad* cuya construcción, para González, debe contemplar la diversidad de componentes para luego elevarse sobre ella a partir del legado común. Esa nacionalidad parece, conforme se rehabilita España, del todo compatible con variadas formulaciones míticas del mestizaje.⁴⁰

En tercer término, la *elaboración* de ese legado común parece deber centrarse en la historia.⁴¹ Esta preocupación histórica (tanto por el proceso como por su relato), más sensible en

⁴⁰ Un ejemplo de esta recuperación de España, simultánea a la integración del legado indígena, es la referencia de González al fundador de la Universidad de Córdoba: “Hijo de la *tierra americana* sentía quizá ese vago *aleteo interior* de los grandes pensamientos o de las misteriosas profecías, *innato*, además, en los indígenas de un *suelo vigoroso*, y le imprimió, en su *lema heráldico* el mandamiento, *—ungido sin duda en el divino simbolismo del Evangelio—* de hacer oír su nombre por todas las gentes. [...] *una nueva Patria* aparece en el escenario del mundo”. Joaquín V. González, “La universidad de Córdoba en la cultura argentina”, p. 281 (las cursivas son nuestras). Para Darío Roldán, es en *El Juicio del siglo* [1910] donde mejor se expresan algunos de los diagnósticos y propósitos de González, quien opera “como un puente entre el liberalismo antihispánico a la manera de Alberdi y el nacionalismo prohispano de Gálvez. De esta manera, también, descubre uno de esos hilos conductores donde asentar sólidamente un fuerte nexo entre el pasado y el presente: entre la historia y la política”. Roldán, Darío, “De la certeza a la incertidumbre. El periplo de un liberal consecuente: Joaquín V. González (1910-1920)”, en *Documentos del CEDES*, N° 5, Buenos Aires, 1988, p. 5. En la medida en que se ha utilizado una versión digital del texto, la paginación puede diferir ligeramente de la impresa.

⁴¹ Según Darío Roldán, *El Juicio del siglo* intenta responder a dos órdenes de cuestiones: por un lado, las estrictamente políticas, que convocan a superar un pasado divisionista y signado por los intereses de partido. Por otro, la histórica, que exige un tipo de búsqueda deductiva de “leyes constantes y periódicas”, *ibid.*, p. 3. Los términos del propósito histórico de González no son parejamente claros a lo largo de la etapa y conforme al diverso tipo de registros en los que se pronuncia. Muchos de ellos parecen traducir una propuesta más cercana a —o al menos mixturada con— la de *La tradición nacional* [1888], donde el imperativo de un relato de pasado convive con la distinción entre *historia* y *tradición* y la apelación al fondo de oralidad que se considera propio de ésta. Cf. Ana Clarisa Agüero, “Nación, historia nacional...”, *cit.*, pp. 19-20.

Parece interesante, por otra parte, atender a algunas de las distancias gonzalianas respecto de Mitre, quien parte del resultado e intenta explicarlo en un relato que oficie de historia. Aquello a explicar es la desigualdad regio-

González conforme pasan los años, redundando en la tematización de la unidad del devenir temporal. Esto lo lleva a problematizar la relación pasado-presente-futuro y a buscar de continuo vías posibles para una síntesis lógica e histórico-social (en el proceso) y para un relato (una historiografía) que la exprese y le permita realizarse. La presunción de una unidad espiritual y la idea de que la revolución de mayo ha cumplido cabalmente su rol de escindir pasado y presente lo empujan en este sentido.

Todos los elementos señalados contribuyen, como se dijo, a una revalorización de Córdoba que no es posible atribuir sólo al carácter de las intervenciones aquí consideradas. En esa búsqueda de un sedimento común, fuertemente vinculada con la construcción de una narración histórica, el espacio que sigue admitiéndose marcado por la herencia colonial y, en ese sentido, *tradicional* adquiere un nuevo significado. Es precisamente *en virtud de* ese legado que Córdoba encuentra su *lugar* en la nación: como reserva de un pasado común hispano-argentino y como ciudad-universidad, sinónimo de cultura universal y potencialmente moderna. La relectura del pasado cordobés, entonces, queda signada por la revisión de la etapa colonial, por un desplazamiento notable en la consideración del rol de Córdoba en la Revolución y por una valoración positiva de la singularidad local en vistas a la unidad histórica de unos orígenes y un destino nacionales. Desplazamientos todos que dialogan con la evocación nostálgica de la ciudad por quien cree encarnar al hijo pródigo, actualizado en cada uno de sus retornos:

Fundada esta Universidad entre las penumbras de un gobierno colonial sin luces ni orientación [en ella] iba envuelto el germen de vastas reacciones cívicas no sospechadas, de revoluciones políticas incontrarrestables: iba en él [...] la Revolución de Mayo, encendido el yunque donde se forja la Nación Argentina, y con el seno nutrido de todas las ideas orgánicas legadas por las emancipaciones anteriores, frutos a su vez, de aquellas doctrinas salvadas de la antigüedad en el asilo hermético de las ciencias medievales.⁴²

La cita condensa varios de los desplazamientos referidos. La relectura de la etapa colonial, cuya valoración negativa se restringe ahora al (desaparecido) estado colonial en tanto se omite toda mención a la (vigente) Compañía de Jesús; la atenuación de ese pasaje histórico ligada a que en él se gestaba su disolución; la simultánea rehabilitación de la antigüedad y la escolástica (la una como reserva intelectual y moral, la otra como guardiana de aquéllas); y,

nal; lo que le permite explicarlo a grandes rasgos es la apelación a dos colonizaciones diversas. Como es evidente, la historia empieza allí (precisamente, objetará a González la inclusión de un pasado indígena en *La tradición nacional*). En tanto narrativa historiográfica temprana, comparte la tópica común sobre la ciudad y la remite a la especificidad de su propia colonización, *menos buena, más quichua*, que la litoral. El interés puramente presente de la consideración –se busca suturar la diferencia para reconducirla a la unidad– tiene un correlato en la relativa ausencia de toda referencia que exceda el espacio litoral, lo que necesariamente lo aleja de los ensayos tradicional-historiográficos de González –que lo admira–, también distanciados temporalmente. “Aún cuando la colonización del litoral del Plata no siempre fue acertada en la elección de los lugares que se poblaron y en los medios que al efecto se emplearon, ella obedecía, empero, a un plan preconcebido que tenía en vista la producción, el comercio y la población. No así *la colonización mediterránea del país*, debida a la corriente del Perú, la cual, teniendo siempre presente su modelo, *marchaba por instinto tras las huellas de la antigua civilización quichua desde Salta hasta Córdoba, y fundaba sus ciudades al acaso*, sin consultar las condiciones geográficas ni tener en mira ninguna idea económica para el futuro [...] tenían una constitución distinta, siendo la consecuencia más notable de esto la desigual distribución del progreso”. Mitre, Bartolomé, “La sociabilidad...”, cit., p. 17.

⁴² Joaquín V. González, “La universidad de Córdoba en la cultura argentina”, cit., p. 282.

finalmente, una identificación entre Córdoba y la Revolución que se vuelve estructural (ya no son algunos visionarios los que logran romper el yugo sino que Córdoba, al ser universitaria, debía ser ilustrada y revolucionaria). La especificidad de Córdoba la vuelve ahora adecuada para operar la síntesis histórica entre ese pasado que se aloja en sus claustros y un presente, moderno, que ha encontrado también sitio en una Universidad que “atrae y asimila la ciencia con espíritu libre y abierto” (p. 281). En esa dirección, González encuentra que “[...] ningún instituto argentino está mejor colocado que éste para realizar la *restauración del vínculo disuelto entre el presente y el pasado*, en cuanto al valor representativo de la nacionalidad misma. La revolución ha roto, sin duda, el lazo político, pero no ha podido destruir el hecho social y étnico sancionado por la sucesión de tres siglos”.⁴³ De esta manera, Córdoba parece encontrar su misión histórica en instalar una continuidad donde antes hubo una cesura de la cual la Revolución fue inevitable agente. Lo que antes se señalara como su tragedia aparece ahora como su virtud: los clásicos pueden ser leídos no como signo de retraso sino como reserva moral, la escolástica puede desentumecerse y ser puesta al servicio de la vida, la etapa colonial puede servir como memoria común de una dorada comunidad sudamericana que es también comunidad de *raza*:⁴⁴

Pronto resonará sobre estos graves muros [de la Universidad] la campana anunciadora del tercer siglo de su historia viviente y dos épocas revivirán a su llamamiento, para confundirse, para reconstruirse en espíritu, *para restablecer la unidad psicológica de una raza*, y para mostrar a la patria los cimientos seculares de su hogar, que las vicisitudes de la guerra emancipadora pudieron cubrir de cenizas pero no destruir, para que reapareciesen un día a reanimar en las conciencias la fe en el porvenir por la hondura de los cimientos en el pasado. [...] Con el secreto de la antigüedad sobre la cual la patria nuestra puede levantar su edificio eterno. [...] quedará nuestra vieja Universidad como la *guardadora augusta del fuego originario*, custodia del legado fundamental del *patrimonio primitivo*, maestra y *sacerdotisa de los cultos ancestrales y de la mística levadura generatriz* de todas las transformaciones.⁴⁵

Nuevamente, la Universidad condensa la ciudad y es su metáfora, en tanto la percepción del paisaje se altera en la evocación de “la dulzura y atractivos de su ciudad y su valle” (p. 74). Todo esto acompañado de un continuo retorno sensorial, crucial para esa puesta en nostalgia. Cada regreso parece acercar a González a la verdad, a “aquellos años de Córdoba, impregnados de un perfume de alma, semejante al de los viejos armarios de familia, cuyas puertas, al abrirse después de una larga ausencia, envían al corazón un hálito de memorias amadas que lo expanden, lo marean, lo arrebatan, como una humareda de incienso en medio del acorde de un órgano lejano”.⁴⁶ Años cuya oscura descripción sensorial contrasta con la de un clima intelectual –el de los ochenta– que parece definitivamente perdido. Años en que “era brillante el

⁴³ “La universidad de Córdoba en la cultura argentina”, cit., p. 286 (las cursivas son nuestras).

⁴⁴ Sobre la articulación de esta noción con el hispanismo característico de la generación del novecientos, véase Carlos Altamirano, Beatriz Sarlo, “La Argentina del Centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos”, en *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, Ariel, 1997.

⁴⁵ Joaquín V. González, “La Universidad de Córdoba en la evolución intelectual argentina” [1913], en *Obras Completas, op. cit.*, vol. XVI, pp. 70 y 71 (las cursivas son nuestras).

⁴⁶ Joaquín V. González, “Prólogo” a *Pensamiento y Acción* de Angel Avalos [1910], en *Obras Completas, op. cit.*, vol. XV, p. 463.

núcleo de hombres que hacían constelación, cátedra, núcleo atractivo e influyente, foco vívido de pensamiento, de lucha, de acción social y política. ¡Qué, si hasta del seno de los círculos eclesiásticos, como del fondo de una nube oscura, surgían resplandores que alumbraban el camino a la dispersa juventud! [...] En la calle, los muchachos hervían de entusiasmo literario, que desbordaba en veladas, en periódicos, en diarios; y la gran oda, la endecha amante, la prosa poética o la pieza jurídica, eran la preocupación del día” (p. 468). La *tragedia del origen* cordobés y las disociaciones que entraña parecen resolverse en la sensacional alquimia en la cual tradición y modernidad (pensados como monaquismo y monarquismo y como transformación técnica y republicana, respectivamente), pasado y presente, llegan a fundirse en una única y patriótica alma colectiva. De cara al porvenir, el desencanto es sorteado mediante un optimismo del pasado.

Juan Biale Massé y la ciudad como energías en conflicto

Las imágenes de Córdoba elaboradas por Biale Massé se hallan inevitablemente unidas a su fascinación por el paisaje y los recursos de la provincia en general. En toda ella el catalán encuentra energías que concibe en pleno despliegue a lo largo del cambio de siglo y es por esa especificidad que, aunque más sucintamente que a las figuras anteriores, no queremos dejar de tratarlo aquí. Ningún texto plasma como el *Informe* la imagen de una ciudad *en proceso* de una transformación inducida, acelerada y profundamente contradictoria.

El estado de cosas es característico de una sociedad que evoluciona hacia una transformación total en su manera de ser económica y que afloja los resortes mismos de sus rigideces tradicionales para que se infiltren elementos nuevos. Los contrastes no se pueden mantener por mucho tiempo.⁴⁷

La voluntad y el optimismo modernizadores de Biale carecen, sin embargo, de ingenuidad. Su propio viaje intenta desentrañar y dejar constancia (*inscribir*, como buen etnógrafo) de los aspectos más crudos de una implantación cuyos bemoles mostrara Europa antes que América. La idea de un progreso que es material y social aparece íntimamente ligada con el recurso a la ciencia, puesto que de ella se espera un saber que vuelva controlable lo real. Así, Biale enfrenta cada espacio munido de un complejo positivo dentro del cual energía, inercia y dinamómetro representan paradigmas de la actividad social (creativa y reactiva) a la vez que de la posibilidad de su mensura y control.⁴⁸

Al describir Córdoba reformula varios de los tópicos recurrentes en la imaginación general sobre la ciudad a la vez que logra situarlos como representaciones relativas del paisaje y la cultura locales. La perspectiva conflictiva parece desprenderse casi naturalmente de la contradictoriedad del proceso y resulta adecuada para enlazar sus relecturas a formulaciones dualistas anteriores.

⁴⁷ Juan Biale Massé, *Informe sobre el estado de las clases obreras argentinas a comienzos de siglo* [1904], 3 vols., Buenos Aires, CEAL, 1985, p. 222.

⁴⁸ Cf. Javier Trímboli, *Mil novecientos cuatro. Por el camino de Biale Massé*, Buenos Aires, Colihue, 1999.

[Córdoba]...una ciudad hermosa, característica, concentrada, surcada por calles de pisos imposibles e insuperablemente sucias. Una sociedad culta, amable y distinguida; con traje moderno, pero con ribetes de la nobleza del siglo XVI que la fundó; con el sentimiento superior del arte bello, salones elegantes; todo esto en casas de fondos vergonzosos de suciedad, sobre un subsuelo de muladar podrido, en que se alojan todos los microbios posibles, que devoran a los niños, como los ogros de la fábula. [...] Universidad, colegios, conservatorios, escuelas normales y de agricultura, de todo y bueno, que irradia en la República; una alta intelectualidad, que se disipa en estériles discusiones de política bizantina, en ociosidades de club y en vicios de confitería; espíritus democráticos con resabios de monarquía absoluta...⁴⁹

Desde su perspectiva, la modernización *es ese conflicto* entre elementos tradicionales e innovadores que en Córdoba tienen por agentes, respectivamente, una oligarquía disminuida y una juventud cuya liberalización es favorecida por el “espíritu moderno” que invade la Universidad (p. 220). Su desprecio por la élite improductiva es análogo al de ésta por los sectores implicados en las actividades prácticas. Entre ellos, Biale rescata especialmente a los obreros y artesanos que, siendo representantes de una cultura del trabajo, logran experimentar un ascenso social acorde con la época. Su mirada aprobatoria se acompaña de la insistencia en el origen mayormente criollo de esos grupos y, por ende, de una rehabilitación de la herencia hispánica. El criollo le parece el *tipo* más apto para cualquier tarea manual o intelectual con lo que la crítica –hasta el desprecio– del legado social de la colonia se restringe a la porción dominante, a esas presuntuosas y quietas élites sin sentido de la laboriosidad ni del progreso.

Sus imágenes de la ciudad, reforzadas por la virtualidad de fijar un movimiento,⁵⁰ entrañan la reformulación de varios de los tópicos presentes en Sarmiento y en González. Uno de ellos es el relativo a la religiosidad de la ciudad, cuestionada como una representación entre otras en la idea de una “reputación” creada (p. 280) y no necesariamente justa. En segundo lugar, y acaso más significativo aquí, es la idea del paisaje y la cultura locales, de su relación, la que resulta completamente alterada. La ciudad ha superado las barrancas en términos espaciales (en su urbanización) pero también temporales, ya que ello representa un avance de la cultura sobre la naturaleza:

La ciudad se destaca dibujada, con las agudas agujas de sus templos, las siluetas de sus edificios públicos, parques y plazas, ha roto las ligaduras de las barrancas y se desborda por los altos; al sur, la Nueva Córdoba, continúa las calles que cortaba la barranca [...] y el gran parque de nueva Córdoba, con su lago artificial, se ve como una mancha de azulada plata, con el chalet de la escuela agronómica como un centinela encastillado, el vigía que anuncia una nueva era.

Al norte, Alta Córdoba, amojona con casitas para obreros, sus manzanas, y las hileras de arboledas marcan las calles. ¡Qué movimiento en aquel desierto de ayer! Locomotoras que maniobran, unas que se van, otras que llegan por los cuatro rumbos, no se las oye, pero se las ve silbar, el penacho blanco del silbato lo demuestra. Las estaciones son ya insuficientes. *El arial se ha convertido en un edén...*⁵¹

⁴⁹ Juan Biale Massé, *op. cit.*, pp. 219-220.

⁵⁰ Y es el tipo de viaje realizado por Biale, el carácter etnográfico de sus descripciones, su identidad con la ciencia y la efectividad de su “estar allí” lo que proporciona gran parte de su fortaleza al *Informe*.

⁵¹ Juan Biale Massé, *op. cit.*, p. 217 (las cursivas son nuestras).

La cita sólo parece subrayar lo obvio, es decir, que la ciudad que ve Sarmiento no es la misma que ve Biale Massé y que, evidentemente, no la ven desde el mismo lugar. Pero lo interesante aquí es que Biale necesite discutir todavía con una imagen cuya vigencia pone de relieve en ese acto y que esa imagen es, básicamente, aquella imagen fuerte sarmientina. La diversa percepción de la ciudad pero también la certidumbre de un combate –de imágenes y por el imaginario– se expresan en la utilización de figuras altamente contrastantes. Ante una descripción que acentuaba lo cerrado y sombrío, la oscuridad y confusión del terreno y la cultura, se instala otra que destaca una luminosidad que permite ver siluetas, perfiles y detalles y releer por completo el paisaje social: “Hace treinta años que oigo decir que la depresión de Córdoba es causada por su ubicación, entre barrancas, que no permiten levantar la cabeza y abarcar el horizonte, pero hace treinta años también que yo veo que eso es falso” (p. 240). El señalamiento temporal conduce al establecimiento de Biale en Córdoba y comprende la experiencia traumática del dique. Hombre ligado al proyecto juarista, que ciertamente compartía en su afán técnico, Biale había sido víctima precisamente de aquellas élites que juzgaba retardatarias. Casi quince años después del expediente, el catalán insiste en la realidad de esa lucha entre lo viejo y lo nuevo y renueva su voto optimista. Sus imágenes anuncian una ciudad futura que imagina fruto del conflicto entre una herencia idealista y conservadora y unas fuerzas innovadoras técnicas y morales que le parecen destinadas a vencer. “¿Qué fe le tengo a esa evolución! Lo he dicho en cien ocasiones. Córdoba es, por su situación topográfica, el corazón de la República, y por un fenómeno sociológico especial, la República en pequeño; allí nace y allí están los gérmenes del porvenir del país, en materia de trabajo como en cualquier otra” (p. 222).

El optimismo de Biale no debe oscurecer el hecho de que su decidido rescate, tanto de la ciudad como de la provincia, radica más en la perspectiva de articulación de naturaleza y técnica que en su diagnóstico efectivo de la arena social en que los cambios habrían de operarse. Su mirada es contemporánea al desencanto progresista de González, desencanto que hace fluido en este último el rescate de la herencia hispánica. Para el catalán, en cambio, la potencialidad energética y la técnica están en el centro del optimismo por Córdoba, que es un optimismo signado por una imagen de futuro que condena el pasado como algo que debe ser definitivamente abandonado. Coincide en esto con las más belicosas imágenes sarmientinas, pero se aleja de ellas por una valoración *presente* que las pone en crisis. Juega literariamente con el *Facundo* y su lectura invita a la revalorización del espacio en su conjunto y, en ese sentido, constituye una suerte de bisagra hacia la elaboración reformista de la ciudad.

A modo de cierre

El artículo ha intentado recuperar las imágenes de Córdoba elaboradas por tres personajes que formularon diagnósticos y proyecciones sobre su fisonomía y su lugar en un espacio estatal y en un imaginario nacional en vías de conformación. En los desplazamientos señalados entre unas y otras no quiere sugerirse un curso evolutivo sino sólo algunas de las posibilidades abiertas para pensar esa relación en el cambio de siglo y algunas de las tensiones que éstas suponían. Las mismas conforman un repertorio que, montado sobre cierta tópica común, autoriza valoraciones diversas conforme el momento de su formulación pero también conforme el ánimo proyectivo que las alienta. Puede advertirse, en efecto, la existencia de dos núcleos de

imaginación comunes, sujetos a valoraciones cambiantes: por un lado, para todos Córdoba está en identidad con su pasado colonial, actualizado en diverso grado en un presente conservador; por otro, para todos también, la resolución de la tensión entre naturaleza y cultura, entre barrancas y ciudad es crucial para el destino cordobés. Pese a esta relativa convivencia, se advierte también la desigual ponderación de los rasgos acordados conforme la tematización esté guiada por un “deseo” de futuro (el Sarmiento del *Facundo*, el joven González, Bialek Massé) o por una urgencia *presente* de pasado (el “segundo” González). En un caso, el pasado y sus connotaciones parecen deber ser borrados hasta en la más leve posibilidad de evocación; en el otro, la herencia antes impugnada puede ser rehabilitada como elemento distintivo de la ciudad en el espacio nacional y como su necesario aporte a éste.

Siendo contemporáneas, las reválidas de Bialek y de González tienen distinto signo. La primera reivindica la ciudad como espacio originalísimo de un cambio que encuentra *ya* operándose y que estima ha de barrer con el pasado colonial; la segunda monta el rescate precisamente en la pervivencia de ese pasado, en el carácter inédito de reserva que reivindica para Córdoba. Tanto uno como otro rescate son muy significativos, sin embargo, porque alimentan la crisis de aquella imagen radical de Córdoba como sede de la reacción y obstáculo a la transformación nacional que, imagen explícita y fuerte en el *Facundo*, excede ampliamente en sus reapropiaciones las consideraciones sarmientinas.

Si se lee el *Facundo* en relación con los *Recuerdos*, se advierte la dirección de un proceso que sigue el curso de la decadencia de la propia revolución. Se trata, en todo caso, de una lectura que reconoce momentos de esplendor dentro de un esquema colonial más comprensivo (esto es, marcado en los *Recuerdos* respecto de la última década del siglo XVIII y la primera del XIX, es decir, del *momento-funes*) y momentos de retrogradación que juzga inaceptables a partir de 1820 y cuyos rasgos más revulsivos resalta con singular ferocidad en el *Facundo*. La de Sarmiento no es en absoluto una mirada plana sobre la ciudad, y el interés que lo guía tampoco expresa una actitud generalizada respecto de los núcleos urbanos existentes.

Es el sentido común elaborado sobre las más corrosivas de aquellas imágenes el que resulta impugnado por las valoraciones que, en cierta medida, abren camino a unas autorrepresentaciones del espacio local –quizás no más justas pero sí más orgullosas– como las que caracterizan el ciclo reformista. Imágenes que, en gran medida, deben luchar durante todo el siglo XX con la fuerza residual de aquella cristalización de fines del siglo XIX, presente en la mirada que la nación (en gran medida identificada con su Capital) lanza sobre Córdoba. Pensar por qué, visto desde fuera, ese viejo complejo de representación y valoración hegemónicas fue más resistente que sus “correcciones” valorativas (caso del segundo González o de Bialek) o sustantivas (caso de la propia Reforma, que no deja de colarse en este texto) es un convite sugestivo, sobre todo cuando esta imagen “premoderna” (lo que allí equivale a persistentemente colonial y regresiva, es decir, a la descripción y la valoración) reverbera incluso en la historiografía local contemporánea. Es, en parte, la propia simplicidad de la imagen lo que invita a pensar en su eficacia. □

Un caso de orientalismo invertido

*La Revista de Oriente (1925-1926) y los modelos de relevo de la civilización occidental**

Martín Bergel

Universidad de Buenos Aires

1 A mediados de la década de 1920, y en consonancia con un fenómeno que es detectable por esos años en zonas variadas de la cultura occidental, es posible apreciar la emergencia de un discurso novedoso en estratos significativos de los círculos intelectuales argentinos. En un mundo signado por la crisis cultural de alcances mayúsculos producida tras la Primera Guerra Mundial, crisis que puede enunciarse en los términos de la problemática no sólo spengleriana de una “decadencia de Occidente”, tiene lugar, como movimiento conceptual complementario a esa desestabilización del Occidente como modelo cultural hegemónico, la apertura a zonas que dibujan una nueva topología de las referencias y polos de positividad político-culturales. Desde comienzos de siglo, el modernismo cultural, prolongado luego en arielismo y multiplicado por los círculos de la Reforma Universitaria en todo el continente, ha producido, como contraparte de la nueva mirada negativa con que un primer antiimperialismo de raíces espiritualistas comienza a ver a los Estados Unidos,¹ la afirmación de un discurso latinoamericanista de vasto alcance en los espacios intelectuales del período. Pero junto con la emergencia de este *americanismo*, otras referencias, relativamente más tenues, proyectan sobre el *Oriente* una mirada que rescata elementos asimismo positivos, en un movimiento de ideas que aquí denominamos *orientalismo invertido*, y que da tema a este trabajo. El “Oriente”, objeto difuso, ingresa así por primera vez en las consideraciones acerca de los valores que habrían de apuntalar, tras el derrumbe del liberalismo europeo occidental, una nueva era civilizatoria.²

* Este artículo, resultado parcial de una investigación de largo aliento que anhela culminar en la realización de mi tesis doctoral, ofrece una versión del texto presentado en la mesa “Historia intelectual argentina y latinoamericana en los siglos XIX y XX” en las X Jornadas Interescuelas Departamentos de Historia que tuvieron lugar en la Universidad Nacional de Rosario en septiembre de 2005. Allí pude disfrutar de los comentarios que me dispensara Oscar Terán. Posteriormente, las generosas lecturas de Omar Acha, Ezequiel Adamovsky y Adrián Gorelik redundaron en observaciones siempre agudas que me permitieron enriquecer y ajustar el texto. Me veo obligado a señalar, sin embargo, dado mi empeñamiento en sostener frente a ellos algunos puntos de vista, que la responsabilidad por eventuales errores me corresponde por entero.

¹ Cf. Oscar Terán, “El primer antiimperialismo latinoamericano”, en *En busca de la ideología argentina*, Buenos Aires, Catálogos, 1986.

² Decimos que hablaremos aquí de “orientalismo invertido”, y el concepto merece una precisión inicial. En líneas generales, las referencias al Oriente que abordaremos se mantienen dentro del entramado discursivo que canónicamente Edward Said fijó a la hora de definir el orientalismo: “Desde que ha existido en la conciencia de Occidente, Oriente ha sido una palabra que poco a poco se ha hecho corresponder con un vasto campo de significados, aso-

La zona de discursividad que articula este orientalismo invertido en efecto surge sobre todo, aunque no exclusivamente, en torno de los espacios intelectuales que emergen en la Argentina –y en otros países del continente– en la estela de la Reforma Universitaria. Una de sus cristalizaciones más caracterizadas la constituye la *Revista de Oriente*, nacida en 1925 de los círculos de un antiimperialismo cuyo origen reformista no impedirá su rápida extensión hacia otras franjas de la cultura del período. Su principal mentor, Arturo Orzábal Quintana, una figura hoy apenas recordada, es uno de los intelectuales de mayor presencia de la década en los circuitos reformistas y de izquierda (su firma es detectable con gran frecuencia en la *Revista de Filosofía* y en *Nosotros*, entre otras publicaciones). La *Revista de Oriente*, con todo, tendrá vida breve –dejará de salir por problemas financieros al año de su aparición–, y si retiene nuestra atención hoy es porque se nos aparece como un índice saliente de un discurso sobre el Oriente que sin embargo la excede, y cuyos contornos generales nos proponemos aquí reconstruir.

2 Las referencias orientalistas, que hemos de ver emerger profusamente en la década de 1920, no eran sin embargo nuevas en la cultura argentina. Son bien conocidas las recurrentes apariciones de motivos asiáticos en la escritura sarmientina, muy especialmente en el *Facundo*. En su propósito de conocer y brindar un marco explicativo a la vez que persuasivo para entender la barbarie que ha brotado de la pampa argentina domeñando las luces de la civilización, Sarmiento acude continuamente al uso de analogías orientalistas.³ Carlos Altamirano ha estudiado el modo como la “cita orientalista”, ese mecanismo que apela a un código plenamente establecido y familiar –a pesar de la lejanía del objeto real– en el horizonte intelectual del siglo XIX, es para Sarmiento uno de los principales modos de producir conocimiento sobre *el otro gaucho*, a la vez que para evocar los resortes que trabajan produciendo el fenómeno del despotismo americano.⁴ El Oriente brindaba un acervo de recursos, algunos de los cuales podían ser utilizados para adornar el romanticismo literario que es una de las

ciaciones y connotaciones que no se referían necesariamente al Oriente real, sino al campo que rodeaba a la palabra” (E. Said, *Orientalismo* [1978], Madrid, Debate, 2002, p. 274). El Oriente evocado por la serie de discursos que habremos de explorar está presidido, en algunos casos, por una persistente *voluntad de conocimiento*. Y sin embargo, si hemos de decir que esos discursos no desbordan las fronteras del orientalismo, es porque ellos no dejan de ser proyecciones imaginarias –aun cuando se pretendan verdaderas– sobre su objeto. Con todo, el orientalismo al que nos referimos presenta una alteración radical en una de sus componentes fundamentales. Es conocido, a partir de la obra de Said, que la saga orientalista permitió devolver especularmente una imagen complaciente de la propia cultura occidental, cuya superioridad relativa resultante del contraste producido a partir de su figuración como *lo otro de Oriente* ofició de justificación de la empresa de conquista de Asia y África. Ahora bien: el orientalismo al que nos referiremos no deja de serlo en cuanto representación del Oriente construida desde el Occidente –en este caso, desde la periferia argentina–, pero su signo ha mutado por completo. Ante la crisis de Occidente, emergen por primera vez referencias connotadas positivamente que colocan expectativas en el Oriente como territorio llamado a abonar un proyecto de regeneración humana. He allí entonces un orientalismo *invertido*.

³ El caso es bien conocido, por lo que nos limitamos aquí a citar unos pocos ejemplos extraídos de la edición del *Facundo*, Buenos Aires, Kapeluz, 1971. Sobre la educación en la pampa: “El progreso moral, la cultura de la inteligencia descuidada en la tribu árabe o tártara, es aquí no sólo descuidada, sino imposible” (p. 80); sobre el caudillismo: “El caudillo argentino es un Mahoma, que pudiera, a su antojo, cambiar la religión dominante y forjar una nueva” (p. 108); sobre Facundo Quiroga: “Cuando predomina una fuerza extraña a la civilización, cuando Atila se apodera de Roma, o Tamerlán recorre las llanuras asiáticas [...]. Facundo, genio bárbaro, se apodera de su país” (p. 147).

⁴ Carlos Altamirano, “El orientalismo y la idea del despotismo en el *Facundo*”, en C. Altamirano y Beatriz Sarlo, *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, Ariel, 1997 (2ª ed. ampliada).

bien conocidas facetas del *Facundo*, pero que en general tienen como rasgo común el presentar aspectos negativamente connotados.

Ahora bien, si a Sarmiento le parece tan natural y productivo el recurso a la imaginación oriental, es porque las élites intelectuales decimonónicas en la Argentina procuraron inscribirse explícitamente en el curso desplegado por la civilización occidental. “Europeos nacidos en América”, al decir de Alberdi, los letrados argentinos no podían sino compartir uno de los mecanismos más recurrentes de autoafirmación de la identidad europea, convertido en una suerte de sentido común en el horizonte del liberalismo decimonónico. Sarmiento lo señala explícitamente en sus *Viajes*, al señalar, ahora ya en su visita a Argelia, que “nuestro Oriente es la Europa, y si alguna luz brilla más allá, nuestros ojos no están preparados para recibirla sino a través del prisma europeo”.⁵

El recurso al orientalismo se prolongará a lo largo del siglo XIX, y en efecto permanecerá como un rasgo cuanto menos implícito en los grupos letrados, precisamente hasta que la hegemonía cultural europea comience a ser cuestionada. Le va a corresponder al ensayo positivista finisecular, a partir de su uso recurrente de la categoría de raza como modo de interpretación central de los fenómenos sociales, volver a hacer explícito el orientalismo. Así, cuando Carlos Octavio Bunge en *Nuestra América* procure establecer una sociología del caudillismo, tenido por principal flagelo del continente, y lo haga derivar de la pereza, rasgo dominante de la psiquis del hombre de raza americana, volverá sobre las formas de la comparación orientalista de cuño sarmientino:

No fue europea, ni siquiera española, la crueldad desplegada por el caudillaje argentino en las luctuosas guerras civiles que, de 1820 a 1861, encenagaron la “Confederación Argentina [...]”. Ante los orientales, exentos de esteticismo griego y de caridad cristiana, cuyos nervios saben saborear toda la voluptuosidad del espectáculo del dolor ajeno, cuya imaginación es tan fecunda en descubrir los más agudos y prolongados suplicios, los europeos, en materia de crueldad son inocentes niños [...]. Pero, en las venas de la plebe hispanoamericana, la sangre azul de los hidalgos godos corre mezclada a la oscura sangre de los indígenas, parientes lejanos de los indomalayos [...]. De ahí que las “muchedumbres criollas” hayan podido dar alguna vez a sus desmanes un sello de verdadera “crueldad china”. De ahí que la fantasía oriental pudiera inspirar, por afinidad, los fabulosos suplicios que a los vencidos imponían los caudillos y turbas semiindígenas que desolaron nuestras tierras en época no remota...⁶

El argumento racialista y hasta racista se ha extremado, y ahora la eficacia explicativa de este factor permite a Bunge imaginar “una gota de sangre china” en el corazón de los lugartenientes rosistas. El determinismo racial se anuda al pesimismo biologicista, y así los motivos asiaticistas adquieren un tono exasperado ante una realidad que aparece como fatídica. Nos hallamos ante rasgos que pudieron ser modulados también por el Ingeniero más cerradamente positivista. En sus *Crónicas de Viaje* de 1905-1906, en un apartado titulado cristalina-mente “Las razas inferiores”, Ingeniero narra en los siguientes términos la llegada de su barco a las costas del África Occidental:

⁵ D. F. Sarmiento, *Viajes*, Buenos Aires, Editorial Belgrano, 1981, p. 239, citado en C. Altamirano, *op. cit.*, p. 87.

⁶ C. O. Bunge, *Nuestra América* [1903], Buenos Aires, Teorhía, 1992, p. 215.

El espectáculo ya harto vulgar, de la turba de negros zambulléndose en el mar transparente para atrapar una moneda, es indigno de ser descripto. El más elemental orgullo de la especie queda mortificado al presenciar por vez primera ese ejemplo de laxitud moral ofrecido por las razas inferiores. Todos los ingenuos lirismos de fraternidad universal se estrellan contra estas dolorosas realidades [...]. Los “derechos del hombre” son legítimos para los que han alcanzado una misma etapa de evolución biológica; pero, en rigor, no basta pertenecer a la especie humana para comprender esos derechos y usar de ellos...⁷

Aun cuando para Ingenieros la raza negra parece ubicarse en el último peldaño del escalafón de las razas, y por ello “los hombres de razas blancas, aun en sus grupos étnicos más inferiores, distan un abismo de estos seres”,⁸ es dable suponer que en un mundo así organizado en estricta jerarquía de razas, las asiáticas aparecerán también –la frase recién citada parece aludir a ello– en una posición de subalternidad respecto de las europeas.

Hemos incorporado al África como referencia orientalista, y con ello no hacemos sino reproducir uno de los rasgos salientes de este discurso: su imprecisión geográfica y cultural a la hora de mentar “el Oriente”, y su tendencia a “agrupar circunstancias muy diversas en gruesas generalizaciones –en general definidas a partir de su carácter no-europeo–. Tal imprecisión conlleva la dificultad de calificar de un modo inequívoco ciertas realidades ubicadas en una situación de frontera respecto al par Occidente-Oriente: ejemplarmente, el caso de Rusia, alternativamente imaginada por Europa como parte de la barbarie asiática, como, sobre todo desde la segunda mitad del siglo XIX, incorporada en ciertas miradas –respaldadas en fenómenos como la modernización de algunas ciudades rusas, o el auge y el refinamiento de su literatura– al impulso civilizatorio europeo.⁹

Acaso sea por ello que otra de las figuras intelectuales destacadas dentro de la cuadrícula positivista finisecular ofrezca también una mirada ambivalente del fenómeno ruso. Cuando Ernesto Quesada se decida a publicar en 1888 la serie de narraciones de viaje que titula *Un invierno en Rusia* –libro que presenta jactanciosamente como “el primero en que un americano del sur ha reunido sus impresiones por el vasto imperio ruso”– la visión que tenderá a primar, sobre todo al visitar sus grandes ciudades, es la de una sociedad en pleno fermento modernizador.¹⁰ Si entonces esa mirada sobre Rusia aparece como gobernada por un impulso positivo, no es sin embargo por un repentino gusto por lo exótico, sino porque al visitar San Petersburgo Quesada se encuentra con rasgos típicamente europeos. Así, podrá decir que “basta sólo pasearse por las calles de esta capital para comprender qué raíces profundas había echado aquí la influencia gala”;¹¹ así, también, podrá mostrarse asombrado del espíritu moderno de la mujer rusa, superior al de sus congéneres europeo-occidentales y aun de Nueva York.¹² Con

⁷ J. Ingenieros, *Crónicas de Viaje (Al margen de la ciencia), 1905-1906*, en sus *Obras Completas*, Buenos Aires, Elmer Editor, 1957, vol. 5, pp. 116 y 117.

⁸ *Ibid.*, p. 117.

⁹ Cf. Martin Malia, *Russia under western eyes: From the bronze horseman to the Lenin mausoleum*, Cambridge, Harvard University Press, MA, 1999.

¹⁰ Dirá Quesada en la introducción a su obra: “Tengo la convicción de que la Rusia, cualesquiera que sean sus transformaciones, está llamada a desempeñar un papel importantísimo en Europa, y por ende en el mundo entero” (E. Quesada, *Un invierno en Rusia*, Buenos Aires, Jacobo Peuser, 1888, pp. 10 y 11).

¹¹ *Ibid.*, p. 177.

¹² “Desde que se penetra al territorio ruso llama la atención el aire resuelto de las mujeres de mejor aspecto, que fuman sus cigarrillos, caminan, conversan y ríen con el mayor desparpajo e independencia [...] parecen desdeñar

todo, como ha sugerido Oscar Terán, es posible pensar que si Quesada exhibe admiración por la modernización de San Petersburgo, es porque –en analogía implícita con Buenos Aires– encuentra en ella motivos para celebrarla en tanto “ciudad construida como símbolo de la modernidad en una sociedad atrasada”.¹³ Como la Argentina cartografiada por Sarmiento, Rusia dejaría de ser una entidad unívoca para desdoblarse en una parte civilizada y otra atrasada o bárbara; como en la Argentina de su tiempo, Quesada puede confiar en que la marcha de la primera puede sojuzgar a la segunda, y así pronostica un futuro promisorio para esa nación por la que no esconde sus simpatías.

Si estas impresiones de viaje de Quesada admiten entonces pliegues, ello se debe tanto a que su cientificismo nunca alcanzará las notas de unidimensionalidad racista que hemos visto en Bunge e Ingenieros (y así sus incursiones por el mundo de lo social admitirán un peso explicativo de factores diversos, como la economía, la raza, la psicología, etc.), como al particular lugar de Rusia –sobre el que hemos de volver–, pasible de ser ubicada como extensión del Occidente en el Oriente, cuando no sitio en el que alguna de sus dinámicas encuentra una más completa realización. Todo ello no alcanza sin embargo a desbordar la mirada orientalista hegemónica, que, como hemos dicho, correrá paralela a la suerte del liberalismo.

3 El cambio que nos interesa cernir en las representaciones sobre “el Oriente” sobreviene en efecto con la Primera Guerra Mundial. No es que algunos índices de esa mutación no se anunciaran previamente: por ejemplo, en el ingreso de la teosofía como práctica y como filosofía de raigambre claramente oriental, que es posible fechar en los primeros años del siglo.¹⁴ Con todo, aun en este caso es la gran conflagración mundial la que viene a darle mayor presencia a este fenómeno, en el que efectivamente se verán envueltas varias de las figuras de la izquierda reformista que habremos de tratar (empezando por Orzábal Quintana).

Como se sabe, en efecto, la gran guerra se presenta como la confirmación rotunda de los visos que anunciaban el declive europeo, y que en el viejo continente habían hecho aparición en las décadas previas en torno al tópico de la *decadence*. A pesar de ello, si en algunas figuras del elenco intelectual argentino la anterior admiración sarmientina por los Estados Unidos como verdadero faro civilizatorio se hallaba ya recusada cuanto menos desde fines de siglo (tanto por la creciente crispación causada por la amenazante injerencia de ese país en asuntos internos de naciones del subcontinente, como por la extendida popularidad del tópico de matriz arielista que asignaba a su cultura el predominio de valores materialistas dignos de despreciar), hasta 1914 la adscripción al horizonte europeo occidental no había sido en cambio objeto de cuestionamientos.

La guerra entonces es la que precipita el viraje. A pocas semanas de iniciada formalmente la contienda, Ingenieros publica su conocido texto “El suicidio de los bárbaros”, que

el recato y la modestia tradicionales de su sexo, como si eso fuera anticuada gazmoñería. Cualquiera, después de haberlas visto con frecuencia, las creería más bien hombres que mujeres, y a pesar de la innegable belleza de muchas o de la involuntaria coquetería de otras, no traen a la memoria de ningún tipo de mujer del occidente de Europa, dejando muy atrás la más audaz *flirtation* de una despreocupada *miss* neoyorquina”. *Ibid.*, pp. 140 y 141.

¹³ O. Terán, “Ernesto Quesada: sociología y modernidad”, en *Vida intelectual en el Buenos aires fin-de-siglo (1880-1910)*. *Derivas de la “cultura científica”*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000, p. 210.

¹⁴ Cf. Eduardo Devés Valdez y Ricardo Melgar Bao, “Redes teosóficas y pensadores (políticos) latinoamericanos, 1910-1930”, *Cuadernos Americanos* (nueva época), Año XIII, vol. 6, N° 78, México, UNAM, noviembre-diciembre de 1999.

supone una considerable reversión de las certidumbres culturales que habían alumbrado no sólo su propio curso intelectual sino el entero pensamiento argentino y latinoamericano. Ante una Europa “que ha resuelto suicidarse, arrojándose al abismo de la guerra”, Ingenieros no solamente no duda en asignarle el rótulo de “naciones bárbaras” a aquellas que como Francia habían sido siempre tenidas por vanguardia de la civilización, sino que se permite precozmente, en el mismo movimiento, ubicarlas en un pasado pronto a superar. En efecto, en este breve texto Ingenieros anuncia un gesto que será retomado una y otra vez en la posguerra: vista desde la Argentina, la guerra no parece un acontecimiento a lamentar demasiado, puesto que ha servido para desencadenar “el principio de otra era humana”:

La actual hecatombe es un puente hacia el porvenir. Conviene que el estrago sea absoluto para que el suicidio no resulte una tentativa frustrada. Es necesario que la civilización feudal muera del todo exterminada irreparablemente.¹⁵

Ciertamente, como apunta Terán, en el pensamiento occidentalista de Ingenieros esto no es más que una fisura, y esta deriva nunca llegó a cristalizar los términos de un decidido antieuropeísmo.¹⁶ Pero puede decirse que su texto inaugura el movimiento de ideas que estamos analizando, en tanto funda la posibilidad de, a un tiempo, desestabilizar las referencias culturales hegemónicas, e imaginar la emergencia de otras nuevas que acudan a relevarlas. El periplo del último Ingenieros es en rigor coherente con estas premisas, puesto que en él desarrollará tanto un antiimperialismo que supone la crítica del occidente capitalista, como la toma de partido por dos proyectos políticos llamados a regenerar la cultura de raíz: la Reforma Universitaria y la saga latinoamericanista a la que da lugar –a cuyo abrigo Ingenieros se coloca tanto como es colocado por las juventudes universitarias en indiscutible posición de “maestro de la nueva generación”–, y la Revolución Rusa, a la que saluda como la aurora de unos tiempos nuevos, y que será, como veremos, una de las llaves de entrada principales a la cuestión del “Oriente”.¹⁷

Esa posibilidad entreabierta por Ingenieros es retomada por estratos significativos de la cultura intelectual argentina de los años 1920, sobre todo –aunque no solamente– en los círculos reformistas. Así, en 1925 un Carlos Astrada podrá prolongar el camino de debilitamiento de Occidente como horizonte civilizatorio insuperable de su época:

El hombre blanco de occidente, en su absolutismo, estaba ya acostumbrado a razonar sobre la civilización o la cultura, refiriéndose exclusivamente a las que él pertenece, como si no existiesen otras civilizaciones u otras culturas distintas a la suya [...]. Esa tendencia exclusiva del pensamiento occidental, que Ortega llama, con propiedad, “monismo cultural”, ha venido a ser corregida [...]. Como consecuencia de esta necesaria rectificación, *la mentalidad de nuestro tiempo dilata el horizonte de sus búsquedas*, se ejercita en una más fina e integral percepción de los valores humanos, conquista, en suma, una nueva manera de pensar el universo histórico, que comprende y acepta como contenido de éste, en toda época, *plurali-*

¹⁵ J. Ingenieros, “El suicidio de los bárbaros”, en *Los tiempos nuevos* [1921], Buenos Aires, Losada, 1990, p. 11.

¹⁶ O. Terán, *Ingenieros: Pensar la nación*, Buenos Aires, Alianza, 1986, pp. 73 y ss.

¹⁷ Sobre la última fase del pensamiento de Ingenieros véase O. Terán, *Ingenieros: Pensar la nación*, cit.; y Alexandra Pita, “Intelectuales, integración e identidad regional. La Unión Latinoamericana y el Boletín Renovación, 1922-1930”, tesis de doctorado presentada en el Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México, México D.F., enero de 2004.

dad de civilizaciones –orbes independientes– con modalidades espirituales distintas y, también, con distintas propensiones vitales.¹⁸

Esa apertura a nuevos horizontes culturales dignos de enriquecer la experiencia humana en el planeta es precondition de la nueva visibilidad que adquiere contemporáneamente el Oriente. Si lo es, además, es porque Astrada ha extremado los juicios con que el *Ariel* de Rodó supo sembrar de dudas algunas de las certezas más férreas del liberalismo decimonónico heredado. Así, si Rodó se despegaba del positivismo del que era contemporáneo, para encadenar el saldo benéfico que creía posible extraer de la ciencia al hecho condicionante de que ella estuviera al servicio de ideales, para Astrada “la edad científica” ha traído aparejado “un notable descenso de la vida del espíritu; el hombre occidental comienza a eclipsarse, transformándose en un tornillo de la gran máquina, en un autómatas de la especialización científica”. Embebido en la reacción antipositivista que daba tono intelectual a la época, Astrada podía concluir que “la investigación científica en estas condiciones [...] tiende fatalmente a mecanizar el hombre; angosta su emotividad, mata su alma”.¹⁹

No sólo aquí está ausente el afán componedor que en Rodó no contraponía necesariamente ciencia e ideal; a diferencia del uruguayo, que en todo caso guardaba reparos para el materialismo antiespiritualista que creía ver gobernando la marcha de Norteamérica, aquí lo que se enjuicia, de un modo tanto más lapidario, es un genérico “hombre occidental”.

Ese descentramiento de Occidente que hace Astrada no podía prescindir de una autoridad intelectual de lectura obligada en la materia. Oswald Spengler había publicado en 1918 y 1922 los dos tomos de *La decadencia de Occidente*, rápidamente convertidos en fenómeno editorial. En la Argentina, le corresponde a Ernesto Quesada, a quien reencontramos ya jubilado luego de décadas de cátedra universitaria, la principal recepción de esta obra. En una importante conferencia en la ciudad de La Paz a comienzos de 1926 ante el presidente boliviano y otras autoridades de lustre –conferencia que inmediatamente será publicada por la Universidad Nacional de La Plata–, Quesada podrá saludar en Spengler al “gran pensador de este primer tercio del siglo xx”. El autor germano, de un modo similar al realizado por Spencer respecto de Darwin más de medio siglo atrás, ha logrado exitosamente trasladar los más avanzados desarrollos de las ciencias duras al campo de las humanidades. Así, el edificio conceptual de Spengler, que “remodela actualmente los conocimientos humanos en las disciplinas morales, filosóficas e históricas”, se asienta en la aplicación de los principios derivados de la teoría de la relatividad de Albert Einstein.²⁰

Es esa aplicación la que permite la desestabilización de Occidente que hemos visto producirse en el pensamiento de Astrada. Para Quesada, lejos de ser Spengler un pensador pesi-

¹⁸ C. Astrada, “La deshumanización de Occidente”, *Sagitario. Revista de Humanidades*, N° 2, La Plata, 1925, pp. 194-196 (cursivas nuestras).

¹⁹ *Ibid.*, pp. 197 y 199. Proseguía Astrada su alegato anticientificista: “Nada más elocuente y aleccionador, a este respecto, que la triste confesión que hace Darwin en su autobiografía. El ilustre autor de “El Origen de las Especies” comprueba, con dolor, que la continua y exclusiva consagración a un trabajo científico enteramente metódico y especializado había anulado su imaginación, destruido su sensibilidad, hasta el extremo de que las obras de Shakespeare, en lugar de deleitarlo, como en otro tiempo, le causaban fastidio y aburrimiento. Darwin se había “convertido” –según sus propias palabras– en una máquina de deducir leyes generales”. *Ibid.*, p. 199.

²⁰ E. Quesada, “Spengler en el movimiento intelectual contemporáneo”, en *Humanidades. Publicación de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación*, Universidad Nacional de La Plata, 1926, p. 31.

mista –antes bien: su obra está pulsada desde “el más robusto optimismo”–, sus principios relativistas no hacen sino alertar acerca de la pluralidad e inconmensurabilidad de las civilizaciones. Spengler, con una “erudición maravillosa”, ha colocado por primera vez en evidencia “una ley biológica universal”: ella indica que las civilizaciones, como los demás seres vivos, nacen, se desarrollan y mueren.²¹ El correlato de estas premisas es que ante el eclipse del ciclo cultural occidental, otras civilizaciones ya se candidatean en su reemplazo. Y si, como veremos en un momento, Quesada podía señalar al Oriente entre esos candidatos, culminaba su alocución en tierras bolivianas salvando lo que intuía como un agujero del esquema spengleriano: el de no haber reparado en la riqueza del ciclo cultural precolombino. Así, a tono con el indigenismo en boga en las juventudes reformistas del Perú y de Bolivia, Quesada se permitía finalizar –en discrepancia con el ilustre pensador cuyas ideas glosaba– augurando que la posta del impulso civilizador habría de encarnarse en “un ciclo cultural americano, pero no anglosajón, sino latinoamericano, con carácter netamente indianista.”²²

Estas certidumbres acerca del fenecimiento de Occidente habrían de expresarse en un verbo más militante, cuando Alfredo Palacios –por lo demás influido también por las lecturas de Spengler–, ungido en maestro por las camadas de jóvenes reformistas del continente, señale en su conocido “Mensaje a la juventud Iberoamericana” de fines de 1924 la necesidad de tomar otro camino que el que inevitablemente ha conducido a la debacle a la cultura europea:

Nuestra América hasta hoy ha vivido de Europa, teniéndola por guía. Su cultura la ha nutrido y orientado. Pero la última guerra ha hecho evidente lo que ya se adivinaba: que en el corazón de esa cultura iban los gérmenes de su propia disolución. Su ciencia estaba al servicio de las minorías dominantes y alimentaba la lucha del hombre contra el hombre [...]. ¿Seguiremos nosotros, pueblos jóvenes, esa curva descendente? ¿Seremos tan insensatos que emprendamos, a sabiendas, un camino de disolución? ¿Nos dejaremos vencer por los apetitos y codicias materiales que han arrastrado a la destrucción a los pueblos europeos? [...]. Volvamos la mirada a nosotros mismos. Reconozcamos que no nos sirven los caminos de Europa ni las viejas culturas. Estamos ante nuevas realidades. Emancipémonos del pasado y del ejemplo europeo, utilizando sus experiencias para evitar sus errores”.²³

²¹ E. Quesada, “Spengler en el movimiento intelectual contemporáneo”, cit., p. 34 y 35. En la visión de Spengler que Quesada hace suya, se ha dislocado el tiempo continuo y acumulativo derivado de la creencia en una marcha civilizatoria única: “Antes de Spengler, jamás se habían estudiado los ciclos culturales anteriores con tal criterio morfológico comparado, pues reinaba el concepto –un tanto infatigablemente simplista– de que el pasado era una línea recta [...]. Eso es perfectamente falso: no hay tal línea recta. La historia se compone de una serie de ciclos culturales, es decir, de agrupaciones humanas que se desenvuelven con arreglo a condiciones de tiempo y lugar [...] y siendo sólo accidental el contacto con otros ciclos, pues lo más frecuente ha sido el desarrollo independiente de cada uno”. *Ibid.*, pp. 37 y 38.

²² *Ibid.*, p. 44. Es de sospechar que Quesada procuró obtener la simpatía de su auditorio en este alegato indigenista, que por otra parte se ubica en las antípodas del pesimismo del positivismo racista de veinte años atrás: “Por eso, tengo para mí que en el despertar de las razas indígenas americanas [...] ahí está el secreto del porvenir, que asombrará al mundo en la forma del nuevo ciclo cultural, con otras orientaciones y distintos ideales de los sensuales y materiales de este período de senilidad y chochez en que se va extinguiendo el ciclo actual [...]”. Y luego: “[...] en un país mediterráneo como Bolivia, estupenda Suiza americana [...] aquí, pues, debe estudiarse aquel gravísimo problema sociológico mejor que en parte alguna, y aquí debería venir un sociólogo tan genial como Spengler, para aplicar a esta situación su intuición de vidente, y poder darse cuenta de si, en el seno de nuestra América indígena, no palpitan ya los movimientos fetales de un nuevo ciclo histórico cultural, próximo a su alumbramiento [...]”. *Ibid.*, pp. 44 y 46.

²³ A. Palacios, “Mensaje a la juventud Iberoamericana”, en A. Palacios, *Nuestra América y el Imperialismo Yanqui*, Madrid, Historia Nueva, 1930, pp. 87 y 88.

Podemos decir entonces que aquí hemos arribado a un punto de condensación en el cual el europeísmo ha podido ser finalmente recusado sin ambages. El correlato más extendido de este proceso es el inflamado latinoamericanismo que se esparce por el continente. Pero junto a él, se adivina también una luz tras los océanos: es el Oriente.

4 Cuando Quesada expone entusiastamente el pensamiento de Spengler, junto al esquema relativista que descentra el Occidente presenta una idea del alemán que se le antoja relevante para apreciar mejor su mundo contemporáneo: es la que califica a ciertas culturas que se han estacionado en estado “de barbecho”. La expresión, extraída del lenguaje de los ciclos agrícolas, tiene como fin metaforizar el período “durante el cual descansa un pueblo que tuvo una cultura deslumbrante”. Eso es lo que ha sucedido, señala Quesada, con China, India, Egipto, entre otros casos. Pero, añade, “ese período de barbecho no puede ser eterno, y alguna vez despiertan los pueblos”.²⁴

He aquí entonces la presentación de un sintagma recurrentemente utilizado en los círculos intelectuales que retienen nuestra atención: se trata de “el despertar de Oriente”. Quesada mismo se sirve explícitamente de él:

La última conflagración mundial, al hacer entrechocarse en los campos de batalla de Europa a soldados de todas las razas, traídos de diversos continentes, y al llevar al mundo colonial fuera de Europa la lucha de las naciones blancas, ha contribuido a provocar el despertar asiático y africano. Hoy la China fermenta, la India se agita, Marruecos se rebela, Siria se resiste, y por doquier los pueblos invocan su propio destino para poner término al largo interregno del barbecho secular.²⁵

La parábola se ha producido, y por primera vez el Oriente ingresa en la consideración del pensamiento argentino como algo de signo distinto que el de la barbarie sarmientina o el eventual exotismo romántico o modernista.

Esta rehabilitación del Oriente obedece en rigor a procesos que deben ser enmarcados en un cuadro que excede con creces el caso argentino. Sus variadas fuentes, no siempre fáciles de ubicar con precisión, a menudo aparecen en una situación de entrelazamiento y superposición que parece haber tenido un efecto acumulativo de reforzamiento de ese nuevo lugar del Oriente. Una de esas fuentes, de las más vigorosas, indudablemente proviene de las lecturas realizadas desde el mirador provisto por la Internacional Comunista. La Komintern había nacido en 1919 en el afán inmediato de servir a la causa de la extensión de la revolución en territorio europeo. En su Primer Congreso Mundial de ese año, se dedicaban contadas referencias a las realidades extraeuropeas, subsumidas en una genérica “cuestión colonial”. Todavía más, a Lenin le correspondió pulir una resolución que utilizaba el término “bárbaros” para designar a los soldados de los países coloniales.²⁶ Pero en la medida en que las esperanzas en la revolución europea comenzaron a esfumarse, cobró nueva importancia lo que a partir del Segundo Congreso de 1920 empieza a llamarse “cuestión del Oriente”, tema que no hará sino acrecentar su impor-

²⁴ E. Quesada, “Spengler en el movimiento intelectual contemporáneo”, cit., p. 42.

²⁵ *Ibid.*

²⁶ Manuel Caballero, *La Internacional Comunista y la revolución latinoamericana*, Caracas, Nueva Sociedad, 1987, p. 42.

tancia en los años sucesivos –respaldada en algunos referentes de peso, como las luchas revolucionarias del Kuomintang chino–, y que habrá de ocupar un lugar de relieve en las numerosas ligas antiimperialistas que surgen a mediados de la década.²⁷

En buena medida partícipe de ese extendido clima de ideas propiciado por el horizonte abierto con la Revolución Rusa, nace en Buenos Aires en 1925 la *Revista de Oriente*. En rigor, es estrictamente el país de los Soviets la ventana al tema oriental. La publicación es órgano de la Asociación Amigos de Rusia, creada con la finalidad de dar a conocer al público argentino la marcha y las distintas facetas del experimento revolucionario ruso, al tiempo que en un terreno político-práctico aboga por conseguir el reconocimiento de la URSS por parte del Estado argentino. Rápidamente, sin embargo, se comprueba que en el discurso de la revista la palabra “Oriente”, invocada inicialmente para nombrar ese objeto de admiración sin tregua que se cifra en todos los aspectos del proceso revolucionario ruso, habilita un campo de deslizamientos de sentido hasta desembocar en otros referentes geográficos convocados con el fin de concitar asimismo el interés y la simpatía del público lector. Así, el breve editorial del primer número, titulado escuetamente “Propósitos”, podía justificarse en estos términos:

La última guerra europea ha acelerado el despertar de una nueva conciencia humana. Una tragedia tan inmensa no podía resultar estéril. Por encima de los escombros de la guerra, Rusia encarna hoy el anhelo universal de realizar una humanidad nueva y, por eso, frente a la política imperialista de Occidente representada por los Estados Unidos, es para nosotros el símbolo de una nueva civilización. Queremos recoger en nuestras hojas el esfuerzo que a la par de Rusia, se realiza en Méjico, Marruecos, China, la India y desde el fondo de las masas obreras y campesinas de todo el mundo para divulgar entre los obreros e intelectuales de nuestro país y de toda la América del Sud.²⁸

Con todo, como lo prueba la misma composición y los colaboradores de la revista, la nueva atención hacia el Oriente inaugurada por la Revolución Rusa está lejos de ser un efecto único de las directivas emanadas de la Komintern. Si el enfoque doctrinario que campea en la *Revista de Oriente* está basado en un cierto marxismo, y el antiimperialismo del que se precia es escudriñado ahora como un fenómeno de raíz fundamentalmente económica, la publicación abrirá sus puertas a figuras provenientes de un espectro ideológico que no se deja sesgar en las orientaciones promovidas entonces por el Partido Comunista local –que provee sin embargo un número importante de los adherentes a la Asociación Amigos de Rusia–, desde anarquistas como el pedagogo Julio Barcos, al Haya de la Torre en incansable exilio proselitista en la etapa de gestación del APRA, o el propio Mariátegui, pasando incluso por nombres de la vanguardia literaria como Alfredo Brandán Caraffa o el poeta ultraísta Jacobo Fijman (este último aportará un poema, “Sub-drama”, en el que se permite jugar con el nombre de la

²⁷ Cf. Ricardo Melgar Bao, “La recepción del orientalismo antiimperialista en América Latina: 1924-1929”, *Cuadernos Americanos* (nueva época), N° 109, México, UNAM, enero-febrero de 2005.

²⁸ “Propósitos”, *Revista de Oriente*, N° 1, Buenos Aires, junio de 1925. Nótese el parecido del editorial con la cita anterior de Quesada. Salvando un viejo leit-motiv de éste último (el despertar de los pueblos no occidentales debía darse “por evolución y no por revolución”), que marca la distancia ideológica, la familiaridad de los términos empleados en ambos casos permite pensar en lo establecido de esas nociones en la constelación intelectual del período.

revista: “...Orientes y Occidentes / se quebrarán mis ejes / Lo sé”).²⁹ Y es que, en rigor, la caja de resonancia provista por el antiimperialismo en la década de 1920 pudo atraer a una miríada de intelectuales en tránsito, al tiempo que numerosas organizaciones a veces sólo lábilmente establecidas –en una época de una notable intensidad de contactos a escala transnacional: redes, cartas, viajes, etc.– procuraban traducir en algo parecido a organización la extendida sensibilidad antiimperialista. El continente asiste así a una verdadera superposición de entidades que se reclaman de ese credo: a la Liga Antiimperialista de las Américas (LADLA), sólo parcialmente hegemonizada por los comunistas –al menos hasta el Congreso Antiimperialista Mundial de Bruselas, a comienzos de 1927, figuras como Haya de la Torre o Vasconcelos le dan su apoyo–, hay que agregar, sólo en la Argentina, la Liga Antiimperialista chispista (protrotskista), la Unión Latinoamericana (ULA) de Ingenieros y Palacios, y un desprendimiento ulterior de ésta, la Alianza Continental impulsada por Orzábal Quintana en torno a la cuestión de la soberanía del petróleo, además de la célula aprista de Buenos Aires que, liderada por Manuel Seoane, se forma en 1927. Todo lo cual no viene sino a mostrar que el ingreso de la cuestión de Oriente, del lado de las izquierdas, está lejos de poder reducirse a las orientaciones de la Komintern, por lo demás de influjo reducido en el continente hasta fines de la década.

La propia trayectoria de Arturo Orzábal Quintana en los años 1920 ofrece un indicio de este estado de situación. Nieto e hijo de militares de alcurnia, y con vínculos familiares también por parte de su madre con el presidente Figueroa Alcorta, Orzábal Quintana supo beneficiarse de la estadía obligada de su padre en París, a comienzos de siglo, donde fuera destinado a negociar la compra de armamento para el Estado argentino. Esa ciudad, junto a la experiencia vívida de la guerra, parece haberle brindado el mirador mundial en cuyo diagrama quedó atrapado. Políglota y traductor –llegó a dominar siete lenguas, incluido el ruso, que aprendió especialmente en ocasión de su visita a la URSS en 1927–, Orzábal Quintana estudió en La Sorbona ciencias políticas, donde se doctoró con honores en 1917. De regreso a la Argentina, se enroló en los espacios reformistas, y fue colaborador cercano de Ingenieros. Orzábal Quintana fue, con toda probabilidad, uno de los especialistas de mayor prestigio de la época en política internacional. Desde las páginas de *Nosotros*, *Revista de Filosofía* y *Renovación*, entre otras publicaciones, fue fiscal implacable de la Sociedad de las Naciones, a la que podía saludar como avance necesario en un mundo cada vez más interdependiente, pero cuya *realpolitik*, del Tratado de Versalles en adelante, no cesó de fustigar.³⁰

Como Ingenieros y otros jóvenes reformistas, Orzábal Quintana hizo gala en la década de 1920 de un apartidismo que no le impidió compartir espacios intelectuales con comunistas, socialistas y aun radicales yrigoyenistas. En 1925, cuando bajo su iniciativa se crea la

²⁹ Citado por Horacio Tarcus, “Revistas, intelectuales y formaciones culturales izquierdistas en la Argentina de los ‘20”. *Revista Iberoamericana*, Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, Universidad de Pittsburg, 2004. Este artículo de Tarcus es el único que conocemos que considera en profundidad a la *Revista de Oriente*. Por lo demás, resulta evidente que, al presentarse bajo ese nombre, la revista procuraba establecer desde el inicio una relación de complicidad con su público lector: la que se derivaba de la cita adulterada del nombre de la influyente *Revista de Occidente*, editada desde 1923 por Ortega y Gasset. En todo caso, ese ademán de trasposición y réplica impostada pudo servir tanto para colocarse al amparo inicial de una revista ya conocida y de prestigio, como para subrayar ese término que el nombre de reemplazo se proponía elevar a la consideración pública: precisamente, el Oriente.

³⁰ Algunos de estos datos fueron gentilmente brindados por el hijo de Orzábal Quintana, Oscar Orzábal Quintana, en entrevista por e-mail realizada en julio y agosto de 2005.

Asociación Amigos de Rusia, es al mismo tiempo secretario general y habitual conferencista de la Unión Latinoamericana. Pero una desavenencia con Palacios, en 1927, precipita su salida de esa organización. Es allí cuando funda la Alianza Continental, entidad en la que trabaría relación con los “generales del petróleo” Alonso Baldrich y Enrique Mosconi.³¹ Todo lo cual nos ilustra tanto acerca de su periplo personal como de la maleabilidad de los espacios antiimperialistas del período.

A Orzábal Quintana le parecía evidente que el mundo de posguerra asistía a una internacionalización de la lucha política que traía el beneficio de organizar más transparentemente la escena contemporánea en dos grandes bandos. De allí su interés en la Sociedad de las Naciones, en la que veía la cúspide del poder mundial del imperialismo capitalista; de allí también su expresa atención por su contracara, las luchas antiimperialistas, entre las que se destacaban especialmente las provenientes desde el Oriente.³²

“El despertar de Oriente”, entonces –tal un nombre mentado también por Orzábal Quintana–,³³ podía comunicar una experiencia a la vez lejana y cercana a los ojos de la opinión pública reformista e izquierdista, en tanto, leída en clave de lucha antiimperialista, servía para acrecentar un “nosotros” que, como negación del fenómeno imperialista, podía imaginar un *continuum* de las luchas de las juventudes americanas con las desatadas en el Oriente. Si los círculos reformistas argentinos podían por entonces entonar un canto admirado al Haya de la Torre que se presentaba como *leader* americano antiimperialista y portador de ideales nuevos llevados a la práctica con heroicidad, otro tanto ocurría con nombres menos fácilmente pronunciables pero que producían similar empatía que la generada por el peruano, como el chino Sun Yat Sen o el marroquí Abd-el-Krim. Así, poco antes de morir Ingenieros podía saludar a este último y equipararlo con San Martín o Bolívar,³⁴ al tiempo que afirmaba que “todo latinoamericano que no sea partidario de Abd-El-Krim me parece contagiado e inoculado de imperialismo”,³⁵ así, Orzábal Quintana podía erguirse contra “la creencia absurda de que los pueblos de Oriente son naciones bárbaras, incapaces de inflamarse espontáneamente por ideales superiores de justicia social” para saludar “la huelga de Shanghai y los magnos acontecimientos que de ella se están derivando”, fiel testimonio de “el movimiento emancipador de Oriente”;³⁶ así, también, el Mariátegui que podía fijar un pro-

³¹ Cf. A. Pita, *Intelectuales, integración e identidad regional...*, cit., pp. 171-205. Véase además Raúl Larra, *Mosconi, general del petróleo* [1957], Buenos Aires, Ánfora, 1976.

³² “Dos grandes fuerzas políticas disputan el gobierno de la sociedad humana, y esa lucha imprime, al momento mundial que nos toca vivir, caracteres de grandeza épica que no conoció, en grado igual, ninguna otra época de la historia. De un lado de la barricada está el imperialismo capitalista, que en Ginebra trata de unificar sus fuerzas, y cuyo cuartel general está en Washington; pretende gobernar el mundo bajo el cetro de los magnates financieros, mantener intangible el actual régimen social y anular todo intento revolucionario de los oprimidos. Frente a esa confabulación mundial de los poderosos, se alza el antiimperialismo, que en todos los corazones generosos, en todos los espíritus libres del universo recluta sus fuerzas, y cuya luz viene de Oriente, y cuya Meca es Moscú” (A. Orzábal Quintana, “El momento mundial y las luchas de Oriente”, *Revista de Oriente*, N° 5, Buenos Aires, octubre de 1925)

³³ Así se titulaba la última sección de su artículo “América Latina y la actualidad mundial”, *Revista de Filosofía*, Año 11, vol. 22, N° 4, julio de 1925, reproducido en *Revista de Filosofía* (prólogo y selección de textos de Luis Alejandro Rossi), Buenos Aires, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 1999.

³⁴ J. Ingenieros, “El mensaje de Abd-el-Krim”, *Renovación*, Año III, N° 1, enero de 1925.

³⁵ En *Repertorio Americano*, San José, Costa Rica, 30 de noviembre de 1925, citado por Oscar Terán, *José Ingenieros. Antiimperialismo y nación*, México, Siglo XXI, 1979, p. 115.

³⁶ A. Orzábal Quintana, “Hacia la libertad de China”, *Revista de Oriente*, N° 2, Buenos Aires, julio de 1925.

blema clave de su tiempo a través del aserto que diagnosticaba que “la civilización burguesa sufre de la falta de un mito”, parecía en cambio encontrarlo en esos pueblos del Oriente que amanecían de su letargo:

La somnolienta laguna, la quieta palude, acaba por agitarse y desbordarse. La vida recupera entonces su energía y su impulso. La India, la China, la Turquía contemporáneas son un ejemplo vivo y actual de estos renacimientos. El mito revolucionario ha sacudido y ha reanimado, potentemente, estos pueblos en colapso. El Oriente se despierta para la acción. La ilusión ha renacido en su alma milenaria.³⁷

Según Edward Said, una de las funciones primordiales del discurso orientalista de Occidente estriba en establecer una relación de conocimiento sobre su objeto. El orientalismo es un entramado discursivo de relativa coherencia compuesto tanto de “deseos, represiones, inversiones y proyecciones”,³⁸ como de estrategias destinadas a producir efectos de verdad. De resultados de todo ello, el Occidente pudo crear una posición de enunciación y un lugar de autoridad sobre el Oriente, capaces de generar, concomitantemente, otro conjunto de efectos, esta vez de poder.

Hay que decir entonces que el orientalismo invertido que analizamos aquí guarda relación con esa función de conocimiento. Prolongando el ademán inicial con que Ingenieros –y luego otros en su senda–, en serie sucesiva de textos escritos desde 1918, procuraba dar a conocer al público argentino y latinoamericano diversas facetas de la nueva realidad soviética, la *Revista de Oriente* supo organizar buena parte de sus contenidos en torno de la premisa de darse también a esa tarea. La Asociación Amigos de Rusia había establecido en su declaración de propósitos, como primer objetivo, “propagar en el ambiente intelectual y obrero del país la obra constructiva que se opera en la Rusia Soviética en el terreno político, económico y cultural”.³⁹ La *Revista de Oriente*, principal esfuerzo destinado por la Asociación a ese fin, daba lugar así a un abanico de textos derivado de un amplio conjunto de intereses: desde la literatura y el teatro rusos, a la marcha de su economía; desde la construcción de nuevas instituciones, al desarrollo de actividades recreativas o deportivas.⁴⁰ Pero, como hemos visto, en las páginas de la revista la cuestión rusa supo abrir las puertas a la consideración de otras realidades del “Oriente”. Secciones como “Notas de Actualidad” o “Notas sobre Oriente” podían ilustrar acerca de fenómenos políticos, sociales y culturales de diversos países de Asia y África.⁴¹ En suma, puede decirse que la indudable función ideológica que soportaba el discurso

³⁷ J. C. Mariátegui, “La emoción de nuestro tiempo”, *Sagitario. Revista de Humanidades*, N° 2, La Plata, julio-agosto de 1925, pp. 178 y 191.

³⁸ E. Said, *Orientalismo*, cit., p. 28.

³⁹ “Asociación Amigos de Rusia”, *Revista de Oriente*, N° 1, junio de 1925, p. 34.

⁴⁰ Citemos a modo de ejemplos algunos títulos de artículos sobre Rusia, varios de ellos traducidos de revistas europeas o soviéticas: “La educación en la Rusia soviética” (por el profesor mexicano Rafael Ramos Pedrueza, N° 1, junio de 1925); “Las corrientes de la música rusa contemporánea” (sin firma, N° 4, septiembre de 1925); “El régimen de la fábrica soviética” (sin firma, N° 5, octubre de 1925); “Las perspectivas económicas de la URSS para 1925-1926” (sin firma, N° 5, octubre de 1925).

⁴¹ Las “Notas sobre Oriente” del N° 4, septiembre de 1925, se centran por ejemplo en acontecimientos científicos y culturales. Se daba cuenta así de una “Expedición científica a China”, y, más abajo, en otro suelto, de “Valiosos descubrimientos arqueológicos en Armenia”.

de la revista se entrelazaba con una también perceptible función cognitiva. Y dado que las luchas antiimperialistas con las cuales se procuraba generar empatía acaecían en lugares lejanos y a través de personajes desconocidos, ambas funciones, la cognitiva y la ideológica –la primera al servicio de la mejor realización de la segunda–, podían en ocasiones presentarse superpuestas en el andamiaje de algunos artículos de la publicación.⁴²

Junto a ello, la revista podía preciarse de publicar, en cada número, una importante cantidad de fotos de esas realidades lejanas, debidamente situadas a través de epígrafes. El uso de imágenes de calidad en las publicaciones gráficas constituía una innovación todavía relativamente reciente,⁴³ y para la revista podía significar un recurso valioso destinado a cubrir más eficazmente sus propósitos –un recurso, por lo demás, ausente en la mayoría de las publicaciones de la izquierda del período–. Así, la sección “Información Gráfica” podía dedicar una página entera a la foto de la celebración del Día del Trabajador en Moscú, ofrecer una imagen de Abd-el-Krim en la Guerra del Riff, o mostrar a Haya de la Torre arengando a un grupo de obreros en Nidzi Norow, en su visita a Rusia, en escenas que se mezclaban con otras de la vida fabril en Berisso, o la presentación de los jóvenes reformistas peruanos expulsados por Augusto B. Leguía y recién arribados a la Argentina. Y es que la *Revista de Oriente* había nacido como parte de un esfuerzo ambicioso por acercar esas escenas mundiales y disponerlas a un público no limitado en modo alguno al medio intelectual. Los veinte mil ejemplares que la publicación declara haber impreso en su primer número, una cifra ciertamente muy significativa, son un indicador de ese anhelo.

Otro propósito de la Asociación Amigos de Rusia presentado en el acta de su nacimiento fincaba en “solidarizarse y ayudar económicamente al estudiante y al obrero de cualquier parte del mundo que en sus luchas necesite de nuestra ayuda”.⁴⁴ La *Revista de Oriente* tuvo ocasión de ser vehículo de una campaña impulsada a tal fin, materializada en una colecta solidaria lanzada para recaudar fondos para la causa de las luchas antiimperialistas de la China.⁴⁵ Interesa de este asunto vislumbrar dos diferentes *usos del Oriente* pasibles de identificar en los medios de la izquierda latinoamericana, que dan testimonio de las distintas relaciones entre intelectuales y política admitidas por dos derivas divergentes dentro del espacio común abierto por la Reforma Universitaria. La *Revista de Oriente* proponía, en efecto, un *modelo solidarista* de vinculación con las realidades que atraían su atención desde el Oriente y otras partes del mundo. De este modo, no rebasaba los marcos fijados por Ingenieros a la hora de dar cuenta de los sucesos rusos: la tarea era apenas la de una difusión cultural de esas reali-

⁴² Por caso, Orzábal Quintana abría con un pantallazo poblado de datos acerca de la historia china su artículo “Hacia la libertad de China” (*Revista de Oriente*, N° 2, julio de 1925); y otro tanto hacía otro miembro de la revista, Oscar Montenegro Paz, para brindar un marco de inteligibilidad a su artículo “Siria y el levantamiento de los Drusos” (*Revista de Oriente*, N° 5, octubre de 1925).

⁴³ Al respecto, cf. Eduardo Romano, *Revolución en la lectura. El discurso periodístico-literario de las primeras revistas ilustradas rioplatenses*, Buenos Aires, Catálogos, 2004.

⁴⁴ “Asociación Amigos de Rusia”, cit.

⁴⁵ “El pueblo chino, que como todos los pueblos del Oriente, va despertando de su sueño secular, ha resuelto terminar para siempre con semejante situación, y dirigido por los estudiantes y por los obreros capaces, se ha lanzado en una cruzada libertadora que, bajo el nato del nacionalismo, tiene sus raíces en una verdadera lucha de clases. Los obreros de todas partes del mundo están ayudando económicamente a esta lucha, y en las principales ciudades del mundo se están levantando suscripciones a este fin. La *Revista de Oriente*, de acuerdo con los fines que defiende, cree indispensable dar a ese pueblo en lucha una prueba práctica de solidaridad, y por eso iniciamos esta suscripción. Esperamos su contribución!”. “Por los obreros y estudiantes chinos”, *Revista de Oriente*, N° 2, julio de 1925.

dades lejanas, a lo que podía sumarse extraordinariamente una colecta monetaria o –como también fue el caso– el envío de libros de autores argentinos para las campañas educacionales soviéticas. Distinto fue lo ocurrido con Haya de la Torre y la vía adoptada por el reformismo universitario peruano. Desde su exilio europeo, la imaginación orientalista de ese líder ante todo político que era Haya podía expresarse en una lectura asimismo entusiasta del proceso chino, pero para extraer de ella lecciones capaces de ser replicadas o adaptadas en su propia futura acción revolucionaria. En una carta abierta a los estudiantes de La Plata, fechada en Oxford el 22 de febrero de 1927, Haya se permitía presentar al APRA como una réplica americana del Kuomintang:

China, en su lucha gloriosa, nos está demostrando que contra el imperialismo es necesario unirse en un gran partido popular del frente único. El Kuomintang es la alianza antiimperialista de obreros, estudiantes, campesinos, intelectuales y clases medias. Estamos viendo claramente que sólo un partido como el Kuomintang puede enfrentarse ventajosamente contra el imperialismo. Siempre he creído que China es nuestro ejemplo y que sólo organizando una acción de frente único como la del Kuomintang podremos vencer [...]. El Estado debe ser capturado por esa alianza o frente único antiimperialista, tal como lo está haciendo el Kuomintang [...]. El APRA ha venido llamando a esta unión desde 1924. El Kuomintang latinoamericano debe representar la fuerza de juventud de nuestros pueblos que se unen y se aprestan a la gran jornada por su libertad.⁴⁶

El texto concluía invitando a los estudiantes platenses a sumarse y desarrollar el APRA en la Argentina. La analogía orientalista en este caso no tenía como fin el conocimiento por comparación que campeaba en las páginas del *Facundo*, sino el de generar un cierto efecto de inspiración y de incitación a la acción a través de la presentación del entonces apenas incipiente APRA a través de un ejemplo que, a pesar de su lejanía, era en ese instante más conocido.⁴⁷ Aunque las características del medio reformista argentino llevaron a que una propuesta como ésta, en los años 1920, cayera en el vacío,⁴⁸ el caso nos habla de los alcances de las resonan-

⁴⁶ “Mensaje a la juventud de La Plata”, reproducido en Luis Heysen, *Temas y obras del Perú. A la verdad por los hechos*, Lima, Enrique Bracamonte, 1977, pp. 38 y 39. Señala Pedro Planas que, en la medida en que Haya de la Torre procuró resaltar la originalidad del APRA, las referencias a la inspiración del Kuomintang para una política policlasista de Frente Único desaparecieron en los libros en los que posteriormente el líder peruano compiló sus escritos. Todavía más, Haya pudo presentar la relación invertida en sus términos: era el Asia quien en realidad se había inspirado en el modelo aprista. Cf. Pedro Planas, *Los orígenes del APRA. El joven Haya*, Lima, Occurra, 1986, p. 57.

⁴⁷ Por esos años, en una de sus infatigables campañas por la unidad continental, Manuel Ugarte podía establecer, en tono de queja, que para las nuevas generaciones que habitaban los países latinoamericanos los sucesos chinos resultaban más familiares que lo que acontecía en las naciones vecinas: “hoy mismo nos unen con Europa maravillosas líneas de comunicación, pero entre nosotros estamos aislados. Sabemos lo que pasa en China pero ignoramos lo que ocurre en nuestro propio continente” (M. Ugarte, *La Nación Latinoamericana*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1978, p. 4, cit. en Carlos Altamirano, “América Latina en espejos argentinos”, *Para un programa de historia intelectual y otros ensayos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005, p. 117).

⁴⁸ Sobre las pervivencias del arielismo y la dificultades del reformismo argentino de los años 1920 de plasmar en organización política, véase Fernando Rodríguez y Liliana Cattáneo, “Ariel exasperado. Avatares de la Reforma Universitaria en la década del veinte”, y Karina Vasquez, “Intelectuales y política: la “nueva generación” en los primeros años de la Reforma Universitaria”, ambos publicados en *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, N° 4, 2000. En verdad, Haya formulaba esa proposición en la creencia de que, al haber ungido a un joven exiliado aprista, Luis Heysen, como presidente de la Federación Universitaria de

cias positivas que por entonces podían imaginarse al evocar un fenómeno como el que tenía lugar en la lejana China.

6 Como varios integrantes del frente reformista y antiimperialista del período, Orzábal Quintana mantenía otro haz de relaciones con el universo del Oriente: el que provenía de su interés por la teosofía. Fue también en su estadía en Francia cuando se inició en ella, y poco después trabó una relación amistosa con el líder espiritual indio Jiddu Krishnamurti, que se extendería por décadas. Orzábal Quintana fue traductor en simultáneo de las conferencias de Krishnamurti en su visita a Buenos Aires de 1935, y posteriormente fue también quien vertió al castellano varias de sus obras.

Estos datos nos sirven para introducirnos en una vía alternativa de acceso al interés por los asuntos orientales, que sin embargo pudo a menudo solaparse a la que hemos visto surgir de la flema antiimperialista. Así como el *Ariel* de José Emilio Rodó supo construir, por contraste con el perfil materialista y mecanicista que creía ver en la cultura norteamericana, un tópico de larga duración acerca del talante idealista del hombre latinoamericano, el Oriente pudo sin dificultades llegar impregnado de valores espirituales invocados en oposición a aquello que hemos visto presentar por Carlos Astrada bajo el nombre de “la deshumanización de Occidente”.

Esta operación, que nuevamente parece haber tenido como precedente el caso ruso –cuya vida espiritual, proyectada sobre todo a través de su literatura, en las décadas finales del siglo XIX pudo despertar interés en un “alma rusa” libre de los factores que según ciertas miradas decadentistas envilecían Occidente–, requirió de un modo más notorio de una mediación europea. Si los encuentros, artículos y relaciones epistolares con Henri Barbusse pudieron incentivar en jóvenes intelectuales latinoamericanos el interés por el Oriente desde la vena del antiimperialismo,⁴⁹ las triangulaciones promovidas por Romain Rolland o el conde Keyserling parecen haber hecho otro tanto desde un ángulo espiritualista. Tal el caso, por ejemplo, de “El mensaje de la India” que Rolland podía proyectar en la revista platense *Valoraciones* editada por el grupo reformista “Renovación”:

¿Quién, en el desorden en que se debate la conciencia caótica de Occidente ha tratado de saber si las civilizaciones cuarenta veces seculares de la India y de la China, no tienen respuestas que ofrecer a nuestras angustias, modelos acaso que ofrecer a nuestras aspiraciones? [...] Mientras en Occidente una fuerte y fría lógica separa lo no semejante y, entresacado, lo encierra en compartimentos del espíritu distintos y definidos, la India, teniendo en cuenta las diferencias naturales de los seres y de los pensamientos, trata de combinarlos entre sí para restablecer en su plenitud la total Unidad.⁵⁰

La Plata –un hecho significativo: era la primera vez que un extranjero ocupaba tal cargo–, los estudiantes de esa ciudad, por extensión, acogerían la entera propuesta del APRA. Sobre las tensiones de los exiliados peruanos frente a la doble demanda de los modelos reformistas peruano y argentino, cf., Martín Bergel, “Manuel Seoane y Luis Heysen: el entrelugar de los exiliados apristas peruanos en la Argentina de los veinte”, ponencia presentada en las Terceras Jornadas de Historia de la Izquierda “Exilios latinoamericanos”, Buenos Aires, CEDINCI, 4 al 6 de agosto de 2005.

⁴⁹ Por ejemplo, en Mariátegui o el boliviano Tristán Maroff, con quienes Barbusse estaba en contacto desde los primeros años de la posguerra. V. R. Melgar Bao, “La recepción del orientalismo antiimperialista...”, cit., p. 23.

⁵⁰ Romain Rolland, “El mensaje de la India”, *Valoraciones*, N° 5, La Plata, enero de 1925.

La reconquista de la armonía en un mundo fragmentado, el don de una nueva universalidad preñada de paz y de amor: tales los núcleos del mensaje de redención espiritual proveniente del Oriente. Ya a Rolland le había tocado interceder, en carta dirigida a Carlos Américo Amaya –director de *Valoraciones*–, para que “Renovación” invitara a uno de los apóstoles de esa prédica, el poeta hindú Rabindranath Tagore, quien visita el país en 1924. Y esta presencia parece haber dejado sus efectos: un año después, Carlos Astrada juzga oportuno citarlo para acordar con él que la civilización occidental “es una civilización científica, y no humana”. He allí lo que repone el mensaje del Oriente: por detrás de la técnica, el mercantilismo, la industria, esas “formas externas de la civilización”, es el hombre quien reaparece.⁵¹

Sin dudas, si ese humanismo, que en el caso de la India hacía gala de raíces ancestrales, pellizcaba un real de la experiencia de posguerra, cobrando ahora visibilidad, era porque se presentaba como lo radicalmente opuesto al espíritu fratricida que había aflorado en la gran conflagración bélica dejando tan hondas secuelas en la conciencia de Occidente. Así, desde el Decanato de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad Nacional de La Plata, Alfredo Palacios podía extender una resolución de bienvenida a Tagore en la que saludaba en él “una nueva concepción del hombre y la vida”, rica y necesaria en tanto “evangelio de la paz y la espiritual fraternidad humana por encima de las diferencias accidentales de razas, castas y religiones”.⁵²

7 Hombres como Tagore, de un lado, y Rolland, de otro, estaban interesados en rehabilitar el Oriente en tanto contrapeso de las tendencias negativas adheridas a la heredada prepotencia occidental. Pero no eran ciertamente antioccidentalistas. Ambos gustaban autorrepresentarse como puentes o nexos culturales funcionales al mutuo entendimiento del Occidente y el Oriente en camino de una nueva y universal conciencia humana. Mariátegui, por su parte, sin entregarse a un mandato moral de esa especie, podía compartir con Tagore y Rolland que el despertar de los pueblos orientales debía enmarcarse en un cuadro más amplio regido por un proceso complejo de interpenetración del Oriente y el Occidente:

Uno de los hechos más actuales y trascendentes de la historia contemporánea es la transformación política y social del Oriente. Este período de agitación y de gravidez orientales coincide con un período de insólito y recíproco afán del Oriente y del Occidente por conocerse, por estudiarse, por comprenderse [...] hoy que el Occidente, relativista y escéptico, descubre su propia decadencia [...] siente la necesidad de explorar y entender mejor el Oriente. Movidos por una curiosidad febril y nueva, los occidentales se internan apasionadamente en las costumbres, la historia y las religiones asiáticas [...]. El Oriente, a su vez, resulta ahora impregnado de pensamiento occidental. La ideología europea se ha filtrado abundantemente en el alma oriental. Una vieja planta oriental, el despotismo, agoniza socavada por estas filtraciones. La China, republicanizada, renuncia a su muralla tradicional. La idea de la democracia, envejecida en Europa, retoña en Asia y África. La Diosa Libertad es la diosa más pres-

⁵¹ C. Astrada, “La deshumanización de Occidente”, cit., pp. 196 y 197.

⁵² “Por Rabindranath Tagore”, *Renovación*, Año II, N° 12, Buenos Aires, diciembre de 1924. Agregaba la resolución que la acción de Tagore “ofrece la perspectiva y la posibilidad de un porvenir fecundo y gozoso para la humanidad, sustituyendo el horizonte sombrío, que gravita sobre el mundo, de perpetua lucha fratricida; siendo ello concordante con el idealismo que alienta en el alma de nuestra América y sobre todo de la Argentina”.

tigiosa del mundo colonial, en estos tiempos en que Mussolini la declara renegada y abandonada por Europa.⁵³

La transcripción de la cita permite comprobar que el despertar de Oriente que visualiza Mariátegui continúa preso de los presupuestos del orientalismo clásico (invertido ciertamente en sus valoraciones dominantes), y ello por dos razones. De un lado, de modo análogo a lo que según ciertas percepciones contemporáneas ocurre en Latinoamérica, si el Oriente resurge de sus cenizas es porque allí ahora encuentran mejor realización atributos por excelencia de la tradición occidental: ora la democracia, ora la libertad, ora –agrega Mariátegui– otro producto occidental, el marxismo, que también fecunda el Asia. De otro lado, y complementariamente, si el Oriente es ahora ensalzado, ello no impide que pervivan los estereotipos caros al orientalismo: en la cita, típicamente, aun cuando agonizante, el del despotismo oriental.

Y sin embargo, llegados a este punto podemos señalar que del interior mismo del discurso que hemos denominado orientalismo invertido surgen tendencias prontas a hacer estallar algunas de las premisas básicas del orientalismo. Cuando en 1924 Abd-el-Krim dirige un conocido mensaje “a los pueblos de la América Latina en el centenario de Ayacucho”, hace algo más que reforzar la nueva visibilidad de los fenómenos provenientes del Oriente:

Accediendo al gentil reclamo del grupo Renovación, de Buenos Aires, me dirijo con el corazón henchido de alegría a todos los latinoamericanos, en esta hora gloriosa en que celebran el centenario del hecho en armas que selló su independencia de un yugo extranjero [...]. El heroico pueblo marroquí lucha con los mismos ideales que impulsaron a Miranda y a Moreno, a Bolívar y a San Martín. Siempre hemos amado y admirado a esos héroes de vuestros pueblos [...]. Os hablo como hermanos, porque la sangre española que corre en vuestras venas es en gran parte sangre árabe, como la de todos los españoles del sur de la península que salieron de Palos, de Sevilla, de Cádiz, para sembrar en vuestra América el alma árabe que resucitó en los gauchos y en los llaneros [...].”⁵⁴

Tenemos aquí una magnífica muestra de la inversión valorativa que hemos venido mencionando: los gauchos, como querían Sarmiento y Carlos Octavio Bunge, guardan relación con la cultura y con la sangre árabe. Pero ése es un rasgo ahora digno de celebrar... No obstante, en este caso vemos emerger algo que va más allá del puro cambio de signo valorativo que hemos visto presidir el orientalismo invertido. Aquí, el nuevo prestigio con que aparece investido lo oriental culmina por barrer con uno de los presupuestos del orientalismo a secas. Convocado por una revista argentina a ofrecer un mensaje de salutación, el líder marroquí deja de ser por un instante mero objeto de representación del Occidente. Sin duda las palabras que escribe están condicionadas por aquello que, podrá imaginar, procuran encontrar quienes lo leen; aun así, en ese gesto de escritura propia se interrumpe la relación de poder que se hallaba en la base del orientalismo en tanto discurso que sólo autorizaba la presencia del Oriente como nombre occidental. En otros términos: las representaciones positivas del Occidente sobre el Oriente han culminado por considerar a Abd-el-Krim sujeto digno de enunciación. El

⁵³ J. C. Mariátegui, “El mensaje de Oriente” [1925], en *La escena contemporánea*, Lima, Biblioteca Amauta, 1959, pp. 190 y 191.

⁵⁴ “Mensaje de Abd-el-Krim a los pueblos de América en el centenario de Ayacucho”, *Renovación*, Año II, N° 12, diciembre de 1924.

monopolio de la palabra queda abolido; el “Oriente” reasume así, momentáneamente, su soberanía enunciativa.

Tanto o más importante que eso es otra abolición, al menos potencial, que se desprende del interior del discurso orientalista invertido. El orientalismo era, en la consideración de Said, una trama de significaciones heterogéneas internamente articulada en la producción de una diferencia esencial: la que distinguía, como efecto de discurso, precisamente al Occidente del Oriente. El antiimperialismo que emerge en estos años produciendo un nuevo “nosotros” atraviesa esa diferencia hasta disolverla. Cuando Orzábal Quintana decía:

Frente a la confabulación mundial de los poderosos, se alza el antiimperialismo, que en todos los corazones generosos, en todos los espíritus libres del universo recluta sus esfuerzos, y cuya luz viene de Oriente [...]. En Turquía triunfa con Mustafá Bernal y sus valientes compañeros. En China lucha bajo el estandarte del admirable Sun Yat Sen, que si dejó hace un año la vida física, vive más intensamente que nunca en la memoria de millones de oprimidos. En la India amenaza, bajo el verbo sublime del Mahatma Gandhi, herir en pleno corazón al imperialismo británico. En Siria impulsa al indómito pueblo druso a desafiar al indolente despotismo del gobierno de Painlevé. Y en nuestra América, finalmente, inspira la acción renovadora de la juventud [...],⁵⁵

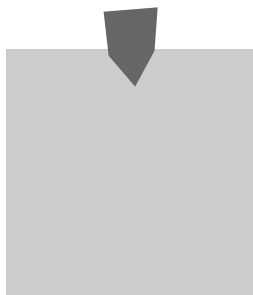
no hacía sino producir lo que en el lenguaje de la filosofía política contemporánea de Ernesto Laclau llamaríamos lógica de la equivalencia, condición de posibilidad para la emergencia de un discurso articulador de cada elemento. La enumeración de términos equivalentes afectados todos por el imperialismo (Turquía, China, India... pero también “nuestra América”), suspendía la distinción Oriente-Occidente, y anudaba cada uno de esos términos en una situación común.

En la época, esa relación equivalencial o nuevo “nosotros” no se había consolidado aún en un nombre que la defina. Pero, aun así, encontramos numerosos vestigios de su presencia inno-
minada.⁵⁶ Luego de la Segunda Guerra Mundial, emergerá por fin con nombre rutilante: será el Tercer Mundo. Y no casualmente, en ocasión de la Conferencia de Bandung de 1955, hito por excelencia del tercermundismo, se invocará al Congreso Antiimperialista de Bruselas de 1927, emergente significativo del orientalismo invertido que hemos aquí analizado, como un antecedente relevante para la constelación política que allí se anunciaba a la faz de la tierra. □

⁵⁵ A. Orzábal Quintana, “El momento actual y las luchas de Oriente”, *Revista de Oriente*, N° 1, junio de 1925.

⁵⁶ Mencionemos por su carácter significativo uno de esos elementos: además de las evocaciones del Oriente que es posible hallar en los círculos político-intelectuales que hemos recorrido, las luchas antiimperialistas latinoamericanas tenían cotidiana presencia en algunos segmentos de la lejana China, como lo demuestra el hecho de que una unidad de las tropas del Kuomintang llevara por nombre “División Sandino”. Refieren a este punto Rodolfo Cerdas Cruz, *La hoz y el machete. La Internacional Comunista, América Latina y la revolución en Centroamérica*, San José, EUNED, 1986, p. 232, y Jussi Pakkasvirta, *¿Un continente, una nación? Intelectuales latinoamericanos, comunidad política, y las revistas culturales en Costa Rica y el Perú (1919-1930)*, San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2005, pp. 90 y 91.

Argumentos



Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 10 / 2006

En la sección Argumentos de *Prismas*, Nº 8 (2004), se publicó el artículo de Fritz Ringer, “El campo intelectual, la historia intelectual y la sociología del conocimiento”, publicado originalmente en la revista *Theory and Society*, Nº 19. Este artículo motivó un debate, en la misma revista, entre Charles Lemert, Martin Jay y el propio Ringer. La presente edición de Argumentos recoge ese debate.

*Los hábitos de los intelectuales: respuesta a Ringer**

Charles Lemert**

Hace casi veinte años fallé en mi primera lectura de *The decline of the german mandarins*, de Fritz Ringer. O acaso el libro me falló a mí. Por entonces yo quería algo que él no podía darme. Lo que buscaba, lo buscaba por una buena razón, aunque insuficiente. Quería un libro que pudieran utilizar los estudiantes de un seminario de posgrado de teoría social. Y creía que ellos comenzarían a simpatizar más con las teorías de Weber, Mannheim y los demás si conocían algo de la vida de esas personas excepcionales.

Años, muchos años después, tuve éxito donde antes había fracasado. Comprendí por qué *The decline...* es considerado como un libro significativo y su autor, como un importante historiador intelectual. Comprendí también la razón precisa por la cual en una primera lectura había sido incapaz de establecer una buena conexión con ese libro. Lo que yo quería por entonces era algo con respecto a lo cual Ringer, entonces y ahora, está en las antípodas. Quería, y todavía quiero, cierto acceso a las ideas a través de la vida de esas personas excepcionales. Ringer quería, y quiere, estudiar las ideas a través de los campos objetivos en los que se las recusa y, por lo tanto, se las difunde. En el artículo en cuestión dice lo siguiente:

Con demasiada frecuencia, los profesionales de la historia intelectual aíslan con fines de estudio a individuos o pequeños grupos, con el argumento de que éstos son representativos o influyentes; pero en apoyo de esta hipótesis sólo se ofrecen las pruebas más impresionistas. Si pretendemos ejercer un mayor rigor empírico en estas materias, la historia intelectual deberá encontrar la manera de establecer muestras y cartografías de los campos intelectuales, en vez de prejuizar sobre la importancia de cualquier elemento perteneciente a ellos.***

* Título original: "The habits of intellectuals: Response to Ringer", *Theory and Society*, N° 19 (3), junio de 1990, pp. 295-310. Traducción de Horacio Pons.

** Miembro del Departamento de Sociología de la Wesleyan University.

*** La cita corresponde a Fritz Ringer, "The intellectual field, intellectual history, and the sociology of knowledge", publicado en *Theory and Society*, N° 19 (3), junio de 1990, pp. 269-294 (p. 276) [traducción castellana: "El campo intelectual, la historia intelectual y la sociología del conocimiento", *Prismas*, N° 8, Buenos Aires, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 2004]. [N. del T.]

¿Es esta diferencia entre nosotros una mera cuestión de gusto o, en vista del persistente interés de Ringer en el método, un reflejo atenuado de mi fracaso juvenil, una ineptitud de mi parte para captar un método suficiente?

Hoy creo, sobre todo después de leer su excelente artículo, que no se trata ni de una ni de otra cosa. Me parece que hay métodos tan sensatos como el de Ringer, métodos que alienan las mismas certezas que él busca, sin el abrupto divorcio exigido por él entre el campo de las ideas y la vida, a veces excepcional, de quienes las pensaron y escribieron. Creo que Ringer, en su razonable preocupación por el campo intelectual, ha prestado demasiada poca atención a los hábitos únicos de los intelectuales.

En el pasaje antes citado, como en el artículo del cual procede, Ringer se basa en una serie de supuestos que sostiene con firmeza, pero, me parece, no examina con suficiente detenimiento. Tiene razón, desde luego, al advertir contra las distorsiones provocadas por un enfoque demasiado centrado en los individuos excepcionales. No ha considerado, sin embargo, que el objeto de su interés plantea, en realidad, no uno sino dos dilemas: una debilidad metodológica que reduce el estudio de campos complejos a una unidad de su composición, y algo muy diferente, un deseo natural y provechoso de escuchar las historias de individuos especiales (intelectuales incluidos). La primera es una debilidad metodológica explícita no necesariamente asociada a la biografía; el deseo, por su parte, es lo que alimenta entre los lectores un difundido entusiasmo por los pormenores de la biografía intelectual. Uno puede, como hago yo, rechazar lo primero –el individualismo metodológico– y tener al mismo tiempo un apropiado interés personal y, creo, metodológico en lo segundo.

La primera prueba de la utilidad de esta distinción es que el mismo Ringer no puede resistirse a ella. Aunque manifiesta una enérgica oposición metodológica a la biografía, atribuye a los individuos históricos excepcionales, no obstante, un estatus especial como “colegas mayores y guías” que “explicitan lo que en la mayoría de sus contemporáneos [menos excepcionales] es implícito”. Así, el individuo excepcional cumple un papel en el esquema de Ringer: un papel de cierta importancia pero incierta justificación.¹

Esta base poco sólida en la que Ringer se apoya para pronunciarse contra la historia de los individuos excepcionales se muestra con la más explícita de las evidencias en su intento, audaz pero desconcertante, de introducir de manera retrospectiva a Bourdieu en una relación de larga data que él ha mantenido con Weber y Mannheim. En el comienzo de su artículo dice lo siguiente: “A mi entender, las preferencias metodológicas que pondré de relieve guiaron en concreto mi enfoque aun en *The decline of the german mandarins*, aunque en ese momento no habría sido capaz de explicar con toda claridad su influencia”. Las preferencias metodológicas que ahora se considera capaz de explicar son las que deduce de una lectura relativa-

¹ La importancia metodológica del individuo excepcional también es evidente al final del artículo. Tras reiterar su reivindicación de un estudio estadístico o probabilístico de los intelectuales, Ringer vuelve sin aviso al individuo excepcional. “De tal modo, *si esos sociólogos [del conocimiento] conocen su oficio*, es improbable que confundan el pensamiento de los grandes pensadores esclarecedores con las opiniones corrientes en sus campos intelectuales; no es probable que desvaloricen la *originalidad de los individuos creativos*” (las primeras bastardillas son nuestras). En este punto Ringer quiere defender la sociología del conocimiento contra la acusación de que se apoya en demasía en explicaciones ideológicas y relativiza por lo tanto todas las ideas. Es significativo, con seguridad, que resuelva aquí una incertidumbre de su teoría de las ideas mediante una doble apelación a los individuos creativos, tanto los intelectuales estudiados por él como los sociólogos del conocimiento que evitan el reduccionismo “si [...] conocen su oficio”.

mente reciente de Bourdieu, mientras que *The decline...* (publicado en 1969), en el que no hay mención a ese autor, se escribió bajo la intensa influencia de Weber y Mannheim.² Creo, en primer lugar, que el método concreto de Bourdieu es demasiado celoso de sus prerrogativas para tolerar una vinculación de ese tipo y, en cualquier caso, que la lectura objetivista que Ringer hace de este autor delata una preocupación por el método que lo lleva a un apropiado rechazo del individualismo metodológico y, al mismo tiempo, a un abandono poco oportuno de los individuos excepcionales, sólo para verlos volver a entrar por la ventana.

En sustancia, Ringer se vale de Bourdieu para propiciar un método histórico muy tradicional y decididamente empirista.

No obstante, lo que me persuade de la conveniencia de las “muestras” y otros métodos conexos no es sólo el argumento del empirismo riguroso. También estoy cada vez más convencido de que los campos intelectuales deben estudiarse *como campos*. Se trata de entidades con todas las de la ley y no debe reducírseles a agregados de individuos.

Con cautela, Ringer decide yuxtaponer y no unir por completo su empirismo y el concepto de Bourdieu, el campo. Tras declararse plenamente convencido en el primer aspecto, se acerca con ciertas precauciones a Bourdieu: “También estoy cada vez más convencido...” Pero en este punto ha dado, sin reconocerlo del todo, un paso enorme. La frase siguiente reformula su desestimación del individualismo metodológico: “[Los campos intelectuales son] entidades con todas las de la ley y no debe reducírseles a agregados de individuos”. Ringer acierta al ver el campo de Bourdieu bajo esta luz moderadamente durkheimiana, como cosas en sí, pero se equivoca, me parece, al usar esa perspectiva para atacar los métodos biográficos. El hecho de que los campos puedan ser entidades con todas las de la ley no implica como corolario que en ellos no hay lugar para el individuo.

El juicioso paso anterior del profesor Ringer, al comienzo de ese párrafo de la página 276, cobra fuerza con rapidez hasta convertirse en la catarata de pensamientos imperfectamente conectados del final:

² El método y el contenido de *The decline of the german mandarins* son manifiestamente weberianos. “El tipo ideal que propongo es el del ‘mandarín’. [...] Mi decisión de aplicar el término a la clase académica alemana se inspiró probablemente en el sorprendente retrato que Max Weber hace de los hombres de letras chinos” (Fritz Ringer, *The decline of the german mandarins*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1969, p. 5) [traducción castellana: *El ocaso de los mandarines alemanes*, Barcelona, Pomares-Corredor, 1995]. De manera análoga, su oposición conceptual entre las posiciones de los mandarines ortodoxos y los modernistas parecería ser deudora de la dicotomía weberiana entre tradicional y moderno. El papel de Mannheim en *The decline...* es de igual importancia: “Como lo expresó Karl Mannheim, ‘la burguesía moderna tuvo desde el principio una doble raíz social: por un lado los propietarios del capital, por otro los individuos cuyo único capital consistía en su educación’” (*ibid.*, p. 2). Si bien Ringer renuncia a las ideas más generales de Mannheim, usa claramente esa referencia a *Ideología y utopía*, de este autor, para dar forma al contexto social de los mandarines. Sorprendentemente, el pasaje de Mannheim sugiere la distinción de Pierre Bourdieu entre capital económico y capital cultural. En *The decline...* no hay referencias a Bourdieu, aunque en principio podría haberlas habido. Gran parte de sus trabajos sobre educación y cultura eran accesibles en la década de 1960. Su primer artículo de amplia circulación sobre el campo de los intelectuales, “Champ intellectuel et projet créateur”, había aparecido poco tiempo atrás y se tradujo al inglés en 1969: “Intellectual field and creative project”, *Social Science Information*, N° 8 (2), 1969, pp. 89-119 [traducción castellana: “Campo intelectual y proyecto creador”, en Marc Barbut *et al.*, *Problemas del estructuralismo*, México, Siglo XXI, 1967].

Estudiarlos [los campos intelectuales] es, al menos en un inicio, apartar la mirada de las intenciones francas de textos individuales para concentrarse en los hábitos intelectuales compartidos y los significados colectivos. La ambición es considerar las fuentes desde un punto de vista deliberadamente distante e impersonal. En todo caso, es preciso evitar una falsa sensación de identificación o familiaridad, capaz de impedir una interpretación y un análisis completos y autoconscientes. Después de todo, la meta consiste en parte en traspasar la superficie del pensamiento explícito y llegar al reino del preconsciente cultural, las creencias tácitas y las disposiciones cognitivas.

El lector queda aquí bañado en un torrente de conceptos que tienen una conexión aparente, aunque no obvia, con el tema de Ringer: textos, hábitos, interpretación, pensamientos explícitos e implícitos, preconsciente cultural, disposiciones cognitivas. Los lectores de Bourdieu reconocerán alusiones a su pensamiento (sobre todo hábitos y disposiciones), pero a la vez se sentirán un tanto disgustados por su uso indefinido. En este pasaje, el profesor Ringer procura mantener su compromiso anterior con el lado objetivo de la dicotomía en torno de la cual ha organizado su artículo. Así, pretende favorecer el significado textual inintencional compartido, junto con el “punto de vista deliberadamente distante e impersonal” que, a su juicio, permite ir más allá de la superficie de los pensamientos para llegar a los significados verdaderos, pero no individuales.

De tal modo, la jugada de Ringer en el párrafo recién considerado aparece al final de la extensa primera sección, en la que, en forma retrospectiva, trata de reivindicar a Bourdieu como recurso para una posición metodológica que desplegó antes de leerlo. Ringer quiere que el concepto bourdieusiano, el campo, consolide su duradera preferencia por una metodología empirista que aparece de manera un poco indistinta en *The decline...*, bajo la figura de una aplicación del método ideal típico de Weber, y con vigor en obras más recientes.³ Sin embargo, esta jugada, por muy atractiva que sea, no puede hacerse.

Al margen de lo que parezca ser, Bourdieu no es un empirista en el sentido de Ringer.⁴ Las diferencias entre ambos son más grandes de lo que este último sospecha o de lo que po-

³ Véase, por ejemplo, Fritz Ringer, “On segmentation in modern European educational systems: The case of French second education, 1865-1920”, en Detlef K. Müller, Fritz Ringer y Brian Simon (comps.), *The rise of the modern educational system*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987, pp. 53-87 [traducción castellana: *El desarrollo del sistema educativo moderno: cambio estructural y reproducción social*, Madrid, Centro de Publicaciones, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1992]. Además, *The decline...* utiliza de manera deliberada un tipo ideal weberiano, el mandarín, y lo manipula con referencia a datos que, en el artículo en cuestión, se califican de muestra de las ideas vigentes en el campo académico alemán durante el período de Weimar, una muestra extraída en su inicio de una lectura de los discursos impresos de académicos alemanes de la época. El método consiste en usar el tipo ideal para recoger y representar datos. No puede decirse con certeza que esto es lo que Bourdieu habría hecho (véase más adelante).

⁴ Como el pasaje analizado permite advertir con claridad, Ringer estima que el “empirismo riguroso” es un método muy inclinado a utilizar técnicas de muestreo –es decir estadísticas– para deducir lo general de lo particular. Esto es perfectamente congruente con su objeción a las biografías de personas excepcionales, que, a su entender, no suministran datos confiables con los cuales puedan hacerse inferencias válidas sobre la estructura general de un campo intelectual. La lógica estadística de Ringer tiene un papel central en su rechazo de los individuos excepcionales en cuanto “dist[er]n mucho de ser ‘representativos’ de su mundo”, así como en su defensa de la sociología del conocimiento contra la acusación de reduccionismo. En este último respecto, Ringer afirma la pertinencia de esa sociología para la obra de la historia intelectual: “muchas de las generalizaciones propuestas por los historiadores son estadísticas o probabilistas. [...] Una generalización causal que buscara los orígenes de los cambios en el comportamiento electoral de un grupo en las modificaciones del ingreso familiar, por ejemplo, no tendría validez absoluta o para cualquier individuo en particular; sería válida con cierto grado de probabilidad (en igualdad de las cosas

drían parecer en una lejana comparación de sus intereses comunes en las estructuras de los campos intelectuales.

Desde un punto de vista metodológico, Bourdieu intenta liberar a la sociología de la parafernalia del cientificismo, incluido el empirismo, y permitirle a la vez seguir siendo empírica de una manera congruente con la naturaleza reflexiva del conocimiento sociológico. Y lo plantea con claridad en una temprana declaración explícita de intenciones metodológicas, *Outline of a theory of practice* [*Esquisse d'une théorie de la pratique*]:

A fin de eludir el *realismo de la estructura*, que sustancializa los sistemas de relaciones objetivas al convertirlos en totalidades ya constituidas al margen de la historia individual y la historia grupal, es necesario pasar del *opus operatum* al *modus operandi*, de la regularidad estadística o la estructura algebraica al principio de producción de ese orden observado, y construir la teoría de la práctica o, para decirlo con mayor precisión, la teoría del modo de generación de las prácticas, que es la condición previa para establecer una ciencia experimental de la *dialéctica de la internalización de la externalidad y la externalización de la internalidad* o, más simplemente, de incorporación y objetivación.⁵

El hecho de que las dos frases finales de Bourdieu no sean tan precisas ni tan simples como él asegura no oscurece su evidente intento de hacer a un lado los realismos de la estructura que derivan de una metafísica objetivista por la vía de los métodos empiristas. Bourdieu procura explicar las estructuras generales con referencia, no a su existencia en el orden de las cosas (incluido el orden probable calculado por todas las lógicas estadísticas), sino a la dialéctica de internalización y externalización por medio de la cual las prácticas concretas constituyen la lucha de todos los campos sociales en cuyo marco los productores de conocimiento social deben asumir una postura incierta y reflexiva.

La clave para comprender el método de Bourdieu es una comprensión previa y precisa del concepto de *habitus*. Este concepto sutilmente engañoso es el más original e importante de los que conforman su teoría social. El concepto de campo, en contraste, es más coherente como telón de fondo del *habitus* y no se trata, como lo da a entender el examen de Ringer, de un principio de generalidad sino de un límite conceptual dentro del cual se libra la lucha entre prácticas sociales rivales. El *habitus* es una idea más eficaz sobre cuya base Bourdieu crea una teoría de las estructuras única por su sensibilidad al enigma con el que las teorías de ese tipo tropiezan con mucha frecuencia: ¿cómo sobrevive la agencia al poder de coacción de la

restantes) y para el grupo en su conjunto” (p. 289). Sobre el estatus de la sociología científica de Bourdieu, Randall Collins sostiene, un poco en broma, que este autor es “el investigador de encuestas más exitoso del mundo”, y reconoce al mismo tiempo que está poco interesado en los principios más elementales de la técnica de encuestas basada en estadísticas. Véase Randall Collins, reseña de *Homo Academicus* de Pierre Bourdieu, *The American Journal of Sociology*, N° 95 (2), 1989, pp. 460-463.

⁵ Pierre Bourdieu, *Outline of a theory of practice*, Cambridge-Nueva York, Cambridge University Press, 1977, p. 72. Bourdieu mantiene esta concepción del *habitus*, aunque la refina un tanto. Véanse la seductora fórmula y la discusión concomitante en Pierre Bourdieu, *Distinction: A social critique of the judgement of taste*, Cambridge, Harvard University Press, 1984, p. 101 [traducción castellana: *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*, Madrid, Taurus, 1991]. Véase también David Swartz, *Culture and domination: Pierre Bourdieu and contemporary social theory*, Chicago, University of Chicago Press, de próxima aparición. [El libro, al parecer, no se publicó con ese título, pues el único registrado en los catálogos de diversas bibliotecas y de la propia editorial es *Culture and power: The sociology of Pierre Bourdieu*, Chicago, University of Chicago Press, 1997.] (N. del T.)

estructuración? O, en términos de Bourdieu, ¿cómo elude la improvisación las regularidades a las cuales queda atada una y otra vez?

El *habitus*, el principio generativo perdurablemente instalado de las improvisaciones reguladas, produce prácticas que tienden a reproducir las regularidades inmanentes en las condiciones objetivas de producción de su principio generativo, a la vez que se ajustan a las exigencias inscriptas como potencialidades objetivas en la situación, tal como la definen las estructuras cognitivas y motivacionales que constituyen el *habitus*.⁶

La expresión “improvisaciones reguladas” capta de manera encantadora el propósito global de la teoría social de Bourdieu. Éste busca, sobre todo, practicar una sociología empírica libre de las mezquinas restricciones de una ciencia irreflexiva, es decir del cientificismo. Esa actitud implica un compromiso filosófico explícito de anular las “falsas antinomias de la ciencia social”, en especial objetivismo/subjetivismo, sobre las cuales se funda la infructuosa “oposición entre teoreticismo vacío y empirismo ciego”.⁷

Por lo tanto, lo que está en discusión en cualquier intento de apropiarse de las ideas de Pierre Bourdieu es una reconsideración de los principios filosóficos más fundamentales de las ciencias sociales modernas. En el artículo comentado, Ringer no hace una movida tan drástica. Sin lugar a dudas, no está obligado a hacerla si puede garantizar la *integridad* del material que sí toma de Bourdieu. No estoy seguro de que pueda.

Como se señaló antes, Ringer muestra una cautela inicial en su deseo de identificar su propio empirismo con el concepto de campo de Bourdieu. También se advierte una nítida circunspección en el hecho de haber recurrido principalmente a esa noción de campo, un concepto que tiene mucha menos gravedad específica que *habitus*. De tal modo, Ringer corta el campo de Bourdieu a la medida de sus objetivos en dos aspectos: en primer lugar, como una figura teórica del discurso para sostener su argumento en favor de un enfoque generalizador y estadístico de la historia intelectual, y segundo, como un expediente retórico para afirmar la falta de representatividad de la biografía y otras historias de individuos excepcionales. En uno y otro sentido, Ringer se mueve claramente dentro del marco mismo de la dicotomía objetivista/subjetivista que Bourdieu quiere soslayar. Desde la perspectiva de este último, el individuo excepcional es un recurso, no una amenaza, porque la representación carece de interés (más adelante diré más sobre esto).

⁶ Bourdieu, *Outline of a theory...*, *op. cit.*, p. 78. Compárese: “Cada agente, a sabiendas o sin saberlo y quiéralo o no, es un productor y reproductor de significado objetivo” (*ibid.*, p. 79). Bourdieu y Giddens son, entre los sociólogos, quienes más han hecho por promover esa teoría de la recursividad. Véase Anthony Giddens, *The constitution of society*, Berkeley-Los Ángeles, University of California Press, 1984 [traducción castellana: *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*, Buenos Aires, Amorrortu editores, 1995].

⁷ Pierre Bourdieu, “Vive la crise! For heterodoxy in social science”, *Theory and Society*, N° 17 (5), 1988, p. 777 [traducción castellana: “¡Viva la crisis! Por la heterodoxia en las ciencias sociales”, en *Poder, derecho y clases sociales*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 2000]. En Bourdieu, el rechazo y la reconstrucción de la dicotomía son evidentes desde sus primeros escritos teóricos. Además, se plantean de manera explícita al principio de *Esquisse d'une théorie de la pratique*, cuya primera edición es de 1972, libro en el cual el autor propone el primer enunciado explícito y la primera ilustración empírica de un esquema teórico que lo ligará (tal vez contra su voluntad) al movimiento posestructuralista que elabora por entonces la hoy célebre crítica del esencialismo modernista.

Si Ringer hubiera comenzado con el *habitus*, las dificultades inherentes al préstamo de elementos de Bourdieu se habrían detectado con anterioridad. Cuando el profesor Ringer examina el *habitus* le atribuye un carácter objetivado poco feliz:

El *habitus* es una “estructura estructurante”. Es *modelado* y transmitido por el medio social e institucional, así como por las prácticas y tradiciones de una cultura; a su turno, *actúa* para dar origen a patrones recurrentes de pensamiento.

Al hacer del *habitus* el sujeto y el objeto del modelado y la actuación, Ringer le concede una entidad demasiado autónoma, una independencia que se deduce, presumo, de su tendencia a ver el mundo y los métodos como si plantearan problemas al manejo de las relaciones entre sujetos y objetos. Su *habitus* está decididamente del mismo lado que su interpretación del campo, el lado de los objetos representados de manera coherente.

Bourdieu, en contraste, despliega el *habitus* con el expreso propósito de pensar de otra manera, más dinámica, las acciones del mundo social. Su interés no radica tanto en explicar los campos objetivos o los hábitos mismos como las prácticas que tienen la curiosa y doble característica de ser improvisaciones regulares. De allí la considerable diferencia en la descripción bourdieusiana del *habitus*:

Las estructuras constitutivas de un tipo particular de ambiente (por ejemplo, las condiciones de existencia características de una situación de clase) producen *habitus*, sistemas de *disposiciones* perdurables y susceptibles de trasponerse, estructuras estructuradas predispuestas a funcionar como estructuras estructurantes, esto es, como principios de generación y estructuración de prácticas y representaciones que pueden ser objetivamente “reguladas” y “regulares” sin ser en modo alguno el producto del acatamiento de reglas, objetivamente adaptadas a sus metas sin presuponer una conciencia que apunte a fines o un dominio expreso de las operaciones necesarias para alcanzarlos y, siendo todo esto, colectivamente orquestadas sin ser el fruto de la acción orquestante de un director.

El estilo retórico de Bourdieu tiene una finalidad teórica precisa. Su meta es rechazar la dicotomía estructuras objetivas/intenciones subjetivas disolviéndola en una forma marcadamente recursiva, y por eso la reiteración en la expresión “estructuras estructuradas predispuestas a funcionar como estructuras estructurantes” (una fórmula que Ringer corta y divide). La descripción de Bourdieu, entonces, es necesariamente compleja. Adopta la forma de “tanto/como; pero, ni/ni”. Los hábitos son, de tal modo, una suerte de embrague [*shifter*] teórico abierto, una caja negra conceptual en la que las prácticas pueden concebirse a la vez como regulares y desobedientes, pero ni objetivadas ni conscientemente previstas. “La acción social –dice Bourdieu en otra parte– está guiada por un sentido práctico, lo que podríamos llamar ‘facilidad para el juego’”.⁸

⁸ Bourdieu, “Vive la crise!...”, *op. cit.*, p. 782. Pese a este pronunciamiento, uno tiene la impresión de que si Bourdieu se transportara mágicamente de regreso al mundo de las dicotomías y se viera obligado de alguna manera a elegir, optaría por el objetivismo en desmedro del subjetivismo. Ringer, con seguridad, no se equivoca al encontrar simpatías objetivistas en él, pero las exagera.

No valdría la pena molestarse por el trazado de esta demarcación, fina pero en última instancia dramática, entre la idea de Bourdieu y la interpretación correspondiente de Ringer, de no ser por el hecho de que la diferencia resulta considerable cuando se aplica al estudio histórico de los intelectuales. Lo que está en juego es la afirmación de Ringer de que la teoría de Bourdieu puede ajustarse de manera retrospectiva a su *The decline of the german mandarins*. Yo creo que no se puede, y que no es preciso hacerlo. Ese libro hace muy bien lo que hace, pero hace algo diferente de lo que Bourdieu puede hacer y haría en un tipo similar de estudio.

The decline... presenta un excelente análisis de un campo intelectual de acuerdo con su propio punto de vista, sin reducir el juego de movimientos intelectuales más amplios a sus pormenores. Ringer explica, de manera convincente y clara, que la naturaleza de las dos tradiciones mandarinescas –ortodoxa y modernista– no era tanto una función de distintos compromisos políticos o intelectuales como de relaciones diferenciales con su herencia intelectual común. “La verdadera diferencia entre los ortodoxos y los modernistas [...] no está en una escala política de derecha a izquierda, sino en un continuo que se extiende de la reproducción acrítica al dominio autoconsciente de una tradición intelectual.”

En Ringer, la comprensión estructural de la relación diferente pero similar de los mandarines de Weimar con la tradición define la línea narrativa más atrapante del libro: la ineptitud confusa y a veces patética de esos mandarines, ortodoxos o modernistas, para impedir o siquiera retardar el ascenso del nacionalsocialismo. “El Tercer Reich triunfó entre los estudiantes dos años antes de capturar el resto de la nación. Esta circunstancia [...] debe afectar cualquier juicio considerado de la política académica alemana durante el período de Weimar.”⁹ El dilema de los mandarines ortodoxos es obvio, dada su postura más conservadora con respecto a la tradición. Los modernistas o adaptacionistas (el término es de Ringer) –incluidos los sociólogos más conocidos: Weber, Troeltsch, Tönnies, Mannheim– estaban atrapados en sus consabidos e inciertos compromisos con la modernidad. Así, “los ortodoxos proponían resolver este problema por medio de una ‘revolución espiritual’; los adaptacionistas [modernistas] querían llegar a algún tipo de conciliación entre modernidad y tradición. Debía haber una renovación del aprendizaje; el único interrogante era la forma que iba a tomar”.

El relato de Ringer evoca la patética incapacidad de los intelectuales mandarines. Los teóricos sociales acostumbrados a las consideraciones de la ambivalencia de Weber y el sesgo *gemeinschaftlich* de Tönnies sólo se sienten sorprendidos por la revelación de su ineptitud específica para modificar el destino de Alemania y el mundo bajo Hitler. De alguna manera, esos grandes hombres del canon teórico de nuestros días parecen torpes cuando se los compara con las exigencias de su época política. Mannheim, por ejemplo:

Mannheim fue sin lugar a dudas uno de los más destacados rebeldes contra la ortodoxia mandarinesca, no obstante lo cual terminó por soñar con una síntesis y elevar a los intelectuales por encima del reino mundano de la ideología, en el que al parecer estaba sumergido el resto de la humanidad. [...] Era un rebelde y hasta un pensador que se sabía revolucionario. Pero también era un mandarín.¹⁰

⁹ Ringer, *The decline...*, *op. cit.*, p. 251.

¹⁰ *Ibid.*, p. 434.

La de Ringer es una historia importante, bien contada, y contada en un momento (1968-1969) en que muchos sentían que sus lecciones se aplicaban a un tipo diferente de caos en los Estados Unidos y en Europa. El único interrogante que debería plantearse al autor de la historia de los mandarines, a la luz de su artículo actual, es si su método le permitía hacer todo lo que quería y necesitaba con los dilemas históricos que procuraba interpretar. En la conclusión de *The decline...* Ringer se hace dos preguntas, ambas aplicables en general a la responsabilidad social de los intelectuales: 1) ¿fueron los mandarines directamente responsables del ascenso del nacionalsocialismo? Su respuesta es: no directamente, pero sí, indirectamente. “Fomentaron el caos, sin atención a las consecuencias.”¹¹ Y 2) ¿hubo un resurgimiento de la tradición mandarinesca a partir de 1945? Su respuesta: “es difícil decirlo; en líneas generales me inclinaría a dudarlo”.¹² Ambas preguntas, por supuesto, pueden plantearse con pertinencia en cualquier estudio del papel histórico de los intelectuales, sobre todo los intelectuales que Ringer estudió.¹³

Pero sus respuestas no son satisfactorias, y no lo son porque, me parece, su propio método limitaba su visión. Al interpretar a los mandarines como posiciones generales en un campo estructurado, Ringer se comprometió a ver las cosas a través de los tipos que había compuesto a la manera weberiana. De ese modo suprimía la variedad de diferencias específicas e individuales entre los miembros del tipo general. En lo concerniente a los modernistas, por ejemplo, era poco probable que los aportes únicos de grandes individuos (Weber incluido) que podían haber sido excepciones a la regla general influyeran en sus respuestas a los interrogantes de la conclusión. Uno se pregunta si el fracaso de modernistas como Weber y Mannheim no se asimila en exceso al fracaso más patente de los mandarines ortodoxos; y, correlativamente, si las diferencias entre los modernistas –las existentes, por ejemplo, entre Weber y Tönnies– no se disuelven con demasiada celeridad en los términos generales del tipo. Ése es el destino de las lógicas estadísticas generalizadoras, que, por definición, se ocupan de las tendencias centrales. Las implicaciones para la interpretación de Ringer quedan señaladas en la soltura con que, en los primeros momentos del relato, se identifica a los modernistas como adaptacionistas.¹⁴ Si los modernistas, Weber incluido, se mostraron de hecho dispuestos a trabajar dentro de la política republicana del período de Weimar, y por lo tanto a adaptarse a ella, esa actitud determinó acaso de una vez y para siempre su destino político cuando se vieron frente al Tercer Reich. Empero, si se los define desde el comienzo como adaptacionistas, es inevitable que la interpretación ulterior no indague ni pueda hacerlo en la influencia excepcional, aunque ineficaz, que figuras de excepción podrían haber ejercido sobre las fuerzas compensatorias que sí opusieron resistencia a los nacionalsocialistas. Así, la conclusión de Ringer ya estaba fijada por su metodología. Tras comenzar a estudiar los tipos gene-

¹¹ Ringer, *The decline...*, *op. cit.*, p. 446. Desde luego, es más severo al juzgar a los mandarines ortodoxos. Sin embargo, como lo indica la evaluación de Mannheim antes citada, también hacía responsables a los modernistas.

¹² *Ibid.*, p. 443.

¹³ Habría que reconocerle el coraje intelectual necesario para plantearlas, así como la honestidad de sus respuestas (una honestidad que, como mínimo, debe de haber sido un tanto desgarradora, porque exigía un juicio severo, aunque indirecto, contra sus propias fuentes intelectuales, Weber y Mannheim).

¹⁴ “Un enfoque adaptacionista con respecto al nuevo régimen [republicano] [...] bien podía brindar la oportunidad de ejercer influencia sobre él desde adentro, orientarlo hacia caminos convenientemente moderados y hacer que fuera lo más receptivo posible a las tradiciones culturales y políticas de la casta de los mandarines” (*ibid.*, p. 202).

rales en relación con la tradición, el autor debía juzgar a los modernistas —que, de acuerdo con su definición, estaban más dispuestos a abandonarla— como adaptacionistas, una caracterización muy capciosa.

No estoy calificado para decir si la respuesta a la primera pregunta de Ringer hubiera sido diferente de haberse visto él menos forzado a asimilar las diferencias a las exigencias del tipo. Pero, como lector interesado, un lector que ha luchado con su libro y llegado a admirarlo, creo que es atinado preguntármelo. ¿No sufrieron esas fuerzas de resistencia a los nazis, por imposibles que fueran sus circunstancias, la influencia, al menos parcial, del aspecto más crítico del pensamiento modernista, tal vez de la crítica de la dominación planteada por Weber o de su propósito político con respecto a un hecho y un valor tan cruciales para deslindar campos?¹⁵ Y entonces, si hay aquí alguna evidencia, ¿no podría decirse que, en un sentido importante, la fuerza del Tercer Reich fue independiente de todo lo que cualquier académico pudiera haber hecho?

Me siento un poco más calificado para comentar la segunda pregunta de Ringer en relación con el resurgimiento de la tradición de los mandarines luego de la guerra. Es de presumir que Ringer estaba a punto de terminar *The decline...* el mismo año, 1968, en que apareció *Conocimiento e interés* de Habermas, un libro que representó el comienzo de una nueva etapa para la teoría crítica de la Escuela de Frankfurt. Aunque no exactamente posmarxista, el pensamiento de Habermas, según la evolución experimentada en las décadas de 1960 y 1970, fue sin lugar a dudas neoweberiano y, en años recientes, apasionadamente modernista.¹⁶ Si bien esta tradición de posguerra, por cierto una de las más importantes del pensamiento político alemán contemporáneo, no significaba una mera reaparición del mandarinitismo, tiene con seguridad una conexión intelectual importante con el ala más crítica de los mandarines modernistas.¹⁷ Así, si uno quiere plantear la cuestión de la historia de posguerra de los mandarines, parecería razonable considerar cuál fue ese desarrollo en relación con las tradiciones de Weimar, sobre todo porque el *contenido* intelectual de la renovada Escuela de Frankfurt sugiere muchos puntos de comparación positiva. La traída y llevada relación del propio Habermas con la tradición, ya notoria en *Conocimiento e interés*, es justamente uno de esos puntos. Otro es la línea de influencia que, desde Weber y a través de Jaspers, llega hasta Hannah Arendt y su actitud aparentemente modernista (esto es, también ella, compleja, si no discutida) con respecto al tema de la resistencia y la colaboración judías durante el Holocausto según lo aborda en *Eichmann en Jerusalén* (1963).¹⁸ Habría que tener en cuenta estas consideraciones si uno quiere, como Ringer, interrogar el destino de posguerra de la tra-

¹⁵ Véase Alvin Gouldner, “Anti-Minotaur: The myth of value-free sociology”, *Social Problems*, N° 9 (3), invierno de 1962 [traducción castellana: “El antiminotauro: el mito de una sociología libre de valores”, en Irving L. Horowitz (comp.), *La nueva sociología: ensayos en honor de C. Wright Mills*, Buenos Aires, Amorrortu editores, 1969].

¹⁶ Richard J. Bernstein (comp.), *Habermas and Modernity*, Cambridge, The MIT Press, 1985 [traducción castellana: *Habermas y la modernidad*, Madrid, Cátedra, 1988], y Jürgen Habermas, *The philosophical discourse of Modernity*, Cambridge, The MIT Press, 1987 [traducción castellana: *El discurso filosófico de la modernidad*, Madrid, Taurus, 1991].

¹⁷ Véase Martin Jay, *Dialectical imagination*, Boston, Little, Brown, and Co., 1973, pp. 294-295 [traducción castellana: *La imaginación dialéctica. Una historia de la Escuela de Frankfurt*, Madrid, Taurus, 1974], donde se encontrará un análisis de las relaciones, luego de la guerra, entre la Escuela de Frankfurt y los mandarines de Ringer. En resumidas cuentas, el autor estima que la conexión, si bien evidente, no era fuerte.

¹⁸ Véase Elisabeth Young-Bruehl, *Hannah Arendt: For love of the world*, New Haven, Yale University Press, 1982, cap. 8 [traducción castellana: *Hannah Arendt*, Valencia, Alfons el Magnànim/Generalitat Valenciana, 1993].

dición mandarinesca. Probablemente no surgieron por buenas razones metodológicas. La fuerza del tipo –el mandarín– depende de su relación con un campo histórico específico. Si se cambia el campo el tipo pierde fuerza. De manera alternativa, si el *habitus*, que vigorizaba a los mandarines modernistas, hubiese sido la primera inquietud de Ringer, el movimiento único y excepcional de ideas e individuos podría haber modificado sus interpretaciones.

El estudio de los intelectuales, sea histórico o sociológico, es el estudio de un tópico poco común, y que es poco común de una manera que plantea exigencias especiales a quienes los estudian. Los intelectuales se cuentan entre esos fenómenos particulares muy susceptibles de entender y quizá describir sus propias acciones. Ése es el atributo identificado en el pasaje de Shils citado por Ringer en la sección de su artículo sobre las “culturas académicas”. “Esa necesidad interior de ir más allá de la pantalla de la experiencia concreta inmediata marca la existencia del intelectual en todas las sociedades.”¹⁹ En otras concepciones menos idealizadas del intelectual se haría referencia a ese rasgo como las capacidades reflexivas de éste. Al margen de todo lo demás que los intelectuales sean o no, suele esperarse verlos entre los actores más capaces de interpretar sus propias ideas en relación con las circunstancias. El hecho de que pocas veces, quizá casi nunca, logren cumplir este criterio de su vocación no significa que no se trate de un atributo único de ésta.²⁰ Esa condición, si coincidimos en ella, debe afectar el *modo* de estudiar a los intelectuales.

La naturaleza reflexiva del trabajo intelectual, sea real o potencial, pone serios obstáculos a cualquier descripción objetivista o generalizadora de ese trabajo. El hecho de que los intelectuales, sobre todo los de inclinaciones teórico sociales como Weber y los mandarines moderados, proporcionen de manera regular aunque inconsistente caracterizaciones de sus propias ideas, implica la imposibilidad de suprimir por completo el estudio de intelectuales excepcionales o, correlativamente, de los rasgos excepcionales del pensamiento de cualquier intelectual.²¹ La omisión de las dimensiones excepcionales y rigurosamente individualistas de cualquier movimiento intelectual no puede sino reducir ese movimiento a sus características comunes y marginar justamente los aspectos reflexivos e irreconciliados que pueden ser los rasgos más distintivos de la vida y la obra de un intelectual. En términos más específicos, una consideración insuficiente de las ideas reflexivas características de un intelectual hace difícil

¹⁹ Coherente con su interpretación objetivista de Bourdieu, Ringer, en la extensa sección en que se cita el pasaje de Shils, procura asimilar la noción de capital cultural de aquél al estatus social de Weber. Su finalidad explícita en este punto, una finalidad con la cual coincido, es ampliar la comprensión de los intereses de un intelectual, de lo puramente económico a lo cultural. No obstante, esto también sigue siendo una interpretación objetivista. Ringer sostiene que la elección subjetiva de creencias que influye sobre las posiciones intelectuales es una decisión racional tomada en un rol social determinado por “el lugar objetivo de los intelectuales en el sistema de relaciones sociales jerárquicas”. La elección subjetiva es determinada, entonces, por las relaciones objetivas, por más que la modifiquen las creencias preconscientes. Esas creencias, destinadas a reflejar el elemento subjetivo, se modelan en forma objetiva. Aunque Ringer admite que los roles sociales sólo son “configurados en parte por las condiciones objetivas”, su examen no deja en claro cómo se originan los esquemas conceptuales subjetivos, o las creencias, con prescindencia de dichas condiciones. Aquí vuelven a quedar ilustrados los problemas implicados en el intento de resolver la ironía de las improvisaciones reguladas desde el interior de la dicotomía objeto/sujeto.

²⁰ Véase Alvin Gouldner, *The future of intellectuals and the rise of the new class*, Nueva York, The Seabury Press, 1979 [traducción castellana: *El futuro de los intelectuales y el ascenso de la nueva clase*, Madrid, Alianza, 1980]. David Swartz ha propuesto una interesante comparación del elemento reflexivo en “Reflexive sociology: A comparison of the theories of Pierre Bourdieu and Alvin Gouldner”, trabajo inédito presentado en la American Sociological Association, San Francisco, 1989.

²¹ Véase la nota 1.

dar respuesta a las mismas preguntas reflexivas que uno quiere plantear al evaluar una idea o un movimiento. Si fracasó, ¿por qué? Si sobrevivió, tal vez en otra forma, ¿cuáles podrían ser los caminos subterráneos de supervivencia?²² Se trata de preguntas que Ringer, con buenas razones, formula al final de *The decline...*, y para las que sólo propone respuestas parcialmente satisfactorias porque, en mi opinión, su *habitus* metodológico lo inclina a lo general y lo aparta de lo único.

Tal es, entonces, la diferencia crucial entre Ringer y Bourdieu. *Homo Academicus*, de este último, un estudio del mismo tipo que *The decline...*, produce contenidos empíricos muy diferentes. El más sorprendente contenido visual de ese libro es una serie de gráficos que trazan en dos dimensiones la posición relativa de cada intelectual y sus propiedades personales, políticas y profesionales. Los gráficos, sin embargo, no resumen. Describen el espacio de dispersión en el que las diferencias entre los intelectuales (más o menos poderosos, más viejos/más jóvenes; cuerpos docentes más prestigiosos/menos prestigiosos, etc.) son el centro de la atención. Así, una serie de representaciones gráficas del campo de los académicos parisinos en 1968 incita al lector a considerar *a la vez* la estructura general del campo y las diferencias decisivas entre intelectuales famosos y no tan famosos, unas diferencias que se interpretan como constitutivas del campo. El efecto visual corresponde en Bourdieu a su precisa comprensión metodológica de los dos aspectos de cualquier individuo concreto estudiado:

Así, estrictamente hablando, el Lévi-Strauss construido, procesado y producido por el análisis científico *no* tiene la misma referencia que el nombre propio que utilizamos en la vida cotidiana para designar al autor de *Tristes tropiques*; en un enunciado corriente, “Lévi-Strauss” es un signifiante al que puede aplicarse el universo infinito de predicados correspondientes a las varias diferencias susceptibles de distinguir al etnólogo francés no sólo de todos los demás profesores, sino también de todos los otros seres humanos, y que crearemos en cada caso como una función del principio de permanencia implícita que las necesidades o exigencias de la práctica han de imponernos.²³

En otras palabras, el estudio bourdieusiano de un campo intelectual procura desplegar y discutir la similitud y las diferencias de sus miembros; o, desde el punto de vista de cualquier intelectual específico representado, su estatus como improvisador regulado en dicho campo. Ésa es la consecuencia del concepto de *habitus* de Bourdieu. El campo está compuesto de tal manera que refleja las prácticas únicas de los individuos por cuyo conducto la estructuración de las estructuras está recursivamente atada, sin posibilidad de separación analítica, a las estructuras estructuradas presentes en ellas como disposiciones. Los individuos excepcionales y las excepciones individuales son una parte primordial del cuadro.²⁴

²² Por ejemplo, Alan Sica, *Weber, irrationality, and social order*, Berkeley-Los Ángeles, University of California Press, 1988, explica el interés de Weber por la irracionalidad en la vida social, y su incapacidad para explicarla, en función de una serie de factores muy individuales, entre ellos la tensión intrapsíquica, el amor a la música y una lisa y llana frustración.

²³ Pierre Bourdieu, *Homo Academicus*, Stanford, Stanford University Press, 1988, p. 22.

²⁴ La de Bourdieu no es la única alternativa a la propuesta de Ringer. Hay otras que, en diversa medida, respetan los rasgos únicos de la biografía en el estudio de los campos. Ciertas formas de biografía propiamente dicha, así como de biografía grupal, entre ellas Sam Bass Warner, *The province of reason*, Cambridge, Harvard University Press, 1984, se interesan en forma muy explícita en el campo desde el punto de vista de individuos únicos. Las biografías grupales más literarias tienen en gran parte el mismo propósito: por ejemplo, Phyllis Rose, *Parallel lives*:

Uno de los hábitos del propio Bourdieu es el de prestar atención reflexiva a sí mismo en todos sus escritos. Se siente su presencia junto al escenario, mientras murmura en forma audible su sentido de la posición en el campo de las cosas. En *Homo Academicus* dice lo siguiente: “El escritor ocupa una posición en el espacio descripto: él lo sabe y sabe que el lector lo sabe”.²⁵ Pocos estudios de intelectuales son obra de intelectuales que disfrutaran de una influencia de importancia similar a la que él ha tenido en el campo que estudia. No obstante, Bourdieu, como estudioso de los intelectuales, sólo difiere del resto por una cuestión de grado. Cuando los intelectuales estudian a intelectuales, ¿no se da el caso de que deban incorporarse a la situación única de los estudiados? ¿Y no son las exigencias reflexivas de esta relación académica tanto más severas debido a que el mismo trabajo intelectual es intrínsecamente reflexivo, cualquiera sea su tema? Si es así, parecería necesario que los sociólogos e historiadores de los intelectuales se empeñaran en una comprensión empática de las características únicas e inasimilables de las personas a quienes estudian. La comprensión empática de lo único fue, es justo decirlo, uno de los aspectos contradictorios e irreconciliados del método, positivo en última instancia, de otra de las fuentes del profesor Ringer, Max Weber. Debemos estudiar los campos, sin duda; pero no sin prestar una atención primordial a los hábitos excepcionales de los individuos, grandes o comunes y corrientes. □

Five victorian marriages, Nueva York, Alfred Knopf, 1983. Sobre la relación entre biografía y teoría social, véase Charles Lemert, “Whole life social theory”, *Theory and Society*, N° 15 (3), mayo de 1986, pp. 431-432. Formas de investigación prosopográfica menos radicales que la de Bourdieu, como las utilizadas en la sociología norteamericana de la ciencia, también pueden emplearse para identificar los rasgos únicos y reflexivos de aportes individuales a la evolución de las ideas. “Episodic memoir”, de Robert Merton, sobre el desarrollo de la sociología de la ciencia, es un excelente ejemplo. Véase Robert Merton, “Episodic memoir”, en Robert K. Merton y Jerry Gaston (comps.), *Sociology of science in Europe*, Carbondale-Illinois, Southern Illinois University Press, 1977, pp. 3-144. Y acerca del papel del indicio único en las ciencias sociales, véase Carlo Ginzburg, “Clues: Roots of a scientific paradigm”, *Theory and Society*, N° 7 (3), 1979, pp. 273-288.

²⁵ Bourdieu, *Homo Academicus*, *op. cit.*, p. 24.

Trabajo de campo y teorización en la historia intelectual: una réplica a Fritz Ringer*

Martin Jay**

Como acompañamiento del reciente renacer del interés en la historia intelectual se ha suscitado una vigorosa discusión, de creciente sofisticación teórica, sobre sus métodos y fundamentos teóricos. Gracias a la asimilación de lecciones de la filosofía, la antropología, la crítica literaria, la sociología y otros campos relevantes, historiadores como Quentin Skinner, Hayden White, Dominick LaCapra, James Clifford y Roger Chartier se han convertido en legítimos participantes de los debates culturales más amplios de nuestros días. Es particularmente gratificante ver a Fritz Ringer unirse a ellos, pues desde hace mucho se lo reconoce como un magistral representante del oficio del historiador intelectual. Quienes han tenido la suerte de estudiar con él, como fue mi caso a mediados de la década de 1960, así como aquellos que sólo lo conocen a través de sus libros ejemplares, *The decline of the german mandarins* y *Education and society in modern Europe*,¹ no pueden sino dar la bienvenida a su intervención.

El precoz entusiasmo de Ringer por Weber y Mannheim aún es notorio en este nuevo artículo, pero ahora su argumento también recurre a Bourdieu y la literatura reciente sobre la reconstrucción racional en la historia de la ciencia. Los resultados son una animosa defensa de la historia intelectual como estudio de los “campos del conocimiento” socialmente constituidos, que, no obstante, se resiste a reducir el contenido intelectual a un reflejo irracional de las relaciones de poder existentes dentro o fuera de esos campos. Comparto muchas de las inclinaciones de Ringer, pues con frecuencia estructuré mi propio trabajo teniendo presentes esos campos del conocimiento y defendí las implicaciones racionalistas de nuestra disciplina, razón por la cual lo que sigue será, más que una crítica fundamental, un desafío fraterno en procura de fortalecer argumentos que en general me parecen convincentes. De hecho, mi coincidencia tan frecuente con la posición de Ringer me llevará a pasar por alto los puntos fuertes del artículo para concentrarme exclusivamente en las áreas que, a mi juicio, requieren

* Título original: “Fieldwork and theorizing in intellectual history: A reply to Fritz Ringer”, en *Theory and Society*, N° 19 (3), junio de 1990, pp. 311-321. Traducción de Horacio Pons.

** Miembro del Departamento de Historia de la Universidad de California en Berkeley.

¹ Fritz K. Ringer, *The decline of the german mandarins: The german academic community 1890-1933*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1969 [traducción castellana: *El ocaso de los mandarines alemanes*, Barcelona, Pomares-Corredor, 1995], y *Education and society in modern Europe*, Bloomington, Indiana, Indiana University Press, 1979.

mayor desarrollo, aclaración y tal vez revisión. Dedicaré las primeras observaciones a las implicaciones de la lectura “objetivista” que Ringer hace de la metodología de Bourdieu; a continuación me ocuparé del espinoso problema de la relación entre la sociología del conocimiento y el relativismo cognitivo.

Aunque los campos intelectuales, en la caracterización de Ringer, no pueden conceptualizarse como los objetos exclusivos o más fundamentales de la investigación histórica intelectual, son sin duda de considerable valor para comprender la constelación inarticulada o semiarticulada de fuerzas, tanto sociales como culturales, que sirven de base a cualquier proyecto intelectual individual y hasta colectivo. Nos ayudan a fundar y situar la teorización reflexiva de lo que Alvin Gouldner llamaba “cultura del discurso crítico” en su contexto pre-reflexivo o, para utilizar los términos de Ringer, pre-consciente. Como el “mundo de la vida” de los fenomenólogos o la “episteme” de Foucault, la noción de *habitus* de Bourdieu nos lleva a considerar el horizonte o telón de fondo de prácticas, supuestos, hábitos y prejuicios tácitos que constituyen la matriz doxológica de la cual surge un pensamiento más consciente de sí mismo. Nos fuerza, asimismo, a registrar las coacciones institucionales, por ejemplo las impuestas por los sistemas educacionales que Ringer ha explorado con tanta maestría, que estimulan, influyen y limitan la creación y recepción de ideas, aun de las más obviamente creativas. Y nos ayuda, por último, a evitar un intencionalismo ingenuo que procura reducir el significado de las ideas a las intenciones subjetivas de quienes les dan origen o adhieren a ellas.²

La concentración en los campos o *habitus* intelectuales –Ringer no siempre aclara las diferencias entre ambos conceptos– puede contribuir a llevar a cabo todos esos objetivos, pero un apoyo demasiado excluyente en tal método tiene un costo, que la defensa de Ringer acaso subestima. En primer lugar, como lo indica la metáfora espacial del campo, su postura supone tácitamente que una entidad sincrónica debe inspeccionarse o cartografiarse como una *Gestalt* estructural o relacional. Cuando Ringer dice que “en un momento y un lugar determinados, el campo intelectual [...] es una configuración o una red de relaciones”, revela las implicaciones atemporales de la metáfora, que se fortalecen cuando habla de “posiciones” en campos o “haces” de textos, cuya distribución el historiador puede cartografiar y cuyos perfiles puede “circunscribir”.

Ringer admite, desde luego, que “los propios campos intelectuales pueden cambiar” y, en efecto, el título mismo de su primer libro, con la referencia al ocaso, introduce un elemento diacrónico en su exposición. Pero su artículo privilegia, no obstante, una epistemología más comúnmente asociada al análisis sincrónico que al análisis diacrónico: la del observador distanciado que contempla con desapasionamiento un objeto desde lejos. Aunque en un momento de su argumentación reconoce que un *habitus* “es una de esas entidades que nunca están al alcance de la observación directa”, en otro lugar insiste, empero, en que los campos deben considerarse como “objetos independientes de investigación empírica”, susceptibles de exa-

² Ringer introduce la obra de Quentin Skinner en su examen de la intencionalidad, pero subestima su complejidad. En vez de buscar el *sentido* de un texto en el “proyecto subjetivo” del autor, Skinner sostiene en forma explícita que ese sentido trasciende la motivación subjetiva. El objetivo previsto, afirma, sólo es un acto ilocutivo, que el autor intenta realizar al escribir el texto. Esos actos, agrega, pueden atribuirse a la intencionalidad y ser recuperados como tales por el historiador, mientras que no es posible hacer otro tanto con los múltiples sentidos del texto. Véase su dilucidación de este aspecto en James Tully (comp.), *Meaning and context: Quentin Skinner and his critics*, Cambridge, Inglaterra, Polity Press, 1988, pp. 270-271.

minarse “desde un punto de vista deliberadamente distante e impersonal”. Al aducir esto, es congruente con su idea de que el pensamiento original es una suerte de esclarecimiento, “una conquista de distancia analítica con respecto a los supuestos tácitos de un mundo cultural”.

Uno podría, claro está, intentar mantener esa distancia con respecto a un proceso diacrónico y no a un campo sincrónico, y tratar de examinar esos viejos rubros principales de la historia de las ideas, las “corrientes” o los “movimientos”. Pero los supuestos epistemológicos serían los mismos: el observador distante que inspecciona un objeto claramente visible desde lejos. Tenemos aquí la característica dicotomía sujeto/objeto, un elemento tan tenaz del pensamiento moderno desde Descartes. No es éste el lugar adecuado para lanzar una crítica más del cartesianismo. Baste con plantear la sencilla observación que ese enfoque tiende a ignorar, en especial cuando campos atemporales son el objeto privilegiado de indagación: la importancia de la reconstrucción histórica del pasado como *relato*.³

En tiempos recientes, los historiadores han prestado mucha atención al valor y las implicaciones del relato; lo han hecho sobre todo aquellos desilusionados con un enfoque francamente teórico o cuantitativo del pasado. En ocasiones, la celebración de la narración ha servido para encubrir otros objetivos, como el restablecimiento de una historiografía política dedicada a los grandes hechos memorables, en desmedro de una historiografía social interesada en la vida de las masas anónimas. Pero en otras oportunidades implicó una sensibilidad creciente al hecho de que los relatos del historiador son irreductibles a la mera recuperación de un pasado ya preestructurado y que está a la espera de que un observador desinteresado lo recapture “tal como es”. En este aspecto, la obra de Paul Ricœur y Hayden White ha sido de especial eficacia para hacernos ver que la narración tiene una dimensión constructiva ineludible que vincula la historia con la literatura y no con la ciencia, tal como ésta suele entenderse.⁴

Aunque el carácter literario de nuestras reconstrucciones no deba significar por fuerza la eliminación de todas las diferencias entre narración histórica y ficción, como temen algunos alarmistas, es cierto que rodea de una fuerte sospecha el supuesto de un observador distante que contempla un objeto desde lejos. De hecho, la propia obra de Ringer demuestra con claridad este aspecto, pues la decisión misma de urdir la historia de los mandarines alemanes como un “ocaso” cuyo fin se sitúa en el fatídico año de 1933 delata una conciencia histórica formativa que va más allá de la simple observación de un campo intelectual desde una dis-

³ En nuestros días se acepta en forma generalizada que aun Descartes narrativizó su exposición de un método notoriamente no narrativo de indagación. Véase, por ejemplo, Dalia Judovitz, *Subjectivity and representation in Descartes: The origins of Modernity*, Cambridge, Inglaterra, Cambridge University Press, 1988.

⁴ Paul Ricœur, *Time and narrative*, dos volúmenes, traducción de Kathleen McLaughlin y David Pellauer, Chicago, University of Chicago Press, 1984-1985 [traducción castellana: *Tiempo y narración*, 1, *Configuración del tiempo en el relato histórico*, y *Tiempo y narración*, 2, *Configuración del tiempo en el relato de ficción*, Madrid, Cristiandad, 1987], y Hayden White, *Metahistory: The historical imagination in nineteenth-century Europe*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1973 [traducción castellana: *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, México, FCE, 1992]; *Tropics of discourse: Essays in cultural criticism*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1978, y *The content of form: Narrative discourse and historical representation*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1987 [traducción castellana: *El contenido de la forma: narrativa, discurso y representación histórica*, Barcelona, Paidós, 1992]. Debemos agregar la salvedad “la ciencia, tal como ésta suele entenderse”, porque en los últimos tiempos ciertos comentaristas también han hecho hincapié en su dimensión narrativa. Véase, por ejemplo, Alasdair MacIntyre, “Epistemological crises, dramatic narrative, and the philosophy of science”, en Gary Gutting (comp.), *Paradigms and revolutions: Applications and appraisals of Thomas Kuhn's philosophy of science*, Notre Dame, Indiana, University of Notre Dame Press, 1980.

tancia olímpica.⁵ Del mismo modo, la evidente identificación de Ringer con el grupo de mandarines que llama “modernistas”, en detrimento de los “ortodoxos”, hace que su exposición delate en forma inevitable una inmersión más comprometida en su material de lo que parecería saludable en función del método de distanciamiento que él defiende en ese artículo.

A decir verdad, sobre la base de los principios de Bourdieu difícilmente podría ser de otra manera, pues el historiador está inserto en forma ineludible en un *habitus* cuyos supuestos tácitos se resisten a una plena tematización y crítica.⁶ Por ese motivo, la noción de “fusión de horizontes” de Gadamer, con la que Ringer nunca se sintió del todo cómodo, expresa lo que él mismo hace concretamente como historiador, con mayor exactitud que la idea de una observación objetiva desde lejos. Aun su artículo muestra los efectos del relato constructivista cuando Ringer generaliza al decir que “el pensamiento original y coherente es una especie de *esclarecimiento*, una *emergencia* hacia la claridad, una conquista de distancia analítica con respecto a los supuestos tácitos de un mundo cultural”. Pues esa definición del progreso hacia la luz en virtud de la desvinculación de los lóbregos supuestos del mundo cultural no tematizado se basa en una de las más viejas construcciones topológicas de la tradición occidental, al menos tan antigua como la caverna de Platón. Los críticos de esta versión heliocéntrica y oculocéntrica de la verdad en cuanto esclarecimiento progresivo, como Merleau-Ponty y Heidegger, solían salir a la palestra con diferentes relatos que destacaban, en cambio, las virtudes de la intermediación, el involucramiento y la cercanía. Para ellos, la búsqueda cartesiana o positivista de lucidez y perspectiva sería un desventurado desvío en una historia cuyo *telos* debe ser el restablecimiento de la inmersión en el Ser. El quid no es aquí que sus alternativas sean por fuerza mejores; radica simplemente en decir que Ringer no puede escapar a un momento narrativizador ni siquiera en sus pronunciamientos de apariencia más directa sobre “el trabajo de esclarecimiento”.

Los inconvenientes de su modelo objetivista también surgen cuando Ringer estudia cómo deben los historiadores intelectuales manejar los residuos textuales dejados por el pasado. En este punto invoca el modelo de la traducción como la metáfora más adecuada de lo que hacemos. Aunque yo coincidiría en que la traducción es sin duda sugerente en términos heurísticos como un modo de conceptualizar la comunicación,⁷ debo señalar que no logra tomar nota del papel inevitable de la sinopsis, la paráfrasis y el reensamblaje en cualquier acto de interpretación. Afirmar que debemos “‘casar’ una secuencia de frases del texto con una secuencia coherente de frases claras en nuestro propio lenguaje” es ignorar la “construcción” que se deduce de manera inexorable de nuestra familiarización con los argumentos y su nueva descripción en términos que nos son propios.

Como Dominick LaCapra ha sostenido con frecuencia, no podemos eludir la esencialización de los textos que interpretamos, y omitimos y marginamos calladamente los elemen-

⁵ La decisión de poner fin a su relato con la victoria nazi, por ejemplo, ha sido cuestionada como prematura por un crítico eminente, a cuyo juicio los mandarines todavía tenían gran vigencia luego de 1945. Véase Jürgen Habermas, *Philosophisch-politische Profile*, Frankfurt, Suhrkamp, 1971, p. 240 [traducción castellana: “Los mandarines alemanes”, en *Perfiles filosófico políticos*, Madrid, Taurus, 2000].

⁶ En realidad, el mismo Bourdieu es explícito en lo concerniente a la mezcla de distancia objetiva y proximidad habitual que constituye el *habitus* del académico. Véase su *Outline of a theory of practice*, traducción de R. Nice, Cambridge, Inglaterra, Cambridge University Press, 1977, pp. 2-4.

⁷ En George Steiner, *After Babel: Aspects of language and translation*, Londres, Oxford University Press, 1975 [traducción castellana: *Después de Babel: aspectos del lenguaje y la traducción*, México, FCE, 1995], se encontrará un análisis de vasto alcance del modelo traductivo de la comprensión.

tos del original que estimamos insignificantes, repetitivos o, sin más, demasiado ajenos para domesticarlos.⁸ Los textos y las acciones pueden estar “objetivamente dados”, como Ringer argumenta, al menos en el sentido de que no los urdimos en nuestra interioridad. Pero lo que hacemos cuando les atribuimos un significado para nosotros mismos va bastante más allá de una traducción literal de una lengua a otra. Ningún distanciamiento negador de sí mismo, por grande que sea, nos dirá qué decisión tomar en ese proceso; nuestros prejuicios, en el sentido que Gadamer da a este término, intervienen por necesidad de una manera que no podemos poner por entero entre paréntesis, aun cuando seamos capaces, al ponerlos en primer plano, de problematizarlos en algún aspecto.

El problema se agrava si nos tomamos en serio la exhortación de críticos literarios y filósofos lingüísticos cuando nos instan a responder a los múltiples niveles y efectos de los textos, tanto ilocutivos como locutivos, tropológicos como referenciales, retóricos como lógicos.⁹ En contra del argumento de Ringer, la interpretación hermenéutica, que procura captar el sentido inherente de un texto, y la explicación, que da razón de las fallas de la significación mediante el recurso a un contexto ambiental cuyo carácter significativo se supone evidente por sí mismo, acaso no basten. Tal vez sea útil, en efecto, una tercera estrategia que desconstruccionistas como Paul de Man y J. Hillis Miller se complacen en llamar “lectura”.¹⁰ El término implica respeto por los modos múltiples, elusivos y a veces contradictorios como los textos significan y al mismo tiempo confunden la significación, exigen sinopsis parafrásticas y las impiden, “dicen” una cosa y “quieren decir” posiblemente muchas otras. Al negarse a reducir las operaciones del lenguaje a ideas, intenciones o, con la venia de Ringer, expresiones de las relaciones en un campo intelectual, la lectura sigue en este sentido un imperativo ético: la resistencia a un cierre prematuro basado en una creencia injustificada en la transparencia del lenguaje y la plenitud del significado que éste transmite. En vez de compartir la optimista versión igualitaria de Ringer de la traducción como un “apareamiento” exitoso, los exponentes de la lectura convalidan así la idea de Walter Benjamin de la tarea del traductor como la defensa de la diferencia alegórica entre el original y la copia.¹¹

Provocaríamos un grave empobrecimiento en la historia intelectual, desde luego, si la redujéramos exclusivamente a la lectura en este sentido y, así, la fundiéramos por completo con ciertas modalidades de crítica literaria. Pero con seguridad debe prestarse alguna atención al nivel de complejidad textual, que se niega a disolverse en el campo intelectual del cual surgen, de un modo u otro, los textos. En realidad, justamente porque los textos pueden verse como el ámbito de impulsos antagónicos, es muy posible considerar que emergen de varios campos rivales o superpuestos, en vez de limitarse a ejemplificar un *habitus* unificado. Lo

⁸ Véase, por ejemplo, Dominick LaCapra, *Rethinking intellectual history: Texts, contexts, language*, Ithaca, Cornell University Press, 1983.

⁹ Podrá encontrarse un sumario reciente de esta literatura en Robert F. Berkhofer, Jr., “The challenge of poetics to (normal) historical practice”, en *Poetics Today*, N° 9 (2), 1988, pp. 435-452.

¹⁰ Véanse, por ejemplo, Paul de Man, *Allegories of reading: Figural language in Rousseau, Nietzsche, Rilke and Proust*, New Haven, Yale University Press, 1979 [traducción castellana: *Alegorías de la lectura. Lenguaje figurado en Rousseau, Nietzsche, Rilke y Proust*, Barcelona, Lumen, 1990], y Joseph Hillis Miller, *The ethics of reading: Kant, De Man, Eliot, Trollope, James, and Benjamin*, Nueva York, Columbia University Press, 1987.

¹¹ Véanse, en especial, las observaciones de De Man en su crítica de la hermenéutica de la recepción defendida por Hans Robert Jauss, “Reading and history”, en *The resistance to theory*, prefacio de Wlad Godzich, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1986, pp. 61 y ss. [traducción castellana: *La resistencia de la teoría*, Madrid, Visor, 1990].

mismo puede ser válido para algunos intelectuales, a quienes, como he tratado de argumentar en el caso de Adorno, puede concebirse como ocupantes del punto nodal en un campo o constelación de fuerzas de impulsos opuestos.¹²

Como Samuel Weber ha sostenido al criticar el alegato de Stanley Fish en favor del poder determinante de las “comunidades interpretativas” (que comparten muchas de las características de los campos de Bourdieu),

el término “institución” no puede entenderse como referencia a un sistema autónomo, unificado y determinable de creencias y supuestos. Antes bien, marcará el choque de esas creencias y supuestos. El hecho de sostener que ese conflicto exige un terreno común, aunque se trate de un campo de batalla, no resuelve nada, porque sólo equivale a afirmar que, a fin de que haya conflicto, debe haber contacto, y que esto implica a su vez un espacio institucionalizado estructurado. Con ello, sin embargo, no se nos dice una palabra sobre las fuerzas y factores que delimitan ese espacio.¹³

Así, si pasamos con demasiada rapidez del nivel de la complejidad textual al contexto presuntamente previo de una institución, un campo o un *habitus* coherente, quizá no podamos reconocer la inestable coexistencia de varios contextos antagónicos, que van más allá de la subdivisión de uno de ellos en una lucha ortodoxa y heterodoxa destructiva.

Por todas estas razones, el giro objetivista que Ringer imprime al estudio de los campos intelectuales me parece inadecuado. A decir verdad, por momentos él admite eso mismo, por ejemplo cuando sostiene que “mientras que el pensamiento de los autores estrictamente representativos no es sino un objeto de estudio para nosotros, los pensadores creativos se nos unen como colegas mayores y nos guían hacia su mundo”. En otras palabras, ayudan a formar los prejuicios de nuestro propio *habitus*. Pero luego Ringer concluye con demasiado apresuramiento que “no hay contradicción en la tesis de que la exploración de los campos intelectuales y el estudio de los grandes textos esclarecedores deben proceder de manera interactiva si la aspiración es el avance de la historia intelectual”. Pues el estudio de esos grandes textos y, en rigor, la decisión de valorarlos como tales, se realizan dentro de un campo (o campos) específico(s), cuyos presupuestos no podemos trascender por entero en nombre de una vigilancia neutral. Si no una contradicción, hay por cierto una tensión, que Ringer ha soslayado con excesiva rapidez.

Acierta, sin embargo, al oponerse a una conclusión característica de la sociología vulgar del conocimiento que alguien podría extraer de estas observaciones. Las ideas y los textos, reconoce Ringer con prudencia, no son meras expresiones o reflejos de los contextos que los definen; también tienen la capacidad de criticar y trascender sus *habitus*, así como de llegar a ser significativos para miembros de distintos contextos. Por lo tanto, situarlos en sus campos intelectuales generativos o destacar su recepción en otros no es negar su contenido de verdad o sus pretensiones de racionalidad. Por mucho que nuestros campos intelectuales nos circunscriban, podemos intentar una reconstrucción racional del pasado, que se funde en el

¹² Martin Jay, *Adorno*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1984 [traducción castellana: *Adorno*, México, Siglo XXI, 1988].

¹³ Samuel Weber, *Institution and interpretation*, prefacio de Wlad Godzich, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1987, p. 37.

supuesto de la existencia de algo común para personas de diferentes momentos y otras culturas. La inconmensurabilidad radical convierte en una imposibilidad cualquier intento de ocuparse de la diferencia, tanto histórica como presente. Después de todo, los horizontes sólo pueden fundirse si en los *habitus* originales en cuestión no sólo hay diferencia sino también mismidad.

Es necesario, empero, ser claros con respecto a una distinción que el argumento de Ringer disuelve: la existente entre decir que una creencia es verdadera y afirmar que nuestra descripción de una creencia (cuya verdad o falsedad ponemos entre paréntesis) es históricamente cierta. Tradicionalmente, los detractores de la sociología del conocimiento la han acusado de negar el valor de verdad de las ideas, por situarlas en contextos históricos finitos y relacionarlas con grupos sociales específicos. Para quienes creen que la verdad es trascendente, universal y absoluta, ese método sólo puede conducir al relativismo cognitivo. Ringer sugiere que no debemos llegar a esa conclusión si suponemos la racionalidad de las creencias que examinamos. “Debemos empezar por suponer –nos dice– que las creencias que encontramos se deducen de observaciones confiables y un razonamiento sólido.” Luego apela a la noción de reconstrucción racional de Lakatos y sostiene que las irracionalidades empíricas deberían conceptualizarse como desviaciones de la norma.

Sin embargo, esta exhortación, ya anticipada por Max Weber en un famoso argumento de *The theory of social and economic organization*,¹⁴ es problemática como guía para juzgar el contenido de verdad de las creencias, como Ringer sugiere.¹⁵ Pues es evidentemente posible que las personas registren de manera fiel lo que observan y luego hagan un razonamiento lógico sobre las implicaciones y, no obstante, den con ideas que, en un momento ulterior, calificaríamos de falsas. Consideremos el conocido caso de la concepción geocéntrica del universo sostenida por los astrónomos precopernicanos. Sin lugar a dudas, las observaciones que hacían, sin contar con telescopios, eran “sólidas”: el Sol, después de todo, parece girar alrededor de la Tierra. Y su aptitud para utilizar la lógica aristotélica no era en absoluto inferior a la nuestra. No obstante ello, desde nuestro punto de vista actual juzgamos con toda evidencia que sus ideas eran falsas en términos cognitivos. En este caso, contra lo que sostiene Ringer, las “buenas razones” no condujeron a “creencias válidas”. Tampoco es obvio que validez y verdad sean simplemente sinónimas. Lo que la reconstrucción racional puede hacer es informarnos de los procedimientos empleados para cerciorarse de las creencias, que luego podemos juzgar de conformidad con una u otra norma de comprobación de la validez racional, pero en realidad es incapaz de permitirnos juzgar el contenido de verdad por sí mismo.

¹⁴ Max Weber, *The theory of social and economic organization*, edición establecida por Talcott Parsons, traducción de A. M. Henderson y Talcott Parsons, Nueva York, Oxford University Press, 1947, p. 92 [traducción castellana: “Teoría de la organización social y económica”, primera parte de *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*, México, FCE, 1944]. Weber habla aquí de la *acción* racional como un tipo, en el que “racional” se define en términos instrumentales. Los valores o creencias últimas, admite, quizá no se ajusten a ningún modelo de racionalidad.

¹⁵ Existe, desde luego, el interrogante más cósmico de qué constituye la verdad, una categoría que en modo alguno cae por su propio peso. Así, algunos filósofos, como Heidegger, defienden una noción aleética contra la idea apofántica que Ringer propicia de manera implícita: la verdad como revelación o desocultación y no como proposiciones que corresponden al mundo. Como es evidente, no es éste el lugar adecuado para discutir ese problema, tarea que, de todos modos, toca más al filósofo que al historiador intelectual.

Aun menos puede ayudarnos cuando escribimos las historias del pensamiento en campos que están a mayor distancia de la historia de la ciencia que aquellos que Ringer suele discutir. Las áreas de la iniciativa intelectual que por lo común denominamos humanidades o artes son difíciles de reconstruir en términos de resolución de problemas basada en “observaciones confiables y un razonamiento sólido”. Aunque puedan ocuparse de objetos con un contenido de verdad –al menos así lo han afirmado filósofos como Adorno y Heidegger– y tal vez tengan historias que fueron sometidas a alguna forma de racionalización –como Habermas ha procurado demostrar–, es discutible que el mismo método que utilizamos para interpretar a Galileo y Darwin funcione con Goethe y Baudelaire. La diferencia será especialmente clara si reconocemos la acrecida importancia de la lectura, en el sentido antes descrito, en la interpretación de los textos humanistas (la diferencia no es absoluta, como el análisis retórico de la ciencia ha puesto de manifiesto, pero pese a ello existe).¹⁶

Que Ringer invoque la tesis de Davidson de que la razón de alguien para sostener una creencia puede ser una causa del hecho de sostenerla no nos es de mucha ayuda para salir de ese dilema. En primer lugar, da por descontada la aptitud misma de reaprehender la motivación intencional de un agente, que el énfasis de Ringer en los campos intelectuales anónimos pretendía hacernos superar. Segundo, supone que la racionalidad del pensador original está conectada de alguna forma con la validez de la creencia que sostiene, cosa que, como hemos visto en el caso del pensamiento precopernicano, no sucede necesariamente. Y por último, omite tomar en cuenta la disparidad entre la lógica consciente del creyente y la lógica inconsciente de la creencia, que sólo puede ser evidente en retrospectiva para las siguientes generaciones. Un ejemplo obvio sería la tesis de Weber sobre la relación entre la ética protestante y el espíritu del capitalismo, que combina dos tipos de racionalidad, una para el actor y derivada de su campo intelectual y otra para el historiador y derivada de su interpretación de las consecuencias imprevistas de dichas creencias.

Esta consideración final nos lleva al segundo tipo de verdad implicada en el relato del historiador intelectual: la verdad de su descripción en relación con algo llamado “pasado”. Aquí suspendemos todo interrogante acerca del contenido de verdad de las ideas de pensadores anteriores y nos concentramos, en cambio, en la veridicidad de nuestras reconstrucciones de su desarrollo, propagación, recepción, influencia, etc. En este punto, el dispositivo heurístico de la reconstrucción racional, entendido como un tipo ideal casi siempre realizado de manera imperfecta en la práctica, puede ser más útil que en el caso anterior. Pues nos permite, en efecto, salvar de alguna manera la brecha entre nuestro contexto y el de esos pensadores, para encontrar un modo de fusionar horizontes que, de lo contrario, estarían demasiado apartados para reunirse en algún aspecto significativo. Aunque se nos apremie para juzgar el valor de verdad de las ideas, podemos suponer alguna comunidad de normas en el modo como personas de diferentes épocas llegan a sostenerlas. Por erróneo que sea privilegiar nuestra versión de la razón como la norma universal, hay en diferentes culturas dimensiones superpuestas de lo que llamamos racionalidad que nos permiten tender puentes entre el pasado y el presente. Ringer acierta, entonces, al instarnos a atribuir a todos los seres humanos la capacidad

¹⁶ Se hallarán análisis de la dimensión retórica en el discurso de las ciencias naturales y las ciencias sociales en John S. Nelson, Allan Megill y Donald N. McCloskey (comps.), *The rhetoric of the human sciences: Language and argument in scholarship and public affairs*, Madison, University of Wisconsin Press, 1987.

de razonar y a rechazar la relegación de otras culturas y otras épocas (así como, podríamos agregar, otras razas, géneros, etc.) a lo “otro” de una razón reducida a nada más que una expresión del imperialismo conceptual de nuestra cultura. De hecho, como he sostenido en otra parte,¹⁷ nuestra capacidad misma de parafrasear y reproducir ideas de otras épocas y culturas sugiere un tipo de racionalidad comunicativa que trasciende tiempos y lugares.

También es menester, sin embargo, tomar en cuenta la otra cara de la moneda. Esto es, necesitamos exponer nuestro concepto de racionalidad a la experiencia de otras culturas y otros períodos. El modelo tácito de Ringer de esclarecimiento, dicotomización sujeto/objeto, objetividad distanciada, etc., debe entenderse como una versión de la racionalidad que, según nos muestra la historia, no es en modo alguno universal. En efecto, una de las funciones más importantes de la historia intelectual, en contraste con las filosofías ahistóricas que presuponen la equivalencia atemporal de problemas eternos, es mantener viva la ajenidad de otras culturas, a fin de deshacernos de la arrogante y peligrosa idea de que nosotros representamos la naturaleza humana o la sabiduría acumulada de la especie. Una manera de hacerlo consiste en resistirse a suponer que somos capaces de ser observadores plenamente objetivos que contemplan en forma desapasionada un campo intelectual desde arriba, o traductores escrupulosos de frases de una lengua a otra. Aunque esas ficciones tengan por momentos alguna utilidad, también tienen sus costos, que una historia intelectual crítica, abierta a los retos de la teoría contemporánea, puede ayudarnos a evitar. Si nos mantenemos al margen de la refriega, como los mandarines que Fritz Ringer nos ha hecho conocer, sólo tendremos el ocaso como destino; los historiadores intelectuales disfrutarán de muchas probabilidades más de prosperar si participan de los vivaces debates culturales de la hora. Nuestro campo intelectual está hoy más allá de los estrechos límites disciplinarios de una época anterior; nuestro *habitus* es algo más que la sociología del conocimiento, incluso según la ejercen maestros como Fritz Ringer. □

¹⁷ Martin Jay, “Two cheers for paraphrase. The confessions of a synoptic intellectual historian”, en *Fin-de-siècle Socialism and other essays*, Nueva York, Routledge, 1988 [traducción castellana: *Socialismo fin-de-siècle*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1990].

Contrarréplica a Charles Lemert y Martin Jay*

Fritz Ringer**

Debo agradecer a Charles Lemert y Martin Jay las molestias que se han tomado con mi artículo, así como los interesantes problemas que han planteado. Ansioso por responder de la manera más concisa posible, comienzo por ocuparme de dos críticas de Lemert que parecen reflejar una comprensión insuficiente de mi posición. En primer lugar, Lemert sostiene que mi enfoque hace caso omiso de lo biográfico. Tanto él como sus estudiantes, dice, quieren tener “acceso a las ideas a través de la vida de [...] personas excepcionales” y “escuchar las historias de individuos especiales”. Y se refiere a mi “enérgica oposición metodológica a la biografía”, aunque no soy consciente de tenerla. He citado en términos aprobatorios un vigoroso ejemplo de biografía intelectual y señalé que el estudio de los grandes textos y los campos debe llevarse a cabo de manera interactiva. Sólo propuse que: a) los campos intelectuales se estudien por derecho propio, y b) las biografías tienen mayores probabilidades de ser coherentes cuando se basan en estudios previos de los campos pertinentes. No advierto contradicción alguna entre el concepto de campo intelectual y mi interés especial en los intelectuales que propusieron una dilucidación creativa de las tradiciones en que se inscribían. “Los campos pued[e]n ser entidades con todas las de la ley”, establece Lemert, pero eso “no implica [...] que en ellos no hay lugar para el individuo”. Estamos completamente de acuerdo, sobre todo porque los campos son redes de posiciones individuales. La única posible diferencia que percibo entre ambas posturas es que yo me preocupo menos por las “historias de individuos excepcionales” que por las exposiciones coherentes de sus ideas.

La segunda acusación de Lemert es que la falta de atención a las diferencias individuales suscitó graves deficiencias en mi *The decline of the german mandarins*. La “línea narrativa más atrapante” de ese libro, escribe, es “la ineptitud [...] de esos mandarines, ortodoxos o modernistas, para impedir [...] el ascenso del nacionalsocialismo”. Acierta al afirmar que yo detecté actitudes ambivalentes hacia la modernidad aun entre los modernistas, que creían, no obstante, que una “adaptación” parcial a la modernidad y la democracia (no al racismo y el

* Título original: “Rejoinder to Charles Lemert and Martin Jay”, en *Theory and Society*, N° 19 (3), junio de 1990, pp. 323-334. Traducción de Horacio Pons.

** Miembro del Departamento de Historia de la Universidad de Pittsburgh.

totalitarismo) era ineludible si se pretendía mantener la vigencia de los valores perdurables de su herencia:

En la conclusión de *The decline...* Ringer se hace dos preguntas, ambas aplicables en general a la responsabilidad social de los intelectuales: 1) ¿fueron los mandarines directamente responsables del ascenso del nacionalsocialismo? Su respuesta es: no directamente, pero sí, indirectamente. “Fomentaron el caos, sin atención a las consecuencias.” Y 2) ¿hubo un resurgimiento de la tradición mandarinesca a partir de 1945? Su respuesta: “es difícil decirlo; en líneas generales me inclinaría a dudarlo”.

En términos más específicos, Lemert se pregunta “si el fracaso de modernistas como Weber y Mannheim no se asimila en exceso al fracaso más patente de los mandarines ortodoxos” y también si, “en un sentido importante, la fuerza del Tercer Reich [no] fue independiente de todo lo que cualquier académico pudiera haber hecho”. Sugiere, además, que pasé por alto la continuidad del modernismo mandarinesco en la obra de Jürgen Habermas y otros desde 1945.

En respuesta, podría citar pasajes de *The decline...* que especifican no sólo la divisoria fundamental entre los modernistas y los ortodoxos, sino también las marcadas diferencias de opinión *dentro* del campo modernista. Por otra parte, *intenté* sin duda mostrar toda la energía con que Weber, Troeltsch, Tönnies y otros *se opusieron* a las posiciones más peligrosas adoptadas por sus colegas ortodoxos. Sin embargo, dejo estos detalles a un lado para centrarme únicamente en la caracterización que hace Lemert de mi conclusión. En un texto de unas cuatrocientas cincuenta páginas, esa conclusión ocupa apenas quince, en gran parte dedicadas a resúmenes de los sucesos institucionales posteriores a 1933, incluida la emigración intelectual. La reacción de los académicos alemanes ante el nacionalsocialismo y la cuestión de la responsabilidad intelectual se abordan en dos pasajes que totalizan ocho páginas (437-439 y 444-448), mientras que el problema de la continuidad o discontinuidad luego de 1945 es tratado en un párrafo explícitamente especulativo (pp. 443-444). Esto es así por una buena y suficiente razón, a saber, que mi tema es una “muestra” de textos escritos entre 1890 y 1933, no después de ese año y menos aun con posterioridad a 1945.

No obstante, me gustaría corregir en varios aspectos la descripción de mi conclusión tal como Lemert la expone. Mi tratamiento de la situación de los mandarines *ortodoxos* en 1933 sugiere que con anterioridad éstos se habían privado de armas eficaces contra ciertas formas de irracionalismo y falso “idealismo”:

Los miembros ortodoxos de la comunidad académica habían hecho todo lo que tenían a su alcance para vilipendiar el régimen social y político vigente. ¿Qué habían dicho de su propia época que ahora pudiera utilizarse en su defensa? [...] ¿Qué podía decir un mandarín ortodoxo para convencer a los entusiastas [estudiantes nazis] de que el suyo era un tipo equivocado de “idealismo”? [...] ¿Sobre qué base podría plantearse un argumento contra la sinrazón?

Max Weber estaba muerto y un solo Karl Vossler no bastaba. Los Mannheim y los Aster no tenían posibilidades de ser escuchados (p. 438).

En este punto, la crítica sólo apunta de manera explícita a los ortodoxos. Las últimas dos frases identifican a los críticos modernistas y radicales de la ortodoxia mandarinesca como potenciales protectores de la razón, que por desdicha constituían una pequeña minoría.

Lemert duda de que un académico hubiese podido hacer mucho para prevenir la catástrofe. Mis reflexiones paralelas dan inicio a un párrafo que también proporciona un contexto a mi observación sobre el “fomento del caos”:

Hitler no llegó al poder porque esta o aquella doctrina explícita disfrutara de aceptación generalizada en Alemania. Las controversias académicas de esos días sólo contribuyeron en forma indirecta a generar los problemas de la república de Weimar. Los mandarines ortodoxos no deseaban activamente el triunfo del Tercer Reich. [...] Su responsabilidad fue más [...] negativa que positiva. [...] Pero su responsabilidad, no obstante, fue grande. [...] Cultivaron de manera intencionada un clima en el que cualquier movimiento “nacional” podía presentarse como el “renacimiento espiritual”. Fomentaron el caos, sin atención a las consecuencias. Acaso sea una necesidad suponer que un grupo de intelectuales puede fijar el rumbo de una nación. [...] Pero los mandarines desertaron incluso de la responsabilidad intelectual (p. 446).

En estas frases no hay nada que sugiera un fracaso de la minoría modernista, y hasta la responsabilidad de los ortodoxos se limita con más cuidado de lo que Lemert sugiere.

Esto también es válido para el párrafo especulativo sobre la posguerra:

Es difícil decir si desde 1945 se produjo un renacimiento genuino de la tradición de los mandarines; pero en líneas generales me inclinaría a dudarlo. [...] En el fondo, los intelectuales alemanes se han adaptado a la era de las masas y las máquinas. El régimen de Hitler y el auge económico de posguerra marcaron una diferencia. La cultura de los mandarines se ha convertido en un recuerdo lejano, aunque atesorado. Los problemas y dilemas de la modernidad, desde luego, seguirán ocupando a las personas reflexivas en Alemania y otros lugares. Pero con toda probabilidad, la generación más joven de intelectuales alemanes terminará por encontrar una nueva terminología para abordar estas cuestiones (p. 444).

Las dos últimas frases podrían aplicarse a Habermas, así como a algunos de los principales historiadores alemanes de nuestros días. Es de esperar, por supuesto, que haya *algunas* huellas del pasado en la obra de los intelectuales de la Alemania contemporánea. Las tradiciones cambian, a veces en forma muy exhaustiva, pero no se evaporan sin más. Lemert tiene razón, probablemente, al destacar el modernismo de Habermas; ¡pero la influencia de éste en la vida intelectual alemana de hoy muestra, en realidad, cuántas cosas han *cambiado* desde 1930! Más importante aun, el recurso de Lemert a Habermas para *cuestionar* mi párrafo especulativo es un perfecto ejemplo de los errores de un enfoque exclusivamente individualizante de la historia intelectual. ¿Cómo podremos él y yo comenzar siquiera a aclarar la discrepancia entre ambos sin hacer algún tipo de referencia a concepciones mayoritarias y minoritarias, posiciones dominantes y heterodoxas?

Mi interlocutor podría responder que no objeta tanto el concepto de campo intelectual en cuanto tal como mi descripción inadecuada de éste. En la parte central de su artículo, en efecto, Lemert contrasta, en términos desfavorables para mí, mi posición con las teorías más sofisticadas de Pierre Bourdieu que, no obstante, han inspirado mis puntos de vista. En principio, admite que tengo derecho a hacer míos ciertos aspectos selectos de la obra de Bourdieu sin seguirlo hasta en el más mínimo de los detalles. Esto me parece importante, porque soy consciente de haber hecho una selección que se ajusta a lo sugerido por él. Para ser sincero, yo no podría, en realidad, estar a la altura del virtuosismo de las formulaciones de Bourdieu.

Por otra parte, cuando trato de enunciar problemas difíciles, suelo aspirar a la simplicidad y la claridad aun a costo de la complejidad; quiero creer que esa estrategia invita a una elaboración o revisión ulteriores, y no es el prelude de la confusión y la frustración definitiva. Lemert, en consecuencia, podría tener parte de razón cuando afirma a) que simplifico en exceso a Bourdieu, y b) que mis versiones sumarias de los conceptos de éste no están a la altura de las exigencias de la historia intelectual. ¿Puede decirse algo en mi defensa?

La caracterización de Bourdieu expuesta por Lemert, que convierte lo ya difícil en algo absolutamente elusivo, no simplifica mi tarea. Según él, Bourdieu “no es un empirista en el sentido de Ringer”; “intenta liberar a la sociología de la parafernalia del cientificismo, incluido el empirismo, y permitirle a la vez seguir siendo empírica de una manera congruente con la naturaleza reflexiva del conocimiento sociológico”. Bourdieu “procura explicar las estructuras generales con referencia [...] a la dialéctica de internalización y externalización por medio de la cual las prácticas concretas constituyen la lucha de todos los campos sociales en cuyo marco los productores de conocimiento social deben asumir una postura incierta y reflexiva”. Aunque su concepto de *habitus* es “sutilmente engañoso”, su referencia a las improvisaciones reguladas “capta de manera encantadora el propósito global de [su] teoría social [...]. [Bourdieu] busca [...] practicar una sociología empírica libre de las mezquinas restricciones de una ciencia irreflexiva”. Con un pensamiento “dinámico”, “su meta es rechazar la dicotomía estructuras objetivas/intenciones subjetivas disolviéndola en una forma marcadamente recursiva”.

No es posible explicar aquí todo lo que Bourdieu quiso decir en los pasajes citados por Lemert. Un problema que éstos abordan es la dificultad enfrentada por el científico social que necesita describir prácticas que para los participantes *no* implican la observancia de reglas explícitas y que, en consecuencia, se falsifican de algún modo al enunciarse. Otra paradoja analizada por Bourdieu es la espontaneidad experimentada con que los miembros de una clase social, por ejemplo, reproducen los patrones de pensamiento y comportamiento que son estadísticamente característicos de ellos. Su concepto de *habitus* lo ayuda a enfrentar estas cuestiones. A Lemert no le gusta mi breve descripción de ese término; dejo al lector, empero, la tarea de compararla con la extensa cita presentada por él. (Sea como fuere, el *habitus* es más una disposición que un “hábito”.) Permítaseme agregar, por último, que Bourdieu cree sin duda en las relaciones sociales objetivas, que es un gran estadístico y que algunos de los pasajes más difíciles de sus escritos tienen mayor pertinencia inmediata para el estudio (antropológico) de las prácticas que para el análisis de textos.

¿Qué pasa, sin embargo, con la sugerencia de Lemert de que Bourdieu ha logrado superar una falsa dicotomía entre estructuras objetivas e intenciones subjetivas? Sin explicarse del todo, mi interlocutor contrasta además el (mal) empirismo y “las mezquinas coacciones de una ciencia irreflexiva” con una alternativa “dinámica” en que “los productores de conocimiento social deben asumir una postura incierta y reflexiva”. Ahora bien, aunque la postura de Bourdieu nunca ha sido “incierta” sobre nada, es verdad que logra inducir en el estudioso de las prácticas sociales una postura reflexiva que parece estar en conflicto con mi énfasis en la “objetividad”. Lemert no es en modo alguno el único colega que se manifiesta insatisfecho con mi “objetivismo”. Mis críticos tal vez no siempre consigan explicar bien sus objeciones, pero pese a ello es probable que yo deba tomarlos en serio. Quizá Martin Jay me ayude a aclarar la situación.

En efecto, el tema central del rico e incitante comentario de Jay es la imagen que yo transmito del “observador distanciado que contempla con desapasionamiento un objeto des-

de lejos”. Tras reflexionar sobre cómo llegué a esa imagen, recuerdo que hay dos usos comunes de la palabra “objetivo”. Uno de ellos interviene en mi convicción de que en nuestras explicaciones debemos aspirar a la “objetividad”. Un poco más adelante volveré a este sentido del término. La otra variante de la palabra se refiere a la “objetivación” de las creencias en huellas materialmente accesibles. He recurrido a ella al hacer hincapié en el carácter “objetivo” de los textos que interpretamos, y tiendo a considerar también que las acciones están objetivamente inscriptas en los comportamientos externos y sus efectos. Quentin Skinner y otros eminentes filósofos de la historia creen que nuestra comprensión de los textos en sus contextos originales debe apuntar a la recuperación de las intenciones de su autor. Yo prefiero concentrarme en las intenciones y creencias (o razones) que están objetivamente presentes en los textos, no sólo porque esto me suena más económico, sino también porque soy muy receloso de la veta subjetivista de la hermenéutica romántica, según la cual se supone que el intérprete se identifica con los autores de los textos o reproduce sus experiencias vividas. No sería tarea sencilla hacerme abandonar este aspecto de mi “objetivismo”, y colijo que Jay, en realidad, no pretende que lo haga.¹

Otra manera de resistir la tentación “identificacionista” de la hermenéutica romántica consiste en cultivar una apreciación de la diferencia o “distancia” entre los intérpretes y sus culturas, por una parte, y los autores y sus campos conceptuales, por otra.² Jay se refiere en un punto a la preservación de la “ajenidad de otras culturas”, y eso es casi exactamente lo que quiero decir. He comprobado que los estudiantes sólo pueden comenzar a leer con cierto grado de comprensión cuando dejan de ver los contenidos de sus textos como “naturales”, inevitables e inmediatamente accesibles. Deben aprender a forjar algo así como una capacidad para la sorpresa que no tiene nada que ver con la desconfianza. La postura es difícil de transmitir, sobre todo porque no queremos fortalecer la creencia paradójicamente antagónica de los estudiantes de que la mayoría de los textos están demasiado fuera del mundo para concernirles. En suma, la perspectiva “distante” que recomiendo es en términos estrictos un dispositivo heurístico, una ayuda para la conceptualización *deliberada* y no para la empatía intuitiva; no es una expresión de indiferencia o de olímpico desapego.

No obstante, no puedo aceptar del todo el énfasis de Jay en el elemento constructivista o “narrativo” de la representación histórica. Él señala que el estudio de los campos como configuraciones debe ser primordialmente sincrónico (no atemporal); pero por mi parte no veo dificultades en complementar un enfoque inicialmente estático con un análisis diacrónico de las relaciones cambiantes. Prefiero el concepto de tradición al de “corriente” o “movimiento”; coincido, no obstante, en que las posiciones, las tradiciones y los campos intelectuales tienen historias (parcialmente) racionales, que los ayudan a ser lo que son. Mis reservas comienzan con el contraste favorable que Jay desea establecer entre la narración y la “mera recuperación de un pasado ya preestructurado y que está a la espera de que un observador desinteresado lo recapture ‘tal como es’”. Creo en un pasado histórico real, aun cuando sigo

¹ Jay puntualiza que, por medio de la contextualización, Skinner sólo procura recuperar la fuerza ilocutiva del texto, pero no veo esta salvedad como un cambio radical en las dimensiones del problema. Donald Davidson sí insiste en que la explicación de una acción debe identificar la razón real del agente para llevarla a cabo, pero en lo concerniente a los textos esta saludable estipulación podría cumplirse a través de las intenciones detectables en ellos.

² En la interpretación de las prácticas, la supresión de las diferencias entre el observador y el participante es, como señala Bourdieu, particularmente peligrosa.

a Max Weber al reconocer que nuestros intereses culturales e inquietudes morales pueden guiarnos con propiedad a la hora de seleccionar entre un número potencialmente infinito de objetos y cuestiones posibles de estudio. De ello no se deduce que nuestras explicaciones causales no reflejen otra cosa que preferencias literarias; por el contrario, considero que los relatos coherentes son análisis causales de resultados moralmente significativos. Cuando se me pregunta por qué tramé la historia de los mandarines alemanes luego de 1890 como un trágico ocaso, me veo en la obligación de ofrecer pruebas de que en realidad ellos perdieron influencia junto con otras ventajas, expresaron su consternación ante esa situación y a partir de 1945 no recuperaron del todo su anterior preeminencia.³ Y si me preguntan por qué *The decline...* termina en 1933, puedo reconocer con toda libertad que el surgimiento del nacionalsocialismo representa una gran inquietud moral para mí y para otros. Pero se trató también de un resultado de procesos causales y lo que escribo sobre ellos debe aspirar a la verdad. En otras palabras, el giro a la literatura que ha cautivado a tantos de mis colegas me parece una aberración. En términos más generales, la revulsión contra el “positivismo”, muy amplia y de diversidad interna, sólo me parece justificada en la medida en que se dirige contra el “modelo de ley general” en su forma “nomológico deductiva”. Abandonar el compromiso tradicional del historiador con el análisis causal singular también es, creo, invitar a la incoherencia y la desmoralización.⁴

Los puntos de vista de Jay y los míos convergen una vez más cuando pasamos a la interpretación tal como la describen Max Weber, Hans-Georg Gadamer y partidarios angloamericanos del modelo de racionalidad como Martin Hollis y Steven Lukes. Jay señala con tino que la interpretación depende del supuesto de una racionalidad compartida, aunque ese supuesto sea puramente heurístico. Sirve como punto de partida, pero a la larga es reemplazado por una percepción más plenamente articulada de la relación entre los dos “lenguajes” en cuestión. Remito una vez más a la traducción como una metáfora de la interpretación, aun cuando acepto la sugerencia de Jay de que la primera no es, sin duda, literal. La redescipción del argumento de un autor con nuestros propios términos implica una construcción activa de nuestra parte que la metáfora de la observación distanciada no vierte de manera adecuada. Ése es otro motivo para resistirme a la visión de la interpretación como una unión contemplativa de almas.

La interpretación tampoco se limita a la reconstrucción de lo racional. Como Weber puntualizó hace ya mucho tiempo, lo irracional puede y debe entenderse y explicarse como una desviación de lo racional.⁵ Una interpretación “salva la brecha” entre el lenguaje del interpretado y el lenguaje del intérprete al postular “correcciones” o “traductores” específicos que indican cómo podemos pasar del primero al segundo o a la inversa. En una “triangulación” relativamente simple podemos alcanzar desde nuestra posición los puntos de vista de los

³ Debe darse por descontado que utilizo aquí términos muy sumarios. En una reseña generalmente comprensiva citada por Jay, Habermas puntualizó, en verdad, que la transformación de posguerra de las universidades alemanas no comenzó en sustancia hasta alrededor de 1956. Esto puede ser cierto; sin duda, él está en mejor posición que yo para emitir un juicio de esa naturaleza. Advuértase, sin embargo, que se refería a la supervivencia de la vieja “universidad de los profesores titulares”, no a la continuidad del mandarínismo modernista sugerida por Lemert.

⁴ He intentado evitar repetir las notas de mi artículo principal, pero haré una excepción en este caso: véase también Fritz Ringer, “Causal analysis in historical reasoning”, en *History and Theory*, N° 28, 1989, pp. 154-172.

⁵ Véase, por ejemplo, Max Weber, “Roscher und Knies und die logischen Probleme der historischen Nationalökonomie”, en *Gesammelte Aufsätze zur Wissenschaftslehre*, 4ª ed., Tubinga, Mohr, 1973, pp. 127-133 [traducción castellana: “Roscher y Knies y los problemas lógicos de la escuela histórica de economía”, en *El problema de la irracionalidad en las ciencias sociales*, Madrid, Tecnos, 1985].

astrónomos geocéntricos precopernicanos si “sustraemos” las observaciones y consideraciones racionales accesibles para nosotros, pero no para ellos; el hecho de que aquí la “corrección” *sólo* abarque datos y consideraciones racionales en relación con un universo físico compartido identifica el ejemplo como un caso puro de reconstrucción racional. La mayoría de las “traducciones”, desde luego, son mucho más complicadas. En la exposición weberiana de la ética protestante, por ejemplo, una interpretación esencialmente racional de ciertas creencias protestantes se complementa con una hipótesis causal acerca de las consecuencias psicológicas de dichas creencias en determinados tipos de ambiente. He sugerido que “traductores” engloba con frecuencia elementos “tradicionales” e “ideológicos”. Weber insistía en que la interpretación está íntimamente ligada a la explicación causal, o que es una forma de explicación causal (singular) con todas las de la ley.

Buscada de manera deliberada, la traducción tenderá a esclarecer ambos lenguajes en cuestión. En cuanto ciertas obras proponen descripciones particularmente lúcidas de los supuestos culturales que procuramos entender, incluidos los nuestros propios, tal vez las calificuemos de grandes textos. Los juicios relevantes pueden ser controvertidos, pero creo que es posible defenderlos en casos particulares. Jay estima que mi énfasis en el esclarecimiento racional es una forma especial de narración, una historia optimista sobre el movimiento hacia la ilustración. En cierto sentido tiene razón; pero no puedo aceptar la sugerencia de que mi recurso a ese modelo es gratuito o puramente “literario”. Gran parte de la historia, como me he esforzado mucho por mostrar, *no* puede entenderse como una historia de la razón; la perspectiva del “esclarecimiento” sólo es apropiada en la medida en que existe la posibilidad de caracterizar en forma adecuada el movimiento de las creencias por medio de la técnica de la reconstrucción racional. Sin embargo, *en cuanto* “funcionan” efectivamente, las conceptualizaciones racionales del cambio intelectual sugieren de manera legítima y necesaria el *telos* del “progreso”. Esto es casi tan claro en la descripción de la tradición de Gadamer como en la historia de la ciencia racionalmente reconstruida por Lakatos. Puede decirse que las tradiciones preservan los antecedentes que ellas relativizan y trascienden. También en el “perspectivismo” de Mannheim los puntos de vista parciales de un sistema social pueden perpetuarse como elementos en una “síntesis” más abarcativa. La consecuencia es que la interpretación puede llevar a una ampliación de nuestros horizontes o que la “sabiduría acumulada de la especie” no es *sólo* una figura discursiva. Sea como fuere, no veo cómo podría urdirse la historia del pensamiento para celebrar las “virtudes de la inmediatez, el involucramiento y la cercanía”.

Otra de las cuestiones serias planteadas por Jay tiene que ver con la posible complejidad de campos y textos. Mi interlocutor siente que soy poco claro en lo concerniente a la diferencia entre el *habitus* y el campo; pero su observación más importante es que el contexto relevante para un texto puede consistir de múltiples campos y no de uno solo. Cita asimismo “la exhortación de críticos literarios y filósofos lingüísticos cuando nos instan a responder a los múltiples niveles y efectos de los textos, tanto ilocutivos como locutivos, tropológicos como referenciales, retóricos como lógicos”. Además de la interpretación hermenéutica y la explicación contextual, Jay recomienda una “tercera estrategia” de “lectura” tal como la conciben Paul de Man y otros autores:

El término [lectura] implica respeto por los modos múltiples, elusivos y a veces contradictorios como los textos significan y al mismo tiempo confunden la significación, exigen sinopsis parafrásticas y las impiden, “dicen” una cosa y “quieren decir” posiblemente muchas otras.

Idea que me recuerda la contraposición que David Harlan ha planteado entre el contextualismo radical de Quentin Skinner y J. G. A. Pocock y la perspectiva de los posestructuralistas:

Para Derrida, Michel Foucault, Paul de Man y otros, el lenguaje es un sistema autónomo que constituye en vez de reflejar; es un juego de autotransformaciones imprevistas y autoanuncios irrestrictos y no un conjunto de significados estables y referencias externas.⁶

Harlan contrasta, en efecto, el contextualismo histórico con las reconstrucciones activas de textos filosóficos anteriores que hacen Noam Chomsky y P. F. Strawson, en las que ideas de valor perdurable son “rescatadas” de los errores y las limitaciones impuestos por sus contextos originales. Identifica además el contextualismo radical con el énfasis de Skinner en la recuperación de las intenciones autorales, que establece la fuerza ilocutiva de los textos que las representan. Vale la pena destacar asimismo otra de sus sugerencias: “la mayor parte de los historiadores [...] creen epistemológicamente imposible entender a los muertos según *nuestros* puntos de vista a menos que antes los entendamos según los suyos”.⁷

Yo creía haber dejado en claro que el *habitus* es un principio generativo: engendra posiciones intelectuales, así como prácticas; el campo, en contraste, es una constelación de posiciones intelectuales. También traté de dar cabida a la posible presencia de subcampos dentro de un campo más grande. Así, el debate actual sobre las alternativas en la historia intelectual puede describirse como un campo con todas las de la ley; pero también tiene un lugar en el campo más abarcativo de la historia en general, que a su vez cabe en un sistema intelectual aun más amplio. Puede haber discontinuidades entre subcampos, entre las inquietudes de los historiadores intelectuales y las de los planificadores “estratégicos”, por ejemplo. En el nivel social, además, el mundo de los intelectuales puede exhibir diversos tipos de articulaciones internas; tal vez haya diferencias de rol entre los académicos y los escritores independientes o entre los científicos sociales y los críticos literarios, para mencionar sólo dos ejemplos. Mientras el carácter *relacional* insoslayable de las posiciones intelectuales se entienda con claridad, me parece, los conceptos de Bourdieu pueden aplicarse, con cierta flexibilidad, a una variedad de alternativas empíricas.

La cuestión de la “lectura”, empero, es más ardua, y más problemática para mí. No soy un contextualista radical según la definición de Harlan, dado que no insisto en recuperar las intenciones autorales que se encuentran “detrás” de los textos. *Estoy* interesado en las intenciones y razones objetivamente presentes en ellos y sospecho que la relación de un texto determinado con su campo puede ser “ilocutiva” en algún sentido. Viene al caso lo que Skinner escribió sobre *El Príncipe* de Maquiavelo, y lo mismo ocurre con la “inversión” de la ortodoxia mandarinesca llevada a cabo por algunos de sus críticos radicales. Tampoco querría excluir la posibilidad de contradicciones internas, ambivalencias y hasta elementos autocontestatorios en los escritos que interpretamos. Por otra parte, *no* creo que sea “epistemológicamente imposible entender a los muertos según *nuestros* puntos de vista a menos que antes los entendamos según los suyos”. A decir verdad, lo contrario está más cerca de mi posición.

⁶ David Harlan, “Intellectual history and the return of literature”, en *American Historical Review*, N° 94 (3), junio de 1989, pp. 581-609, en especial p. 585.

⁷ *Ibid.*, p. 603.

La interpretación *comienza* con la postulación de posibles “traducciones” que “tendrían sentido” desde *nuestro* punto de vista. Esas posibles traducciones se “comparan” luego con el original antes de aceptarlas, rechazarlas o modificarlas según sea necesario. Éste es, por supuesto, un modelo simplificado de lo que verdaderamente pasa. En realidad, los elementos del proceso interpretativo no están tan claramente separados entre sí y proceden, en cambio, de manera interactiva y simultánea. Aun para los historiadores, empero, reconstrucciones racionales como las que Harlan adjudica a Chomsky y Strawson son de mucho mayor interés que las descripciones meramente sinópticas. Por frecuentes que sean, sobre todo en los libros de texto, las descripciones “puras” pueden tratar de evocar “en forma directa” los textos “según sus propios puntos de vista”, pero eso *es* “epistemológicamente imposible”. Al disolver la empresa interpretativa en una especie de remedo, esas “reproducciones” acrílicas eliminan la necesidad *tanto de la reconstrucción racional como de la explicación contextual*. Si eso es historia intelectual, larga vida entonces a la filosofía y la crítica literaria.

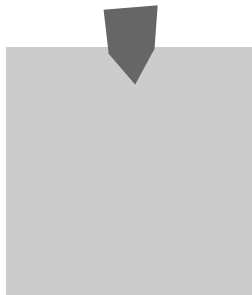
Por otro lado, sigo siendo un tanto escéptico en lo que respecta al proyecto de la “lectura”, aunque lo conozco poco. Adhiero a *alguna* forma de contextualismo histórico. Comparto la opinión de Bourdieu de que los textos tienen “propiedades posicionales”, que toman de los campos intelectuales en que se originan o se perpetúan. Tengo, por otra parte, la incómoda conciencia de que la interpretación, tal como la conciben Gadamer y otros, depende hasta cierto punto de la aspiración del intérprete de maximizar la consistencia interna de un texto dado. Me gustaría invertir la advertencia de Jay contra un paso demasiado rápido del texto al contexto y desaconsejar una adopción apresurada de la hipótesis de los significados múltiples o autocontestatarios. Si se me apremia con respecto a esta cuestión, sólo puedo abroquelarme en una defensa del empirismo. En síntesis, quiero que *me muestren* que los significados múltiples aparentemente puestos de manifiesto por una “lectura” desconstruccionista tienen una presencia concreta en el texto examinado. No podría aceptar en ninguna circunstancia la reducción de los textos a estímulos más o menos neutrales para el libre accionar de refutaciones y reinterpretaciones porfiadas e incesantes. Pero tal vez nadie pretenda hacer nada semejante.

De este modo cierro el círculo para volver a la idea del historiador como un observador “objetivo”, que parece molestar tanto a Jay como a Lemert. He indicado algunas de las maneras como me gustaría circunscribir la imagen de una “contemplación desapasionada de un objeto desde lejos”. He dicho que, en cierto sentido, los historiadores constituyen los objetos de sus investigaciones a la luz de sus intereses. En términos aun más enfáticos, insistí en el papel activo del intérprete a la hora de postular “traducciones” posibles. He rechazado la sugerencia de que no podemos alcanzar una apropiación racional de un texto *mientras* no lo entendamos plenamente “desde su propio punto de vista”. Y no obstante ello, quiero persistir en mi defensa weberiana de la “objetividad”. Aquí, la palabra significa simplemente que las proposiciones formuladas por los historiadores, sus interpretaciones así como sus pretensiones causales singulares, se proponen ser intersubjetivas e incontrovertibles *en principio*. La muy alta probabilidad de que el día de mañana e incluso hoy, como Weber no dejó de intentar aclarar, mis perspectivas se consideren distorsionadas o limitadas, no debilita en modo alguno la significación de la “objetividad” como principio regulador del discurso académico. Denme descubrimientos empíricos o consideraciones racionales que verdaderamente hablen en contra de mis puntos de vista, y los modificaré. Sin un acuerdo tácito en ese sentido, nuestra discusión sería vana. □

Dossier

La ciudad letrada: hacia una historia
de las élites intelectuales en América Latina

Ponencias e intervenciones realizadas en la
Jornada “La ciudad letrada: hacia una historia
de las élites intelectuales en América Latina”,
realizada en mayo de 2005 en la Universidad
Nacional de Quilmes.



Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 10 / 2006

Los textos que publicamos tuvieron origen en la discusión realizada en la Jornada “La ciudad letrada: hacia una historia de las élites intelectuales en América Latina”, organizada por el Grupo Prismas (Programa de Historia Intelectual, Centro de Estudios e Investigaciones, Universidad Nacional de Quilmes), el 19 de mayo de 2005. La propuesta de la convocatoria fue la lectura del libro de Ángel Rama, *La ciudad letrada*, como disparador para iniciar una discusión sobre caminos posibles en la realización de una “Historia de los intelectuales en América Latina”, proyecto que entonces comenzaba bajo la dirección de Carlos Altamirano. Para organizar el debate, se realizó una apertura con dos presentaciones, a cargo de Claudia Gilman y de Adrián Gorelik (cuyos textos reelaborados abren este *Dossier*), y a partir de allí se discutió libremente. Luego de la reunión, y a la luz del interés y la originalidad de muchas de las intervenciones, se convocó a los participantes a que pusieran por escrito, en muy breves textos, los principales puntos de vista expuestos por cada uno. Los textos que siguen a los dos de apertura son los de quienes aceptaron el envite en esas condiciones. Participaron de la reunión: Gonzalo Aguilar, Carlos Altamirano, Alejandro Blanco, Beatriz Colombi, Álvaro Fernández Bravo, Flavia Fiorucci, Florencia Garramuño, Claudia Gilman, Adrián Gorelik, Alejandra Mailhe, Ricardo Martínez Mazzola, Jorge Myers, Elías Palti, Mariano Plotkin, Inés Rojkind, Hilda Sabato y Oscar Terán.

América Latina, ciudad, voz y letra

Claudia Gilman

CONICET

Un lector habituado a la insistente definición del intelectual que Ángel Rama formula desde las páginas del semanario *Marcha* en la década de 1960, podría pensar que *La ciudad letrada* es un libro cuya autoría ha sido erróneamente atribuida al crítico uruguayo. Ese lector no es necesariamente un obcecado ni un nostálgico: busca una coherencia que, de hecho, no encontrará entre esas dos versiones contrapuestas del intelectual de uno y otro Rama. En efecto, quien repitiera en varias ocasiones que el intelectual es el único capaz de operar la palingenesis de la sociedad, se aboca, en *La ciudad letrada*, a vincular fuertemente la figura del letrado con una doble posesión (saber y poder) que lo convierte en una figura que reproduce toda forma de dominación, en cualquier período histórico que se considere. Llama la atención el hincapié de Rama en caracterizar al mundo letrado como servidor, sin fisuras, del *statu quo* y causante de la separación (sobre la que habremos de volver luego) entre la ciudad letrada y la ciudad que denomina *real*. En otras palabras, entre un universo aparentemente todopoderoso y otro que se define por la carencia absoluta de poderes, replicada en una extraña oposición entre lo letrado y lo oral, como si sólo los intelectuales se sirvieran de la letra y los ciudadanos (categoría a la que, curiosamente, no pertenecerían los letrados)

sólo de lo oral.¹ No era necesario llegar tan lejos al enfatizar la condición de siervos del poder de los letrados. Como dice Zygmunt Bauman: “Cualquiera sea la estructura de dominación reflejada y servida por un concepto dado, todos esos conceptos son acuñados o refinados o pulidos lógicamente, no por el lado dominante de la estructura en su conjunto sino por su parte intelectual”.²

Lejos estamos de la autonomía del conocimiento y de la criticidad intelectual que eran, para Rama, las cualidades que convertían al intelectual en un actor privilegiado del cambio social. Cerca, en cambio, del espíritu latinoamericanista que animó siempre a Rama. En este caso, su ambición mayor de pensar un objeto decididamente continental y no abandonar, para bien o para mal, en ningún momento los alcances siempre latinoamericanos de su

¹ Sin embargo, Rama intuye correctamente que si bien los intelectuales sirven a un poder, también constituyen un poder (*La ciudad letrada*, Montevideo, Arca, 1995, p. 36) aunque no desarrolla las consecuencias de su intuición. De haber considerado todas las consecuencias de esa constatación, la “ciudad letrada” se haría más densa, más llena de matices y, seguramente, más verdadera si se analizaran las diversas funciones y los comportamientos que esa oscilación entre servidumbre al poder y poder propio dejaron como huella tanto en la propia ciudad letrada como en la ciudad denominada real.

² Zygmunt Bauman, *Legisladores e intérpretes*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1987, p. 30.

estudio. Es verdad que en muchos casos lo hace forzando sus argumentos: la capacidad de institucionalización de los letrados no es exclusiva de América Latina sino de los letrados mismos, como también lo es la posesión del monopolio de lo simbólico y la entronización del conocimiento en el corazón mismo de la legitimidad de cualquier forma de superioridad social.

Lo mismo vale para la afirmación de que los letrados fueron los únicos ejercitantes de la lengua en un medio fundamentalmente oral³ y ocuparon el lugar de los estamentos religiosos cuando la autoridad de éstos comenzó a declinar. Ese fenómeno no es particularmente latinoamericano y se lo puede encontrar descripto en cualquier historia de la formación de la élite intelectual.⁴ El problema reside, en la apretada continuidad, en el marco histórico y respetuoso de la cronología que Rama desea dar a su discurso. Su método argumentativo se aparta de toda analítica de la ruptura, el corte, el límite que no estén dados por acontecimientos “mayores”: la colonización, las guerras de emancipación, los festejos del Centenario, etcétera.

Perdiéndose en la Gran Historia, Rama prefiere no apartarse de esos hitos para pensar en la historia de la constitución de la ciudad letrada misma, a la que obliga a acompañar a los grandes procesos, a los hitos de la historia de América Latina. Se tiene la impresión de que Rama sostiene fuertemente algunos hilos del

relato histórico, sin prestar atención a una madeja no tan coherente. Lo mismo sucede en la poco cambiante identidad de lo letrado: se intuye sin embargo en el discurrir de Rama la posibilidad de una analítica de ese universo caracterizado por la posesión de la letra cuando comienza a pensar en los asedios letrados contra la ciudad letrada. Pero esa analítica no se frasea en toda su complejidad, lo que aplanan el concepto mismo de ciudad letrada.

Pocas dudas caben acerca de la importancia de los aportes de Ángel Rama a la crítica latinoamericana, incluso a su misma existencia. Presumimos que las debilidades epistemológicas, históricas y valorativas de *La ciudad letrada* son efecto del carácter póstumo e inacabado del ensayo. A diferencia de cualquier texto de Kafka, en este caso, el inacabamiento no es intrínseco a la estructura de la argumentación. Aquí nos encontramos con una obra en progreso, que seguramente, de haber podido ser continuada plenamente, habría revisado sus inconsistencias o, por lo menos, las habría identificado como lo problemáticas que realmente son, lo cual no es poco, dada la naturaleza compleja de los objetos considerados y de su puesta en relación, más compleja todavía.

Sea como fuere, el libro proporciona elementos sumamente valiosos para quienes están convencidos de que es preciso pensar la historia intelectual del continente por fuera de la mediación que imponen las fronteras nacionales, por el esfuerzo en la construcción de constelaciones significantes que unen materiales tan heterogéneos y por la sagaz propuesta de realizar el estudio comparativo de dos periferias. No otra cosa propone Rama al referirse, en varias oportunidades, a las diferencias entre los desarrollos históricos de América Latina en relación con los de los Estados Unidos de América. La sacralización de la escritura en América Latina, por ejemplo, está relacionada con el carácter sagrado de las Escrituras para el catolicismo. *Contrario sensu*, el protestantismo, responsable de la

³ Rama dice, textualmente, en “un medio analfabeto”. Expresión en extremo sintomática, ya que la caracterización “analfabeto” indica una visión del Otro desde el punto de vista de la letra, como ausencia. En algún sentido, se le podría aplicar a Rama lo que dice de José Hernández: que su instrumental “denota la distancia que existe entre el investigador y el objeto observado, entre dos diferentes mundos a los cuales pertenecen” (*La ciudad letrada*, *op. cit.*, p. 71). Muchas de estas hipótesis sobre las relaciones entre oralidad y escritura provienen de iluminadoras conversaciones con Julio Schwartzman, un especialista en el tema.

⁴ Cf. Alvin Gouldner, *El futuro de los intelectuales y el ascenso de la nueva clase*, Barcelona, Alianza, 1980.

Reforma, implica fundamentalmente la libre lectura de la Biblia. No es un detalle menor y revela que una de las principales líneas de investigación para iluminar la historia latinoamericana es cotejarla con la estadounidense, al menos en cierto momento de ambos desarrollos. Debemos destacar, también, el esfuerzo por introducir la problemática oralidad y escritura para pensar las relaciones de poder y en ampliar el universo letrado, partiendo de la constatación (a la que adherimos) de que la literatura es sólo una porción de la producción letrada.

Resulta penoso, y quizá poco ético, evaluar entonces la obra de Rama, tal como la dejó, en su calidad de borrador de un libro que sin duda habría perfeccionado. Sin embargo, dado que la convocatoria de este seminario nos convidaba a realizar esa evaluación, asentamos los problemas de conciencia sin, por ello, permitir que nos impidan el análisis de *La ciudad letrada*, especialmente en lo que tiene de perfectible.

Otra cuestión que Rama no logra resolver en esta obra es la vacilación categorial del concepto “ciudad letrada” (entre un significado espacial y una metáfora). De hecho, su empleo no se corresponde, a diferencia de las otras tipologías de ciudad, a un período concreto. En algún momento se torna equivalente de la noción de “república de las letras”. No es ésa la única razón por la que el concepto de ciudad letrada pierde efectividad y traba, en el texto, el desarrollo de la noción de agencia. ¿Quiénes son, cuando no se los nombra individualmente, miembros de ese conjunto evasivo e indiferenciado? Rama se mueve en un campo de abstracciones que terminan sin encarnarse: de la hipótesis según la cual los conquistadores no reprodujeron el modelo de las ciudades metropolitanas de las que habían partido, Rama concluye que sus modelos no fueron reales sino ideales. Ese carácter ideal resulta, según Rama, del hecho de haber sido concebido “por la in-

teligencia”. Por esa fisura se inaugura una oposición entre “real” e “ideal” que, en verdad, limita el análisis.

Concebida por la inteligencia, la ciudad ordenada no es menos real que la que habría surgido partiendo de los modelos metropolitanos. Al calificar de “ciudades irreales” las urbes del continente, en Rama resuena el eco “irracionalista” de Martínez Estrada, pero no su mensaje. Al compactar en un único concepto (“la ciudad letrada”) el problema de la agencia, el texto pierde la eficacia de la recolección empírica, especialmente en enunciados del tipo:⁵

1) “Poco podía hacer este impulso para cambiar las urbes de Europa, por la sabida frustración del idealismo abstracto ante la concreta acumulación del pasado histórico, cuyo empecinamiento material refrena cualquier libre vuelo de la imaginación” (p. 18);

2) “[...] la época barroca es la primera en la historia europea que debe atender a la ideologización de muchedumbres” (p. 34);

3) “El discurso barroco [...] compone un coruscante discurso cuyas lanzaderas son las operaciones de la tropología que se suceden unas a otras animando y volatilizand la materia” (p. 38).

Buscamos lo real, pero es justamente lo que la ciudad letrada busca ocultar. El texto de Rama parece mimetizarse con ese ocultamiento. De lo real sólo dirá que es real, pero muy poco describe ese real tan elusivo para el autor como para los miembros de la ciudad letrada. Por otra parte, ¿de dónde proviene ese real, esa ciudad real que se opone o desencuentra con la ciudad letrada? ¿Cómo se constituyó, quiénes la integran? Si son como el signo lingüístico, como dice Rama, una debería actuar en el orden del significado y otra en el orden del significante. Por lo tanto, si consideramos que el proceso de significación toma

⁵ Todas las citas corresponden a *La ciudad letrada*, *op. cit.*

el habla y la lengua, si la significación une, necesariamente, significado y significante, no podemos concluir, con Rama, que la ciudad letrada “actúa preferentemente en el campo de las significaciones”, ya que la significación es, precisamente, lo que une significado con significante. Si éste es el campo de la ciudad letrada, entonces no debemos oponer la oralidad a la escritura *in toto*, ya que hay marcas de ambas en ambas. En otras palabras, el universo oral no se define meramente por la falta de escritura sino por sus propios rasgos positivos. Sólo la confrontación, en sociedades donde coexisten ambas formas y la escritura tiende a ser dominante, produce la problemática prefijación “-a” (analfabeto) o “-i” (iletrado). Esto supone que, necesariamente, en el proceso descrito por Rama, la alfabetización creciente, la incorporación de nuevos lectores y letrados al sistema inicial de la “ciudad ordenada”, debe generar nuevas relaciones y oposiciones en lugar de congelarse en una diferencia primera y cuasi ontológica. Si eso sucede en *La ciudad letrada* es debido a un pesimismo histórico que tiende a pensar la continuidad de manera reproductivista, sin alternativas de cambio, a la manera de Althusser: “El combate contra la ciudad letrada que encaraba José Pedro Varela, resultó en la ampliación de sus bases de sustentación y en el robustecimiento de la escritura y demás lenguajes simbólicos en función de poder”.⁶

La apertura a un sistema consolidado de poder puede pensarse a partir de complejizar la oposición oral/letrado, lo que derivaría en un análisis completamente distinto de la obra de José Hernández, considerada sólo del lado “apropiador”, más allá de sus usos.

En el enfrentamiento abstracto entre real e ideal, también perdemos, paradójicamente, de vista el objeto supuestamente central del libro de Rama. Pese a que encabeza cada título

de capítulo, extrañamos la presencia de la ciudad. Excepto al referirse a la construcción en damero o al analizar el modo de clasificación de las calles y sus nomenclaturas, no encontramos ni descripta ni presente *ninguna ciudad latinoamericana* concreta o, para usar los términos de Rama, real.

En más de un sentido, el libro constituye una variante académica del antiintelectualismo que se opone, de manera igualmente poco analítica, a la variante heroica del intelectualismo, expresada, por ejemplo, en *Representaciones del intelectual*, libro en el que Edward Said pasa revista y recopila (de las fuentes más diversas y contradictorias) todas aquellas características positivas que convierten al intelectual en un prócer de la sociedad.⁷ Una y otra perspectiva subrayan sólo un aspecto y opacan los restantes.

Algo similar ocurre con el intento por historizar la configuración de una relación sin matices entre poder e impotencia en el mundo latinoamericano, evidente en la manera de encarar la relación entre oralidad y escritura que hace que ambos términos terminen funcionando como opuestos equivalentes a la distinción (que no se explica) entre real e ideal o, en otras zonas, entre verdadero y precario.

El libro se atrinchera en un sistema de oposiciones que lo debilitan: el poderío letrado (y también su impotencia, de la que poco se habla) dependen de una semiosis que va más allá de la letra: existe un oral en el universo letrado, un sistema de relaciones, gestos, acciones, sociabilidades y, también, reivindicaciones letradas de lo oral (como en la obra del Inca Garcilaso) y oposición letrada a lo letrado (como en el caso de los graffiti contra Cortés, que no son, como piensa Rama, “depredatoria apropiación de la escritura”, sino, fundamentalmente, escritura). La idea de escritura

⁶ *La ciudad letrada*, op. cit., p. 66.

⁷ Edward Said, *Representaciones del intelectual*, Barcelona, Paidós, 1996.

contra otra escritura clandestina⁸ debilita la argumentación de Rama y abre la pregunta por el funcionamiento del poder o, en todo caso, por las distintas legitimidades de las distintas escrituras. Del otro lado, lo oral tampoco es tan macizo: la disputa por el derecho a hablar jerarquiza las diversas oralidades, demostrando que no existe sólo una y que esa única tenga como único enemigo a la escritura.

¿Es la condición de intelectual lo que opaca para Rama la posibilidad de definir o dar carnadura a ese real, en el caso de la oposición entre letrados y no letrados? Es posible. Parecería que Rama quiere evitar la tentación “objetivista” (e incluso “vanguardista”) de pensar que puede hablar en nombre de los Otros, las mayorías,⁹ más reales, menos privilegiados, a

quienes la existencia de la ciudad letrada impone un silencio que no permite escuchar lo que dicen y, en el caso del desarrollo de Rama, tampoco lo que escriben (*qua escrito*), porque sabemos que en algún momento del desarrollo histórico del que se ocupa Rama, la ciudad real es, a la vez, letrada y oral.

¿Cuál es la naturaleza de su realidad, de su condición letrada y de su oralidad? ¿Cómo modifica esa transformación a la “ciudad letrada” conceptualizada por Rama?

El cambio de perspectiva del propio Rama, ¿es el producto de la decepción de los ideales utópicos de la época de los sesenta y setenta o es un efecto del método expositivo que hace de *La ciudad letrada* un libro en el que se postulan hipótesis contradictorias respecto de las enunciadas en el pasado y de la “ciudad letrada” misma, un espacio donde ni siquiera habría un lugar para el propio Rama?

Más allá de cualquier crítica, responder esas y otras preguntas que el libro de Rama propone, es un gran desafío para pensar la historia cultural latinoamericana y no hay razones valederas para subestimar el intento. □

⁸ “[...] el afán de libertad, transitaba por una escritura evidentemente clandestina, rápidamente trazada en la noche a espaldas de las autoridades [...]”, *La ciudad letrada*, *op. cit.*, p. 51.

⁹ “La ciudad escrituraria estaba rodeada de dos anillos, lingüística y socialmente enemigos, a los que pertenecía la inmensa mayoría de la población”, *La ciudad letrada*, *op. cit.*, p. 45.

Intelectuales y ciudad en América Latina

Adrián Gorelik

Universidad Nacional de Quilmes / CONICET

La ciudad letrada presenta a los intelectuales y la ciudad en América Latina entrelazados en un sistema de doble relación. Entre ellos, la relación es la analogía, ya que la ciudad ha sido creada (y va a seguir funcionando a lo largo del tiempo) con la misma lógica de la razón moderna europea que los intelectuales portan y ambos se encargarán de imponer en América, alimentándose mutuamente en esa tarea. Desde ellos, la relación es la dominación: la de la ciudad sobre las regiones interiores y la de los intelectuales sobre las culturas orales de los pueblos nativos (y, luego, de los sectores populares). Me propongo aquí poner en contraste esa posición con la que aparece en otro trabajo del propio Rama, *La transculturación narrativa en América Latina*, para presentar luego una tipología más abierta de las relaciones entre intelectuales y ciudad en América Latina.

I Son varios los autores que han señalado que *La ciudad letrada* da una versión ahistórica y unívoca de los intelectuales y de la ciudad: porque en la figura del letrado se uniformizan quinientos años de historia social, política y cultural de los intelectuales, porque ese letrado aparece exclusivamente como realización y agente del poder que impone el orden de la racionalidad europea sobre la

experiencia sensible del continente americano, y la ciudad, como la encarnación material de ese orden, lugar de producción y reproducción del poder.¹ Partiendo de esas críticas, en esta primera parte enfocaré dos cuestiones desde el punto de vista de las relaciones entre intelectuales y ciudad: el modo en que *La ciudad letrada* radicaliza una serie de posiciones antiintelectuales y antiurbanas que si bien tienen antecedentes en la obra de Rama, llegan en este libro a un paroxismo difícil de explicar a través de ellos; y el modo en que se ubica exactamente en la rompiente entre dos épocas en relación con el lugar que la reflexión sobre la ciudad latinoamericana ocupa en la cultura.

La ciudad letrada ha sido leída, por lo general, en continuidad con la trayectoria ideológica e intelectual de Rama. Por ejemplo, Mabel Moraña ha colocado en un mismo plano

¹ Las principales críticas han sido desarrolladas, entre otros, por Julio Ramos, *Desencuentros de la modernidad en América Latina*, México, FCE, 1989; Carlos Alonso, "Rama y sus retoños: Figuring the nineteenth century in Spanish America", *Revista de Estudios Hispánicos* 28, 1994; y Mabel Moraña, "De *La ciudad letrada* al imaginario nacionalista: contribuciones de Ángel Rama a la invención de América", en B. González Stephan, J. Lasarte, G. Montaldo y M. J. Daroqui (comps.), *Esplendores y miserias del siglo XIX. Cultura y sociedad en América Latina*, Caracas, Monte Ávila, 1994.

La ciudad letrada y Transculturación narrativa en América Latina, mostrando cómo comparten una visión del dualismo campo / ciudad que reproponen las tesis dependentistas del “colonialismo interno”, filiadas en una versión de larguísima duración en América Latina, que idealiza lo rural como reducto resistente de lo popular y de lo genuinamente nacional e impugna lo urbano como centro de dominio e irradiación de proyectos civilizadores foráneos.² La teoría de la transculturación estaría informada, así, por una perspectiva nacional-populista que *La ciudad letrada* vendría a coronar, dedicándose cada uno de los libros al análisis de una de las dos caras de la ecuación campo (región) / ciudad.

Sin embargo, aun coincidiendo en que los dos libros de Rama comparten una filiación ideológica general, es posible encontrar en *Transculturación narrativa...* una versión matizada de los intelectuales latinoamericanos y del conflicto modernizador que anida en la relación campo / ciudad. En primer lugar, porque en *Transculturación narrativa...* el escritor aparece ya no exclusivamente como parte de una clase letrada que ejercita y posibilita el dominio sobre su sociedad, sino también como un “genial tejedor en el vasto taller his-

tórico de la sociedad americana”.³ Y aun si esto quisiera interpretarse como una definición excluyente de los escritores regionalistas, que en el contexto de la cita no lo es, Rama se preocupa por aclarar más adelante que la propia posibilidad de las operaciones transculturadoras del regionalismo “fueron ampliamente facilitadas por la existencia de formaciones culturales propias a que había llegado el continente mediante largos acriollamientos de mensajes”, en especial, la existencia de un sistema literario común hispanoamericano construido durante el período de modernización (1870-1920) que permitió “el diálogo entre el regionalista y el modernista”.⁴ En segundo lugar, más importante aun, porque la riqueza del panorama trazado en *Transculturación narrativa...* descansa en que la noción de transculturación, tal cual la formula Rama, permite en sí misma una comprensión dialéctica, de doble mano, de todo contacto cultural (también del que subtiende la relación de los escritores urbanos con las culturas metropolitanas), que supone una ruptura radical con las visiones maniqueas del conflicto cultural típicas del dependentismo.

A diferencia del enfrentamiento sin resquicios entre el mundo letrado y el mundo “real” presentado en *La ciudad letrada*, *Transculturación narrativa...* puede sostener una visión crítica del rol de la ciudad frente a la región, pero ofrecer al mismo tiempo el panorama mucho más complejo de una cadena discontinua de conflictos, que en cada una de sus estaciones permite asomar la densidad de las diversas instancias del proceso transculturador, esa serie dinámica y creativa de pérdidas, selecciones, incorporaciones y redescubrimientos desde y sobre las culturas que entran en contacto. De tal modo, mientras *Transculturación narrativa...* puede leerse como una pieza central de los intentos más agu-

² Mabel Moraña, “Ideología de la transculturación”, en M. Moraña (ed.), *Ángel Rama y los estudios latinoamericanos*, Serie Críticas, Pittsburgh, Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 1997. En el mismo libro puede verse otro análisis que también pone ambos textos de Rama como estaciones de un mismo marco interpretativo: Françoise Perus, “A propósito de las propuestas historiográficas de Ángel Rama”. Como se sabe, aunque *Transculturación narrativa...* y *La ciudad letrada* tuvieron una publicación casi simultánea (en 1982 y 1984 respectivamente, el segundo después de la trágica muerte de Rama), mientras el primero reúne trabajos que recorren casi toda la década de 1970, las primeras versiones del segundo fueron elaboradas a partir de 1980; véanse Ángel Rama, “Agradecimiento”, en *La ciudad letrada*, Montevideo, Arca, 1995, y “La ciudad letrada”, en Richard Morse y Jorge Enrique Hardoy (comps.), *Cultura urbana latinoamericana*, Buenos Aires, CLACSO, 1985).

³ Ángel Rama, *Transculturación narrativa en América Latina*, México, Siglo XXI, 1982, p. 19.

dos de los años setenta por refinar los análisis de la producción cultural latinoamericana sin eliminar sus dimensiones sociales y políticas —esos intentos entre los que habría que computar la obra de Antonio Candido y el debate brasileño sobre “el lugar de las ideas”—,⁵ *La ciudad letrada* supuso un retroceso a posiciones más rudimentarias sobre los conflictos culturales del continente.

Tratándose de un crítico tan agudo, no deja de ser curioso que Rama haya hecho ese movimiento de retroceso con la guía de Foucault, anticipando un fenómeno que sería muy común en los *Cultural Studies* norteamericanos: la utilización de teorías sofisticadas para reflatar posiciones convencionales. Rama hace un uso muy peculiar de Foucault en *La ciudad letrada*, produciendo un doble forzamiento teórico: la conversión del análisis de la episteme moderna en una crítica política de su utilización como instrumento de dominación de clase; y, especialmente, la confianza en la existencia, en el revés de esa episteme, de un universo resistente a ella, la “ciudad real”, que Rama postula ya no como horizonte utópico, sino como antítesis efectiva de la ciudad letrada —antítesis difícil de encontrar en Foucault, excepto que se trate de la ciudad de los niños o los locos.

Oscar Terán explicó el sentido que tuvo la “estación Foucault” para un grupo de intelectuales de izquierda que, a fines de la década de 1970, debía procesar la crisis del marxismo y

de la política creyendo, en primera instancia, que podía integrar a Foucault a sus propias tradiciones críticas sin demasiados conflictos.⁶ No sería difícil incorporar al último Rama a ese contingente. Aunque para entender la peculiar versión antiintelectual y antiurbana de su propia “estación Foucault”, quizás sería más preciso analizar a Rama dentro de un contingente aun más restringido: el de los intelectuales uruguayos que, perteneciendo a la cultura letrada posiblemente más asentada del continente y que más éxitos sociales podía exhibir desde el batllismo hasta los años sesenta, comienzan en la década de 1980 a reivindicar el suelo “bárbaro” sobre cuya represión aquella cultura se habría edificado, en una crítica masiva a la modernidad y sus logros. Me refiero, por ejemplo, a José Pedro Barrán en su *Historia de la sensibilidad en el Uruguay*, o a la defensa tardía del populismo radical de Richard Morse que llevaron adelante Felipe Arocena y Eduardo de León en la edición montevideana de los debates brasileños sobre *El espejo de Próspero*.⁷

Es claro que la última obra de Rama se estaba escribiendo todavía en el clima opresivo de la frustración política en que derivó la radicalización setentista, ante la evidencia trágica de las dictaduras. Y desgraciadamente, es imposible saber cómo hubiera avanzado su pensamiento, cómo hubiera pasado esa primera “estación Foucault” si hubiese tenido que afrontar el nuevo momento de las transiciones democráticas que se abría en la región, con su nueva agenda cultural e ideológica. Pero lo cierto es que la búsqueda de Rama de una “salida del modernismo” —en los términos pues-

⁴ *Ibid.*, pp. 55 y 56.

⁵ Sobre la relación entre Candido y Rama véase el excelente trabajo de Gonzalo Aguilar, “Ángel Rama y Antonio Candido: salidas del modernismo”, en Raúl Antelo (ed.), *Antonio Candido y los estudios latinoamericanos*, Serie Críticas, Pittsburgh, Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 2001. Sobre el debate brasileño acerca de “el lugar de las ideas”, véase la edición en castellano realizada por Florencia Garramuño y Adriana Amante en *Absurdo Brasil. Polémicas en la cultura brasileña*, Buenos Aires, Biblos, 2000, donde reproducen los textos ya clásicos de Roberto Schwartz, “Las ideas fuera de lugar” (1973), y Silviano Santiago, “El entrelugar del discurso latinoamericano” (1971).

⁶ Oscar Terán, “La estación Foucault”, en *Punto de Vista*, N° 45, Buenos Aires, abril de 1993.

⁷ Véanse José Pedro Barrán, *Historia de la sensibilidad en el Uruguay* (dos tomos), Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1989-1999; y Felipe Arocena y Eduardo de León (eds.), *El complejo de Próspero. Ensayos sobre cultura, modernidad y modernización en América Latina*, Montevideo, Vintén Editor, 1993.

tos por Aguilar—, radicalizada de tal modo en *La ciudad letrada*, pudo leerse en los años ochenta como un diagnóstico pesimista respecto de las posibilidades de la democracia.⁸

Y este funcionamiento desanclado de su suelo setentista, en el momento tan diverso que se abrió en los años ochenta, nos permite ver el modo en que *La ciudad letrada* se ubica en la rompiente entre dos épocas en relación con el lugar que la reflexión sobre la ciudad latinoamericana ocupa en la cultura. También desde el punto de vista del pensamiento urbano el libro se afirma en el suelo de ideas setentista: ese proceso de experimentación y debate que llevó a la cultura urbana latinoamericana de la confianza plena en la modernidad de los años cincuenta y sesenta, a su completo rechazo. En este sentido, las relaciones entre *La ciudad letrada* y la obra de Morse son muy intensas, ya que Morse había producido con coherencia y originalidad el doble giro que formó ese suelo setentista del pensamiento urbano: el giro populista, que llevó la ruptura con la teoría de la modernización a las últimas consecuencias —América Latina no sería el lugar del cambio sino un refugio de los valores que el mundo occidental habría perdido o bien no habría tenido nunca—, y el giro cultural, que en pleno dominio de la planificación criticó la tecnificación del pensamiento urbano y reivindicó la literatura y el ensayo como fuentes más confiables para comprender la ciudad.⁹

Pero el clima cultural antiurbano que acompañó el proceso de radicalización política en Sudamérica desde fines de la década de 1960, va a modificarse sustancialmente en los ochenta. Por eso termina siendo más “contemporá-

neo” un libro como *Latinoamérica: las ciudades y las ideas* de Romero, escrito también a lo largo de las décadas de 1960 y 1970 en diálogo con esa novísima perspectiva de historia cultural urbana que abrió Morse, pero en posiciones antagónicas: mientras Morse, y luego con él Rama, denuncian en esa modernidad urbana el sometimiento de los estratos esenciales de las culturas populares, Romero asume la imposición modernizadora de la ciudad en América como la base a partir de la cual imaginar toda transformación progresista.¹⁰ Los nuevos paradigmas del pensamiento urbano latinoamericano en los años ochenta van a recuperar ese “optimismo urbano”, dándole una nueva vigencia al giro cultural de Morse, pero no al populista, y menos aun en su acepción antiurbana.

Autores como Julio Ramos, Beatriz Sarlo, Carlos Monsiváis, Néstor García Canclini, Nicolau Sevcenko, desde la crítica literaria o la crítica cultural, evidencian en los años ochenta el retorno del interés por la ciudad como clave de la peculiar modernidad latinoamericana, instalando la cultura urbana moderna en el núcleo de todo pensamiento sobre la región, en el mismo momento en que las ciudades eran objeto de ideas urbanísticas que ponían el acento en la vitalidad social y política de la vida urbana a través de la recuperación de su espacio público. No se trata ya, desde luego, de la confianza funcionalista en la relación ciudad / modernización, a la manera del pensamiento urbano de los años sesenta, sino de una acepción de la modernidad urbana como pieza fundamental de la cultura latinoamericana —tanto letrada como popular—, su resultado y su cifra. Y, en ese marco, *La ciudad letrada* va a experimentar su segundo desacople, quedando en un lugar curioso, ya que sus claves teóricas le darán, especialmente en el

⁸ Gonzalo Aguilar, “Ángel Rama y Antonio Candido: salidas del modernismo”, *op. cit.*

⁹ He analizado estos temas en “A produção da ‘cidade latinoamericana’”, *Tempo Social. Revista de sociologia da USP*, vol. 17, N° 1, San Pablo, junio de 2005; y “La ‘ciudad latinoamericana’ como idea”, *Punto de Vista*, N° 73, Buenos Aires, agosto de 2002.

¹⁰ José Luis Romero, *Latinoamérica, las ciudades y las ideas*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1976.

campo de los estudios literarios latinoamericanos de la academia norteamericana, con su mezcla de sofisticación y arcaísmo, la actualidad que sus posiciones historiográficas e ideológicas no podían darle en otros campos.

Il No es fácil encontrar formulaciones explícitas sobre el carácter de la relación entre intelectuales y ciudad en América Latina, pero en los últimos treinta años se ha producido suficiente literatura sobre el tema como para que podamos acordar algunas condiciones básicas para ella.

La condición de partida, con la que *La ciudad letrada* coincide, es que sin la ciudad no puede existir el intelectual. Como el de Rama, también el título de Romero es más que una descripción del tipo de relación que le interesa estudiar: “las ciudades y las ideas” es un postulado que sostiene que la actividad reflexiva sobre la realidad que caracteriza la modernidad (es decir, la “historia”) nace y transcurre en las ciudades, y que es desde ellas desde donde se pensó y definió el continente americano –incluso cuando lo hizo *contra* ellas–. La diferencia fundamental entre Romero y Rama en la presentación de esa relación, en todo caso, es que, para Romero, los proyectos intelectuales nunca logran sus fines cabalmente: si el rol “ideológico” de la ciudad fue conformar una nueva realidad en tierra desconocida, en su propio cumplimiento debe leerse más el fracaso de las orientaciones intelectuales que buscaban moldearla, que su éxito. Y es esa convivencia tensa entre representaciones y realidades, entre lo que queda del designio proyectual, incompleto y desmentido, y la propia realidad que en su fracaso llegó a constituir, lo que le da carnadura histórica a la relación entre intelectuales y ciudad en *Latinoamérica, las ciudades y las ideas*.

Por otra parte, si el intelectual no puede existir sin la ciudad no es porque entre ambos guarden una relación analógica o porque coincidan

en ser representantes y reproductores del poder –aunque también puedan serlo–, sino por una cualidad histórica y sociológica: es en la ciudad donde se hacen posibles ciertas condiciones de existencia del intelectual, como el mercado cultural (especialmente la prensa y el mercado del libro), un público en ampliación y la consiguiente tendencia hacia la profesionalización de la actividad letrada. No se trata de continuar suscribiendo el mito intelectual del “intelectual crítico” –cuyo desmontaje fue evidentemente uno de los objetivos primarios de Rama en *La ciudad letrada*–, pero sí entender con la sociología de la cultura de los últimos treinta años, que el intelectual rompe con el letrado en su nueva posición de profesionalización por fuera del Estado –lo que está sin dudas en el origen de su autorrepresentación como crítico del poder–. El intelectual surge como parte del proceso de densificación de un espacio público burgués, sólo posible en una ciudad cuyas funciones culturales se complejizan y cuyo recorte del Estado se cumple tanto en el funcionamiento crecientemente autónomo del mercado como en la consolidación de un entramado institucional propio de la sociedad civil. Como sabemos, en la ciudad colonial no existen estas condiciones; allí el escritor se confunde con el sacerdote, el licenciado y el funcionario, todos ellos enredados directamente en las tramas del poder y la administración, lo que obliga a una periodización primaria que diferencie entre letrado e intelectual, cuya ausencia en *La ciudad letrada* ya fue señalada por varios autores.

En segundo lugar, entonces, la existencia del intelectual recién comenzará a hacerse posible, en algunas ciudades latinoamericanas, a medida que avance el siglo XIX, y no sin ambigüedades y conflictos. Aquí se hace necesaria toda una serie de precisiones sobre la experiencia latinoamericana que la va dislocando respecto del modelo canónico europeo. Por una parte, porque, como mostró Julio Ramos, la modernización se cumple en Amé-

rica Latina sin una completa autonomización de los campos, lo que se percibe con claridad en la relación de larga duración entre literatura y política.¹¹ Por otra parte, porque, como mostró José Guilherme Merquior, mientras en Europa la crítica a las consecuencias de la modernización define desde el romanticismo la autonomía crítica de los intelectuales, en América Latina la literatura crítica estará por mucho tiempo comprometida con el ideal de la modernización.¹²

Me interesa detenerme en esa afirmación de Merquior, porque procede por un tipo de razonamiento en inversión que, para entender las específicas condiciones de desarrollo intelectual latinoamericano, trabaja en negativo afirmaciones clásicas del pensamiento europeo. Y aquí quiero sugerir, justamente, que las líneas principales de reflexión sobre las relaciones entre intelectuales y ciudad en América Latina podrían reconstruirse como una serie de inversiones de clásicos. Pero no me refiero al tipo de inversiones que buscan un “elogio de la barbarie” –aunque alguno de los autores en que me baso, como Morse, sí lo haga–, o denuncian la incorporación de la modernidad occidental como máscara y simulacro, actitudes típicas del “latinoamericanismo” que la mejor literatura crítica sobre la modernidad latinoamericana, en los años ochenta, ha desmontado con agudeza.¹³ Las inversiones que me interesan no buscan afirmar la independencia del pensamiento en estas tierras ni caricaturizarlo, sino entender la especificidad de

una experiencia histórica que requiere de instrumentos conceptuales adecuados, para cuya elaboración no se vacila en acudir a los clásicos occidentales, recuperados en toda su productividad. Tomo, entonces, una triple inversión de caracterizaciones muy clásicas de la sociología urbana occidental, que se producen a través de la idea de “ciudad artificial” y de la comprobación, en la ciudad latinoamericana, de la ausencia de la “tragedia de la modernidad” y de la “urbanización sin modernización”: inversiones de representaciones sobre la ciudad que impactan nuestras representaciones sobre la cultura intelectual.

Ciudad artificial (invirtiendo a Pirenne). La primera inversión trabaja sobre la clásica figura de la “ciudad orgánica”. Es una figura que sirvió para caracterizar la ciudad europea que emergió de la “revolución urbana” en la baja Edad Media, la ciudad medieval que constituyó el modelo más influyente con el que, después de tantos siglos y de tantas transformaciones, la cultura occidental se sigue representando la idea de “ciudad”. Una figura que sistematizó ejemplarmente Henri Pirenne en sus textos, en el marco de ideas de la antropogeografía francesa, mostrando la ciudad como un punto de intensificación de las funciones socioeconómicas de una región, base de formación socioespacial de un ser colectivo.

Casi desde el mismo momento en que esa idea de “organicidad” se formalizaba en el pensamiento europeo, se hizo bastante habitual en diferentes pensadores latinoamericanos la denuncia de la “artificialidad” de la ciudad latinoamericana, su sentido político y burocrático, como un desvío desafortunado respecto del patrón seguido en Occidente, que desnaturalizaba la idea misma de ciudad. Juan Álvarez escribiendo sobre Buenos Aires y Jorge Basadre sobre Lima, entre otros ejemplos, propusieron en las primeras décadas del siglo XX la figura de la “ciudad artificial” para mostrar la función parasitaria de esas ciudades frente al *hinterland*

¹¹ Julio Ramos, *Desencuentros de la modernidad en América Latina*, op. cit.

¹² José Guilherme Merquior, “Situación del escritor”, en César Fernández Moreno (coord.), *América Latina en su literatura*, México, UNESCO-Siglo XXI, 1972.

¹³ Véanse, entre otros, Roberto Schwarz, “Nacional por abstracción”, en *Punto de Vista*, N° 28, Buenos Aires, diciembre de 1986; José Joaquín Brunner, *El espejo trizado. Ensayos sobre cultura y políticas culturales*, Santiago de Chile, FLACSO, 1989; Néstor García Canclini, *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, México, Grijalbo, 1990.

económico-social que dominaban, una idea de la que van a ser deudoras muchas de las críticas urbanas de la ensayística de los años treinta y cuarenta, como puede verse en Ezequiel Martínez Estrada o en Bernardo Canal Feijoo.¹⁴

Pero será Richard Morse, lector agudo de la tradición ensayística latinoamericana desde la década de 1950, quien comenzará a formular esa caracterización como una inversión explícita de Pirenne y a extraer una cantidad de consecuencias teóricas e historiográficas de esa operación. Hay un texto muy temprano de Morse, titulado justamente “La ciudad artificial”, en el que anticipa muchas de sus proposiciones más conocidas.¹⁵ Si la ciudad medieval teorizada por Pirenne tenía un carácter “centrípeto”, es decir, había surgido como producto de una canalización novedosa de las energías de la región que la economía feudal no podía ya contener —transfiriendo recursos de las actividades extractivas hacia la producción industrial y el comercio—, la ciudad latinoamericana había tenido un efecto “centrífugo”, es decir, había sido no sólo la implantación de un objeto extraño a las realidades sociales y económicas del territorio americano, sino que había funcionado además como un trampolín para el asalto a las riquezas del interior del continente —transfiriendo recursos desde la ciudad hacia la explotación del suelo—. Y es este carácter de puente de trasbordo de riquezas y personas con el interior lo que convirtió a las ciudades en apéndices burocráticos del campo, volviendo heterogénea su realidad social y cultural, ya que si es indudable que la ciudad dominará y moldeará el campo desde sus patrones culturales modernos, a su vez, la centralidad de las funciones económicas del interior rein-

troducirá permanentemente en la ciudad rasgos rurales, inficionándola de relaciones sociales tradicionales y de patrones culturales premodernos.

En lugar del recorte *natural* entre campo y ciudad típico de la modernidad europea, lo que surge entonces es una realidad *sui generis*, un campo urbanizado y una ciudad ruralizada que modifican todos los parámetros supuestos. Este señalamiento del carácter anfibio de la ciudad le da cauce analítico a la frustración con la modernidad de todo el ensayo del siglo XX: “Facundo va en tranvía”, denunciaba ya Ricardo Rojas para mostrar que el enfrentamiento entre civilización y barbarie se había radicado dentro de la ciudad; y respalda la visión dialéctica de la función intelectual que mencionamos en Romero. El fracaso permanente de los proyectos ideológicos se debe a que los intelectuales no sólo van a tener que lidiar con una realidad cuya consistencia se les escapa, sino que serán cada vez más el producto de ella: aun representando la metrópolis, aun buscando convertir la ciudad en su bastión, el intelectual será irremediamente penetrado por lo “otro” del territorio y la cultura “interior” que había pretendido inútilmente excluir.

Modernidad sin tragedia (invirtiendo a Simmel). La segunda inversión, que encontramos diseminada en muchos autores, es la que plantea una distancia de la conciencia trágica europea sobre su modernidad: aun cuando se inspiraran en los ideólogos de la “decadencia de Occidente”, lo habitual entre los autores latinoamericanos fue que invirtieran de modo optimista sus consecuencias para estas tierras “jóvenes”, donde el futuro parecía una posibilidad abierta. Pero no se trata solamente de una cuestión que enfrenta decadencia (europea) y juventud (americana): “Hacia fines de siglo XIX —señala Merquior— la sociedad latinoamericana se distingue por una curiosa asimetría entre el subdesarrollo económico y el refinamiento intelectual, o mejor, de los inte-

¹⁴ Cf. Juan Álvarez, *Buenos Aires*, Cooperativa editorial “Buenos Aires”, Buenos Aires, 1918; y Jorge Basadre, *La multitud, la ciudad y el campo en la historia del Perú*, Lima, Imprenta A. J. Rivas Berrio, 1929.

¹⁵ Richard Morse, “La ciudad ‘artificial’”, en *Estudios americanos*, vol. XIII, N° 67 y 68, Sevilla, abril-mayo de 1957.

lectuales”.¹⁶ Aquí aparece la razón de la pervivencia ilustrada del optimismo modernizador: lo que se invierte para los intelectuales latinoamericanos es la percepción de la relación entre cultura objetiva y cultura subjetiva. Si para Simmel una de las principales fuentes de la tragedia de la modernidad es el contraste, evidente por antonomasia en la metrópolis, entre una cada vez menor cultura subjetiva frente a una cada vez mayor cultura objetiva, en las metrópolis latinoamericanas, en cambio (donde el pensamiento de Simmel, primero a través de la ensayística y después de la sociología urbana de Chicago, mantuvo actualidad durante todo el siglo XX), las lecturas simmelianas enfrentarán la evidencia de que la cultura objetiva nunca llegará a la intensidad requerida por la experiencia del *shock*. La tragedia que las metrópolis latinoamericanas vuelven evidente a los ojos de los poseedores de la refinada cultura subjetiva es la del abismo social, que ellos proponen salvar con más modernización, con dosis siempre mayores de cultura objetiva.

Es en este punto, posiblemente, donde la ciudad entra más francamente como parte de un programa intelectual latinoamericano: utilizar la modernidad como vía de acceso a la modernización. “Inventar habitantes con moradas nuevas” fue la consigna de Sarmiento que con mayor capacidad de síntesis muestra la circularidad de esta convicción iluminista sobre las virtudes de la modernidad urbana. Esto significa que, en América, la modernidad se impuso como parte de una política deliberada para conducir a la modernización, y en esa política la ciudad fue el objeto privilegiado, como si en los proyectos intelectuales hubiese perdurado la función que buscó cumplir la ciudad desde la conquista: ser una máquina capaz de inventar la modernidad, extenderla y reproducirla en territorios vírgenes de ella. En

las repúblicas independientes, la ciudad funcionó como el espejo “civilizado” en el que buscaba prefigurarse la constitución de las naciones y los estados a su imagen y semejanza; en los procesos de desarrollo, un siglo después, fue el “polo” desde donde expandir la modernidad acelerando el “continuo rural-urbano” para convertir a todos los habitantes de la nación en individuos social, cultural y políticamente modernos. De aquí se desprende un voluntarismo modernizador en los intelectuales que en el siglo XX va a hacer *pendant* con el constructivismo desarrollista del Estado-nación, y que en todo el ciclo tiene dos ciudades emblema: Argirópolis y Brasilia, prefiguraciones intelectuales en busca de una modernización articulada de la nacionalidad a través de la modernidad urbana. El *shock* metropolitano no va a ser cuestionado por estos proyectos intelectuales, sino convertido en un objeto de deseo: la ciudad moderna será la fuente imaginaria de una política de *shock* modernizador para todo el territorio.

Urbanización sin modernización (invirtiendo a Weber). Es evidente que el “optimismo urbano” que surge de la anterior inversión simmeliana es lo más próximo a la articulación ciudad / intelectuales que critica Rama en *La ciudad letrada*; la diferencia que es importante establecer con esa crítica, en todo caso, es que el ejercicio de tipificación que suponen estas inversiones no nos oculta el hecho fundamental de la interpenetración de las diferentes vertientes intelectuales –y de sus diferentes estados de ánimo respecto de la ciudad–, como se ve con claridad en la última inversión que presentamos aquí, la que desarma la relación que había presentado Max Weber entre *urbanización, industrialización y burocratización* en el análisis del surgimiento de la modernidad occidental. Esta inversión comienza a plantearse desde la década de 1950, en el mismo apogeo de los estudios sociológicos de matriz funcionalista sobre la “explosión urbana” latinoamericana.

¹⁶ Jose Guilherme Merquior, “Situación del escritor”, *op. cit.*

americana, centro de la atención académica y política del período. Y podría decirse que buena parte del análisis de la ciudad latinoamericana se hizo en ese momento bajo un doble estímulo: de la teoría de la modernización, que le daba a la ciudad un rol central como agente inductor dentro de aquella tríada weberiana; y del descubrimiento de la inadecuación de esa misma teoría para el caso de la ciudad latinoamericana, ya que ésta era un ejemplo histórico inmejorable de que entre esos tres fenómenos no había una relación de necesidad. Si lo formuláramos del modo en que luego se reflexionó sobre la teoría de la modernización, diríamos que la experiencia de la ciudad latinoamericana permitió advertir tempranamente que aquello que Weber había estudiado como un proceso histórico-cultural occidental (la modernidad), se había convertido en la Segunda Posguerra en un complejo técnico de difusión de la civilización industrial-capitalista como modelo de desarrollo universal (la modernización).¹⁷

Al mismo tiempo que usaban los instrumentos derivados de la teoría de la modernización, y con el impulso de su optimismo acerca del rol que la ciudad podría tener en el desarrollo de la nación, los teóricos de la ciudad latinoamericana comenzaron a advertir que algunos de sus postulados condenaban la realidad de la urbanización del continente al lugar de la patología: nociones como “sobreurbanización” o “primarización”, entre las más utilizadas del período para caracterizar la ciudad latinoamericana, sólo ganan inteligibilidad si se recortan contra el patrón “normal” de la urbanización europea. La primera noción señala el desfasaje entre las tasas de urbanización y las de industrialización, y la segunda, la presencia dominante de grandes ciudades en cada territorio nacional, contracara exacta del modelo europeo formado por ciudades pequeñas y medianas articuladas en redes terri-

toriales homogéneas. Incluso los intentos más ambiciosos por recolocar esas comprobaciones en un marco general de la teoría de la modernización, como los de Gino Germani o los estudios de la CEPAL de las décadas de 1950 y 1960, eran muy conscientes de los límites de la empresa, las dificultades de dar cuenta en esos marcos teóricos de los rasgos decisivos de los paisajes urbanos que estudiaban, caracterizados por “la supervivencia de gran parte de las estructuras productivas y comerciales tradicionales; la expansión de la población ocupada en la prestación de servicios; el mantenimiento de los patrones familiares tradicionales; la expansión de las poblaciones urbanas marginales”.¹⁸ La propia noción de “transición”, fundamental en la sociología urbana de Chicago, utilizada en los primeros estudios sobre la ciudad latinoamericana para entender los procesos de integración de la población migrante a la vida urbana, mostraba su inadecuación: a diferencia de lo ocurrido con los inmigrantes polacos del famoso libro de Thomas y Znaniecki, los migrantes latinoamericanos que se aglomeraban en las villas miseria, las barriadas y las favelas, no sólo parecían no experimentar en la ciudad el síndrome de desorganización y anomia supuesto, sino, especialmente, parecían transformar su familia tradicional y su cultura rural en recursos exitosos en la adaptación a la modernidad urbana.¹⁹

Como se ve con claridad hasta aquí, la comprobación de la urbanización sin industrialización

¹⁸ CEPAL, “El impacto de la urbanización sobre la sociedad”, en Gino Germani (comp.), *Urbanización, desarrollo y modernización*, Buenos Aires, Paidós, 1976, pp. 280 y 281.

¹⁹ Cf. Oscar Lewis, “Urbanization without Breakdown: a Case Study”, *The Scientific Monthly*, Año LXXV, N° 1, julio de 1952; y José Matos Mar, “Las barriadas limeñas: un caso de integración a la vida urbana” (1959), en Philip Hauser, *La urbanización en América Latina*, Buenos Aires, Solar/Hachette, 1967. El libro de Thomas y Znaniecki es *The polish peasant in Europe and America*, Chicago, 1918-1920.

¹⁷ Véase Jürgen Habermas, *El discurso filosófico de la modernidad*, Buenos Aires, Taurus, 1989.

zación combina elementos de las dos inversiones que vimos antes: la ausencia relativa de industria explica en buena medida tanto la artificialidad de la ciudad latinoamericana como la falta del carácter trágico de su modernidad, mostrando que los respectivos “pesimismo” y “optimismo” que surgen de esas posiciones están muy mezclados en las relaciones históricas entre intelectuales y ciudad en América Latina. Pero el aspecto más específico de esta tercera inversión apunta a otra cuestión: el carácter “de servicios” de la ciudad, que, a diferencia de los servicios terciarios de las metrópolis avanzadas, se articula en América Latina con la sobrevivencia de rasgos culturales tradicionales tanto en la cultura popular (lo que daría lugar a la célebre expresión de Oscar Lewis, “cultura de la pobreza”), como en la cultura establecida y de los intelectuales: la “robusta sobrevivencia de costumbres señoriales”, de acuerdo a Merquior. Esa sobrevivencia que, en la figura del “favor”, analizó Roberto Schwarz como sostén implícito de la vida intelectual brasileña del siglo XIX, y que en otros aspectos marcará también a las vanguardias estéticas, cuya tarea principal fue, como se ve tanto en Borges como en Mário de Andrade, la construcción de una *lingua nacional*, base del compromiso modernista, ya en los años treinta, con los nuevos roles del estado nacionalista benefactor. Las vanguardias fueron exitosas en América Latina porque estuvieron dispuestas a disputar con los sectores tradicionalistas el lugar desde donde construir una tradición, produciendo esa “paradojal modernidad [...] de proyectar para el futuro lo que intentaban rescatar del pasado”.²⁰ Como se ve,

el centro no está ya puesto en la penetración de hábitos rurales en la cultura urbana, como ocurría en el tópico de la “ciudad artificial”, sino en la extensión en toda la sociedad de una actitud cultural que combina futuro y pasado, tradición y vanguardia, con un sentido de la temporalidad bastante diferente del que produjo, en las teorías clásicas, la sociedad moderna-capitalista.

Por supuesto, esas teorías clásicas no han cesado de ser revisadas y relativizadas en los estudios sobre la propia experiencia histórica europea: con este ejercicio de inversión no se pretende desconocer su estatuto actual en el debate teórico, sino entender el estímulo que han significado para el desarrollo de los imaginarios intelectuales sobre la ciudad latinoamericana. Bien leído, este juego de inversiones permite una entrada tangencial (a través de la ciudad) a dos de las cuestiones intelectuales que con mayor persistencia recorren América Latina en los siglos XIX y XX: la cuestión del “vacío”, como metáfora de la necesidad de renovación radical de una sociedad tradicional y de apropiación de una naturaleza amenazante, y como “ausencia” de identidad (la cuestión de la relación crítica entre ciudad y campo, y entre cultura letrada y cultura popular); y la cuestión de la modernización pensada como reforma nacionalizadora desde arriba (la cuestión de las relaciones entre los intelectuales y el Estado). Es decir, también permite ver bajo una luz diferente la propia empresa intelectual de Ángel Rama en *La ciudad letrada*, como pieza en un tablero de larga duración en la cultura latinoamericana. □

²⁰ Ronaldo Brito, “O trauma do Moderno”, citado por Carlos A. F. Martins, “Identidade nacional e estado no projeto modernista. Modernidade, estado, tradição”, en *Oculum*, N° 2, Campinas, FAU-PUCCAMP, septiembre de 1992. Desarrollé este aspecto de las vanguardias latino-

americanas en *Das vanguardas à Brasília. Cultura urbana e arquitetura na América Latina*, Belo Horizonte, UFMG, 2005.

Las costuras de la letra

Gonzalo Aguilar

CONICET

En 1964, Ángel Rama publica en la revista *Casa de las Américas* el ensayo “Diez problemas para el novelista” impulsando la renovación de la escritura narrativa y la modernización de la literatura. En consonancia con su trayectoria previa, Rama sintetizaba magistralmente los postulados de lo que podría denominarse una izquierda intelectual ilustrada que ponía el acento en la función modernizadora y pedagógica de la escritura, y en los letrados (narradores, pensadores, científicos) como sus agentes privilegiados. Veinte años después, cuando ya había muerto, sale publicado en una editorial hispano-norteamericana *La ciudad letrada*, libro en el que los planteos del texto de 1964 encuentran un rechazo radical: la modernización es sometida a una dura crítica, las ambiciones pedagógicas de los sectores ilustrados son puestas en relación con las formas de dominación y la escritura es definida como un agente del poder. ¿Qué fue lo que sucedió entre un texto y otro en el pensamiento de Ángel Rama?

Por supuesto que no deberían descartarse en la respuesta a este interrogante la implantación de las dictaduras militares en casi todo el continente, los avatares de la Revolución Cubana y el fracaso de las políticas progresistas durante la década de 1960. Sin anular esta perspectiva, creo que también es posible dar algunas respuestas a partir de la trayectoria del propio crítico.

La ciudad letrada corre el riesgo de la simplificación, aunque este hecho parece importarle menos a su autor que continuar con un proyecto latinoamericanista. Todavía en 1983, en las reuniones que se hicieron en Campinas para encarar una historia de la literatura del continente, Ángel Rama expresa que “América Latina sigue siendo un proyecto intelectual vanguardista que espera su realización concreta”.¹ Esta idea de la vigencia de un “proyecto” autoriza, en cierta medida, el *panorama* que presenta *La ciudad letrada* ya no solamente como saber crítico sino también como propuesta política. Mediante esfuerzos admirables y también simplificadores, Rama sintetiza la plural situación urbana continental en el concepto de “ciudad letrada” como si la inestabilidad y la heterogeneidad latinoamericanas pudieran ser despejadas mediante las operaciones de la crítica. Paradójicamente, la letra, que es puesta bajo sospecha, es la que permite amalgamar y articular las diferencias entre ciudades construidas en situaciones radicalmente distintas (el texto comienza proponiendo un “modelo urbano de secular duración” que iría desde la destrucción de Tenochtitlán a la cons-

¹ Ana Pizarro (coord.), *La literatura latinoamericana como proceso*, Buenos Aires, CEAL, 1985.

trucción de Brasilia). Esta mirada panorámica también admite otra interpretación: es el producto de la situación diaspórica del propio Rama, quien había abandonado el Uruguay en 1972 (ya para ese entonces había dictado cursos en Puerto Rico, Colombia y Venezuela) radicándose en Venezuela, país que le concede la nacionalidad en 1977 ante la negativa de la dictadura uruguaya de concederle su pasaporte.² El mismo año en que le conceden la nacionalidad venezolana, comienzan los viajes a diversas universidades norteamericanas (Stanford, Maryland, Princeton), con los conocidos problemas con las autoridades migratorias de ese país hasta que finalmente se ve obligado a abandonarlo en 1983.

En estas transformaciones que se observan si uno confronta los ensayos de entre 1964 y 1984, uno de los momentos clave se produce en 1969 cuando Rama propone el género *testimonio* como categoría en el concurso de Casa de las Américas, comenzando la búsqueda de una formación literaria alternativa a la que había producido la narrativa del *boom* (“el *boom* –declara entonces– establece expresamente un recorte empobrecedor de nuestras letras de forma y traiciona”). A partir de entonces, Rama comienza a construir laboriosamente esa alternativa que se puede ver concluida simbólicamente con su último texto, publicado en 1985: “La narrativa de Gabriel García Márquez: edificación de un arte nacional y popular”. Las dos piezas más ambiciosas y acabadas de este viraje son *La transculturación narrativa en América Latina*, cuyos primeros textos son redactados en 1974, y *La ciudad letrada*, que tratan, respectivamente, sobre una cultura literaria alternativa a la dominante y sobre las complicidades de la letra con el poder. Las dificultades que se le planteaban a Rama si quería seguir dentro de la órbita del modernismo

literario se ven claramente en un artículo escrito en 1973, “Las dos vanguardias latinoamericanas”,³ donde Rama se propone forjar una “vanguardia” alternativa a la modernista apoyándose en las figuras de Roberto Arlt y César Vallejo. Sin embargo, el proyecto parecía conducir a un callejón sin salida en la medida en que la crítica quedaba apegada –como lo había estado en los años de 1960– al concepto de “vanguardia”, que era de raigambre cosmopolita.⁴ Transculturación entonces, en vez de vanguardias, es la posibilidad de pensar en otra modernidad posible.

El interés por el testimonio, por la novela policial de Rodolfo Walsh, por el teatro de Ariano Suassuna, por la investigación de las raíces etnográficas en García Márquez (antes que su *faulknerismo*) son parte de una misma inquietud: cómo definir el corpus de una literatura que pueda pensarse fuera de las formaciones dominantes o, para decirlo con palabras de Antonio Candido, por fuera de las “racionalizaciones ideológicas reinantes”.⁵ En su artículo sobre Walsh, Rama reflexiona –con apoyos teóricos en Pierre Bourdieu, Darcy Ribeiro y Antonio Gramsci– sobre la posibilidad de construir esta serie alternativa que, si en ciertas áreas se cimentaba en la presencia indígena, en “sociedades transplantadas” (el término es de Darcy Ribeiro) como la argentina o la uruguaya exige otro instrumental teórico.⁶ La po-

² *Cronología y bibliografía de Ángel Rama*, Montevideo, Fundación Ángel Rama, 1986, p. 55.

³ Publicado en *Maldoror*, N° 9, 1973, pp. 58-64, y reproducido en *La riesgosa navegación del escritor exiliado*, Montevideo, Arca, 1995.

⁴ En su compilación *Más allá del boom: literatura y mercado* (Buenos Aires, Folios, 1984), Ángel Rama se enfrentó con este tipo de crítica que celebró la modernización de la narrativa latinoamericana en el *boom* literario y que utilizó los términos de “vanguardia”, “ruptura”, “revolución”, “tecnificación narrativa”. El mismo Rama había participado, con sus escritos, en la consagración del *boom*.

⁵ Antonio Candido, *O discurso e a cidade*, San Pablo, Duz Cidades, 1993, p. 51.

⁶ Este texto es producto de varias versiones y la nota de la edición de *Clase y literatura social* (Buenos Aires, Folios, 1983) advierte sobre su redacción en 1974, lo

sición de Gramsci, con sus escritos sobre la novela policial, lleva a Rama a postular la existencia de un uso popular y de resistencia del género al que denomina “novelas policiales del pobre”.⁷ Es tan fuerte esta necesidad de construir series alternativas (es decir, no derivadas de las formaciones letradas hegemónicas) que en el ensayo se lee:

Como ningún otro país de América Latina, la Argentina ha llevado tan a fondo el proceso educativo nacional y ha controlado con sin igual mano férrea y enguantada los instrumentos de la comunicación masiva, concediendo primacía al adiestramiento cultural para internalizar un sistema de valores, que pudo creerse, desde los sectores medios conformados por ese proceso desde la infancia, que el universo de las aulas, la palabra escrita o las imágenes impuestas, constituía la totalidad social, reemplazaba las singularidades de la realidad, sus variaciones, sus anacronismos, sus irregularidades, sus sabores peculiares, sus remanencias. Pudo creérselo además porque una de las sabidurías del proyecto oficial de la cultura

que explica la entusiasta frase final sobre “el tumultuoso río de estas culturas [las populares] en el momento en que acometen una nueva instancia del ascenso al poder” (p. 230) en la que es inevitable no advertir la influencia de la retórica de Walsh.

⁷ La posición de Gramsci también se lee, en filigrana, en la constitución de las historias (de la literatura) alternativas: “La historia de los grupos sociales subalternos es necesariamente disgregada y episódica. No hay duda de que en la actividad histórica de estos grupos hay una tendencia a la unificación, aunque sea a niveles provisionales; pero esa tendencia se rompe constantemente por la iniciativa de los grupos dirigentes y, por tanto, sólo es posible mostrar su existencia cuando se ha consumado ya el ciclo histórico, y siempre que esa conclusión haya sido un éxito. [...] Todo indicio de iniciativa autónoma de los grupos subalternos tiene que ser de inestimable valor para el historiador integral”, *Antología*, México, Siglo XXI, 1992, p. 493. Rama es, de todos modos, más optimista que Gramsci y si en 1974 habla del “tumultuoso río”, en la nota de 1977 habla, a propósito de la dictadura de Videla, de “uno de sus períodos regresivos” (*op. cit.*, p. 195).

dominante consistió en no negar ni ignorar (como hicieron las culturas andinas de dominación) a los productos de las subculturas, sino que los integró al plan de encuadre ideológico, claro está que neutralizándolos y despojándolos de sus violencias reivindicativas, tarea para la cual prestó ayuda, tal como ocurriera en la cultura europea, la sobrevaloración de la apreciación estética en desmedro de la capacidad referencial de la literatura. De José Hernández a Gabino Ezeiza, del pericón al tango, del gaucho al compadrito, de Florencio Sánchez a los saineteros, todo producto de las subculturas fue molido en la rueda del plan de la dominación. Para esa realización, tanto más aguda y clarividente que la ineficaz tendencia a imponer miméticas apropiaciones de los modelos europeos, se contó con un equipo intelectual de excepción: piénsese en lo que Sarmiento hizo con la figura de los caudillos rurales, Mitre con la historia de la emancipación, Lugones con la literatura gauchesca, Borges con el compadrito y el universo suburbano.⁸

Las tres líneas básicas de la postura teórica de Rama se perfilan en este ensayo. En primer lugar, la construcción de dos formaciones culturales a las que llama “dominada” y “oficial”, y la inclusión en esta última de los letrados, más allá de su posible heterodoxia. La segunda pieza de este esfuerzo por salirse del modernismo “tradicional” está en la inversión que lleva a cabo del modelo derrideano con el fin de demostrar que, en la historia cultural latinoamericana, es la escritura, y no la oralidad, la que está aliada con el poder (no habría logocentrismo sino grafocentrismo). Finalmente, la inclusión casi fatal de los le-

⁸ Ángel Rama, *Literatura y clase social*, *op. cit.*, p. 202. Esta dominación tan férrea y exitosa hace, según Rama, que la irrupción de la cultura popular en la Argentina adquiera, a menudo, formas “grotescas, casi en el límite de la irrisión” (p. 203).

trados en la formación cosmopolita que si a principios de la década de 1970 –con ecos de la polémica entre Cortázar y Arguedas– había enfrentado a los transculturadores, en el texto sobre Walsh adquiere unos rasgos homogéneos que persistirán hasta la redacción de *La ciudad letrada*. Como corolario de esta perspectiva, la cultura dominante es un “proyecto oficial”, hubo un “plan de encuadre ideológico” y Sarmiento, Lugones, Mitre y Borges forman un “equipo intelectual”. Habitados a una historia cultural que ha hecho tanto hincapié en las discontinuidades de los acontecimientos y en la historicidad de las ideas, esta propuesta de Rama es, además de limitada, inaceptable. Y así y todo, *La ciudad letrada* –construido con matices a partir de este supuesto– ha sido uno de los libros más influyentes de los años noventa. ¿Hay que atribuir esto a su carácter consolatorio o a la seducción que ejercen los esquemas sencillos y que parecen ayudar a leer todo? ¿O tal vez hay que atribuir su éxito a que, inadvertidamente, la crisis que se analiza en el libro encuentra un apoyo inesperado en el descu-

brimiento que hace la crítica de los medios masivos? Rama, quien murió en 1983, no podía saber que la *ciudad mediática* exige una reescritura de la *ciudad letrada* y de los supuestos que orientan su construcción.

Libro amargo contra uno de los mitos de la izquierda latinoamericana (la actividad civilizadora en manos de los letrados), *La ciudad letrada* es inmune, de todos modos, a los arranques populistas, nacionalistas y antiintelectualistas con los que ciertos sectores de la izquierda, en ese mismo período, buscaban una salida a su impotencia regenerativa. Esta inmunidad tal vez habría que buscarla en el hecho de que Rama fuera uno de los ejemplos más espléndidos de una sociedad (la uruguaya) que había apostado por la ilustración como llave del cambio, o habría que identificarla en el punto de partida gramsciano de que, más allá de las costuras de la letra, “la historia de los grupos sociales subalternos es necesariamente disgregada y episódica”. Tal vez hay una razón más evidente: el ensayista jamás olvidaba que su mejor arma crítica seguía siendo, pese a todo, la letra escrita. □

La lección de escritura

Carlos Altamirano

Universidad Nacional de Quilmes / CONICET

Una hipótesis sobre la historia de las élites culturales en América Latina guía el ensayo de Angel Rama, *La ciudad letrada*: desde la fundación del régimen colonial hasta la mayor parte del siglo XIX ellas formaron parte del sistema de poder. En la visión del crítico uruguayo sobresale, antes que nada, la larga supervivencia del papel social de los letrados. ¿Cuál ha sido la función de las élites cultivadas dentro del sistema de poder? Producir discursos de legitimación del orden social, incluida la definición de la cultura legítima, que no es otra que la de los mismos letrados. Sobre el fondo de esta prolongada continuidad que liga a la gente de saber con la estructura de la dominación social, se despliegan los cambios o discontinuidades en las modalidades de ese papel social y los discursos correspondientes de legitimación: por ejemplo, el cambio del discurso religioso de dominación a los discursos ideológicos modernos. De la empresa de evangelizar se pasa a la de educar. La razón de la dilatada conservación de su preeminencia residió en que durante siglos las minorías letradas retuvieron el monopolio de la escritura en una sociedad analfabeta.

Esta función, nos dice Rama, resultó en cierto modo anticipada ya en el establecimiento del espacio propio del grupo letrado, la ciudad, que en América Latina fue, desde

el comienzo, un fruto de la inteligencia. La ciudad no sólo fue un instrumento central de la conquista, sino que su representación precedió a su existencia:

Una ciudad, previamente a su aparición en la realidad, debía existir en una representación simbólica que obviamente sólo podían asegurar los signos: las palabras, que traducían la voluntad de edificarla en aplicación de normas y, subsidiariamente, los diagramas gráficos, que las diseñaban en los planos, aunque con más frecuencia, en la imagen mental que de esos planos tenían los fundadores, los que podían sufrir correcciones derivadas del lugar o de prácticas inexpertas (Rama, 1984, p. 16).

A partir de este dato inaugural, el argumento y el relato con que Rama da desarrollo a su esquema interpretativo encadenan una serie de dicotomías. No sólo la más examinada e interpretada, la oposición entre ciudad y campo, sino otras, más o menos conectadas entre sí: orden y desorden, cultura escrita y cultura oral, ciudad formal (o letrada) y ciudad real, etcétera.

Se trata de una hipótesis fuerte. Rama no la funda en datos nuevos, desconocidos hasta que él los pusiera ante la vista. Es la perspectiva del análisis lo que les confiere nuevo relieve y una visibilidad diferente a hechos

socioculturales que no eran ignorados. En las notas que acompañan el ensayo, el autor no sólo consigna sus fuentes, sino también a los autores de los que *La ciudad letrada* ha tomado además de informaciones algunas ideas y sugerencias: Michel Foucault, José Luis Romero, Emmanuel Wallerstein, Richard Morse... Entre esas indicaciones de nombres y libros se echa de menos la referencia a *Tristes Trópicos*, más concretamente al capítulo XXVIII, “Lección de escritura”, del libro de Claude Lévi-Strauss. Parece improbable que un lector alerta y omnívoro como Rama haya dejado escapar la célebre obra de viajes del maestro de la antropología estructuralista. Como quiera que haya sido, creo que ningún otro texto como el de Lévi-Strauss se halla más cerca del núcleo de la hipótesis que está en la base de *La ciudad letrada*.

Recordemos brevemente aquella lección de escritura que Lévi-Strauss cuenta haber recibido en medio de la selva brasileña del jefe de una banda mambiquara, el grupo indígena que estaba estudiando. El antropólogo había repartido entre los miembros del grupo hojas de papel y lápices. La distribución de estos elementos no tenía otro objeto que el de asegurarse benevolencia, informaciones y servicios de los mambiquara, pues éstos no conocían la escritura ni practicaban casi el dibujo. A los pocos días pudo observarlos trazando líneas onduladas en el papel, es decir, imitando sus movimientos al escribir. Para el jefe el regalo de papel y lápiz no resultó suficiente, sin embargo, y le pidió una libreta de notas como aquella en que el antropólogo escribía. Ya en posesión de ella, el jefe se sintió equiparado al observador blanco:

Él no me comunica verbalmente las informaciones, sino que traza en su papel líneas sinuosas y me las presenta como si yo debiera leer su respuesta [...] está tácitamente entendido entre nosotros que su galimatías posee un sentido que finjo des-

cifrar; el comentario verbal surge casi inmediatamente y me dispensa de reclamar aclaraciones necesarias” (Lévi-Strauss, 1970, p. 293).

Y ante su gente reunida en asamblea, el cacique representó ese juego: “sacó de un cuévalo un papel cubierto de líneas enroscadas que fingió leer, y donde buscaba, con un titubeo afectado, la lista de objetos que yo debía dar en cambio de los regalos ofrecidos: ¡a éste por un arco y flechas, un machete! ¡a este otro, perlas por sus collares...!” (*ibid.*).

¿Qué había captado el jefe mambiquara? Que la escritura acrecienta el prestigio y el poder de un individuo sobre otro:

Un indígena aún en la Edad de Piedra había adivinado [...] que el gran medio para entenderse podía por lo menos servir para otros fines. Después de todo, durante milenios, y aún hoy en una gran parte del mundo, la escritura existe como institución en sociedades cuyos miembros, en su gran mayoría, no poseen su manejo (*ibid.*, p. 295).

Lévi-Strauss enlaza la enseñanza que contenía el episodio con una observación de alcance más general acerca del nexo entre escritura y civilización: “El único fenómeno que ella ha acompañado fielmente es la formación de las ciudades y los imperios, es decir, la integración de un número considerable de individuos en un sistema político, y su jerarquización en castas y clases” (*ibid.*, p. 296). No olvida, por supuesto, que la escritura posee también funciones intelectuales, pero las registra como un efecto accesorio: “El empleo de la escritura con fines desinteresados para obtener de ella satisfacciones intelectuales y estéticas es un resultado secundario, y más aun cuando no se reduce a un medio de reforzar, justificar o disimular el otro” (*ibid.*).

No quisiera exagerar y atribuir a Rama, lisa y llanamente, los juicios de Lévi-Strauss.

Pero creo que no resulta difícil reconocer las afinidades. También para el Rama de *La ciudad letrada* la escritura es un poder, y en la relevancia que otorga a esta dimensión sociopolítica de la cultura escrita aparece lo que entiendo como la mayor y más provocativa novedad de su ensayo. ¿No sabíamos acaso ya que a lo largo de siglos, durante la colonia y aun después, en nuestro subcontinente la literatura y, más en general, la escritura, constituían el núcleo de una cultura minoritaria? ¿O que en esa sociedad analfabeta y plurilingüe otra cultura circulaba oralmente o se manifestaba en la música, las artes plásticas, en la artesanía y en las comidas? Incluso quienes no éramos versados en la materia podíamos enterarnos de ello leyendo con atención esa proeza de conocimientos y concisión que es la *Historia de la cultura en la América hispánica*, de Pedro Henríquez Ureña, publicada en 1947 e incontablemente reeditada desde entonces. La perspectiva que introduce *La ciudad letrada* coloca aquellos datos bajo una nueva luz, al poner de relieve la configuración de poder en que se inscribían las dos culturas y sus respectivos portadores. El lugar eminente del grupo letrado, escribe Rama,

se debió a la paradoja de que sus miembros fueron los únicos ejercitantes en un medio desguarnecido de letras, los dueños de la escritura en una sociedad analfabeta y porque coherentemente procedieron a sacralizarla dentro de la tendencia gramatológica constituyente de la cultura europea (Rama, 1984, p. 41).

De modo que, aun cuando las realizaciones de la cultura de los dominados despertara en ocasiones la admiración e incluso la protección de quienes estaban en posesión de la cultura letrada, aquella otra no dejaba de ser una cultura dominada.

En contra del análisis marxista corriente, que concibe a las élites culturales como representantes, más o menos disimuladas, de clases

definidas en términos socio-económicos, Rama subraya, en la estela de Karl Mannheim, el margen de autonomía de los grupos intelectuales. Esas élites, observa, no deben ser consideradas como simples mandatarias de otros poderes (instituciones o clases sociales), porque se perdería de vista “su peculiar función de productores, en tanto conciencias que elaboran mensajes, y, sobre todo, su especificidad como diseñadores de modelos culturales, destinados a la conformación de ideologías públicas” (*ibid.*, p. 38). En otras palabras: ellas no sólo secundan a un poder, sino que también son dueñas de un poder.

Entiendo que bastan estas pocas indicaciones para ver la variación que *La ciudad letrada* introducía en una tradición con la que el propio Rama estaba ligado, la del americanismo. Me refiero a esa empresa intelectual de estudio y erudición destinada a rescatar y revalorizar los legados de la historia cultural hispanoamericana (el legado indígena, el colonial y el de las construcciones intelectuales y artísticas de la era independiente) y que en el siglo XX tiene sus grandes nombres en Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, Mariano Picón Salas. La vocación de la empresa no era conservadora. Se la concebía como parte de una promesa utópica, la “utopía de América”, que buscaba en el pasado no sólo valores a salvar del olvido, sino también los elementos que anunciaban o preparaban lo que debía ser su originalidad moderna. Ahora bien, dentro de esta tradición las expresiones de la escritura eran hechos civilizadores y las minorías letradas aparecían como élites salvadoras. Leamos sólo este pasaje de Henríquez Ureña:

La barbarie tuvo consigo largo tiempo la fuerza de la espada; pero el espíritu la venció, en empeño como de milagro. Por eso hombres magistrales como Sarmiento, como Alberdi, como Bello, como Hostos, son verdaderos creadores o salvadores de

pueblos, a veces más que los libertadores de la independencia (Henríquez Ureña, 1952, p. 25).

Aunque sus principios ideológicos eran otros, más radicales que los del liberalismo que había animado el pensamiento de los maestros del americanismo, la obra crítica de Rama en relación con la literatura y la cultura latinoamericanas se conecta con esa tradición. También su labor al frente de la Biblioteca Ayacucho, emprendimiento americanista por excelencia. *La ciudad letrada*, sin embargo, introduce un sacudimiento, es decir, algo más que la sola radicalización de aquella empresa (que ya tenía, por otra parte, su ala izquierda). Lamentablemente, ya no sabremos cómo hubiera continuado Rama

lo que sólo está en esbozo en el ensayo. Su muerte nos ha privado de las contribuciones que hacía esperar ese breve libro, que contiene en germen la posibilidad de una historia renovada de la cultura y las élites intelectuales en América Latina, una historia tal vez más ambivalente que la que deja entrever *La ciudad letrada*. □

Bibliografía

Henríquez Ureña, Pedro (1952), *Ensayos en busca de nuestra expresión*, Buenos Aires, Raigal.

Lévi-Strauss, Claude (1970), *Tristes trópicos*, Buenos Aires, Eudeba.

Rama, Ángel (1984), *La ciudad letrada*, Montevideo, FIAR.

Una gesta antiépica

Beatriz Colombi

Universidad de Buenos Aires

Una abundante bibliografía crítica, de la que no podría dar cuenta ni siquiera sumariamente en este contexto, se ha producido en los últimos años sobre *La ciudad letrada*. En ella se coloca en el centro de la discusión, y en términos altamente polémicos, la representación del intelectual latinoamericano postulada por Rama.¹ Este trasfondo orienta en alguna medida mi intervención, que se detiene en algunas de las elecciones de Rama, intentando des-trabar su lógica. Considero que la lectura que hace Rama está articulada sobre un modelo subyacente, donde México hace las veces de caso testigo. De esta confrontación, derivó la hipótesis de una tensión irresuelta en la obra crítica de Rama, en lo que hace a la figuración del intelectual, entre la “gesta del mestizo” y la “gesta del letrado”. Postulo, por último, que ciertas omisiones del ensayo (el letrado fuera de la “ciudad letrada”, el letrado transculturador) son resultantes de una propuesta historiográfica reticente a cualquier dirección edificante.

¹ Una importante recopilación de artículos críticos sobre la obra de Rama fue editado por Mabel Moraña en *Ángel Rama y los estudios latinoamericanos*, Pittsburgh, Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 1997. También tengo en cuenta las contribuciones de Julio Ramos, Carlos Alonso, Rolena Adorno, entre otros.

1. México como caso testigo

Si bien Foucault establece la marca teórica dominante, como ha sido ampliamente señalado, es la conjunción de este pensamiento con los planteos de José Maravall en *La cultura del Barroco*, lo que provee el eje de coordenadas donde se asienta la tesis de partida del ensayo de Rama, es decir, la ciudad letrada como emergente de la política dirigista de la ciudad barroca. De este modo, el sector letrado criollo es consecuente con los objetivos del Estado virreinal, y acaso ningún ejemplo resulta más a propósito que los arcos triunfales de Sigüenza y Góngora y Sor Juana Inés de la Cruz en Nueva España dedicados a la llegada de los virreyes de La Laguna. A mi modo de ver, para sostener sus hipótesis, Rama acude de continuo a una tradición de larga duración como la mexicana, proyectándola como *exempla* a toda América Latina. La matriz mexicana se percibe en los estudios de caso que hacen las veces de prueba de sus argumentaciones (Bernardo de Balbuena, Sor Juana, Sigüenza y Góngora, Juan José Tablada, Justo Sierra, Mariano Azuela). La constatación no sorprende, ya Henríquez Ureña había señalado el carácter compacto de esta cultura en el contexto hispanoamericano: “México es el único país en el Nuevo Mundo donde hay tradición larga, perdurable, nunca

rota”.² Sumado a esta *continuidad* —rasgo imprescindible para sustentar la cohesión del planteo—, Rama destaca la *vocación de poder* del sector letrado sosteniendo que “pocos países como México revelaron en América Latina la codicia de la participación intelectual en el poder”,³ e insistiendo, más adelante, en el papel guía de México en América Latina (*La ciudad letrada*, p. 148). De este modo, México se convierte a lo largo del ensayo en el *caso testigo* que permite transitar desde la “ciudad ordenada” del primer capítulo hasta la “ciudad revolucionaria” del último (se recordará que el libro abre con Tenochtitlán y cierra con Azuela). Tanto en México como en los países con tradiciones virreinales fuertes, como Colombia y el Perú, es “donde había encontrado sus formas plenas la concepción de la ciudad letrada” (*La ciudad letrada*, p. 175), por eso el ensayo evita la puesta a prueba en otras áreas culturales, como el Caribe o el Cono Sur, al menos en la etapa colonial. Por eso también, y llegado al período de la modernización, Rama debe dividir los modos operativos de la *La ciudad letrada* en dos polos, México y el Río de la Plata, caracterizado el primero por el elitismo del equipo letrado, y el segundo por la democratización de su clase intelectual.

Pero para ir un poco más lejos en la pregunta por la impronta mexicana, es oportuno considerar un trabajo previo a *La ciudad letrada*, “La señal de Jonás sobre el pueblo mexicano” (1980) consagrado al estudio de la conformación de la nacionalidad en la colonia. El texto contiene un argumento que quiero rescatar aquí. Éste consiste en depositar en un “grupo intersticial”, la plebe, compuesto por mestizos, indios, negros, criollos pobres, aventureros y mulatos, la capacidad de operar el “esfuerzo transculturador” que llevaría a la conforma-

ción de los valores protomexicanos, restando importancia al protagonismo usualmente atribuido al sector criollo en esta empresa. Dice Rama al respecto:

En ellos encontramos algo bastante más importante que la tan mentada criollidad. Ésta, fue la ideología con que un sector superior de la sociedad (primero invocando sus irrisorios derechos hidalgos y luego por bases económicas muy firmes) procuró desalojar o, más bien, compartir con los españoles el mando y los beneficios coloniales, manteniendo sin cambio excesivo la estructura económica y social, por lo cual se tiñó, desde el comienzo, de una irracional nota de xenofobia que delataba su insuficiencia.⁴

Es en este texto donde Rama establece la crítica al grupo de los “criollos señoriales”, responsables de una representación devaluada y despectiva del “bajo pueblo”, no obstante y paradójicamente, estos criollos se harán luego eco de la formaciones e “invenciones” propuestas por la plebe.⁵ La confrontación entre *La ciudad letrada* y “La señal de Jonás” (que opera casi como su pre-texto), permite analizar las variantes que ofrece Rama para pensar la dinámica letrada en sociedades colonizadas. Una de estas alternativas es la “gesta del mestizo”, donde ganan peso los procesos de resistencia, desarticulación, adaptación, apropiación, y transculturación, en la línea que conduce a *Transculturación narrativa en América Latina* (1982). Mientras que la segunda alternativa es “la gesta del letrado” o más propiamente, la “anti-gesta”, ya que se llega a ella a través de la estigmatización del sector criollo, que conduce a *La ciudad letrada*. En esta segunda instancia, impera el disposi-

² Pedro Henríquez Ureña, *La utopía de América*, Caracas, Ayacucho, 1978, p. 3.

³ Ángel Rama, *La ciudad letrada*, Montevideo, Fundación Internacional Ángel Rama, 1984, pág. 128.

⁴ Ángel Rama, *La crítica de la cultura en América Latina*, Caracas, Ayacucho, 1985, p. 21.

⁵ El ejemplo que introduce es paradigmático, “Alboroto y motín de los indios de México” de Carlos de Sigüenza y Góngora.

tivo disciplinario y ordenador, las jerarquías y la racionalización, la cooptación por el poder y el Estado.

2. El relato, las selecciones

La ciudad letrada propone un sistema explicativo del accionar de las capas letradas desde la colonia hasta el siglo XX, lo que constituye un arco histórico consecuente con su intención de escribir una historia de la cultura en América Latina, proyecto en el que Rama trabaja durante los últimos años de su vida.⁶ La pregunta que puede formularse en este punto es cómo integrar los diferentes relatos que obedecen a regímenes diferenciados. Así, en la “Autonomía literaria americana”,⁷ el relato historiográfico obedece a una pauta de gradual conquista de una expresión autónoma por parte del sector, en una narración de tipo progresivo y optimista (casi deudora del utopismo de Pedro Henríquez Ureña), según la cual Andrés Bello prepara el camino a los modernistas. *La ciudad letrada* también se aparta del relato tipo “síntesis superadora”, como la propuesta para el conflicto entre región y modernización en *Transculturación narrativa en América Latina*. Otros gestos de selección se hacen evidentes a lo largo del ensayo. Como la concepción territorializante de la cultura que soslaya el extramuro, en particular, la ausencia de una articulación entre la ciudad letrada y los letrados fuera de la ciudad, es decir, la dinámica entre exilio, extranjería, migración y “ciudad le-

trada”. Martí y Blanco Fombona, objeto de sus investigaciones desde esta perspectiva en otros contextos, son los únicos casos aludidos con cierto detenimiento. No obstante, el tema ocupó a Rama —él mismo un intelectual desplazado— en su artículo “La riesgosa navegación del escritor exiliado”,⁸ que podría ser pensado como un capítulo complementario, y al mismo tiempo polémico respecto del planteo fuertemente territorial de la *La ciudad letrada*.

Podríamos preguntarnos ¿dónde ha quedado el intelectual transculturador, dónde la “gesta del mestizo”, dónde la “riesgosa navegación” del extraterritorial? Enfrentado a la tradición redentorista de los intelectuales y de su historiografía, a la habitual sacralización del escritor en nuestra cultura, Rama elude en *La ciudad letrada* cualquier elemento épico —la escritura como “gesta” o “riesgo”— para establecer una narración despojada de ejemplaridad. Aun a riesgo de confrontarse con sus propias formulaciones en este campo. La idea me lleva a una cita de Real de Azúa en su prólogo a la edición de *Ariel*, donde dice: “Ariel condensaba con suma destreza la imagen más benévola, más ennoblecida que el ethos prospectivo de la intelligentsia juvenil latinoamericana y española podían tener de sí mismos”.⁹ Si *Ariel* es un espejo donde se refleja, admira y autogestiona la intelectualidad de América Latina en el 900, *La ciudad letrada* es un espejo roto o convexo donde la imagen impide cualquier identificación autocomplaciente. □

⁶ En 1982 obtiene la beca Guggenheim para la elaboración de una Historia de la cultura latinoamericana (1810-1900).

⁷ Prólogo de *Clásicos Hispanoamericanos, Volumen 1*, Barcelona, Siglo XIX-Círculo de Lectores, 1983.

⁸ Publicado en *Nueva sociedad*, N° 35, 1978. Rama cuestiona las fronteras jerárquicas establecidas entre migración y exilio y sostiene que la movilidad del equipo intelectual ha permitido la “percepción del conjunto” en América Latina.

⁹ Carlos Real de Azúa, Prólogo a *Ariel*, Caracas, Ayacucho, 1976, p. xx.

La provocación de La ciudad letrada

Álvaro Fernández Bravo

Universidad de San Andrés / CONICET

La ciudad letrada fue un libro leído con cierta lentitud, y sometido a una extendida recepción crítica desde su publicación póstuma en 1984 por Ediciones del Norte de Hanover, New Hampshire, Estados Unidos. Sólo once años más tarde, en 1995, llegaría la primera edición latinoamericana publicada en Montevideo por ediciones Arca. Debido a las condiciones de publicación (ninguna de las dos editoriales permitió una distribución masiva), pero quizás no sólo a ello, su circulación tuvo lugar principalmente en la academia norteamericana durante el apogeo y ocaso del latinoamericanismo y los estudios de área.¹

Una de las críticas más frecuentes al libro cuestiona el binarismo y la homogeneidad de la categoría de letrado –políticamente incorrecta– que atraviesa el argumento. Según esta objeción, el letrado latinoamericano resulta una construcción plana y monolítica que la misma publicación y circulación del ensayo entre América Latina y los Estados Unidos vendría a desmentir. Situado en una tradición que incluye a Pedro Henríquez Ureña y a Antonio Cornejo Polar en ambos extremos –intelectua-

les migrantes y visitantes frecuentes de la academia norteamericana–, Rama construye un sujeto para su argumento que si bien es regional (y allí fuerza las analogías entre contextos latinoamericanos desiguales entre sí), resulta inscripto en una representación esencialista, reificadora y homogeneizante del letrado. De este modo, no desarrolla antagonistas o alternativas para esa figura consagrada como hegemónica y sin contrincantes, algo tosca, sin matices ni variaciones. Rama incluye pocos ejemplos de letradas mujeres. No menciona, por ejemplo, el poema de Sor Juana Inés de la Cruz donde son criticados justamente los *letrados* acusadores, ni habla de letrados de origen indígena o mestizo, como el Inca Garcilaso de la Vega, ni se detiene en otros letrados y letradas coloniales que hablaron desde posiciones más ambivalentes, híbridas, y que escribieron menos sumisos al poder que los ejemplos analizados en el libro.² El letrado latinoamericano sería, así, menos uniforme –tanto entre pares como con respecto al mundo que lo rodea– de lo que el libro reconoce, impugnan los críticos.

¹ Román de la Campa señala que hasta el año 1999 eran escasos los ecos de *La ciudad letrada* en el campo crítico latinoamericanista norteamericano: apenas seis artículos sobre el libro, donde convivían la celebración con la crítica. Véase *Latin Americanism*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1999, p. 122.

² La influencia del libro de Claudio Véliz, *The centralist tradition of Latin America* es explícita y ayuda a comprender una visión desconfiada de los intelectuales, que opone el centralismo autoritario latinoamericano, del cual los letrados serían un engranaje fundamental, a la propuesta apertura liberal anglosajona.

El libro tuvo un *timing* poco feliz: se publicó inconcluso poco antes de la explosión del subalternismo, la crítica feminista, los estudios queer y, como la gran mayoría de los estudios latinoamericanos pensados desde la región (aunque no resulta fácil asignar una locación geográfica a la enunciación), ignora los debates sobre la raza al privilegiar la figura de un actor masculino, blanco o mimetizado con la minoría blanca, europeizante y miembro de la élite. Las lecturas críticas del ensayo durante los años de 1990 abrevan en la doctrina de la diversidad y la minoría para atacar su categoría central: el intelectual latinoamericano.

La imagen del letrado formulada por Rama no deja de resultar paradójica, ya que en tanto contribución al latinoamericanismo y por su circulación, *La ciudad letrada* como libro se sitúa en un espacio internacional, intermedio, es producto de los sucesivos exilios de su autor e incluso su expulsión de los Estados Unidos refuerza una idea donde la analogía letrado = ciudad/nación podría ser menos rígida que lo sugerido en el ensayo. Es decir, existe una tensión entre la construcción del letrado como sujeto de la élite, de espaldas a la ciudad real, y la tradición donde el mismo Rama se inserta, menos dura, estable y arraigada. La genealogía de Martí, Darío, Sarmiento, Sílvio Romero y Vasconcelos es nómada y en conflicto con la cultura oficial y dominante; en sus mejores momentos observa la ciudad desde fuera de ella o en una posición marginal y opositora (el mejor Sarmiento y el mejor Martí son los que escriben desde el exilio y enfrentados con los regímenes políticos dominantes en sus países). Por esa razón, *La ciudad letrada* fue leído como un texto homogeneizante, cerrado, que apela a un concepto de letrado casi inmutable, acusado incluso de deshistorizar y negar variaciones a la figura del letrado,³ que conserva

durante casi todo su derrotero los mismos rasgos recurrentes que Rama le atribuye, marcados por el pasado colonial, rasgos jerárquicos, elitistas y alejados de la ciudad real.

Creo sin embargo que para hacer justicia a su argumento habría que leer *La ciudad letrada* no como un libro sino como un manuscrito inconcluso. Román de la Campa lo describe como un ensayo en el doble sentido de la palabra: una prueba (en el sentido de una prueba de imprenta) y una práctica previa a la representación teatral. Es bastante obvio que los primeros tres capítulos están mejor armados (y son también más provocativos) que los últimos tres, donde se observan algunos errores. Quisiera entonces pensar la condición incompleta y ‘en progreso’ como uno de los rasgos que lo definen y lo convierten en un libro fructífero: por sus intersticios ingresaron quienes discutieron sus hipótesis, señalaron disensos y abrieron un diálogo crítico que permite entender la presencia iterativa del libro en el horizonte de los estudios literarios latinoamericanos, aun a más de veinte años de su publicación.⁴ La desacralización de la escritura (su demonización, como dice Alonso), percibida como *locus* privilegiado del poder, resultó una provocación que anticipó hasta cierto punto el itinerario del campo en las décadas siguientes.

Las críticas podrían agruparse del siguiente modo: en primer lugar, aquellos que impugnaron la construcción homogénea de la ciudad letrada, cuyas grietas internas, voces opositoras y heteronomía resultan aplanadas en el en-

Hispánicos, mayo de 1994, pp. 283-291, originalmente presentado en el congreso de la Modern Language Association, Toronto, 1993.

⁴ Véanse por ejemplo el libro editado por Mabel Moraña, *Ángel Rama y los estudios latinoamericanos*, Pittsburgh, Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 1997, y el número de *Estudios: revista de investigaciones literarias y culturales*, N° 22-23 consagrado a Ángel Rama editado por Alicia Ríos, Caracas, Departamento de Lengua y Literatura, Universidad Simón Bolívar, 2003-2004.

³ Carlos Alonso, “Rama y sus retoños: Figuring the nineteenth century in Spanish America”, *Revista de Estudios*

sayo. Dentro de este grupo de críticas se aloja una desconfianza hacia el modelo circular-inmanente (la teoría de los anillos concéntricos) que asigna una posición central, radial e invariable al letrado latinoamericano. En segundo lugar, los que denuncian la hegemonía de la letra impresa sobre otros discursos disidentes no letrados (escritos mestizos, indígenas, iconografía, cultura visual y oral, arrabales de la ciudad letrada, mujeres). Esta crítica proviene de una posición que tuvo auge en los años noventa, que desconfiaba de la literatura en tanto instrumento del poder y proponía otros géneros paraliterarios (testimonio, crónica, ensayo, no ficción, artes visuales) como una ampliación y mutación radical del objeto tradicional de la crítica literaria. La literatura fue objeto de sospecha durante el fulgor de los estudios culturales y en este sentido Rama puede ser considerado un precursor involuntario por las respuestas que su libro despertó. Por último, están aquellas críticas que desconfían del presupuesto de la autonomía literaria asociada con la profesionalización que tuvo lugar, según Rama, durante la modernización finisecular (capítulo IV). Volveré sobre esta perspectiva luego, pero anticipo que como en muchos momentos del ensayo, resulta difícil identificar una posición nítida de Rama sobre esta cuestión; la condición inconclusa del texto permite inferir matices rudimentarios y el problema de la autonomía opera más como un campo de reflexión sobre la relación literatura-política –y por ello mismo sería productivo en las numerosas contestaciones que generó– que como una declaración sobre el problema.

A diferencia de *Transculturación narrativa en América latina*, mucho más citado y discutido por la crítica tanto en América Latina como fuera de ella –a pesar de los supuestos de reconciliación racial que subyacen en su argumento–, *La ciudad letrada* tuvo una fortuna lenta pero persistente, y gran parte de las críticas que se le formularon son un terreno donde se puede reconocer el estado de la crítica en

cada momento.⁵ Es por eso quizá y por los ‘huecos’ productivos habilitados en el texto, que el ensayo continúa convocando lecturas que lo discuten y buscan corregirlo o producir un suplemento. Es decir, mi hipótesis es que muchas de las preguntas por objetos no tratados y aspectos metodológicos cuestionados se encuentran ya respondidas (aunque no desplegadas) en el libro; el ensayo invita a sus lectores a polemizar con él e instala una agenda que no ha sido abandonada por completo. Si el libro hubiera sido publicado algunos años después –especulo– seguramente muchas de las ideas en él contenidas, pero no desarrolladas, habrían anticipado las críticas que luego se le formularon.

Me gustaría detenerme en tres críticas representativas de estos tres disensos: la crítica colonial (Rolena Adorno; objeto), la lectura poscolonial –el impacto del subalternismo o los márgenes frente al centro privilegiado en el libro– (John Beverley; hegemonía de la letra) y el problema de la autonomía –la relación literatura-política (Julio Ramos)–.

En el año 1987 Rolena Adorno publicó uno de los primeros artículos que leyó *La ciudad letrada* a partir de su temprano interés en la literatura colonial.⁶ El campo de la literatura colonial estaba entonces recibiendo un fuerte impulso, a partir de la obra de la propia Adorno y de Walter Mignolo. En ese artículo, Adorno, además de celebrar la atención por el objeto –lo que indica la sintonía de Rama ante un campo emergente– puntualizaba algunas precisiones desde la posición de alguien con pericia en el área. El trabajo de Adorno sobre la obra del cronista indígena Guaman Poma de Ayala le impedía suscribir ciertas afirmaciones del crítico

⁵ Vale recordar la publicación de *Transculturación narrativa en América latina* por Siglo XXI de México en 1982; luego fue reeditado por la Fundación Ángel Rama de Montevideo.

⁶ Rolena Adorno, “La ciudad letrada y los estudios coloniales”, *Hispanamérica*, Año XVI, N° 48, diciembre de 1987.

uruguayo que atribuían un poder incontestado, absoluto a la élite letrada en el mundo colonial. Como lo señalaría luego John Beverley, numerosos textos indígenas y mestizos que contestaban la hegemonía letrada desde los bordes de la ciudad habían sido ignorados en el ensayo. Adorno trabajó en su propia investigación no sólo con el texto escrito –la crónica de Guaman Poma– sino también con la iconografía y los textos indígenas situados en el exterior del ejido urbano, que desafiaban el canon letrado y quedaban fuera del interés (o del conocimiento) de Rama. La objeción de Adorno puede reconocerse en esta cita:

Al enfocar la relación entre la ciudad letrada y los marginados por ella, sería fácil concentrarse en la relación antagonista y dejar de lado las diferencias inherentes de las fuerzas de oposición. Sabemos, sin embargo, que la concordia y unanimidad ideológicas no caracterizaban ni la esfera de la sociedad dominante, ni la de la dominada. Por el contrario, el concepto de ciudad letrada se refiere a un conjunto de prácticas y de mentalidades que no formaban un solo discurso ideológico, sino que eran polivocales (p. 4).

El cuestionamiento apunta sobre todo al binarismo monolítico que recorre el ensayo. Sin duda, lo que Adorno extrae de Rama no es tan evidente en el libro. Subraya la necesidad de leer una polifonía de la que *La ciudad letrada* no da cuenta y explorar no sólo la oposición entre la ciudad y el mundo exterior, sino la fractura interior, los restos no urbanos, semiletrados, que convivían y dialogaban con la escritura urbana. Al enfocarse casi exclusivamente en la clase letrada, que todavía en la década de 1980 conservaba un prestigio declinante como objeto de análisis, Rama desatiende a los indígenas (como el mismo Guaman Poma), las voces impuras –las lenguas menores que, paradójicamente, había leído en su libro anterior, *Transculturación narrativa*, aunque como ma-

teria manipulada por la cultura alta, integrándola en un orden superior. En síntesis, *La ciudad letrada* ratifica un canon que en ese momento comenzaba a ser sometido a una desconstrucción sistemática. Aunque Rama se refirió a la diglosia (p. 43) como un rasgo definitorio de la ciudad letrada, así como atendió brevemente a la cultura oral, el graffiti, la literatura gauchesca, el tango y el corrido mexicano –todos productos de la cultura popular no elitista– estas referencias tienden a confirmar las fronteras entre la ciudad y el mundo exterior sin reconocer grietas en el interior de la muralla divisoria y terminan por negar fuerza a la disidencia crítica (p. 79). El orden letrado siempre acaba por imponerse. El ejemplo de Guaman Poma queda entonces fuera de la matriz crítica construida en el libro.

La lectura de John Beverley, aunque titula un capítulo de su libro “Transculturation and subalternity: The ‘Lettered City’ and the Túpac Amaru rebellion”, considera *La ciudad letrada* como una crítica del concepto de transculturación, mucho más problemático que el libro que nos concierne.⁷ En rigor, Beverley reconoce que *La ciudad letrada* pone de manifiesto el carácter elitista de la cultura impresa y lee el libro como una crítica del mucho más equívoco y teleológico –“optimista”– *Transculturación narrativa*. Si la teoría de la transculturación suponía una fusión superadora y modernizante, *La ciudad letrada*, sólo dos años después, rechaza la síntesis y proclama la persistencia de una división irreconciliable. En cierto sentido, Beverley se muestra más incómodo con la teoría de la transculturación que con las ideas de *La ciudad letrada*, porque entiende que para demoler el canon primero es preciso construirlo. En este sentido, encuentra que Rama, como Candido, identifica en su libro la cultura impresa con la cultura de la élite,

⁷ John Beverley, *Subalternity and representation: Arguments in cultural theory*, Durham, Duke UP, 1999.

cosa que él mismo había comprobado en Nicaragua. Es decir, Beverley rescata críticamente el libro a partir de su negatividad. Esa visión pesimista de la letra urbana, aunque insuficientemente desarrollada debido a su carácter interrumpido, permite reconocer cierta decepción embrionaria ante la todavía floreciente producción cultural urbana, a la que, no obstante, critica y consagra, al no acompañarla de otras manifestaciones culturales no letradas y no urbanas capaces de desafiar su poder.

Por último, una breve reflexión sobre el problema de la autonomía. Mucho se ha escrito sobre esta cuestión en América Latina pero creo que el argumento de Rama ocupa un lugar fundador y problemático a la vez. Julio Ramos parece dialogar en forma continua con *La ciudad letrada* en *Desencuentros de la modernidad en América latina*. Allí marca disensos, discute la falta de matices, cuestiona los linajes demasiado gruesos (Sarmiento y Rodó) y propone recorridos alternativos. A pesar de sus impugnaciones, el diálogo con Rama resulta un disparador indispensable. El centro de su diferencia parece ubicarse en el problema de la repolitización y en el impacto de la autonomía sobre el lugar del letrado como hombre público, posición que el escritor nunca termina de abandonar. En contraste con Rama, el crítico puertorriqueño ve el escenario de creciente marginación asociado con el mercado e identifica también una posición ambivalente frente a la autonomía, que resulta en Martí perseguida y rechazada al mismo tiempo, deseada y temida, fundamentalmente por la pérdida de poder que conlleva, y por el peligro de despolitización que entraña. Así, el surgimiento de nuevas oportunidades profesionales no apacigua la avidez de intervención pública, tan sólo cambian los recursos y efectos de esa intervención. La poesía convive con el periódico

y la emergencia de un mercado laboral indica un nuevo estadio de la relación entre mundo intelectual y mundo político. Pero también aquí Rama, a pesar de lo sinuoso de su argumento, se anticipa al plantear una crítica del mismo tenor al concepto de literatura pura de Henríquez Ureña (cap. V). No obstante, el desinterés de *La ciudad letrada* por la marginalidad interna o externa, por la barbarie, y su vindicación del ingreso de las clases medias en la ciudad como prueba de la apertura demuestran los límites de su proyecto intelectual.

La fragmentación y la heterogeneidad, en contraste con la recurrencia y unidad del letrado de *La ciudad letrada*, marcan un disenso que sin embargo resulta insuficiente para negar la deuda de Ramos con *La ciudad letrada*. Una deuda que proviene, como en los casos anteriores, más del desvío que de la sucesión. La idea de la cultura latinoamericana como totalidad contradictoria que Antonio Cornejo Polar enunciaría algunos años más tarde, y que Rama evita pero que sin embargo también se insinúa en su ensayo, es la última estación de la provocación polémica que el libro despertó en tanto estudio de la corporación letrada y su complicidad con el privilegio. Acaso la degradación incontenible de las condiciones de vida urbana, la irrupción de la violencia y la marginalidad en su seno, tal como las reconoció Sarmiento en el siglo pasado, y como las vemos representadas hoy en el cine y en la literatura, habiliten una nueva instigación para continuar interrogando la relación entre la cultura y sus bordes. Esos bordes acaso demasiado impermeables y duros en la visión de Rama, que se encuentran dentro de la ciudad y también fuera de ella, o incluso en sus fronteras internas, aquellas que alojan lo que resiste a ser asimilado por seducción de la letra escrita y la desafía, irreductible, desde adentro de sí misma. □

Reproches y anhelos del antiintelectualismo

Flavia Fiorucci e Inés Rojkind

Universidad Nacional de Quilmes

La ciudad letrada abreva en uno de los tópicos más invocados por el antiintelectualismo: la connivencia del intelectual con el poder. Pero como intentaremos mostrar en esta breve intervención, este argumento no se propone anular el protagonismo intelectual, sino por el contrario reafirmarlo. Según Rama, en sus múltiples metamorfosis históricas, el letrado ha asumido en América Latina la impugnable tarea de servir y a la vez reproducir el poder. Actividad que se arroga por la posesión de un monopolio y su simultánea sacralización: la de la letra en medio de una sociedad analfabeta. Es así como aquellos que deberían ser agentes de cambio –los intelectuales– aparecen asociados con la tradición en una región asolada por perennes desigualdades. La letra y sus ejecutantes tienen además la concomitante función de asfixiar la heterogeneidad cultural. Lo otro, lo híbrido, lo subalterno, lo rural –lo “oral” en la terminología del uruguayo– queda por lo tanto encorsetado en los moldes diseñados por una élite culta, que es por antonomasia urbana. El antiintelectualismo de Rama se funda en la creencia en la omnipotencia transformadora de la letra: el intelectual es capaz de “arrasar” con todo aquello que se oponga a su hegemonía.

Rama observa los “abusivos privilegios” del letrado como una constante tanto histórica como regional, tesis que se sostiene en la laxa

definición de letrado que el autor invoca (p. 62). El letrado es –en un axioma rayano en lo tautológico– el “ejercitante de la letra” (p. 37). La ciudad letrada está compuesta entonces por una “pléyade” de actores que tenían tan sólo como única peculiaridad común una destreza: la de “manejar la pluma” (p. 32). No es sino el carácter poco específico, binario y de endeble historicidad intrínseco a esta definición de letrado el que permite a Rama proponer una inalterable relación entre el poder y el intelectual. A lo largo de los años, las décadas e incluso los siglos, hay un rasgo que caracteriza a la *ciudad letrada* de Rama: su capacidad de reconstituirse, sabiendo aprovechar “en su propio beneficio” las condiciones creadas por los cambios sociales que se van sucediendo (p. 64). Esa habilidad para permanecer a través del tiempo y las transformaciones se funda, ante todo, en la tendencia que (aun cuando se presente en algunos casos recubierta de espíritu crítico) lleva a los letrados a “ponerse al servicio” de los poderosos de turno (p. 65). Así sea en las revoluciones de la independencia a comienzos del siglo XIX o en ocasión de la Reforma Universitaria, más de cien años después, el modelo de comportamiento desplegado por los intelectuales se reproduce “con escasas variantes” (p. 63). Impulsados por la frustración que generaba la insuficiencia de espacios, los nuevos grupos sociales en ascenso

(criollos en 1810, jóvenes de clases medias en 1918) aspiraban a realizar una “sustitución de equipos” (p. 65), es decir, a ocupar ellos también, una vez desplazados los antiguos monopolizadores de cargos y profesiones, un “sitial junto al poder” (p. 126).

Al igual que ocurre con otras características distintivas de la *ciudad letrada*, los orígenes de ese paradigma –como lo denomina Rama– pueden remontarse a la época de la colonia, pero es en el contexto de las revoluciones independentistas cuando cristalizan de modo definitivo los contornos de una conducta letrada signada por el afán de infiltrarse en el poder. Y es también entonces que se patentizan las consecuencias que tal modelo acarrea y que habrán de reiterarse de ahí en más, acompañando las mutaciones experimentadas por las sociedades latinoamericanas en el siguiente siglo y medio. Indefectiblemente, las expectativas y los afanes de los intelectuales terminan por convertirse en un obstáculo que inhibe el pleno desenvolvimiento de las potencialidades más radicales (democratizadoras e igualitarias) contenidas en los procesos de cambio social.

La perspectiva de Rama se articula alrededor de una postulada continuidad que requiere ser sometida a revisión. Tal como demuestra Julio Ramos, la relación ambigua que a lo largo del siglo XIX y hasta entrado el siguiente mantuvieron las letras con la política es algo que debe ser explicado e historizado. No se trata sólo y siempre de la preeminencia de los vínculos con el poder. Así caracterizada, la figura del letrado pierde densidad analítica y si bien tiene el mérito innegable de subrayar un aspecto específico del campo literario en América Latina (como lo es, en términos de Ramos, la imposibilidad de su completa autonomización de la política), dificulta la comprensión de las razones que, en cada momento, produjeron tal imposibilidad, así como de los alcances que tuvo en las diversas épocas. La relación entre intelectuales, poder y política no se mantuvo

inalterable. El escritor moderno del novecientos no puede ser equiparado, desde esa perspectiva, con el letrado de las décadas que siguieron a la independencia. El lugar que uno y otro ocupaban respecto del Estado y de la élite dirigente era diferente, como lo eran también –por eso mismo– el significado, la función social y las vías de legitimación que poseían las letras y la literatura.¹

La figura del letrado propuesta por Rama no sólo carece de espesor histórico, sino que se funda en una oposición artificial: lo oral y lo escrito. La “ciudad letrada” ejerce según este autor una suprema hegemonía que termina por desintegrar “las culturas rurales” (vehículos de lo oral) con sus “pautas educativas” (p. 71). El letrado sólo parte al encuentro de ese mundo (el de la oralidad) cuando, animado por intereses “científicos”, se aboca a “recoger [sus vestigios] en el momento de su desaparición” y “celebra mediante su escritura su responso final” (p. 71). Incorporación y aniquilación son las caras de un mismo proceso –el de construir la nación– que adolece en la lectura de Rama de tensiones y/o resistencias. Unos y otros están dotados en esta oposición binaria de una homogeneidad que sorprende. Si lo escrito se propone y consigue con eficacia dismantelar lo oral, la oralidad se somete pasivamente al sometimiento del imperio de la letra. La immaculada impermeabilidad y hegemonía de la letra que Rama nos propone borra las especificidades de la modernización latinoamericana, donde lo “otro” se cuele y pervive aún en la potencia rectificadora del proyecto civilizatorio.

El antiintelectualismo de Rama no es esencialista, no es hostil a la vida espiritual o a la figura del intelectual *per se*. Tampoco es el producto de una figura marginal dentro del campo en busca de reconocimiento. Las diatribas de

¹ Julio Ramos, *Divergent modernities culture and politics in nineteenth century Latin America*, Durham, Duke University Press, 2001, pp. 58-62.

Rama contra los cultos se entienden mejor como corolario de una desilusión coyuntural. *La ciudad letrada* es un libro en el que, pese a su frágil historicidad, la marca temporal no está ausente. Por el contrario, el texto –como advierte Gonzalo Aguilar– remite a la presencia de un contexto de enunciación: el de la crisis de la democracia latinoamericana.² La década de 1970, signada por los golpes autoritarios, desmintió el voluntarismo planificador del (hasta el entonces vigente) ideal desarrollista. La realidad cuestionaba la ideología del progreso, la idea de modernidad misma, y hacía ineludible interrogarse sobre la responsabilidad de quienes habían colaborado para construir y/o legitimar ese orden social deseable. Para Rama no había dudas: el triunfo de la ciudad letrada había significado el *necesario* fracaso de todo proyecto en verdad revolucionario. ¿Cómo salir de las coartadas inventadas por los letrados? ¿Cómo construir una praxis intelectual capaz

de superar las trampas impuestas por el imperio de la letra? El trabajo de Rama va perdiendo en especificidad y ganando en abstracción en sus páginas finales, por lo que es difícil encontrar una respuesta taxativa a este interrogante. Si es factible vaticinar que al intelectual cómplice lo sucederá el intelectual revolucionario, como de hecho asume Rama, ello únicamente ocurrirá una vez que sean invertidas las lealtades de *La ciudad letrada*. Liberado de sus ataduras con el poder, el nuevo intelectual deberá elaborar “modelos de discursos pero para la participación de las mayorías y no para su sujeción”.³ En un obvio corolario, los reproches antiintelectuales contienen un programa para los cultos: aquello que la letra había estrujado (lo oral) debía ahora, a través de la misma letra, ser rescatado. Vemos que el recorrido de Rama se cierra finalmente reafirmando el rol prominente del letrado, sin cuya intervención no hay transformación social posible. □

² Gonzalo Aguilar, “Ángel Rama y Antonio Candido: salidas del modernismo”, en Raúl Antelo (ed.), *Cándido y los Estudios Latinoamericanos*, Pittsburgh, Universidad de Pittsburgh, 2001, pp. 69-94.

³ Pablo Rocca, “Notas sobre el diálogo intelectual Rama/Candido”, en Antelo (ed.), *Cándido...*, op. cit., p. 61.

El árbol y el bosque: La ciudad letrada y su concepto de poder

Florencia Garramuño

Universidad de San Andrés / CONICET

Uno de los problemas de *La ciudad letrada* de Ángel Rama podría ser planteado a partir de la antigua disputa entre los estudios textualistas y los estudios más sociológicos de la literatura. Una atención más detenida al texto mismo –podría proponer este planteo dicotómico–, al tipo de construcción y de legitimidad que los letrados construyeron en sus textos, podría haber hecho que *La ciudad letrada* no perdiera la especificidad de las propias prácticas de los intelectuales en una concepción demasiado homogeneizadora sobre el lugar de los mismos en distintos momentos de la historia latinoamericana, ni desconociera la actividad de algunos letrados que funcionaron por afuera de esa fortaleza de poder que fue la ciudad letrada. Sin dudas, algo de eso hay, y quizás el mayor éxito de lectura que tuvo *La transculturación narrativa de América latina* se deba, no tanto a la formulación de un concepto teórico que tendría múltiples usos –aunque también críticas– para el análisis de las culturas latinoamericanas, porque de hecho también el concepto teórico de los letrados y de la ciudad letrada ingresó en múltiples formulaciones, sino al análisis detenido y productivo, exhaustivo y no meramente fragmentario, de algunos textos fundamentales del canon latinoamericanista.

Esa vieja disputa, sin embargo, parece un poco pobre para apreciar tanto las ventajas

como las virtudes del texto de Rama. Y quizás hasta habría que proponer que fue la misma *La ciudad letrada* uno de los textos fundamentales que formó parte de la gran masa de textos de crítica literaria latinoamericanista que puso, junto con otros, bajo una luz de sospecha esa polaridad. Porque la elaboración del concepto de ciudad letrada le permite a Rama insertar los textos –es cierto que demasiado pocos, y es cierto que desde una visión, por momentos, un tanto generalizadora– en una trama cultural más amplia que los explica y a la que ellos mismos explican y a su vez problematizan: *El periquillo sarniento* de Fernández Lizardi o *Primero Sueño* de Sor Juana ingresan en su texto como receptáculos y catalizadores de conflictos que son culturales antes que textuales, y que encuentran en esos escritos no sólo el sitio de su manifestación –su archivo–, sino también un espacio productivo de ideologías y de transformaciones. Y la gran ventaja que esta perspectiva trae para el análisis cultural es que permite distanciarse de las autopercepciones producidas por los propios intelectuales: de allí, también, el fuerte anti-intelectualismo de la mirada de Rama.

Entiendo por lo tanto que esa vieja disputa entre textualistas y sociológicos, por un lado, ha sido exitosamente resuelta en algunos ensayos de crítica literaria que con magistral equilibrio han logrado iluminar zonas de la cultura

latinoamericana hasta entonces en sombra gracias al análisis de textos y poemas desde una perspectiva hasta cierto punto similar –si tomamos en cuenta sólo esa pretensión de insertar el texto en una trama cultural– a la pretensión culturalista de Rama. Y, además, que resuelve en una dicotomía metodológica algo que sin embargo no es del orden de la metodología –que se analice más, o menos, el texto– sino de los principios teóricos en los que ese método se sustenta.

La por momentos excesiva homogeneización de experiencias y textos disímiles y su desconocimiento de las diferencias que atraviesan esas culturas y se rebelan frente al principio homogeneizador no deriva en *La ciudad letrada* tanto de que analiza muy a vuelo de pájaro los textos de esos intelectuales cuyas posiciones sociales quieren verse reflejadas en sus textos, sino de una concepción del poder, y de la relación entre intelectuales y poder, por momentos demasiado rígida y estática.

Es precisamente esa relación entre intelectuales y poder la que Rama se propone estudiar –siguiendo en esto una larga tradición de análisis de los intelectuales, impulsada sin duda por el concepto mismo de intelectual como un concepto claramente ligado con el poder y la política desde sus primeras formulaciones–. Esa delimitación de su estudio se manifiesta, en primera instancia, en su definición del concepto de ciudad letrada. Dice Rama, en su ya clásica definición:

En el centro de toda ciudad, según diversos grados que alcanzaban su plenitud en las ciudades virreinales, hubo una ciudad letrada que componía el anillo protector del poder y el ejecutor de sus órdenes.¹

¹ Ángel Rama, *La ciudad letrada*, Hanover, Ediciones del Norte, 1984, p. 25.

No sólo en esa formulación la relación con el poder es definitiva, sino que sobre todo es ella misma definida: se trata de una relación entre intelectuales y poder en el que éstos se definen como protectores y ejecutores de las órdenes del poder. No se trata de una relación simplista y determinista, sin embargo: Rama complejiza un poco la cuestión y propone una relación más fluida entre intelectuales y poder, proponiéndose investigar también los circuitos y las instituciones de poder que los mismos intelectuales crearon e imaginaron.² La concentración en esa relación pauta, también, la estructuración de los capítulos del libro y se convierte así en el que podría denominarse el principio historizador de *La ciudad letrada*: de la ciudad escrituraria a la ciudad revolucionada, lo que se persigue es la forma en la que va manifestándose de maneras diferentes esa relación entre intelectuales y poder, y el poder de los intelectuales. En todos estos casos, Rama privilegia lugares positivos del poder –la participación de los letrados en el Estado, la universidad, las instituciones educativas– por sobre otras formas de circulación del poder de las ideas, más dispersivas y tal vez menos perceptibles a primera vista.

Desde esta concepción teórica del poder, uno de los problemas que surgen del texto de Rama si se lo piensa como una historia de los intelectuales no es simplemente que se centra en el lugar social del intelectual o letrado con respecto al poder, desconociendo ciertas estrategias textuales que, en determinados momentos, y a pesar de la participación de esos letrados en esas estructuras positivas del poder, podrían

² Cf. *La ciudad letrada*, *op. cit.*, p. 30: “Con demasiada frecuencia en los análisis marxistas, se ha visto a los intelectuales como meros ejecutantes de los mandatos de las Instituciones (cuando no de las clases) que los emplean, perdiendo de vista su peculiar función de productores, en tanto conciencias que elaboran mensajes, y, sobre todo, su especificidad como diseñadores de modelos culturales, destinados a la conformación de ideologías públicas”.

llegar a minar ese poder. No es sólo que intelectuales asociados con el Estado pudieron a pesar de sus acciones estatales negociar en sus textos operaciones que podrían haber ido en contra de ese poder, sino sobre todo que desde esta concepción teórica se desconoce el poder de ciertas ideas producidas por intelectuales –o escritores, o artistas– al margen del Estado y de sus instituciones; ideas que sin embargo adquirieron un poder muy fuerte en las culturas de sus épocas, quizás no tanto visibles en sí mismas en el momento mismo de su gestación, pero sí en la incidencia que éstas tuvieron en otros intelectuales y artistas o en la definición de un clima cultural e ideológico. Dos ejemplos más o menos contemporáneos: la importancia de Macedonio Fernández y sus ideas para las elaboraciones posteriores de Borges y de la vanguardia argentina de los años 1920, y la genial cristalización de un modernismo antimodernista en Lima Barreto, que se manifestó, también, más allá de él mismo y que supo condensar, además, toda una larga tradición de crítica a la modernidad que formó parte importante de la cul-

tura brasileña moderna desde por lo menos fines del siglo XIX.³ El gran riesgo, entonces, es perder de vista cómo el poder –estatal o cultural– se construye también a partir de esas otras posiciones e ideas marginales, y perder de vista el funcionamiento a menudo dispersivo y fragmentado de las ideas y del poder.

Esa limitación, sin duda de grandes consecuencias en el texto de Rama, no debe ser confundida con una limitación metodológica; percibir mejor sus orígenes teóricos puede llegar a ser importante en el momento de pensar una historia de los intelectuales latinoamericanos, no sólo para reflexionar sobre qué otras zonas deben ser incorporadas, sino también para poder recuperar el legado de Rama de una manera productiva. □

³ Uno de los clásicos de la cultura latinoamericana –citado por el propio Rama–, *Os Sertões* de Euclides Da Cunha, condensa de forma luminosa esta autocrítica reflexiva de la propia modernidad a algunos de sus principios fundadores.

Desdoblamientos especulares

Alejandra Mailhe

Universidad Nacional de La Plata / CONICET

¿En qué medida *La ciudad letrada* de Ángel Rama desarrolla una perspectiva excesivamente reproductivista del papel de la élite letrada? ¿Qué espacio queda entonces, en ese texto, para explicar las prácticas letradas que resisten, alteran y/o anulan la hegemonía? Y por último, ¿cómo interpretar las contradicciones de la propia escritura de Rama, que ensaya hipótesis diversas (cuando no opuestas) en dos textos –como *La ciudad letrada* y *Transculturación narrativa en América Latina*–,¹ producidos en el mismo período? Nuestras notas indagan en torno de estos interrogantes, buscando iluminar algunas tensiones teóricas.

Es evidente que una hipótesis central en *La ciudad letrada* consiste en sostener que los letrados juegan un papel imprescindible en la reproducción del orden social y político, forjando un espacio cultural que acompaña y refuerza el poder de la clase dirigente. Para Rama, la élite letrada latinoamericana desarrolla una relación doble, de dependencia pero también de reproducción respecto del poder. Ese vínculo, que se origina en la conquista y se consolida en la colonia, se mantiene a lo largo de la historia del continente.

El grafo- y el urbanocentrismo constituirían los trazos centrales de esa praxis reproductiva.

La ciudad letrada –que se autorrepresenta como una suerte de clase sacerdotal consagrada al dominio de los signos–² se reproduce a sí misma y juega un papel central en la reproducción del poder, en la medida en que, ejerciendo papeles políticos y culturales funcionales a las clases dirigentes, interviene en la articulación de diversos discursos y prácticas de teatralización de la dominación.

En especial, Rama sostiene que en América Latina los letrados son funcionales al poder desde la fundación de las primeras ciudades, donde el diseño de los planos urbanos en damero permite concretar el deseo de un orden, espacializando “plenamente” la rígida jerarquía social. Rama advierte que el letrado juega un papel clave no sólo en la posesión del territorio o en la fundación de ciudades, sino también en la dominación de los actores subalternos, gracias a la ventaja que le otorga el dominio de la palabra escrita en una sociedad sesgada por el analfabetismo. La concreción de utopías urbanas fundadas en el racionalismo clásico –ya más difícilmente realizables en las ciudades europeas–, y la disposición de territorios enteros o de grandes masas sociales por el poder perlocucionario de la escritura, permitiría a los

¹ Véase Ángel Rama, *Transculturación narrativa en América Latina*, México, Siglo XXI, 1987.

² Para Rama, en ese carácter “sacerdotal” del grupo letrado resuenan tanto el origen eclesiástico del mismo como la autoidentificación con el supuesto desinterés material.

letrados concebir el continente americano como un espacio utópico privilegiado donde el orden teórico de los signos o el de la ideología podrían imponerse sobre la realidad material. Aunque esa fantasía es exacerbada por el pensamiento barroco, Rama sugiere que persiste como un fuerte trazo de la mentalidad de las élites intelectuales a lo largo de la historia de América Latina. En este sentido, Rama concibe implícitamente al letrado barroco como un modelo paradigmático que lleva al límite el idealismo típico del elitismo letrado. Y explorando críticamente las raíces de ese idealismo, Rama descubre sutilmente un origen posible (en el Absolutismo monárquico y en la ideología barroca) para las conceptualizaciones recurrentes de América Latina como el territorio por antonomasia en el que se plasma la fantasía elitista de una suerte de omnipotencia de los signos.

Ahora bien, además de señalar críticamente la confianza letrada en el poder de lo simbólico como instrumento de dominación, Rama no deja de ser él mismo un letrado culturalista inscribiéndose así en esa tradición de pensamiento letrado, al confirmar la eficacia de la creencia en el poder de los signos. Lejos de ser una contradicción teórica, creemos que esta situación permite entender las torsiones que ensaya *La ciudad letrada* para no caer en una simplificación del proceso complejo de dominación cultural. Meditando implícitamente sobre el papel de la ideología en la construcción social de la realidad, contra lo que postularía una perspectiva marxista más mecánica, Rama critica el modo en que lo simbólico ha formado parte de la ideología hegemónica, pero al mismo tiempo no deja de reconocer el modo específico (y la eficacia) con que lo simbólico interviene moldeando lo real, en una relación de interdeterminación. Así, la crítica a la ciudad letrada rompe con el contenido elitista pero no con esa suerte de “fe barroca” en el poder de los signos. Y en este punto *La ciudad letrada* se distancia sutilmente del ensayo previo de José Luis Romero —y base del de Rama—,

Latinoamérica: las ciudades y las ideas,³ pues aquí Romero problematiza menos la relación entre base material e ideología, dejando entrever, en sus ejemplos extraídos del campo de la cultura, hasta qué punto presupone una relación de determinación más transparente y unidireccional de la primera sobre la segunda.

En *La ciudad letrada* ese juego de legitimación recíproca entre poder político y ciudad letrada (y entre centro metropolitano y periferia colonial) recorta por contraste una exterioridad extremadamente polarizada: la de los sectores populares urbanos y rurales, poseedores de culturas populares predominantemente orales y —tanto que dominadas— marcadas por altos niveles de fragmentación y heterogeneidad.

En este aspecto Rama vuelve a mostrarse atento a las mediaciones que hacen a la especificidad de la dominación cultural, pues desde su perspectiva esa fractura social se refracta de manera particular en el orden del lenguaje, a través de la diglosia que contrapone una lengua culta escrita y basada en la norma peninsular, frente a las muy diversas oralidades populares, sesgadas por la mezcla, la fragmentación y la inestabilidad típicas de las manifestaciones devaluadas. En el abordaje de esta cuestión reaparece la tensión irresuelta, ya señalada, entre continuidad y ruptura del elitismo letrado: por una parte, Rama advierte que por siglos la pertenencia a la clase dirigente se mide tanto por la posesión de bienes materiales como por el manejo de la lengua peninsular (índice relevante del prestigio de la alta cultura europea), y que la ciudad letrada asume una actitud purista y defensiva frente a las amenazas de contaminación cultural de la plebe urbana y de las poblaciones rurales, espejando así en el orden lingüístico las estrategias de exclusión que consolidan el dispositivo de control social. Sin embargo, Rama también admite que ya en la colonia emerge,

³ Véase José Luis Romero, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas* [1976], Buenos Aires, Siglo XXI, 2004.

entre los letrados hispanoamericanos, una voluntad creciente de diferenciación cultural respecto de la metrópoli, obligando a que éstos ejerzan una clara función de mediación cultural, incluyendo materiales populares en el discurso dirigido a las élites. Esta incipiente apertura “americanista” preanuncia el modelo moderno del intelectual transculturado tal como lo concibe el propio Rama en *Transculturación narrativa en América Latina*, e implica el reconocimiento del modo en que ciertas producciones barrocas (como las de Juana Inés de la Cruz o Sigüenza y Góngora), y posteriormente románticas (como las de José de Alencar en sus ficciones indianistas) inician una tibia desjerarquización lingüística y cultural. Rama también percibe esa lenta democratización de lo simbólico en la primera mitad del siglo XIX, a partir de la emergencia de una narrativa destinada al público popular (bajo el modelo paradigmático de Fernández de Lizardi) o a través de los proyectos de reforma de las lenguas americanas (como en los casos de Simón Rodríguez, Domingo F. Sarmiento o José de Alencar). Es evidente que en estas propuestas —que buscan suturar las fracturas entre escritura europea y oralidades populares/americanas— radican para Rama los gérmenes de las operaciones transculturadoras “desde arriba” que explora él mismo en *Transculturación narrativa...* Pero el ensayista no explicita en *La ciudad letrada* ese linaje, que habría llevado a reconocer en qué medida la reproductividad supone el ejercicio de una libertad creativa capaz de suscitar también la disidencia o incluso la contrahegemonía.⁴ Si Rama confirma el peso de lo simbólico sobre el orden material, ¿por qué subestima la desestabilización ideológico-política de los pro-

yectos lingüísticos que desjerarquizan los polos diglósicos, buscando romper con el elitismo político y cultural? En ese sentido, *La ciudad letrada* vuelve a caer en la trampa de una crítica ideológica de la ideología.

También frente a la modernización de fines del siglo XIX Rama asume una perspectiva escéptica, pues subraya que la ampliación de la ciudad letrada y su incipiente autonomización sufren el contrapeso de los nuevos lazos de dependencia respecto del poder. Así, por ejemplo, si la creación de las diversas academias de la lengua en entresiglos constituye un nuevo repliegue de la ciudad letrada ante renovadas amenazas de contaminación cultural, incluso la Reforma Universitaria es pensada como una mera renovación generacional más que como una transformación profunda de las pautas que rigen el elitismo letrado.

Esas irresoluciones teóricas del ensayo se agudizan en los capítulos finales, tanto por el inacabamiento del texto como por la presión de las historias personal y colectiva más recientes, elementos que parecen incidir en la mayor dificultad del ensayo para explicar las aporías que atraviesan los populismos políticos y culturales en las últimas décadas abordadas por el texto (las de 1960 y 1970).

Frente a la perspectiva continuista asumida por *La ciudad letrada*, en *Las máscaras democráticas del modernismo* Rama concebía la modernización de entresiglos como una instancia capaz de quebrar en parte el elitismo letrado, modificando las reglas del campo cultural para democratizarlo.⁵ En *Transculturación narrativa...* sugiere incluso que las obras posteriores de José María Arguedas, José Carlos Mariátegui, Mário de Andrade o Guimarães Rosa (a su vez inspirados en la hibridez extrema de las culturas coloniales) devienen verdaderos “puntos de llegada” que retoman,

⁴ Ese vínculo ha sido explicitado luego con detalle por otros críticos contemporáneos. Véase por ejemplo la “Introducción” de Jorge Schwartz a *Las vanguardias latinoamericanas. Textos programáticos y críticos* [1991], México, FCE, 2002.

⁵ Véase Ángel Rama, *Las máscaras democráticas del Modernismo*, Montevideo, Arca, 1986.

ahondan y resuelven algunos de los proyectos sincretizadores ensayados por los letrados disidentes del siglo XIX. Como se sabe, en este último texto Rama sistematiza y expande el concepto de “transculturación” heredado del *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar* de Fernando Ortiz, aplicándolo ya no al contenido de prácticas y discursos gestados a la sombra de la colonización cultural, sino a ciertos procedimientos formales por medio de los cuales esa transculturación se tematiza en las obras de arte culto. Así, considerando varias obras producidas por intelectuales latinoamericanos de vanguardia, Rama teoriza sobre el modo en que las estructuras narrativas, las cosmovisiones, las concepciones del tiempo y del espacio, los registros lingüísticos y los sujetos de enunciación —entre otros elementos— aparecen sesgados por la transculturación. Así, por ejemplo, para Rama las ficciones transculturadas no sólo recuperan sustratos míticos latentes, sino que también reconstruyen los mecanismos mentales generadores del pensamiento mítico. En la lengua, en la estructura literaria y en la cosmovisión, los productos que en general resultan de esos contactos culturales no pueden asimilarse ni a las creaciones urbanas anteriores ni al regionalismo, al tiempo que absorben largos procesos previos de mestizaje cultural. En este sentido, las producciones del siglo XIX que intentan abrirse incipientemente a la transculturación funcionan aquí como anticipaciones de las síntesis rupturistas operadas luego por la vanguardia.

Sin desconocer las críticas que pueden efectuarse a *Transculturación narrativa...*, y especialmente la torsión conceptual a la que es sometida la noción de “transculturación”,⁶

⁶ De hecho, uno de los aspectos más cuestionados en este ensayo se refiere al modo en que Rama tiende a reducir la heterogeneidad de las culturas latinoamericanas a un solo sistema literario culto, olvidando los sistemas que se sitúan al margen de la modernización. En esta dirección, pueden hacerse varias observaciones críticas al modo en que recrea el concepto orticiano de “transculturación”.

mientras en este texto Rama subraya la ruptura ideológica de los textos transculturados, en *La ciudad letrada*, aunque percibe algunas instancias de quiebre que jaquean desde adentro el elitismo letrado, obtura la concepción de una teleología conducente a su superación. En este ensayo los apartamientos o los atentados contra la norma euro- y grafocéntrica irrumpen como estallidos esporádicos, continuamente neutralizados por el restablecimiento del orden hegemónico.

En la elaboración de esta perspectiva negativamente continuista tal vez juegue un papel importante la combinación de las variables letrada y urbana puestas en juego al definir su noción de “ciudad letrada”. En este sentido, sin poner en cuestión la naturaleza eminentemente urbana del letrado, puede pensarse que Rama potencia el etnocentrismo intelectual al destacar también su urbanocentrismo, detectando la debilidad de perspectivas letradas y urbanas no urbanocéntricas, en contraste con otras tradiciones culturales, como el trascendentalismo norteamericano (que él mismo cita en *La ciudad letrada*) o la síntesis integradora entre interior y ciudad en las obras de los escritores transculturados abordados en *Transculturación narrativa...* (en este sentido, tal vez la lectura de *Latinoamérica: las ciudades y las ideas* de José Luis Romero deje huellas profundas en la escritura de Rama, más allá de las citas del ensayo argentino o incluso de la recuperación de algunas de sus principales hipótesis, pues también Romero reconoce la conti-

Así por ejemplo, Cornejo Polar cuestiona la extensión exagerada del término en la teoría de Rama, al extrapolar al campo de la alta cultura el concepto originalmente pensado para dar cuenta de las respuestas producidas “desde abajo” frente a la dominación cultural, lo que conduciría a reducirlo a una mera variación de la categoría de “mestizaje”. Véase Antonio Cornejo Polar, “Mestizaje e hibridez: los riesgos de las metáforas”, *Humanitas*, Año XXI, N° 27, Facultad de Filosofía y Letras, UNT, 1995.

nidad histórica de la contraposición entre ciudad e interior, que deviene en la cristalización de dos ideologías opuestas plasmadas en la dicotomía “civilización” vs. “barbarie”).

Si en *La ciudad letrada* Rama focaliza el vínculo del mundo letrado con el poder, observa con poco detalle la especificidad de las producciones culturales, ya que no se detiene en el análisis en profundidad de la ideología contenida en los textos citados. Aunque sin caer en una reducción de los discursos a meros reflejos de la estructura –lo que sería imposible dada la aguda perspectiva crítica de este autor–, el ensayo no resuelve una cuestión central que se sitúa en un punto de clivaje entre la historia de las ideas y la historia intelectual: el problema de cómo articular productivamente un análisis de la praxis de los letrados en los campos cultural y político con un análisis de los propios textos, respetando la especificidad de esos objetos culturales para que, sin desconocer las mediaciones que intervienen entre los órdenes extra- e intratextual, ambos se iluminen recíprocamente.

Frente al enfoque ideológico-político de *La ciudad letrada*, en *Transculturación narra-*

tiva... Rama sí enfatiza el análisis de los contenidos estéticos e ideológicos implícitos en un corpus específico de textos; frente a la *longue durée* postulada en *La ciudad letrada* (que acarrea el riesgo evidente de cristalizar ciertas categorías conceptuales –como la de “letrado”–, volviéndolas transhistóricas), aquí la diacronía es acotada a la tensión entre regionalismo y vanguardia en la primera mitad del siglo XX.

Al definir una historia de la “ciudad letrada” (que para Rama es también necesariamente una historia del vínculo problemático de la élite letrada con los sectores populares y sus culturas “heréticas”), Rama enfrenta la dificultad teórica de explicar la tensión entre reproducción y puesta en crisis del orden del poder. El problema no es resuelto, pero la solución precaria que parece adoptar, conscientemente o no, consiste en separar los movimientos antitéticos en dos escrituras polarizadas que se espejan y repelen recíprocamente. Desde ese punto de vista, *La ciudad letrada* es ilegible sin la complementariedad conflictiva de *Transculturación narrativa*..., aunque ese desdoblamiento especular cuestione los límites de la unidad de la obra. □

Las letras del poder: apogeo y catástrofe

Jorge E. Myers

Universidad Nacional de Quilmes / CONICET

Había escrito que una ciudad sucede a otra
pero hallé demasiadas para mi memoria.

Antonio José Ponte

Precisar los nítidos contornos del contenido de un libro inconcluso es siempre ardua y dubitativa tarea. Sobre todo cuando los años han sido inclementes con los valores, creencias y esperanzas ideológicas que lo animaban y le imprimían un sentido. *La ciudad letrada*, ese magnífico libro de Ángel Rama que, como *El espejo de Próspero* de Richard Morse, definió un momento muy específico de la reflexión académica acerca del lugar de los intelectuales en América Latina, de su relación con las vísceras constitutivas de sus sociedades y de los modos en que el poder las configuraba y reconfiguraba, ha envejecido mal. Libro incompleto debido a la prematura muerte de su autor, es también un libro cuyos argumentos centrales han sido erosionados por la tormenta incesante de la historia. Conviene por ello hacer el esfuerzo por recuperar el sentido que tuvo en el momento de su aparición, y analizar ese sentido a la luz de nuestra propia situación contemporánea.

La metáfora central de la ciudad, habitada por resonancias de profundo impacto simbólico desde la antigüedad clásica en adelante –ya que la *civitas* de los romanos, como la

polis de los griegos, encarnaba el orden formado por los *civi*, los *polites*, los ciudadanos– opera a través de sucesivas modulaciones ideológicas como el hilo conductor de este ensayo –de cuyas páginas no estuvieron ausentes ni los ecos de Said, Clifford Geertz o Williams ni los dispositivos teóricos, tanto más centrales para la estructuración del argumento de Rama, elaborados por Michel Foucault–. Siguiendo la pista señalada por este último autor, Rama, en el comienzo de su libro, resumía el núcleo central de su propuesta:

Las ciudades, las sociedades que las habitarán, los letrados que las explicarán, se fundan y desarrollan en el mismo tiempo en que el signo “deja de ser una figura del mundo, deja de estar ligado por los lazos sólidos y secretos de la semejanza o de la afinidad a lo que marca”, empieza “a significar dentro del interior del conocimiento” y “de él tomará su certidumbre o probabilidad”.

Los letrados, presentes en el ámbito colonial desde el inicio de la Conquista, constituían el sector social formado por quienes se habían especializado en el empleo y la interpretación

de ese nuevo universo formado por el signo, y habría sido por ello que, convertidos en los artífices de los esquemas mediante los cuales el poder se legitimaba y la sociedad se representaba a sí misma, una de las marcas estructurales profundas en la historia latinoamericana debió haber sido, según Rama, aquella de la relación íntima, simbiótica, entre el poder político y los intelectuales, es decir, los especialistas de la palabra. La indagación de Rama buscaba develar los modos –visibles e invisibles– mediante los cuales la palabra, la escritura, la representación simbólica de una sociedad, conformaba, moldeaba y reconfiguraba el orden en las naciones latinoamericanas: “La palabra clave de todo este sistema es la palabra *orden*, ambigua en español como un Dios Jano (el/la) [...]”.

Ambicioso en cuanto a su voluntad de generalización, el hecho de haber quedado este libro sin terminar en 1984 implica que los señalamientos de sesgos, de matices, que el énfasis sobre las diferencias particulares que le imprimen una identidad diferenciada a cada región y a cada época histórica, necesariamente han debido permanecer en estado de croquis. Si la idea central que lo animaba era la de explorar la relación entre las élites letradas y la estructuración del poder –social, político, económico, pero sobre todo simbólico– en América Latina, la versión final que ha quedado enfatiza más los elementos de continuidad histórica que los de ruptura, por más que el esfuerzo por tipificar períodos y figuras específicas de intelectuales permanezca como una de las marcas más notables de este tan sugerente escrito. El aspecto más contundente del argumento –y también, qué duda cabe, el más problemático– es el señalamiento hecho por Rama de los efectos de *longue durée* que habría generado la arquetípica relación entre el letrado y los representantes de la Corona (española o portuguesa) en las Américas. Ciertos cambios importantes son señalados, sin embargo, a lo largo del texto: ellos, para decirlo

en términos muy abreviados, habrían servido para impulsar el tránsito del letrado al servicio del poder político –estuviera éste representado por virreyes o caudillos– al letrado portador de un pensamiento crítico –aquéllos de un siglo XX marcado por esfuerzos de reforma y de revolución–. En evidente diálogo tanto con los aportes de Richard Morse cuanto con *Latinoamérica, las ciudades y las ideas* de José Luis Romero, Rama retomaría en la sección más importante de su libro (los capítulos cuarto y quinto) ciertos núcleos temáticos que habían contribuido a delinear su interpretación del modernismo literario –quizás la zona más rica y decisiva de su vasta y ecléctica producción como crítico literario, razón por la cual es aconsejable completar la lectura de este capítulo con la de su prólogo a la edición Biblioteca Ayacucho de Rubén Darío–: la relación entre la modernización impulsada por las reformas liberales que marcaron la segunda mitad del siglo XIX, la urbanización veloz a que ellas dieron lugar, y la emergencia de los sectores medios en aquellas sociedades antes escindidas en apenas dos mitades –las élites letradas y las masas analfabetas–, por un lado; y, por otro lado, el modo en que ese panorama de crecientes transformaciones socioculturales había subtendido la simultánea emergencia, en las principales naciones de la región, de una literatura propiamente tal y de un pensamiento crítico. Es aquí donde se percibe el mayor esfuerzo por dotar de espesor histórico a su descripción de “la ciudad letrada” y, sobre todo, a la figura arquetípica del letrado.

Trunco el último capítulo del libro, se intuye de todos modos que el análisis crítico de la relación entre los intelectuales y los caudillos revolucionarios –esbozado a partir de la célebre novela de Mariano Azuela– estaba habitada por la sombra de la Revolución Cubana y la compleja y también crítica relación que Rama había llegado a tener con ella. Lamentablemente, la ausencia de los restantes capítulos no nos permite aseverar cuál habría sido

en efecto el curso de su argumento acerca de la posterior evolución de la ciudad letrada, ni cuál era su análisis de la situación contemporánea de la misma. Otros escritos ofrecen, sin embargo, alguna intuición acerca de la dirección que tomaba su reflexión: en un texto escrito una década antes, “Rodolfo Walsh: la narrativa en el conflicto de las culturas”, por ejemplo, Rama había indicado de un modo finamente matizado cuáles eran los riesgos en que incurría un escritor de la “cultura dominante” que ponía su pluma al servicio de la “cultura dominada”, empleando por momentos un lenguaje que sugería que se asistía en la Argentina a una nueva modalidad de la *trahison des clercs*. En ese texto, donde son los riesgos políticos del momento los que aparecen subrayados, así como en otros, donde aparece en cambio una clara conciencia de la erosión a que estaba siendo sometida la “ciudad letrada” por la expansión irrefrenable de los nuevos medios de comunicación, puede apreciarse que uno de los posibles capítulos finales de este ensayo de tan incompleta arquitectura haya estado referido a la crisis de la ciudad letrada en la época contemporánea. Es difícil imaginar que una reflexión de esa naturaleza haya estado ausente en un libro escrito por quien, algunos años antes, había firmado la siguiente observación, en referencia a los escritores del llamado “Boom literario”:

El estruendo público conquistado por los narradores [...] los ha neutralizado y desfigurado, y aquí debe verse la acción disolvente del “medio” informativo que cumple con sus propios proyectos y no se coloca al servicio del mensaje específico del escritor: toma de él los elementos que sirven a su tarea, elementos fragmentarios con los cuales construye un discurso diferente, adecuado a sus propios fines, y por lo tanto tritura lo original del mensaje del escritor. [...] El escepticismo y el solipsismo borgiano se adecuan como un guante a estas tendencias disolventes. No intentan luchar

contra ellas y simplemente nadan en sus aguas. Los escritores que ven sus peligros pero que, forzosamente, deben manejarse con estos poderosos intermediarios, sufren de desgarramientos y tratan de desarrollar vías paralelas por las cuales salvar valores permanentes. En todo caso, nunca me han parecido más solos los narradores latinoamericanos que en esta hora de vastas audiencias. Pertenecen a todos, pero no pertenecen a nadie.

Nuestra situación contemporánea, en este sombrío y desencantado 2006, este *Trauerspiel* marcado por regresiones, estancamientos y el colapso progresivo de horizontes de futuro, ofrece un panorama aun más desolador que aquel que llegó a conocer el eximio crítico uruguayo: la ciudad letrada ya no existe, ni en América latina ni en cualquier otra parte del mundo. Sus antiguas funciones, sus tareas de legitimación y representación, han sido asumidas por la ciudad mediática, la ciudad imágica. La imagen —en este momento culminante de un arco temporal que comienza con la invención del primer medio de reproducción mecánico, el daguerrotipo— ha anulado la palabra. Los letrados —que somos los únicos que podemos entablar un diálogo con un texto como el de Rama— aún existimos, pero hemos sido condenados a habitar en las sombras de la nueva sociedad que esta última y más radical fase de la modernidad ha cincelado. El vínculo necesario entre los expertos del signo y los expertos del dominio ha sido roto de distintas maneras: no sólo vivimos en una sociedad dominada por la proliferación exuberante de los medios de comunicación masivos, sino que también habitamos una cultura marcada por aquello que Andreas Huyssen ha llamado, en un texto bello y perspicaz, la hipertrofia del discurso de la memoria, y en naciones cuyo vínculo con el pasado, el presente y el futuro se ha vuelto progresivamente desterritorializado como resultado de los procesos de globalización cultural de tan incierta consecuen-

cia futura. Es por ello que un ensayo como el de Rama, cuya crítica al rol ejercido por los intelectuales en la historia de América Latina no puede inscribirse bajo ningún punto de vista en la estela de los discursos “anti-intelectuales” de tan abundante proliferación en países como los de ambas riberas del Plata, puede parecer ahora quizás demasiado unilateral en su señalamiento de las funciones del intelectual en el ejercicio de la dominación, dejando de lado quizás también de un modo excesivo aquellas otras funciones que también le incumbieron a lo largo de la historia, como las de guardián y adaptador de los valores del pasado, cuyo transporte hacia el presente y el futuro le correspondía. Esta impresión, probablemente inevitable para las lecturas actuales, no debería sin embargo obturar el hecho de que la noción misma de “ciudad letrada”, tal cual ella fue desarrollada por Rama en su libro homónimo, constituye una importante pista teórica para el análisis histórico del pa-

sado cultural latinoamericano. Más aun, ya ha demostrado su profunda utilidad heurística en múltiples ocasiones, como en *La fortaleza docta*, notable reinterpretación de la cultura colonial mexicana, de Magdalena Chocano Mena. Finalmente, para concluir una apreciación sombría con una nota más optimista, la riesgosa navegación de Ángel Rama a través de las sucesivas encarnaciones de la ciudad letrada constituye un lúcido ejemplo para quienes deseamos desentrañar las nuevas y siempre más complejas urdimbres que definen la actividad letrada en nuestra propia época. Si toda interpretación es, en algún sentido, una navegación riesgosa y que además, para ser sostenible, debería poner en juego la vida de quien la desarrolla, podemos concluir con la cita virgiliana que tanta resonancia no sólo en su obra, sino también en su vida, tuvo: si deseamos alcanzar la “incierto ribera” del sevillano poeta de las *Soledades*, *vivere non necesse, navigare necesse*. □

Intelectuales en América Latina

Mariano Ben Plotkin*

IDES / CONICET / Universidad Nacional de Tres de Febrero

La noción de intelectual, polisémica y de fronteras siempre difusas, ha probado ser una categoría particularmente compleja para el análisis histórico. Un dato que agrega una dificultad adicional a esta complejidad es el hecho de que el intelectual es a la vez objeto y sujeto del análisis. Norberto Bobbio señala algo que parece una obviedad pero que está lejos de serlo: son los intelectuales los que hablan de intelectuales y, por lo tanto, el propio concepto de intelectual sería a la vez, en términos que son caros a los antropólogos, una “categoría nativa” y una “categoría analítica”. Cabría entonces preguntarse si la obsesión que algunos intelectuales han mostrado recientemente por otros intelectuales del pasado o del presente no tiene algo de ejercicio narcisista y de autolegitimación.

En América Latina los intelectuales o, más en general, las élites culturales han ocupado un lugar central en el proceso de conformación de las naciones. Pero mientras hace sólo algunas décadas, muy pocos intelectuales latinoamericanos pertenecientes a esa franja que podría caracterizarse como “de izquierda,” o más en general como progresista, se hubieran sentido orgullosos de ser identificados como tales (otros sujetos sociales en los que la

Historia había depositado el destino de la Revolución, sin duda tenían una reputación mayor), más recientemente el intelectual latinoamericano ha adquirido un prestigio –al menos entre ellos mismos– inesperado años atrás.

¿Cómo pensar los vínculos entre intelectuales y ciudades en América Latina? Estas últimas son a la vez construcción y condición de posibilidad para la labor de los primeros. Hace poco más de un cuarto de siglo se publicaba *La ciudad letrada* de Ángel Rama, un texto donde esta problemática era planteada en toda su riqueza. *La ciudad letrada*, junto con el libro de José Luis Romero, *Latinoamérica, las ciudades y las ideas*, editado sólo unos pocos años antes, han inspirado a una generación de historiadores y críticos latinoamericanos que han tomado la ciudad, a los intelectuales y las ideas como centros de su atención. Se trata, sin embargo, de textos muy diferentes y las diferencias no se limitan a las dimensiones de ambas obras: menos de doscientas páginas el libro de Rama, casi cuatrocientas en el libro de Romero. Los títulos mismos de los dos libros y una rápida mirada a sus índices de contenido nos dan una idea de la distancia que separa a ambos proyectos. Mientras Romero se propone analizar “las ciudades” y “las ideas” en plural, Rama prefiere centrar su atención en “la ciudad letrada” en singular. La mirada de Romero se posa sobre un do-

* Agradezco los comentarios de Sylvia Safta a estas notas.

ble objeto que es a la vez múltiple –se trata de las ciudades “y” las ideas y ambas multiplicadas en el desarrollo histórico de América Latina–; Rama, por su parte, construye un objeto único: la ciudad letrada, idéntica a sí misma e inserta en una temporalidad de *longue durée* que se mueve de manera asincrónica respecto de la temporalidad plenamente histórica de la “ciudad real”. Por otro lado, la preocupación de Rama está menos centrada en las ideas en sí que en el lugar ocupado por quienes las generan y difunden, es decir, por los intelectuales, y en el *locus* simbólico en el que desenvuelven sus vínculos con el poder: precisamente lo que Rama llama la “ciudad letrada.”

El texto de Rama comienza con un párrafo que condensa bien los problemas que serán desarrollados a lo largo del libro, entendiéndose aquí la palabra “problema” en su doble acepción: como núcleo central de la cuestión a tratar y como aspecto problemático o no resuelto del todo. Entre la remodelación de Tenochtitlán y la construcción de Brasilia, Rama encuentra una continuidad: la ciudad ha sido en América Latina un “parto de la inteligencia”, “el sueño de un orden” que encarnó, en este continente, mejor que en ninguna otra parte del mundo. Esta hipótesis inicial que será desarrollada a lo largo del texto, y que en realidad es más un *a priori* ordenador que una verdadera hipótesis verificable por medio de la evidencia empírica, ofrece una rica cantera de preguntas y programas de investigación; sin embargo, y al mismo tiempo, pone en evidencia los elementos más discutibles del proyecto de Rama: ¿cómo insertar en la historia esa entidad casi a-histórica o, mejor dicho, transhistórica que se mantiene idéntica a sí misma desde México hasta el Brasil y desde el siglo XVI hasta el XX? Si la ciudad encarna un sueño, ¿se trata del sueño de quién? La historia que nos cuenta Rama es, en buena medida, una historia sin agencia y casi sin temporalidad (o con una temporalidad problemática), es decir, casi

sin historia: “La *ciudad letrada* quiere ser fija e intemporal como los signos, en oposición constante a la *ciudad real* que sólo existe en la historia y se pliega a las transformaciones de la sociedad”.¹ Los sujetos de esta historia no terminan de delinarse con precisión, y la ciudad letrada parecería cobrar autonomía respecto de los letrados que la ocupan o que quieren ocuparla. Estos últimos también conforman un sujeto ubicado casi por fuera de la historia; como señala Julio Ramos, “para Rama, aun el escritor de fin de siglo [XIX] continuaba siendo un *letrado*, y en este sentido (gramsciano), un intelectual *orgánico* del poder”.² El intelectual de Rama legitima y está cerca del poder, poder real durante la colonia, poder caudillista luego de la independencia y finalmente poder político en sentido moderno (es decir vinculado con los partidos políticos). Cambian los personajes pero no la naturaleza de los espacios que ocupan, y es por eso que los capítulos de libro están ordenados (salvo los primeros) de una manera que sólo de forma muy difusa se corresponde con una cronología.

Sin embargo, a medida que nosotros (y Rama) nos acercamos al presente, la historia (y las categorías necesarias para explicarla) se complejiza. Aparecen sujetos nuevos y los límites entre la “ciudad real” y la de los signos se vuelve más difusa. Es por eso que Rama cambia el registro de su análisis, y es por eso que se anuncia en el texto un cambio en el ángulo de aproximación: el autor nos informa que pasará de la “historia social” a la “historia familiar” (p. 114). Pero el cambio de registro no se agota ahí. A medida que el presente se va haciendo presente, la velocidad de los hechos parece ir acelerándose al tiempo que el contexto va tomando preeminencia sobre “los sig-

¹ Ángel Rama, *La ciudad letrada*, Montevideo, FICAR, 1984, p. 63

² Julio Ramos, *Divergent modernities. Culture and politics in nineteenth-century Latin America*, Durham, Duke University Press, 2001, p. 59.

nos” que definían a la ciudad letrada. Y así las continuidades –que el autor postula más que demuestra– se tornan más difíciles de sostener en los capítulos finales, donde encontramos a los letrados enfrentando la competencia desestructurante de jerarquías de los “literatos” más especializados, y con la aun más desestructurante de los nuevos sectores emergentes que comenzaban a encontrar en la universidad (cabe aclarar, apenas tratada por Rama) una vía de ascenso social. En esta nueva situación el intelectual ya no es solamente el intelectual orgánico; aparece el intelectual crítico, es decir, aquellos que desde (¿afuera?) de la ciudad letrada critican el poder en vez de servirlo.

Llegado a este punto, es hora de preguntarse por la productividad de un análisis de los intelectuales que, como el que lleva a cabo Rama, centra su atención en las continuidades más que en los cambios. ¿Cómo caracterizar a este sujeto resistente a las definiciones? Si el intelectual es aquel que ocupa un lugar particular en la sociedad –una zona de producción y sobre todo de difusión de ideas y símbolos–, notamos que se trata de un sujeto esencialmente histórico, y no sólo porque la identidad de aquellos que ocupan este espacio va cambiando, sino porque la manera en que se conceptualiza este espacio mismo también es producto de la evolución histórica. Y no me estoy refiriendo solamente a los siempre complicados vínculos entre intelectuales y poder –que desde luego se han desarrollado de manera muy diferente, por ejemplo, en países tan cercanos como el Brasil y la Argentina, y aun en la Argentina misma de manera bien diversa antes y después de 1945–, sino a aquellos elementos más específicos que constituyen el campo intelectual: los mecanismos de legitimación y consagración, las formas de definición de “insiders y outsiders” (en términos de Norbert Elias), las maneras y los vehículos concretos de intervención, y la posición frente a otros poderes no necesariamente políticos, tales como el mercado.

Es claro que el hecho de que todos los que participamos en el seminario que dio origen a estas notas ganemos nuestro sustento (al menos parcialmente) trabajando en esas instituciones que en América Latina han estado profundamente imbricadas en el tejido urbano, las universidades, o como investigadores del CONICET (o ambas cosas a la vez), no parece ser un dato menor entre los elementos que han definido el lugar del intelectual en las últimas décadas. Incluso aquellos géneros de intervención de intelectuales que parecerían ser más inmunes a los cambios ocurridos dentro del campo, tales como el llamado “ensayo de interpretación”, muestran claramente que esta inmunidad no es tal. Si ya en los años 1960, Arturo Jauretche se posicionaba frente a las nuevas ciencias sociales desde una actitud de desdén, al mismo tiempo se sentía forzado a mostrar a cada paso que el conocimiento que tenía acerca del objeto de su desprecio distaba mucho de ser sumario. Más recientemente, basta ojear cualquier “ensayo de interpretación” publicado en los últimos años en América Latina para encontrar una profusión de citas de autores nacionales y extranjeros ya consagrados cuyos aportes teóricos contribuyen a legitimar la argumentación del ensayo en cuestión, citas que sólo en contadas ocasiones se encontraban presentes en ensayos de generaciones anteriores (y el elaborado aparato crítico con el que Gilberto Freyre se vio tempranamente forzado a engrosar las sucesivas ediciones de su *Casa grande e senzala* sólo parecería corroborar lo que estoy diciendo). Parece evidente que resulta difícil entender el lugar cambiante del intelectual en las sociedades sin hacer referencia, por un lado, a la evolución del marco institucional en el que le toca actuar, y por otro, a la dimensión material (por llamarla de alguna manera) de sus intervenciones: libros, revistas, medios masivos.

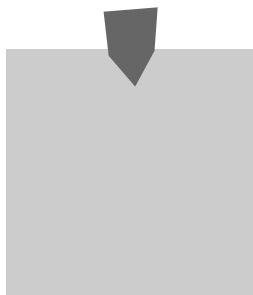
Asimismo, la diferenciación y la relativa autonomización (y enfatizo lo de relativa particularmente para el caso latinoamericano) que

se produjo dentro del campo intelectual a partir de las últimas décadas del siglo XIX ha dado lugar al surgimiento de un nuevo tipo de intelectual vinculado con el poder, que, de alguna manera, ha venido a reemplazar en esa posición a los letrados a los que, por otro lado, se les parece bastante poco. Si una de las características que identifican al intelectual es su capacidad de intervenir en cuestiones generales de la sociedad, legitimando esa intervención en la posesión de ciertos saberes o en la ocupación de una posición determinada en el mundo de los saberes,³ cualquier argentino (o

³ Véase, por ejemplo, Pascal Ory y Jean-François Sirinelli, *Les intellectuels en France, de l'affaire Dreyfus à nos jours*, París, Armand Colin, 1992, pp. 8-10.

brasileño, o mexicano) ha sido testigo de las consecuencias que sobre la vida cotidiana han tenido las intervenciones de un nuevo tipo de intelectuales (usualmente no reconocidos como tales aunque también intervienen en la cosa pública legitimados por sus saberes o sus posiciones dentro del mundo de los saberes) que forman parte de esa también difusa constelación conocida como “expertos”. Diferenciación y especificidad creciente en los discursos, universidades renovadas, saberes técnicos, medios masivos de difusión, todos ellos han generado a lo largo del último siglo (o incluso un poco más) nuevas formas de legitimación y han redefinido el lugar de los intelectuales y de las ideas, transformando la “ciudad letrada” hasta tornarla casi irreconocible. □

Lecturas



Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 10 / 2006

El historicismo como idea y como lenguaje

Elías J. Palti

Universidad Nacional de Quilmes / CONICET

Acerca de Jeffrey Andrew Barash, *Politiques de l'histoire. L'historicisme comme promesse et comme mythe*, París, PUF, 2004, 256 páginas

La emergencia del historicismo, se afirma, abrió una brecha en el pensamiento occidental que se prolonga hasta el presente, y que delimita dos horizontes conceptuales incompatibles entre sí. A una visión de tipo atomista, que concibe las sociedades como integradas por individuos originariamente libres, autónomos e iguales, ligados exclusivamente por vínculos contractuales voluntarios, se le opondrá a partir de entonces un concepto social organicista que imagina a las mismas como totalidades funcionales articuladas a partir de vínculos objetivos, independientes de la voluntad de sus miembros. Tal oposición, que recorre toda la historiografía de ideas, cobraría pronto claras connotaciones ético-políticas.

Inicialmente, sin embargo, el historicismo no aparecería como portando un sentido político unívoco. A lo largo del siglo XIX y comienzos del siglo XX se destacaría, en cambio, el logro intelectual que éste supuso, el cual permitiría superar la visión abstracta de lo social heredada de la Ilustración que desconoce la naturaleza histórica de las formaciones humanas, ignorando así las condiciones particulares que determinan cada forma de vida colectiva. Esta perspectiva, que encuentra su formulación más sistemática en la obra de Friedrich Meinecke, *El historicismo y su génesis* (1936), en la segunda posguerra será, sin embargo, rápida y drásticamente desplazada por una visión mucho más cruda y negativa del legado historicista, destacando las consecuencias perversas de su tendencia antirracionalista. Distintos autores crearán ver entonces en el pensamiento de Herder (el “padre fundador” del historicismo) ya “prefigura(da) la teoría hitleriana de *Blut und Boden*”.¹ Se afirmará así en la disciplina la doble ecuación entre historicismo (u organicismo) y autoritarismo, por un lado, e iluminismo (o atomismo) y democracia, por otro.²

La entera historia intelectual moderna se volverá de este modo perfectamente legible. El

organicismo historicista y el atomismo iluminista constituirán los polos en torno de los cuales ella, supuestamente, oscilará. Nada escapará a esta oposición que la recorre de principio a fin. Todo sistema de pensamiento habrá de definirse o bien como racionalista-atomista-iluminista (y, en consecuencia, orientado en un horizonte democrático) o bien como organicista-irracionalista-historicista (y, por lo tanto, marcado por tendencias autoritarias), o bien, eventualmente, como una mezcla en dosis variables de historicismo e iluminismo. La contingencia en la historia se inscribirá, pues, dentro de un marco de opciones determinadas *a priori*. Las únicas discusiones a que este esquema interpretativo dará lugar, en fin, referirán a dónde situar las ideas de un autor dado dentro de esta grilla (es decir, cuán iluminista o cuán historicista es su pensamiento).³

Por detrás de esta perspectiva subyace, en última instancia, un modo característico de proceder intelectual que es el propio de la tradición de la filosofía política, pero que también impregna y articula la entera historia de

¹ Max Rouché, *La Philosophie de l'Histoire de Herder*, París, Faculté des Lettres de l'Université de Strasbourg, 1940, p. 25.

² Si bien persistirá una línea de pensamiento, en cuyo límite extremo se sitúa la *Dialéctica del Iluminismo* (1944) de Theodor Adorno y Max Horkheimer, que resistirá aún a identificar llanamente al historicismo organicista con el autoritarismo político –e, inversamente, al iluminismo con el ideal democrático–, ésta no llevará a los historiadores a cuestionar esta dicotomía, la que se afirmará en la disciplina como una suerte de verdad indisputable.

³ Según señala, por ejemplo, Isaiah Berlin, “para Herder todos los grupos son colecciones de individuos; su uso de lo ‘orgánico’ y el ‘organismo’ es aún puramente metafórico” [Isaiah Berlin, *Vico and Herder. Two studies in the history of ideas*, Londres, The Hogarth Press, 1976, p. 198]. Está claro, sin embargo, que esta perspectiva pivotea aún sobre la base de la dicotomía racionalismo/historicismo, la cual se mantiene así intangible.

“ideas”. Como señala Quentin Skinner, el supuesto implícito en este enfoque es la presencia de ciertas preguntas perennes que recorren toda la historia político-intelectual, y que son las que permiten ordenar las diversas corrientes de pensamiento como tejiendo una especie de diálogo *sub specie aeternitatis*.

La crítica de este procedimiento intelectual por obra, especialmente, de la llamada “Escuela de Cambridge”, cuyas figuras más representativas son Skinner y J. G. A. Pocock, y la escuela alemana de historia de conceptos o *Begriffsgeschichte*, cuyo lineamientos básicos fueron fijados por Koselleck, habrá de minar decisivamente los fundamentos metodológicos en que estas perspectivas dicotómicas se fundan. La “nueva historia intelectual” abandonará entonces los marcos fijados por la antigua tradición de historia de ideas. Como señala Pocock:

El cambio producido en esta rama de la historiografía en las dos décadas pasadas puede caracterizarse como un movimiento que lleva de enfatizar la historia del pensamiento (o, más crudamente, ‘de ideas’) a enfatizar algo diferente, para lo cual ‘historia del habla’ o ‘historia del discurso’, aunque ninguno de ellos carece de problemas o resulta irreprochable, pueden ser los mejores términos hasta ahora hallados.⁴

El paso de una historia de las “ideas” a una historia de los “discursos” o de los “lenguajes políticos” señalará una verdadera revolución metodológica en la disciplina, redefiniendo su mismo objeto. En efecto, un lenguaje político no se reduce a ningún conjunto de ideas, principios o valores, puesto que consiste en un modo característico de producir las mismas. Una historia de los lenguajes políticos nos remite así a un segundo nivel de discurso, a los modos de producción de las ideas. En definitiva, son las *formas* de su articulación (el tipo de aparato argumentativo particular o estructura que subyace por debajo de las ideas desplegadas en la superficie textual) las que historizan e identifican cada orden de discursividad dada. A diferencia de las “ideas”, las cuales pueden aparecer en los más diversos contextos intelectuales, los lenguajes políticos son, en efecto, entidades plenamente históricas. Éstos se sostienen en una serie de supuestos contingentemente –y, por lo tanto, siempre

precariamente– articulados, por lo que el sentido de sus categorías axiales no puede trasponerse más allá del universo discursivo particular dentro del cual estos supuestos mantienen su eficacia sin violentarlo (i.e., reduciéndolo a una serie de máximas más o menos triviales descubribles, en efecto, en los marcos conceptuales más diversos).

En última instancia, la llamada nueva historia intelectual responde a una exigencia de rigor conceptual que no es ajena a la antigua historia de ideas, pero que ésta nunca puede satisfacer dada la propia naturaleza de los objetos con que trata, los cuales han sido concebidos ellos mismos mediante procedimientos ahistóricos.⁵ Lo que ésta busca, en definitiva, es no tanto, o solamente, entender *qué dijo un autor* (los contenidos manifiestos de su discurso) sino, fundamentalmente, *cómo fue posible para éste decir lo que dijo*, reconstruir el suelo categorial y conjunto de supuestos que subyacen a un orden de discursividad dada y cómo éstos se fueron torsionando históricamente dando lugar así a la emergencia de nuevas constelaciones intelectuales.

El historicismo como *idea*

Politiques de l'histoire de Jeffrey Andrew Barash es una genealogía del historicismo, desde sus orígenes hasta sus derivaciones recientes, buscando señalar las discontinuidades que jalonan su trayectoria. Fundamentalmente, lo que dicho autor se propone mostrar es que no existe una relación directa entre el pensamiento historicista y las tendencias autoritarias que lo impregnaron en el curso del último siglo. Éstas sólo se producen como resultado del

⁴ J. G. A. Pocock, *Virtue, commerce and history*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991.

⁵ Las “ideas” son, en efecto, ahistóricas, por definición. Su significado puede establecerse con independencia de su contexto particular de enunciación. Lo que las historiza, en todo caso, es una circunstancia externa a las mismas: su aparición o no en un contexto dado, pero ellas mismas no son entidades propiamente históricas. De allí que, considerados en sí mismos, los sistemas de pensamiento (los *tipos ideales*) aparezcan como entidades lógicamente integradas y autocontenidas (y, en consecuencia, perfectamente definibles *a priori*). La contingencia es algo que les viene a éstas únicamente desde fuera, de su “contexto externo”.

deslizamiento (*déravage*) producido por la introducción de una cierta teoría de la Verdad que no existía en, y, que, en última instancia era incompatible con los fundamentos del historicismo decimonónico. Desde esta perspectiva, Barash lee retrospectivamente su derrotero para descubrir cómo es que se produjo esta inflexión político-conceptual.

El libro consta de dos partes, con cinco capítulos cada una, varios de ellos escritos originalmente como artículos independientes entre sí, pero que guardan una estrecha vinculación. En su conjunto narran las vicisitudes del pensamiento historicista comenzando por Herder y Wilhelm von Humboldt y culminando con Cassirer, Heidegger y Strauss (y, aun más allá de él, con Arendt).

En el capítulo inicial, Barash discute las interpretaciones que señalan la presencia de una fisura que separa la obra temprana de Herder en Bückeburg de sus escritos posteriores en Weimar. Mientras que en la primera, que se encuentra mejor representada en *También una filosofía para la historia de la humanidad* (1774), Herder afirma la particularidad irreductible de las diversas culturas y naciones, en los segundos, que alcanzan su síntesis más acabada con *Ideas de una filosofía de la historia universal* (1784), en una vena ya más claramente racionalista realinea esta pluralidad cultural en la dirección de la realización progresiva de valores universales. Como señala Barash, los intérpretes de su pensamiento pierden así de vista la presencia ya en su obra temprana de la idea de un designio providencial que anuda subterráneamente la diversidad de manifestaciones culturales. Su filosofía posterior, que enfatiza la unidad de la historia, no habría, pues, que comprenderla como una recaída en un concepto mecanicista, sino sólo como un desarrollo de este espíritu universalista propio del pensamiento historicista, en su concepto original (y que sólo muy posteriormente habrá de extinguirse). Entre ambos momentos de su trayectoria intelectual habría, en fin, diferencias sólo en cuanto a acentuaciones.

El capítulo segundo, dedicado a analizar la obra de Friedrich von Gentz (1764-1832), traductor al alemán de *Reflexiones sobre la Revolución Francesa* de Edmund Burke, se orienta a destacar la originalidad de su pensamiento, en la medida en que se aparta de su fuente para introducir en ella una premisa que le

era por completo extraña. Al postulado historicista que organiza la obra de Burke, que afirma la unidad y la continuidad del orden natural de los acontecimientos, y resulta en una visión estática de la historia, Gentz le superpone un concepto de matriz iluminista que sostiene el carácter progresivo de la historia. Esto le conferirá, dice, un carácter paradójico a su pensamiento, conservador y progresista al mismo tiempo.

En el capítulo tres Barash nos introduce, a partir del análisis de la obra de Wilhelm von Humboldt (1767-1835), en el núcleo de la problemática fundamental que, según entiende, yace por debajo del concepto historicista: la cuestión del relativismo. Aquí también, dice, se impone una distinción. Frente a cierta ingenuidad epistémica propia del “racionalismo abstracto” de la Ilustración, el pensamiento historicista enfatizará las limitaciones de la razón humana. En Humboldt, el relativismo historicista decimonónico alcanza su formulación más precisa. La búsqueda de su raíz ya no nos conducirá, como en Burke (quien, en este punto, continúa la tradición ilustrada), a un supuesto de carácter antropológico: el poder de las pasiones para ofuscar la razón, sino que resultará de una premisa objetiva: la complejidad inherente a toda realidad histórica, que nunca se deja reducir a un orden de conceptos necesariamente abstractos y genéricos. Esto conduce a una conciencia más rigurosa de la especificidad de los fenómenos históricos, sin que suponga necesariamente una renuncia a la búsqueda de conexiones transhistóricas que articulen esta pluralidad de manifestaciones epocales en una unidad de sentido. El principio que liga a todas ellas es, al igual que en Herder, el de la formación progresiva (*Bildung*) de la humanidad. En definitiva, el historicismo sólo busca desarticular las perspectivas teleológicas y rescatar la contingencia y el cambio como una dimensión intrínseca a la historia. En el caso específico de Humboldt, a este primer objetivo se adiciona otro: la advertencia contra los límites de la voluntad racionalista abstracta se orienta, en última instancia, a prevenir las pretensiones de omnipotencia del Estado y a la defensa de las libertades individuales.

Llegamos así al capítulo central del libro (el cuarto), dedicado a contrastar el concepto historicista de dos figuras cruciales en el desarrollo de esta tradición: Leopold von Ranke

(1795-1886) y Heinrich von Treitschke (1834-1886). Entre uno y otro, dice Barash, se produce un giro fundamental en el modo de concebir la identidad nacional alemana, en cuyo centro se ubica una inflexión producida en el seno del pensamiento historicista. Esta inflexión nos devuelve a la problemática del relativismo. Para Ranke, coherente con la tradición historicista decimonónica, la relatividad de todo juicio histórico deriva de la complejidad de los procesos históricos singulares. La razón humana sólo puede acceder a los principios derivados, sin llegar nunca a acceder a la coherencia última que los liga. Pero esto presupone aún la idea de una unidad más profunda, la cual, aunque inaccesible al pensamiento, brinda el principio último para su inteligibilidad. Podemos decir, aunque Barash no le exprese exactamente así, que, para éste, el de Ranke es un relativismo epistemológico, no ontológico, como el de Treitschke. En efecto, con éste el historicismo produce un vuelco del cual sale convertido en una forma de relativismo radical que renuncia a toda referencia a valores trascendentes, es decir, a un universo de normas situadas más allá de la realidad empíricamente dada. Perdida esta instancia de universalidad subyacente a los fenómenos particulares, no se podría evitar ya la recaída en lo que Arendt llamó “nacionalismo tribal”. La historia se vería entonces reducida a una tarea puramente instrumental; lo que justifica la escritura histórica es su eficacia práctica. Toda consideración histórica se verá así subordinada a los intereses políticos nacionales; la retórica desplazará de su centro a la búsqueda de verdad.

El capítulo quinto, con que culmina esta primera parte, ilustra esta apelación instrumental al pasado propia de esta nueva forma de historicismo en la lectura claramente “capciosa” que realiza Carl Schmitt de la obra de Hobbes. Según muestra Barash, en su objeto de fundar en aquél su propio concepto de soberanía Schmitt simplemente ignorará la noción que atraviesa y articula toda la obra de Hobbes: la de ley natural.

La segunda parte del libro analiza más específicamente las consecuencias en el pensamiento histórico del siglo XX de esta inflexión conceptual, así como algunas de las reacciones que ella suscitó. Esta razón instrumental, que para Hermann Heller (1891-1933) permeará por igual en el siglo XX tanto el pensamiento de la izquierda revolucionaria como

el de la derecha reaccionaria, sólo encubre su vacío ideológico. Ésta será incapaz, por definición, de servir de fundamento a una comunidad de valores. En última instancia, ella sólo prolongará, de manera exacerbada, el formalismo liberal-positivista. Es la interdicción liberal-positivista a toda pretensión de normatividad del Estado de derecho la que abrirá eventualmente las puertas a las más disparatadas elaboraciones teóricas abstractas construidas sobre la base de alguna particularidad histórica, de las que el fascismo es sólo su expresión más patética.

En su obra *Sentido e historia*, Karl Löwith avanza, para Barash, en una línea análoga a la de Heller. Como muestra en el capítulo séptimo, la idea de Löwith de la política moderna como una mera versión secularizada de las escatologías cristianas, que toma de Schmitt, busca, sin embargo, a diferencia de éste, revelar la degradación moderna del espíritu cristiano originario, de la cual la teoría decisionista de Schmitt es, justamente, su expresión última, llevada al límite del irracionalismo. Tras esta deriva autoritaria, Leo Strauss descubre, a su vez, el estatuto problemático del relativismo moderno, en el cual se ha perdido ya el ideal de vida cuya búsqueda presidió el relativismo antiguo.

Los dos últimos capítulos están dedicados a la crítica del pensamiento de Heidegger. La polémica entre Cassirer y Heidegger producida en Davos sirve a Barash para ilustrar su propia idea respecto de los dos modos opuestos de concebir la continuidad y la funcionalidad de la dimensión mítica en el pensamiento racionalista moderno, esto es, como un modo de consolidar los lazos sociales y sólo como una forma de manipulación, respectivamente. En su afán de dar sentido al mundo, para Cassirer, la ciencia sólo prolongará los contenidos implícitos en el pensamiento mágico. A pesar de sus procedimientos opuestos, entre ciencia y mito habría una continuidad esencial provista por determinaciones antropológicas más fundamentales, puesto que definen la naturaleza del hombre en tanto *animal simbólico*.

En esta apelación a la idea de una conciencia en general Heidegger descubre el sustrato neokantiano del pensamiento de Cassirer, que lo vuelve incapaz de dar cuenta de la radical temporalidad del Ser. Sin embargo, como señalara Arendt, de este modo, Heidegger

perdería de vista la distinción entre la idea metafísica de eternidad y la búsqueda política de estabilidad (cuyo paradigma Arendt encuentra en el mundo preclásico; más específicamente, en la ansiedad de Homero por hallar constancia en un mundo siempre cambiante e imprevisible). En fin, Heidegger y Arendt ilustran, para Barash, los dos desamboques opuestos a los que una misma conciencia historicista de la radical temporalidad de los fenómenos históricos terminaría eventualmente por conducir: uno, que encuentra su término en Heidegger, en el cual toda existencia pública aparecerá como necesariamente inauténtica; otro, que culmina en Arendt, que, por el contrario, en oposición tanto a las perspectivas teleológicas del racionalismo abstracto como a los deslizamientos relativistas del historicismo, terminará confiriendo la prioridad ontológica a la acción.

Como vemos, el seguimiento de una trayectoria de dos siglos de pensamiento historicista le permite a Barash desmontar la doble ecuación (historicismo = autoritarismo versus iluminismo = democracia) sobre la que pivotea toda la tradición de historia de ideas y revelar algunas de las simplificaciones históricas a que la misma conduce. *Politiques de l'histoire* representa así una contribución importante a la historia intelectual. Sigue siendo, sin embargo, un texto de historia de "ideas". De hecho, aunque su perspectiva es más sofisticada y sutil, se enmarca aún dentro del sistema de oposiciones que fundan esta tradición. Es también por ello justamente que se vuelven en él más claramente manifiestas sus limitaciones inherentes, las cuales remiten, en última instancia, a problemas de índole epistemológica más general.

El historicismo como lenguaje

El análisis que hace Barash del pensamiento de Herder descubre ya una primera limitación inherente a la historia de "ideas". Como señala, La afirmación de que en *Ideas* Herder abandona su historicismo inicial para recaer en una concepción mecanicista de la historia (las únicas alternativas posibles que la historia de ideas alcanza a reconocer) resulta insostenible. Pero esto no quiere decir que no se hubiera producido entonces un desplazamiento fundamental en su horizonte conceptual. Para descubrirlo, sin

embargo, es necesario traspasar el nivel de los contenidos explícitos de su discurso histórico (cuán universalista o cuán relativista era éste) y analizar cómo se recompuso el sustrato categorial sobre el que el mismo se fundaba.⁶ En definitiva, si dicho autor no encuentra más que diferencias de grado en la trayectoria intelectual de Herder es porque el propio esquema interpretativo, salvo para el caso poco probable de un autor cuyas ideas se hubieran desplazado de un polo a otro de la antinomia de base que organiza dicho esquema, no permite reconocer más que distinciones en cuanto "acentuaciones".

Ello tiene, a su vez, un fundamento epistemológico preciso: los enfoques centrados en las "ideas" llevan a tomar por atributos subjetivos lo que son, en realidad, un conjunto de premisas socialmente compartidas, puesto que definen y organizan una forma determinada de discursividad. La consecuente incapacidad para encontrar los rasgos que particularizan el pensamiento de un autor, y que no se reduzcan más que a diferencias de grado, obliga así, en el momento de intentar establecer distinciones, a magnificar diferencias, en verdad, sutiles. La oposición que establece Barash entre Burke y Gentz es un ejemplo. No es cierto que Burke rechace toda idea de progreso histórico. Éste sólo oponía a la ansiedad jacobina por rupturas violentas la idea de la historia como un proceso evolutivo natural, siguiendo una secuencia gradual y progresiva (que es también, de hecho, el supuesto que organizaba toda la perspectiva histórica de Gentz). Como afirmaba en sus *Reflexiones sobre la Revolución Francesa*, "mediante un progreso lento, pero bien sostenido, el efecto de cada paso dado es vigilado; el éxito o el fracaso del primero, arroja luces que nos sirven para dar el segundo".⁷

No hay nada paradójico, por otra parte, en esta voluntad de "conservar y a la vez reformar", según pedía Burke.⁸ No es otra cosa que la

⁶ Al respecto, véase Palti, "The metaphor of Life. Herder's Philosophy of History and uneven developments in late-enlightenment natural sciences", *History and Theory*, XXXVIII.3, 1999, pp. 322-348 [traducción castellana: en Palti, *Aportías. Tiempo, Modernidad, Historia, Sujeto, Nación, Ley*, Buenos Aires, Alianza, 2001, pp. 133-192].

⁷ Edmund Burke, *Reflexiones sobre la Revolución Francesa y otros escritos*, Buenos Aires, Dictio, 1980, p. 263.

⁸ *Ibid.*

definición misma del concepto *evolucionista* que presidió el desenvolvimiento del pensamiento histórico europeo hasta que la crisis del fin del siglo XIX vino a desbaratar los presupuestos teleológicos que se encontraban en su base. En definitiva, el mismo tipo de enfoque que lleva, por un lado, a perder de vista las alteraciones ocurridas en el nivel de los supuestos que articulan un determinado tipo de discurso histórico, conduce, por otro lado, a descubrir contradicciones que son, en verdad, sólo aparentes. Nuevamente, esto no quiere decir que no hubiera diferencias fundamentales ni contradicciones ciertas en el pensamiento de los autores que analiza Barash. Sólo que para descubrirlas es necesario traspasar la superficie de los contenidos manifiestos de los discursos y penetrar la lógica que los articula (y también aquellos puntos de fisura por los que habrán eventualmente de quebrarse).

Encontramos aquí aquel problema metodológico de base que llevó a la historia de ideas a su crisis, y que también resiente el enfoque de Barash: la confusión entre ideas o ideologías y lenguajes subyacentes. Es esta mezcla entre niveles de lenguaje la que lo lleva a sacar conclusiones erradas, infiriendo transformaciones de índole conceptual, que remiten, por lo tanto, al plano del subsuelo categorial de un discurso (los modos de su producción), a partir de cambios en los modos eventuales de su articulación. El análisis que realiza del pensamiento de Treitschke muestra esto claramente. Como afirma Barash, éste señala, en efecto, la emergencia de un nuevo modo de concebir la identidad nacional alemana. En este sentido, su obra historiográfica marca un hito de consecuencias cruciales. En su intento de dar cuenta de este quiebre conceptual, Barash lo remite, sin embargo, a un plano en el cual, para poder descubrir un fundamento preciso de índole intelectual a este giro político (i.e., referir el mismo a la emergencia de un determinado concepto de verdad) debe forzar las categorías de análisis en juego.

En primer lugar, cabe señalar, el relativismo histórico de Treitschke no parece guardar proporción alguna con su perspectiva nacionalista extrema. El mismo se limitaba a señalar algo que ya formaba parte del sentido común de su tiempo: que las ciencias humanas, aunque deben seguir un método riguroso, no pueden aspirar a alcanzar el mismo grado de

exactitud que las ciencias naturales. Y ello por la sencilla razón de que, mientras que en las segundas el objeto les viene dado, en las primeras es el propio investigador el que debe construirlo, es decir, debe fijar algún criterio que le permita discernir entre la masa de acontecimientos aquellos que portan alguna significación histórica. Como afirmaba en sus lecciones publicadas en 1897-1898 bajo el título de *Politik*:

El estudioso de la política, por lo tanto, debe seguir los métodos de la historia científica y extraer conclusiones de las observaciones empíricas. Pero estos métodos son mucho más complicados que la forma llana de alcanzar conclusiones propia a las ciencias naturales. Ya vendrá el tiempo en que se ponga fin a la absurda rivalidad entre las ciencias morales y las ciencias físicas. Las primeras tienen una función más elevada e ideal que cumplir, y por esta misma razón deben permanecer inexactas. Las mismas no pueden aspirar más que a una aproximación a la verdad. El historiador científico debe trabajar retrospectivamente a partir de los resultados, que son los elementos de su oficio. Aquí yace su mayor dificultad. En su narrativa debe hacer aparecer que lo que viene después se sigue de lo que le precedió, mientras que en la realidad procede a la inversa. Él no es capaz ni está dispuesto a hacer figurar todos los acontecimientos que ocurrieron en la realidad, por lo que antes de afrontar la descripción de un período debe aclarar en su mente cuáles de ellos tienen importancia para la posteridad, un sentido para el tiempo por venir. Si la historia fuera una ciencia exacta, el futuro de los gobiernos se nos habría de revelar.⁹

En todo caso, no es cierto que el relativismo histórico, aun en sus versiones más radicales, tenga necesariamente consecuencias políticas autoritarias. Como veremos, no existe una correlación estricta entre perspectivas históricas y posturas políticas. Y esto nos conduce a aquel otro problema propio de la historia de ideas con que el texto de Barash nos confronta: las fuertes tendencias normativistas que impregnan los análisis histórico-intelectuales de dicha tradición.

La composición de *Politiques de l'histoire* se ordena toda en función de dos hipótesis

⁹ Heinrich von Treitschke, *Politics*, Nueva York, Harcourt, Brace & World, Inc, 1963, ed. de Hans Kohn, p. XXI.

fundamentales. La primera es la ya mencionada existencia de una relación estrecha entre relativismo histórico (en un sentido “fuerte” del término, *ontológico*, es decir, la imposibilidad de percibir principio alguno que dé sentido a la historia como algo que deriva no meramente de nuestras limitaciones intelectuales sino de su naturaleza objetiva), que abre las puertas a una visión instrumental de la escritura histórica, y al autoritarismo político. La segunda deriva de aquella: la necesidad, para evitar el relativismo y la consiguiente recaída en el totalitarismo, de remitir la secuencia de acontecimientos particulares a valores universales que los trasciendan como tales y le confieran una unidad a su transcurso. Ahora bien, aunque desde una perspectiva política opuesta, no era muy distinto lo que afirmaba Treitschke.

En efecto, también para éste el objeto primordial del estudio de la historia era el descubrimiento de las leyes objetivas que presidirían su evolución. No era otro, en fin, el significado de su máxima de que la política no es sino “historia aplicada”. Según afirmaba:

La tarea de la Política tiene tres dimensiones. Ésta debe primero tratar de descubrir, a través de la contemplación del cuerpo político real, cuál es la idea fundamental del Estado. Luego debe considerar históricamente lo que las naciones buscaron en su vida política, qué crearon, qué lograron y cómo lo lograron. Esto nos conducirá a nuestro tercer objetivo, el descubrimiento de ciertas leyes históricas y la postulación de algunos imperativos morales. Así entendida, la Política deviene historia aplicada.¹⁰

Lejos de tratarse de un uso instrumental de la historia, para él, los valores que impulsaba eran el resultado de una corroboración empírica: no se trataría de un mero postulado sino de una constatación objetiva.

Si, después de todo –concluye Treitschke– el historiador se ve obligado permanentemente a admitir que las verdades son sólo relativas, también descubre que hay, afortunadamente, unas pocas verdades absolutas en las cuales puede confiar. Así podemos deducir de la historia política que el poder reside en el Estado, que en la comunidad civil debe existir la distinción de clases, etc. Y así como hemos logrado hallar algunas fórmulas científicas absolutas, también hemos podido verificar la verdad de algunas ideas éticas.¹¹

Según señalan algunos de los autores que el propio Barash cita, el historicismo sería, en definitiva, la forma, típicamente moderna, de negación histórica de la política, el encubrimiento de las propias posturas ideológicas bajo el velo de una verdad objetiva. Para algunos de ellos, no sería el relativismo sino, justamente, este afán de verdad el que se encontraría en la base los totalitarismos del siglo XX (lo que sólo muestra la dificultad de establecer relaciones inequívocas entre perspectivas históricas e ideologías políticas).¹² En todo caso, lo que se revela aquí es que, más allá de su nacionalismo, Treitschke seguía siendo un hombre del siglo XIX. Por debajo de su concepto historicista subyacía aún una visión teleológica de la historia (la idea de que la misma se orienta espontáneamente a la realización de ciertos valores universales) típicamente decimonónica. Y esto nos devuelve al plano de los lenguajes políticos de base.

La quiebra de los supuestos teleológicos implícitos en las visiones evolucionistas de la historia del siglo XIX es un fenómeno que no se relaciona con una ideología política particular, sino que cruza el conjunto del espectro ideológico (puesto que se instala en el nivel del suelo categorial que define las condiciones de su articulación).¹³ De hecho, tampoco Barash habría ya de compartirlos. Esto se expresa en su discurso en el hecho de que éste ya no podrá explicar cómo se concilian sus dos hipótesis antes citadas.

En definitiva, no hay modo de extraer orientaciones normativas sustantivas del desenvolvimiento objetivo de la historia sin reintroducir al menos una forma debilitada de

¹⁰ *Ibid.*, p. XIX.

¹¹ *Ibid.*, p. XXIV.

¹² En definitiva, dada su indeterminación semántica, un mismo lenguaje bien puede dar lugar a muy diversas –y aun encontradas– ideologías políticas (e inversamente, una misma ideología política bien puede responder, sin embargo, a muy diversos universos conceptuales). De allí la necesidad de la distinción entre niveles de discurso, dado que los cambios en las ideas de los actores pueden esconder la permanencia de los lenguajes políticos subyacentes, así como la persistencia en el nivel de las ideas puede ocultar alteraciones cruciales en el nivel de los presupuestos conceptuales en que las mismas se fundan.

¹³ Véase Palti, “El ‘retorno del sujeto’. Subjetividad, historia y contingencia en el pensamiento moderno”, *Prismas*, N° 7, Buenos Aires, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 2003, pp. 27-50.

teleologismo, esto es, afirmar que el postulado de la existencia de ciertos valores trascendentes a los contextos particulares es una especie de principio regulativo de la razón, un *a priori* para la inteligibilidad histórica y, al mismo tiempo, un imperativo moral, dado que sólo él puede prevenir el uso instrumental de la historia con fines antidemocráticos. Pero, en tal caso, la tarea historiográfica perdería todo sentido, se convertiría en una inmensa tautología, sólo terminaría hallando en su punto de llegada aquello que ya se encontraba en su punto de partida como su premisa. Si Barash aspira a que la historia sea una empresa objetiva y evitar así la recaída en el relativismo, no podría descartar *a priori*, pues, que la misma eventualmente conduzca a conclusiones distintas a las que él espera, es decir, que si la misma descubre, en efecto, la existencia de valores presidiendo su transcurso, éstos puedan no ser el pluralismo y la democracia, como él propone, sino, como pensaba Treitschke, el autoritarismo, la distinción de clases, la voluntad de poder, etc. En todo caso, el punto es que, quebrados los presupuestos teleológicos, ambos postulados no pueden ya sostenerse simultáneamente.

Más allá de las inconsistencias a que conduce, el problema que este deslizamiento del plano histórico al plano normativo plantea, desde un punto de vista estrictamente historiográfico, es que, como vimos, lleva a dislocar los objetos que analiza a fin de hacerlos encajar dentro de la grilla dicotómica sobre la que descansa la historiografía de ideas.

El afán de comprensión histórica se ve así subordinado al objetivo de hallar las bases de sustento conceptuales del totalitarismo moderno (el viejo juego de hallar el huevo de la serpiente). Como señala Barash, nuevamente, respecto de Treitschke, éste, dice, “encuentra inaceptable la distinción entre historiografía y política” (p. 131). Sin embargo, esta confusión de esferas se relaciona menos con sus ideas políticas que con un modo de proceder intelectual propio de la filosofía política, y que la historiografía de ideas habría de heredar de ella. En definitiva, en su base se encuentra un cierto modelo analítico que permite inferir consecuencias políticas determinadas a partir de perspectivas históricas dadas. De allí que, en la medida en que el enfoque de Barash permanece en el plano de los contenidos manifiestos de los discursos, que su crítica se despliega en el plano estricto de la superficie textual de ideas, tampoco él habría de distinguir ambas esferas claramente, haciendo que sus análisis histórico-filosóficos se confundan con una crítica de las ideologías. Éste habrá así de reproducir en su propio texto el mismo tipo de deslizamiento conceptual que cuestiona en Treitschke. Y ello demuestra que no basta con cuestionar los marcos dicotómicos propios de la tradición de historia de “ideas” para superarlos y evitar la recaída en su mismo tipo de lógica binaria, sino que, para ello, es necesario penetrar y corroer críticamente la serie de supuestos de orden epistemológico sobre los que tales marcos conceptuales se fundan. □

Lecturas sobre Paul Groussac

Alejandro Eujanian
Universidad Nacional de Rosario

Su físico estaba en íntima relación con su carácter: hombros puntiagudos, facciones angulosas, nariz afilada. Todo en él eran puntas y aristas.

Manuel Gálvez, *Amigos y maestros de mi juventud*

Las preguntas que podrían formularse respecto de las reediciones de textos que fueron escritos en contextos sociales, políticos y culturales cuya alteridad respecto de nuestra época no es preciso repasar aquí, residen en cuáles son los criterios que dirigen esos catálogos, quiénes y por qué elevaron ciertas obras y autores a la categoría de clásicos; quiénes deberían habitar legítimamente el canon de una historia de la cultura literaria argentina. Estas preguntas, contestadas a veces elípticamente, no se reclaman imprescindibles en los casos de libros citados, criticados, combatidos, revisitados en diversos momentos a lo largo de nuestra breve historia intelectual. Pero en el caso de Paul Groussac, cuya ausencia en una historia de la literatura provocaría probablemente menos desvelos que su presencia, un ensayo de respuesta se torna indispensable.

En los últimos años la figura intelectual de Paul Groussac, el polígrafo francés que vivió en la Argentina entre 1868 y 1929, ha sido frecuentemente evocada a través de estudios monográficos centrados en su personalidad y su vasta obra, investigaciones que se concentraron en regiones específicas de su producción intelectual, sobre todo como crítico literario e historiográfico, y la reedición de algunas de sus obras precedidas por estudios destinados a establecer claves de lectura pertinentes para textos en los que prima una notable diversidad respecto de los temas, los géneros y los contextos de producción.¹

Parece haber concluido así un ciclo en el que obra y personaje habían quedado opacados en el marco de las transformaciones que se operaron en el país a partir de la Segunda Guerra Mundial. La última ocasión para su instalación como referente, al menos, de las vertientes antiimperialistas de los años 1930, se produjo con motivo de la ley 11.904 de 1936 que establecía su estudio sobre las islas Malvinas, publicado en 1910, como texto de lectura

obligatoria en las escuelas públicas.² Podría haber sido también la ocasión para recuperar su sentencia resignada sobre la amenaza que los Estados Unidos representaban para los pueblos americanos, sobre todo después de la Primera Guerra Mundial.

Pero esos escasos lazos con algunos de los tópicos del debate político e intelectual de la década de 1930 no alcanzaron para reivindicar a un personaje tan respetado como incómodo para la cultura argentina, no sólo por su origen francés sino también por su aristocratismo político e intelectual, su agnosticismo y su recusación de toda herencia cultural nativa. Rasgos de su obra que lo tornaron inclasificable para cualquier proyecto de reconstrucción de una tradición literaria o historiográfica nacional.

De todos modos, ya en la década de 1920, el lugar que había logrado conquistar como faro de la cultura argentina comenzaba a ser disputado por la emergencia de empresas colectivas y de nuevos dispositivos institucionales que contrariaban su autoridad individual y omnipresente en el campo literario e historiográfico. Fue éste el momento propicio para los reconocimientos y homenajes que los nuevos escritores le brindaban al último de los notables. Precisamente cuando el impacto de sus juicios dejaba de hacer mella en la virtud de sus víctimas.

¹ Nos referimos a un conjunto de reediciones o selecciones de textos de Groussac que justifican estas páginas: Paul Groussac, *El viaje intelectual*, Buenos Aires, Simurg, 2005, con prólogo de Beatriz Colombi; Paula Bruno (Selección y Estudio Preliminar), *Travesías intelectuales de Paul Groussac*, Buenos Aires, Editorial de Universidad Nacional de Quilmes, 2004; Paul Groussac, *Los que pasaban*, Buenos Aires, Taurus, 2001, cuyo Estudio Preliminar estuvo a mi cargo.

² Paul Groussac, *Les illes Malouines. Nouvel exposé d'un vieux litige*, 1910.

Él mismo uno de *Los que pasaban* y protagonista elusivo de ese relato entre autobiográfico y testimonial, era homenajeado en 1919 por la revista *Nosotros* en un banquete cuando todavía quedaban los ecos de la crítica que algunos jóvenes historiadores de la “nueva escuela histórica” le habían dirigido desde la publicación. Pocos años después, algunos de quienes habían cuestionado su autoridad lo incluirían en su propia genealogía. En efecto, Rómulo Carbia en su *Historia crítica de la historiografía argentina* de 1925 reconocía los méritos de Groussac en el campo de la crítica de documentos, en un momento en el que no los motivos, pero sí el lugar relativo desde el cual habían polemizado, se había modificado radicalmente, en favor de la nueva generación.³ Aun así, para los mismos años, la Universidad de Córdoba le negaba un doctorado *Honoris causa* con el argumento, presentado ante el Consejo Superior de la Universidad por Raúl Orgaz, que exponía las causas por las cuales Groussac antes que promover los estudios históricos en el país los había obstaculizado.

Finalmente, con motivo de su muerte el 27 de junio de 1929, la revista *Nosotros* reunía en un número extraordinario a diversas generaciones para brindar un homenaje póstumo en el que participaron Alfonso Reyes, Jorge Luis Borges, José Luis Romero, Ricardo Levene, Alejandro Korn, Alberto Gerchunoff, José Bianco y Roberto Giusti, entre otros, destacando su labor de ensayista, crítico, dramaturgo, novelista, publicista, historiador y promotor cultural.⁴

Así, después de un largo ostracismo salpicado por la publicación de algunos trabajos destinados a la exaltación de su figura antes que al estudio de su obra y de su acción, la pregunta que subyace a esta proliferación de reediciones de sus ensayos, y no de sus novelas y estudios históricos más ambiciosos, es: ¿a qué se debe este renovado interés por la obra de un intelectual cuya mirada sobre el país, su cultura y su historia fue generalmente excéntrica y esporádicamente apasionada?⁵ ¿cuál puede ser el legado de quien practicó en solitario un estudiado desdén por la cultura y la política argentina? Quien, por otro lado y como otros intelectuales de su generación, no se nutrió de discípulos sino de ocasionales contrincantes.

En rigor, las editoriales tanto comerciales como académicas han incluido las reediciones de clásicos de la cultura nacional en sus catálogos

sobre todo desde la crisis que sacudió al país a fines del 2001. Catálogos que exceden el registro nacional y popular en el que se ubican entre otros los libros de Raúl Scalabrini Ortiz, Arturo Jauretche o Rodolfo Puiggrós, que se reubicaron después de años en las vidrieras de librerías no especializadas en la variedad de “raros y usados”. Pero, en un sentido más amplio, se han reeditado un conjunto de libros cuyos autores tienen en común compartir el ensayo como género y el análisis crítico de la historia y la cultura nacional como objeto. Probablemente como parte de una búsqueda de las claves que permitieran encontrar la explicación de los males de la Argentina contemporánea en quienes expresaron más acabadamente las contradicciones de la Argentina moderna.

Seguramente, un destino irónico para el propio Paul Groussac. Quien insistió en señalar la pobreza del medio en el que se dedicó a dictar sentencia parece ser la cifra para comprender la peculiar conformación cultural del país entre fines del siglo XIX y comienzos del XX. Si nos atenemos a los trabajos que le fueron dedicados en los últimos años, en todos aparece un esfuerzo por vincular aspectos biográficos referidos a su intervención en la esfera pública con escritos en los que es posible detectar indicios respecto de su peculiar percepción de cuál era su lugar en ella.⁶

³ Rómulo Carbia, *Historia crítica de la historiografía argentina*, Buenos Aires, 1940.

⁴ *Nosotros*, N° 242, Buenos Aires, julio de 1929; en un registro similar: AA.VV., *Centenario de Groussac. 1848-14 de febrero-1948*, Buenos Aires, Coni, 1949.

⁵ La particular tensión entre su origen, la Argentina y sus expectativas es señalada por Tulio Halperin Donghi: “La sospecha de que la posición eminente por él alcanzada en la vida intelectual argentina era comparable a la de un soberano del país de los ciegos no sólo no contribuyó a hacer más benévolo su reinado; agregó una dimensión nueva y aun más problemática a la relación entre Groussac y la Argentina, la pasada como la presente. Ella mantenía constantemente viva en el historiador la conciencia de que una inmadurez histórica a la vez atractiva e irritante era el rasgo dominante de esa historia argentina que el destino le había condenado a explorar”, en “La historiografía: treinta años en busca de un rumbo”, Gustavo Ferrari y Ezequiel Gallo (comps.), *La Argentina del ochenta al centenario*, Buenos Aires, Sudamericana, 1980, p. 839.

⁶ Algunos de esos trabajos son: Paula Bruno, *Paul Groussac. Un estratega intelectual*, Buenos Aires, FCE, 2005; Miguel Dalmaroni, “Literatos y Estado (Payró, Groussac, Lugones)”, en Noé Jitrik (comp.), *Las maravillas de lo real. Literatura latinoamericana*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, FFyL, Instituto de Literatura Iberoamericana, 2000,

Emerge así una figura que utiliza la escritura como un instrumento para construir el medio en el que se inserta siempre en tensión. Así, al asignarle rasgos que resaltan una incomodidad que resulta de sus dificultades para adaptarse plenamente a él, describe como pocos las contradicciones que atraviesan el escenario en el que despliega su acción. En este sentido, las investigaciones referidas al “profesor francés”, retomando el tono sarcástico de Leopoldo Lugones, se estructuran de acuerdo con los siguientes tópicos: los vínculos sociales, intelectuales y políticos que mantuvo con los miembros de la llamada “generación del 80”; la imagen de intelectual de la que fue portador en un contexto de redefinición de las relaciones del escritor con el Estado y el poder político; su actuación en la esfera pública, que resulta de su intervención en empresas culturales y políticas que, en algunos casos, él mismo impulsó; su función como crítico más que su desempeño como historiógrafo y literato; la ambivalente relación que entabló con la Argentina y con Francia.

Hace tiempo que el rótulo de “generación del 80” ha dejado de cumplir para la historia intelectual una función comprensiva respecto del clima de ideas predominante en el último cuarto del siglo XIX. Sin embargo, ello no debería contribuir al abandono de la pretensión de señalar las diferencias en un contexto englobante, como lo propone Oscar Terán con la noción de “cultura científica”, que remite a “ciertos esquemas de percepción y valoración de la realidad” que son compartidos por aquellos que “reconocen el prestigio de la ciencia como dadora de legitimidad de sus propias argumentaciones”.⁷

En este colectivo podría sin duda incluirse a Paul Groussac, menos restrictivo que el de positivista para quien entiende que el conocimiento en las ciencias sociales es siempre provisorio y conjetural.⁸ Al mismo tiempo, comparte con otros miembros de esa generación, en un sentido más táctico que estratégico, una deriva neohispanista que lo lleva a revalorizar la lengua castellana, aproximándose así a la posición que sostuvo Ernesto Quesada en el debate que promovió el libro de Lucien Abeille, *Idioma nacional de los argentinos*. Aunque en su caso, la recuperación de la herencia hispana estuviera motivada menos por la amenaza del aluvión migratorio que por la que representaba el

expansionismo norteamericano, anticipando a Rodó en su caracterización de Calibán, como signo de una sociedad en la que predominaba la mediocracia, el afán de lucro y el materialismo.⁹

Comparte también, con esa generación, un sentimiento de divorcio entre los principios democráticos y liberales, que defendió desde el diario *Sud América*, como percibió en su momento José Luis Romero.¹⁰ Lo que explica su apoyo a la candidatura de Roque Saenz Peña a la presidencia como inspirada por viejas solidaridades y no por compartir las mismas convicciones respecto del rumbo que debía tomar bajo su dirección el país.¹¹

Sin embargo, como bien señala Paula Bruno, mantuvo notables diferencias con otros referentes intelectuales del período que resultan, entendemos, del lugar en el que instaló el atrio desde el cual se dedicó a predicar como un sacerdote laico. Esto nos lleva al segundo de los tópicos mencionados. El de la construcción de una imagen de intelectual en el proceso de transformación de las prácticas culturales y de redefinición de las relaciones del escritor con el Estado y el poder político.

Carente de una educación formal, Groussac llega al país con un escaso material cultural y simbólico que, sin embargo, potencia como

pp. 123-132; Verónica Delgado y F. Espósito, “Paul Groussac: los intelectuales, la sociedad civil y el Estado liberal”, en *Orbis Tertius. Revista de teoría y crítica literaria*, Nº 6, 1998, pp. 41-51 y “La lección de Paul Groussac en *La Biblioteca*: la organización cultural”, en *Tramas*, Nº 10, 1999, pp. 97-105; Alejandro Eujanian, “Paul Groussac y una empresa cultural de fines del siglo XIX: la revista *La Biblioteca*”, en AA.VV., *Historia de revistas argentinas*, Buenos Aires, AAER, 1997, pp. 9-44; Alejandro Eujanian, “Paul Groussac y la crítica historiográfica” y “Método, objetividad y estilo en el proceso de institucionalización”, ambos en A. Cattaruzza y A. Eujanian, *Políticas de la historia*, Buenos Aires, Alianza, 2003.

⁷ Oscar Terán, *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910)*. Derivas de la “cultura científica”, Buenos Aires, FCE, 2000.

⁸ “En los estudios sociales, no podemos, no debemos aspirar sino a una probabilidad cada vez mayor en la conjetura”. Cf. Paul Groussac, “La paradoja de las Ciencias Sociales”, en *La Biblioteca*, año I, t. II, 1896, pp. 309-320.

⁹ Paul Groussac, *Del Plata al Niágara*, Buenos Aires, Administración de *La Biblioteca*, 1897; Paul Groussac, España y Estados Unidos (Conferencia pronunciada en el Teatro de la Victoria de Buenos Aires el 2 de mayo de 1898)”, en *Viaje intelectual*, t. I, citado.

¹⁰ José Luis Romero, *Las ideas políticas en Argentina*, Buenos Aires, FCE, 1997, p. 205.

¹¹ Paul Groussac, *Los que pasaban*, citado.

resultado de una adecuada combinación de vínculos privados y el estatus cultural que su origen le proporcionaba en un ambiente en el que Francia era el destino del horizonte de expectativas que nutría los anhelos civilizatorios de las élites. Por otro lado, la ausencia de instituciones que regularan los procesos de formación y ascenso en una carrera profesional y en la burocracia estatal, facilitaba el acceso a las élites culturales de aquellos a quienes se les abrieran las puertas de los círculos de notables que habitaban espacios como el que proporcionaba el Colegio Nacional de Buenos Aires. Allí, el recién llegado entabla contacto con Pedro Goyena y Juan Manuel Estrada, quienes promueven su acceso a las páginas de la *Revista Argentina*, y accede al despacho de Nicolás Avellaneda, ministro de Sarmiento y futuro presidente, quien le ofrece un cargo de profesor en el Colegio Nacional de Tucumán y posteriormente de inspector de Escuelas.

Inversamente, cuando ya había conquistado una posición de prestigio intelectual en el país, su retorno a Francia, también con adecuadas cartas de presentación, no cubre sus expectativas. En su tierra natal, que contaba sobre todo desde la instalación de la Tercera República con un campo cultural más institucionalizado y profesional, el trato con Alphonse Daudet y el acceso al círculo de Victor Hugo no fueron suficientes para promoverlo a posiciones análogas a las que conquistó en una Argentina que, a su retorno, lo esperaba para cubrir el cargo de director de la Biblioteca Nacional, que antes habían ocupado José Mármol, Vicente Quesada y Eduardo Wilde.

En la Argentina, Groussac construye su imperio en un ambiente signado por un vacío institucional propio de un Estado en construcción. Sin embargo, este *self made man*, que como otros escritores de su generación conserva su condición de polígrafo, insiste en una necesaria profesionalización de los escritores, cuyo doble sentido remite a virtudes de las que carece pero cuya ausencia condena a los intelectuales americanos: distanciamiento de la política y una mayor especialización. Juicio que no condice con el que formula respecto de L. Burdeau, joven filósofo de familia humilde y de origen provinciano, traductor de Spencer y Schopenhauer, cuya carrera remata como funcionario de la Tercera República.¹² Es que si, como señala Patrice Vermeren, Burdeau era el

paradigma de una generación de profesores que conquistaron posiciones no por su condición de herederos sino por su calidad intelectual y su compromiso con la República, Groussac en la Argentina era, en cambio, miembro de un círculo de herederos, y su propia herencia la tradición cultural francesa.

Pero aquí Groussac se sentirá víctima de los lazos que unían política y cultura, cuando la intromisión del poder político en una disputa historiográfica que mantuvo con Norberto Piñero lo lleva a clausurar la empresa que había iniciado con la revista *La Biblioteca*. Sin embargo, cuando a comienzos de siglo las condiciones para alcanzar una mayor especialización y autonomización de la labor intelectual sean más favorables, no será el mentor del proceso de institucionalización que se inicia con la creación de la Facultad de Filosofía y Letras, sino uno de sus principales críticos. En tanto que dicho proceso sentaba las bases para cuestionar, desde otro lugar, los principios de legitimidad sobre los cuales había construido su autoridad.

Esa autoridad se nutre de la superioridad que le otorga el ser portador de una tradición cultural sobre la cual afirma sus juicios sobre la Argentina que, en *Del Plata al Niágara* así como en los textos reunidos en *Viaje intelectual* y la selección que realiza Paula Bruno, se extiende al resto del continente, a los Estados Unidos y a una Francia que le resulta ya casi tan ajena como los otros destinos de sus viajes. Pero, cómo juzgar a Francia sin poner en entredicho su propio capital cultural. Precisamente, afirmando su pertenencia a una tradición que en su propio país se veía amenazada por la vulgarización y la mediocridad.

Por ello puede extenderse a todos sus destinos la peculiar mirada que David Viñas devela en su viaje a los Estados Unidos: “su mirar es una mezcla de lateralidad y espionaje que a lo largo de su itinerario le permitirá mantener una distancia”.¹³ Su juicio crítico se funda en esa meditada distancia. Es esa ajenidad la que organiza su dispositivo crítico antes que un método asentado en el trípode taineano de la

¹² Patrice Vermeren, “Groussac, la República de los filósofos y la Biblioteca de la Nación”, en *La Biblioteca*, N° 1, verano 2004-2005, pp. 110-115.

¹³ David Viñas, *De Sarmiento a Dios. Viajeros argentinos a USA*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998, p. 103.

raza, el medio y el momento. En este sentido, nadie mejor que él definió en uno de sus libros su relación con las cosas de este mundo: viajero intelectual.

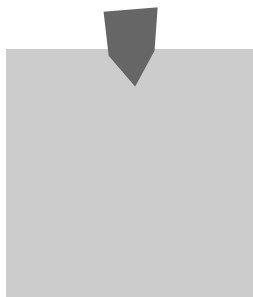
Desde ese lugar impuso su condición de crítico y desde allí impartió una política del gusto y el estilo de tono aristocrático que, a la vez que pretendía disciplinar, lo presentaba como un escritor *outsider* y él mismo indisciplinable por los nuevos canales culturales que emergen a comienzos del siglo XX.

Así, Paul Groussac se presenta como una autoridad excesivamente individualista como para ser concebido como un “estratega cultural”. En todo caso, es promotor de empresas culturales que, como en el caso de los *Anales de la Biblioteca*, son poco más que espacios para exponer públicamente sus diversos intereses intelectuales. *La Biblioteca*, en cambio, puede ser un contraejemplo por su carácter pretendidamente colectivo. Sin embargo, poco importa su destino cuando siente amenazado su derecho a impugnar la obra de un autor por el

mismo poder que la financia. Por otro lado, lejos del modelo que aspiraba alcanzar, la *Revue de deux mondes*, la revista *La Biblioteca* cuenta a su pesar con una tradición nativa iniciada por la *Revista del Paraná* y seguida por la *Revista de Buenos Aires*, entre otras, con las cuales comparte similares objetivos y condiciones de producción.

En definitiva, las lecturas de los textos que Groussac escribió para un público letrado argentino han promovido, en su desmesura, una estrategia interpretativa centrada antes que en la pretensión de dotarlos de una coherencia que se sostenga en un dilatado ciclo intelectual y atravesase la diversidad de géneros, temas y contextos de producción, en señalar a partir de ellos sus incertidumbres, incorrecciones, dudas y puntos ciegos. Es en estos registros donde se revelan las contradicciones de la particular configuración de la cultura argentina de entre siglos. Propias, por otro lado, de los avatares de una modernidad que, tempranamente, le despertó escasas esperanzas. □

Reseñas



Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 10 / 2006

Alberto Mario Damiani

Domesticar a los gigantes. Sentido y praxis en Vico

Rosario, UNR Editora, 2005, 412 páginas

Alberto Damiani aborda en este libro la obra de Giambattista Vico de manera integral y sistemática guiado por el objetivo de señalar su relevancia política. El pensador napolitano, nos recuerda el autor, se opuso desde temprano a las filosofías que desatienden los asuntos civiles, y pensó que el sentido de la teoría no es otro que su aplicación a estos asuntos.

La lectura política es propuesta desde el propio título, que evoca la imagen de unos gigantes a los que es preciso domesticar. Según Vico, la civilización se forjó desde la animalidad propia de unos seres que se aislaron y desarrollaron “desmesuradamente sus carnes y huesos”; se trataba de “hombres de robustas fuerzas corporales, que, aullando y rugiendo, expresaban violentísimas pasiones” producto de una desenfrenada libertad bestial. Los gigantes, aquellos seres que no sólo Vico sino el imaginario colectivo de una época supuso como antecedentes del hombre civilizado, representan la barbarie desde la que el hombre construyó su medida humana creando las instituciones.

Sin embargo, y he aquí el sentido político que Damiani busca resaltar, esta barbarie no forma parte de una etapa del pasado –un tanto pintoresca pero felizmente superada– sino que representa un peligro latente para las naciones

modernas. Vico, enfatiza el autor, no se interesó por investigar los *corsi* y *recorsi* de las naciones para elaborar una filosofía de la historia conforme a su naturaleza común y descubrir así la historia ideal eterna subyacente. Por el contrario, su interés de fondo fue desarrollar herramientas filosóficas que permitieran advertir y oponerse a la decadencia que se ciernen sobre las propias naciones modernas.

El libro de Damiani intenta demostrar esta tesis interpretativa de manera erudita y metódica, dirigiéndose especialmente contra quienes ven en el pensador napolitano una filosofía de la historia indiferente a la urgencia de lo político, o bien lo leen desde las perspectivas biográfica o historiográfica. En tal sentido, no pretende aislar y sacar a la luz las resonancias políticas de una obra más amplia, sino reconstruir esta dimensión para mostrar su carácter central, especialmente desde la perspectiva de las sucesivas versiones de la *Scienza Nuova*, y, cuando la interpretación así lo requiere, de textos anteriores. Dado que el objetivo de la ciencia viquiana es “orientar el gobierno racional del mundo civil mediante el conocimiento de sus condiciones antropológicas, institucionales y lingüísticas”, *Domesticar a los gigantes* recorre en cada una de sus secciones los conceptos de gobierno, lenguaje,

racionalidad y ciencia en conexión con el eje político que se busca resaltar.

La primera parte, “Antropología y política”, se ocupa de la definición de la naturaleza humana en tanto base conceptual de la dimensión política. Se muestra allí cómo en obras anteriores a la *Scienza Nuova* se perfila una visión antropológica metafísica desligada de las condiciones institucionales. El hombre es caracterizado a partir de su mente imperfecta, en oposición a la mente divina. Damiani explica cómo esta perspectiva es dejada de lado en la obra más célebre del pensador estudiado, donde la naturaleza humana se representa como esencialmente conformada por las condiciones sociales, culturales y políticas que el mismo hombre establece.

Resulta interesante, en este punto, la ubicación de Vico en el debate moderno acerca del estado salvaje. A diferencia de otros autores clásicos, el pensador napolitano sostiene que el hombre no parte de un estado presocial sino que, como hicimos mención, cae en él luego de que algunos miembros de la especie se aíslan y se transforman en monstruos gigantes. La vuelta a la civilización se produce mediante la recuperación de la dimensión religiosa –en un principio, bajo la forma del temor al trueno–, el matrimonio –donde se plasma la

transformación de las pasiones animales en humanas— y la sepultura, que expresa la creencia en la inmortalidad. El proceso educativo que impone certezas se desarrolla al principio como una verdadera domesticación llevada a cabo por instituciones sanguinarias, hasta que la mente deja de estar inmersa en los sentidos corporales y el hombre interior recupera el dominio de las pasiones.

Así, en parte oponiéndose a la noción cartesiana de certeza, Vico desarrolla la idea de un *sensus communis*, según la cual existen certezas básicas que han dado lugar en todas las naciones a las instituciones básicas del mundo civil. Estas instituciones se suceden de manera necesaria siguiendo un orden ideal eterno de carácter providencial cumplido “a espaldas” del libre albedrío. En un desarrollo siempre igual de la naturaleza humana, al gobierno patriarcal le sigue uno aristocrático—donde la relación de mandato y obediencia puede llamarse propiamente “política”— y finalmente los estados democrático y monárquico, en los que se despliega la igualdad entre los hombres.

Al estudio de las relaciones entre antropología y política Damiani integra la siguiente sección del libro, “Política y lenguaje”, que se ocupa ante todo de las primeras obras del autor investigado. En ellas se advierte una clara oposición a las consecuencias de aplicar el método cartesiano en el ámbito de la educación, lo cual fomentaría de modo unilateral y precipitado la actitud crítica. Vico defiende, por contraste, la importancia del arte de

descubrir argumentos (tópica) y del de persuadir, esencial para la vida civil porque produce el sentido común y el consenso indispensable para toda institución. Mientras que la certeza producida por la persuasión permite el establecimiento firme de las primeras instituciones, la pérdida de certezas implica la disolución de esas instituciones y de la propia naturaleza humana. La crítica racional que pone un límite a la persuasión debe ser compensada, entonces, por una retórica persuasiva reconstitutiva de certezas.

De acuerdo con la interpretación de Damiani, el lenguaje posee en Vico un lugar central para la estructuración de la dimensión política. La propia mitología, en correspondencia con esto, ya no es considerada un mero estudio de la sabiduría de los pueblos primitivos, sino una investigación de cómo éstos dieron sentido a su experiencia. Al articular las ideas que expresaban una experiencia colectiva y que conformaron un lenguaje originario, los mitos permitieron dar a luz las primeras instituciones, por lo que constituyen el primer producto de la civilización. La ciencia que estudia los tropos de este lenguaje (la “nueva arte crítica”) representa nada menos que la “llave maestra” de la “nueva ciencia”.

La tercera parte, “Política y racionalidad”, se detiene primero en la oposición de Vico al derecho moderno, el cual ha prescindido del concepto de providencia divina y, en tal medida, no ha podido explicar el paso del estado salvaje al estado político. En contra de esto, Vico defiende el carácter

histórico de la naturaleza humana, su lenta conformación mediante una educación religiosa y legal. En el curso de la historia—del cual ya hicimos mención— la aristocracia sucede al patriarcado y es sucedida por la república, donde reina la idea de equidad natural y donde, de la mano de la experiencia democrática, surge la propia racionalidad. Pero cuando las instituciones dejan de encauzar los intereses egoístas y de plasmar la equidad, el sentido común pierde verosimilitud y la naturaleza humana vuelve a acercarse a la barbarie. Las pasiones vuelven a tomar el dominio, aunque ahora llevan el sello de los vicios propios de la civilización. Vico llama “barbarie de la reflexión” al proceso intelectual de rebeldía frente a las instituciones que desemboca en esta nueva tiranía de las pasiones. En este nuevo contexto de barbarie, la palabra ya no persuade. Las ciudades se convierten en selvas por las que vagan personas incomunicadas, ajenas a cualquier sentido común, solamente orientadas por pasiones y caprichos, descripción—sí se permite la comparación— similar a la imagen muchas veces esbozada de nuestras sociedades capitalistas.

Vico imagina una historia ideal eterna de carácter cíclico, de modo que a la recaída en la barbarie le sigue un resurgimiento del proceso de institucionalización y humanización, proceso que se ve ilustrado por las naciones antiguas y las modernas. Pero, como subraya Damiani, la *Scienza Nuova* no es una doctrina que fomente la resignación frente a un curso

histórico predestinado, sino que alienta la acción política en tanto permite pensar estrategias que demoren indefinidamente el destino ineludible.

La última sección del libro, “Ciencia y política”, expone con cierto detalle la oposición de Vico a la matematización cartesiana de la naturaleza y al método racionalista en general. Este último desestima el estudio de lo humano principalmente porque desatiende la eficacia del libre arbitrio, el cual no permite descubrir leyes universales y verdades indubitables. Frente al ideal cartesiano y sus consecuencias pedagógicas, Vico propone volver al hombre prudente que tiene en cuenta lo particular y está verdaderamente capacitado para la vida política. Como revela Damiani, el pensador napolitano no rechaza el ideal científico sino el modelo dieciochesco de las ciencias naturales como paradigma exclusivo de ciencia. La *Scienza Nuova* toma como objeto de estudio el mundo histórico prescindiendo de los presupuestos naturalistas y orientándose con la idea de que toda obra humana puede ser estudiada científicamente porque es un producto humano.

El latiguillo viquiano “*verum ipsum factum*” significa precisamente que lo que fue hecho por los hombres puede ser, por ende, conocido. Damiani examina las distintas funciones y los problemas

interpretativos y gnoseológicos a los que da lugar este principio en diversas obras, subrayando la función central que tiene en la *Scienza Nuova*. El mundo ilustrado representa, para el autor de este estudio, el interés primordial y práctico de Vico, cuyas descripciones de la crueldad y la barbarie no tienen otro fin que mostrar crudamente las dimensiones de un peligro inminente. Los principios descubiertos científicamente están en función de orientar el gobierno sobre la base de una concepción del hombre como libre. La faz “activa” de esta ciencia se vuelca, entonces, sobre la educación y la política, y apela a la comunicación racional sobre los principios del mundo civil con el fin de preservar las instituciones ilustradas.

Esta manera de acercarse a la obra de Vico permite adivinar en el propio Damiani una perspectiva ilustrada y una mirada desde la situación contemporánea, lo cual no oculta las virtudes académicas o “inactuales” de este estudio. Con respecto a esto último, el autor respeta la terminología y en gran medida el idioma de Vico, ya que casi todas las citas están transcritas en su lenguaje original –todavía accesible para los lectores de lengua española– y traducidas al pie. La reiteración de las tesis principales, en un estilo claro y fluido, permite relacionar fácilmente las diversas

secciones y articular un conjunto progresivamente mayor de conceptos. El aparato erudito se expone en notas al pie, donde se incluyen discusiones interpretativas y un cuerpo nutrido de referencias clásicas y contemporáneas, sin interrumpir el curso de las tesis principales. Cierran la edición una completa bibliografía sobre Vico y los estudios críticos más destacados, así como un índice de nombres.

Como resaltamos, el carácter riguroso e informado de este estudio no va en detrimento de su interés por revivir la proyección práctica de la obra abordada. Los gigantes ateos y asociales de Vico pueden provocar una sonrisa, en tanto el motivo no forma parte de nuestro trasfondo de creencias. Sin embargo, no resulta inverosímil asociar el crecimiento desmedido de los cuerpos en nuestras sociedades opulentas con el creciente aislamiento individualista y la pérdida de la cultura ilustrada. En todo caso, más allá de las imágenes que la ilustren y de las figuras en las que efectivamente se encarna, resulta claro que la barbarie no es un peligro conjurado, y un estudio profundo de la obra de Vico como el que propone Damiani arroja luz sobre esta problemática.

Andrés Crelier
UNLP

Gabriela Siracusano

El poder de los colores. De lo material a lo simbólico en las prácticas culturales andinas.

Siglos XVI-XVIII

Buenos Aires, FCE, 2005, 366 páginas

Si hubiera que definir el marco disciplinario y el tema del libro de Gabriela Siracusano –doctora en Filosofía con orientación en Historia del Arte, investigadora del CONICET y presidenta del Centro Argentino de Investigadores de Arte–, como primera aproximación podría decirse que se trata de una obra de historia cultural que enfoca sobre las prácticas y los saberes vinculados con el arte colonial de la región andina.

En cuanto a sus objetivos, *El poder de los colores* se propone dilucidar los sentidos y las funciones de las imágenes como recurso exitoso en la empresa catequizadora que se inicia con la dominación española en América. Ahora bien, a las pocas páginas de comenzada la lectura, se comprende que la empresa que supone este libro es mas bien compleja y que, en última instancia, se trata de indagar la colisión de dos cosmovisiones en las dos caras –la visible y la microscópica– de esa zona de contacto que es el sustrato material de los colores presentes en el arte colonial, y que esto involucra el análisis de prácticas de representación, modos de percepción, códigos de legibilidad, concepciones ontológicas, tradiciones de conocimiento y prácticas de poder.

Ya en las primeras páginas, en la sección “La materia como

documento”, la autora explica qué es un análisis estratigráfico de telas y capas pictóricas, en qué consisten las técnicas de cromatografía gaseosa y líquida y de espectroscopía de masa. Esta mirada del laboratorio, puesta en clave histórica para funcionar como radiografía del pasado, será una de las condiciones de posibilidad para la “excavación” y la “exhumación” de los sentidos implícitos en la materialidad de la imagen.

Y es justamente esta mirada histórico-arqueológico-química la que abre la cuestión del sustrato material del arte colonial hacia cuestiones vinculadas con rutas de abastecimiento de cada uno de los pigmentos, resinas y aceites empleados en los talleres de los artesanos y los pintores de la región andina, con la posibilidad de su manufactura local, con los grados de tecnología adquiridos en la región y con los numerosos términos para designarlos –incluyendo los vocablos europeos e indígenas y sus connotaciones mágicas o curativas– y, por lo tanto, con los laberintos terminológico-semánticos, que incluyen confusiones y deslizamientos de sentido. Esta compleja trama permite comprender por qué algunas sustancias cargan con las propiedades físicas y simbólicas de otras –como dice Siracusano, “desfasaje

enunciativo, producto de contradicciones y discontinuidades que asaltan estos enunciados anclados en la materia”–.

De esta forma, el mapa de navegación que plantea la autora conduce naturalmente a cuestiones vinculadas con la “historia natural” de los siglos XVI al XVIII, empresa de conocimiento montada sobre una fuerte tradición de conservación de una memoria textual, práctica de la clasificación, de la descripción y del catálogo, intento de codificación de la diversidad infinita del mundo en la palabra, que en Europa se remonta a Aristóteles, Teofrasto, Vitruvio, Plinio o Dioscórides y que atraviesa siglos hasta Biringuccio, Agrícola o Della Porta. De esta forma, toman un lugar protagónico la farmacopea, la mineralogía, la alquimia, las prácticas de curar, la astrología, la magia y los intereses que estas tradiciones de conocimiento enfocaron sobre los mismos materiales que se emplean en el taller del artesano y del artista. Es decir, la historia de la ciencia (como historia cultural y como historia de las ideas científicas) también es una fracción relevante de la trama del libro. En este sentido, es posible afirmar algo que en muchas otras obras surge como una consecuencia codiciada aunque forzada, esto es, que las

tradicionales oposiciones entre arte y ciencia “no han hecho más que confundir y ocultar los verdaderos lazos que las unen”.

Desde este punto de vista, el período que enfoca el libro –siglos XVI al XVIII– es crucial. En el siglo XVI están tomando forma en las primeras sociedades “científicas” nuevas prácticas de interrogación de la naturaleza que se desarrollan en escenarios que se parecen mucho a los talleres de los artesanos, donde hay hornos, calderos, instrumentos para el preparado de hierbas o para la destilación de productos químicos, lugares donde ya se habla de “experimento”, aunque en realidad hay que pensar más bien en lo que hoy llamaríamos elaboración y puesta a prueba de “recetas”, práctica que el historiador William Eamon llama el “eslabón perdido” entre los “secretos” medievales y los experimentos baconianos, porque si bien se trata en gran parte de la elaboración de recetas, se aplican sin embargo estrategias de manipulación y observación que retrospectivamente aparecen como estadio intermedio en el camino de construcción de una práctica posterior que se llamará “ciencia experimental”. Es en este marco que el libro de Siracusano trata también la cuestión del estatus social de las artes mecánicas, el lugar servil de estos saberes y el proceso de desvinculación de esta condición de poco prestigio social por medio de una estrategia discursiva que enfatizó el componente especulativo y racional y que ocultó en un segundo plano los aspectos de manualidad y manipulación de la materia.

Como dice la autora: “La victoria del *disegno* sobre la *praxis*”.

Ahora bien, planteado el marco sociocultural amplio, es claro que el escenario no es Europa, sino la América andina, por eso esta compleja trama de arte y ciencia, una vez comprendida en el caso europeo, debe ser investigada en los manuales de arte que circularon por Hispanoamérica, como los *Diálogos de la pintura* (1633) de Vicente Carducho, el *Arte de la pintura* (1649) de Francisco Pacheco, o el *Museo pictórico y escala óptica* (1715-1724), de Antonio Palomino de Castro y Velasco, y en la tradición de historia natural producida por viajeros, cronistas, catequizadores o naturalistas que visitaron América. Al respecto, señala la autora que

rasgos como la *curiositas*, las prácticas de observación y descripción de fenómenos nuevos, y la apertura a la experimentación preparan el camino hacia una *praxis* científica y mecanicista moderna, impregnada –en todo el reino español– de una fuerte impronta religiosa e inquisitorial.

Por ejemplo, en las obras de González Fernández de Oviedo, Bernabé Cobo, Bernardino de Sahagún o José de Acosta dan testimonio de un *modus operandi* renacentista, donde es evidente una mirada ampliada de la naturaleza, a la vez que cierto desajuste con la tradición clásica europea, ambos desplazamientos como consecuencia del impacto del paisaje americano sobre la tradición de historia natural europea.

¿Cómo se fue entrelazando esta historia del conocimiento con el uso de los colores en tierras andinas? A modo de ejemplo, digamos que la fuerte vinculación entre el arte de hacer colores y la experimentación petroquímica y metalúrgica de raíz hermética es analizada con detalle en *El arte de los metales* (1640), de Álvaro Alfonso Barba, que realizó su magisterio sacerdotal en Potosí. Barba advierte a los que trabajan en las minas sobre los metales que se pueden extraer en la zona y los colores que los identifican –el albayalde, el lapizlázuli, la caparrosa, el oropimente, etc.– y advierte también sus virtudes vinculadas con “la medicina del cuerpo humano”. Así, los colores aparecen conectados a los cuatro elementos, los humores, el zodiaco, la tríada alquímica o la influencia de los astros en la producción de los metales y los colores.

Toda la gama de poderes ocultos de los objetos físicos –piedras, metales, plantas, animales y astros–, comprendida como un juego de compatibilidades y rechazos, o de simpatías y antipatías, es llevada a la paleta del pintor. A esta tradición de historia natural se superpone la circulación de libros de secretos por España y América. En este punto, uno descubre que la manera de ir tejiendo la trama argumental del libro tiene algo de novela policial, de actividad detectivesca, donde los cruces “casuales” –casuales pero inexorables– con algunos ejemplares claves permitieron establecer cronologías y genealogías textuales, como es el caso del libro de Bernardo Montón, *Secretos de artes*

liberales y mecánicas (1734) y la dilucidación de su “parentesco” con Giambatista Della Porta.

Luego de rastrear los lazos entre pigmentos, metalurgia y alquimia en las prácticas europeas y americanas del período colonial, el libro se dedica a las cualidades que conectaban muchas sustancias con el dolor físico, con el vínculo entre los colores y las artes de la curación (algo que podríamos llamar “historia de la medicina en Hispanoamérica”). Primero en la tradición europea, luego en la actividad de boticarios, cirujanos y barberos en Sudamérica. Menciono un solo ejemplo, por razones de brevedad: cuando Siracusano primero descubre y luego describe la manera en que el padre Bernabé Cobo, como ejemplo de este cruce entre colores y farmacopea en el Virreinato del Perú, combina sus conocimientos de Dioscórides con prácticas curativas registradas en tierras andinas. Para Cobo, entre los pigmentos minerales, los de color verde eran particularmente aptos para la curación. Siracusano ya nos explicó al comienzo del libro todo lo necesario sobre el cardenillo. Dice Cobo ahora sobre el cardenillo que:

[...] echados sus polvos en cualquiera llaga cancerosa o pestilencial, aunque sean landres, consumen la malicia, corrigen los humores, desecan y mundifican la llaga de tal manera [...].

Finalmente, aclarando que la mirada del nativo llega a

nosotros tamizada por la mirada de los autores españoles, salvo casos complejos como el de Felipe Guamán Poma de Ayala, el libro se dedica a la relación entre colores, cuerpo y alma en las sacralidades andinas, donde se analizan los colores en relación con los quipus –instrumentos mnemotécnicos empleados para el cálculo, el registro de acontecimientos y el establecimiento de jerarquías–, el arco del cielo (el arco iris) y la curación por colores.

Otras formas de curación donde entran en juego los colores estuvieron vinculadas con objetos rituales, como las plumas de los guacamayos, papagayos y loros, aves parlantes que el advenimiento del cristianismo a suelo sudamericano asoció con el Paraíso y con los ángeles. Aún bajo la marca de la fuerza inquisitorial, en España convivían el culto oficial con supersticiones, hermetismo y cultos populares o heréticos. América recibió este legado y le aportó un nuevo componente: la presencia de prácticas religiosas que tampoco podían resumirse en el culto oficial de los Incas. El libro muestra que las estrategias religiosas y políticas para neutralizar esta realidad fueron variadas y no del todo controladas.

La presencia del indígena en los talleres de Cuzco, Lima y Potosí le dio matices propios a la dinámica de los gremios de artesanos y artistas, donde jugó un papel activo el sentido del oficio del pintor en la región andina antes de la llegada de los españoles, también regido por pautas político-religiosas. Siracusano analiza de qué manera esta herencia interactúa con la demanda de producción

de imágenes de la empresa catequizadora de los conquistadores, portadora de su propia retórica de la visualidad que busca despertar devoción y empatía emocional a partir de códigos europeos.

Volviendo al taller del artesano-artista, dice el libro de Siracusano: “¿Podían el uso y la mezcla de los pigmentos, provenientes de minas o zonas volcánicas, limitarse a una práctica simple y mecánica?” Y responde que el uso del oropimento (sulfuros de arsénico), sin contacto con aquellas sustancias que hubieran resultado antipáticas como el bermellón (mercurio), o el verdigris o cardenillo (acetato de cobre), o, por el contrario, la presencia amigable de minio y hematite (plomos y hierros), demuestran que

quienes tomaron estas decisiones conjugaron *praxis* y conocimiento –el hacer y el saber– mediante apropiaciones que deben haber combinado la lectura silenciosa o en voz alta de manuales y libros de secretos, con el intercambio oral y experiencial de aquellos oficios que también requerían, en las “cocinas” de sus talleres, de estas recetas para realizarlos –los que trabajaban con metales, los alquimistas, los boticarios, los especieros, los médicos, los barberos.

Finalmente, sobre el final se termina de establecer el vínculo entre las bases materiales de los pigmentos y su significación simbólica en el proceso de evangelización, demostrando que

más allá del pretendido carácter *representativo* de las imágenes devocionales, sus bases materiales –los

pigmentos y sus mezclas— fueron entendidos como *portadores de poder divino* no solo por las culturas a las cuales iban dirigidas sino por aquellos que las construyeron con fines catequizadores.

Si luego de este panorama volvemos a la introducción, pueden comprenderse en su dimensión expresiones como: “Los colores son ‘aventuras ideológicas de la historia material y cultural de occidente’”, expresión que la autora toma de Louis Marin. O algunas de las búsquedas que se propone el libro, cuando leemos:

[...] en la Sudamérica colonial el uso de los materiales pictóricos tuvo una significación que excedió la simple aplicación automática de técnicas artísticas europeas adquiridas

y la

idea de una comunión no sólo entre prácticas científicas y artísticas, sino también [...] entre dos campos tradicionalmente disociados:

el de la *praxis* y el *diseño*, en el sentido “vasariano” del término.

O cuando, tomando el concepto de idolatría de Serge Gruzinski, Siracusano sostiene que se propone desmontar las prácticas vinculadas a la idolatría a partir de su materialidad, y agrega que:

Entender a la idolatría como un elemento que organizó la relación con lo real, como saber y como práctica ligados a los objetos materiales, nos permite afirmar que el color, ya sea como presencia cromática o —lo que es más singular— como pura materia en forma de polvos, ocupó un espacio en el sistema de sacralidades andinas.

Así, Siracusano sostendrá que en estos polvos de colores provenientes de minas y montañas, ellas mismas también entendidas como espacio de lo sagrado, fueron protagonistas de numerosos rituales que sólo algunos pocos pudieron advertir. Es decir, que todo lo que se promete en la

introducción, que no es poco, es efectivamente indagado a lo largo del libro.

Finalmente, hay un rasgo no menor que resulta evidente en *El poder de los colores*: una preocupación por el lector, una dimensión didáctica muy cuidada y trabajada que transmite una sensación de transparencia a lo largo de todo el libro. Tal vez esta cualidad esté vinculada con una epistemología implícita, tanto en la escritura como en la estructura del libro, algo como una confianza en que con suficiente pulido, selección de fuentes y un orden adecuado es posible ser tan claro como el tema abordado lo permita. Es decir, un cuidado por no sumar opacidades y pliegues a los que ya son propios del pasado. El resultado no es sólo un riguroso estudio de notable consistencia, sino un aporte denso a la comprensión de las prácticas culturales andinas.

Diego H. de Mendoza
UNSAM

Eduardo Jardim de Moraes

Mário de Andrade. A morte do poeta

Río de Janeiro, Civilização Brasileira, 2005, 155 páginas

Este bellissimo libro, que aborda el análisis de los últimos años de la vida y la obra de Mário de Andrade, curiosamente se abre evocando los comienzos de la carrera intelectual del propio autor, momento en el cual la vuelta del viaje juvenil a Europa coincide con la efervescencia de la vida cultural brasileña en los comienzos de los años setenta. Para Eduardo Jardim, ese retorno al Brasil permitió el contacto directo con lo que constituyó “el último capítulo de la historia del modernismo brasileiro”, del modernismo entendido en sentido amplio como el imperativo de incorporar al Brasil con su particularidad en el concierto universal de las naciones modernas, imperativo que –según el autor– define el arco de preocupaciones de los intelectuales brasileños desde el último cuarto del siglo XIX hasta la penúltima década del siglo XX. De manera muy sutil, la conciencia del agotamiento de esta experiencia modernista penetra en el análisis y en la mirada que el libro sostiene sobre Mário, como si las desilusiones, los temores, la sensación de fracaso que acosó a este autor en los últimos años de su vida pudiera ser un punto de partida para reflexionar sobre lo que Eduardo Jardim llama “nuestra propia indigencia”.

El primer capítulo del libro comienza con la llegada de Mário de Andrade a Río de Janeiro en 1938, después de la

frustrada experiencia en el Departamento de Cultura de San Pablo. Siguiendo la correspondencia que se inicia en este año, Eduardo Jardim nos muestra al poeta, frente a sus interlocutores, dominado por una angustia profunda que no consiguió aplacar en los últimos años de su vida, “una tristeza que no se esclarece, que no dice bien qué es ni por qué”. Ataques de pánico, fobia, malestar, noches de alcohol y de insomnio, fantasías de suicidio. La voz de Mário en las cartas se cruza con las de sus amigos, que después de su muerte intentan relativizar o explicar las causas de ese malestar. Ciertamente, las dificultades económicas, las enfermedades, la situación política adversa durante esos años ponen en contexto esa situación personal. Pero el análisis de Eduardo Jardim avanza identificando la centralidad que tenía para la vida personal de Mário su vocación de artista, vocación que supone una acción específica y se define como tal hacia mediados de los años veinte, entrando en crisis sobre el final de los treinta. En este sentido, Jardim retoma el camino recorrido por el modernismo, entendido esta vez ya no en sentido amplio, sino como un capítulo específico de esa urgencia modernizadora que alentó a los intelectuales durante casi un siglo: para mediados de la

década de 1920, los jóvenes que planteaban la necesidad de una “actualización de la cultura” comienzan a entender esta tarea como un “programa de *abrasileiramento* de las artes y de la producción cultural en general”. Es decir, el ingreso al canon de la cultura occidental es concebido a partir de la afirmación de los rasgos culturales locales; sólo la exploración y el conocimiento de lo particular habilitan la construcción de un universal auténtico. En el caso de Mário de Andrade, este horizonte de preocupaciones se traduce en su interés por las manifestaciones de la cultura popular y el folklore, considerados como “tradiciones móviles” que mantienen inalterados determinados contenidos a lo largo del tiempo. La misión del artista sería explicitar y poner de relieve esos contenidos, contribuyendo así de forma decisiva a la consolidación de una identidad nacional. Tal como destaca Moraes, esta perspectiva prioriza el significado colectivo del arte, como una actividad capaz de religar a los miembros de una comunidad dada. Si el arte adquiere esta dimensión religiosa, el artista, “como principal oficiante de ese culto –dice Jardim– tiene una importancia reconocida por todos”. En este sentido, el análisis del final de *Macunaíma*, donde el escritor aparece como el personaje

capaz de articular esa historia de los “tiempos de antes” con el tiempo del lector, estaría mostrando cómo funciona esa particular mediación en la que se realizaría la vocación del artista.

Según Eduardo Jardim, es posible percibir para 1938 profundas alteraciones en ese cuadro que suponía una cadena entre el papagayo –testigo de los tiempos de antes–, el escritor –que puede contar una historia– y el público –que puede deleitarse y reconocerse en ella–. La falta de reconocimiento social lo induce a constatar la quiebra de ese vínculo que aseguraba un sentido a su vocación. La salida –precipitada por los cambios políticos– del Departamento de Cultura de San Pablo, el “exilio” en Río ocupando cargos relativamente subalternos, son hechos que llevan a Mário a cuestionarse hasta qué punto sus elecciones –o, como dice en muchas de sus cartas, su “sacrificio” de una obra exclusivamente estética– había rendido algún fruto. A esa duda terrible corresponde –según Eduardo Jardim– el sentimiento de extrema angustia que lo atormentó en los últimos años de su vida.

Este primer capítulo, donde Jardim construye un análisis que conecta la intimidad del poeta con la redefinición de la figura del intelectual que produce el modernismo en la década de 1920 y las dudas que esta misma suscita una vez avanzado ese proceso, se cierra anunciando las tres soluciones que exploró Mário de Andrade con el fin de encontrar una salida a esa situación: a) la reorientación de la técnica artística; b) la politización del

arte; y c) la experiencia estética.

La primera de ellas, concebida durante la preparación del curso de Filosofía e Historia del Arte en la Universidade do Distrito Federal (1938), es el eje del capítulo siguiente, tema que ya había sido objeto de estudio en un libro anterior del propio Jardim de Moraes, *Límites do Moderno. O pensamento estético de Mário de Andrade* (Río de Janeiro, Relume/Dumará, 1999). Esta propuesta parte de una evaluación negativa de la situación del artista en el mundo contemporáneo, situación que se arrastra desde los comienzos de la modernidad: la pérdida del significado social del arte se vincula con la autonomización de la esfera estética. Al constituirse como un valor autónomo, la búsqueda de la belleza se separa del conjunto de la vida social, liberando al artista de la necesidad de someterse, ya sea a otros valores sociales superiores, ya sea a la propia materia con la que está trabajando. De ahí, la exacerbación de la figura del individuo, que condujo a lo que Mário llama “el desvío formalista”, es decir, el experimentalismo que –ya sea en la música o en las artes plásticas– se cree libre de respetar exigencias provenientes del propio material. Sin embargo, tal como subraya Eduardo Jardim, la revolución moderna para Mário es irreversible, es decir resultaría imposible encontrar principios orientadores que unifiquen las diversas y fragmentadas esferas de la experiencia. El reencuentro del

arte con su vocación social no puede apelar al recurso de los valores tradicionales, anclados en un mundo premoderno, ya perdido para siempre.

Atendiendo a las potencialidades actuales, la propuesta de Mário se centra en la adopción de una “actitud estética”, caracterizada por la supresión del propio interés y la subordinación del gesto creador del artista a las posibilidades –concretas, múltiples, pero limitadas– de la materia. En este sentido, Jardim destaca que el poeta otorga a esta reorientación técnica, por la cual la fuerza de la materia se impondría al gesto del artista, una dimensión ética. Si en *Límites do Moderno*, el detallado análisis del concepto de “actitud estética” culmina ubicando a Mário en el horizonte de preocupaciones de las vanguardias de entreguerras –marcado por el rechazo a la figura del artista burgués, el antiindividualismo, el antiformalismo, y la búsqueda de un encuentro entre “el arte y la vida”–, en *A morte do poeta*, ésta es considerada más bien como uno de los caminos que enfatiza la destrucción del “yo”, de la propia interioridad, sede de la angustia.

La segunda vía –tal como la presenta Jardim–, la salida por la politización del arte, es quizás el más trágico de los caminos explorados por Mário de Andrade. Esa tragedia tiene que ver con la tensión entre, por un lado, el imperativo de encontrar una vía interna para reconducir el arte a su verdadera vocación colectiva –y la reorientación de la técnica artística apunta a este fin–, y por otro, la urgencia de la acción como camino para

superar el sopor o el marasmo que habría invadido los círculos intelectuales ante los inusitados acontecimientos nacionales e internacionales que marcaron los comienzos de la década de 1940. Y ahí Mário oscila entre la crítica despiadada a los jóvenes escritores politizados –que, descuidando la técnica artística, sobrevaloraban el mensaje– y la crítica despiadada a sí mismo y al movimiento modernista, por haberse mantenido esencialmente apolítico, y, en ese sentido, individualista e inactual. Tal como subraya Jardim, en las décadas de 1930 y 1940 el compromiso político apareció como una opción relevante para intelectuales y artistas de diversas partes del mundo. Concebida como el llamado a ocupar un lugar en el combate de los tiempos, particularmente en estos últimos años, la opción del compromiso político alternativamente sedujo y atormentó a Mário, quien jamás pudo adherir a ella completamente.

La última opción, explorada como posible salida de la angustia, es la que presenta Jardim en el capítulo cuatro: la experiencia o la fruición estética, concebida como un estado de contemplación, pasividad, aniquilamiento del

yo y de la acción que conduciría a una especie de “comunidad” espiritual (y sensual) con el mundo. A fin de precisar este camino, Jardim recuerda que en varias ocasiones Mário se refiere a la bi-vitalidad de dos fuerzas antagónicas que conformarían su personalidad: la sensualidad, el instinto o el deseo que comandaban la “vida de abajo”, opuestos a la inteligencia y el sentido moral que dominaban la “vida de arriba”. Esta última es la que incita a la acción (artística, social, política y moral), mientras que la anterior se deja llevar y es más bien pasiva. Partiendo de este punto, Jardim realiza un recorrido por algunos textos de Mário donde la definición del placer estético, en la medida en que está asociado a los sentidos aparece conectado, en mayor o menor medida, con aquella pasividad, con el abandono o la entrega de sí mismo a una experiencia contemplativa del mundo. Eduardo Jardim inscribe uno de los últimos poemas de Mário, “Meditación sobre el Tietê”, en esta dirección del pensamiento estético, línea que contrasta significativamente con el activismo de otros textos del período. Según señala Jardim, en su construcción en antítesis, el poema muestra la tensión entre las exigencias morales

que lo incitaban a la acción (artística y política) y el deseo de entregarse a un placer o deleite puramente estético. Al final del brillante análisis del poema –donde aparecen conjugados los sentimientos de impotencia, de fracaso y de júbilo–, el libro se cierra muy sobriamente recordando que Mário murió dos semanas después de terminar el poema.

Indudablemente, *A morte do poeta* se destaca por un conocimiento sólido y exhaustivo de la obra de Mário de Andrade, que le permite poner en conexión diversos materiales y unir en una misma trama la intimidad, el gesto público y el contexto –conceptual e histórico– en que ese gesto cobra sentido. Pero más aun *A morte do poeta* se destaca por la figura que, con singular sutileza, construye de Mário de Andrade: un intelectual angustiado, tensionado por opciones contradictorias entre las que no acierta a decidirse, desesperado por lo que vislumbra como su fracaso, y sin embargo... tan singularmente heroico, tan singularmente humano.

Karina Vasquez
UBA / UNQ

Eduardo Romano

Revolución en la lectura. El discurso periodístico-literario de las primeras revistas ilustradas rioplatenses

Buenos Aires, Catálogos/El Calafate, 2004, 447 páginas

“Cualquier elección tiene su historia, cuando se inscribe dentro de una trayectoria intelectual de investigación”, revela Eduardo Romano al comienzo de su *Revolución en la lectura*. Y, en efecto, son pocos los investigadores literarios que, como Romano, han mantenido, a lo largo del tiempo, una postura crítica tan coherente consigo misma. Porque desde finales de la década de 1960, cuando publica su primer artículo crítico sobre *Don Segundo Sombra* de Ricardo Güiraldes, Romano centró sus trabajos de investigación en los procesos de formación y transformación de la cultura popular en la Argentina, en relación con los cruces y diálogos que lo popular establece con la tradición criolla, el periodismo escrito, los medios masivos de comunicación, la cultura “alta”. Esta mirada sobre algunos de los procesos culturales constitutivos de la cultura popular urbana encontró su forma en los años 1970: en artículos publicados en la revista *Crisis*, en prólogos, antologías y capítulos preparados para la *Historia de la literatura argentina* dirigida por Susana Zanetti en el Centro Editor de América Latina, Romano se propuso la tarea de releer la historia de la literatura argentina a partir de la revaloración de géneros menores como la historieta, el teatro criollo, el radioteatro, las

letras de tango o la literatura policial, y de los productos de la industria cultural.

Su trayectoria intelectual de investigación estuvo siempre guiada por la búsqueda de la reformulación del concepto mismo de cultura a través del análisis de los fundamentos teóricos, ideológicos y estéticos de la cultura popular. Sus artículos críticos, sus libros *Literatura/cine argentinos sobre la(s) frontera(s)*, *Las huellas de la imaginación* (en colaboración) y *Voces e imágenes en la ciudad. Aproximaciones a nuestra cultura popular urbana*, y la preparación de numerosas antologías de poesía, letras de tango y cuentos argentinos, subrayan así que su mirada sobre los procesos de formación de la cultura nacional se ha mantenido fiel a sí misma a lo largo de los últimos cuarenta años.

Revolución en la lectura. El discurso periodístico-literario de las primeras revistas ilustradas rioplatenses es, entonces, uno de los resultados de muchos años de investigación dedicados al estudio del rol particular que juegan la cultura popular y la cultura alta en la conformación de los medios masivos, en un análisis que busca integrar no sólo los aspectos culturales sino también las cuestiones formales, económicas y laborales que influyen o determinan la producción

cultural. En este sentido, Romano incorpora las perspectivas de análisis de Gerard Genette y Roger Chartier, quienes acentúan la importancia del soporte material como una de las instancias decisivas para la comprensión de los modos de leer y la atribución de sentido a lo leído.

El primer propósito del libro es reconstruir los orígenes del discurso periodístico-literario, a fines del siglo XIX y comienzos del XX, en el ámbito rioplatense. El enfoque adoptado es, por lo tanto, regional –y no nacional– pues Romano considera que, desde el punto de vista histórico-cultural, Buenos Aires, Montevideo y sus áreas de influencia integraban un bloque homogéneo y compartían un mismo público. El centro del trabajo está puesto en el estudio de las revistas ilustradas que circularon por ambas orillas entre 1880 y los primeros años del siglo XX, por un lado, y en el éxito de *Caras y Caretas* en Buenos Aires, y de *Rojo y Blanco* en Montevideo, por otro, publicaciones que Romano considera centrales en la construcción de una nueva discursividad y en la asignación de nuevas funciones a la lectura literaria.

El libro revisa los antecedentes de las revistas ilustradas a través del estudio de los *Almanaques* publicados en la década de 1880 y de los semanarios ilustrados de los

años 1890 –principalmente *La Ilustración Sud-Americana* (1892-1905) y *Buenos Aires* (1895-1899). Tanto los *Almanaques* como los semanarios determinan un nuevo régimen de lectura que anticipa los procesos comunicativos de *Caras y Caretas* (1898) de Buenos Aires, y de *Rojo y Blanco* (1900) de Montevideo: la conjunción de lo icónico con lo verbal. En este sentido, al fusionar imágenes artísticas, fotográficas y caricaturescas con palabras que cubrían desde la información hasta la literatura, el periodismo ilustrado provoca “una verdadera revolución en las formas de leer” y propicia “zonas de encuentro para los lectores con acreditada competencia y los pocos duchos en tal práctica”. Con *Caras y Caretas* –sostiene una de las hipótesis más fuertes de la investigación– se asiste al nacimiento de la revista ilustrada popular que revoluciona el régimen de lectura anterior. Y esto es así porque *Caras y Caretas* creó un soporte de lectura atractivo y dinámico, porque concitó a multiplicidad de lectores pertenecientes a clases sociales diferentes, y porque supo fusionar la herencia de las innovaciones introducidas por las publicaciones ilustradas con lo más atrayente de la prensa satírico-política. *Caras y Caretas* tradujo en palabras y en ilustraciones la realidad de todos los días, mezclando imágenes artísticas, fotografías y caricaturas con textos que cubrían desde la información hasta la literatura, y donde se combinaba lo cómico con lo serio, lo curioso con lo

tremendo, lo culto con lo popular. De este modo, impulsó en el discurso periodístico-literario cambios duraderos que reaparecen tanto en las revistas culturales de los años 1920 como en los suplementos semanales de los grandes diarios.

A su vez, las revistas ilustradas populares también anticipan la aparición de nuevos intelectuales –los escritores-periodistas– que escriben en condiciones inéditas de trabajo intelectual en diarios y revistas, y la conversión de los lectores en escritores-colaboradores, uno de los aspectos más interesantes dentro del proceso general de democratización cultural de la época. El análisis del surgimiento de la figura del escritor-periodista es uno de los grandes hallazgos de esta investigación. Se trata de los “nuevos” intelectuales que, hacia finales de siglo XIX y comienzos del XX, se incorporan a un incipiente mercado cultural pautado por condiciones “inéditas” de trabajo intelectual. José S. Álvarez, Horacio Quiroga, Francisco Grandmontagne, Roberto J. Payró procesaron lingüísticamente los vertiginosos cambios que transformaban a diario las convenciones sociales, políticas y culturales en un momento en el que “los gustos y saberes del pobre comenzaban a definir un espacio propio, localizado en las antípodas de lo que la elite juzgaba respetable y prestigioso”.

En el marco de un análisis muy minucioso de los materiales gráficos y escritos de *Caras y Caretas*, Romano se detiene en las colaboraciones

literarias para afirmar que en la revista coexisten, y a veces polemizan entre sí, el nativismo, el reformismo y el esteticismo modernista. Consecuentemente, retoma y desarrolla un modo de sistematizar la literatura argentina ya presente en sus trabajos anteriores, que considera la existencia de tres poéticas dominantes: la poética “nativista” –que se consolida hacia 1880 con *La tradición nacional* de Joaquín V. González– cuyo núcleo ideológico apunta a mantener una identidad criolla vinculada con el medio rural; la poética “reformista” –cuyo mejor exponente es Roberto J. Payró– que sostiene que la literatura modifica a quien la lee; y, por último, la poética “esteticista modernista” que, si bien presupone la autonomía de la literatura, nace coincidentemente con la profesionalización del escritor que vende su escritura como una mercancía.

Con *Revolución en la lectura*, Eduardo Romano realiza una verdadera contribución al conocimiento de una etapa fundamental de la prensa periódica rioplatense. No sólo proporciona una documentación muy precisa sobre publicaciones que habían sido ignoradas por las historias del periodismo, sino que realiza un cuidadoso estudio sobre los orígenes del discurso periodístico-literario, que signó, en más de un sentido, el futuro de la prensa popular en la Argentina.

Sylvia Saïtta
UBA / CONICET

José Nun (comp.)

Debates de Mayo. Nación, cultura y política

Buenos Aires, Gedisa, 2005, 317 páginas

Debates de Mayo agrupa trabajos escritos por un amplio elenco de autores provenientes de diversas disciplinas dentro del campo de las humanidades y de las ciencias sociales. Los artículos, dieciocho en total, están organizados en apartados que procuran abordar temas y problemas vinculados con la Revolución de Mayo y con las maneras de recordarla, interpretarla y celebrarla. Nación, Estado, república, ciudadanía y democracia son algunos de los tópicos que, de un modo u otro, se reiteran en los textos, pero las preocupaciones de los autores varían considerablemente, tanto como las perspectivas en función de las cuales exponen sus argumentos. El resultado es un libro en múltiples aspectos heterogéneo, con el inconveniente de que esa heterogeneidad, que por momentos se torna interesante y hasta estimulante para el lector, en otros tramos lo desorienta.

En efecto, el riesgo de que la disparidad resulte en el desconcierto no es un dato menor y ello no solamente vuelve una tarea complicada la de pensar la compilación como una unidad, sino que, asimismo, puede terminar operando en detrimento del valor que, sin duda, poseen buena parte de las contribuciones que la integran. Precisamente por eso, es importante efectuar el ejercicio –posible y legítimo, por otra parte– de rescatar un sentido

que, aun a través de la heterogeneidad, recorre el libro y repercute en varios de los artículos. En la búsqueda de ese sentido, lo primero que hay que recordar es que la compilación recoge ponencias que fueron presentadas en mayo de 2005 durante unas jornadas convocadas por la Secretaría de Cultura de la Nación. José Nun, impulsor de la iniciativa, abrió dichas jornadas con un discurso que, además de contener una propuesta para hacer del Bicentenario el motivo y la oportunidad de un esfuerzo de autorreflexión, era también una exhortación a fin de que la sociedad argentina y, ante todo, los intelectuales orientaran dicha reflexión en una dirección específica. La intervención de Nun (incluida en el libro a modo de introducción) era, en realidad, “una invitación a hablar del pasado y del presente para construir desde ahora ese futuro que denominamos Bicentenario” (p. 13). Evocando la figura del *festival* elaborada por Durkheim, Nun ofrecía transformar la conmemoración en

un gran momento de entusiasmo colectivo, de efervescencia de la sociedad, que la hace revisar sus valores y normas, que la hace cuestionar lo que daba por descontado (p. 14).

Justamente, esa disposición a cuestionar lo dado es la que, en

dosis, formas y sentidos diversos, se reitera en muchas de las participaciones que conforman los *Debates de Mayo*. Los textos (aunque, vale la pena insistir, no todos) exhiben, cada uno a su manera, más o menos explícitamente, las marcas de un modo de pensar que se alimenta del empeño por desnaturalizar procesos, desmitificar conceptos, develar tensiones e impedir simplificaciones. Un primer grupo de trabajos lo componen aquellos que tienen como referente la empresa que en los últimos años encararon los historiadores con el objetivo de desarmar la versión canónica que situaba en la Revolución de Mayo los orígenes de la nación argentina. Hoy, por el contrario, se sabe y se reconoce que –tal como señala Jorge Myers en su artículo– ese significado atribuido a 1810 fue “una construcción *a posteriori*, una construcción deliberada” (p. 74), que comenzó a edificarse bajo el influjo del movimiento romántico y que, como la nación misma, fue tomando forma a lo largo del siglo XIX. Ciertamente, como Beatriz Bragoni apunta y Myers acuerda, fue el acceso a ciertos enfoques y nociones desarrollados por la historiografía europea (en especial, el concepto de *invención* de la nación) lo que, en el marco del debate más general acerca de las naciones

y el nacionalismo, posibilitó desmontar el mito genealógico fabricado alrededor de la revolución.

Por un camino alternativo, aunque complementario, condujo José Carlos Chiaramonte sus investigaciones acerca de las formas de identidad política vigentes en el Río de la Plata hacia 1810. El análisis del vocabulario político de los actores le permitió comprobar la ausencia de una identificación nacional a comienzos del siglo XIX. Chiaramonte repasa aquí, en su contribución a los *Debates*, la labor realizada a fin de corregir errores y anacronismos producidos por la historiografía que, promotora del mito de la nacionalidad originaria, había basado sus aseveraciones en múltiples “olvidos históricos” (p. 30). En esa misma línea se inscribe el trabajo presentado por Marcela Ternavasio. La propuesta de la autora consiste en examinar el “esfuerzo retórico” practicado por los criollos rioplatenses para fundamentar primero su rechazo a la Constitución de Cádiz y para legitimar después su posición insurgente (p. 79). Nuevamente, ese ejercicio analítico lleva a refutar los supuestos de las explicaciones más clásicas: la conciencia separatista no asumió en 1810 una forma nacional, en el sentido esencialista del término; el tema de la representación fue, en cambio, el motivo predominante en aquella instancia inicial. Tal como muestra Elías Palti, sin embargo, no son únicamente las interpretaciones canónicas las que pueden convertirse en blanco de objeciones. En su

opinión, “la versión revisionista merece también ser revisada”, para prevenir que se deslice hacia “una suerte de teleología inversa a la épica” (p. 93). Aun cuando la nación moderna no fuera todavía concebible, advierte Palti, emergía ya entonces “como *problema*”. La fragmentación política no era el resultado inevitable de la desaparición del virreinato.

Por otra parte, un momento que indefectiblemente hay que transitar con rumbo al Bicentenario es, por su puesto, 1910. Y también en este caso, como observa Hilda Sabato en su intervención, es necesario prescindir de las interpretaciones reduccionistas que oscurecen las ambigüedades y los matices del proceso histórico. Esto porque, siguiendo a Fernando Devoto, las fiestas del primer Centenario deben ser vistas en dos perspectivas temporales: no tan sólo la coyuntura, sino igualmente la “apoteosis” de una secuencia que arranca en 1880 (p. 188). Desde ese punto de vista, entonces, y recuperando el señalamiento de Sabato, aquello que de manera simplista suele plantearse como una operación de nacionalización impuesta desde el Estado con una intención monolítica, debe ser visto –en realidad– como un proceso no exento de debates, resistencias y negociaciones. En ese sentido, el artículo de Lilia Ana Bertoni confirma que el modelo de nación culturalmente homogéneo, preponderante en el clima exaltado de los festejos del Centenario, no se impuso si no luego de suscitar profundos conflictos que manifestaban, a

su vez, la existencia de otras concepciones alternativas acerca de cómo se definía la nación y cómo debía entenderse el patriotismo.

Con un criterio semejante, es decir, rehuyendo las simplificaciones, corresponde abordar los otros dos grandes temas que dominaban la escena hacia 1910: la situación política y la cuestión social. Por un lado, la participación de Natalio Botana viene a recordar que el debate político excedía en mucho la imagen que pretende limitarlo a la confrontación entre una élite dominante uniformemente aferrada al poder y unas mayorías populares que clamaban por la ampliación del sufragio. Al explorar los derroteros cursados por las ideas regeneracionistas y reformistas, Botana va dando cuenta de los diversos significados que en las divididas filas gubernamentales y en el también fragmentado arco opositor se le asignaban a conceptos como república, democracia y sufragio universal. Por su parte, Fernando Devoto se refiere al clima de conflictividad social que acompañó la celebración del Centenario, pero para remarcar el hecho de que por detrás de la sensación de “amenaza”, lo que se revelaba era la debilidad del anarquismo, “pasible de quedar aislado ante la oleada celeste y blanca” (p. 189).

No deja de resultar problemático, como decíamos al comienzo, comprobar llegado este punto que algunas intervenciones en los *Debates* no consiguen sustraerse a la tentación de incurrir en los mencionados anacronismos y

reduccionismos. En ese sentido, es de lamentar –por ejemplo– que José Pablo Feinmann declare, en abierta contradicción con las complejidades que otros trabajos de la compilación evidencian, que entre 1880 y 1910 la Argentina se organizó “como una nación profundamente antidemocrática” en la que los inmigrantes

no son integrados sino que son o bien expulsados por la Ley de Residencia, o bien conchabados en distintos trabajos y se les niega el sufragio universal, conquista que logra fundamentalmente Hipólito Yrigoyen (p. 112).

Más cuidadoso, Eduardo Rinesi subraya la imposibilidad de pensar la nación como una categoría inmanente y, sin embargo, no alcanza a desnaturalizar, analizándola en contexto, la noción de democracia.

Hablar de conmemoraciones y de los sentidos que los actores tejen en torno de ellas supone, como bien indica Alejandro Cattaruzza en su artículo, atender a los condicionamientos, las expectativas y los valores dentro de los cuales esos actores enmarcan sus acciones y sus juicios. En 1910, la fe en la modernización y en el progreso indujo a los contemporáneos a celebrar no sólo las transformaciones ya ocurridas sino asimismo las que, aparentemente de un modo inexorable, se anunciaban para el inmediato porvenir. Margarita Gutman analiza una selección de

imágenes de Buenos Aires (ciudad capital y metrópoli moderna) en las que, a propósito de las fiestas del Centenario, se perciben elementos de esa “imaginación del futuro”, en particular los que aludían a los adelantos tecnológicos urbanos (p. 159). Evidentemente, allí no se agotaban las significaciones asignadas al aniversario. Bajo la forma de huelgas y atentados, la protesta social –sostiene Gutman– operó como la “contracara” del festejo.

En cualquier caso, esa comprobación no hace más que convalidar la afirmación de Cattaruzza: lejos de ser unívoco, el sentido de una conmemoración con frecuencia se vuelve objeto de discusiones y luchas que tienen, además, claras connotaciones sociales y políticas. Tal es, en efecto, el punto de partida del trabajo de Alejandro Grimson y Mirta Amati. Los rituales y los símbolos nacionales son, en palabras de los autores, “un lugar de naturalización de los sentidos de la nación” (p. 204). De ahí la importancia de “historizar” esos significados, porque “el ritual se imbrica en un tiempo histórico específico” y expresa, en consecuencia, las tensiones que lo traspasan (p. 210). Sobre la base de esas premisas, Grimson y Amati buscan identificar algunos de los significados de “lo nacional” encerrados en las celebraciones del 25 de Mayo, entre 1960 y la actualidad.

Por su parte, Pablo Alabarces y Horacio González procuran situar sus respectivos

artículos en la línea marcada por Grimson y Amati. Alabarces se propone introducir “lo popular” en el debate sobre la nación y lo nacional, argumentando que “esa presencia de lo popular repone espesor democrático al relato de la patria”, pero sin que sea evidente –al parecer, tampoco para el propio autor– cómo entender dichas clasificaciones (p. 239). González, en tanto, despliega una serie de reflexiones que giran alrededor de la idea de la “supresión de honores” en la evocación de una fecha patria. Las pompas y, en general, las “elaboraciones antidemocráticas” tienen que ser suprimidas, para instalar, en contrapartida, textos e imágenes con los que construir “momentos dramáticos de conjugación y de aglutinamiento de voluntades” (p. 245). Sin embargo, no siempre se alcanza a discernir con claridad cuáles son los itinerarios por los que González hace discurrir sus consideraciones.

Ahora bien, si retomando la cuestión del carácter polisémico que poseen las celebraciones nos preguntamos por los sentidos que habrá de tomar el Bicentenario, la referencia al presente aparece como ineludible. Un presente que Maristella Svampa define como de transición, luego de una década de hegemonía neoliberal. Es indispensable, indica Svampa, profundizar el “efecto desnaturalizador” que comportó la crisis de 2001, a fin de restituir a las transformaciones operadas en la década de 1990 su “verdadero carácter social, esto es, conflictivo y

contradictorio” (p. 268). Tanto ella como Inés Pousadela apuntan a subrayar que la reestructuración del Estado y la expansión de modelos restringidos y excluyentes de ciudadanía no son los efectos naturales de una evolución supuestamente inevitable. En

consecuencia, también cabe pensar que podrían no ser irreversibles.

El esfuerzo por cuestionarlo todo, pasado y presente, interpretaciones, relatos y representaciones, subyace –por lo tanto– al desenvolvimiento de este libro y constituye, por

eso mismo, una clave en función de la cual poder hacer un acercamiento provechoso a los *Debates de Mayo*.

Inés Rojkind
UNQ

Graciela Batticuore, Klaus Gallo y Jorge Myers (comps.)
Resonancias románticas. Ensayos sobre historia de la cultura argentina (1820-1890)
Buenos Aires, Eudeba, 308 páginas

Es éste un libro de consulta ineludible para quienes pretendan conocer la historia de la Argentina en el siglo XIX. Este trabajo reafirma la importancia que ha tenido en la historiografía de los últimos años la primera mitad del siglo XIX. Una década atrás, este período ostentaba la triste fama de ser uno de los períodos menos conocidos de la historia argentina; hoy, en cambio, es uno de los campos más fértiles en la investigación sobre nuestro pasado. Las nuevas investigaciones rescatan viejos hallazgos que las modas historiográficas habían dejado llamativamente en el olvido a la vez que proponen una novedad interpretativa.

Gracias a Marcela Ternavasio hemos aprendido que el sufragio universal no llegó con la ley Sáenz Peña sino que ya existía en la década de 1820. En su libro *La revolución del voto: políticas y elecciones en Buenos Aires, 1810-1852*, publicado en 2002, Ternavasio logró sintetizar años de investigaciones en las cuales se revelaba que el gran problema político argentino del siglo XIX no fue el de la legitimidad en términos de quién era el soberano y quién votaba, sino el de la lucha facciosa entre las élites, como bien había comprendido Alberdi al lanzar su proyecto constitucional. Además de las fuentes originales, Ternavasio continuaba una estrategia

historiográfica aplicada con agudeza por Tulio Halperin Donghi en su *Proyecto y construcción de una nación*: la consulta de documentos que estaban a la mano pero que necesitaban de una lectura inteligente para mostrar cuán equivocadas habían sido sus interpretaciones. Los textos que Emilio Ravignani publicó en su *Historia constitucional de la República Argentina* de 1927 y en su monumental *Asambleas Constituyentes Argentinas 1813-1898*, con siete tomos publicados entre 1937 y 1939, resultan una mina de oro para el ojo que pretende hacer historia en serio. Una sociedad más parecida a la del norte y el oeste de los Estados Unidos y lejana de Europa y Chile desplegaba una vida pública en la década de 1820 que Rosas iba a congelar, pero no a revertir, a partir de su segundo gobierno en 1835.

Gracias a Jorge Myers hemos descubierto un Rosas más republicano de lo que sospechábamos. Como lo muestra en su libro *Orden y virtud: el discurso republicano en el régimen rosista*, publicado en 1995, lejos de intentar volver al *Ancien Régime*, Rosas se convirtió –a su manera– en el continuador de la tradición republicana que había iniciado la revolución de mayo. El título de Restaurador de las Leyes, como señala Myers, no se refiere a construcciones políticas coloniales ni a la trasnochada Constitución

corporativa de 1819, sino a las instituciones creadas por la “feliz experiencia” en la provincia de Buenos Aires, cuya legitimidad era innegable y que habían sido subvertidas por Lavalle en el golpe de Estado del 1 de diciembre de 1828, que terminó en el fusilamiento del gobernador legítimo Dorrego. De nuevo, la comparación con los Estados Unidos resulta ineludible y así lo indica Myers con la obsesión del discurso rosista por el republicanismo romano bajo figuras ejemplares, como Cincinato, o maléficas, como Catalina. Si bien en el Río de la Plata no hubo ciudades fundadas con el nombre de esos héroes lejanos (como sí ocurrió con Cincinnati en los Estados Unidos), la fuente en donde abrevaron era indudablemente similar.

Las similitudes entre los Estados Unidos y el Río de la Plata aparecen leyendo los textos de la época. Como ha mostrado Natalio Botana en su libro *La tradición republicana*, publicado en 1985, el modelo del primer país recorre las ideas de los hacedores de la Argentina, desde Alberdi al copiar la constitución, hasta Sarmiento al proponer un desarrollo económico y cultural que encontró en América del Norte después de haber visto con horror los contrastes sociales de Europa.

Resonancias románticas se adentra en un territorio todavía poco explorado para la primera

mitad del siglo XIX: el de la historia cultural. Los compiladores ofrecen un buen mapa de las investigaciones recientes sobre el tema. ¿Qué caracteriza el “momento” romántico y cuáles fueron sus influencias o “resonancias”?, se preguntan. Una de las respuestas llega a través de lo que Agnes Heller llamó “principio organizacional”, el período que, entre unos paréntesis falsamente ingenuos, alerta al lector atento acerca de qué hipótesis se desarrollarán en la obra. Principios organizacionales diferentes en historias de la Revolución Francesa –como (1750-1793) (1789-1793) (1789-1795) (1789-1815) o (1750-1815)– nos indican, antes de leer el libro, cuál es la opinión del autor sobre el carácter rupturista o continuista del proceso revolucionario y hasta dónde puede incluirse en el mismo a Robespierre o a Napoleón.

En *Resonancias románticas*, los años 1820-1890 superan la que suele reconocerse como la etapa central del movimiento romántico en la Argentina, al que se considera recién triunfante con la Generación de 1837 y decadente con el avance del positivismo en la década de 1880. Lo característico del romanticismo es, como muestra el libro, tanto la diferencia como la continuidad con respecto al iluminismo que lo precede y al positivismo que lo sigue. Quien encuentre un aire de tinieblas y un romanticismo teñido de una paleta de colores impuros no habrá hecho más que comprender la esencia de esta obra.

Resonancias románticas se desarrolla en torno de cuatro

ejes: la literatura, su representación pública, el viaje y la patria. Allí aparecen los prototipos de la figura romántica: artistas engreídos a los que les resulta difícil entablar el diálogo con el público que habían imaginado, embelesados por lo exótico y proclives a unir el arte con el nacionalismo. Como bien sostuvo Gwen Kirkpatrick en su capítulo “Romantic Poetry in Latin America” del libro *Romantic Poetry*, compilado por Angela Esterhammer en 2002, en América Latina el romanticismo encuentra una ligazón con la política inusualmente fuerte. Esta ligazón se comprende bien en *Resonancias románticas*, que estudia fenómenos artísticos y literarios en un diálogo constante con un contexto histórico que, en el caso de la Argentina, era nada menos que el de la construcción de un Estado, de una nación y de una legitimidad rota con la independencia.

El artículo de Jorge Myers, “Los universos culturales del romanticismo: reflexiones en torno a un objeto oscuro”, presenta una síntesis –producto de una vasta cultura– y un marco para analizar el romanticismo argentino en el contexto mundial y latinoamericano, al que el autor llama con certeza una “hoja de ruta tentativa”. Myers brinda una guía para comprender el romanticismo, al que caracteriza como una pasión en la que se conjuga el afán por el individualismo con un fenómeno que no es sólo cultural sino que es vivido como “una forma de vida total”. Lejos está Myers de atarse a una definición; su feliz

caracterización del romanticismo como un “fenómeno oscuro” ya nos indica con qué nos vamos a encontrar en el resto del libro.

La crítica literaria se despliega en esa “oscuridad” en la primera sección del libro “Una cultura literaria. El público, los escritores y la crítica”. El análisis sobre la caricatura que realiza Claudia Román ofrece una vía para la interpretación de la iconografía antirrosista de la mano de dos periódicos enfrentados con el Restaurador: *El Grito Argentino* de 1839 y *Muera Rosas* de 1841-1842. El estudio de las imágenes resulta crucial para entender el fenómeno del rosismo y resultaría de gran utilidad contar con más estudios sobre el lado oficial de su producción, un área que estudió desde una perspectiva revisionista Fermín Chávez en *Rosas, su iconografía*, una obra publicada entre 1970 y 1972 de la que todavía pueden extraerse elementos útiles pero que necesita de una reinterpretación.

El duro trance que sufrió la generación del 37 con la derrota de 1840 es abordado por Elías Palti en “Rosas como enigma”. El título no puede ser más apropiado; a partir de la derrota, el partido unitario ya no vuelve a ser una alternativa política. “Destruída toda oposición, borrada toda posibilidad de derribar lo que se había convertido en ‘una tiranía sin nombre ni ejemplo’, se imponía al menos una reflexión sobre lo ocurrido”, señala con agudeza Palti. Son justamente los que pueden extraer lecciones de la historia quienes van a liderar el proceso transformador, transformándose

ellos mismos de seguidores del iluminismo en cultores de un romanticismo que los obligaba a conocer y aceptar elementos que creían negativos de la Argentina pero frente a los cuales podía hacerse cualquier cosa menos ignorarlos. El resultado más atractivo es el viaje romántico que Sarmiento hace en el *Facundo* y con el cual termina el capítulo. Sería también interesante analizar en una sintonía similar los escritos oportunistas que hacen llover sobre la figura de Urquiza un liderazgo pasional y cultural en el que el gobernador entrerriano se va a sentir cada vez más cómodo. En este abanico siempre pragmático confluyen el *Dogma Socialista* de Echeverría con la dedicatoria a Urquiza y la conclusión del fin de los partidos unitario y federal y las más pedestres pero más efectivas sugerencias para regresar a Buenos Aires en los últimos años de un rosismo que ya no mostraba sus dientes, como el *Llamado a los emigrados argentinos para que vuelvan a la patria que los reclama* que Claudio Martínez escribió en Valparaíso en 1849.

El complejo entramado de influencias extranjeras que analiza Álvaro Fernández Bravo en su artículo “Un museo literario. Latinoamericanismo, archivo colonial y sujeto colectivo en la obra de Juan María Gutiérrez (1846-1875)” encuentra una atractiva interpretación en el estudio de un género literario que resulta casi sinónimo del romanticismo: la poesía. Si bien conocemos bien a José Mármol por *Amalia*, seguramente el escritor se habría visto decepcionado por el relativamente escaso interés

que sus seis *Cantos de peregrino* despiertan en la actualidad. Acierta Fernández Bravo al poner en contexto histórico su análisis así como en la elección de Juan María Gutiérrez como el hombre que intenta rescatar un pasado cultural. Pocos dudarán en considerarlo, junto con Juan Cruz Varela, el fundador de la historia de la literatura argentina. El análisis de quien rescató de manera literal parte de la literatura argentina (no podríamos leer *El matadero* de Echeverría de no haber sido por su iniciativa) en torno de la *América poética: primera antología de la lírica americana* nos permite reconocer una agenda más ambiciosa que la emprendida por Ricardo Rojas a principios del siglo XX y marca la diferencia entre proyectos cosmopolitas y otros más locales, que sólo podían surgir cuando la Argentina fuera algo más que un país imaginado.

Graciela Batticuore examina en su artículo “La lectura, los escritores y el público. 1830-1850” el espacio de quienes producen literatura y quienes la leen como un mundo de cambios y superposiciones en el que se mezcla la vieja cultura del salón del *Ancien Régime* con el espacio público burgués y masculino. Este trabajo analiza uno de los tantos conflictos que la Generación del 37 sufría; mientras fueran emigrados podían hacer uso indiscriminado de su libertad para escribir, pero en tanto quisieran que sus escritos tuvieran influencia en el mundo político debían ceder en creación artística para ganar en redacción pragmática que un caudillo como Urquiza pudiera

considerar de utilidad. Esta fatídica encerrona puede compararse con un aspecto que la autora conoce bien: el papel de la mujer en la literatura argentina del siglo XIX.

Batticuore ha publicado recientemente *La mujer romántica. Lectoras, autoras y escritores en la Argentina: 1830-1870*, un libro fundamental para la historia de la literatura argentina, que ha merecido el Primer Premio de Ensayo del Fondo Nacional de las Artes. En *La mujer romántica* Batticuore continúa su análisis de Juana Manuela Gorriti, que mostró en otras publicaciones, y amplía el conjunto a Mariquita Sánchez de Thompson, Eduarda Mansilla y Juana Manso. Al estudiar la inserción de la mujer en el ámbito público-literario como lectora y escritora, Batticuore encuentra la misma disyuntiva entre libertad creadora y pragmatismo. Si bien Mariquita podía no responder a ese dilema por su edad avanzada y Eduardita Mansilla por su matrimonio con un diplomático que vivía una residencia dorada en los Estados Unidos, Juana Manso producía como parte del proyecto sarmientino de política educativa y Gorriti debía resignar su afán creativo frente al pago de la compañía de seguros La Buenos Aires para publicar por encargo *Oasis en la vida* en 1888, una soporífera novela plagada de lugares comunes y escrita sin entusiasmo.

La segunda parte del libro está dedicada a “Escenarios porteños. Teatro y sociabilidad”. La distinción que Batticuore realiza sobre el pueblo real y el público

imaginado por los escritores se enlaza con el artículo de Klaus Gallo “Un escenario para la ‘feliz experiencia’. Teatro, política y vida pública en Buenos Aires. 1820-1827” que abre esta sección. Gallo remarca la importancia que el teatro y su propuesta estética tuvieron en la “feliz experiencia” de la provincia de Buenos Aires. El autor encuentra en el teatro un objeto de estudio que se complementa con su larga investigación sobre la influencia que las ideas de Jeremy Bentham ejercieron en la década de 1820 en el Río de la Plata. Así, el teatro resulta crucial para una ideología que no se aleja de la ilustración y considera el valor educativo del espectáculo sobre una población que todavía tiene que aprender a gozar de los beneficios del liberalismo. Las conclusiones de Gallo nos ofrecen una doble ventaja: el análisis comparativo en el contexto latinoamericano y el alejamiento de la trillada idea de ruptura en una representación que pasaba, sin transiciones, del auto sacramental al teatro laico.

Esta perspectiva se enriquece con los otros trabajos de la sección. Beatriz Dávila estudia en “La élite de Buenos Aires y los comerciantes ingleses: espacios de sociabilidad compartidos. 1810-1825” la mirada de los viajeros de ese origen sobre las tierras que visitan. Resulta interesante la forma en que la autora trabaja con la categoría francesa de “sociabilidad” que la historiografía inglesa consideraría una inútil complejidad europea. Dávila realiza un trabajo adecuado en cuanto a cómo el inglés logró

convertirse en el modelo social de las élites locales.

Doblemente interesante resulta leer este artículo junto con las percepciones que los propios locales tenían de los ingleses, como los edulcorados recuerdos que Mariquita Sánchez de Thompson guardaba sobre las invasiones inglesas y que publicó en *Recuerdos del Buenos Aires virreinal*.

El artículo de Eugenia Molina “Civilizar la sociabilidad en los proyectos editoriales del grupo romántico al comienzo de su trayectorias (1837-1839)” acierta al considerar en conjunto una publicación que todavía aparecía en la Buenos Aires rosista –como *La Moda* de Alberdi– con otra nacida como resultado del exilio en Montevideo, *El Iniciador* de Andrés Lamas. Esto no es una arbitrariedad. *El Iniciador* se consideró a sí mismo como continuador de la malograda publicación porteña y Miguel Cané, emigrado desde 1834 en la Nueva Troya, llamó a Alberdi para que colaborara en el mismo. Trabajar a caballo de dos experiencias tan distintas enriquece el conjunto de trabajos de este libro. Y no resulta menor que Molina considere estas publicaciones parte del conjunto civilizador, de la enseñanza del buen gusto y las buenas maneras que transforma a *La Moda* de una publicación extravagante en eje de un proyecto cultural.

La segunda sección del libro encuentra su remate en el artículo de Martín Rodríguez “Rosas y el teatro rioplatense (1835-1852)”. Al leerlo junto con el de Klaus Gallo se puede comprender el papel docente del teatro y la crítica teatral en

los proyectos de formación de una cultura local liberal. Aquellos que escriben en el exilio durante la época de Rosas ya no pueden poner en práctica sus ideas sobre el papel del escenario, como ocurría durante la “feliz experiencia”; sólo alcanzan a plantear cuál va a ser el lugar del teatro en proyectos que sobrevendrán con la caída o la transformación de Rosas. Y es justamente en la sintonía de intelectuales que dejan de ser ilustrados para pasar a ser románticos donde encontramos, de nuevo, el mayor aporte historiográfico.

La tercera sección del libro se denomina “Travesías románticas. El viajero argentino en sus relatos”. La idea del viaje intelectual es apropiada para analizar el romanticismo, atrapado por la atracción de lo exótico, tanto en países lejanos como en la propia Argentina, donde toma el nombre de “barbarie”. Es un mérito de los compiladores haber puesto el artículo de Adriana Amante “Brasil: el oriente de América” como iniciador de la sección. La imagen del Brasil en el Río de la Plata ofrece un campo fértil para analizar la esquizofrenia en la que gustaba moverse el romanticismo. Si bien era un país independiente, difícilmente se lo consideraba americano por su sistema monárquico, que lo convertía en un apéndice de una Europa que producía opiniones opuestas en un mismo escritor. Aquí cabría preguntarse cómo veían los románticos argentinos geografías americanas gobernadas por una república para poder establecer hasta dónde existía una distancia intelectual tan importante respecto del Brasil. Amante

ofrece una posible respuesta con la posibilidad comparativa que trae la aplicación de categorías en boga, como la influencia de los climas de Montesquieu, que resume en una deliciosa cita de Miguel Cané sobre Tucumán, “el espacio *no hostil* que encuentra el romanticismo argentino en su propia nación”.

La sección continúa con el artículo de Darío Roldán “Sarmiento y el viaje a Argelia. Entre el inmovilismo y la utopía social.” Si bien los *Viajes* de Sarmiento han sido estudiados con profundidad, el centro ha sido puesto en los realizados a Europa y los Estados Unidos. La visión de Sarmiento sobre Argelia representa un engranaje para formar su concepción sobre el mundo deseable al que debería parecerse la Argentina futura. Sin duda en Sarmiento la experiencia africana no tuvo la importancia y el entusiasmo que Sylvia Saítta ha mostrado en las *Aguafuertes africanas* de Roberto Arlt; y la diferencia no sólo es la separación de casi un siglo de distancia. En el mismo lugar visitado por su adorado Alexis de Tocqueville, Sarmiento encuentra que la religión ocupa un lugar inusitado en la vida social, como bien destaca Roldán. Sin embargo, distintas experiencias religiosas movían a quienes leían la Biblia en los Estados Unidos y a los fieles del Corán en Argelia. Resulta clave para apreciar la riqueza del aporte de Roldán en la formación del proyecto sarmientino releer el trabajo que Carlos Altamirano publicó en 1994 con el título de “El orientalismo y la idea del despotismo en el *Facundo*”.

El artículo de Beatriz Colombi “Sarmiento: Orientalismo, española y prisma europeo” continúa el tema abordado por Roldán. Justamente, una cita de Sarmiento que este autor introduce en su trabajo nos permite comprender el realizado por Colombi “Nuestro Oriente es la Europa y si alguna luz brilla más allá, nuestros ojos no están preparados para recibirla, sino a través del prisma europeo”. Colombi muestra de manera inteligente cómo en la historia los adjetivos son categorías relativas; la hispanofobia de Sarmiento cede ante el espectáculo brindado por los berberiscos. Si en Argelia no hay nada que tomar más que la imagen del déspota en camello, en España Sarmiento encuentra, aunque sea a su pesar, rastros de un mundo no tan alejado. Y la paradoja de hispanofobia como hispanidad señalada por Unamuno vuelve a contribuir a una mejor comprensión del fenómeno romántico.

El libro termina con una sección sobre “La patria figurada. Perspectivas y paisajes”, que se abre con el artículo de Graciela Silvestri “Errante en torno de los objetos miro. Relaciones entre artes y ciencias de descripción territorial en el siglo XIX rioplatense”. Silvestri trabaja sobre un territorio que le es bien conocido: la relación entre arte, ciencia, tecnología y proyecto. Ya no son descripciones costumbristas, como ocurría en el artículo de Beatriz Dávila, sino observaciones que pretenden ser científicas las que le interesan a Silvestri. La curiosidad obsesiva, que es uno

de los elementos centrales del romanticismo, se despliega en dos esferas: la del conocimiento *in situ* de la geografía y la posibilidad de volcarla de manera moderna para el lector mediante el uso de la cartografía. Los casos tomados por Silvestri nos permiten realizar un recorrido de un siglo entre los viajeros científicos de la colonia borbónica hasta el arte sublime clásico que lleva a Blanes a pintar a Roca como el héroe de la “conquista del desierto”. En el medio de este largo período se encuentran los románticos, intelectuales que –como dijo Halperin Donghi– consideraban a la Argentina en la que podían ejercer su influencia después de Caseros como un mapa ideal alejado de una realidad que desconocían y a la que iban a tener que enfrentarse cuando descubrieran que sólo pocos ríos eran navegables y que las montañas no eran minas a cielo abierto preñadas de minerales valiosos.

En “Literatura y documentalismo en la narrativa expedicionaria del desierto”, Claudia Torre nos muestra cómo esta idea de la geografía perdura más allá del momento romántico. De manera acertada, Torre utiliza el diario del capellán de la expedición Antonio Espinosa, una lectura ineludible para los que se interesan en el tema, como un ejemplo del estilo inventarial y burocrático que los informes del Estado ofrecen. Pero para considerar cuán diferente es el nuevo enfoque documental resulta más interesante leer este artículo en el contexto de las crónicas territoriales de larga data, como las de Félix de Azara o Pedro Andrés García.

Fernando Aliata analiza en “La acción del Departamento Topográfico y las Comisiones de Solares en la Consolidación de los poblados bonaerenses. Dolores entre 1831 y 1838” un caso que enriquece las hipótesis esbozadas por Silvestri: la ciencia aplicada en torno de la tierra pampeana, que se desconoce y es preciso mensurar para poner en explotación. El período analizado por Aliata es el del traspaso de la propiedad estatal a la privada, un proceso que el autor detalla. Por un lado, el desconocimiento de la tierra recientemente ocupada lleva a una práctica de ensayo y error interrumpida por la llegada del malón. Por otro lado, la interacción entre política y economía se muestra en la forma en la que los trabajos de las Comisiones de Solares benefician, de manera previsible, a quienes la integran.

En “¿Muralla o boulevard? Formas para una nueva capital (1853-1888)” Claudia Shmidt realiza un excelente trabajo de contextualización histórica del romanticismo. La “cuestión capital” que dividió a la Argentina hasta 1880 encuentra en el artículo de Shmidt una historia urbana como parte inseparable de un fenómeno político que se desarrolló bajo el ruido de las armas. Por ello resulta sugerente cómo se aplican categorías originalmente militares más allá de la obvia “muralla” al “ensanche” y “boulevard”. Todas ellas están contenidas en la lucha entre la provincia de Buenos Aires y el Estado central que continúa en la década de 1880 cuando la Capital Federal incorpora en 1886 a Belgrano y Flores;

Shmidt indica que este traspaso, usualmente considerado como una nota al pie, adquiere los ribetes de una verdadera batalla. Además, el trabajo nos muestra cómo se superponen viejas y nuevas concepciones culturales; la construcción de una muralla para la ciudad de Buenos Aires, que un político de vieja estirpe como Carlos Tejedor promueve en medio de un mundo que las tumba, tiene tanto de resabio romántico como de estrategia para enfrentar al ejército nacional.

El artículo de Laura Malosetti Costa “¿Un paisaje abstracto? Transformaciones en la percepción y representación visual del desierto” le pone un broche de oro al libro. La autora de *Los primeros modernos, Arte y sociedad en Buenos Aires a fines del siglo XIX* retoma la atmósfera de conceptos generales que Myers utilizó para abrirlo. El eje de este artículo es la construcción histórica del paisaje. Para ello, Malosetti analiza la distancia entre percepción y representación y la función social de las imágenes. La referencia a la obra de Ernst Gombrich rescata un clásico cuya relectura siempre resulta fructífera (en este caso, probablemente valga la pena volver a hojear su ensayo sobre el arte y la ilusión: un estudio de la psicología de la representación pictórica). “Para representar la inmensidad es necesario tender la vista desde un punto elevado, la mirada a ras de suelo no produce la misma impresión”, señala Malosetti. Y aquí nos encontramos con uno de los temas que atravesó el romanticismo en general y el

argentino en particular. ¿Hasta dónde es la mirada de Sarmiento en *Facundo* elevada u horizontal? ¿Cuáles fueron los límites que los románticos conversos establecieron frente a su pasada ideología iluminista?

Resonancias románticas tiene muchos méritos que ya se han señalado en esta reseña. Pero en el balance es necesario felicitar a los compiladores por el armado de un libro cuya lectura pasa de un artículo a otro de la mano con el puente de plata de alguna pregunta, de alguna inquietud o de alguna hipótesis. El libro seguramente se convertirá en un clásico de los estudios de historia cultural argentina. Su lectura permite comprender las contradicciones lógicas de una etapa de transición, que encuentran sólo un ejemplo en Esteban Echeverría, una figura emblemática del romanticismo, que escribe *El matadero* con una estética más realista que romántica y se lamenta en el *Dogma socialista* del voto universal de 1821 al que considera la fuente de la derrota del partido unitario. El libro nos obliga a pensar que los procesos históricos son más complejos de lo que parece a primera vista y que es necesario reexaminar las propias contradicciones de la Argentina. Y quien desee establecer comparaciones con el resto del mundo, encontrará en sus páginas una interpretación útil y desafiante para los estudios sobre el romanticismo en el mundo.

Fernando Rocchi
UTDT

Vanni Blengino

La zanja de la Patagonia. Los nuevos conquistadores: militares, científicos, sacerdotes y escritores

Buenos Aires, FCE, 2005, 216 páginas

La seducción de la Patagonia

Al finalizar el primer capítulo de su libro, Vanni Blengino describe el conocido cuadro del uruguayo Juan Manuel Blanes en el que el general Roca aparece, con la mirada perdida en el vasto territorio patagónico que ya está al alcance de la mano, rodeado de militares, científicos y, en un extremo del plano, sacerdotes salesianos y doblegados indígenas. No sé si el cuadro, con su notable realismo fotográfico, le sugirió al autor la elección de los actores a través de cuyas acciones relatará este tardío y fascinante episodio de la conquista del espacio americano, pero es muy sugerente pensarlo así: esta especie de *tableau vivant* dicta las líneas de un texto. Blengino nota, con acierto, la ausencia del colono inmigrante entre los personajes representados, todos con innegable densidad simbólica a la vez que testimonial: los supuestos destinatarios de la tierra, los adelantados de la civilización pacífica, aparecen ya excluidos, como en la práctica inmediata lo fueron. Blengino no avanza sobre esta figura ausente, aunque al final de su libro reintroduce algunos aspectos del impacto migratorio en la república. Blengino decide, me gusta pensar, a partir de esta notable producción artística –tal vez no notable en términos

específicos de la disciplina pictórica, pero sí indudablemente en términos históricos: como grabado permanece en los billetes de banco.

Vanni Blengino, profesor de literatura hispanoamericana en la Universidad de Roma, ha publicado antes del libro que nos ocupa *Oltre l'Oceano. Gli immigranti italiani in Argentina* (Roma, Edizione Associati, 1990), así como otros trabajos sobre el tema. Pero la articulación que privilegia esta vez es la de la ciencia, la técnica militar y la iglesia con la esfera literaria. Los mismos protagonistas –ingenieros, naturalistas, militares o sacerdotes– son analizados a través de sus testimonios literarios. La deuda con la literatura está declarada desde el título –el escritor toma el lugar invisible, pero no menos decisivo, del artista que conforma el panorama–. Pero, aunque la palabra escrita es privilegiada, no es posible decir que Blengino se encierre en una lógica puramente textual. Los textos, la mayoría clásicos de la literatura de viaje y las crónicas decimonónicas, son analizados tanto en sus estrategias específicas como en el contexto en que fueron producidos.

Queda claro que se trata de un libro escrito inicialmente para un público europeo, que hoy se fascina con la Patagonia. Resulta difícil abstraerse de

esta fascinación, especialmente al recordar los episodios que hacen mundo con problemas actuales: los viajes de los naturalistas, los *big sloths* cuyos restos aún permanecen encerrados en extensas tierras casi vírgenes, y que entonces como hoy sugieren la presencia de la prehistoria –tema que el autor no deja de señalar, la avidez de “vacío” en un mundo lleno y la consecuente pregunta sobre la construcción cultural de ese vacío, los “pueblos originarios” cuya alteridad no fue mellada porque *desaparecieron* sin dejar rastros, y, sobre todo, la situación de frontera, ese espacio móvil e informe a cuyo conjuro alude la zanja del título, y que es el eje de las preocupaciones del autor. Baudrillard resume así la fascinación europea por la Patagonia: “una región de exilio, un lugar de desterritorialización [...] la desolación de las desolaciones [...] viajar a la Patagonia, por lo que imagino, es como ir hasta el límite de un concepto, como llegar al fin de las cosas.” La idea de vacío, no-territorio y límite último hace mundo con las preguntas actuales acerca de la posibilidad de lo informe, lo ajeno a la milenaria ansiedad de forma occidental. Es en este punto en el que el libro cede al aire de los tiempos: cuando por ejemplo, previsiblemente, remarca la necesidad en las

memorias de campaña de contar minuciosamente, de calcular, describir cada munición, cada planta, cada matrimonio y bautismo, todos igualados por el número, anotando la hora y el día precisos de cada acontecimiento. La voluntad de dar forma, que implica para la tradición occidental medida y límite, tiene en estas prácticas su más pálido ejemplo.

Si tales son las coordinadas en las que se inscriben las investigaciones sobre la Patagonia, especialmente las producidas en el marco de los estudios poscoloniales, y si, como requerimiento editorial, la investigación debía resumirse en un texto legible para un público amplio que ignora las características locales, no es dable esperar una discusión histórica detallada, y sí en cambio la recurrencia a fuentes y documentos, como este cuadro de Blanes, tan trabajados en nuestra historiografía. También se espera en el género que la seducción de ciertos temas sea acentuada. Se trata de un género de divulgación que resulta problemático para los asuntos sudamericanos: no termina de satisfacer al especialista o al conocedor local del tema, y el público culto –europeo– al que va dirigido en primera instancia carece en ocasiones de las mínimas nociones histórico-geográficas acerca de este apartado Sur. Revisando las críticas periodísticas, me llamó la atención una que hacía transcurrir la zanja de Alsina desde “el Atlántico a los Andes”, error geográfico de ninguna manera atribuible al libro. Pero Blengino sortea con

elegancia esta limitación de género, de manera que muchos fragmentos del libro se constituyen en un aporte específico para el desarrollo historiográfico local.

Esto se debe en parte a que, a pesar de su inicial aire de familia con los estudios matizados por el enfoque poscolonial norteamericano, el trabajo de Blengino es de agradable y variada lectura, sin la explicitación del aparatage formal que lleva, las más de las veces, a constatar decepcionantes lugares comunes en los testimonios de referencia. Pero también se debe a la elección de los actores y a la descripción más compleja de sus prácticas, actores que por diversos motivos han sido eludidos en los estudios locales. Me refiero en particular a los militares (ingenieros civiles “enganchados” en el ejército, o militares de carrera) y a los padres salesianos, ambos enfocados, como sugiere el título, alrededor de sus acciones y sus discursos sobre la frontera.

El tema de la frontera, y de los vastos espacios vacíos por detrás de ella, fue tratado localmente con escasa complejidad. Sólo recientemente podemos contar con publicaciones basadas en investigaciones sistemáticas y en encuadres más abiertos que el sugerido por transcripciones metafóricas. Abundan reediciones de viajeros y trabajos de historia local de pueblos, estancias y comunidades indígenas; pero el tema del *desierto* y su conquista, al ser favorito de los estudios literarios, poco ha dejado en lo referente a la historia *tout court*. La mayor parte de los trabajos se ha situado, invirtiéndola, en la

perspectiva dual del *Facundo*. Los aportes más significativos se encuentran en los estudios económicos (a pesar de su estrecha metodología), y en los lindes de la historia, en las contribuciones de la antropología, la arqueología, la incipiente –en la Argentina– historia de la ciencia. Pero en todos los casos, lo que ha sido cancelado, al tomar solo aspectos parciales, es lo que Blengino identifica y que constituye la fuerza del libro: el dominio concreto del espacio, bastante más complejo que lo deducido a través de una metáfora o un padrón. En el avance de la *civilización* sobre el *vacío* los protagonistas decimonónicos eran el ingeniero y el militar, modelando decididamente la geografía –y ambas historias, la del ingeniero y la del militar, están en pañales, todavía sujetas a estudios *amateur*, fuertemente ideologizados, realizados en general por profesionales prácticos de alguna de las dos esferas–. Para avanzar en el espacio de la frontera y más allá, Blengino desgrana lentamente los textos de actores que, aunque conocidos, no fueron objeto de estudio detallado. La distancia tiene a veces sus ventajas: la zanja de Alsina no sólo es tomada en el texto como metáfora, sino también como increíble –casi desopilante– realización.

Aunque bien conocemos la “zanja de Alsina”, es escasa la literatura que se ha dedicado a explicar tan atrabiliaria decisión. El autor acierta al enfocar el motivo que dará título al libro (la zanja no está en la Patagonia, pero se trata de una acertada licencia retórica, ya que el “vacío” comenzaba, en el siglo

XIX, en Buenos Aires). Sin embargo, el tratamiento que le otorga a este límite material es, podríamos decir, plano. Se detiene excesivamente en la recurrida metáfora de la muralla china, con que el periodismo de la época combatió la propuesta del ministro de Avellaneda. Blengino agrega otra comparación, igualmente anacrónica: la muralla de Adriano, ignorando que foso y muro de tierra, puntuado por miradores, resultaba la práctica de defensa característica de las estancias. No se detiene en mostrar el avance técnico que representó el telégrafo adosado a la línea; tampoco señala el hecho de que no resultaba tan extraño en la época, por repetida experiencia, que se le ocurriera a alguien colocar un obstáculo no para la entrada, sino para la salida de los indios, con su botín de animales y cautivos –ambos rubros, como ha sido notado, de importancia económica y estratégica–. Tampoco explora a fondo la base psicológica que implicaba una frontera definida, teniendo en cuenta que, según los registros de la época, el aspecto más temido, el que parecía atentar con mayor persistencia contra la civilización, era la ambigüedad de una zona sin forma, mestiza, de incierto contacto, sin límites de propiedad –sin límites: sin forma–. No asustaba el buen salvaje incontaminado: asustaba el indio a caballo, que había mejorado las prácticas de agricultura, cambiando su estrategia guerrera desde los primeros contactos con el español, aprendido la astucia y la mentira de sus dominadores, aprendido, como Calibán, su lengua.

En el plano militar de la conquista del desierto,

Blengino saca provecho de la reflexión sobre las tácticas y las estrategias adoptadas. Sin embargo, también aquí puede objetársele cierta liviandad en sus conclusiones. Aunque comenta las diferencias entre la posición defensiva de Alsina y la guerra de exterminio de Roca, no reconoce las raíces borbónicas e ilustradas de aquélla. La guerra romántica, que Napoleón inició en la práctica, Clausewitz teorizó en sus bases generales y Von Moltke ancló en la administración del estado prusiano, implicó en su versión rioplatense mucho más que la conquista de la Patagonia. Para no avanzar en el siglo XX, la introducción casi intempestiva de la guerra moderna implicó cambios centrales para el país, desde la cuadrangulación de la pampa y la consecuyente entrega rápida de grandes extensiones de tierra a quienes habían solventado la guerra, hasta la alianza, apenas ensayada anteriormente, de ciencia, técnica y aparato militar, que pronto se revela clave en un aspecto central de la formalización del territorio: la cartografía. Aun así, el hecho de que Blengino se detenga en la zanja coloca como hecho físico y técnico, no sólo metafórico, un episodio cuyo fracaso lo arrojó fuera de la historia.

De mayor interés resulta el trabajo con los documentos salesianos. También en esto Blengino corre con la ventaja de la distancia –en particular el hecho de que Don Bosco, cuyos sueños proféticos impulsaron a sus discípulos al viaje americano, fuera italiano. Aquí sí, a diferencia de los otros casos tomados, abunda en bibliografía secundaria que no

conocemos. Escaso tratamiento se le ha otorgado en el país a la componente religiosa de la conquista decimonónica. Para la historiografía nacional, canónica, no sólo resultaron idénticos por su misión de fe un salesiano, un franciscano o un jesuita, sino que fueron los jesuitas, a través de sus propios historiadores, quienes adquirieron un lugar de privilegio intelectual. La historia ordenada de las diferentes órdenes queda como anécdota o panegírico. Y sin embargo hoy, que tan de moda está la historia popular, no deja de resultar notable el retiro del cuadro del beato cuya efigie todavía se llevaba en medallitas hace cuarenta años para conseguir novio o aprobar un examen: Ceferino Namuncurá, educado por los salesianos y muerto joven en olor de santidad. Blengino, recordando el panorama de Blanes, relocaliza a los misioneros no sólo en lugar importante sino también en una sensibilidad paradójicamente positivista, contando “conversiones”, bautismos y casamientos al paso del ejército que los salesianos acompañaban, con su optimismo a toda prueba ante el futuro de los bienes venturosos en esta tierra (leído con fe misional, Don Bosco sueña las canteras de petróleo en el Sur).

El último capítulo del libro, dedicado exclusivamente a la literatura de ficción, culmina y reúne los diferentes relatos en un vasto y variado panorama. Contra lo que puede esperarse por la especialidad del autor, no es éste el capítulo de mayor interés. Por el contrario, es el que más se resiente de la práctica de los estudios culturales de evitar casi todo

contacto con el debate local, leyendo los textos de referencia como si jamás hubieran sido trabajados en un plano más sofisticado que el de un prólogo. Si existe un debate intelectual relevante en la Argentina es el anclado en el campo literario, que hace décadas incursionó en este tipo de textos (crónicas, memorias, artículos periodísticos en entregas, relatos de viaje) con hipótesis fuertes y encontradas. Y si estos textos aparecen dispersos, de difícil acceso para el lector extranjero, no lo están aquellos que han trabajado a los clásicos de la literatura rioplatense, que Blengino aborda: desde Florencio Sánchez hasta, por supuesto, Borges. Su único interlocutor parece ser David Viñas –quien mercedamente ocupa un lugar fundamental en el trabajo de la literatura de frontera, con su libro de 1982– y con quien establece algunas discrepancias. De esta tradición muy rica de estudios, pero altamente ideologizada, parten algunos paralelos indiscriminados, tal como la conexión entre la represión obrera de la Patagonia en la década de 1920 o las matanzas de elefantes marinos con la conquista del desierto –más generalmente, con la tragedia de la civilización en estas tierras–. Blengino también sucumbe a las sugerentes comparaciones que el espacio impone en la reflexión acerca del trabajo literario: “la zanja de la literatura”, la “frontera invisible” o “muchos sur” son algunos de los subtítulos: *lo decible* es la frontera de la literatura. (Todos sucumbimos a esta fascinación.) En suma, y también debido a un exceso de ambición en la cantidad de

textos revisados, la última parte del libro se cierra como una especie de clase para alumnos romanos, siempre correcta, pero nada innovadora.

Pero más allá de las críticas, no quiero dejar de destacar la objetividad y sobre todo la comprensión que el autor exhibe en la descripción de estos asuntos humanos, comprensión tan escasa en los estudios culturales. Aunque Blengino no deja de escandalizarse ante las acciones brutales del ejército, el acomodamiento de los ingenieros, el silencio ante la esclavitud a la que son sometidos los indígenas, no puede no colocarse en el difícil lugar de quienes no podían escapar del clima de ideas de la época –ni siquiera los misioneros, que aceptan con renuencia pero sin resistencia la primacía de la espada–. Así puede (a diferencia de Viñas) ponderar las diferentes actitudes ante el proyecto de dominio, calibrar las acciones particulares, muchas veces atravesadas por problemas de conciencia, especialmente para quienes conocieron de primera mano, como Moreno, la vida más allá de la frontera. Ninguno de ellos –Ebelot, Moreno, Costamagna o Mansilla– podía dejar de lado la idea de civilización, que consideraban un valor inalienable al mismo tiempo que, con mayor o menor eficacia retórica, o con mayor o menor convicción, no pudieron dejar de constatar los desmanes del progreso –y en este sentido resultan más nobles y creíbles que quienes hoy, desde sus lugares seguros, dicen lamentar el triunfo civilizatorio y denuncian anacrónicamente todo reparo, que suponen consolatorio–.

Blengino observa, en este sentido, una perspectiva profundamente histórica –la necesidad de ubicar a sus personajes en la posibilidad de la época– y también ética. Resulta elocuente su defensa del Perito Moreno, quien, sabemos, no sólo evitó en sus memorias subrayar sus propias cualidades heroicas, sino que, como realza Blengino, intentó dentro del horizonte del momento –cientificista, naturalista– preservar algunos valores: pocos episodios más conmovedores que aquel en que visita a su viejos amigos indios, antes valientes caciques y ahora cautivos humillados, para regresar a su estudio deprimido ante las “ganancias” de la civilización. No tenemos por qué pensar que se trata sólo de un recurso retórico: se trata de un problema humano que no se reduce al positivismo decimonónico. Blengino lo sabe: es la introducción de la dimensión ética, el intento de comprensión tanto de justos (“el buen salvaje”) y pecadores (los emisarios de la civilización), lo que lo separa de las lecturas hoy más habituales. Finalmente, como bien subraya el autor en su paralelo entre salesianos y militares, la común visión *cristiana* de positivistas científicos, militares orgullosos y religiosos bienintencionados lleva a interpretar esta tierra como lugar de *misión*, un complicado mandato occidental que sólo ahora, casi a un siglo y medio de los episodios que Blengino narra, es posible observar en el despliegue de sus terribles consecuencias.

Graciela Silvestri
UNLP / CONICET

Hernán Camarero y Carlos M. Herrera (comps.)

El Partido Socialista en Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo

Buenos Aires, Prometeo, 2005, 413 páginas

En los últimos años la historiografía argentina ha mostrado un creciente interés por el socialismo argentino. La compilación dirigida por Hernán Camarero y Carlos Herrera da cuenta de esta nueva producción reuniendo las contribuciones de una buena parte de los investigadores que actualmente trabajan sobre esta organización, dando lugar a una obra que constituye, seguramente, la más ambiciosa de las publicaciones en castellano dedicadas al análisis del Partido Socialista. Sin la pretensión de ofrecer una historia integral, este volumen ofrece sí una pluralidad de aproximaciones a través de las cuales busca –y logra en gran medida– cubrir los nudos problemáticos centrales de la organización desde su fundación hasta los años sesenta.

La introducción, a cargo de los compiladores, constituye un notable esfuerzo de síntesis donde desfilan los acontecimientos, los procesos y las problemáticas centrales de los 110 años de vida del Partido Socialista. La revisión bibliográfica, segunda parte del estudio inicial, que da cuenta de casi todo lo publicado sobre el partido, es, desde su publicación, de consulta indispensable para los investigadores en el campo.

No obstante lo plural y diverso de los enfoques y las preocupaciones abordadas en

cada uno de los 14 artículos que junto al estudio introductorio componen la obra, surge claramente del conjunto la imagen de una organización en permanente debate acerca de su propia identidad socialista. Dichas discusiones refieren al fin mismo de su existencia –en qué consistiría realmente el socialismo en este país y qué debería hacerse para alcanzarlo–. Los cuestionamientos parten, más concretamente, de las dificultades que encuentra el partido para hallar su lugar en el marco de un sistema político que nunca terminó de adecuarse a sus expectativas, negándole el rol protagónico que –de acuerdo con la Historia– le correspondería, así como de la incapacidad de forzar, por sus propios medios, a ese sistema político a estructurarse en los términos por ellos pretendidos (partido burgués versus partido obrero).

El socialismo a través de sus conflictos y sus debates internos

Camarero y Herrera sostienen que, probablemente, la manera más adecuada para abordar la complejidad del PS consista en “reconstruirla a partir de sus conflictos internos”. Las tensiones permanentes a las que estuvo sujeta la teoría y la praxis de la organización conforman

un entramado característico que permite comprender la historia del partido [...] como si su funcionamiento se cifrara en la interacción entre una formación altamente estructurada... y un permanente cuestionamiento interno de su accionar.

Y es que, tal como lo confirma explícitamente Daniel Campione en su artículo sobre los antecedentes de la fundación del Partido Socialista Internacional, el férreo control que las direcciones partidarias pretendieron ejercer sobre el conjunto de afiliados socialistas no fue óbice para el desarrollo de fluidos debates sobre el sentido y la marcha de la organización.

Repasaremos brevemente varios de los trabajos para luego detenernos en lo que, entendemos, constituye el aporte más interesante para la historia intelectual, los análisis que el volumen presenta de las diferentes respuestas a las grandes transformaciones que, desde fines de los años veinte, ponen en jaque los tradicionales esquemas interpretativos del movimiento socialista.

Una de las grandes cuestiones del debate interno refiere a la posibilidad de alianzas con fuerzas burguesas reformistas. El tema –abordado por Aricó en su *Hipótesis de Justo*– es retomado aquí por Ricardo Martínez Mazzola para detenerse en los años del

segundo gobierno de Roca. El autor advierte una actitud ambigua entre los socialistas. Varios de ellos celebran una y otra vez la posible emergencia de partidos reformistas. Muy pronto, sin embargo, denuncian la insinceridad de cada uno de los proyectos planteados como intentos de renovación política. El autor reconoce allí un elemento poco evaluado en los análisis sobre el PS: la “incomodidad ante el acercamiento”. El temor a verse amenazado en la identidad incita a buscar la diferencia en los potenciales aliados. Si en teoría se promueve una política de alianzas, lo que se impone en la práctica, en los albores de la organización, es la reafirmación de la propia identidad.

El capítulo de Marina Becerra se inserta en el marco del problema de la constitución de una identidad socialista de clase en una sociedad cosmopolita, a la que el Estado busca integrar desde políticas educativas con eje en la idea de nación. En el contexto de la celebración de la fiesta del 9 de julio en una escuela socialista de La Banda, Santiago del Estero, pueden observarse las tensiones suscitadas en torno a los modos de articular la identidad socialista con la participación en el festejo patriótico. Al respecto, no exagera Patricio Geli al sostener que la cuestión nacional fue la gran pesadilla del movimiento socialista en general. Si éste supo lidiar con la cuestión democrática y ciertamente con la cuestión social, nunca pudo resolver la tensión entre su identidad de clase –internacionalista– y su presencia y desarrollo efectivo

en el marco de un Estado nación, un sistema político nacional y una clientela ciertamente nacional también. En definitiva, la incorporación a los distintos sistemas políticos nacionales lleva a los socialismos locales a convertirse en máquinas electorales nacionalmente diferenciadas.

La relación entre la militancia por el sufragio femenino y el Partido Socialista, que transcurre desde la estrecha vinculación hasta el paradójico rechazo a su sanción en 1947, es analizada por Dora Barrancos. Hernán Camarero estudia en detalle las relaciones entre el PS y la Confederación Obrera Argentina, aportando así, desde el estudio de un caso, a la comprensión de la “tradicionalmente esquiva y volátil” ligazón entre PS y movimiento obrero. La mayor central de su tiempo, la COA, supo tener con el PS, a partir del recíproco reconocimiento de autonomía, relaciones más armoniosas que las que el partido hubiera tenido con cualquiera de las anteriores federaciones obreras. Ello conduce a una sugerente digresión final acerca de en qué medida era el vínculo entre socialismo político e ideología sindicalista una tensión irresoluble. Iñigo Carrera retrata el clima de violencia en el que se desarrollaba la actividad política a comienzos de la década de 1930, signado por los numerosos ataques por parte de grupos paramilitares hacia los socialistas. La decisión de éstos de conformar grupos de autodefensa, que en los hechos fueron bastante más allá del proclamado objetivo de defender sus locales, actos y

elecciones, aparece como una interesante novedad en la historia de un partido (casi) siempre refractario al uso de la violencia. Osvaldo Graciano aborda un tema tan amplio como poco explorado: el vínculo entre PS y universidad. Más allá del discurso reformista del 18, los socialistas pensaron hacia la década de 1930 políticas específicas referidas a la universidad, que no sólo referían a su lugar político institucional, sino que planteaban la reformulación académica y científica, enfatizando el lugar de la investigación y de la formación humanista frente a la universidad técnica y profesionalista. El autor se detiene en las experiencias disruptivas de Palacios al frente del decanato de la Facultad de Ciencias Jurídicas de la Universidad de La Plata y de la presidencia de esa misma universidad.

Los turbulentos años treinta

Mientras la conducción partidaria permanecía aferrada al axioma del librecambio, diversos núcleos de afiliados comienzan a explorar nuevos senderos bajo la influencia de autores y corrientes extranjeros. Los trabajos de Leticia Prislei y Juan Carlos Portantiero coinciden en el análisis de este fenómeno. El primero explora los itinerarios que recorren –“en una época abierta a los revisionismos”– intelectuales socialistas que más tarde protagonizarían la ruptura del socialismo independiente. Muchos de ellos se aproximan en la década de 1920 a la obra de Henry George. Encuentran

allí el “neoliberalismo”, sostenido “en el viejo y sólido tronco del liberalismo clásico” en su concepción filosófica, pero decidido a lograr la igualdad social por medio de la apropiación de la renta del suelo por parte del Estado. La crisis de la década de 1930 conduce a una reformulación del concepto de Estado. Árbitro soberano antes que instrumento de clase, puede pensarse, ya sin necesidad de rodeos, en la participación en su conducción desde el gobierno. En dicho contexto, coinciden los trabajos de Prislei y Portantiero, los textos del socialista belga Henri de Man tendrán particular impacto, planteando una nueva caracterización del socialismo basada en una fuerte presencia del Estado en un sistema económico que se acepta como mixto. Para Prislei, el PSI pudo pensarse en ese marco como un posible Partido Popular Nacional, capaz de alcanzar el aparato del Estado para realizar reformas estructurales. Acaso, coinciden nuevamente en la sugerente pregunta la autora y Portantiero, sean los principales referentes del PSI (de Tomaso y Pinedo), quienes mejor entiendan dentro del campo del socialismo argentino los caminos que, frente a los acontecimientos en curso, comienzan a tomar los socialistas de otras latitudes. No sólo en cuanto a la orientación económica sino también en la búsqueda de un progresismo que pudiera gobernar junto a otras fuerzas políticas modernizantes (una vez más, la cuestión alianzas en debate).

Portantiero, quien retoma aquí los temas de su publicación en el N° 6 de *Prismas*, destaca la presencia

de un viraje completo en la concepción del socialismo europeo ante el avance del fascismo y la crisis económica. Frente al primero, se consolida la propuesta del frente popular. Como consecuencia de la segunda, se abandona el libre comercio para adoptar la idea del intervencionismo y la planificación, para conducirla hacia los fines socialistas. Aunque estos desafíos se presentan con toda claridad para el PS argentino ante la dictadura de Uriburu y la crisis económica, la vieja guardia (Repetto-Dickmann) sostuvo la estabilidad monetaria y el *laissez faire* como dogma. La revisión de las viejas tesis provino, en cambio, de un grupo de dirigentes influido por las corrientes orientadas a la planificación, muy especialmente del ya mencionado de Man y su *Plan du Travail* de 1933, pero también de los ingleses H. Laski, H. Cole y S. Cripps. Es la *Revista Socialista*, publicada desde junio de 1930, la que, sin dejar de ser orgánica del partido, expone las nuevas ideas, ante la “clara indiferencia de la dirección del partido”. El grupo, donde destaca el economista R. Bogliolo, desarrolla un discurso maduro hacia 1935: abandono de las reformas redistributivas por reformas de estructura de producción, nacionalización del crédito y de las industrias básicas, desarrollo del mercado interno, creación del consejo económico y social. “¿Patrón oro y libre comercio?”, publicado por José Luis Pena, será la obra que sintetice hacia 1936 las tesis del grupo. Mientras tanto, desde mediados de la década de 1930 se impone la búsqueda del

frente popular y se fortalece la postura antiimperialista.

El XXIV congreso del PS, en 1938, sintetiza todo este proceso de cambios, que termina siendo apoyado incluso por la vieja guardia. El trabajo de Portantiero comprueba así que el supuesto estancamiento del PS durante esa década no es tal y que, empujado por una nueva camada de dirigentes, el partido comienza a dar respuestas efectivas ante los cambios. Sin embargo, el antifascismo ganará pronto el lugar principal en el discurso partidario, rezagando las propuestas de redefinición del rol del Estado. Esas abandonadas “banderas que estaba comenzando a izar” serán tomadas y usufructuadas por otras manos.

Pero si el final del trabajo de Portantiero sugiere que la centralidad adjudicada por el socialismo al antifascismo implicó el menoscabo de una bandera que sería clave para la gran masa del pueblo, el artículo de Andrés Bisso demuestra en cambio que, durante el período 1938-1943, ese discurso antifascista, reelaborado en clave nacional, sería una herramienta altamente exitosa. Tanto para cohesionar internamente al partido –siempre tan proclive a la fragmentación– bajo un halo de épica y heroísmo, como para ganar ascendente sobre los sectores medios de orientación liberal de la Capital Federal. Es precisamente como partido defensor de la democracia –y claramente no como partido obrero y socialista– que el PS obtiene el triunfo electoral de 1942 en la ciudad. Pero evidentemente, como también advierte el autor, esa misma

apelación no sería suficiente en 1946, no ya para enfrentar a Perón sino incluso para mantener su condición de partido popular en el bastión capitalino

El peronismo y después

La defensa de las instituciones liberales de la democracia representativa había constituido siempre un componente central en las corrientes dominantes del socialismo argentino.

Desde la segunda mitad de los años 1930, sin embargo, estos valores devienen, en el marco de la disyuntiva democracia-totalitarismo, el eje central del discurso socialista. La contribución de Carlos Herrera aborda el modo en que Américo Ghioldi guía al socialismo argentino en esa dirección, absolutizando la lucha contra la tiranía en un análisis que prescinde de las estructuras económico-sociales. Este esquema analítico llevará a un particular entendimiento del fenómeno peronista. La respuesta a la adhesión de los sectores populares a Perón se concentra en la distinción entre una masa inculca frente a la clase obrera inteligente y esclarecida; no hay relaciones sociales sino “actitudes mentales”. Habrá quien dentro del partido proponga una visión alternativa. Julio V. González observa que el peronismo ha cumplido gran parte del programa mínimo del PS. Se trataría, entonces, de aprovechar la oportunidad histórica para plantear un programa máximo de socializaciones, reconociendo el grado de madurez de la clase obrera. Pero para el

Ghioldismo, frente al régimen totalitario no hay política posible fuera del combate frontal. Su posición es la predominante en el partido. Consecuencia de ello es el apoyo cerrado al golpe y la certeza de que la tarea de los socialistas consiste, una vez más, en reeducar a las masas manipuladas por la demagogia. Si de algún modo Ghioldi pretende continuar la tradición justista del partido como educador, mientras que lo que estaba en la mira en la concepción de Justo era la democratización integral de la sociedad, en Ghioldi la democracia queda reducida a su sentido institucional. Poco parece quedar del socialismo más allá del civismo.

Los trabajos de Cecilia Blanco y María Cristina Tortti, finalmente, echan luz sobre el callejón en el que ingresa un Partido Socialista que, a fuerza de defender los valores de la democracia liberal ha perdido su vínculo con las masas, así como sobre los intensos debates que preceden y acompañan la fragmentación del partido desde fines de la década de 1950.

Probables deficiencias y comentarios finales

Es notorio, como destacan Camarero y Herrera, que la investigación académica sobre el socialismo está abordando problemas nuevos, observando aspectos antes inexplorados. Este volumen es valiosa prueba de ello. Particularmente novedosa resulta la aproximación a procesos y acontecimientos posteriores a la década de 1930, los que hasta fecha reciente habían sido en

gran medida ignorados por la historiografía.

El volumen no pretende –no podría– cubrir en toda su extensión y complejidad la historia del socialismo argentino. Quedan, por supuesto, y como también lo afirman los compiladores, muchos temas por indagar (por ejemplo, la crucial relación política con el yrigoyenismo recibe aquí muy escasa atención). Pero, en cualquier caso, podría señalarse que la relación con otros emprendimientos similares en diferentes latitudes no concita aquí mayor consideración, y algunos de los trabajos adolecen de la ausencia de un marco comparativo. Cabe preguntarse cuánto hay de específico en la permanente disputa interna que aquí surge como rasgo del PS argentino, ¿no son los partidos con fuerte contenido ideológico, y especialmente cuando están provistos de una dirección centralizada pero que permite por diferentes medios el desarrollo de la disidencia, altamente propensos a los conflictos entre dirigencia y bases? ¿Qué hay de específico en la primacía de una corriente socialdemócrata reformista siempre interpelada y fustigada por minorías de izquierda?, ¿no es ése el caso de la mayoría de los socialismos de la II Internacional? ¿No son las minorías que reclaman democratización interna y acusan a la dirección de traicionar los principios una constante en la historia de los partidos programáticos? ¿Y cuánto de particular hay en la compleja articulación del socialismo clasista e internacionalista con los procesos de consolidación de

los estados nacionales por un lado y con los valores del liberalismo político y filosófico por el otro?

Cabe asimismo mencionar que el valioso contenido del volumen contrasta con cierta desaprensión en la edición. Problema recurrente en recientes ediciones de

Prometeo, el texto abunda en errores ortográficos y en frases de deficiente redacción que en ocasiones terminan por resultar ininteligibles.

Ello, por supuesto, no obsta a que, tal como surge de las anteriores líneas, *El Partido Socialista en Argentina* constituya un aporte

indispensable para el estudio y la comprensión de la historia de esta organización fundamental de la izquierda política argentina.

Gerardo Scherlis
UBA

Tulio Halperin Donghi

El revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional

Buenos Aires, Siglo XXI, 2005, 90 páginas

La editorial Siglo XXI ha repropuesto a los lectores tres textos de Tulio Halperin publicados entre 1976 y 1997. El título del libro, que reproduce el del primero de los tres artículos, no da cabal cuenta de su contenido. La obra trata, en realidad, dos temas diferentes. El primero es, efectivamente, una reflexión de conjunto sobre el revisionismo argentino. El segundo, en cambio, que integran los dos trabajos restantes, constituye un análisis acerca de estudios sobre la época de Rosas que le sirven a Halperin para desarrollar ideas e hipótesis, polémicas o interlocutorias, con los autores de los mismos (Carretero, Myers, Raed, Sampay), ninguno de los cuales puede ser incluido entre los autores revisionistas.

El criterio de selección de los artículos incluidos resulta algo sorprendente si se observa que no forma parte de la compilación otro más extenso estudio de Halperin sobre el revisionismo, publicado en forma de libro, por la misma editorial, en 1970. Ciertamente, la confrontación de los dos textos específicos sobre el revisionismo hubiera presentado superposiciones y continuidades (sobre todo porque reposan sobre un semejante corpus de obras y autores analizados) pero también no pocas diferencias y complementariedades. Seguramente, la operación de

incluir ambos podía requerir volver sobre ellos y suprimir las más visibles de aquellas superposiciones. Nada hay que objetar aquí de todos modos; finalmente, la opción de escoger unos textos y no otros corresponde al autor o al editor. Sólo se puede observar que desde el punto de vista de los lectores interesados, sea en el revisionismo, sea en el periplo intelectual de Halperin, la operación de fusionarlos para los primeros o de superponerlos para los segundos hubiera sido más iluminadora.

En el largo artículo que abre la presente compilación, “El revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional”, escrito en 1983 (y el momento es aquí significativo), Halperin repropone formalmente el esquema presentado en el libro de 1970. El nacimiento del revisionismo es establecido en 1934 con la publicación del libro de los hermanos Irazusta, *La Argentina y el imperialismo británico*. Esa elección permite a Halperin resaltar, en primer lugar, la conexión entre historia y política que es para él la operación fundante del revisionismo. Si, en cambio, se hubiese querido priorizar la dimensión exclusivamente historiográfica del revisionismo, visto como una simple relectura del pasado nacional, la cronología hubiera podido retrotraerse, ya que es

bien claro que la mayoría de los temas históricos que el revisionismo va a plantear, en disidencia con la historia oficial, ya están presentes desde mucho antes, como el mismo Halperin señala en las páginas iniciales de su segunda contribución. Sin embargo, si en un Saldías o en un Quesada, por ejemplo, la reevaluación de Rosas está ya plenamente realizada, con argumentos que no son diferentes de la mayoría de los que emplearían los revisionistas, no es menos cierto que en ellos no existe desde esa revisión del pasado ninguna disidencia sustantiva con el orden ideológico vigente. En este sentido, la operación del revisionismo es, en su novedad, la paralela revisión del pasado y del presente, así como la instrumentalización del primero en función del segundo. En otras palabras, la subordinación de la tarea historiográfica a la tarea política. Ciertamente, tampoco esta operación era completamente nueva en el ámbito rioplatense. Como ha mostrado la reciente tesis de Laura Reali, el paralelismo entre operación histórica y operación política (con una posición más equilibrada entre ambas) y con influencias y temas no diferentes en muchos puntos a los de los revisionistas, había sido llevado a cabo por Luis Alberto de Herrera desde *La Revolución Francesa y Sud América* (1910) hasta *El drama*

del 65. *La culpa mitrista* (1926), obras que gozaron de una aceptación significativa de corresponsales argentinos, desde Ernesto Quesada a Dardo Corvalán Mendilaharsu, y despertaron la vigilante hostilidad de *La Nación*. Sin embargo, más allá de la quizás inútil búsqueda de precursores, la opción elegida por Halperin parece la más plausible.

Partir de la obra de los Irazusta le permite a Halperin, adicionalmente, filiar esa revisión con la derecha maurrasiana francesa y desde ahí postular el “decadentismo” que domina el momento fundante del revisionismo. En ambos casos, la declinación era atribuida a la incapacidad de las élites políticas de llevar adelante políticas nacionales, dadas sus perspectivas ideológicas abstractas o su enfoque antipatriótico, idea esta última que en Maurras tiene un preciso antecedente en la polémica de Fustel de Mommsen.

La filiación propuesta por Halperin de la obra de los Irazusta y de Ernesto Palacio con la mirada de Charles Maurras es irreprochable. Una reserva opinable podría surgir, en cambio, en la filiación, sugerida al pasar, de la lectura decadentista maurrasiana con la obra de Hipólito Taine y más en especial con sus consideraciones sobre el “espíritu clásico”. Efectivamente, aunque Taine pensador es una de las mayores fuentes en las que abreva la lectura decadentista de Maurras, no es de ningún modo la única (como la monumental obra de Victor Nguyen ha mostrado) ya que esa perspectiva estaba

extensamente presente en el pensamiento francés luego de 1870 y aún antes (piénsese en Tocqueville y Quinet luego de la revolución de 1848). Asimismo, puede argumentarse que la filiación taineana de esa decadencia en el “espíritu clásico” no dejó de suscitar explícitas reservas en un Maurras necesitado de recuperar el clasicismo en contraposición al romanticismo, fuente según él de todos los males, lo que lo obligaba a buscar en otro lugar el origen de los problemas contemporáneos: Rousseau ante todo, pero aún más atrás, en el individualismo germánico, en el calvinismo y aun más allá, en el Antiguo y en el Nuevo Testamento. Finalmente, la decadencia francesa era atribuida por Maurras al individualismo y al atomismo del pensamiento moderno y no sólo a la ideología antinacional de las élites, tema mucho menos presente en sus seguidores argentinos, en especial en los Irazusta. Con todo, lo que quizás más se extraña en la reconstrucción que hace Halperin del tema decadentista en el revisionismo es la ausencia de cualquier referencia a otras lecturas de ese tenor presentes en la Argentina precedente, y más aun en la de la década de 1930, que podrían sugerir un lento conformarse de un clima de reflexiones con el que los primeros autores revisionistas, si no podían ser estrictamente filiados, no por ello dejaban de interactuar.

Ciertamente, Halperin no resume su mirada del revisionismo en su relación tributaria con la derecha francesa (con respecto a la cual

no deja de señalar importantes diferencias de sus seguidores argentinos) y pronto agrega otros motivos que aportan los nuevos reclutas de la corriente, desde el iberoamericanismo de Scalabrini, al fascismo de un José María Rosa. Esa heterogeneidad de motivos puede convivir gracias al nivel de generalidad de las lecturas del pasado en las que, en todos los casos, la dimensión ideológica es la dominante para juzgar los comportamientos de hombres y grupos en la historia argentina. Asimismo, de los dos núcleos básicos en torno de los que se articula el revisionismo —la crítica al ideal democrático y la crítica al imperialismo, entendido como un fenómeno político más que económico, cuya influencia en la Argentina habría derivado de la ceguera ideológica de sus grupos dirigentes—, es seguramente este último el que mejor se presta a esa convivencia de figuras conformadas en torno de matrices tan diferentes. El mismo tema (y las opciones políticas) permite luego integrar a los nuevos reclutas que proceden de un marxismo más o menos digerido según los casos (Puiggrós, Ramos, Astesano, Ortega Peña y Duhalde), acerca de los cuales Halperin no deja de señalar las enormes distancias que los separan de los primeros, sin negarse, sin embargo, a considerarlos dentro de esa misma tradición.

La lectura de Halperin, a cuya riqueza proverbial de matices y perspectivas no hace justicia el breve resumen precedente, va asimismo más allá y no deja de establecer con precisión las distintas fases del revisionismo y los cambios que

muchos de sus cultores proponen a lo largo de los años, en diálogo con las mudanzas políticas de la Argentina contemporánea. Finalmente, el ensayo, que empieza ya con un lapidario juicio de conjunto sobre el aporte historiográfico del revisionismo, culmina con otro no menos devastador en tanto lo disuelve en el seno de las distintas lecturas poéticas del pasado argentino. Ciertamente, esta severidad es bien comprensible, vista la casi inevitable irritación que producen tantos autores de una tradición cuya debilidad no está necesariamente en sus premisas, sino en la forma en que el discurso histórico se desarrolla a partir de ellas. Es decir, en el simplismo de sus construcciones, en el tono abogadil de las mismas, en la ausencia de todo moderno criterio metodológico. Aunque aquí quizás hubiera sido posible establecer diferencias o gradaciones más marcadas entre las mismas, como ocurre en el libro de Halperin de 1970. Por ejemplo, la identificación de género propuesta por Halperin entre la *Historia argentina* de Ernesto Palacio y la *Vida política de Juan Manuel de Rosas*, de Julio Irazusta, hace poca justicia a esta última. Mientras la primera es desde luego un ensayo basado en fuentes secundarias, la segunda es una sólida obra que más allá de su arcaísmo metodológico (aunque aquí, junto a Carlyle, habría que agregar a otros historiadores decimonónicos) reúne todos los requisitos exigibles en la historia erudita (aunque no se proponga ser tal). Es decir, la compulsa de un enorme corpus documental que incluía la gran mayoría de las

fuentes primarias disponibles y un uso crítico de las mismas. Que ello fuese utilizado con el propósito de vindicar a Rosas es indudable, pero no era tan diferente del uso que realizaban muchos cultores de la historia académica. Que el texto abusase del empleo de la analogía es no menos verificable y ello da a la obra un tono poco actual (pero una querrela de antiguos y modernos en sede historiográfica no hace quizá entera justicia a los aportes que los primeros hicieron y de cuya riqueza de perspectivas tanto uso, antes implícito, ahora explícito, ha realizado la historiografía contemporánea). En cualquier caso, el resultado de la voluminosa historia de Irazusta no puede compararse en tanto operación historiográfica con el que brinda el inteligente ensayo de Palacio, éste sí mucho más cercano del ejemplo de la historia que Philippe Ariès llamó “capeta”, es decir, la de los historiadores cercanos a la Acción Francesa.

En cualquier caso, el problema no es tanto el de una lectura más matizada sino el de observar que si las cosas están efectivamente así, ¿qué puede brindarnos una explicación convincente de tantas carencias? Es aquí cuando el retorno al libro de Halperin de 1970 brinda perspectivas iluminadoras ausentes en el de 1983. Ellas parten de hacer dialogar a la historia revisionista con la historia académica, no sólo porque, como observó el gran Arnaldo Momigliano, los enemigos y los maestros casi siempre se parecen, ni tampoco porque una historia interpretativa basada en

materiales secundarios reposa en demasía en la calidad de éstos, sino también porque esa subalternidad de muchos revisionistas hacia el modo de hacer historia por parte de la “Nueva Escuela” fue muy visible. Recuérdese simplemente que el Instituto de Investigaciones Históricas “Juan Manuel de Rosas” copiaba literalmente su nombre del Instituto homónimo que dirigía Emilio Ravignani en la Facultad de Filosofía y Letras y que su publicación, *Boletín*, también. Asimismo, otros autores no analizados por Halperin en su breve ensayo, de Gabriel Puentes a Fermín Chávez, se esforzaban por dotar a sus libros del mismo ropaje formal erudito que los historiadores académicos. Que los resultados fuesen menos felices, sea. Que el móvil político estaba en muchos de ellos en primer lugar, también. Sin embargo, la interacción con la Nueva Escuela nos da algunas posibles pistas para pensar los límites del primer revisionismo. Como concluía el mismo Halperin en 1970, dando vuelta una afirmación de Ernesto Palacio, que el revisionismo hubiese surgido en tiempos en los que reinaba Ricardo Levene no dejaba de ser significativo... Lo que sugería que los límites del revisionismo estaban subsumidos, al menos en parte, en los de toda una época de la historiografía y de las ciencias sociales argentinas y en los bajos estándares que ella fijaba. Obsérvese, por ejemplo, que *Defensa y pérdida de nuestra independencia económica* fue cobijado en una publicación “especializada”, la *Revista de Economía Argentina*, o

compárese ese libro, sin duda elemental, con la *Historia Económica Argentina*, que un eminente profesor de la Facultad de Ciencias Económicas con aspiraciones neoclásicas, Luis Roque Gondra, publicó contemporáneamente, y rápidamente se percibirán los límites generales de una estación historiográfica.

Desde luego, que hubiese existido una más consistente tradición profesional o incluso una tradición erudita alternativa, a la manera por ejemplo de la escuela católica en Francia agrupada en la *Revue de Questions Historiques*, opuesta a la de la *Revue Historique*, o siquiera algo aproximable al nivel de esta última, no sugiere que los resultados hubiesen sido necesariamente diferentes en las figuras principales de esa corriente y tal vez tampoco en esa segunda línea revisionista más atraída hacia las posibilidades que brindaba la carrera académica (como desconsoladores ejemplos

actuales muestran). Sugiere apenas que, tal vez, hubieran podido serlo y que algunos problemas del revisionismo pueden ser colocados también en el débito de sus contrincantes, sin que ello signifique tratar de equipar el nivel de unos y otros. Finalmente, la inspiración maurrasiana más una sólida formación profesional podría dar lugar en Francia, por ejemplo, a una obra tan consistente como la de Raoul Girardet.

La segunda parte del libro de Halperin viene a mostrarnos en sus propias reflexiones las muchas posibilidades que pueden emerger de la interlocución con una forma mucho más refinada y compleja de hacer historia de las ideas o historia de los discursos políticos como la por él cultivada. Su admirable reflexión acerca del pensamiento político de Rosas, en explícita confrontación con la propuesta por Sampay, brinda tantas nuevas perspectivas metodológicas para encarar el análisis de una

figura que no es un teórico de la política sino un político práctico pero que, sin embargo, no deja por ello de esbozar una reflexión cuyas raíces pueden ser rastreadas. No menos iluminador que su diálogo con la obra de Myers, que complejiza el papel del discurso republicano clásico en su superposición con otros discursos a él subordinados pero de ningún modo desdeñables.

En suma, se trata de un libro en el cual la maestría que es dable requerir al mejor historiador argentino aparece en plenitud. Ello no invita a la aquiescencia discipular sino a intentar un diálogo. Como señaló alguna vez Delio Cantimori, cuanto más nos atrae una obra más debemos esforzarnos por discutir con ella, a riesgo de revelar al hacerlo nuestras propias limitaciones.

Fernando J. Devoto
UBA

Sylvia Saítta (estudio preliminar)

Contra. La revista de los franco-tiradores

Buenos Aires, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 2005, 486 páginas

La Universidad Nacional de Quilmes vuelve a poner a disposición de los investigadores de la cultura y de la política en la Argentina del siglo XX una obra de gran valor: la edición completa de la revista *Contra*. Se trata de un nuevo logro de la colección “La Ideología Argentina”, dirigida por Oscar Terán. La primera reflexión que la publicación motiva es la evidencia del cuidado técnico con que se ha encarado la realización del volumen, donde se reproducen con precisión los textos y las imágenes de la revista. En este mismo orden, debemos recibir con júbilo este libro por su condición de pieza material desde ahora insustituible en las bibliotecas de las universidades y en los anaqueles de los estudiosos. Esto debe ser puesto de relieve ya que hasta ahora los esfuerzos por editar en forma completa y/o facsimilar estos documentos de nuestro pasado que constituyen las llamadas revistas de “pequeño formato” han sido escasos y dispersos. *Contra* ejemplifica el caso de muchas revistas que como ella se encuentran disponibles en pocos repositorios, esperando el momento de renacer al debate de los investigadores y del público en general, liberándose de un olvido injusto o, lo que es peor, de un uso restringido al pequeño círculo de sus atesoradores.

Si la edición cuida hasta en sus mínimos detalles la

reproducción del original, la elección de quien ha tenido a su cargo la presentación no pudo haber sido más acertada: Sylvia Saítta. Esta investigadora ha frecuentado los textos y los documentos sobre este momento particular de la cultura argentina en otros trabajos y presumimos que el abordaje que ha hecho de la revista *Contra* constituye una estación intermedia entre sus conocidas investigaciones sobre Roberto Arlt y sobre el diario *Crítica* y futuros trabajos donde la izquierda intelectual argentina será protagonista central.

Saítta recorre con sugerentes preguntas esta original empresa concebida y dirigida por Raúl González Tuñón, cuyos cinco números se publicaron en Buenos Aires entre los meses de abril y septiembre de 1933 y en la cual colaboraron una serie de intelectuales vinculados con el director desde los tiempos de la revista *Martín Fierro*: Nicolás Olivari, Córdova Iturburu, Ulises Petit de Murat, Pablo Rojas Paz, su hermano Enrique. A ellos se suman una gran cantidad de colaboradores, entre los que destacan aquéllos provenientes de un amplio arco de la izquierda intelectual, convocados, como bien señala la autora, sin ánimo sectario: Leonardo Estarico, Nydia Lamarque, José Gabriel, Amparo Mom, Bernardo Graiver y Julio Payró. Trayectos y estilos diferentes

que imprimieron a la revista un especial dinamismo y una riqueza estética que superó encorsetamientos ideológicos o formales.

En el breve tiempo de su publicación, *Contra* buscó constituirse en un espacio de reagrupamiento de muchos de los jóvenes intelectuales que animaron el campo cultural porteño en la época “clásica” de nuestra modernidad literaria, los años que van de 1922 a 1928. Fue entonces cuando florecieron las publicaciones más características de este movimiento: *Prisma*, los dos momentos de la revista *Proa*, *Martín Fierro*, *Inicial*, *Valoraciones*, *Sagitario*; y en el costado de la literatura social, identificado con el llamado grupo de Boedo: *Los Pensadores*, *Claridad*, *Extrema Izquierda*, *La Campana de Palo* y otras. Estas revistas, por sus afinidades, por sus enfrentamientos y muchas veces por variables combinatorias de ambas situaciones, configuraron durante aquellos años un sistema o constelación estético signado por la ávida búsqueda de lo nuevo y por la polémica.

Hacia 1928 casi todas ellas habían desaparecido, y hasta comienzos de la década siguiente parece establecerse un hiato, un momento de recomposición de situaciones personales y de grupos intelectuales, espacio cubierto apenas por discontinuos

intentos, como el de Alberto Hidalgo y su efímera pero densa revista *Pulso*, que publica 6 números durante 1928, o el del incansable Samuel Glusberg, quien entre 1928 y 1932 publica cuarenta y tres números de *La Vida Literaria*, revista de singular valor que reúne de forma un tanto ecléctica un arco de intelectuales que van desde Lugones hasta Mariátegui, pasando por Borges y Enrique Banchs.

En efecto, hacia fines de 1928, casi todas aquellas revistas de nuestra primera modernidad literaria han dejado de circular. No fueron sólo las dificultades económicas ni el destino fatal al que parece condenado este tipo de publicaciones las causas que determinan su cierre. Una forma de intervención político-cultural propia de los jóvenes intelectuales de la década de 1920 está tocando a su fin. Por delante queda para ellos o bien el camino de la profesionalización en el campo estético o académico o, en ciertos casos, la incorporación a la política –que nunca ha dejado de estar presente en forma evidente o sugerida– dentro de las estructuras partidarias. Aquellos laboratorios de ideas que constituyeron las revistas de los años 1920 dejarán paso a otros agrupamientos intelectuales, a otras experiencias, más pautadas por las elecciones políticas o por el designio de lo que se daba en llamar el “arte por el arte”.

Contra aparece entonces en un campo intelectual y político severamente modificado, tanto en lo nacional, donde ya no fulge la “primavera alvearista”

que vio nacer a nuestras vanguardias, como en lo internacional, donde la política de Frente Único –político pero también cultural– había quedado sepultada precisamente en aquel año de 1928 en términos que muy bien describe los primeros versos de aquel poema de Maiakovski que trae el último número de *Amauta*, aparecido luego de la muerte de su creador, José Carlos Mariátegui:

¡Adelante! ¡Marchemos!
 ¡Marchemos!
 ¡Basta ya de frases y de parches!
 ¡Hay que poner fin a la cháchara frívola!
 ¡Tiene la palabra el Camarada Máuser! [...].¹

Entonces, si como bien nos dice Saítta la revista de González Tuñón “fue el primer programa estético-político colectivo que vinculó vanguardia estética con vanguardia política en la Argentina”, esta vinculación no podía sino ser problemática desde la misma definición de sus términos. Problemática porque el escenario de las vanguardias estéticas ya no era aquel espacio entre burlón y festivo de los años 1920 y sus actores iniciales ensayaban caminos diversos y hasta divergentes, y problemática porque en el aspecto político otros eran y quizás más graves los temas sobre los que se solicitaba el alineamiento de los intelectuales. Ya no bastaba pronunciarse contra la Gran Guerra o alienarse con los postulados de la Reforma Universitaria y sus proclamas pacifistas y americanistas, donde campeaba un anhelo un tanto vago de redención social;

la crisis económica mundial, el ascenso del fascismo y el desarrollo de su faz guerrera, la crisis política argentina abierta por el golpe de 1930 y la defensa sin fisuras de la Unión Soviética conducida por Stalin frente a las amenazas de una guerra imperialista en su contra, eran algunos de los tópicos sobre los que la dirigencia del comunismo argentino e internacional solicitaba un alineamiento inequívoco. El arte como *arte de propaganda* era la forma en que se pensaba a los intelectuales formando parte de esta revolución mundial.

Si las discusiones en los años 1920 entre publicaciones o “sistemas” de ellas eran parte sustancial del funcionamiento del campo cultural, en este arranque de la década de 1930, y dentro del espacio de la izquierda, *Contra* aparece como un boxeador en el centro del ring, peleando contra su propia sombra. No porque le faltaran contrincantes: *Sur*, *Criterio*, *Bandera Argentina* y hasta *Claridad* pudieron serlo, y de hecho lo fueron, pero su principal problema, el que cruza toda la publicación, es el de conciliar su genuina vocación vanguardista con la pertenencia al espacio de la revolución comunista mundial –entonces ineluctable–, un espacio donde la sospecha antiintelectualista ganaba cada vez más y más presencia. La primera parte del ensayo introductorio de Saítta da cuenta de las dificultades que Tuñón tendrá para llevar

¹ *Amauta*, N° 32, agosto-septiembre de 1930, p. 52.

adelante su proyecto, encuadrando las mismas en los debates internacionales sobre la relación entre arte y revolución social. En el caso de *Contra*, esa tensión se dio entre un grupo de intelectuales provenientes de las experiencias de vanguardia de la década anterior y la ortodoxia del Partido Comunista local, cuya voz en la revista se reitera como un poderoso superyó ideológico, papel que asume Carlos Moog, referente cultural oficial del PC Argentino.

Toda la revista se convierte entonces en un centro de reflexión continua sobre la conflictiva relación entre el arte y la política, lo que sin embargo no priva a Tuñón de conseguir que por momentos parezca revivir en sus páginas aquel espíritu lúdico del martinfierrismo, especialmente en su sección "Recontra".

En este sentido, la introducción de Saítta es de gran utilidad para el investigador, ya que la autora analiza con rigor el pasaje de los modelos periodísticos desde el martinfierrismo hasta *Contra*, con la estación intermedia de la profesionalización que significó para muchos de estos escritores el diario *Crítica*. Aun más allá de estos aspectos en principio sólo formales, para Saítta

Es en *Crítica*, entonces, donde González Tuñón y Córdova Iturburu inician el debate sobre el rol del escritor revolucionario; es en *Crítica* donde se diseña el "nosotros" político y literario que identificará a *Contra*; y es en *Crítica* donde González Tuñón se apropia de la tradición de la revista *Martín Fierro* al

disputarle (y negarle) a *Sur* esa herencia.²

De todas formas, aun cuando esta apreciación es justa, los resultados obtenidos por esta nueva formación de intelectuales encabezada por Tuñón son inestables. Acaso esa inestabilidad estaba ya inscrita en la bajada del nombre, *Contra* era una revista de *franco-tiradores*, sus autores no se pensaban desfilando en las ordenadas filas del ejército comunista internacional, sino que se veían a sí mismos como la vanguardia independiente del mismo.

Bajo el lema "*Todas las escuelas. Todas las tendencias. Todas las opiniones*" el proyecto de Tuñón dio cabida a voces disonantes con la postura oficial del Partido Comunista, que sostenía que sólo podía darse un arte puro en una futura sociedad comunista y que a la dictadura del proletariado como necesaria etapa previa al comunismo le correspondía un arte proletario que, por ejemplo, tuviese la contundencia y la sonoridad que Nydia Lamarque encuentra en "*Los cantos de la URSS victoriosa*".³

Encontramos la postura disonante en intervenciones tales como las de Julio Payró y Oliverio Girando, que postulan, en los terrenos de la plástica y la lírica, la independencia del artista con respecto a cualquier ideología que pueda solicitar su disciplinamiento estético.

El estudio preliminar nos guía entonces por diferentes etapas de esta polémica entre arte puro y arte revolucionario. Especialmente el debate que abre la presencia de Siqueiros en Buenos Aires, a la que

Contra le dedica su tercer número. A partir de allí se abren en la revista diversas intervenciones donde se destacan la propia de Tuñón y la de Julio Payró, quien, convocado a opinar, sostiene que Siqueiros es valioso porque es un gran artista, más allá de su ideología. El caso Siqueiros deviene en una encuesta titulada: "¿El arte debe estar al servicio del problema social?", a la que responden Nydia Lamarque, Luis Waissmann, Jorge Luis Borges, Oliverio Girando, Tuñón y Córdova Iturburu. La intervención irónica y hasta burlona de Borges y la dura réplica de Córdova Iturburu hacen que la encuesta acabe abruptamente. Como señala Saítta, aquí quedan marcados los límites del modelo de intervención elegido: la parodia y la picardía martinfierrista debían circunscribirse a la contratapa y no desplazarse hacia el corazón del problema que los acuciaba: el arte y su relación con la revolución social.

Pero además de este núcleo problemático, la revista ofrece otras entradas posibles, como siempre ocurre en las publicaciones de pequeño formato cuando éstas representan a una formación determinada de intelectuales. Sus páginas albergan un microcosmos de los temas que se encuentran en el aire de la

² Sylvia Saítta, presentación a *Contra*. *La revista de los franco-tiradores*, Buenos Aires, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 2005, p. 21.

³ Nydia Lamarque, en *Contra*, *op. cit.*, pp. 182-191.

época. Los artículos sobre Vlamink de Julio Payró y el de Leonardo Estarico sobre la perspectiva en las artes visuales iluminan sobre temas y problemas por entonces de actualidad para los artistas plásticos. A su vez, las colaboraciones de Amparo Mom sobre moda y feminismo podrían constituir por sí solas una pequeña antología. Las colaboraciones de esta intelectual, junto a los poemas de la entonces compañera de Siqueiros, la poeta uruguaya Blanca Luz Brum, le dan una voz a la mujer dentro del proyecto de Tuñón.

Por último, las intervenciones del poeta y dramaturgo Bernardo Graiver

—administrador de la revista— sobre el teatro de vanguardia y el teatro proletario nos acercan a las ideas de un animador cultural de extraño perfil y larga permanencia en la cultura argentina, al que todavía se le debe una biografía intelectual en regla.

El investigador y aun el curioso que quiera abordar el estudio de la cultura argentina en la década de 1930 reconocerá que esta edición de *Contra* se hacía indispensable y, al recorrerla, agradecerá la guía que el erudito estudio preliminar de Sylvia Saïtta le ha proporcionado. La investigación que queda plasmada en la introducción viene asimismo a sumarse a los

aportes que desde hace un tiempo han replanteado las miradas sobre lo que se consideraba el desierto de la “década infame” y donde los estudios sobre la izquierda permitieron abrir un mundo de debates y enfrentamientos internos antes opacados, iluminando riquezas y matices que la historiografía no nos reveló en el pasado, poniendo en escena a actores de la cultura y de la política hasta ahora poco conocidos o sumariamente encasillados.

*Fernando Diego
Rodríguez
UBA*

Anahi Ballent

Las huellas de la política. Vivienda, ciudad y peronismo en Buenos Aires, 1943-1955
Buenos Aires, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes/Prometeo 3010, 2005,
273 páginas

Este estudio de Anahi Ballent sobre las políticas de vivienda, el Estado y la ciudad de Buenos Aires durante el primer peronismo provoca una pregunta: ¿Qué puede tener que ver la “revolución peronista” con los chalés californianos de los barrios de viviendas populares, que parecen sacados de una película de Walt Disney? ¿Cómo puede relacionarse esa misma revolución con los monobloques de viviendas, como el barrio Los Perales, o con el edificio de la Fundación Eva Perón, hoy Facultad de Ingeniería, cuyo estilo neoclásico ha hecho pensar en las construcciones de la Alemania nazi?

Es una pregunta de conexión, de entronque, de relación entre lo político y lo estético. Sobre cuestiones de este tipo abundan las respuestas simples; Ballent ofrece una compleja y elaborada. Por un lado está la dinámica del proceso político, la llamada “revolución peronista”, y junto con ella la acción del Estado, —entre los impulsos del movimiento político y su procesamiento por la burocracia—, y también los discursos que la explican y que a la vez la constituyen. Del otro, la acción de los diseñadores y los constructores de viviendas —un grupo que incluye tanto el genio creador individual como el ejecutor de una disposición estatal—, sus diferentes saberes técnicos y el conjunto de

modelos arquitectónicos disponibles, que son parte del movimiento internacional. En un contexto político que, con Raymond Williams, aparece como “impulso y límite”, esos técnicos producen un resultado, o mejor dicho un conjunto de resultados, que en este caso van del citado chalé californiano, a los monobloques modernistas o el templo griego, tan variado como el contexto político en que se desarrollan pero, sin embargo, con alguna íntima coherencia.

En este libro hay una postulación teórica, y también una destacable capacidad profesional para desarrollarla. El primer saber de Anahi Ballent, el del arquitecto, la habilita para mirar las cosas desde el resultado: las casas, sus autores directos y sus imperativos profesionales. Su segundo saber, el del historiador, la lleva a recorrer el camino inverso: partir del Estado, sus políticas y sus discursos, y concluir en las viviendas. El resultado es satisfactoriamente complejo. Ni reduccionismo político ni autonomía estética: la vivienda es símbolo de un proceso político y también uno de sus instrumentos.

Vale la pena subrayar apenas dos aspectos del contenido de un libro complejo. No necesariamente aquellos más importantes para la autora, pero sí los que mejor permiten ensamblar sus aportes con otros

estudios, y obtener una imagen cada vez más densa y compleja de los años peronistas. Aunque su centro está en el período 1945-1955, Anahi Ballent ha examinado muy cuidadosamente la década anterior, y más acotadamente, lo que ocurre desde fines del siglo XIX, pues el problema de la vivienda es parte central de la llamada cuestión social, y alrededor de él se realizan propuestas y se articulan discursos. Lo singular de la década de 1930 es la instalación de la cuestión de la vivienda, y sus temas anexos, en la agenda política, la elaboración fina de las distintas alternativas, e inclusive el desarrollo de las agencias estatales pertinentes. A la vez, es notoria en esos años la falta de una acción estatal consecuente, en parte por despreocupación de los dirigentes, en parte por incapacidad política para desanudar los intereses implicados.

Muchos han llamado la atención, en distintos campos, sobre esta situación, que contrasta con la actividad de la acción estatal desde 1943, cuando comienza a ejecutarse, con celeridad, mucho de lo que ya había sido pensado. Así lo ha señalado recientemente Susana Belmartino respecto de las instituciones de salud. Esto le permite a Anahi Ballent contextualizar la llamada “revolución peronista”. Lo hace con fineza, combinando lo que hay de continuidad con lo que

hay de cambio. Se trata de la así llamada “voluntad política” del peronismo, pero también de las capacidades estatales para ponerla en práctica, un terreno donde en esos diez años peronistas se innova muchísimo.

Por otra parte, el texto está recorrido por el proceso social que considero central en la larga primera mitad del siglo XX argentino, hasta los años de 1960: el de la inclusión social, la integración, la movilidad y lo que en un cierto sentido puede llamarse la democratización de la sociedad. Una democratización que la revolución social peronista aceleró, hasta el punto de tornarla crispada y conflictiva, sin por eso modificar su sentido principal hacia la integración. En este libro, la inclusión se refiere a dos derechos. Por un lado, el de la vivienda, el clásico tema de la “casa propia”, presente en cualquier narrativa sobre los procesos sociales del siglo XX. Por otro, el “derecho a la ciudad”, que se relaciona con el proceso de constitución de Buenos Aires, la formación de los nuevos barrios, en el contexto de una configuración homogeneizadora –la “cuadrícula” que estudió Adrián Gorelik– y con la preocupación acerca de cómo podrían extenderse esos beneficios, asociados con una vida civilizada.

Sobre esta problemática clásica, Anahi Ballent plantea un ángulo de visión singular. Las políticas estatales oscilaron entre dos opciones. Una era la de construir barrios de casas populares, lo que significaba modificar fuertemente la ciudad existente. Otra, la de facilitar, a través del crédito estatal, que

cada ciudadano repitiera la historia de la casa propia. Esto último, en el contexto de una ciudad con un diseño y una traza muy fuertes y llenos de significaciones, implicaba tanto ratificar ese diseño como extender sus beneficios, postergando para el futuro la cuestión acerca del límite posible de esa extensión.

Existen antecedentes de políticas sobre la relación deseable entre individuo, familia, vivienda, que venían siendo largamente discutidas, en la Argentina y en el mundo; se recuerdan en el texto las propuestas católica y socialista. Esto conduce a otra discusión importante dentro del peronismo. En un caso, la vivienda es una reivindicación social; se trata del reclamo de un derecho, del que algunos gozan, por parte de quienes, privados de ellos, integran la masa de los no privilegiados, los desheredados, el pueblo. En otro caso, la vivienda es considerada un instrumento de ordenamiento social, de intervención del Estado para regular y canalizar los conflictos de la sociedad.

Es fácil relacionar esto con un tema del peronismo: sus “dos almas” o dos campanas. La plebeya, en clave de demanda de rápida inclusión y de cuestionamiento del privilegio, y la estatal, en clave de organización comunitaria y armonía. Dentro de este tópico clásico, Anahi Ballent apunta el interés de una de sus variantes. El secreto del peronismo está en su capacidad para impulsarse en una tensión, que por eso debe ser siempre recreada. Un planteo homólogo al que se ha hecho en otros campos como las relaciones

laborales o, por ejemplo, la cuestión familiar, en el reciente libro de Isabella Cosse sobre el orden familiar.

Hace unos cuarenta años, los historiadores sociales aspiraban a dar cuenta, de algún modo, de la totalidad. En ese punto coincidían el marxismo, la Escuela de Annales y las teorías de desarrollo, que eran los paradigmas fuertes. Hoy pocos creen en esos paradigmas, y por otra parte ha habido un prodigioso desarrollo, tanto de los objetos de la investigación histórica como de las perspectivas y métodos, que desborda cualquier ilusión de una “síntesis histórica”. Creo, sin embargo, que la totalidad permanece, al menos como aspiración u horizonte, quizá como fantasía, siempre más allá de lo que efectivamente se puede conocer, pero capaz de impulsar los muchos sentidos de cada cosa específica. Frente a infinitas historias particulares, subsiste la inquietud acerca de cómo poner juntos los fragmentos. Y esto es posible cuando, desde un conocimiento específico, las preguntas con las que ese fragmento ha sido construido lo trascienden y apuntan a otros planos, a las articulaciones, las conexiones, o, como decía José Luis Romero, a los “entronques”. Creo que es el caso de este ejemplar estudio de Anahi Ballent y, diría, de las obras que en paralelo han producido Fernando Aliata, Graciela Silvestri y Adrián Gorelik sobre la historia de Buenos Aires.

Luis Alberto Romero
UBA / UNSAM /
CONICET

Marcela García Sebastiani

Los antiperonistas en la Argentina peronista, radicales y socialistas en la política argentina entre 1943 y 1951

Buenos Aires, Prometeo Libros, 2005, 296 páginas

El peronismo es claramente una de las tramas más visitadas por la historiografía argentina. Sin embargo, aquello que fue su reverso (el antiperonismo), permanece como un tema escasamente explorado por la literatura. El olvido es injustificado: el proceso abierto por el surgimiento de este movimiento, el profundo antagonismo que el mismo instauró en la vida política vernácula, no se entiende en su totalidad si no se tienen en cuenta –como sostiene la autora del libro aquí reseñado– “las ideas, las acciones y los conflictos de quienes se le opusieron” (p. 12). En este sentido, *Los antiperonistas en la Argentina peronista, radicales y socialistas en la política argentina entre 1943 y 1951* aborda un interrogante importante si se quiere entender la historia política nacional posterior a 1945. El mismo se propone concretamente “describir qué pasó con los radicales y socialistas durante los años de la Argentina peronista y cómo [éstos] expresaron su oposición al gobierno” (p. 13). Está animado además por la voluntad de dirigir el debate académico hacia una zona que ha despertado exigua atención en la historiografía local: el análisis de la oposición.

El trabajo está dividido en cinco capítulos ordenados temática y cronológicamente y una conclusión general. El

primero de los mismos se centra en los tiempos previos al proceso eleccionario de 1946, y se detiene en el análisis de la Unión Democrática. Según García Sebastiani, esta particular alianza electoral que reunió entre otros a partidos de tradiciones políticas disímiles como el Socialista, el Radical y el Comunista con vistas a oponerse al peronismo, debe entenderse como producto de “una serie de antecedentes de entendimiento inter partidario que estaban presentes desde la década anterior” (p. 75). En las páginas que se dedican a este tópico la autora desmenuza tanto las discusiones y los debates que esta alianza suscitó entre los partidos que la integraban como en el interior de los mismos. Es decir que dichas discusiones, las dificultades que tuvieron estas fuerzas políticas para materializar un acuerdo de tal naturaleza, nos hacen sospechar del grado de “entendimiento” precedente. El segundo capítulo estudia en detalle el accionar del radicalismo en la Cámara de Diputados de la Nación. Según la autora, el Congreso se convirtió en el período “en el espacio institucional en el que la oposición radical tuvo que desarrollar su estrategia política contra el peronismo” (p. 121). El trabajo muestra que peronistas y radicales estuvieron de acuerdo en algunos temas aun cuando la confrontación fue la nota

distintiva de las relaciones parlamentarias. Esto mismo lleva a García Sebastiani a desestimar la paternidad exclusiva del peronismo de algunas de sus leyes más conspicuas como, por ejemplo, la del sufragio femenino. En las páginas finales de esta sección, se presta particular atención a la expulsión de los diputados radicales de la Cámara. Las destituciones son leídas como la expresión “más visible” del conflicto político-institucional que enfrentó al gobierno con la oposición durante la etapa peronista (p. 113).

El tercer capítulo se dedica a una fuerza política para la cual los comicios electorales de 1946 fueron particularmente negativos: el Partido Socialista. Las elecciones de 1946 no sólo despojaron al socialismo de representación institucional en el Congreso, sino que significaron un desafío difícil de sobrellevar para un partido que definía su identidad en torno de la defensa de los intereses de los trabajadores. A través del análisis de sus publicaciones y de los debates partidarios, García Sebastiani intenta mostrar cómo el PS, pese a haberlo discutido, no logró “potenciar transformaciones en el interior del partido para recobrar la credibilidad política perdida” y siguió estando condicionado “por métodos de propaganda y de organización proselitista”, que no estaban “ajustados” a las demandas de

la realidad política (p. 270). El trabajo vislumbra en las querellas internas de esos años síntomas tempranos de futuras discrepancias y rupturas. El cuarto capítulo se desliza hacia una dimensión subnacional. Iluminando las distintas estrategias, las tensiones y los conflictos del radicalismo de la provincia de Buenos Aires, el libro pretende dar cuenta de cómo los líderes de la corriente intransigente de la UCR bonaerense fueron los encargados de actualizar dicho partido político luego de la Reforma Constitucional de 1949. La última sección del libro describe las circunstancias particularmente “desventajosas” en medio de las cuales, a mediados de 1951, se resolvieron las candidaturas para presidente y vicepresidente de la Nación de los distintos partidos políticos (p. 247). Aun cuando, según la autora, los partidos eran conscientes de sus escasas posibilidades de éxito en dicha contienda electoral, la importancia que le otorgaban radicaba en la posibilidad de medir las fuerzas de unos y otros. Para García Sebastiani, dicha campaña electoral constituye el punto de partida de los “rasgos definitorios del contenido de la lucha bipartidista en la política argentina” (p. 246).

El aporte de este libro radica en su invitación a reflexionar sobre ciertos tópicos, en la mirada dirigida a zonas menos exploradas por la literatura: la oposición, sus estrategias, los consecuentes conflictos intrapartidarios. Temas, además, que García Sebastiani observa con tino en una dimensión temporal. La autora restituye entidad histórica a un sector de los “otros” de la Argentina peronista. Pone bajo la lupa a la oposición en tiempos donde el peronismo parece dominarlo todo y nos devuelve la imagen de un bloque que dista mucho de ser compacto. El texto nos obliga a pensar cómo el peronismo impactó y modificó a aquellos partidos que estaban en la oposición. Estos aciertos quedan deslucidos, sin embargo, por un abordaje demasiado atravesado por las fuentes utilizadas. La minuciosidad del trabajo, la puntillosa reproducción de discusiones, discursos y rupturas, opaca el análisis y enreda al lector. Creemos que los artículos publicados por la autora en varias revistas académicas hacen mejor justicia a su propuesta. El libro está habitado por una fuerte preocupación por lo institucional. García Sebastiani hace de dicho nivel el foco de

su análisis, concentrándose en describir el impacto que el peronismo tuvo en el desarrollo institucional de los partidos políticos opositores. Pero aun cuando nos parece importante rescatar este horizonte de análisis en el estudio del peronismo, resulta a veces excesiva la primacía que el texto otorga a la dimensión institucional del conflicto político: los elementos más ideológicos y menos coyunturales de los discursos sólo aparecen en forma intermitente. Por otra parte, el trabajo otorga un espacio marginal a las vinculaciones y actividades de estos políticos en otros ámbitos de “sociabilidad antiperonista” que no sean los partidos. No hay, por ejemplo, una discusión sobre las empresas de estos políticos en instituciones propias del campo intelectual, terrenos donde también se jugaron (sobre todo para el caso de los socialistas) sus estrategias de “supervivencia”. No hay dudas sin embargo de que quien busque una descripción de la UCR y el PS en los primeros años de la Argentina peronista la encontrará en este libro.

Flavia Fiorucci
UNQ

Mirta Varela

La televisión criolla (Desde sus inicios hasta la llegada del hombre a la Luna, 1951-1969)
Buenos Aires, Edhasa, 2005, 301 páginas

Aunque termina con la paradójica afirmación de que la televisión argentina resulta un “objeto inasible”, *La televisión criolla* de Mirta Varela sostiene una narración articulada que se extiende desde los comienzos del medio en nuestro país, en 1951, hasta la transmisión satelital de la llegada del hombre a la luna en 1969. Pese a que en su superficie puede leerse como una historia cultural de la televisión, este libro es, por la preocupación intelectual que lo domina, una indagación sobre la modernidad en la Argentina. O mejor, una reflexión sobre la modernidad que, en contacto con la pantalla televisiva, nos entrega imágenes inéditas, deseos no historiadados, aristas no sospechadas. Así, cuando Varela cita la frase de Doña Petrona “lo más moderno que hay en la cocina”, consigue, por una serie de superposiciones históricas y de recorridos sociológicos, un espesor de la cita en el que hace convivir los sueños de los pioneros, las utopías técnicas y la “fachada modernizadora” a la que sólo es posible acceder por la cultura material –inasible, no lo olvidemos– de la televisión. A las innumerables renarraciones de la modernidad que comenzaron a sucederse desde la década de 1980, *La televisión criolla* suma la virtud de postular que la banalidad de la televisión es significativa para entender diversos procesos históricos.

Por su riqueza conceptual, por su investigación sostenida, por el carácter experimental de su búsqueda, por la renovación que supone en los campos de saber que atraviesa, el libro de Mirta Varela se suma a todas las investigaciones de los últimos años que, siendo originariamente tesis de doctorado, renovaron el campo de la crítica cultural argentina y marcaron la emergencia de una nueva camada de críticos. Construyendo nuevos objetos a partir de corpus raramente investigados, estos trabajos se caracterizan por detenerse en las prácticas culturales y articularlas en una exposición de largo aliento marcada por el giro teórico que en su momento Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano dieron a conocer bajo el concepto de “sociocrítica”. Obsesionados con el pasado histórico (casi todos estos libros organizan su material cronológicamente), en la mirada distanciada y en redes culturales que produce la sociocrítica, estos autores encontraron una manera de volver a narrar la modernidad.

Aunque en su lectura se presentan como narraciones académicas y a la vez amenas, estos textos no hubiesen podido escribirse sin la discontinuidad violenta que trazan con su objeto. Y éste es tal vez el dato más importante en lo que hace a su construcción y a su naturaleza renovadora y polémica. A diferencia de la

crítica denunciante, que no dejaba de hablar del pasado como si fuera idéntico al presente, o de la crítica textualista, obsesionada con aislar y celebrar su corpus, esta crítica puede escribirse porque ese pasado resulta radicalmente ajeno y alejado: más que un mundo propio, un jeroglífico que se intenta descifrar. En el caso de *La televisión criolla*, se trata de la discontinuidad irrevocable que existe entre el presente en el que vivimos y el sueño de modernidad de los pioneros, de las vanguardias o de los mismos medios masivos, que marcó buena parte del siglo XX argentino. Sin embargo, no hay que interpretar esta relación vertiginosa con el pasado como un efecto de época: la participación limitada de todos estos libros en el mercado no se basa meramente en su supuesta jerga académica que ya no debería molestar a cualquier lector de periódicos, sino en que su tono se resiste, sin ampulosidad, a la evocación nostálgica que hoy es moda. Desde los libros de divulgación histórica (entre los que se cuenta casi todo lo escrito sobre televisión) a los testimonios de rememoración política, en todos resuena el lamento por lo que no fue, con las siguientes ficciones de consolación y de acusaciones a destiempo. En cambio, estos trabajos de crítica cultural producidos en la academia

narran el pasado para exhibir de un modo mucho más efectivo y verosímil su funcionamiento: antes que la tibia consolación que proporciona la identificación, se busca la lucidez desencantada que puede proporcionar el distanciamiento y la observación. Volver a narrar la modernidad para ver qué es lo que la puso en movimiento y generó uno de los mitos más duraderos del último siglo.

Si la mirada distanciada (sádica, podríamos decir) que Varela construye sobre ese “objeto inasible” que es la televisión la preserva tanto del narcisismo denunciador como del entusiasmo masoquista, la fascinación que le producen los materiales que tiene a mano parecen arrojarla sin mediaciones al espacio catódico. La escritora parece sentir cierto placer perverso o fácil en poner los nombres de Piluso o de Violeta Rivas al lado de los menos conocidos de Roger Silverstone o David Morley. Pero si algo impide que la distancia colapse en la hipnosis televisiva, es –además del temperamento propio de quien debe investigar– su humor intelectual. Este humor solapado surge del choque de la observación detallada con la evanescencia de su objeto y es muy distinto del humor físico y paródico de la televisión. En unas páginas divertidas e inteligentes, Varela parece proponerse el desafío de escribir unas nuevas mitologías a la Barthes pero ancladas en el imaginario argentino. Las descripciones de la vincha, el spray y los bucles de los peinados femeninos, del whisky de los ejecutivos o de las

estrategias de persuasión de Doña Petrona C. de Gandulfo ponen en escena no sólo la eficacia del método barthesiano sino la perspicacia de una mirada –la de la propia Varela– que se posa sobre aquello en lo que nadie se había fijado y que más significativo es cuanto más imperceptible se mantiene. En la página 136 se lee, por ejemplo, que

los peinados exhiben el desdén por lo natural y por la naturalidad al tiempo que instalan lo ostentamente artificial como norma

y, un poco más adelante, que

las cabezas de las clases bajas (aunque no son representadas por “cabecitas negras”) nunca son esféricas. Son, en última instancia, de volumen limitado.

Estos alardes de inteligencia observadora no son del todo inocentes: al detenerse en esos detalles marginales o laterales de las imágenes televisivas, Varela rechaza el tipo de lectura habitual que se hace en los estudios sobre los medios: la búsqueda, en la televisión, de formatos que la anteceden, como por ejemplo la lectura desde los géneros o desde formas populares de expresión (el circo o la radio) que se continuarían en la televisión. En vez de alentar esta lectura de confrontación y, subsidiariamente, considerar la diferencia como contraste o reformulación, la mirada de Varela busca la invención, el hacer propiamente televisivo que no admite un afuera dignificador. Así, en su lectura del peinado se busca el artificio con el que la televisión produce

un efecto que compite o se superpone a lo real. Estas mitologías, entonces, fundan una mirada que no busca trazar genealogías homogeneizadoras, sino que se posa sobre lo singular, específico y diferencial que se constituyó históricamente.

La televisión criolla se escribe contra tres paradigmas teóricos que han marcado el acercamiento a la televisión en la crítica cultural latinoamericana. En primer lugar, contra la herencia populista que tuvo la virtud de considerar dignos de análisis objetos habitualmente despreciados por la crítica. Esta corriente, sin embargo, obsesionada con la vindicación de lo popular, tomaba decisiones metodológicas discutibles y tendió a considerar la cultura popular como algo que arrasaba y dignificaba todo lo que se le ponía a su paso (en realidad, ambas dimensiones eran complementarias, la inclinación populista determinaba de antemano el recorrido por los archivos). Trabajos sin duda pioneros como los de Aníbal Ford, Eduardo Romano y Jorge Rivera encuentran una inflexión en el trabajo de Varela, que elabora de un modo mucho más comprensivo y abarcativo las distribuciones culturales. Véase por ejemplo esta afirmación sobre las ‘estrategias’ del consumidor y confróntesela con la celebración que hacen Ford y Oscar Landi de las antenas caseras hechas con cacerolas: “el placer ya no surge del ‘saber hacer’ manual, sino del gusto por el último consumo de moda de los adelantados” (p. 56). Es otra imagen de lo popular –en la que participan lo mediático y

lo masivo de la televisión— la que nos entrega este estudio.

En segundo lugar, Varela toma distancia de aquellas lecturas que se hicieron en los años de restauración democrática (principalmente el influyente *De los medios a las mediaciones*, de Jesús Martín-Barbero) y que acentúan la expresión de lo democrático y de lo popular en los medios. Estos trabajos fueron producto de una euforia que, en la década de 1990, declinó irremisiblemente: la democracia y lo popular, pese a los augurios, no se volvieron a encontrar y mucho menos en los medios masivos. Este escepticismo está escrito en *La televisión criolla* con tinta invisible y Varela se dirige a la historia del medio para ver cómo se fueron produciendo sus encuentros con la política, como cuando es inaugurada la televisión —un 17 de octubre de 1951— o con las jornadas del Cordobazo.

Finalmente, Varela prescinde de la teoría de la manipulación, que, si bien ya fue bastante desacreditada en el campo de las teorías de la cultura, necesitaba este rechazo porque el concepto está muy presente en casi todos los discursos críticos sobre la televisión del período estudiado (aunque en general para la crítica se tratara, como lo muestra la autora, de un objeto invisible). Sin embargo, el rechazo de este paradigma adquiere una necesidad mayor si

se piensa en el concepto que Varela opone a esos tres paradigmas: el de “industria de la cultura”. No hay en este concepto ni una reivindicación de la Escuela de Frankfurt ni un intento de subsumir a la televisión directamente a la dominación de clases. “Industria de la cultura”, además de anular la esperanza de la televisión como “cultura popular”, articula los argumentos maestros del libro: la modernización como participación efectiva en una nueva actualidad transnacional, la incorporación de lo hogareño en el dominio tecnológico y la fabricación de una imagen de nación:

Las relación técnica / progreso / nación que había ocupado un lugar importante en nuestra cultura —se lee en la página 36—, se resquebraja; y la televisión pasa a ser una prueba de ello. Todos los intentos de los medios gráficos por minimizar u ocultar este hecho, no hacen más que ponerlo en evidencia.

Con audacia, la autora toma este término y lo redimensiona en las prácticas culturales nativas: la del sueño de un país industrial y modernizado. “Industria cultural” sería, así, una realización desviada y distorsionada de ese sueño.

Con la televisión se extingue la ilusión de un proyecto de industria cultural nacional que

había sido motor de la construcción de redes de radio y estudios de cine (p. 175).

Como no hay en el libro pretensión de exhaustividad, no es recomendable señalar huecos u omisiones; sin embargo, habría dos acontecimientos que exigen seguir siendo pensados: el papel de la ley de 1957 que marcó un perfil de la televisión y, principalmente, entregó el canal estatal a los vaivenes del mercado, y la importancia del giro que significó a fines de la década de 1960 la entrada de capitales nacionales, hechos contemporáneos al Cordobazo y a la llegada del hombre a la luna (dos hechos en cambio que, justificadamente, el libro analiza con exhaustividad y rigor). Más allá de estos aspectos que nuevos trabajos de investigación deberán venir a iluminar, la narración crítica que nos entrega Mirta Varela establece un nuevo grado cero de los estudios sobre la televisión argentina y establece un marco que ningún trabajo futuro sobre el tema debería ignorar. Habrá que leer este libro para ver cómo era la modernidad que se transmitía por televisión y, también, para saber en qué consistían realmente los flequillos y los batidos de las mellizas Cora y Candy.

Gonzalo Aguilar
CONICET

Sabina Frederic y Germán Soprano (comps.)

Cultura y política en etnografías sobre la Argentina

Buenos Aires, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 2005, 341 páginas

A fines de la década de 1960, Florestan Fernandes editó una monumental obra en cuatro volúmenes alrededor de los términos de la dicotomía que había planteado Ferninand Tönnies en su clásico *Gemeinschaft und Gesellschaft*, de 1887. El primer volumen se titulaba, precisamente, *Comunidade e Sociedade*. El segundo, *Comunidade*. El tercero, *Sociedade*. El cuarto volumen –que recogía colaboraciones de sociólogos, antropólogos, historiadores y ensayistas brasileños como Darcy Ribeiro, Caio Prado Júnior, Gilberto Freyre, Otávio Ianni, Héglío Jaguaribe, Antônio Candido, Fernando Henrique Cardoso y Celso Furtado– se titulaba *Comunidade e Sociedade no Brasil*, y tenía un subtítulo sugerente: *Leituras básicas de introdução ao estudo macro-sociológico do Brasil*. El volumen considera sucesiva y sistemáticamente un conjunto de formaciones comunitarias típicas (la aldea tribal, la pequeña comunidad, las villas, la ciudad tradicional...) y se plantea después la tarea de comprender la gestación, evolución y estructura de la sociedad nacional brasileña y las relaciones entre esta “sociedad nacional” y los fenómenos de desarrollo económico, demográfico y cultural en un contexto de fuerte sobredeterminación de los sistemas locales y

nacionales de poder por la historia de las formas específicas de integración de la economía brasileña a la economía mundial.

Tres décadas y media más tarde, el libro que ahora tenemos entre manos también se propone volver a recorrer el itinerario conceptual que lleva –como reza uno de los subtítulos de la Introducción que suscriben los compiladores– “de la aldea a la nación”, si bien en una perspectiva que es ahora muy distinta de la que animaba el clásico trabajo de Fernandes. Porque de lo que se trata aquí no es tanto de construir esa mirada “macro-sociológica” en la que se empeñaba el autor de *A revolução burguesa no Brasil*, sino de formularse la pregunta acerca del lugar, las potencialidades y los límites de una específica disciplina universitaria (la antropología social) a la que, en la “división del trabajo intelectual” operante en la organización de nuestras ciencias sociales, le ha quedado reservado un campo de trabajo mucho más asociado con el polo de la “comunidad” y de lo “micro” que con el de la “sociedad” y de lo “macro”. Lo que pone en el centro de las preocupaciones de los compiladores –y de la mayor parte de los autores por ellos convocados– las preguntas por la propia pertinencia de esta serie de asociaciones, por los problemas vinculados con la

construcción de “escalas de análisis” y con la generalización de hipótesis localmente situadas, y, de manera más general, por la posibilidad de la antropología de contribuir a la comprensión y a la discusión de los grandes problemas nacionales.

Grandes problemas nacionales en cuya identificación y exploración la antropología puede, sin duda –ésa es la apuesta que aquí se hace, con mucha fuerza y excelentes argumentos–, tener un papel importante, a condición de que se atreva a dar el paso que le permita ampliar su campo de problemas más allá del restringido universo de las poblaciones “subalternas” a las que tradicionalmente ha limitado su interés y encarar el estudio de los modos en los que muy distintos tipos de poblaciones (políticos, burócratas, intelectuales, profesionales) traman sus relaciones, complejas y diversas, con el Estado, la producción, los medios de comunicación, los mecanismos de construcción de hegemonías y las formas de definición de la identidad nacional y de la memoria colectiva. De manera que si por un lado se trata de postular, como lo hace Frederic en su artículo, la posibilidad de ampliar el alcance de los estudios etnográficos rechazando la reificación de lo “micro” y las miradas cerradas y homogeneizantes sobre la

comunidad (sobre la idea misma de comunidad), por otro lado se trata de permitir a los estudios etnográficos jugar un papel diferente del que tradicionalmente se les ha reservado poniéndolos al servicio de la iluminación de los muy diversos sistemas de cruces y sobredeterminaciones en el seno de los cuales se define la propia identidad de los actores sociales y políticos.

Así, Jorge Pantaleón estudia los mecanismos a través de los cuales fue construida, hace sesenta años –en un contexto signado por la creciente presencia organizadora del Estado nacional, el desarrollo de la planificación como disciplina científica y la centralidad de la dicotomía peronismo/antiperonismo– la “región” del noroeste argentino, que no por no preexistir al conjunto de prácticas de los actores que la re-crean permanentemente deja de organizar fuertemente sus representaciones. Por su parte, Beatriz Ocampo y Carlos Kuz discuten el papel de dos activos intelectuales en la forja de una identidad cultural “santiagueña”, asociada, en Bernardo Canal Feijóo, a la búsqueda de una identidad nacional más genuina que la que proponía el modelo de los hombres del 37 y del 80 (y a la consiguiente lucha contra la idea que ese modelo había construido sobre “el interior”), y en Domingo Bravo, a la recuperación del bilingüismo como expresión de la doble pertenencia de los santiagueños a la nación argentina y a una tradición cultural propia. La situación es análoga a la de los judíos argentinos cuya “doble identidad” estudia Emmanuel

Kahan (quien también se ocupa del rol de un núcleo de “productores de cultura” especialmente significativo: el de los redactores de la revista *Nueva Sión* durante los meses del affaire Eichmann): en todos estos casos, lo que tenemos es la permanente tensión entre un proyecto nacionalizador promovido por el Estado y el desarrollo de diversas identidades sociales particulares.

Pero no se trata sólo de las formas que asume la tensión entre identidades particulares y vocación estatal por la construcción de una identidad nacional uniforme, sino también de los modos en que los actores van construyendo su propia identidad, definiendo su lugar y tejiendo sus relaciones con los otros a través del uso –alternativo o simultáneo– de categorías que remiten a diferentes formas de delimitación y organización de sus comunidades de pertenencia. Así, Soprano estudia, a partir del análisis etnográfico de una serie de actos desarrollados por organizaciones peronistas misioneras durante la campaña electoral de 1999, las maneras en las que los sujetos, nombrándose y nombrando sus grupos de referencia (“argentinos”, “misioneros”, “peronistas”, “mujeres”, “mujeres peronistas”), diseñan y ponen a funcionar sus esquemas de clasificación del mundo, construyen relaciones de alianza o de antagonismo, generan o buscan generar consensos y legitiman organizaciones, jerarquías y liderazgos. No menos complejos son los sistemas identificatorios puestos en

juego en la ONG de “mujeres mercosureñas” estudiada por Laura Rodríguez, cuyo trabajo revela los muy sugestivos modos en que algunas de las militantes de esta organización articulan las “cuestiones de género” con las de la nación, la región y la “frontera”, con la identidad provincial “misionera” y con la tradición del peronismo.

El problema de la relación entre lo local y lo nacional es central en el trabajo de Julieta Gaztañaga sobre la historia de la construcción de consensos alrededor de la necesidad de la construcción del puente Rosario-Victoria, que le permite adicionalmente a la autora una sugestiva reflexión sobre la propia idea de “puente” como “metáfora conceptual” para pensar este tipo de articulación entre distintos niveles de análisis. Igualmente inspirador resulta el análisis de Virginia Vecchioli sobre otro tipo de metáforas: las que de manera no poco problemática han poblado el discurso de las luchas por los derechos humanos de referencias al mundo primario –y “natural”– de los lazos de sangre, tendencia contra la cual Vecchioli invita a recuperar tanto la identidad política (y no la de puras “víctimas”) de los militantes del pasado como el carácter también político de la lucha de los organismos de derechos humanos del presente. Está en juego aquí, desde luego, el problema de la relación entre ese pasado y este presente, y por eso la cuestión de la memoria adquiere una importancia primordial. El trabajo de Sergio Visakovsky la aborda como parte de un ejercicio de reflexión sobre una

investigación propia acerca de un importante centro de salud mental de la Argentina y sobre la tarea de la antropología frente a los modos en que los propios protagonistas de la historia tienden a –en todos los sentidos de la palabra– interpretarla.

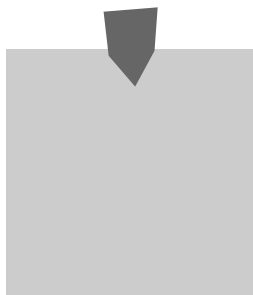
Lo que en cierto sentido no es más que una dimensión de un problema más general: el de la tarea de la antropología frente al modo en que los actores interpretan el conjunto de sus historias, de sus vidas, de sus relaciones y del mundo. De eso se trata, en realidad, todo a lo largo de esta compilación: del permanente careo, de la permanente

confrontación y ajuste recíproco entre las perspectivas de los actores y las teorías del antropólogo –entre las “teorías nativas” y la “teoría social”–, único modo de dar cuenta, en sociedades nacionales complejas como la nuestra, de las múltiples e intrincadas relaciones entre cultura y política a las que alude el título del libro. Y que si por un lado exigen tener un ojo atento a los movimientos y las estrategias integradoras desplegadas desde el Estado nacional, por el otro lado reclaman tener en cuenta no sólo que ese Estado nacional –como escriben los compiladores– es una entidad

compleja en permanente proceso de definición, un campo de fuerzas múltiples que, lejos de poder presentarse alguna vez como plenamente constituido, está todo el tiempo re–produciéndose y re–estructurándose, sino también que ese Estado nacional siempre dinámico y cambiante es significado y resignificado a cada paso –como lo revelan las etnografías recogidas en este libro– por los más diversos y heterogéneos actores sociales y políticos.

Eduardo Rinesi
UNES

Fichas



Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 10 / 2006

La sección Fichas se propone relevar del modo más exhaustivo posible la producción bibliográfica en el campo de la historia intelectual. Guía de novedades editoriales del último año, se intentará abrir crecientemente a la producción editorial de los diversos países latinoamericanos, por lo general de tan difícil acceso. Así, esta sección se suma como complemento y, al mismo tiempo, base de alimentación de la sección Reseñas, ya que de las Fichas saldrá parte de los libros a ser reseñados en los próximos números.

Las fichas son realizadas por Martín Bergel y Ricardo Martínez Mazzola. En este número han contado con la colaboración de Alejandro Blanco y Adrián Gorelik.

John Locke

Ensayo sobre el gobierno civil
Buenos Aires, Editorial de la
Universidad Nacional de
Quilmes / Prometeo 3010,
2005, 295 páginas

A primera vista puede parecer insólito consignar entre las novedades la reedición de un clásico publicado por primera vez en 1690. Sin embargo, creemos que la reciente edición al cuidado de Claudio Amor y Pablo Stafforini –que abre la Serie Clásica de la Colección Política de la Universidad Nacional de Quilmes– merece señalarse. No sólo por la cuidada traducción que –tomando como base el texto normalizado por Peter Laslett– hace visibles las elisiones del texto inglés; sino principalmente por el inmenso trabajo de intertextualidad que los editores introducen en las notas al pie. Esos pies de página ponen el texto en relación con el contexto político de la época, en particular con las posiciones de los *whigs* durante la crisis de los Estuardo; precisan las fuentes –bíblicas, clásicas, relatos de viajeros– de las que Locke toma sus ejemplos, y reconstruyen los vínculos que el texto mantiene con textos anteriores de Locke, con autores anteriores en los que se apoyaría –como Pufendorf o los “sorbonistas”–, discutiría –como los “tomistas”– o se apoyaría y discutiría –como Thomas Hobbes–.

Pero en las notas los editores no sólo establecen un diálogo entre Locke y sus antecesores o contemporáneos sino que también señalan los puntos que fundan interpretaciones “neo-lockeanas” posteriores, ya sean “libertarias” como la de Nozick, o “republicanas” como

la de Pettit. Respetuosos de su rol, los editores parecen evitar tomar partido por una interpretación en particular; sin embargo, podemos aventurar que, cerca del final, algunas intervenciones arman una posible lectura que da cuenta de la posición de Locke ante el gran temor del liberalismo posterior a la Revolución Francesa: la tiranía de la mayoría. Subrayan que para enfrentarla no existirían mecanismos en la máquina institucional lockeana, que a diferencia de la propuesta por los “federalistas” no incluye poderes contramayoritarios que defiendan a las minorías, y tampoco parece sostenible que pueda apelarse legítimamente a un derecho de rebelión oponible a la soberanía de la mayoría. Estas ausencias no serían vacíos sino consecuencias del hecho, turbador para el liberalismo posrevolucionario, de que el contrato pone en movimiento un proceso de conversión de sujetos individuales en un sujeto colectivo, proceso que no parece tener marcha atrás.

Claudia Hilb

Leo Strauss: el arte de leer.
Una lectura de la interpretación straussiana de Maquiavelo, Hobbes, Locke y Spinoza
Buenos Aires, FCE, 2006,
356 páginas

El título ya lo declara: el libro trata de la lectura y de la “perplejidad” que ésta suscita cuando se trata de seguir, e interpretar, a un autor que hizo de la duplicidad de la “escritura” –exotérica y esotérica– uno de los elementos centrales de su reflexión. Para reconstruir esta lectura Claudia Hilb se propone leer a Strauss del mismo modo en que éste leyó a los filósofos políticos que abordó: suponiendo coherencia en su obra e interpretando que las contradicciones, lagunas y oscilaciones no serían errores sino claves que, invisibles a los ojos de la mayoría de lectores exotéricos, serían reconocidas por los verdaderos buscadores del conocimiento. Este modelo de lectura que Hilb adopta para seguir a Strauss en su abordaje de los “autores de la primera ola de la modernidad” –Maquiavelo, Hobbes, Locke y Spinoza– da al libro un aire de novela detectivesca, cargada de pistas y atribuciones que se desmienten unas a otras llegando a ¿aparentes? callejones sin salida.

Esta mirada descentrada permite, como subraya la autora, iluminar la obra de estos autores clásicos dando lugar a interpretaciones fuertemente novedosas y provocativas –como aquella que invierte el argumento de Hobbes acusándolo de que es su modelo y no la filosofía clásica el que más fácilmente puede desatar el Behemoth de la anarquía, o la que hace de Locke el más fiel

discípulo de la ética maquiaveliana—. Sin embargo, volviendo a la imagen detectivesca, la principal sorpresa se reserva para el final. Pido perdón por revelarlo. La autora explica que para Strauss no sólo la mejor forma de gobierno, la del filósofo-rey, es imposible, sino que la mejor forma posible, la de los gentilhombres, no se apoya en la moralidad sino en el deseo de riqueza, cuya justificación descansaría tan sólo en su contribución a hacer posible la mejor vida: la del filósofo. Pero las revelaciones no acaban aquí, ya que la autora muestra que Strauss cuestiona la posibilidad de demostrar teóricamente la existencia de un orden absoluto que funde la posibilidad de la filosofía, de modo que la opción por esta posibilidad es un acto de voluntad, una “apuesta” por una vida regida por el “eros filosófico”. Una pregunta queda apenas esbozada: esta “decisión” por la filosofía ¿no remite al pluralismo de los valores que Strauss tanto buscó superar?

Carlos Altamirano
Para un programa de historia intelectual y otros ensayos
Buenos Aires, Siglo XXI, 2005,
133 páginas

Carlos Altamirano agrupa en este breve libro cinco artículos que brindan testimonio de su sostenido esfuerzo por desarrollar el campo de la historia intelectual en la Argentina. Se trata de un empeño que viene realizando tanto en el nivel de la reflexión teórico-metodológica, como en la investigación propiamente histórica. En los ensayos reunidos en este volumen (en su mayoría publicados con anterioridad), esa doble impronta tiene ocasión de manifestarse, primero, en el texto inicial que presta su título a la compilación, en el que se despliega un haz de nociones destinado a bosquejar algunos lineamientos programáticos para la práctica de la subdisciplina; y luego, en los cuatro artículos restantes, que se presentan como ejercicios de diversa factura en los que el autor lleva a canteras históricas varios de los procedimientos del programa antes esbozado. Así, por caso, si la historia intelectual mentada por Altamirano encomienda desarrollar una dimensión de análisis que sepa contener —según afirma en el artículo de apertura— “el tipo de disposición que se cultiva en la crítica literaria”, en el texto “Introducción al *Facundo*” se sirve de estrategias de ese estilo para acometer el plus de sensibilidad literaria que no sólo sirve de soporte de las ideas del clásico sarmientino sino que produce efectos de sentido específicos. O, de igual modo, la “perspectiva pragmática” que invoca, que exige colocar los textos y las ideas analizados en

una determinada trama histórica de significaciones puede ser reencontrada en el modo en que, en otro de los artículos, Altamirano filia la idea medular de la “Argentina aluvial” de José Luis Romero en el magma que da origen al “ensayo de interpretación nacional” en los años 1930. El libro se completa con dos textos de similar estructura, en los que dos temas —el del hiato entre intelectuales y pueblo en un caso, el “tema latinoamericano” en otro— son perseguidos en las diversas modulaciones que a lo largo de varias décadas los sostuvieron como objeto continuado de reflexión para las élites intelectuales argentinas.

Elías José Palti
Verdades y saberes del marxismo. Reacciones de una tradición política ante su "crisis"
Buenos Aires, FCE, 2005,
232 páginas

En este ambicioso trabajo Elías Palti busca adentrarse en la "crisis del marxismo", que es sólo un ejemplo, aunque decisivo, de la crisis de la política. No es ésta una crisis parcial, ni siquiera una crisis terminal, que aunque sin solución aparente mantiene su vigencia en el tiempo, sino una crisis final, una situación abismal que nos pone ante la necesidad, trágica, de aferrarse a certidumbres que se reconocen ya no como infundadas sino como imposibles. Para abordar esa crisis Palti comienza analizando las posiciones sostenidas por Perry Anderson, quien estaría dispuesto a abandonar la *Verdad* del marxismo para conservar su *Saber*, explicando teóricamente su imposibilidad como práctica política. El punto de llegada presentará una perspectiva opuesta en la obra de Alan Badiou, quien considera que para salvar su *Verdad* debe ser destruido como saber: el marxismo se salvaría como práctica política admitiendo que no puede dar cuenta de la realidad ni de su situación.

Pero ¿cuál es la *Verdad* del marxismo? Palti responde partiendo de la obra de Nahuel Moreno –para quien sólo habría una *política* marxista a partir de la postulación de que el triunfo del capitalismo es, a la vez, imposible y algo contra lo que se debe luchar–; para pasar a la polémica entre Ernesto Laclau –que postula el carácter relacional de toda identidad que, en una totalidad sin centro, no conduce a una deriva relacional

porque dichas fallas son cerradas, míticamente, por la decisión que surge de los actos de subjetivación– y Slavoj Žižek –quien niega que la incompletitud de los sistemas sociales suponga una dispersión de antagonismos y que existe un punto nodal de contención, definido por el contenido específico que debió ser reprimido para que emerja esa forma de universalidad–. Las dos posiciones, explica Palti, se sitúan en una "impasse conceptual" –derivado de la decisión política que sutura un indecible, que la discursividad sea condición del vacío o viceversa– que es desplegado por Badiou, quien afirma que la existencia de una fisura estructural es una condición de posibilidad del acontecimiento pero que la producción de éste implica algo más, una "intervención" que introduzca en la situación algo innominable en ella. Este acto de nominación no se apoyaría en ningún saber sino en una apuesta aun más trágica que la de Pascal, ya que no se fundaría en la ignorancia sino en una certeza: sabemos que no existe el Absoluto y sin embargo apostamos por él.

Beatriz Sarlo
Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión
Buenos Aires, Siglo XXI, 2005,
168 páginas

En este incisivo ensayo, Beatriz Sarlo saca a relucir las armas de la crítica filosófica y cultural para acometer algunas de las formas en que circulan el saber histórico y las imágenes del pasado en la Argentina de nuestros días. Frente al tópico que quiere ver en la contemporaneidad una pura cultura de lo instantáneo, Sarlo prefiere interrogar, en diálogo y recuperación del Nietzsche crítico del historicismo, los modos mediante los cuales el pasado no cesa de acosar al presente. Se interna así en la "industria de la memoria", el pasado hecho mercancía gracias al concurso de una historia extraacadémica cuyo éxito en términos de mercado –capaz de suscitar la envidia de una historiografía profesional presta a sacrificar ardor y creatividad en función de satisfacer con demasiado escrupulo las legalidades internas a su campo– obedece tanto a la linealidad simplificadora de las hipótesis que organizan su relato, como al modo en que se afana en dar respuestas que tiendan a coincidir con las expectativas y el sentido común del gran público. De esta madeja están contruidas muchas de las miradas sobre el pasado reciente argentino. Pero el tema central del libro no estriba tanto en las condiciones de producción y circulación de la historia, como en sus propias bases epistémicas. Según la autora, tanto en sede académica como fuera de ella, sea bajo el formato de la historia oral, las historias que exploran los detalles de la vida

privada o las memorias militantes, asistimos a una fiebre del testimonio, presentado como índice suficiente del cual extraer la verdad de los acontecimientos pretéritos. La proliferación de esta modalidad, que revela una suerte de hegemonía epistémica del yo, merece, a juicio de Sarlo, el nombre de “giro subjetivo”. Y son los ejes ciegos de esas miradas que confían en la inmediatez y en la transparencia de la experiencia hecha relato verídico y pretendido conocimiento del pasado, los que la autora busca iluminar para poder someterlos a crítica. Ese gesto, que no elude el rodeo teórico a través de figuras como Benjamin o Derrida, tiene aun en su sofisticación un evidente ángulo político: y es que en el libro late la sospecha, de manera no siempre explícita, tanto sobre las versiones que recuperan acriticamente la memoria heroica de los años 1970, como, en su reverso, sobre aquellas que al descansar puramente en el valor de lo testimonial acaban por ofrecer un cuadro histórico incompleto, a menudo despolitizado y liviano en densidad ideológica.

Marta E. Casás Arzú y Manuel Pérez Ledesma (eds.) *Redes intelectuales y formación de naciones en España y América Latina 1890-1940* Madrid, UAM Ediciones, 2005, 450 páginas

Los trabajos reunidos en este libro son el resultado de un Seminario que, con el mismo título, se celebró en la Universidad Autónoma de Madrid en octubre de 2002. Como su título lo indica, el centro de las intervenciones giró en torno de dos cuestiones principales. Por un lado, un examen de los procesos históricos desde la perspectiva abierta por el estudio de las redes sociales, intelectuales y políticas frente a un tratamiento más estático de parte de la historia social tradicional. Por el otro, el estudio de las naciones como construcciones culturales y políticas o como “comunidades imaginadas”, frente a una visión tradicional inclinada a ver en aquéllas realidades intemporales. El libro consta de cuatro secciones. En la primera de ellas se examinan las transformaciones experimentadas por el espacio cultural hispánico tanto en el plano del pensamiento filosófico como político, y, en especial, el surgimiento de un nuevo lenguaje político y su papel en la conformación de la esfera pública. En la segunda, se estudian las redes sociales, intelectuales y políticas y su relación con la configuración de espacios públicos y circuitos de sociabilidad. La tercera sección explora el papel de los imaginarios nacionales en la formación de las naciones, así como el surgimiento del corporativismo y el nacionalismo españoles en el contexto de la crisis del

Estado liberal y su impacto en Latinoamérica. Finalmente, la cuarta sección presenta tres estudios de caso que abordan las trayectorias de viajeros intelectuales, quizá no tan conocidos como Alfonso Reyes y Ortega y Gasset, pero no por eso menos influyentes, tales como Concepción Gimeno de Flaquer, Belén Sárraga y César Falcón.

Erika Pani y Alicia Salmerón
(coordinadoras)
Conceptualizar lo que se ve.
François-Xavier Guerra
Historiador. Homenaje
México, Instituto Mora, 2004,
554 páginas

Este libro reúne los trabajos en homenaje a un historiador que, como François-Xavier Guerra, ocupa ya un lugar central en la renovación de la historia política que ha tenido lugar en las últimas dos décadas. En efecto, su original enfoque sobre el proceso que caracterizó la transición del Antiguo Régimen a la modernidad, tanto como sus investigaciones relativas a las transformaciones políticas y culturales experimentadas en Iberoamérica hacia fines del siglo XVIII y durante la primera mitad del siglo XIX, han marcado la historiografía del período y han sido fuente de inspiración para numerosos estudios específicos sobre diferentes regiones. De los trabajos aquí reunidos, algunos de ellos se ocupan en particular del legado del historiador, mostrando la fertilidad del enfoque de Guerra para el estudio de la historia de Iberoamérica, mientras que otros, adoptando el camino abierto por él, exploran nuevos territorios temáticos y conceptuales. El libro está dividido en tres secciones. En la primera de ellas, se examinan las obras fundamentales del historiador y sus principales innovaciones conceptuales. En la segunda, se exploran diversas dimensiones de la cultura iberoamericana (las prácticas epistolares, el mundo de las editoriales, las festividades y los calendarios, entre otros) y su papel en la conformación de la identidad y la memoria. La tercera sección presenta tres estudios que se

ocupan de los problemas relativos al Antiguo Régimen y la modernidad, mientras que la cuarta examina algunos de los conceptos y métodos constitutivos de la perspectiva historiográfica de Guerra. Cierra el libro una semblanza del historiador y de su trayectoria realizada a partir de testimonios del propio Guerra, como de aquellos que lo conocieron.

Elías José Palti
La invención de una legitimidad. Razón y retórica en el pensamiento mexicano del siglo XIX (Un estudio sobre las formas del discurso político)
Buenos Aires, FCE, 2006,
544 páginas

En este trabajo Elías Palti se propone la inmensa tarea de reconstruir las transformaciones de los lenguajes políticos de casi un siglo, el XIX, de historia mexicana. Pero la enormidad del esfuerzo es amplificada por el hecho de que el autor, luego de subrayar las limitaciones del enfoque atemporal y apriorístico de la historia de las ideas, se propone abordarlo con un arsenal conceptual, el de la “historia de los lenguajes políticos” desarrollado por Pocock y la “escuela de Cambridge”, que también se propone perfeccionar.

La ligazón entre los dos registros se deja ver en cada una de las partes en que se divide la obra. En la primera, la minuciosa reconstrucción de cómo en el México independiente fueron tematizadas las aporías de la política secularizada —de la percepción de que no había fundamentos para establecer la legitimidad de un gobierno dado, a la conciencia de que todo orden legal se sustentaba en un hecho exterior a la Ley, y el final reconocimiento de que esa exterioridad no estaba limitada a un momento original “prepolítico” sino que permanecía y contaminaba toda la vida política, que así perdía su diferencia con la guerra— da paso a una explicación de esas transformaciones no por la acumulación de intervenciones individuales de “filósofos poetas”, como lo haría Pocock, sino por un previo socavamiento de las premisas de una forma

de discursividad, lo que permitiría tematizar sus puntos ciegos. La mutación de paradigmas se explicaría por las sucesivas re descripciones a las que los actores se vieron forzados por las nuevas, y liminares, condiciones de enunciación a las que los enfrentó la política mexicana.

La misma dimensión polémica se encuentra en la segunda parte del trabajo. Allí Palti argumenta que la consolidación del positivismo en México, lejos de significar el regreso a modos pre-seculares de pensar lo social, habría implicado el arribo a un nuevo “umbral de historicidad” caracterizado por la tematización de lo que el paradigma contractual no percibía: el carácter social y producido de los sujetos políticos. Esa postulación de umbrales de historicidad irrebasables implicaría una forma de irreversibilidad temporal que –al revelar las aporías presentes en sus supuestos no tematizados– hace imposible la recuperación actual de discursos como el republicano, que sostiene, al precio del anacronismo, Pocock.

Jussi Pakkasvirta
¿Un continente, una nación? Intelectuales latinoamericanos, comunidad política y las revistas culturales en Costa Rica y el Perú (1919-1930)
San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2005, 236 páginas

Este estudio del finés Jussi Pakkasvirta procura dar cuenta de las tensiones derivadas de la coexistencia conflictiva de dos dimensiones identitarias superpuestas en el discurso de los intelectuales latinoamericanistas de los años 1920: la nacional y la continental. Para ello, explora dos casos de revistas que cumplieron un papel de primer orden en el diseño de la trama cultural de ese período: *Repertorio Americano*, en Costa Rica, y *Amauta*, en el Perú. En el caso de la primera, dirigida por Joaquín García Monge, el autor constata cómo, a pesar de sus apelaciones antiimperialistas y latinoamericanistas y de haber cumplido un papel excepcional en el tejido de lazos en el nivel continental, la revista se ocupó asimismo de proyectar un discurso sobre las singularidades nacionales costarricenses (esencialmente, en torno del mito de una nación laboriosa, pacífica y civilizada que contrastaría con el resto de las repúblicas centroamericanas), en una vena que no se diferenciaba de la imaginería nacionalista alimentada por entonces desde el Estado. En el caso de *Amauta*, aun a pesar de haber dado cobijo a varios autores que mentaban la unidad continental, a juicio del autor tampoco el latinoamericanismo alcanzó a cristalizar los términos de un proyecto acabado. Tanto en Costa Rica como en el Perú, en

definitiva, las utopías continentalistas de la década de 1920 tendieron a disiparse toda vez que no alcanzaron a atravesar el umbral de la apelación retórica. Frente a esas utopías, despuntados los años 1930 el nacionalismo tendió a consolidarse como discurso hegemónico y como opción realista entre los intelectuales.

Adrián Gorelik
Das vanguardas a Brasilia. Cultura urbana e Arquitetura na América Latina
Belo Horizonte, Editora UFMG, 2005, 190 páginas

Reuniendo historia de la arquitectura e historia de la ciudad a partir del prisma de la historia cultural, el libro de Gorelik ofrece una nueva visión de la historia de las vanguardias estéticas y culturales en América Latina. El libro se organiza a partir de una introducción general en la que desarrolla sus principales hipótesis sobre el peculiar carácter de las vanguardias en América Latina: no se trataría de manifestaciones locales de la “influencia” europea (más o menos ajustadas conceptualmente, más o menos desplazadas temporalmente), sino de la realización de una de las pulsiones fundamentales de la “dialéctica constructiva” de la vanguardia. Así, discute la caracterización clásica (Bürger) de las vanguardias históricas (definidas por su negatividad, su carácter destructivo, su combate a la institución y a la tradición, y su internacionalismo), y, a la vez, encuentra en América Latina un especial territorio de desarrollo de sus componentes constructivos, la búsqueda de capturar la identidad nacional, y para lograrlo, el apoyo en el Estado, promotor fundamental de los impulsos vanguardistas y, más aun, de las propias condiciones que hicieron posible la emergencia de la vanguardia en los países latinoamericanos. Gorelik analiza las razones y las consecuencias de esa inversión conceptual en términos de la producción cultural de las vanguardias latinoamericanas, y, a partir de allí, en los tres capítu-

los del libro analiza su desarrollo en tres episodios configurados como un periplo entre ciudades y como un recorrido por tres momentos clave del siglo XX: Buenos Aires en las décadas de 1920 y 1930; México en las décadas de 1930 y 1940; Brasilia en las décadas de 1950 y 1960. En Buenos Aires analiza el ciclo que va de las aproximaciones borgianas al arrabal, a la construcción de un modernismo oficial en la década de 1930. En México, la reconfiguración del campo de las vanguardias durante el cardenismo a través de la especial lente que ofrece la presencia de uno de los vanguardistas europeos más importantes del período, Hannes Meyer, segundo director de la Bauhaus. En el tercero, finalmente, todo el episodio del proyecto y construcción de Brasilia como punto de llegada de un ciclo de la modernidad brasileña. El hilo conductor, lo que le permite a Gorelik hablar de vanguardias en América Latina como una experiencia articulada, es, sin duda, la alianza decisiva que éstas establecen con el Estado; una alianza que encontrará formas completamente diferentes en la Argentina, México y el Brasil, pero que estructura la propia condición de las vanguardias latinoamericanas.

Fernando Aliata
La ciudad regular. Arquitectura, programas e instituciones en el Buenos Aires posrevolucionario, 1821-1835
Buenos Aires, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 2006, 303 páginas

Este libro es el producto de la tesis doctoral de Fernando Aliata sobre la ciudad rivadaviana, defendida en el año 2000, pero cuyos avances y principales hipótesis fueron una de las fuentes, a lo largo de toda la década de 1990, de la renovación de la historia política y social de la primera mitad del siglo XIX argentino. A esa renovación Aliata le ofrece una formulación completamente novedosa de los escenarios materiales e institucionales en que se desenvolvía la política y la sociedad de Buenos Aires. Frente a las visiones tradicionales de la Buenos Aires anterior a 1870 como la “Gran Aldea” —una visión formulada por los memorialistas que buscaban recuperar la ciudad de la infancia, arrasada por la modernización posterior a 1880 que ellos mismos habían propiciado, pero que curiosamente pervivió hasta las hipótesis históricas más recientes—, Aliata muestra una Buenos Aires enormemente compleja, en tres planos entrelazados: el rol de la ciudad en los discursos políticos de la élite revolucionaria, la propia estructura urbana que se transformaba en impulsos de crecimiento y modernización, y las representaciones de la gestión técnica y profesional que se organiza durante el gobierno rivadaviano, pero continúa interviniendo en la ciudad durante buena parte del siglo XIX. La idea de “ciudad regular” surge, justamente, de la

combinación entre el ideario político (la construcción de una sociedad ilustrada, con espacios de sociabilidad y política que den cuenta de su íntima racionalidad) y el ideario técnico (proveniente fundamentalmente de la reorganización napoleónica de los saberes urbanos). Y, al mismo tiempo, la idea de “ciudad regular” debe lidiar aquí con la regularidad histórica de la matriz colonial de la ciudad y el territorio, tan diferente de la estructura medieval europea contra la que estas nuevas ideas habían buscado recortarse. Una de las características principales del libro de Aliata, y seguramente su aporte decisivo, es la articulación precisa y original entre discursos –que a su vez tienen lógicas completamente diferentes entre sí, como es el caso de los políticos y los técnicos–, dinámicas institucionales –el espacio público, las dimensiones espaciales de la representación política– y realidades materiales –urbanas y arquitectónicas–. La lectura que ofrece de realidades tan diversas como los proyectos para la capitalización de Buenos Aires, el edificio de la Legislatura o la fachada de la Catedral, muestra una capacidad interpretativa poco común en la historia de la arquitectura y en la historia urbana, mostrando que desde ellas es posible reorganizar todo el saber histórico de un período.

Roberto Madero
La historiografía entre la república y la nación. El caso de Vicente Fidel López
Buenos Aires, Catálogos, 2005, 232 páginas

Roberto Madero propone en este libro un novedoso conjunto de perspectivas que busca complejizar las imágenes cristalizadas en torno de los modos de historiar de quien fuera una de las figuras fundacionales de la historiografía argentina:

Vicente Fidel López. Madero procura desestabilizar el lugar de “mal historiador” que la historia de la historiografía argentina canónicamente le ha reservado a López en su contienda con Mitre, en particular debido a su desdén por los documentos. Frente a ese juicio, el autor de este libro busca restituir historicidad al tema, reinscribiendo las prácticas de escritura histórica de López en las más abarcadoras que dan cuerpo a la figura del letrado. Así, el privilegio de la tradición oral y los relatos y memorias de miembros de la élite, como instrumentos legítimos para la reconstrucción del pasado, deben leerse como un resultado de la mayor autoridad que a los ojos de López surge del testimonio directo de las figuras patricias a las que tiene natural acceso; o, de un modo similar, la manera de juzgar hechos pretéritos con arreglo a los modos de la casuística –selección y juzgamiento de diversos testimonios en función de extraer una verdad sin la cual no se constituye un hecho– no es sino una extensión de los hábitos del letrado, entre los que el procesamiento de la realidad en términos jurídicos y el peso otorgado a la ley resultan configurantes del modo de

aproximación a la historia de López. Esta relativización del paradigma –frecuentado por Mitre– de una verdad objetiva pasible de ser extraída de los documentos, se continúa en López en un apaciguamiento de la mirada romántica y organicista que asediaba sus escritos anteriores a 1880, y que ciertamente preside la mirada de su contrincante. Un corolario de ello, que Madero escruta en sus matices, es la diferencia entre la historia mitrista –historia que es inevitablemente la historia del despliegue necesario de una nación– y la de López, en la que el marco de análisis ya no lo ofrece la nación sino una república elitista y porteñocéntrica que los diversos registros de escritura deben ayudar a consolidar políticamente.

Darío Roldán (comp.)
Crear la democracia. La Revista Argentina de Ciencias Políticas y el debate en torno de la República Verdadera
Buenos Aires, FCE, 2006,
329 páginas

La *Revista Argentina de Ciencias Políticas* fue una importante empresa intelectual que entre 1910 y 1928 analizó las profundas transformaciones políticas que sufría la Argentina, a la vez que intentó presentar un nuevo abordaje que alejaba el análisis de los fenómenos políticos de la perspectiva de los actores inmediatos. La empresa era plural –como muestran los artículos en torno del abordaje de la cuestión municipal, la educación universitaria o los debates económicos–, pero en su centro se encontraban las preocupaciones por una Reforma Política, a la que se negaban a identificar con una “mera reforma electoral”.

Es en este trabajo de diferenciación donde la compilación se asocia con buena parte de la mejor historia política e intelectual: los miembros de la *Revista* no son inmersos en un “espíritu reformista” indiferenciado ni sus propuestas son vistas como meras variantes de la Reforma efectivamente implantada. El artículo de Roldán se esfuerza por señalar que sus miembros cuestionaban no sólo la propuesta de Sáenz Peña sino su planteo del problema: para ellos, la cuestión fundamental no era la de la legitimidad, ligada a la escasa participación electoral, sino la de la representación de intereses sociales que no encontraban adecuada expresión política. Por ello, la solución no podía provenir de la extensión del sufragio, sino de la realización

de un conjunto de reformas que establecieran un gobierno representativo que daría lugar a la manifestación de los diferentes intereses sociales, evitando el riesgo de la erección de un poder trascendente apoyado en algo tan inasible como la apelación al “pueblo”.

Esta desconfianza hacia la política de masas también era modulada en una segunda dimensión al abordar la prescripción de un necesario tránsito hacia la formación de “partidos de principios”. El planteo heredaba una pretensión capacitaria que, no pudiendo colocarse ya en la calificación del sufragio, se situaba en la selección de la agenda: los “principios” que debían –en la particular concepción científica de la *Revista*, donde lo prescriptivo sobrepasaba lo descriptivo– guiar las nuevas fuerzas eran los que los ilustrados definieran como importantes. Sería esta mirada “ilustrada” la que no permitiría percibir la importancia articuladora de esos nombres, así como de los rituales y símbolos con que se llevaba adelante la política realmente existente.

María Pía López
Lugones: entre la aventura y la cruzada
Buenos Aires, Colihue, 2004,
216 páginas

El prolongado asedio a la figura de Lugones que despliega María Pía López en este libro se presenta fraccionado en tres partes configuradas a partir de accesos a su obra y a las circunstancias de su vida de diverso tenor. En la primera de esas partes se interrogan ciertas constantes del modo de ser intelectual de Lugones: desde su elitismo y su voluntad de construir diferencia y jerarquía, modulados en clave ya modernista, ya autoritaria, hasta el gesto del legislador que desde las alturas procura instaurar el orden y diseñar programas, sean éstos para Roca o para el uriburismo. Este examen del intelectual de Estado que habita en Lugones devuelve en la mirada de la autora la imagen de una figura trágica, acosada por el fracaso y la soledad. En la segunda parte, en cambio, el camino elegido para recorrer la producción lugoneana es otro y más clásico: reside en reconstruir sus diversos posicionamientos políticos. Con todo, aquí no se trata apenas de reparar un itinerario que se desplaza unívocamente de izquierda a derecha, sino de ofrecer una imagen complejizada de esa parábola a partir de desentrañar los pliegues que subtendieron cada toma de posición. Así, sale a relucir el aristocratismo de su “momento socialista”, o los diversos planos y reconstrucciones retrospectivas de su roquismo, además del vitalismo que alimenta su acercamiento al fascismo italiano en la década de 1920. Finalmente, la última parte del volumen, la más

rica desde la perspectiva de una historia de los espacios intelectuales, reconstruye tanto las sucesivas operaciones de consagración que instalaron a Lugones en el centro del campo cultural, como las conflictivas relaciones con los círculos de la “nueva generación” de los años 1920. De Rubén Darío a los momentos de cercanía y los de tensión con Manuel Gálvez, pasando por su relación con *Nosotros*, primero, y sobre todo luego con las revistas reformistas y las de vanguardia, los vínculos inestables con esa figura inevitable que era Lugones son así examinados en sus pormenores.

Andrés Bisso
Acción Argentina. Un antifascismo nacional en tiempos de guerra mundial
Buenos Aires, Prometeo, 2005,
394 páginas

El libro de Andrés Bisso, que recoge el resultado de una metódica investigación coronada en la realización de su tesis doctoral, ofrece una sólida e informada reconstrucción de un capítulo poco recorrido de la historia política argentina del siglo XX. Su objeto es la agrupación antifascista Acción Argentina –desde las condiciones que hacen posible su surgimiento hacia fines de la década de 1930, a su disolución en el marco de la derrotada Unión Democrática en 1946–, inquirida en una pluralidad de registros tales como sus orígenes, su historia, su composición, su discurso, sus prácticas políticas, su capacidad de movilización, la naturaleza de la representación de sus elencos dirigentes, el desarrollo en comarcas y territorios del interior del país, entre otros. Al reponer esta historia, el autor desarrolla también una serie de problemas que exceden el marco de la agrupación que estudia. Así ocurre, por ejemplo, con las consideraciones sobre el singular momento de condensación de las tradiciones socialista y liberal (incluso, en algunos casos, liberal-conservadora), posibilitado por la capacidad de articulación ofrecida por el discurso antifascista; como, también, por el estudio de los diversos aterrizajes de ese discurso de origen global en temas nacionales o locales, como la lucha contra el fraude electoral, o su entrelazamiento con motivos cívicos o de participación ciudadana. El cuadro que se

obtiene así del libro es el de un discurso que supo traducirse en prácticas eficaces a la hora de movilizar demandas democráticas desde la sociedad, en especial en los años de fraude y gobiernos militares, pero que se reveló incapaz de articular una opción política exitosa y duradera en momentos en que ante sí cobraba vida el fenómeno peronista.

Omar Acha

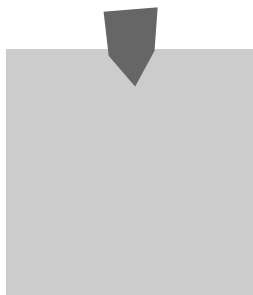
La trama profunda. Historia y vida en José Luis Romero

Buenos Aires, Ediciones El Cielo por Asalto, 2005, 193 páginas

Omar Acha ha escrito el primer libro en nuestro medio enteramente dedicado al análisis de la obra y las ideas de José Luis Romero, una figura que se ha vuelto fundamental en la historiografía argentina pero que, al mismo tiempo, sigue siendo notablemente ignorada en sus matices y complejidades. La empresa de Acha, en este sentido –empresa que configura en sí misma una original hipótesis de lectura–, es la de reponer a Romero como intelectual, para poder entenderlo como historiador. Ya que las claves de su obra, nos dice, se encuentran en la visión romeriana sobre la crisis de la sociedad argentina –como parte de la crisis de la sociedad occidental–. Para seguir esas claves, Acha indaga simultáneamente en algunos episodios de la biografía de Romero, en el sentido de algunas de sus empresas culturales, de algunos de sus textos fundamentales y de algunos de los conceptos fuertes que dominaron su pensamiento historiográfico. En capítulos sucesivos analiza la concepción historiográfica de Romero, su trayectoria en el socialismo argentino, la revista *Imago Mundi*, su trabajo sobre la “mentalidad burguesa”, sus lazos con el ensayo como género (de escritura y comprensión de la realidad), la importancia de los temas urbanos como enlace entre la modernidad occidental y el mundo latinoamericano. Y es en este último tema donde el libro de Acha parece adquirir, al mismo tiempo, mayor origi-

nalidad, mayor claridad y mayor fuerza. Luego de una primera mitad un poco oscura, en la que no es fácil distinguir los aportes, Acha se concentra en seguir una hipótesis, la de que Romero quería escribir el *Facundo* del siglo XX. No se trata de una hipótesis original en sí misma, ya que el propio Romero dejó diseminadas huellas de esa voluntad, pero Acha la trabaja con una profundidad y una agudeza interpretativa muy poderosas. A partir de esa idea, el libro se estructura y realiza sus aproximaciones más iluminadoras, en especial, sobre las relaciones de Romero con la tradición ensayística, desde donde Acha lee *Latinoamérica: las ciudades y las ideas* de una manera completamente novedosa. Así, este clásico encuentra su “pasado”: no sólo en el interés de Romero por la urbanización burguesa europea, no sólo en los magníficos textos y clases sobre itinerarios urbanos (la mayor parte de ellos inéditos, y que tienen un excelente lector en Acha), sino también en la laboriosa construcción de Romero de un lugar desde donde reponer el ensayo argentino y latinoamericano como clave de interpretación, mostrando que *Latinoamérica...* es el punto de llegada y realización de un completo programa intelectual y político en torno del cual pivota el sentido del Romero historiador, su “trama profunda”.

Obituarios



Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 10 / 2006

Gregorio Weinberg, 1919-2006

Reseñar los aportes de Gregorio Weinberg a la cultura argentina supone mencionar una gran cantidad de campos de actividad, tan vastos fueron sus intereses y tan variados los escenarios donde lo he visto desarrollar una actividad siempre tesonera e infatigable. Historiador, pedagogo, editor, profesor, consultor: Gregorio Weinberg fue cada una de esas cosas –siempre de una manera singular– y también otras muchas, pues no hubo empresa cultural en la que no haya participado o militado, trabajando siempre, hasta el último día de su vida.

Fue indudablemente un excelente historiador, un buceador en el campo de la historia de las ideas y de su relación con los procesos sociales y políticos. Hay una, entre sus muchas contribuciones, en la que puede verse todo su oficio, su talento y su posición de intelectual. Se trata de su admirable estudio sobre Mariano Fraguero, ese “pensador olvidado”, contemporáneo de Sarmiento y de Alberdi, que él supo recuperar. La obra impresiona por la erudición y la pulcritud. Pero, sobre todo, por su capacidad para reconstruir el pensamiento de un hombre en su contexto: las condiciones en que fue elaborado (Fraguero, como Weinberg, no era un pensador solitario, sino un militante) y el marco de las discusiones con otros que, con igual pasión, ofrecían alternativas distintas para el país. Weinberg coloca a Fraguero en una encrucijada de la Argentina, un momento en que había distintos caminos posibles, alternativas y combates. Fraguero perdió, es cierto, pero dio un combate, y nos recuerda, siglo y medio después, que vale la pena darlos.

Fue también un especialista en problemas educativos, que examinó desde el presente y desde el pasado. Su conocido libro *Modelos educativos en la historia de América Latina* es, a la vez, una reconstrucción histórica y una propuesta de desarrollo educativo y social. Como obra de historia, mostró la íntima relación entre las ideas, la sociedad, la política en general y las políticas educativas. Lo hizo de una manera ambiciosa, en un escenario latinoamericano diverso y difícil de reducir a un esquema comprensible. A la vez, Weinberg expuso las alternativas, los caminos diferentes, en el pasado y también en su presente, pues este libro –como toda su obra– era altamente propositivo. Weinberg tenía un proyecto para su país, sabía que era difícil. Pero,

como Sarmiento, estaba convencido de que las contradicciones se vencen a fuerza de contradecirlas.

Gregorio Weinberg fue un editor de la estirpe de quienes, como José Ingenieros o Ricardo Rojas, asumieron que una tarea del intelectual consiste en oficiar de mediador entre el saber de los especialistas y el mundo de los lectores. Esa tarea implica no sólo el esfuerzo material de poner los libros al alcance de todos, sino un trabajo de organización del saber, de ordenación, de selección. Weinberg perteneció a un mundo mágico, que hoy miramos con nostalgia, de intelectuales volcados a esa tarea. Es conocida su contribución en la monumental *Historia Científica y Cultural de la Humanidad* y en la *Historia de América Latina* que editó la UNESCO. Podría señalarse la edición de algunas traducciones importantes: a través de él se conocieron por primera vez en castellano los escritos de Gramsci. Pero vale la pena detenerse en lo que sin duda fue su criatura más preciada.

¿Cuándo se hará el balance de *El pasado argentino*, de *Dimensión argentina*, de *Nueva dimensión argentina*, esas maravillosas colecciones que publicaban Hachette y Solar, y que Weinberg, con insólito brío juvenil, había retomado recientemente? Allí conocimos o recuperamos a los “viajeros” y a aquellos “clásicos” que, por uno u otro motivo, no eran incluidos en ediciones más canónicas. Agregó, además, estudios monográficos novedosos, que terminaron convirtiéndose ellos mismos en clásicos de nuestra bibliografía, como las obras de Horacio Giberti o Adolfo Dorfman. Todo ello en una “colección”, es decir, la propuesta de un plan de lectura, de calidad garantizada, en ediciones de asombrosa prolijidad, con cuidados estudios preliminares, en la que muchos nos hemos formado.

Gregorio Weinberg fue un profesor universitario excepcional. Lo sé bien, pues fue mi primer profesor en la Universidad de Buenos Aires y en sus clases comencé a conocer y valorar la historia de la cultura. Particularmente, ha dejado una huella entre los estudiantes de Ciencias de la Educación de la Universidad de Buenos Aires. No sólo les enseñó historia de la educación –desde su perspectiva, que combinaba la historia de las ideas con la de la sociedad–, sino que aportó a esa disciplina –donde es usual acentuar los aspectos instrumentales– una

perspectiva humanista e integral. Es fácil reconocer el “efecto Weinberg” en un segmento bien definido de sus graduados, aquel que hoy ocupa las posiciones más significativas en esa especialidad.

Fue, de a ratos, lo que suele denominarse –no siempre de manera apreciativa– un “experto internacional”. Trabajó mucho tiempo en CEPAL, en Santiago de Chile, y luego en la UNESCO. Suele predominar en ese medio, por exigencias del contexto, una manera “técnica” y no irritativa de expresarse, y también una manera algo aséptica y generalizadora de pensar. Nada de esto le ocurrió a Weinberg, a quien la Argentina le dolió en cada línea, en cada palabra. Transitó por el mundo de los expertos internacionales sin perder un ápice de su condición de militante cultural, suerte de don Quijote siempre listo para “enderezar entuertos”. Ganó en ese tránsito una perspectiva ecuménica singular y envidiable, que le permitía pensar los problemas argentinos a la luz de los universales.

Todo eso fue Gregorio Weinberg, pero, ante todo, fue un maestro y un intelectual comprometido con su tiempo. Lo observó y vigiló, con un fuerte espíritu crítico, y a veces con un mal humor que no empañaba su optimismo radical. Fue un intelectual que cuidó celosamente su independencia, que se habituó a esa suerte de marginalidad relativa, tan recomendable para quienes quieren conservar la mente abierta. Fue, básicamente,

un disidente, en una sociedad que finalmente debió reconocerlo. Pero, especialmente, fue un intelectual comprometido con las buenas causas. Creyó, como pocos lo hacen hoy, en el progreso, en la razón, en la educación, en el hombre y en su capacidad para construir, con su razón y su voluntad, un mundo mejor. Más aun, vivió convencido de que podía discernirse, más allá de todo relativismo, qué cosa era un mundo mejor. Creyó que todo eso se integraba en un proyecto, quizás una utopía, a la vez humanista y socialista, capaz de desarrollar hasta sus últimas consecuencias los valores elaborados por la cultura occidental.

Sin duda, también fue un maestro, en ese sentido tan amplio que la gente de mi generación –que en un momento, hace treinta o cuarenta años, se quedó sin ellos– aprendió a apreciar. Alguien que siempre estuvo, y siempre en el lugar correcto, cuando otros faltaron o fallaron. Alguien a quien mirar, para ubicarse; alguien a quien consultar. Y eso no sólo por su saber o sus ideas sino por sus valores, no declarados sino mostrados con su conducta. Gregorio Weinberg fue una persona íntegra y esto está en la esencia de su personalidad de intelectual y maestro.

Luis Alberto Romero
UBA / UNSAM / CONICET

Reinhart Koselleck, 1923-2006

El pasado 3 de febrero falleció en Bad Oeynhausen (Alemania) Reinhart Koselleck. Había nacido en Görlitz –junto a la frontera polaca– el 23 de abril de 1923, y su vida y su obra sólo se entienden sobre el telón de fondo de la convulsa historia del siglo XX.

Su primera juventud estuvo profundamente marcada por los horrores de una época de insólita crueldad e intensidad emocional, como lo fue el régimen hitleriano y la Segunda Guerra Mundial. Incorporado “voluntariamente” al Ejército alemán, antes de cumplir los 20 años fue herido en Stalingrado, al sufrir el aplastamiento de un pie por un carro blindado (una herida que le salvaría la vida). Prisionero en un campo de concentración en Karaganda (República soviética de Kazajstán), fue liberado al final de la guerra, en octubre de 1945, y luego pasó a Auschwitz. En aquel escenario de crímenes indescritos, símbolo y cifra del III Reich, le tocó desmontar algunas instalaciones y barracones donde cientos de miles de seres humanos habían sido hacinados poco antes a la espera de ser exterminados.

Tras un período de reeducación en el castillo de Göhrde (Dannenberg), en el transcurso del cual conoció a Eric Hobsbawm (entonces miembro del británico *Royal Army Educational Corps*), entre los años 1947 y 1953 cursó estudios de historia, filosofía, derecho y sociología en las universidades de Heidelberg y Bristol.

Entre sus maestros durante esa primera fase formativa destacan Hans-Georg Gadamer y Carl Schmitt –con quienes, más allá de sus discrepancias concretas, siempre se reconoció en deuda–, Karl Löwith, Alfred Weber y Werner Conze. Y es que para asomarse a las raíces de la impresionante obra de Reinhart Koselleck, no basta con atender al contexto histórico-político inmediato: es necesario sobre todo no perder de vista la poderosa, plural y a veces inquietante tradición intelectual alemana en que aquélla se inserta (tradición que tiene en Martin Heidegger uno de sus ineludibles puntos de referencia en el siglo pasado). Historia social, política y del pensamiento, hermenéutica filosófica, semántica histórica, derecho público, teoría sociológica, ciencia política, componen un amplio abanico de disciplinas que en diferentes momentos

y medidas contribuyeron a la formación del profesor Koselleck. Si a esa formación multidisciplinar y a ese rico sustrato filosófico unimos su perenne curiosidad intelectual, se comprende mejor que el sabio alemán haya moldeado una obra variada y difícil de clasificar, una obra cuya catalogación supone un desafío para quien se empeñe en hacerla entrar en una sola especialidad o área de conocimiento.

Es indudable, sin embargo, que toda su dilatada labor profesional pivota sobre un eje medular: la historia. Koselleck percibe como pocos la enorme complejidad de la noción de historia, y, sobre todo, su carácter irremediamente histórico. Advierte que lo que actualmente llamamos historia es un producto intelectual bastante reciente. Extraño concepto con pretensiones de “ciencia” que en cierto momento, hace poco más de dos siglos, comenzó a ser usado cada vez más, de un modo autosuficiente, para referirse al conjunto de la experiencia humana de todos los tiempos. Koselleck observa, además, que el surgimiento de ese nuevo concepto de historia –de ese poderoso “singular colectivo”– es indisociable de una nueva experiencia del tiempo propia de la modernidad. Una nueva forma de percibir, en suma, las relaciones entre esas dos magnitudes intangibles que llamamos *pasado* y *futuro*, dos dimensiones del tiempo que guardan entre sí un equilibrio inestable y asimétrico, pero que en todo caso únicamente existen para nosotros –sólo son pensables– desde *un* presente que nos parece siempre *el* presente (pues, obviamente, tanto el futuro como el pasado sólo pueden vivirse en presente).

Sus reflexiones sobre el concepto de la historia constituyen en cierta manera la piedra angular de un vasto proyecto de historia conceptual, el monumental *Geschichtliche Grundbegriffe: historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland*, de casi siete mil páginas, que desarrolló en compañía de sus colegas y maestros Otto Brunner y Werner Conze a lo largo del último tercio del siglo pasado. Pese a las críticas recibidas, y a las polémicas ideológicas a que tal empresa dio lugar (una de las más resonantes, con Jürgen Habermas), el *Geschichtliche Grundbegriffe* constituye sin duda el hito inaugural en el despliegue de

la historia conceptual, que ha inspirado y continúa inspirando, dentro y fuera de Alemania, numerosas monografías y diferentes programas de investigación en semántica histórica, historia de los discursos e historia conceptual.

Pese a su importancia, la contribución koseleckiana a la teoría y la práctica de la *Begriffsgeschichte* no es el único ámbito historiográfico en el que este eminente académico ha realizado aportes de primer orden. Antes de ocuparse de la historia conceptual, en 1959 Koselleck había publicado la que cinco años antes fue su tesis de doctorado en la Universidad de Heidelberg. Me refiero a *Kritik und Krise. Eine Studie zur Pathogenese der bürgerlichen Welt*, tempranamente traducida al español con el título *Crítica y crisis del mundo burgués* (Madrid, Rialp, 1965), una importante monografía sobre la dialéctica entre absolutismo, ilustración y revolución, en la que se ocupó también de la aparición de las modernas filosofías de la historia.

Otra de sus obras principales que hasta el momento permanece inédita en español es *Preussen zwischen Reform und Revolution. Allgemeines Landrecht, Verwaltung und soziale Bewegung von 1791 bis 1848* [Prusia entre reforma y revolución, 1791-1848], publicada por primera vez en 1967, un estudio sobre los procesos de modernización del Estado prusiano desde fines del siglo XVIII hasta mediados del XIX que un año antes había sido su tesis de habilitación, donde combina historia social, historia política e historia del derecho constitucional.

Mencionaremos, en fin, otras tres obras igualmente fundamentales, aunque de muy distinto calado y objetivos. La primera es un conjunto de ensayos de carácter metodológico, publicado en 1979 bajo el título *Vergangene Zukunft. Zur Semantik geschichtlicher Zeiten* [Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos, Barcelona, Paidós, 1993], donde se explican algunas categorías básicas y se proporcionan al lector algunos instrumentos heurísticos esenciales de la *Begriffsgeschichte*.

También merece destacarse su intento de establecer, en diálogo con Gadamer –pero también en pugna con la premisa heideggeriano-gadameriana de la “panlingüística” del mundo histórico–, las bases antropológicas de una teoría de la historia, esto es, de una *Histórica*. En efecto, en su famosa conferencia de Heidelberg, en febrero de 1985, en ocasión del octogésimo cumpleaños de su maestro, Koselleck pone el acento en la historicidad e, inspirándose, entre otros, en C. Schmitt, intenta

pensar, más allá de la propia hermenéutica y desde un punto de vista metahistórico, las condiciones trascendentales de posibilidad de todas las historias (*Historia y hermenéutica*, publicado en castellano por J. L. Villacañas y F. Oncina junto con la réplica de Hans-Georg Gadamer, seguida de otro texto del mismo autor, Barcelona, Paidós, 1997; ed. original alemana: *Hermeneutik und Historik*, 1987).

Por último, destacamos otra colección de ensayos reunidos bajo el poético título *Zeitschriften* (2000), que han sido vertidos al español de manera parcial en dos publicaciones sucesivas. Primero, en *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia* (Barcelona, Paidós, 2001), precedido de una clarificadora Introducción de Elías Palti.

Recientemente, Faustino Oncina ha traducido y publicado otros dos artículos extraídos de la edición original del mismo libro *Zeitschriften*, bajo el rótulo *Aceleración, prognosis y secularización* (Valencia, Pre-Textos, 2003), en cuya Introducción el filósofo español insiste muy oportunamente en la voluntad koseleckiana de poner coto a lo que el alemán entiende como patologías de la modernidad, recordando, por otra parte, como señalaran, entre otros, J. Habermas en los años 1970 y G. Aly o J. Van Horn Melton a mediados de la década de 1990, el pasado inequívocamente reaccionario –y en ciertos casos pronazi– de algunos de los inspiradores y pioneros de la *Begriffsgeschichte*. Koselleck, en particular, ha insistido muchas veces en que el creciente divorcio entre pasado y futuro que trajo consigo la revolución, bien perceptible en el sentimiento de aceleración histórica que se apoderó de las gentes a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, constituye “el aspecto crucial de la experiencia moderna del mundo”. Y es evidente que el propio Koselleck, un hombre de fondo indudablemente conservador, simpatizó poco con un tipo de sociedad donde se vive cada vez más rápido, un mundo desquiciado y lleno de riesgos que apenas tiene tiempo para deliberar sobre el rumbo a seguir en cada momento.

Durante su visita a España, en abril de 2005, tuve ocasión de disfrutar –en compañía de su hija Katharina (perfecta hispanohablante)– de su chispeante conversación y de su trato amable y cálido. Ni su edad avanzada ni sus dificultades de locomoción como consecuencia de la antigua lesión en los pies que recibió en el frente ruso fueron obstáculo para que durante su breve estancia en Madrid (que no pasó desapercibida para la prensa) desarrollara una insólita actividad. Además de la espléndida conferencia que nos ofreció en el Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, del vivo

debate subsiguiente y de varias entrevistas y encuentros con diversos colegas, aprovechó su paso por la capital de España para visitar los principales museos, y tomar gran cantidad de fotografías de monumentos de la ciudad y sus alrededores. En ese exhaustivo trabajo de campo, con vistas a una amplia investigación que tenía en curso sobre estatuaria ecuestre urbana y memoriales de guerra en Europa y en América, hay que inscribir asimismo su visita al monasterio de El Escorial y al Valle de los Caídos. De camino hacia Bilbao, a través de una

Castilla luminosa, fría y primaveral, hicimos algunas paradas en la provincia de Segovia y en la ciudad de Burgos. Su curiosidad desbordante y el tono irónico y a veces escéptico de sus palabras, siempre fue compatible con un enorme respeto hacia sus interlocutores, con la moderación de sus opiniones y aun con cierta contención en su manera de argumentar.

Javier Fernández Sebastián
Universidad del País Vasco (Bilbao)

Se terminó de imprimir en el mes
de octubre de 2006 en Altuna Impresores,
Doblas 1968, Ciudad Autónoma de Buenos Aires.